PREMIO ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ DE BIOGRAFÍAS 2023

JAVIER VARELA

La vida deprisa

César González Ruano
(1903-1965)



Índice

Cubierta

La vida deprisa

César González Ruano (1903-1965)

Lista de abreviaturas

I. París, 1942

II. Madrid, 1903-1933

III. Las casas, 1903-1965

IV. Madrid, 1921-1929

V. Crónica de sucesos, 1921-1931

VI. Madrid, 1930-1932

VII. Berlín, Madrid, 1933-1936

VIII. Roma, Berlín, 1936-1940

IX. París, 1940-1943

X. Una vida noble, 1925-1965

XI. Sitges, 1943-1946

XII. Cuenca, 1955-1965

XIII. El regreso. Madrid, 1944-1954

XIV. El café, 1920-1965

XV. Prohibido hablar de política. Madrid, 1944-1965

XVI. Los premios, 1920-1965

XVII. El lápiz rojo. Madrid, 1950-1960

XVIII. Conozca usted España, 1951-1965

XIX. La enfermedad como profesión, 1933-1965

XX. Leyendas, 1965-2022

Notas

Álbum

Bibliografía

Índice onomástico

Créditos

LA VIDA DEPRISA

CÉSAR GONZÁLEZ RUANO

(1903-1965)

PREMIO ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ DE BIOGRAFÍAS 2023

Javier Varela

LA VIDA DEPRISA

César González Ruano
(1903-1965)



Dedico este libro a María José e Inés.

A Mónica Varela, *in memoriam*.

Sin olvidar a Juan Jesús González, Andrés de Castro y Óscar Jaime, colegas y amigos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UNED.

El cinismo no es una filosofía tan fácil que esté al alcance de cualquiera.

CÉSAR GONZÁLEZ RUANO

Uno no debería escribir una biografía de una persona a la que apenas ama.

ERNST JÜNGER

Lista de abreviaturas

AGA: Archivo General de la Administración. Alcalá de Henares
AN: Archives Nationales. París. Saint Denis
AGS: Archivio Generale dello Stato. Roma
ANC: Arxiu Nacional Catalunya. Sant Cugat. Barcelona
APP: Archives de la Préfecture de Police. París
ARAE: Archivo de la Real Academia Española
BNE: Biblioteca Nacional de España. Madrid
CGR: César González Ruano
CJC: Camilo José Cela
FCJC: Fundación Camilo José Cela. Iria Flavia. Pontevedra
FOM: Fundación Ortega-Marañón
HdM: *Heraldo de Madrid*
LVE: *La Vanguardia Española*. Barcelona
MGS: Marino Gómez Santos

I
París, 1942

¡Fini la comédie! Los miembros de la Gestapo creían que el detenido, un español de cuarenta años, alto y delgado, adornado con un extraño bigote, era un miembro de la resistencia francesa o, al menos, alguien relacionado con ella. Hacía dos días que había sido detenido al salir del restaurante La Palette, en la rue du Seine. Era uno de esos almuerzos que pocas personas podían permitirse en el París ocupado por los alemanes. Tranquilo, sin sospechar nada, el español fue abordado por unos individuos que dijeron, que gritaron más bien, pertenecer a la policía alemana, aunque lo hicieron en lengua francesa: *¡Pólice allemande!* Iba acompañado del escultor español Honorio Condoy, que fue también detenido y puesto en libertad al poco tiempo. Lo metieron en un coche, trasladándolo a un edificio moderno en el número 93 de la rue Lauriston, cercana a la Place de l'Étoile. Divisó unos tipos en la puerta del inmueble, con aspecto de gánsteres, jugando con pistolas. No se equivocaba. Le subieron al primer piso. Nada más entrar padeció, entre gritos y amenazas, un primer interrogatorio. Uno de los «policías» era un corso de voz ronca. Era el que gritaba: *¡Monsieur! ¡Fini la comédie!*

Este día, el 10 junio de 1942, pasó por uno de los peores trances, el «único momento en que se me trató mal», afirma –mintiendo–, en los setenta y ocho días que duró su cautiverio. Al ser registrado se le ocupó una importante cantidad en dólares. La posesión de moneda extranjera estaba prohibida y era, reconoció después el detenido, «sospechosísima». Mientras tanto, alguien registraba su casa –una de ellas– llevando hasta la sala de interrogatorios una maleta con papeles y cartas personales. También detuvieron a la mujer del español, Marina de Navascués. «¿Quiere usted confesar el nombre del jefe de su

organización?»

Los que se identificaron como policía alemana eran franceses; al servicio de los alemanes, naturalmente. Formaban un grupo al que denominaban de varias maneras, la *Gestapo française* y, de manera coloquial, la *carlingue*, una voz francesa que designa la cabina de un avión, acaso por la sensación opresiva que provocaba la sede, con una perfecta distribución en cuerpo de guardia, celdas y sala de interrogatorios. Estaba dirigida por un expolicía francés, Pierre Bonny, y un antiguo miembro del hampa llamado Henri Chamberlin, «a» Normand, «a» Lafont. Uno de los grupos más conocidos y eficaces en la localización, detención y, en muchas ocasiones, eliminación de resistentes o, más en general, de gente molesta para los alemanes, traficantes no autorizados, competidores en el mercado negro, etc. Se decía de ellos que eran *les rois du traffic de l'or et du marché noir.* Los miembros de este grupo eran, en su mayoría, antiguos delincuentes, como Abel Danos, «a» *le danois*, «a» *le mamouth*, por su fuerza hercúlea; Pierre Loutrel, «a» *Pierrot le fou*, «a» *Pierrot la valise*; Louis «Eddy» Pagnon. A ellos se unieron Paul Clavé, Alexandre Villaplana, Charles Duval, André Engel, gente que apenas superaba los treinta años, hasta formar una red formada por cerca de 100 personas. Hampones, expresidiarios, que, en el París ocupado, procuraban cohonestar sus recientes tareas represivas con los viejos hábitos del robo y la extorsión. La excepción era alguien que se hacía llamar princesa Chernichev, amante de uno de los jefes del *gang*. En bastantes ocasiones operaban por su cuenta y obtenían beneficios pingües, a veces autorizados, tasados y hasta compartidos por los alemanes: unos 100.000 francos mensuales o un porcentaje del 25% sobre los robos y chantajes. Amparados por su apariencia de policías, golpe de coches, armas y salvoconductos, se movían con gran facilidad. Su conocimiento del terreno, su falta de escrúpulos, resultaban muy útiles para los servicios de seguridad del ocupante alemán, *Sicherheitsdienst und Geheime Feldpolizei*, de quien dependían en último término[1]. La Gestapo de París estaba dirigida por Carl Oberg, secundado por otro oficial llamado Helmut Knochen. Lobos con piel de cordero. Tenían la sede en el 72 de la avenida Foch, muy cerca de la rue Lauriston.

¡Fini la comédie! Desde luego, era difícil creer en la inocencia del español. La denuncia que propició la detención debió de partir de alguna persona vinculada con el grupo de la rue Lauriston. Al entrar en el que iba a ser su calabozo provisional, el español reconoció a un individuo con pinta de boxeador, que solía frecuentar el café Dôme, uno de los favoritos de los españoles que vivían o frecuentaban el barrio de Montparnasse. Se trataba, seguramente, de un boxeador apellidado Huguet, asesino probable de los hermanos Roselli, antifascistas italianos; un militante de la extrema derecha, un hombre cercano al impulsor de la *Milice*, Joseph Darnand.

Pase que le acusaran de traficar en el mercado negro –a ello se dedicaba en realidad, de eso vivía–, pero lo de pertenecer a una organización, sea la que fuere, no era cierto. Él trabajaba por su cuenta, en combinación con intermediarios y proveedores, pero no pertenecía a ninguna red. Y menos a algún grupo relacionado con la resistencia. Poéticamente lo expresará en su *Balada de Cherche-Midi*: «Almenas gritarán mi inocencia culpable».

De la rue Lauriston pasó a la cárcel de Cherche-Midi, una antigua prisión militar no muy grande, en la esquina del boulevard Raspail con la calle de Cherche-Midi. Era una prisión «adonde se llevaba generalmente a los detenidos más especialmente distinguidos, o sea, a los que tenían la muerte más cerca». La otra cárcel de París, la de La Santé, más grande, amparada por unos muros altos, espesos, siniestros, era algo así como una «prisión de barullo». El español era un hombre que vivía al margen de la política; sería más adecuado decir al margen de la sociedad. Ello no le libró de recibir varios golpes en alguno de los interrogatorios posteriores, «los terribles interrogatorios que duraban muchas horas y que terminaban por quemar los más equilibrados nervios»[2]. De esos golpes fue testigo el pintor Manuel Viola, amigo del detenido; encarcelado a su vez durante cerca de dos meses. En su crudo lenguaje relata lo que pudo ver:

> Y en estas estaba González Ruano. Bueno, nos llevan y, claro, yo, como español y rojo, el judío Schönhof [uno de los

> primeros en financiar la revista *La main à plume*] y encima también Ruano. ¡Ay, cojones! ¡Ahora sí que estoy bien frito! ¡Mecagüen Dios! [...] Nos sacan esposados a la espalda y salimos de la Gestapo alemana. ¡Cojones! Y yo sin mirar nada, haciendo así, como el que no entiende nada, sin hacerme el valiente, ¿eh? Y me dicen: *Là, au fond, c'est le marquis*, por González Ruano.

Mientras padecía el interrogatorio observó, a través de una puerta entreabierta, cómo su amigo César era presionado a tortazo limpio para que confesara. *¡Fini la comédie, monsieur!* Entre gimoteos y protestas de inocencia, CGR no soltó prenda. Viola dice haber tenido una reacción extraña ante el espectáculo que ofrecía su amigo. Se lo tomó a risa, acaso porque nunca lo había visto en esa postura humillada o en figura de suplicante. Pero Ruano no dijo ni pío de sus amigos, los pintores, de sus actividades y de su habilidad como falsificadores. César –afirma Viola– podía haber aprovechado la información para conseguir su libertad. Pero no dijo nada. «César era un caballero». El que tenía relación con la resistencia o, al menos, con actividades ilegales desde el punto de vista del ocupante, era él. La policía encontró en sus bolsillos un papel escrito por Henri Goetz, explicando cómo confeccionar un documento de identidad. Goetz –pintor surrealista franco-americano, muy relacionado con los círculos artísticos de París (Kandinsky, Picasso, Brancusi, Picabia, Ernst)– ordenaba en ese papel de instrucciones que, una vez leído, había que destruirlo. Viola olvidó el consejo y ello estuvo a punto de costarle muy caro. Los alemanes lo tomaron, a él y a sus amigos, por miembros del *Intelligence service*. Ofrecieron una fuerte cantidad de dinero al pintor por delatarlos.

> Lo cierto es que un día me dicen: Queda en libertad a condición de que nos busque a Henri Goetz. Tendrá usted dietas, tendrá dinero, todo lo que quiera, *cartes d'identité* falsas, lo que quiera.

También le dijeron que a González Ruano no volvería a verle con vida, que era «un hijo de puta, un traidor a sus ideas y que al

fin y al cabo no les había dado ningún nombre». Viola aceptó y fue puesto en libertad, pero logró advertir a sus amigos de la amenaza para que pudieran salvarse. Tampoco él les dio ningún nombre[3].

Manolo Viola tenía una biografía singular. Se llamaba José Viola Gamón, en realidad. Había nacido en Zaragoza, en 1916. A fines de 1923 se trasladó a vivir a Lérida, junto a la familia paterna y, de allí, a Barcelona, cuando tenía 19 años. En Barcelona se despertó su vocación artística y poética. Durante la guerra civil española militó en el POUM. Participó en la frustrada invasión de Mallorca. Estuvo en el frente de Aragón. Llegó a ser comisario político de la 141 brigada. En 1939, pasó la frontera francesa y se enroló en la Legión, con el fin de escapar de los inconvenientes del confinamiento al que se sometía a los antiguos soldados republicanos. En aquellos días, Viola presentaba un aire espectral: «Era una aparición huesuda alrededor de la cual flotaba un abrigo demasiado ancho». Entonces decidió adoptar una identidad falsa como ciudadano galo y pasó a llamarse Jean Ribes. La vida legionaria, como pudo comprobar, no estaba hecha a la medida de su persona. La Legión era todavía peor que el campo de concentración. Desertó para llamarse ahora Manuel Adsuara Gil. En París fue lavaplatos y mozo de equipajes. En 1941 empezó a colaborar con un grupo surrealista titulado *La main à plume*, que editaba una publicación clandestina de igual nombre. El nombre estaba tomado de un verso de Rimbaud: *La main à plume vaut la main à charrue*. Viola firmaba los suyos como J.V. Manuel. Carecía de papeles de identidad y ello le obligaba a llevar una vida de clandestinidad, recluido para evitar los controles callejeros[4].

Este grupo surrealista, aparte de sus devociones literarias, se dedicaba a otros menesteres. Aprovechando sus habilidades manuales y artísticas, eran capaces de falsificar documentos de identidad, cartillas de racionamiento, los *ausweis*, pases imprescindibles para transitar a través de las zonas de demarcación y ponerlos al servicio de la temprana resistencia. Manolo Viola era tan hábil que podía hacer a mano un certificado o un sello. «Nos sirvió de mucho durante la ocupación», resume su amigo Goetz. Para las falsificaciones, este

último usaba lo que llamaba el «método de la patata», que consistía en cortar una patata, humedecerla levemente y aplicarla sobre el sello de un documento. El resultado era algo borroso, pero auténtico. Un artista hábil era capaz de imitar un sello oficial. El cartelista exiliado Carles Fontseré, «con paciencia y saliva» dibujó en el pasaporte de su madre un visado tan bonito, viene a decir, que ningún carabinero de la frontera pudo dudar de su autenticidad[5].

Pero había otro aspecto de este grupo, de algunos de sus miembros, dicho con precisión, que los alemanes no debían conocer. Dada su habilidad para imitar documentos, ¿por qué no poner a contribución estas facultades? ¿Por qué no introducirse en el mercado de las falsificaciones artísticas? Su venta podría servir para financiar *La main à plume* y otras actividades de propaganda. Además, la vida diaria en el París ocupado –racionamiento y escasez, falta de combustible para calentarse en unos inviernos especialmente gélidos– era difícil. ¿Por qué no allegar ingresos extras, sin dañar la causa noble a la que servían? Puede que incluso redundara en su beneficio, en el suyo y en el de la causa. Nadie era moralmente intachable ni perverso sin remisión en el París de estos años turbios; descontando, naturalmente, al ocupante alemán. Se podía ser patriota y estafador a la vez. «Toute une activité de *La main à plume* est consacré a l'industrie des faux tableaux», afirma un historiador moderno. La ocupación de Francia había fomentado el mercado del arte. ¡Quién lo iba a suponer! Los alemanes, los altos oficiales, tenían dinero en efectivo; unos marcos de ocupación sobrevalorados. Estaban deseosos de invertir en objetos de lujo –arte, vestidos, perfumes, muebles– que no había en Alemania. Además, la inflación desbocada invitaba a los franceses pudientes a deshacerse de un dinero que se depreciaba día a día. ¿Qué mejor que invertir en bienes tangibles, en cosas bellas y valiosas, en cuadros de autores famosos? Algunos de los miembros de *La main à plume* comenzaron a pintar cuadros de Dalí, Max Ernst, De Chirico, Tanguy o Miró, que salieron a la venta mezclados con otros auténticos para no llamar la atención. Pintar un Miró, un De Chirico no significaba copiar uno existente. Se trataba de inventar un cuadro nuevo, reproduciendo con exactitud el estilo

del pintor, tanta era su habilidad. Entre los falsificadores destacaban por su copiosa producción Edita Hirshowa, una pintora checa a la que llamaban Tita, en cuyo domicilio vivía Viola, especializada en Picasso y Braque, así como el canario Óscar Domínguez. «Yo tenía una habilidad diabólica, una especie de mimetismo que me permitía asimilar toda clase de técnicas», dice de sí mismo el pintor. Ruano escribirá años más tarde sobre uno de estos artistas, sin citar su nombre, diciendo que era un «gran falsificador de cuadros antiguos y modernos», el que podía hacer las mejores copias del mundo y «embarcar» a expertos y coleccionistas: «La falsificación perfecta existe». En estos años, Domínguez asistía casi todos los días al taller de Picasso, y se apropió tan bien de su paleta que casi se podían confundir sus obras. A su jactancia de imitador prodigioso debió replicarle en otro momento Daniel Henri Khanweiler, el famoso marchante de los pintores cubistas: «Llevó un poco lejos su mimetismo»[6].

Domínguez participó en casi todas las actividades de *La main à plume*. «Sospechamos», escribe uno de sus biógrafos, «que Domínguez no sólo falsificó para González Ruano cuadros de pintores modernos sino también de maestros clásicos». Uno de los clientes de Domínguez, un galerista de la *rive gauche* llamado Augustinci, entró en sospechas al notar el defectuoso secado de uno de estos cuadros y el grupo entero, *au nom du coupable*, hubo de estipular el reembolso a plazos de la cantidad estafada. Tita se atrevió a enseñar algunos de sus Picasso al maestro, *pour s'amuser*. Un capricho verdaderamente surrealista. Picasso decía ser indiferente a estas trapacerías. Si los compradores no eran capaces de detectar que se trataba de un Picasso falso, ¿para qué querían tener un Picasso auténtico? El capítulo más llamativo de las falsificaciones de Domínguez se produjo al terminar la guerra. En 1946, la galería Aulard de París presentó una exposición sobre Giorgio de Chirico en la que todos los cuadros eran falsos[7]. Los cuadros podían venderse a los galeristas directamente, o utilizarse a intermediarios o agentes. Y aquí era donde intervenía el español al que acababan de detener, creyendo por equivocación que habían descubierto a un resistente. A punto de apurar su experiencia francesa, en *La alegría de andar*, Ruano escribió: «Se compraban y se vendían

cuadros; se obtenían comisiones insospechadas, se traficaba igual con la edición original de un libro que con la carta de tabaco racionado o con un bote de leche condensada»[8].

Cherche-Midi. Soldados en la puerta. Un patio. Buró de recepción: filiación, depósito de los objetos personales. Visita médica. *¿Syphilis?*, *¿Morpions?* Subida a la celda. Pequeñísima. Ancho: se podían tocar los muros con los brazos en cruz. Largo, algo más que el camastro de hierro, atornillado al suelo. Tres metros por dos, aproximadamente. Un ventanuco alto que da al patio. Entrega del cinturón, cordones y corbata. No se puede fumar. Hay un recipiente con agua y otro para las necesidades corporales, que se devuelve a medio limpiar y no suele ser el que se empleó. Hay chinches. El paseo semanal –en fila india– es de diez minutos. Afeitado, una vez a la semana. Cada quince días, entrega de paquetes. El baño, una vez al mes. Tres veces al día la puerta de la celda se abre: a las 8, sucedáneo de café: es el momento de las peticiones: escribir cartas, los lunes y jueves, si no se ha escrito en las últimas tres semanas; sanitario, que pasará al día siguiente y el médico solamente el fin de semana; ver al intérprete, ver al comandante (*¡no!, petición denegada*); a las 11, la sopa, a las 18 un puré de remolacha, acompañado con dos trocitos de mantequilla y salchichón. A las 18. 30 se apagan las luces. A partir de entonces, durante dos meses, el español será el número 112. ¡Todas las actividades se hacen entre gritos de *¡los!, ¡los!*, ¡vamos!, ¡vamos! Ruido de botas. Cánticos de los soldados por la mañana. Pitidos de silbato. Los muros de la celda están llenos de grafitis. Fechas, números, rayas, calendarios improvisados marcados por los presos. Inscripciones: *Courage*, *Patience*, *Notre jour viendra*. Un rudimentario sistema de comunicación existe, aprovechando el resquicio que media entre la puerta y el suelo. Dos grandes grupos de presos: los políticos –aristocracia de los encerrados– y los aprovechados del mercado negro. Los sábados se reparten libros: un sargento viene por el pasillo con un carrito y adjudica al buen tuntún los ejemplares; a un periodista le puede caer un manual de pesca, a un obrero tocarle *À l'ombre de las jeunes filles en fleurs*. En el momento de repartir la sopa se improvisa un mercado de trueque. Los días pasan lentos, iguales, desesperantes. Una mañana el preso

escucha ante su puerta el grito: ¡*tribunal!* Salida para el interrogatorio[9].

Leyendo con atención las dos versiones principales de su detención y encarcelamiento, la de la novela *Cherche-Midi* y la que ofrecen las *Memorias*, pueden apreciarse en Ruano silencios e incoherencias. En la novela son detenidos a la vez por la Gestapo él y una mujer, cuya descripción somera alude a Mery de Navascués. La pintura de los esbirros que lo interrogan en la rue Lauriston –violentos, violadores y asesinos– es enérgica, contundente. Se describe, ya preso, como un hombre gallardo, que afronta el desafío con mucha sangre fría, «con una especie de estoicismo lánguido». Lo trasladan para ser interrogado al edificio de la Avenida Foch. Son tres, un militar y dos agentes alemanes No aparece la figura de Rado, un sicario peculiar. Su comportamiento es correcto. Pertenecen a una organización que trabaja a conciencia, que no deja ningún cabo suelto. Parece haberse disipado la amenaza de muerte. Le llaman de usted. Más que un interrogatorio en tiempos de guerra parece una conversación entre gente civilizada. Es un oficial quien habla:

> –No tenemos ningún inconveniente en decirle que los informes recibidos de Berlín y de Roma no son desfavorables para usted. Hablan de su vida privada un tanto bohemia y desastrosa..., pero eso no es asunto nuestro. También parece que usted debe dinero a algún judío prestamista y que aprovechando las circunstancias actuales de confusión no lo ha devuelto.
>
> –En eso soy un modesto colaborador de ustedes.
>
> –El oficial no era tonto. Me clavó duramente su mirada gris –una mirada también de uniforme– y me advirtió:
>
> –Sería mejor para usted que prescindiera de su ingenio.
>
> –Le ruego que me perdone lo que no es sino una deformación profesional.

Sobre el dinero, sobre los dólares que le fueron ocupados, reconocerá en *Cherche-Midi* la posesión de «unos once mil dólares» y un brillante desmontado. En esta ocasión achacará a la casualidad la posesión de semejantes riquezas. Dada la escasa confianza en la moneda francesa, no era extraño que la hubiera

cambiado de inmediato por dólares. Como no podía confiar en los bancos, se los había entregado «a una persona bastante amiga», cuyo puesto le permitía estar libre de cualquier registro. Esta persona –parece referirse a un diplomático– dejaba Francia y le había devuelto el dinero sin que hubiera tenido tiempo de encontrar un depósito seguro. El brillante se le había caído a «ella», presumiblemente Mery de Navascués, su mujer, a la que no cita por su nombre, de un aro de platino en que estaba engarzado. En la segunda versión, la que aparece en las *Memorias*, dirá que había sufrido un intento de robo días atrás y que por ello llevaba esa cantidad encima, producto de sus ahorros. La cantidad ahora sube a doce mil dólares. Pero añade un detalle nuevo: con el dinero, también le fue ocupado un pasaporte expedido por el vicecónsul de «una república americana» con todos los sellos y formalidades, pero con el nombre del futuro portador en blanco. Ambas versiones, la del depósito y la del robo, es muy posible que sean una pura invención[10].

Según el hilo principal de las *Memorias*, pasado ese primer interrogatorio en la rue Lauriston, fue llevado a la prisión de Cherche-Midi. Era una ironía –y el antiguo preso lo resalta– que hubiera pasado decenas de veces por delante de aquellos muros sin reparar apenas en ellos. Unos muros que nada tenían de particular. Tras ellos, a la vista del paseante, dos filas de ventanas coronadas por una mansarda típicamente parisina. Lo mismo podían albergar un asilo que un colegio. Tan solo desentonaba una garita de vigilancia, cercana a la puerta de ingreso.

Los alemanes andaban algo confundidos con su persona. Dinero en efectivo, pasaportes… ¿Con quién trataban en realidad? «Ellos tenían una pista falsa y fantástica de mis supuestas actividades». El prisionero fue trasladado varias veces desde Cherche-Midi a la Avenue Foch. Allí padeció varios interrogatorios largos, muy largos, de tres y de cuatro horas de duración. En una ocasión fue sometido a un simulacro de fusilamiento en «Frennes», señala, sin mayores detalles. Pero la cárcel de Fresnes, situada en Val de Marne, al sur de París, era un conjunto de edificios que fueron usados por los alemanes para

albergar a miembros capturados de la resistencia o del SOE, los servicios de espionaje británicos. Allí se les sometía a torturas, más dolorosas que el simulacro padecido por el español. Existía un acuerdo entre la policía francesa, encabezada por René Bousquet, y la Gestapo, que se remontaba a julio de 1942. Los franceses tenían plenas facultades en asuntos de orden interior, contra todas las «acciones susceptibles de alterar el orden en Francia». Los alemanes se reservaban el combate contra los enemigos del Reich[11]. Ruano parecía ser uno de ellos. Seguramente no hubiera pasado por la amarga experiencia de Fresnes si sus captores no hubieran creído que trataban con un enemigo político, no con un traficante.

Además de los informes que pudiera recibir, la Gestapo indagó entre los conocimientos de Ruano en París. Mery de Navascués, embarazada de su hija Marina, había sido puesta en libertad a los pocos días de su detención.

> ¿Dónde estás ahora mismo, qué voz dura de hombre
> te habla mal de tu hombre y me hiere en tu oído?

El doctor Gregorio Marañón –residente a la sazón en París, desde 1937– recibió una extraña llamada del que calificó como «un destacado jefe de la Gestapo», invitándolo a cenar. El doctor fue de inmediato a consultar con José Félix de Lequerica, el embajador español, quien le recomendó que asistiese. Esa misma noche, a las diez en punto, el doctor llegó hasta un palacete, «requisado a un israelita francés», que servía de residencia al alemán. El doctor quedó sorprendido por la cortesía del anfitrión. A pesar de ser «un tipo temido en todo París», era persona fina, aficionado a las porcelanas y a la buena pintura. La cena resultó espléndida. Al final, el oficial alemán lo depositó en su casa.

> –Yo iba temblando, porque me imaginaba que me llamaba para interrogarme acerca de una cuestión concreta.
>
> –¿Sí?
>
> –Claro. César González Ruano había sido encarcelado por aquellos días[12].

Debió transcurrir poco tiempo entre esta cena y el alivio de la situación del preso. En sus *Memorias*, el levantamiento de la incomunicación está asociado a la figura de Marañón. Siempre recordará la llegada de un paquete del doctor con un pan de higo, dulces y un libro de poesía. Sus captores se convencieron de que nada tenía que ver con los enemigos del Reich. Un día lo llevaron ante un general, «un famoso personaje cuyo nombre me ha huido de la memoria», un hombre que, según creía, tenía bajo su mando a toda la Gestapo de Francia. Llama la atención el rango elevado del militar, del policía más bien; el que sea un general quien ocupe personalmente de un asunto aparentemente menor. Algo que no hubiera ocurrido sin la intervención del embajador español en persona. Sabemos que Lequerica se interesaba por la suerte de algunos españoles cautivos sin hacer acepción de su perfil político; sabemos que llegó a preguntar por Jorge Semprún, militante comunista, cautivo en el campo de concentración de Buchenwald, a instancias de su padre, el diplomático republicano José María Semprún Gurrea[13].

El alemán era un gran tipo de militar, pulido, elegante, entre los cincuenta y los sesenta años. Recibió a Ruano muy educadamente. Pacientes averiguaciones le habían llevado a la conclusión de que, como escritor, era un amigo de Alemania. Pero que su vida pública era harto censurable, rodeado de gentes tan peligrosas como despreciables. Al general alemán no le cabía en la cabeza que alguien, un escritor con varios libros publicados, pudiera tener esa clase de debilidades. «Dinero que no sabemos de dónde viene ha sido dilapidado por usted con sujetos inferiores a su condición social, muchos de ellos españoles que no son de sus ideas y que en caso de ganar los suyos le hubieran asesinado sin apreciar sus equivocadas generosidades». El general le anunció su inmediata libertad, con los requisitos –afirma Ruano– de pasar todos los sábados a firmar, así como el de pedir permiso cada vez que deseara viajar fuera de París.

> No dejéis que se pudra mi voz en las paredes
> comiendo yeso herido.

Es probable que el general al que aluden el doctor Marañón y Ruano sea Carl Albrecht Oberg, nacido en 1897 en Hamburgo. Había trabajado en empresas comerciales, en asuntos de importación de frutas, hasta que en 1930 se quedó sin empleo. Luego puso un negocio propio relacionado con el tabaco. Miembro del NSDAP desde 1931 y de las SS desde 1932. Hizo carrera al amparo de Reinhardt Heydrich. Desde el 5 de mayo de 1942, Oberg era *Brigadeführer und Generalmajor der Polizei*, es decir, general de brigada con mando sobre todas las fuerzas policiales en Francia, además de ser responsable de la ejecución de la política antijudía. Con su rostro sonrosado y sus escasos cabellos rubios de alemán del norte, aire bonachón y carácter suave, tenía un aspecto que pudo engañar al doctor Marañón. Tenía una figura redondeada, de buen bebedor de cerveza. Aparentaba algunos años más de los que tenía en realidad. Padre y marido ejemplar. Era un lobo con piel de cordero[14]. Al revés de lo que creía el doctor Marañón, Oberg no fue fusilado al final de la guerra. Tanto él como su secuaz Helmut Knochen, tras unos años de prisión, acabaron indultados en 1962 y 1958 respectivamente.

CGR agradece al embajador Lequerica, al doctor Marañón y al policía Pedro Urraca Rendueles el apoyo prestado en pro de su libertad. Su amigo Viola cita a Serrano Suñer, el cuñadísimo, como una influencia poderosa en su liberación. A él, a Viola, le ayudó Jean Cocteau, que aprovechaba su cercanía con Arno Breker, el escultor oficial de nacionalsocialismo, para sacar a sus amigos de trances comprometidos. El policía Urraca, según las *Memorias*, estuvo presente en alguno de sus últimos interrogatorios. Seguro que, al verle, pensó que su situación estaba en trance de arreglarse.

Pedro Urraca Rendueles era un policía que, en 1939, había sido seleccionado para ser agregado a la embajada española en París. Urraca hablaba francés y conocía el país por haberlo frecuentado ya en viaje particular ya en comisión de servicios por asuntos relacionados con el comité de moneda extranjera. Además, estaba casado con una súbdita francesa. La tarea de Urraca, bajo cobertura diplomática, era la de seguir la pista de los exiliados republicanos más importantes y, a ser posible,

repatriarlos a España en colaboración con la policía alemana. Su lealtad al «glorioso Movimiento Nacional» era subrayada por sus superiores. Perseguía a los enemigos políticos del nuevo régimen español y en su haber estaba, entre otras, la detención de Lluís Companys. Pero, como en el caso de Ruano, también intervenía para salvar a los amigos.

Al final de la guerra, nada más producirse la liberación de París, un panfleto titulado *Franco est mort* acusó al policía de connivencia con la Gestapo, una suerte de cruce de favores entre el español –empeñado en detener a dirigentes republicanos– y la policía alemana, que recibía a ciertos refugiados con destino a los campos de concentración. La obrita de Albert Prieur –un especialista en asuntos norteafricanos, autor de un libro sobre el pirata Barbarroja– contiene algunos errores, como el de incluir en el equipo de Urraca nada menos que a Helmut Knochen, *Standartenführer*, comandante de la policía de seguridad, *Befehlshaber der Sicherheitspolizei und des SD* (de formar en algún equipo, sería el español quien actuaría a sus órdenes). Según Prieur, los alemanes habrían recompensado a Urraca permitiéndole establecer una sección de ayuda a judíos franceses, para extender visados mediante el cobro de crecidas sumas. Un negocio, nada más y nada menos que, de ser cierto, no parece haber contado con la aprobación de las autoridades diplomáticas de España. Pedro Urraca Rendueles fue invitado a abandonar Francia nada más hacerse público el panfleto. Aunque no parecía ser una persona cultivada, su *nom de guerre* era Unamuno[15].

Ahora bien, por mucho que se interesaran personas influyentes, la libertad de Ruano tuvo que deberse a un acuerdo parecido al que llegó Viola. Libertad a cambio de prestar algunos servicios a sus captores. Joan Estelrich, el culto y refinado literato, antiguo hombre de confianza de Cambó para asuntos culturales, recoge en su *Dietario* algunas de las andanzas de CGR. Por ejemplo, una estafa de medio millón de francos al veterano periodista Enrique Diaz Retg, metido también en tráficos algo equívocos. Es una pillería que parece alegrarle. Recoge un diálogo medio real medio ficticio entre CGR y la Gestapo:

> –Així vostè no ha volgut afavorir els jueus, vostè només

ha volgut estafar-los.

–Sí.

–Vostè no es un agent des jueus, vostè només és un poca vergonya.

–Exacte.

Según Estelrich, Ruano salió de Cherche-Midi como agente de información de los alemanes, con buen sueldo, encargado de informarles sobre el movimiento monárquico en España, aprovechando su cercanía a don Juan de Borbón. Y la noticia del mallorquín es, quizás, exacta, aunque no exista documento probatorio. Estelrich era un hombre bien informado; no en vano había sido la figura más relevante en las operaciones de propaganda a favor de Franco que Francesc Cambó impulsó durante la guerra civil *–l'home clau per la direcció d'aquestes activitats de propaganda*[16]–. Había visitado el París de la ocupación, coincidiendo con Ruano en varias ocasiones. En agosto de 1941, el mallorquín pronunció una conferencia sobre Luis Vives, con motivo de una exposición que inauguró la *Bibliothèque Nationale*. En la *Quinzaine d'art espagnol*, que tuvo lugar entre septiembre y octubre de 1942 en las galerías Charpentier, Estelrich ejerció de conferenciante, con unos títulos que llaman la atención por venir de un antiguo catalanista: *L'esprit d'Espagne*, *L'âme andalouse et la musique*, *El cante jondo y el baile flamenco* y *La musique espagnole*. Se conservan un par de cartas cruzadas entre Ruano y Estelrich que, en apariencia al menos, descubren cierto interés personal, incluso una recíproca admiración. Acaso fuera el cinismo y cierto refinamiento cultural lo que pudo servir de lazo de unión, aparte de la afición a la buena mesa en el París de la ocupación. En la necrológica que escribió el madrileño resalta no solamente la enorme cultura del mallorquín, su conversación chispeante, sino también la pasión por descubrir tabernas donde se comiera bien. Estelrich entraba en la cocina y olía las cosas. Era, además, muy entendido en vinos. Frecuentaban un establecimiento llamado «La rana verde», en el Quai des Grands Augustins (quizás fuera Roger la Grenouille, un *bistró* que existe todavía, aunque modernizado), frente a *L'île de la Cité*. Luego visitaban alguna librería o tienda

de antigüedades, en la rue Bonaparte. El mallorquín solamente perdía los papeles cuando le mentaban a Eugenio d'Ors, con el que había tenido una relación tormentosa. Algún rumor debió correr, alguna confidencia tuvo que hacer el interesado a su amigo Viola, para que este recogiera una apreciación parecida. César se buscaba la vida en París de varias maneras. Hizo amistad con un oficial alemán que se ocupaba de los bienes intervenidos a los judíos, sirviéndole como estafeta para repatriar dinero a Suiza. Aparte de esto, «trabajaba con don Juan para informaciones». Lo más probable es que las informaciones fluyeran en sentido contrario al que sugiere Viola, en el sentido deseado por los alemanes[17].

La primera salida que hizo Ruano fue, precisamente, a Suiza, para ver al príncipe don Juan de Borbón, que vivía en Lausanne. El viaje fue autorizado por los hombres de la Avenue Foch, que le concedieron un *ausweis* para 15 días. «Este viaje fue muy rápido». Estuvo con don Juan «una larga tarde». Poco después, sigue diciendo, a finales de enero de 1943, hizo un breve viaje a España, entrando por la frontera de Irún. «Me esperaba ya dinero en un banco de San Sebastián». ¿Qué ganancias eran aquellas? Pasó por Madrid, de incógnito, aunque algunos amigos descubrieron su presencia y le ofrecieron un par de cenas. Los amigos debieron alegrarse porque empezaba a correr el rumor de que había sido fusilado por los alemanes. El rumor fue recogido en medios muy diferentes, tan alejados del escenario bélico como Ceuta o Buenos Aires[18]. Regresa a París el 13 de febrero y alquila un nuevo estudio en la calle Boulard, un *loft* se diría ahora, con una pieza inmensa en la planta baja. Pagaba un alquiler anual de diez mil francos, a tocateja. Trasladó los muebles que tenía en Campagne Première y compró más en el mercado de las pulgas. El 4 de marzo vuelve a salir de París hacia San Sebastián y Madrid, adonde llega el 8. Descubrió, nos dice, un pequeño truco para aliviar los gastos del desplazamiento: comprar grabados en los *bouquinistes* del Sena y venderlos a un anticuario donostiarra. «Eran grabados de poca importancia». ¿Para qué hacer negocios menudos pudiendo aspirar a cosas de mayor provecho? No debía de haber muchos anticuarios en San Sebastián. Un autor ha sugerido que bien

pudiera tratarse de Ángel, conocido como *el saldista*, cuya tienda de antigüedades estaba en la calle Oquendo, 9, junto al hotel María Cristina. Según los servicios de información norteamericanos, *el saldista* traficaba con obras de arte procedentes del saqueo de los países ocupados, dedicándose en general al blanqueo de objetos robados[19]. En Madrid se encuentra con amigos como el doctor Marañón, que ha regresado a la patria, Eugenio Montes, Miguel Pérez Ferrero. Sale de San Sebastián el 16 de marzo. Pero a los ocho días vuelve a viajar, ahora en dirección a Marsella, adonde llega el 25. Pasa a Niza y Montecarlo y retorna a Marsella entre el 29 y el 31 de marzo. A París regresa el 1 de abril. La cronología que establece nuestro viajero es muy precisa. Dice que en el momento de escribir sus *Memorias* conserva un cuaderno en el que anotaba sus desplazamientos de esos meses. De París marcha de nuevo a Suiza: de Basilea a Ginebra y Lausanne. «Visité a don Juan de Borbón en su pequeña villa que tenía alquilada». En uno de estos viajes a Suiza, en un momento que el memorialista no puede precisar, visitó a la reina Victoria Eugenia. Regresa a París, apenas un descanso, porque el 16 de mayo se encamina otra vez a Portugal. Llega a Lisboa el 27, visita en su casa a Eugenio Montes, director a la sazón del Instituto de España en Portugal. «Lisboa estaba interesante y peligrosa, llena de gentes cuya doble personalidad afinaba o producía la guerra». Retorna el 2 de mayo. Todavía hizo un segundo viaje a Lisboa, entrevistándose con Gil Robles y el embajador, Nicolás Franco. En julio viaja a Burdeos; de allí, otra vez hacia España, pasando por Santander y Bilbao, regresando a París, entre el 25 y el 28, para moverse una vez más en dirección a Burdeos. Todos estos viajes, sigue diciendo, resultaban bastante onerosos, «pero también se ganaba algún dinero». ¿En qué se ganaba? ¿Con grabados de poco precio? Pasó por Vichy, donde estaba la sede del gobierno de Pétain, y también la embajada de España, con su amigo Lequerica al frente. Parece que el embajador le presentó al *Maréchal*, o eso dirá más tarde. Entre Vichy y Marsella –de nuevo– parece que estuvo preparándose una retirada hacia Buenos Aires, obteniendo los visados oportunos. Todavía en este movido año de 1943, en el mes de agosto, se acercó hasta

Toulon. En París, una vez más, hasta el 14 de septiembre, tratando de vender todos los objetos que pudo. ¿Por qué cambió de parecer? De alquilar y amueblar un piso enorme a mediados de febrero, y pagarlo con anticipación, nuestro hombre decide escabullirse siete meses más tarde. El destino no será Buenos Aires, sino España. «Los pocos que en España conocían mis propósitos sabían que el único motivo de mi huida estratégica de París era la instintiva antipatía por verme mezclado, contra mi voluntad, en ninguna política [...] me parecía absurdo tener que adscribirme a simpatías o antipatías extranjeras que no sentía ni poco ni mucho». Salió de París el 15 de septiembre, el recuerdo es exacto, mientras aviones ingleses bombardeaban la periferia de la ciudad. Algunas bombas cayeron en el distrito *Xème*. El español no precisa la estación de salida. Pero, en efecto, en ese distrito se encuentran la Gare du Nord y la Gare de l'Est, la que quizá utilizara para la fuga. Abandonaba París; una ciudad a la que no regresaría nunca más[20].

Desde luego, llama la atención la facilidad de movimientos de que gozaba Ruano en estos meses. Recorre Francia de arriba abajo, pasa fronteras sin dificultad aparente, en un momento en que la guerra empieza a complicarse para los germanos. Es posible que disfrutara de un *sonderausweiss*, la tarjeta amarilla con banda roja capaz de ayudarle a franquear cualquier obstáculo en sus desplazamientos. En este ajetreado año de 1943, siguiendo el relato ruanesco, podemos deducir su preferencia por los puertos de mar. Marsella, Niza, Burdeos, Lisboa. Una preferencia que, seguramente, no estaba dictada por razones de salud o de ocio. Unos, como Marsella o Niza, servían de refugio a la gente que trataba de huir de Francia y buscaba desesperadamente un pasaporte o un barco que los llevara lejos de la amenaza directa de la policía alemana. Marsella, entre 1940 y 1942, se había convertido, al decir de un historiador local, en un «vaste camp de transit». Era el único puerto de Francia abierto al resto del mundo. Tenía una reputación, digamos, turbia; de manera que bastantes personas esperaban encontrar, comprar más bien, documentos de identidad o visados. También existía la posibilidad de embarcarse, ya fuera de manera legal, ya sobornando al capitán de un buque. Ruano

estuvo por vez primera en Marsella en 1936 alojándose en el Beauveau, un hotel modesto, que ofrecía la ventaja de tener al lado el bar Cintra. La ciudad se le ofreció entonces en forma de T mayúscula. El *cours* Belsunce, donde estaba el café Cardinal, punto de reunión de toreros y flamencos españoles, era uno de los lados de la T; el mar era la opuesta cara, y por techo de la letra estaba la Cannebière, muy frecuentada por marineros. Abigarrada, exótica, Marsella era una Babel cochambrosa y alegre, en la que muchos vivían del tráfico ilegal, del negocio de los *faux papiers*, la venta de drogas, la trata de blancas (amarillas y negras más bien) y los juegos prohibidos. Estuvo entonces solamente cuatro días, pero se hizo una idea de la situación.

Cuando regresó a Marsella, el negocio relacionado con los tráficos ilegales había tomado un vuelo increíble. Varian Fry, el hombre que ayudó a escapar a buen número de judíos, escuchó el rumor de que había consulados que vendían visados. Podían ser visados que estipulaban el destino final o visados de tránsito, que permitían atravesar la península ibérica hasta Lisboa. Los visados chinos se podían adquirir por la módica cantidad de 100 francos, pero prohibían taxativamente la entrada en China, precisamente. Había colas ante los consulados. Muchos de los que esperaban eran judíos. El estatuto de octubre de 1940, complementado por los decretos promulgados entre julio de 1941 y agosto de 1942 por el gobierno de Vichy, los habían expulsado de la función pública y de buen número de profesiones. Luego de haber ordenado el censo de sus personas y la «arianización» de sus bienes, los judíos fueron expulsados de la vida económica. Unas medidas que ya regían en la zona ocupada[21]. El riesgo se fue agravando. Desde el desembarco aliado en el norte de África, la operación Torch, en noviembre de 1942, los alemanes habían penetrado en la zona de demarcación correspondiente a Vichy y sus tropas –y los esbirros policiales– actuaban en toda Francia. La prensa colaboracionista no cejaba en la propaganda antisemita y exigía la extensión a la antigua zona no ocupada de las medidas que ya regían en lo restante de Francia. La doctrina del comisariado para asuntos judíos se resumía en el encierro de los judíos en un gueto moral: tarjetas de identidad separadas con la palabra JUIF bien marcada,

prohibición de viajar e internamiento de los judíos calificados de extranjeros o apátridas. Este es el momento –4 noviembre 1942– en que el español, en una conversación informal, expone al periodista francés Jean Galtier-Boissière, unas curiosas opiniones políticas, en las que parece marcar distancias con los alemanes, quizás tratando de regalarle los oídos al editor de *Le Crapouillot*, defendiendo ideas parecidas a las suyas:

> Conversation avec un marquis [¿?] espagnol qui sort des prisons allemandes ainsi que sa femme, enceinte de huit mois, qui a été brutalisée. Il déclare que la majorité de l'Espagne est antifranquiste et favorable aux Alliés; il témoigne une certaine sympathie pour les anarchosyndicalistes, mail il es monarchiste et croit fememememente à une restauration prochaine[22].

Ruano visitó Marsella después de que, a raíz de varios atentados, se decretara en la ciudad el estado de sitio, durante el cual se arrestó a cerca de 1.500 judíos. Su retorno a Marsella en agosto coincidió con una nueva oleada de arrestos y la demolición –que deplora en un artículo– del viejo barrio portuario de la ciudad. El cronista tenía reciente el recuerdo de su prisión. Lo suficiente como para rechazar la asepsia alemana, la crueldad innecesaria y la adoración de la técnica. Todo eso que el español, como otros antes que él, podía resumir en la palabra *Kultur*. En realidad, no era libre del todo, porque iba acompañado por un oficial alemán, vestido de paisano. Un oficial destinado, seguramente, a recordarle el pacto que había facilitado su puesta en libertad. Se alojó en el Grand Hotel, nido de aventureros y de espías. Se comerciaba, explica Ruano, con la vida de los hombres, con la moneda extranjera y los *faux papiers*, se especulaba con las joyas de los judíos, los visados y permisos franceses y de la *Kommandantur*, también con cuadros más o menos auténticos. Exactamente, estos eran los negocios que habían ocupado al español desde su vuelta a Francia. «Bebía y vivía durmiendo muy poco». Se sentía vigilado, pero no le importaba gran cosa. «Y era bonito aquel París peligroso, aquella Marsella [...] paraíso del espionaje, y aquella Costa Azul con

judíos, últimas cornejas de Partenones derrumbados»[23]. Existía, por fin, una manera más arriesgada de escapar de la trampa europea: aprovechar las redes clandestinas, la «voie F», la vieja ruta de los contrabandistas entre Bañuls y Port Bou, la que siguió el desdichado Walter Benjamin[24].

Lisboa, por su parte, era un animado centro de tráficos varios. Centenares de refugiados desesperados, judíos en su mayoría, vivían o malvivían a la espera de poder escapar de Europa. Los que habían llevado sus joyas familiares procuraban venderlas para financiar el viaje. El precio de los diamantes y de otras piedras raras en el mercado negro lisboeta registraba una baja espectacular, por exceso de oferta[25]. Sin apoyo documental es posible conjeturar –y solamente conjeturar– que los alemanes, a cambio de la información que pudiera suministrarles a partir de las visitas a Suiza, o a políticos monárquicos españoles exiliados en Portugal, autorizaron a Ruano para que siguiera con sus trapicheos –joyas o pasaportes– para conseguir «algún dinero». Esto parece sugerir un recuerdo posterior sobre las gentes que eran pobres en dinero, pero llevaban una fortuna a cuestas: «En Lisboa, para los judíos que huían se hicieron tirantes, cinturones, ligas y hasta cadenas de perro de oro de ley». Era evidente, continúa, que comer en un restaurante barato mientras se acaricia una joya que podía comprar el restaurante entero debía producir un goce voluptuoso: «Es una forma de sentirse diabólicamente poderoso»[26].

La vida en París, por otra parte, se estaba volviendo agria, difícil, desagradable. Los atentados contra el ocupante provocaban represalias que eran anunciadas en la prensa o en pasquines pegados a las paredes. Los aliados iniciaron una campaña de bombardeos que alcanzó la periferia de París, e incluso el centro. La política antijudía se desarrollaba a la vista de todo el mundo. Incluso para un antisemita como Ruano, no podía dejar de impresionar la detención en plana calle de judíos, o las bombas que estallaban en las sinagogas del Marais. ¿No recordó aquel poema sobre *Les chats*, los versos del poeta que tanto amaba?

Ils cherchent le silence et l’horreur des ténèbres

l’Erèbe les eût pris par ses coursiers funèbres.

El reproche que pudiera hacerse a Ruano es el de la indiferencia. Tuvo que saber lo que estaba ocurriendo. La prensa colaboracionista publicaba sin tapujos acontecimientos vergonzosos, quizás entre los más terribles de la historia de Francia, como el reparto de distintivos, *l’étoile jaune*, a la población judía de París. La palabra JUIF no estaba escrita con mayúsculas o en otra grafía habitual. Los caracteres habían sido diseñados especialmente, y escritos de forma similar en todas las lenguas de los países ocupados, con una letra retorcida, destinada a evocar el alfabeto hebreo. Una estrella y unas letras que no presagiaban nada bueno. Una distribución de marcas que, para reforzar la humillación, se descontaba a cada portador de su cartilla de racionamiento de ropa. Tuvo que saber, tuvo que enterarse de la redada del *Vél’ d’Hiv*, el 16 de julio de 1942. Muchos habitantes de París tuvieron que saberlo también, pero miraron hacia otro lado. La cobardía, según un testigo, se había convertido en una virtud cívica. En la tarde del 17 de julio, el número de judíos capturados alcanzó la cifra de 13.152. Los solteros y los casados sin hijos fueron enviados a Drancy, una suerte de campo de concentración intermedio. A los demás, 8.160, hombres, mujeres y niños, los congregaron en el velódromo, prácticamente sin comida, ni bebida, sin aseos ni catres. Durante cinco días tuvieron que soportar temperaturas superiores a los 37 grados, antes de ser enviados a la muerte, remesa tras remesa. Ernst Jünger escuchó los lamentos de los detenidos mientras caminaba por las calles de París. Se hizo el propósito de tener siempre presente que vivía rodeado de personas infortunadas[27].

Ruano solamente recordó de aquellos días terribles un espectáculo chusco: una corrida de toros, una corrida algo bufa, que se celebró en el velódromo semanas después de la razzia, entre barrotes y con el suelo alfombrado. El recinto estaba lleno, *plein à craquer*. Los organizadores de la corrida, o lo que fuese aquello, no permitieron la suerte de varas. Al toque que correspondía a la muerte del toro, menguados toros, más bien novillos, salían unos mozos provistos de lazos y lo cazaban como

en un rodeo americano. ¿Sería por no lastimar la sensibilidad de los espectadores? *La muerte de El Jilguero*, el cuento que escribió pocos años después, cuenta la historia de un grupo de toreros españoles que recorre las plazas de Francia durante esos años. Dax, Nîmes, Burdeos, París. Eran toreros que conocía de la tertulia del café Cardinal, en Marsella. Los encabezaba Pepe Paradas, un torero en decadencia que acabó como había empezado, de banderillero, acompañado de las cuadrillas de Lagartito (no Lagartijo, sino un diestro llamado Francisco Royo Turón) y Manuel Pulido completando el cartel. Ruano rememorará aquella fiesta, pero engrosando la categoría de los toretes, maleados acaso, peligrosos por haber sido toreados muchas veces, pero enclenques, como declaran algunas fotografías del festejo, o lo que fuera aquel simulacro. ¡Una corrida en el mismo escenario de la tragedia! Convivió con el horror y no pronunció una sola palabra, nunca. «Recuerdo aquellos días bien. ¡Qué de anécdotas hay que dejar en el tintero!» En las *boîtes* del *Paris-la nuit*, cuya actividad no había interrumpido la guerra, había una epidemia de música española[28].

Desde una perspectiva personal, puramente egoísta, pudo llegar un momento en que el control y la vigilancia alemana resultaran opresivas –debió de ser así desde el principio– y Ruano optó por poner punto final a una colaboración con una causa y unos personajes antipáticos y, sobre todo, peligrosos.

II
Madrid, 1903-1933

El tiempo pasaba. Su inquietud era grande. Nadie parecía ocuparse de él. Seguía a trancas y barrancas la carrera de Derecho, sin vocación alguna por las leyes, por obedecer la voluntad paterna más bien. Como tantos otros. Acudía al Ateneo por las tardes y pasaba las horas leyendo o, mejor, de tertulia interminable. Algunas figuras conocidas frecuentaban la docta casa: Valle-Inclán, Benavente, Unamuno. Otras ganarían fama más tarde, como Manuel Azaña. Había personajes pintorescos como Mario Roso de Luna, escritor teósofo, Eliodoro Puche y una bohemia vaga y sablista. Era un ambiente extraño, dirá más tarde, «entre pedantón, golfo y político». La sección de literatura organizó –enero de 1922– algo parecido a un ciclo cervantino. Y el ateneísta novel se apuntó como conferenciante. Era un joven de pelo largo, figura alta, de inverosímil delgadez. Le dieron fecha para el 2 de febrero. La conferencia fue convenientemente anunciada en los diarios de mayor circulación. «Ateneo de Madrid. Hoy, 2 de febrero, a las seis de la tarde, don César González-Ruano dará lectura de algunas poesías de su reciente libro *Alma*. Hará la presentación del conferenciante el Sr. Ledesma, vicepresidente de la sección de Música». El acto empezó puntualmente. El presentador, amigo del conferenciante, confabulado con él, empezó hablando de la carencia de poetas en España. Ante la mirada irónica de los asistentes, continuó defendiendo las nuevas formas poéticas y denostando las formas clásicas. Ledesma se retiró en medio de un silencio que algunos cronistas llamaron glacial. El conferenciante se había disfrazado para la ocasión, tiñéndose el pelo de rubio y llevando un chaleco de mujer, amarillo chillón. Empezó alabándose: «Es necesario que la inteligencia de mis oyentes se percate bien de mis

excelencias físicas». El público comenzó riéndose a carcajadas. Pero la algazara fue dejando sitio a la estupefacción: «Aquí ha leído hace poco un poetastro maestro de escuela –el señor Gabriel y Galán– que es muy feo y no posee ni un chaleco amarillo como este que yo traigo, ni una melena ondulada como esta que corona mi testa, ni un porte tan elegante y ágil como este que ustedes pueden ahora admirar». «Yo hubiera llamado a este libro mío "Meditaciones", si este título no hubiese sido desacreditado por un señor cejijunto que creo que se llama Ortega, que lo utilizó para escribir sobre una novela muy pesada, cuyo autor, un tal Cervantes, del siglo XV o por ahí. Me han dicho que era manco y debe ser verdad, porque escribía con los pies». Y estas frases, dichas a lo valiente, con la intención de provocar, suscitaron en la sala una galerna, según constató otro cronista. Pese a ello, el charlista continuó: «Y ahora voy a leer una poesía mía, maravillosa, magnífica, admirable, asombro de los siglos. Se titula "Me voy"». «¡Que se vaya!», tronó el auditorio ofendido. «¡No me voy!», insistió el conferenciante. Subió al estrado el señor Doménech, secretario de la Sección de Literatura, anunciando que había sido sorprendida la buena fe del Ateneo. Los ujieres forzaron la evacuación de la sala. Se apagaron las luces. Fuese y no hubo nada. O casi nada, porque al día siguiente muchos periódicos reseñaban, con mayor o menor extensión, algunos como *La Voz* en primera página, las blasfemias literarias del joven Ruano. ¿Guapo? Al contrario: «Tiene cara de pipa», replicó un periodista. Todavía hubo quien alcanzó a apreciar el valor de las poesías ruanescas, tanto como para dictaminar que el fallido charlista era «un literato de porvenir».

El objetivo de airear su nombre mediante el escándalo estaba logrado. Pero todavía trató de prolongar sus efectos mandando cartas o visitando redacciones, solicitando rectificaciones aquí, pidiendo aclaraciones allá, reivindicando –cosa importantísima para el joven poeta– el guion de su compuesto apellido:

> Sr. Director de *La Acción*:
>
> Muy señor mío. Como poeta y como defensor de mi derecho vulnerado el día 2 del corriente en el Ateneo de

Madrid, le escribo suplicándole inserte esta carta en su periódico, a modo de rectificación de lo dicho en él, ayer viernes.

En primer término, mi apellido roto y «descompuesto» intencionadamente por alguno que fue quien primero lanzó en la prensa la noticia falsa de lo ocurrido, no es González, sino González-Ruano, como consta en toda mi labor literaria –cuatro libros–. Además, hago constar en público que mis palabras fueron exclusivamente humorísticas y de índole de crítica, nunca personal, sino literaria, y que de una manera violenta e improcedente el señor Pérez Doménech suspendió el acto por el –creo yo– único motivo de creer ofendido el Ateneo al manifestar yo que no admiraba en mi perfecto derecho a don Miguel de Cervantes.

Se mandaron apagar las luces del salón, no porque yo no quisiera retirarme, sino porque el público protestaba en su mayoría de la actitud injustificada y descortés del señor Pérez.

Hago, pues, constar mi protesta contra el proceder violento e indigno del lugar en que realizó.

¡Es preciso tener tolerancia con los no cervantistas!

Muchas gracias y queda de usted afectísimo seguro servidor que estrecha su mano.

César González-Ruano

Madrid, 4 de febrero de 1922[29].

La carta fue publicada, con ligeras variantes, por otros diarios, *El Sol* entre ellos, y replicada por el secretario de la Sección de Literatura de la docta casa. El señor Doménech afirmó que, con la suspensión del acto, no trató de coartar la libertad de expresión, sino de poner fin a un acto de gamberrismo[30]. Por esta época, César se dedicaba a llamar por teléfono a los cafés frecuentados por escritores, preguntando por sí mismo para popularizar su nombre: G-o-n-z-a-l-e-z - R-u-a-n-o.

Nació el 23 de febrero de 1903, en Madrid, dentro de una familia escueta –padre y madre procedentes de la Montaña santanderina–; una familia con ínfulas de nobleza, venida a menos. Todavía conservaban modales y hábitos hidalguescos. El padre, don Tomás González Garrastazu, nacido en 1867, no tenía

trabajo conocido y la madre, doña Rosario, según algunas versiones, tenía algo que ver, de manera ocasional, con los negocios de antigüedades. Vivían en una casa de la calle Barquillo número 1. Eran propietarios de tres coches que guardaban en unas cocheras que había cerca de la calle de Alcalá. Ruano alude a un episodio desafortunado en la vida familiar; una jugada de bolsa que dejó a su padre al borde de la ruina. Vendieron algunas fincas que poseían en Santander y la casa de Barquillo, que había sido suya desde que llegaron a Madrid. Tuvieron que mudarse entonces, en régimen de alquiler, a un piso de la calle del conde de Xiquena número 6, a dos pasos de las Salesas, donde se celebró su bautizo y, años después, su boda. Los coches desaparecieron. Para los desplazamientos tuvieron que adaptarse a las clásicas «manuelas», coches de alquiler tirados por un caballejo. En conde de Xiquena vivirá Ruano los primeros veintitrés años de su vida. Doña Rosario, según algunos testimonios, hubiera preferido tener a una niña y llamarla Milagros. Una vez que nació el varón e hijo único, su madre le tratará siempre con mimo femenil. Muy crecido el vástago, todavía solía echarse en el regazo materno mientras, con demora, doña Rosario le rascaba la cabeza.

CGR creció como un mimado «hijo de familia». Siempre recordará que, al llevarle el desayuno a la cama, joven adolescente, su familia lo acompañaba con un duro de plata. Suficiente para no tener que preocuparse de cómo ganarlo. El padre se afeitaba en casa, aunque, para arreglar la tupida pelambre filial, se llamaba a un barbero para que subiera hasta el domicilio familiar. El régimen de manga ancha y despreocupación en que vivió su infancia y mocedad invitaba a la disipación. Fue a tres colegios. El de la Concepción fue el primero. Estaba en la calle del marqués de la Ensenada, junto al Liceo Francés. Desde allí vio arder el edificio de las Salesas, que estaba enfrente. Era el 4 de mayo de 1915. Aquí realizó el ingreso y los dos primeros cursos de bachillerato. El colegio imitaba la pedagogía competitiva de los regentados por la Compañía de Jesús. Nombraba príncipes en cada curso y dividía a los alumnos en congregantes y aspirantes. El joven nunca pasó de aspirante. Anticipo de la accidentada carrera escolar que le

aguardaba. Luego pasó al colegio de San Miguel, en la calle que entonces se llamaba de las Torres, junto a la calle Infantas y, por fin, en un colegio llamado de Santo Tomás. Un profesor de francés, don Prudencio, le dijo un día: «siempre serás un inútil». Todavía lo recordaba, cincuenta años después[31]. No había acabado el bachillerato y procuraba –él y sus compañeros– imitar a los universitarios; imitarlos en el aspecto libérrimo y desastrado de la vida estudiantil. Inquilinos casi todos de la Casa de la Troya. Parte de la jornada la pasaban en los cafés que bordeaban el viejo caserón de la calle San Bernardo. «Los jóvenes de mi generación empezábamos mucho antes la hombría [...] a los quince años me creía todo un hombre». La hombría denota aquí las relaciones sexuales. Uno de estos comercios con prostitutas acabó, casi, en una relación formal, al menos en una relación como protector estable y no sólo como cliente ocasional. Se llamaba Fe y siempre tendrá un recuerdo agradecido para aquella chica romántica y tuberculosa, apasionada lectora de Bécquer. Tan difícil era ejercer la protección, lograr el dinero suficiente para sostenerla que, según confesión propia, llegó a vender los manuales escolares. Al cabo, hubo de compartir la protección con don Anselmo, «el tercero en concordia», un señor amable y con posibles.

Desde muy pronto empezó a frecuentar las tertulias de café: el de la Reina Victoria, un café de espejos, divanes de rojo peluche, camareros de grandes bigotes; el café de San Bernardo, con una clientela de la barriada. Acudir al café, tenerlo como eje de la vida social, fue un hábito que arraigó para toda la vida. También empezó a cultivar cierto dandismo, de vestimenta y actitud, una mezcla de elegancia y gesto altanero; otro hábito que le acompañará para siempre. Ruano era entonces algo así como el Baudelaire de las chocolaterías nocturnas, según la afortunada expresión de Eugenio Montes; podía vérsele viajando de café en café, entre la Favorita y el Varela, donde Emilio Carrere contaba anécdotas de Montmartre. Carrere, el poeta de la noche madrileña, bohemio epónimo, bautizó como barrio latino madrileño a las calles cercanas a la universidad. Carrere era un enamorado de París. Podía recitar hasta los comercios que estaban en esta o en aquella rúa o bulevar. Pero nunca había

estado en París. Sabía de ella por mapas y postales y se conoce que ello debió propiciar la inverosímil comparación. Según Ramón Ledesma Miranda, eran muchas las actividades a las que podía aplicarse un estudiante madrileño. Muchas y variadas, excluyendo las universitarias. Asistir a los saloncillos de los teatros, los cafés nocturnos o los bailes de arrabal. Para quien tuviera inclinación a la vida literaria o política estaban el Ateneo, el Parlamento y el Teatro Real. La noche estaba llena de sombras extrañas y de sorpresas. Los cafés del centro enlazaban la noche con el día, cerrando apenas media hora para colocar el desayuno en lugar de la cena y barrer las impurezas de la noche. «¡Cuántas de ellas nos ha sorprendido el alba en esos viejos locales de artesonados y pinturas como evaporadas en el humo y los espejos!»[32]

Era un chico alto –1,80 aproximadamente– y flaco: «mi delgadez era casi asquerosa, mis largos pelos de un rubio muy oscuro y mi color verdoso de habanerito, tostado por el sol de Madrid», escribe en un primer esbozo autobiográfico, el de su libro *Caras, caretas y carotas*. Al que seguirá otro, bastantes años después: «algo verde la color, grandes y más pasmados que inquietos los ojos, cara larga, y al decir de abuelas, bien parecido, facciones que para sus ventajas aún no había tenido tiempo de desgastar la vida, labios donde se abultaban las vehemencias, cejas un tanto subidas, a lo diablo, y una voz grave, quizá graciosamente solemne, con esa pedantería hija de la juventud que se cree algo»[33].

Miguel Pérez Ferrero recordará que en el piso de conde de Xiquena su joven amigo había puesto un despachito, medio de estudiante medio de escritor. Presidía una cabeza suya, con el pelo peinado a lo poeta, realizada en sepia por un pintor incipiente. Había libros en estrechos estantes y, en ellos, las fotos dedicadas de maestros y de colegas mayores. En una de ellas se leía: «A César González Ruano, a quien el éxito tiene dada una cita». Su aire personal era altivo, desenfadado. Quería imitar con el gesto de desdén a los poetas malditos, a Verlaine, a su amado Baudelaire. «¿Mis héroes? El alcohólico Baudelaire, el desastrado Verlaine y el marica de Óscar Wilde. De sus vidas hice yo la versión española en un intento de personalidad confusa,

altisonante, de una pedantería autodidacta, convertida en alma y arma de combate, auxiliada por mi gran estatura, mi vozarrón y mi perfil barresiano de ave agresiva»[34]. Siguiendo a sus modelos literarios, se atrevía a rechazar los convencionalismos sociales. «Había en él –dice Pérez Ferrero– un grito de protesta contra lo estrecho y lo pautado». Hacia los catorce años empezaron a visitarle sus amigos bohemios. Entraban, muy amables con la familia del joven, pero arramblaban con lo que tenían a mano, objetos pequeños, sobre todo. Pasaron bastantes años de aquello y doña Rosario seguía echando en falta una cestita de plata que desapareció en una de aquellas visitas. Mamá –le dijo– yo quisiera dormir en los bancos de la calle. Eso debe ser muy bonito[35].

En efecto, al joven estudiante le atraía la vida bohemia. Su conocimiento de las figuras de ese mundo nocturno, desgarrado y menesteroso era notable. Lo demostraría en varios artículos –excelentes– publicados en los años treinta y en sus memorias posteriores. Le tiraba la bohemia, tanto más cuanto que no padecía sus inconvenientes. «Jugaba escandalosamente a la bohemia, creyéndome de buena fe un rebelde, un incomprendido y un decepcionado de todas las cosas. Apenas creía en Dios y, desde luego, no creía en don Melquíades Álvarez, que gozaba de gran prestigio entre los ateneístas»[36].

Y rozándose con ella, también le fascinaba la vida delincuente. Vivir la vida de un pícaro, de un tunante podríamos decir, esa gran tradición española. Las trapacerías, artimañas, engaños y expedientes de alguien avispado, ganoso de gozar de algunas ventajas a costa del prójimo.

La vida literaria, escribir y publicar, comienza para Ruano en el verano de 1919, en Sigüenza, donde pasaba con su familia las vacaciones. Allí conoció a Luis Lozano, otro muchacho con afición a la literatura. A través de Lozano conoció al abogado Olmedilla, director del semanario *La Defensa*, que le permitía –seguramente no andaba muy sobrado de originales– llevar sus propios trabajos y los de sus amigos. Colaboraciones desinteresadas por las que nadie cobraba un céntimo. Su primer artículo, según parece, trató del castillo de Sagunto. Al que siguió otro sobre la escultura del doncel don Martín Vázquez de

Arce, conservada en la catedral; un tema obligado en la ciudad de Sigüenza. Y un tercero, un cuento esta vez titulado «La calavera de Teresa». Estas fueron las tres primeras colaboraciones, el arranque de su labor de periodista y escritor[37].

En *La Libertad* aparece alguna pequeña crónica, fechada en un hotel de Liérganes, localidad de veraneo. Y algún poema suelto:

Unas gotas redondas de granizo
han hecho en la ventana
un trémulo racimo
gentil…

¿Cómo y por qué se dedicó a la literatura? Este era un tema habitual en las encuestas que revistas y periódicos remitían a los escritores. Ruano responde, en una de ellas, que apreció en la literatura una manera de «vivir la vida» o, digamos, una vida lo más libre posible, una vida de vividor. A ello le inclinaba su facilidad «monstruosa», que demostrará a lo largo de su carrera. Sin esta facilidad, lo dirá una y otra vez, se hubiera dedicado a otra cosa[38]. Tenía 16 años. Era un chico precoz. Quería ya beberse la vida a tragos. Había oído hablar de algunos, pocos autores, de Verlaine y de Baudelaire. Conocía muy poco de la literatura romántica, Bécquer y Byron a todo tirar. De la narrativa española no tiene empacho en confesar que sus referencias estaban en los autores de «La novela corta»: Carrere, Trigo, Hoyos. Asistió a una tertulia de jóvenes poetas. Escribió algún cuento hablando de divinos males, lleno de princesas; algo modernista debía ser. Entonces se dio un atracón de literatura francesa, de la llamada literatura decadente: Huysmans, Jean Lorrain. Lecturas que se ampliaron a Barbey d'Aurevilly y Oscar Wilde, en «traducciones horrendas». La temprana vocación literaria lo inclinaba hacia la poesía. Leyó entonces a Apollinaire, a Cocteau, a Max Jacob. Estaba ya en pleno movimiento ultraísta, pasado 1920[39]. En 1922 publicó *Estancias de solitario*, que alcanzó a recibir un elogio, uno de los primeros de su vida, de Manuel Machado: «Es un temperamento original y fuerte de poeta. Tiene, además, una sensibilidad exquisita»:

¡No hay dolor
                peor
que este dolor!
No hay tormento
más cruento
que este tormento.
Llorar todo lo reído
                reír todo lo llorado
sin motivo
                conocido,
¡sin un motivo
                fundado!
Dolor de no sé qué herida,
pasión de no sé qué amor.
¡Ay, esta pasión temida!
¿Quién te hiere, corazón?

El poeta en ciernes era todavía una incógnita. ¿Qué camino tomaría, el de la vida o el del arte, el de expresar las amargas realidades o el de aislarse en el taller para pulir una obra exquisita? Machado no podía imaginarlo[40].

Ruano se acogió al magisterio de Rafael Cansinos Assens, hombre de varias facetas –traductor incansable, crítico, memorialista (todavía inédito), poeta y narrador–, cabeza de un movimiento literario que llamaron ultraísmo y era una mezcla original de varios ismos en boga. Cansinos era una persona conocida en el mundo literario madrileño, sobre todo por su labor como crítico en los diarios *La Correspondencia de España* y *El Imparcial*. Desde su tribuna periodística había invitado a abandonar el modernismo, algo que se había quedado viejo, viejo, viejo; a adaptar la poesía a los tiempos nuevos, el mundo de la máquina, del avión y la locomotora. Incitando a emplear un lenguaje renovado, que no retrocediera ante el neologismo o las palabras procedentes de otras lenguas. El arte tenía que valer por sí mismo, sin ponerse al servicio de ninguna causa, huyendo de toda intención didáctica.

Cansinos había presentado en España al poeta chileno Vicente Huidobro, recién llegado de París. Huidobro publicó dos libros de una tendencia nueva que bautizó como «creacionismo»; una

tendencia que daba importancia a la imagen, a la metáfora insólita. Cansinos animaba una tertulia errante de café en café, aunque tenía como centro principal uno de ampuloso nombre –Gran Café Social de Oriente– en la calle madrileña de Atocha. Sus charlas o consejos a los jóvenes eran de este tenor:

> Lo importante es que os olvidéis de la lógica y de la simetría. Toda poesía verdadera fue siempre absurda y escandalizó a los profanos. La poesía que no es absurda es simplemente oratoria. Habéis de volver a los antiguos raptos de las sibilas. El estado de poesía es un estado de locura.

Y su auditorio de poetas primerizos se entregaba a la tarea de destruir. Alguno, acaso influido por el futurismo, ensalzaba la belleza de una musa mecánica, cuyos ojos eran faros, los brazos a modo de calentadores eléctricos y los senos parecían bombas explosivas. Otro se aplicaba a cantar los rascacielos, los aeroplanos y las modernas torres de Babel. Estas lecciones de modernidad, de una modernidad hecha de forma, hermética, apta para minorías, podía resumirse en una frase: «El soneto [...] es lo más nefando de toda estética futura»[41]. En la nómina poética y discipular que seguía a Cansinos no podía faltar, naturalmente, el aspirante a poeta maldito.

Cansinos Assens creía estar llevando a cabo la trascendental faena de renovar la literatura española, venciendo la resistencia de toda una cohorte de fracasados. Nosotros somos y seremos el motivo de todas las conversaciones, afirmaba con seguridad. Y en letras gordas, uno de sus lemas:

> *LOS ULTRAÍSTAS ESTAMOS DESVIRGANDO EL HIMEN DEL FUTURO*

Un tímido, una especie de Amiel hispano, políglota y malgeniado, erudito y solterón, llamando a la subversión, literaria y solo literaria, claro está. Su figura destartalada, el rostro caballuno, triste, fue descrita en varias ocasiones por Ruano en tonos poco favorables, aunque reconociéndole su papel de animador e impulsor cultural, aparte de su cultura laberíntica:

«Su altivez estaba formada en una especie de estética enfermiza del fracaso, y físicamente iba por las calles como un gallo desplumado, haciendo de mártir oficial de la literatura española»[42].

La primera revista ultraísta fue *Grecia*. Toda ella era un canto a la obra de Cansinos. La sección de literatura del Ateneo de Madrid ofreció su tribuna a los jóvenes poetas ultraicos como Rafael Lasso de la Vega, Guillermo de Torre, Eliodoro Puche o Rivas Paneda, entre otros. Desde allí divulgaron la nueva corriente. *Grecia* fue sucedida por *Ultra*. Un autor contemporáneo resume así la intervención de CGR en este grupo: «sobresale de la perspectiva del grupo de los más capacitados, con relieve propio [...] su sensibilidad ha mostrado tocar registros de intensa emotividad [...] su estilo ultramoderno muchas veces, y otras su falta total de sintaxis [...] su quintaesenciado refinamiento se resolvió en el primitivismo más puro [...] Apollinaire, Max Jacob, Mallarmé [...] sedimento de influencias»[43]. Las primeras publicaciones del joven autor fueron varios libros diminutos, de apenas 20 a 30 páginas: *Otoño* (1921) y *Poemas de invierno* (1921), *El que pasó sin mirar* (1922), *Poemas de la ciudad* (1922, edición numerada de 100 ejemplares), *Estancias de solitario* (1922) o *Viaducto* (1925). A excepción de *El que pasó sin mirar*, editada por Caro Raggio, las restantes son ediciones del autor, de tiradas muy cortas, con destinatarios escogidos. Parece que el poeta busca una presentación personal, que su nombre sea conocido por una minoría literaria, antes que por el público lector. Y algo más: dinero de los suscriptores.

Para los ultraístas fue muy importante el influjo de Ramón Gómez de la Serna, de sus *Greguerías* en particular, esa colección de aforismos llenos de comparaciones ingeniosas, afirmaciones insólitas, deslumbrantes, de una inteligencia que se atreve a rozar el disparate, vecina del surrealismo.

> La leche es el agua vestida de novia.
>
> Antes que buscar una palabra en el diccionario, es preferible inventar otra.
>
> Las latas de conserva vacías quedan con la lengua de hojalata fuera.

Ramón será, sin duda, uno de los principales modelos literarios de Ruano; un personaje al que admira no solamente por el estilo, sino por la manera de ser escritor, dedicado a tiempo completo a la obra literaria, hasta llegar –casi– a la sobreexplotación de su ingenio. Ramón cuenta en su *Automoribundia* que dejaba en la mesilla de su habitación una libreta. Cuando se despertaba en medio de la noche, aprovechaba para escribir la última frase, la metáfora audaz que se le acababa de ocurrir en la duermevela. También lo admiraba Ruano por la manera de vivir, de arreglar su casa, la célebre torre de la calle Velázquez, casi esquina a la de Alcalá, saturada de objetos heteróclitos, adquiridos en su mayoría en visitas reiteradas al Rastro madrileño. «He conocido tanto a Ramón, he hablado tantas veces con él y de él, me lo sé tan bien, que podría dar una conferencia dormido», dirá bastantes años después. El ultraísmo viene a ser, resumiéndolo en palabras de Juan Manuel Bonet, un cóctel entre el creacionismo de Huidobro, la poesía cubista, el futurismo, Dadá y, desde luego, una respetable cantidad de ramonismo[44]. Jorge Luis Borges resumió para el público argentino las características del ultraísmo:

> 1.- Reducción de la lírica a su elemento primordial: la metáfora. 2.- Tachadura de las frases medianeras, los nexos y los adjetivos inútiles. 3.- Abolición de los trebejos ornamentales, el confesionalismo, la circunstanciación, las prédicas y la nebulosidad rebuscada. 4. Síntesis de dos o más imágenes en una, que ensancha de ese modo su facultad de sugerencia[45].

La importancia de la metáfora se pone de manifiesto en este poema con pretensión autobiográfica, el único suyo publicado en la revista *Tobogán* (1924), dirigida por Manuel de la Peña, protagonista y primero entre los historiadores del ultraísmo:

BIOGRAFÍA

(Al más alegre, al más triste, a los extremos
siempre, a las hiperestesias; a las inmensas

hipérboles; a lo monótono que es, al fin
lo consciente)

Triste
como las cajas vacías;
triste
como el polvo de las cosas abandonadas;
triste
como el gato sin casa;
triste
como un reloj parado;
triste
como una espada sin guerrero;
triste
como el cable cortado;
triste
como un pájaro mudo;
triste
como la novia del marino;
triste
como la bomba fracasada;
triste
como el buen dictador;
triste
como reja sin novia;
triste
como el lecho hondo de la muerta;
triste
como un poema inédito;
triste
como un libro mal impreso;
triste
como el secreto conocido;
triste
como el rosal sin rosas;
triste
como un óleo antiguo;
triste
como el verdugo alegre;
triste

como la incomprensión de las madres;
triste
como el que comprende y calla;
triste
como Pegaso con carroza;
triste
como lo inconfesable;
triste
como el espejo injuriado;
triste
como un buen consejo;
triste
como el sonajero que se hizo hombre;
triste
como el azahar guardado;
triste
como el recuerdo de un recuerdo;
triste
como el adiós del humo;
triste
como lo más alegre.

Uno de los libros más importantes de Ruano en esta época primeriza es *Viaducto*, en el que incluye el poema titulado «Como pájaros», publicado antes en *Ultra* (11 diciembre 1921):

En la calle
        todos los ritmos
        perdidos
como pájaros
Como pájaros
        todos los ritmos subían –piando–
        a llamar a mi ventana
(Las hojas
mis versos
y mi alma)
¿de qué novia es esta risa
        que ayer se metió en mi cama?

O este otro poema, incluido en *El que pasó sin mirar*,

picaresco, inspirado seguramente en sus paseos –y el lenguaje– por el castizo barrio de la Bombilla:

Tarde de domingo. El gato friolero
estira al sol sus lascivias cachondas
de enero.
Tarde castiza. Merendero,
baile, apretón, soldados y niñeras.
La hembra dicharachera
junto a un chulo cañí, campeón del
magreo.
Arde la tarde en un crepúsculo sin brillo.
(Gato, enero, chulo y juerga,
vino, apretón, hembra, chaval pujante
y tabaco de cincuenta.
Lanza su grito el organillo.
El silbido de un tren acerca lo distante).

Se publicaron algunas críticas elogiosas, la de Gabriel Alomar en *El Imparcial*: «Modernismo bien lejano ya de su sentir, ultraísmo y un neoclasicismo sereno y tranquilo donde el poeta se manifiesta en todo su esplendor que lo define ya como una de las principales figuras de juventud». La del joven Francisco Ayala, lector de *Viaducto*[46]. Ruano seguirá cultivando toda su vida la poesía, pero nunca alcanzará la calidad de estos primeros versos, quizá por no haber seguido fiel a las negaciones del movimiento, según Borges: la circunstanciación, las prédicas y la nebulosidad rebuscada. A lo que podría añadirse la falta de espíritu juguetón.

Los poetas jóvenes eran noctámbulos. Les encantaba pasear las calles desiertas y leer versos, por ejemplo, en la Cuesta de los Ciegos, la vía empinada que sube desde la calle Segovia a la plaza de la Morería, domicilio de Cansinos. Éste citaba a sus acólitos en tertulias errantes: en el café de San Millán o en el Español, en el de San Bernardo, en el del Pilar o en aquel ya citado de nombre tan pintoresco, el Gran Café Social de Oriente, del que eran asiduos el dibujante uruguayo Barradas y el pintor polaco Wladyslaw Jahl, principales xilógrafos del movimiento ultraísta[47].

¿Qué fue lo que quedó del ultraísmo en la obra de CGR, una vez que el movimiento –sino de las vanguardias– quedó anticuado y fue suplantado por otros ismos más novedosos y modernos como el surrealismo? El ultraísmo se trasladó a la prosa, llenó de metáforas y de figuras poéticas sus crónicas periodísticas. Quedó, con diferentes formatos, la afición a la poesía, la necesidad de la poesía, género íntimo, personal, refugio en los periodos inciertos, certificada por libros y antologías que cultivará, con distinta intensidad, durante toda su vida.

A pesar de ser, o de creer ser ante todo un poeta, CGR comenzó a publicar en prosa. Unas publicaciones que, como bien dice un cronista, eran «morbosas, inseguras, nacidas de la frecuentación de Wilde, Lorrain, Mirbeau». Oscar Wilde será, juntamente con Baudelaire –ya lo sabemos–, uno de sus héroes literarios. Ellos inspiran comentarios y esbozos que serán coleccionados en el libro *De la locura, del pecado y de la muerte*. Un libro cuyo título proclama a voces su pertenencia a cierto romanticismo negro. Esta modalidad del romanticismo, bien estudiada por el crítico italiano Mario Praz, venía resumida en la expresión de Shelley sobre la belleza de Medusa: belleza mezclada con el horror, fascinación por la corrupción. Es una estética que, en cierto modo, continúa o prolonga el aprecio por lo sublime, el éxtasis ante lo ilimitado, los fenómenos tempestuosos de la naturaleza, el vértigo de las cimas montañosas, la atracción por todo lo que suscita miedo y espanto. En la novela gótica de Horace Walpole aparece el horror como fuente de placer, la idea del dolor como parte integrante de la voluptuosidad, o la creencia en la vecindad entre la belleza y la muerte, como en el verso de Baudelaire: «La débauche et la mort sont deux aimables filles».

O, por seguir con la prosa de Baudelaire, el autor más querido por CGR:

> Pour certaines esprits plus curieux et plus blasés, la jouisssance de la laideur provient d’un sentiment encore plus mystérieux qui est la soif de l’inconnu et le goût de l’horrible[48].

Libertinaje y muerte. Goce en la fealdad, sed de lo desconocido y gusto por lo horrible. Una estética, una sensibilidad que Ruano compartirá con matices. En su libro *De la locura, del pecado y de la muerte*, el autor se imagina en una noche febril. Aficionado al visiteo de cementerios, descubre en un ataúd húmedo el esqueleto de una doncella llamada Teresa, muerta a los 18 años. La novia ideal. Después de buscarla en el reino de la luz, he aquí que la ha encontrado en el reino de las sombras. Separa la cabeza del tronco y la coloca en su escritorio para poder besarla a diario. En el dibujo de la cubierta figura un esqueleto sosteniendo la capa de una mujer semidesnuda, mientras que un ave rapaz parece haber salido de su mano.

A estas poesías y prosas primerizas siguió una novelita, *El que pasó sin mirar*, que más que ficción constituye otra de las primeras autobiografías del joven aspirante a literato. Iba precedida de un elogioso prólogo de Cansinos Assens. «González Ruano ha sentido la impaciencia del genio joven». Describe su cuarto, infinidad de dibujos en las paredes, sin idea de simetría, una careta japonesa, un reloj renacimiento español, las estanterías, papeles, libros, tanagras de terracota, un frutero de ónix, la primera descripción de su primer habitáculo, no casa todavía, y la primera muestra de su genio barroco para la decoración. En la novela aparece también la ciudad de Sigüenza, durante un veraneo con sus padres. Sigüenza, ciudad muerta, silenciosa y vetusta, con un seminario, dos confiterías oscuras y dos cosas trascendentales: un obispo y un bar de camareras. Este último, advierte el joven iconoclasta, vino a solucionar el problema angustioso de los mozos. Antes de existir el café solían irse los sábados por la tarde a Guadalajara. También relata la que fue su primera iniciación literaria, en Sigüenza, en una revistilla llamada «El Defensor» (*La Defensa*, en realidad). Por último, «el poeta» se describe en una playa de Santander, abordado por una admiradora, encantado de cultivar una leyenda incipiente:

> –Le aseguro, señorita, que son verdaderos todos los horrores que cuentan de mí. Soy efectivamente, borracho, loco, empedernido, inmoral, y... eso otro, y aquello de...

Todo un programa de acción para el futuro. A estas publicaciones siguieron, a toda prisa, un librito de crítica, *Azorín, Baroja. Nuevas estéticas y otros ensayos*, en que procura enhebrar una serie de juicios sobre las figuras más salientes de la literatura española del momento. El librito comienza con una declaración de intenciones, que no cumplirá: «Poeta siempre, he lanzado, por excepción, un primer libro –acaso último– de crítica ensayística». Un libro, decía, claro y bueno, sencillo y sereno, sin adulación y sin bilis. Sin pensar en el público ni en la fama. Otra mentira. Alguna bilis tenía al dibujar, por ejemplo, la quebrada orientación de Azorín; una trayectoria propia de los débiles: anarquista, republicano, maurista, ciervista. D'Ors es un cuco con mucho talento. El joven autor, que entrevistará en lo futuro a todas estas caras y carotas, dice que nunca ha deseado conocer en persona a los escritores sobre los que escribe, por no llevarse decepciones; porque no crean que es un pedigüeño, o porque vayan a presumir que busca una recomendación. En casa de Caro Raggio, su editor en aquel momento vio pasar a Baroja metido en un abrigo absurdo que le llegaba hasta los pies. Se acercó para hablar con su cuñado, pero no se hizo ninguna presentación. No se atrevió tampoco a presentarse. Don Pío tenía el atractivo del personaje adornado de un primitivismo hosco y taciturno. En poesía, admira a Juan Ramón Jiménez. A Ramón. Un día lo presentaron en Pombo.

> –Ramón, le traigo al poeta Ruano, que no quería venir

Y Ramón le dijo, chillando (una mala costumbre):

> –Pues aquí no nos comemos a nadie. Todo lo más que le puede pasar es que le regalemos un librito.

Ramón podía ser cruel. Y Ruano vio esa noche cómo se ensañaban con un pobre ingenuo al que hacían recitar sus poesías, diciéndole verdaderas atrocidades. Disfrutaba el escritor con bufones ocasionales, que podían convertir a Pombo en un escenario grotesco. Ramón le era simpático, dice Ruano, y estaba conforme con casi toda su labor[49].

Cansinos Assens lo trata de escritor joven, distinguido, aristocrático, que lanzaba sobre la ciudad, con gesto altivo, un puñado de libros de versos. Libros breves, diminutos, como desafiando la pesadez del mamotreto académico. Merecía un elogio por haber sabido burlar «el silencio que los mercaderes imponen al poeta». Cansinos parece sentir la fascinación del plebeyo por la distinción y la facilidad del mozo precoz. Encontraba un parecido enorme entre el joven dandi y el Dorian Gray de Oscar Wilde, ególatra, cínico y amoral. El elogio es de envergadura, con un punto de reserva, con un reproche –la inconstancia– que se confirmará en lo futuro.

> Entre nuestros jóvenes escritores, ninguno acaso tan interesante como este César González Ruano Garrastazu de la Sota, que con sus manos largas y finas va desmigajando para los cisnes de la moda literaria libritos que son gestos de una elegancia impertinente y fría. César, con mucho de Alcibíades, ¿cuántos Rubicones ha pasado y cuántas veces se ha cortado el rabo a su perro? Su guardarropa literario podría ser ya un museo retrospectivo de las modas de la trasguerra, aumentado sin cesar por un «dandi» que sabe idear pequeñas modificaciones en el figurín corriente, aunque no llegue hasta inventar la prenda, y que goza con un poco de escándalo [...] Estamos en presencia de un espíritu inquieto y pródigo que desperdiga un gran talento en vez de concentrarlo, como debiera[50].

Lo curioso es que Cansinos era capaz de escribir todo lo contrario en sus apuntes privados. La fascinación parece haber convivido con la inquina. Le molestaba su cinismo, su «pose wildeana». ¡Pero si acababa de elogiarla! Llevaba como talismán en el bolsillo un camafeo con un sexo femenino abierto como una flor, y lo invocaba para que le diera buena suerte. Encuadernaba libros pornográficos con cubiertas de devocionarios e intercalaba estampas obscenas entre las láminas de libros piadosos. Diabluras de un demonio menor. Tenía talento, demasiado talento, le reconoce Cansinos. El joven lo llamaba maestro. Le demostraba un respeto casi reverencial. Pero no le resultaba simpático. «Es un señorito como Ramón Gómez

de la Serna». La nota que dedica a Ruano en sus apuntes diarios no tiene fecha. «Maestro», le dice este último: «Me estoy regenerando. He terminado la carrera de leyes y me voy a casar con la novia perfecta. [...] Estoy curado del veneno de la literatura». Lo que equivale a decir entre 1925 –terminación de la carrera– y 1926 –matrimonio con Esperanza Ruiz–. Desde luego, no estaba curado del veneno literario[51]. Cansinos no se fiaba de un discípulo que, a pesar de la subordinación aparente, mostraba signos de independencia. El autor de *Tobogán* tenía dotes de liderazgo, haciéndose acompañar por Manuel de la Peña, historiador del ultraísmo. De la Peña, bajito y modoso, estaba empleado en la escala auxiliar del Ministerio de Estado. Era algo así como la sombra de Ruano, siempre pegado a su persona. Un tímido gozque corriendo tras un esbelto galgo. Francisco Ayala, miembro reciente de la vanguardia, solía hablar con esta pareja tan desigual. Ruano pedía colaboraciones para un número especial de una inexistente revista que iba a estudiar el dandismo. Todos prometieron y nadie escribió nada. César fue a buscarlo a su casa y la madre de Ayala le abrió la puerta. Luego comentaría: «Lástima que un muchacho tan guapo escriba semejantes versos».

Había quien lo llamaba triunfador. Para serlo a los veinte y pocos años tenía que haber corrido mucho, tomándose la vida con prisa; bebiéndosela de un trago; aprovechándola, apurándola como si se fuera a acabar mañana[52].

En 1925 publicó las notas que, según decía, había coleccionado en la revista *Tobogán* sobre Oscar Wilde, anticipo de un libro que tenía en perspectiva. «Estoy releyendo estos días a Wilde», anuncia, como si fuera la culminación de una larga carrera de lector. A los 18 años le fascinaba; a los 20 lo despreció y ahora, cuando apenas tenía la avanzada edad de 23 creía descubrirlo de nuevo. Le pasaba igual con Huysmans, otro autor que le fascinó «hace algunos años». Poco o nada dice en esas notas sobre la obra de Wilde. Unas notas que son, más que nada, un apunte sobre la recepción del inglés en España, sobre las ediciones de sus escritos y los estudios: «Débese al alto crítico Rafael Cansinos Assens la mejor depuración simbólica, el más sutil estudio («Salomé en la literatura», 1920) sobre la Salomé de

Oscar Wilde»[53]. Lo que parece haberle llamado por el momento la atención es lo que llama el «wildismo», el «ambiente wildeano», lo literario que había en Wilde antes que su literatura; y por ello deberíamos entender la forma de vida, el dandismo, los amores prohibidos, los modales aristocráticos, el cinismo, antes que una estética determinada. En años posteriores parece haber leído, al menos, *El retrato de Dorian Gray* y *La balada de la cárcel de Reading*, que inspirara una obra paralela durante las semanas en que fue encarcelado en Cherche-Midi. A su vez, el francés Jean Lorrain había fabricado un personaje llamado *Monsieur de Phocas*, que da título a su novela, pariente del Des Esseintes del *À rebours* de Huysmans, pero algo más enrevesado y violento. Un menguado y delgaducho joven es De Phocas, el rostro exangüe, envejecido, como un Dorian Gray al final de su carrera, resultado de haber acumulado todos «los vicios del Oriente». De Phocas siente una pulsión de muerte al notar la vida palpitante de un cuerpo femenino. La belleza, sobre todo con apariencia de fragilidad, le sugieren ideas de violación y asesinato. Huysmans, Lorrain, Wilde son tres escritores, tres símbolos del movimiento decadentista. Asociar el placer con la podredumbre, la lujuria con la enfermedad, el cementerio y el sentimiento vital. Exaltar la figura del dandi, del esteta delicado al que repugnan los seres corrientes y vulgares. Aborrecer muchos rasgos del mundo moderno, las masas, la democracia, he ahí las preferencias de los decadentes. La estética de la decadencia está compuesta de un oxímoron tras otro. La muerte, el crepúsculo, el invierno, el otoño, el cadalso, el cadáver. He aquí las metáforas favoritas de los escritores decadentes. Una «litterature éclatante», había escrito Paul Verlaine, una literatura sorprendente en un tiempo de decadencia; una literatura hecha no para marcar el paso con su época, sino para reaccionar contra ella mediante lo delicado, lo refinado, en directa oposición a las vulgaridades y sordideces de la época, ya fueran literarias o de otra naturaleza[54]. La imagen que podría ilustrar estas preferencias podría ser la de un cuadro de la Hermandad Prerrafaelita, la *Ofelia* de Millais: la bella joven, primorosamente vestida, muerta o a punto de morir, con la boca todavía entreabierta, y un ramillete entre las manos, flota sobre un río

estrecho que discurre por un paisaje idílico. Hay puntos comunes entre la estética decadente y el romanticismo. Y fue precisamente un romántico, Théophile Gautier, en el prólogo a *Les Fleurs du mal*, el primero en asociar la poética decadente con Baudelaire:

> Le poète des *Fleurs du Mal* aimait ce qu'on appelle improprement un style de décadence et qui n'est autre chose que l'art arrivé à ce point de maturité extrême que determinent à leur soleil oblique les civilisations qui vieillissent[55].

Por encima de cualquier otro escritor extranjero, CGR siempre se identificará con Baudelaire. Su biografía será el primer libro de envergadura que publique. Acostumbrado a escribir libros en quince días, éste le costó medio año. Tuvo una gestación lenta para lo que eran sus apresurados hábitos de redacción. Tomó notas en bibliotecas; pidió informes a personas conocedoras del personaje. Es harto probable que su esposa, Esperanza Ruiz-Crespo, le ayudara en algunas partes de la obra, en el acopio de materiales, seguramente en la confección de la bibliografía. El estilo, en todo caso, es característico de Ruano. ¿Qué clase de libro, qué tipo de biografía, se propuso escribir? No una biografía académica, un libro «completo», dice, en el aspecto documental. Para eso ya estaba el de Jacobo (Jacques) Crépet, que era autor de una nutrida bibliografía baudeleriana, editor de sus *Oeuvres complètes* en 19 volúmenes y de un estudio biográfico del que se sirvió Ruano. Tampoco quiso hacer una biografía novelada. Él se había propuesto –y lo había conseguido– escribir una biografía cómplice, compenetrada con el ambiente, haciéndose contemporáneo del personaje. Ser amigo, pero delatando a «la policía de la historia» lo bueno y lo malo. Podía haber olvidos en su libro, aseguraba, pero eran olvidos voluntarios, dictados por la pasión. «No va a tener razón la historia en contra de la poesía».

El *Baudelaire* de Ruano, más que cómplice, era autobiográfico. El libro ponía de manifiesto una constante de su autor, incapaz de tratar, de escribir sobre un personaje, real o ficticio, sin proyectarse en él. Toda la obra de CGR, casi toda ella, novelas,

biografía, artículos por decenas, diarios y memorias –por descontado– es autobiográfica. Se mueve entre la necesidad de autoexpresión y la urgencia de confesión, de liberar un oscuro sentimiento de culpa, o de pecado. Un cínico con mala conciencia. Su *Baudelaire* no es una obra equilibrada. No presta demasiada atención a aspectos importantes del biografiado, como la crítica de arte en los *Salones*, la exposición de una estética nueva, la preferencia por el artificio frente a la naturaleza. Y ello a pesar de compartir las reflexiones de Baudelaire. Lo natural era el pecado, el crimen. La virtud, la belleza, era producto del artificio. Belleza de la máscara, del maquillaje, que oculta la fealdad natural. El Baudelaire que rescata Ruano es, sobre todo, el poeta de *Les Fleurs du mal*. El protagonista de una leyenda satánica; una leyenda a menudo engrosada por sus seguidores o sus enemigos. La parte mala que denuncia ante «la policía de la historia» forma parte de esa leyenda. Frecuentación obsesiva de prostitutas, amores presuntamente bestiales con su musa negra, Jeanne Duval (negro/primitivo/salvaje); hostilidad hacia el padrastro y sospecha de relaciones incestuosas con su madre. En todo caso, amores incompletos por falta de consumación. Impotencia. Sífilis. Carácter sádico y masoquista. La parte buena, naturalmente, reside en el genio literario. Pero también en aquellos rasgos que el biografiado comparte con su autor: la simulación del origen aristocrático, una mentira tan honesta que acabó por creerla verdadera; el dandismo, lo que llama «complacencia por lo suntuario»; el rasgo, típicamente decadente, de asociar la belleza con lo feo y lo horrible, el ser hombre de café, la importancia concedida a la ortografía exacta –y falsa– de su nombre. No se fija, y es raro, en la fobia que sentía el francés por los domicilios, que le llevó a ocupar 33 viviendas en apenas 25 años. La carta al editor que va por delante de prólogo tiene fecha de 14 de abril de 1931[56].

Para hacer ambiente, comenzó a pregonar el libro desde el *Heraldo* antes de que se publicase. Se le nota contento, orgulloso de su obra. «Está en la imprenta la biografía tan esperada de César González-Ruano sobre Baudelaire: Ya no hay inconveniente en dar detalles –nos dice González-Ruano–. Lo

hace Hernando, en la colección biográfica de las Ediciones Villaiz, cuyo primer volumen ha sido el *Ángel Ganivet*, de [Quintiliano] Saldaña. Se está haciendo una bella edición, en gran formato, con veintitantas ilustraciones y más de cuatrocientas páginas. Saldrá a mediados de mayo».

> –¿Contento?
>
> –Sí, es el primer libro que me tiene contento. Es una «Vida» agria, desgarrada; desesperada.

Al anuncio siguió un artículo sobre la religión de Baudelaire, en el que sostiene la existencia de un catolicismo latente en el afán sacrílego; parecía una invitación a seguir profundizando en el libro de inminente aparición.

Y, seguramente, fue también su autor el encargado de dar la primicia de la obra:

> Estamos frente a un libro crudo, áspero y penitente. Una prosa precisa, formada en un auténtico estilo y lograda en una especie de placer de insistencia, de reiteración de desgracia, de existencia, seguida paso a paso a lo largo de este tomo de más de quinientas páginas en cuarto. El libro tiene sobre el valor de interpretación, de captación, el valor documental escrupuloso, que le hace el único documento baudeleriano que hay en España[57].

El libro, en general, fue muy bien recibido por la crítica. Casi todos los periódicos de Madrid se ocuparon de él, cosa destacable en días en que la política era el asunto dominante.

> Son 500 páginas de exultante baudelairismo.
>
> Para mí, es la de González-Ruano una de las mejores obras biográficas que últimamente se han publicado [...] Está muy bien el libro de Ruano. Y es promesa de otros libros mejores. Libros que, si quiere creerme –cuando sean libros biográficos, digo–, debe consagrar a los grandes románticos. Porque Ruano, a pesar de su auténtica modernidad, es un romántico.
>
> César González-Ruano es un genuino periodista; tiene del

> periodista neto la rapidez y la sobriedad. Como está siempre en marcha, al igual que todo buen periodista, necesita a veces un punto de apoyo en que sentirse fijo y reposar del tráfago mareante del periodismo. Ese punto de apoyo ha sido para González-Ruano el estudio de Carlos Baudelaire.
>
> Ruano, espíritu claro y fino [...] Su Baudelaire no es una apología, sino un rito. No un estudio, sino una identificación.
>
> Nadie con más méritos que César González-Ruano para rendir este homenaje [...] mojado de dolor, a la memoria del genial poeta francés. Nadie como él para sentir y gozar todas las horas del autor de «Las flores del mal» con ese placer, un poco morboso, del que se siente también fuera del camino elemental y sencillo que seguimos la mayoría de los hombres[58].

Acaso la reseña más inteligente y extensa, casi un pequeño ensayo, fue la que escribió su amigo Carlos Fernández Cuenca. Daba la razón a Ruano, al distinguir entre la biografía clásica y erudita, asimilada a datos, cronología, documentos, erudición, cosa helada e inexpresiva, y la biografía moderna, al modo de Lytton Strachey, Stefan Zweig o André Maurois, autores de biografías que trataban de comprender, desde dentro por así decir, de insuflar vida actual a su biografiado. Decía Maurois que la biografía moderna se distinguía de la antigua –respetuosa siempre de las conveniencias– por su implacable búsqueda de la verdad, dando por hecho que los hombres no estaban hechos de una pieza, *le sens de la complexité des êtres humains*; todo ello era compaginable con la ausencia de juicios morales, buscando sugerir antes que imponer. Una biografía hecha tanto de arte como de ciencia. No inmovilizar sino animar podía ser una tarea comparable a la del creador. Pero Fernández Cuenca llevaba tan lejos su idea de la comprensión (un concepto –*Verstehen*– que tiene su origen en Dilthey), de simpatía o participación en la personalidad del biografiado, que da a entender que solamente un poeta puede comprender a otro poeta. Y no cualquier poeta, tratándose de Baudelaire, sino un poeta atormentado, con rasgos de personalidad semejantes; un poeta lleno de «complicaciones espirituales, quimeras torturadoras, inquietudes desproporcionadas y desvencijamientos sentimentales». Toda

esta variedad tremenda, hondísima, es la que habría permitido, no explicar –erudición fría– sino comprender al genio mediante la calidez de la simpatía[59].

Pero, precisamente, lo que celebraba Fernández Cuenca es lo que hoy echamos de menos en la biografía de Ruano. Referencias al contexto histórico y literario, orden narrativo, datos precisos, o lo que se entiende comúnmente por ello. Echamos en falta la explicación. A fuerza de comprender y simpatizar, no pudo evitar Ruano el proyectarse en Baudelaire. La admiración incondicional, el amor, la fascinación que sentía por su modelo, por su ídolo literario, acabó por absorberlo. La comprensión se hizo mística, hasta convertir la biografía en una autobiografía. Además, ¿por qué oponer la erudición a la comprensión? ¿Acaso era –es– posible la segunda sin la primera? ¿Acaso la erudición –Gibbon, Burckhardt, Mommsen– está reñida con el estilo?

En todo caso, había motivos para el asombro. Un escritor de periódicos que se multiplicaba en la entrevista con el hombre del día, en la crónica desde el lugar del suceso, el reportaje, la información sensacional, la asistencia a un estreno, a una inauguración, haciendo un paréntesis para dedicarlo a un libro. Añádase a todo ello la frecuentación de tertulias literarias. «Pero ¿de dónde saca el tiempo este hombre?», se preguntaba una reseña sin firma en el diario *Ahora*. Y este hombre era capaz de trabajar, a la chita callando, y publicar un libro de cierto empeño. La reseña se fijaba en una característica de la obra, de su autor más bien, y era la actitud «reverencial» que mostraba ante Baudelaire[60].

A medida que se sucedían las primeras críticas favorables, sin apurar los plazos, algunos amigos, estimulados por el autor, convocaron el inevitable banquete de homenaje y solicitaron la firma a varios escritores conocidos: Azorín, Blanco Fombona, Cristóbal de Castro, Fernández Flórez, Gabriel Alomar, Insúa, Olmedilla, Répide y algunos más. La convocatoria iba precedida por una justificación:

> La labor literaria de César González Ruano culmina en estos días con la publicación de un gran libro, *Baudelaire*, biografía de amplia órbita y segura personalidad, primera del

> genial poeta francés, que con todos los honores se publica en España. El sentido periodístico y el alto valor literario de César González Ruano han batido un auténtico récord de producción siempre personalísimamente orientada. Galardonado con el primer premio del concurso anual de la Cámara Oficial del Libro de Madrid, César González Ruano prosigue incansable en su tarea. Ni un desmayo ni un soplo de pereza. Considerando a usted su lector y su amigo, le pedimos la asistencia a este homenaje, que se celebrará mañana sábado, en la terraza del Círculo de Bellas Artes, a las nueve y media de la noche[61].

Eran días de triunfo literario, entre el vértigo de los acontecimientos políticos. Vinieron un centenar de comensales. Otro éxito. Sus compañeros del *Heraldo* en primera fila. Ofreció el banquete Alberto Insúa, resaltando el tono moderno, vivaz y culto de su prosa. Elogió mucho el *Baudelaire* como modelo de biografías y de críticas comprensivas. En algún momento de su parlamento hizo referencia a los «hablistas» que estaban presentes. Se armó entonces cierto jaleo, porque algunos de ellos, los chicos del *Heraldo*, sobre todo, creyeron entender «sablistas», y que ellos eran el blanco del orador. Tuvo que puntualizar Insúa, vocalizando con cuidado: ha-blis-tas, puristas del lenguaje. Calmose el alboroto y pudo continuar Basilio Álvarez, líder del agrarismo gallego, diputado radical por Orense, amigo paternal, recordó el tiempo en que Ruano le pidió colaboración en el diario que dirigía con el curioso nombre de *La Zarpa*. Elogió el «nervio» del joven autor, que era más que la cultura, el color y la amenidad. Y acompañó el elogio con una protesta por las cortapisas que padecía la libertad de prensa en el nuevo régimen, y ello con una frase contundente, propia del sacerdote de retórica incendiaria que era: el libelo debía ser el libro de misa en el altar de la patria. Habló Ruano, como siempre que tenía que manifestarse en público, casi pidiendo perdón de su torpeza:

> –Quiero hablar al lado de este hombre extraordinario para que [Basilio Álvarez] me ayude con su fortaleza en este tranco difícil. Difícil; extraordinariamente difícil, porque el corazón, como un niño maleducado, se me ha subido al

> cerebro a impulsos de la emoción: He pedido también sus fuerzas al alcohol, que me refuerza, para poder hablar sin infligiros la ofensa da largaros un discurso embotellado que tal vez escribí y me dejé en casa. No es a mí a quien agasajáis, afirmó, sino a Baudelaire. Vilipendiado por sus contemporáneos, a quien había que hacer justicia. Escribió el libro con el tiempo hurtado a la servidumbre del reportaje, que es «la inteligencia al servicio de la vanidad». Yo llegué al periodismo –dice– con endecasílabos. Y en nombre de la amenidad me obligaron a intercalarles guiones que indican diálogo. He ahí el drama de los reporteros jóvenes: esos guiones y esas interrogantes que significan el ascenso a tantos terceros izquierdas con el dolor de una pregunta inocua en los labios y la seguridad de una respuesta más inocua todavía. Dice que cuando los encumbrados de ahora le interpelan: Pero ¿usted no ha pedido nada?, él piensa que ya sabrán que el 10447 sigue siendo el teléfono del HERALDO, al que en momentos de vanidad insatisfecha han llamado tantas veces en mendicidad de adjetivos y no se explica el bache mental de esta hora que les borró el 10447.

Terminó su parlamento con un canto a la abnegación y a la ternura de su mujer, aliento en las horas inciertas[62]. Horas inciertas, las que iban a llegar. No lo sabía bien.

III
Las casas, 1903-1965

La calle de Ríos Rosas, bautizada así en recuerdo del político moderado, en el distrito madrileño de Chamberí, estaba a medio construir. Algunos edificios de siete u ocho alturas se habían levantado entre los años cuarenta y cincuenta. Desde sus ventanas, en la parte alta de la calle, podía verse todavía el perfil de la sierra y, más cerca, el pinar de Chamartín. En la acera de los impares se alzaba la vieja escuela de ingenieros de minas. CGR se trasladó en 1948 a un piso amplio, en régimen de alquiler, situado en el número 54. Un año después le siguió su amigo Camilo José Cela. Sus viviendas eran paredañas, aunque se accedía a ellas por escaleras diferentes. A veces se pasaban tabaco, un duro o un chorizo con un cestillo a través de la cuerda de tender la ropa. También se comunicaban a golpes, los que daban en la pared para reclamar atención. Cela pagaba un alquiler mensual cercano a las 2.000 pesetas. Una cantidad respetable para la época. En el café decían: «¡Está loco! ¡Pagar más de dos mil pesetas de renta!».

Y CGR debía pagar una cantidad parecida, 2.500 según el testimonio de Mariano Tudela. Había un bar denominado Pon Café junto a la puerta del edificio. Después, una tienda de ultramarinos y una peluquería, de la que era asiduo. Ruano hizo la mudanza a fines de septiembre de 1948. Tras ellos se vino a vivir otro amigo de la agitada época de París, Manuel Viola. Su mujer, Laurence Iché, lo recuerda así: «Nosotros estábamos en Barcelona. Habíamos sido invitados por González Ruano a su casa de Madrid. Corría el año 1949 y nada más ver la zona nos enamoramos de ella, tan bonita, con una arboleda estupenda. Aquella zona era, por entonces, el final de Madrid». Se quedaron con un piso que había libre, el octavo derecha, encima de sus

amigos. Los tres se veían con frecuencia. A Viola le interesaba la poesía y la pintura. A Ruano le gustaba el arte, ya sabemos hasta qué punto. Cela tiraba más hacia la literatura, aunque procuraba decorar su vivienda con pinturas de precio. Viola, tan español de costumbres, tan disparatado, solía celebrar en su casa periódicas juergas flamencas que alteraban al vecindario. Sus vecinos de abajo debían de maldecirle. Eran una pandilla muy divertida, según Iché[63].

El piso en que vivía Ruano, en la planta séptima, como todas sus casas, era un recinto abigarrado, en que apenas quedaba sitio para sus habitantes. Sus visitas constantes a los anticuarios, a los chamarileros del Rastro, lo habían convertido en una suerte de museo barroco. Su feliz propietario reconocía que, más que seleccionar, acumulaba, llenándolo todo, ocupando cada centímetro de pared hasta llegar a la congestión «que debe resultar un tanto mareante». Algún amigo llamó cripta a la vivienda, acaso por la sensación de opresión, un tanto angustiosa. Los únicos objetos que guardaban cierto parentesco eran las pitilleras de plata, los ceniceros y la serie de retratos de Mery de Navascués, óleos y dibujos. El resto era una amalgama heterogénea. Francisco Umbral observó su pasión por los objetos, una suerte de fetichismo general: «le fascina lo inútil»[64]. En Ríos Rosas te daban la bienvenida un San Nicolás morrocotudo, sumado a su colección de santos mutilados en 1954, de talla mayor que la natural. Acompañaban al «obispo» dos arcángeles de vieja madera, señalando la puerta de la calle. Ruano se reservaba tres habitaciones de la casa. En ellas se hallaban los libros, alineados desde el pasillo hasta el cuarto de baño hasta llegar al dormitorio, que terminaron por invadir del todo. Retratos originales de Vázquez Díaz, de Pedro Flores, de Penagos, colgaban de las paredes. Había cocodrilos disecados y una enorme tortuga. César había echado abajo una pared para disfrutar de un amplio salón. Aquí había un maremágnum de figurillas ibéricas, pitos de Ibiza, santos tullidos, tres estatuillas negras regaladas por Italo Balbo en Libia, máscaras japonesas, bichas de Cuenca, más conchas de tortuga. Alguno trató de explicar esta manía de los quelonios, diciendo que eran un emblema de la vida ruanesca, recorriendo el mundo, pero

siempre con la casa a cuestas. Había varias vitrinas, con ceniceros y pitilleras, algún pedazo de columna y varios ídolos orientales. Más retratos, que parecían de antepasados, acaso por lo oscuro de las telas y las raras vestimentas de los personajes. Cornucopias, armaduras, mesitas, algunos iconos, más libros. Estaba, naturalmente, su sillón favorito, enorme, tapizado a rayas. El escudo del imaginario marquesado parecía ejercer una presidencia simbólica, colocado sobre la chimenea francesa. Manos ajenas limpiaban y enceraban aquellos cuartos. Pero Ruano encontraba placer en ordenar por sí mismo los libros, organizar las vitrinas y los cachivaches de las mesas, mesitas y vitrinas. «Ir llenando huecos con este afán barroco que siempre me dominó», anota en su *Diario*[65].

Dirá el inquilino que lo que inclinó la decisión para tomar esta casa fue la chimenea. Frente a ella había un radiador que procuró disimular para que no le hiciera la competencia al fuego de leña. Era lo bello enfrentado a lo práctico. Nada podía dar más sensación de hogar que una chimenea. «Al amor de la lumbre» podía uno pasar las horas muertas. En la repisa había fotografías de don Juan de Borbón, don Jaime, Alfonso XIII, la reina Victoria y la infanta Paz, dedicadas. Había otra de un José Antonio Primo de Rivera a los veinticuatro años. Las únicas fotografías dedicadas de escritores eran las de Cela, Baroja, Azorín y Somerset Maugham. La casa tenía servicio: cocinera y criado uniformado. Un servicio que, por las razones que fueran, no solía durar mucho en sus funciones. Las luces, discretas; los objetos, usados; los tonos, neutros; todo ello creaba un aire de intimidad. Las máscaras y figuras exóticas ponían el aspecto inquietante, como evocando el malditismo lejano, la parte oscura y baudeleriana del personaje. El dueño de la casa solía decir que aquella estatuaria, colocada a la entrada de la vivienda, espantaba a los acreedores[66]. Un inconveniente tenía aquella casa. Era una época de feroces restricciones. A finales de 1949, el estanque del Retiro se quedó vacío por falta de agua. En febrero del 50 vinieron los cortes de luz. «Restricciones» justificadas por la «pertinaz sequía». Cortes que se repitieron en 1953. Para Ruano era un suplicio llegar a casa y encontrar que el ascensor no funcionaba y tenía que subir 126 escalones hasta el séptimo

piso.

La casa de Ríos Rosas era una de las muchas casas que había puesto Ruano a lo largo de su vida. Para un coleccionista de objetos, para un «bibelotista», las mudanzas demasiado frecuentes eran auténticas tragedias. La mudanza era «una cosa terrible y abrumadora». ¿Dónde colocar tantos objetos? «Giliporcelanas» es el término que emplea. Cambiar, casi, de vida. Casa nueva, vida nueva. De contemplar un paisaje de pueblo superpuesto a una plaza de toros –Alcalá, 182– a asomarse a la ventana para ver la desnuda silueta de los Nuevos Ministerios y los jardines desiertos, que tenían un aspecto como de cuadro pintado por De Chirico[67]. Exactamente, la casa de Ríos Rosas era la decimocuarta desde 1936. Hasta esa fecha había habitado otros once domicilios. El primero, la casa familiar de Conde de Xiquena, 6, tercero izquierda. Una casa de apenas 25 años, con nueve habitaciones, además de cocina y despensa. Carecía de baño. Hacía sus veces una bañera de cinc que se llenaba con jarras de agua. Tenía muchos muebles y pesados cortinajes. De las paredes empapeladas colgaban retratos de familia de gran talla. En el centro del salón lucía un extraño sofá formado por cinco butacas puestas en círculo y allí se hacía la vida diaria. La casa estaba llena de cachivaches; infinitos bibelots y terracotas, una afición que, refinada, heredará Ruano. Al comenzar la carrera de Derecho le fue habilitada una habitación cerca de la entrada como despacho: una mesa con cajones de madera clara y una librería cerrada con cristales esmerilados. Luego fue poniendo estanterías abiertas de pino a todo lo largo de las paredes y, colgando de estas, objetos antiguos y cuadritos. En este pequeño despacho estaban en germen todas las casas futuras: barrocas, apretadas y algo caóticas. Por esta época conoció a Antonio de Hoyos y Vinent, que vivía en un palacete de la calle Marqués de Riscal, y su casa influyó muchísimo en las que pondrá más adelante. Era una casa «con mucho truco literario»: viejas telas sobre grandes sofás, biblioteca encuadernada en negro, con la corona de marqués en oro, tallas antiguas, hierros, esmaltes, grabados vagamente eróticos, máscaras chinas, vitrinas cargadas de ídolos y bibelots. En Madrid había, al menos, otras dos casas puestas a lo barroco, en

plan de museo o decoradas con material de acarreo, que eran las de Federico García Sanchiz, el charlista incansable, y la del torreón de Ramon Gómez de la Serna, en la calle Velázquez, cercana ya a la de Alcalá. Lo de Ramón no era una casa, sino más bien un bazar, atiborrado de estrellas relucientes, globos de colores, muñecos de trapo, juguetes mecánicos y cuadros extraños. Su farol de gas y su muñeca de cera llegaron a hacerse famosos en el anecdotario literario[68]. Quizás la casa de Zola en Medan sea el referente común a todas estas viviendas. Aunque fue la de Hoyos y Vinent la primera que conoció[69]. Desde la casa de conde de Xiquena dará el salto, a los veintitrés años, a un piso de marqués de Monasterio, 4. Quizás fuera entonces cuando inició las frecuentes visitas al Rastro, en procura de muebles y chucherías viejas. En 1927 alquiló otro piso en la calle Manuel Cortina, 10, en un tranquilo recodo del distrito de Chamberí. Para decorarlo compró su primera tortuga, dio entrada a estatuas mutiladas de santos y alguna máscara que trajo de su primer viaje a Marruecos. Esta casa, puesta con ciertas pretensiones, albergó sus primeros triunfos periodísticos, el salto de *La Época* al *Heraldo* y la publicación de varios libros, el *Baudelaire* por encima de todos. Aquí le pilló la concesión del premio Mariano de Cavia, que selló su paso al *ABC*. Y este domicilio sirvió también como hogar matrimonial. Sí, porque el periodista, «uno de los escritores más destacados de la novísima generación literaria», se había casado el 11 de noviembre de 1926 con la señorita María de la Esperanza Ruiz-Crespo y Galán, en la parroquia de Santa Bárbara, perteneciente al convento de las Salesas de Madrid. Fueron padrinos del enlace la madre del novio, doña María del Rosario Ruano de la Sota de González Garrastazu, y el padre de la novia, don Alfredo Ruiz Crespo. La concurrencia, que fue numerosa según las crónicas, fue obsequiada con esplendidez en el hotel Nacional, con *lunch* y baile. Los novios salieron de luna de miel hacia «el extranjero» (París)[70].

A fines de 1932 se mudó a General Oráa, 9, a una casa propiedad del conde de Cedillo, en la que vivió Valle-Inclán. El conde, a raíz de haber tenido a Valle como inquilino, con las molestias que según decía le había causado, estaba prevenido

contra los literatos. El piso era el más grande que había tenido, una vivienda enorme donde los muebles quedaban como perdidos o aislados. Apenas alcanzó a amueblarlo cuando salió a toda prisa hacia Berlín, en labores de corresponsal. Al regresar se mudó, la cuarta mudanza en su vida, al Paseo de Recoletos, 7, uno de los puntos de Madrid que tuvo más atractivo para él. Desde los balcones podía ver la plaza de Cibeles. Con todo, esta fue la casa que presenció la separación de su esposa, Esperanza Ruiz-Crespo. Algunos muebles se desperdigaron al abandonarla, habitando sucesivamente dos pisos en la calle Maudes, cerca de los Cuatro Caminos, y en la plaza de Chamberí, de donde pasó a un estudio en la que entonces se llamaba calle de Eduardo Dato, anteriormente llamada Gran Vía, luego Avenida de José Antonio. Aquí puso pieles de oso, de cabra y un gong chino que milagrosamente pasó incólume por guerras y revoluciones. La última vivienda que habitó antes de la guerra fue la de Alcalá, 74, frente a las Escuelas Aguirre. Con espingardas, telas y tapices comprados en los bazares de Tánger, Rabat y Meknés puso un cuarto moro: «apenas lo puse me dio asco».

Poner una casa detrás de otra. Acaso «poner» sea el verbo adecuado, porque el hombre intranquilo que era CGR, el de la vida deprisa, gustaba de cambiar de domicilio por el mero placer de decorarlo, pero no de vivir en él. Tuvo tres casas en Roma: una en Via del Pozzo, dos en Via Margutta. La primera era una pieza enorme con dos ventanas, parte del techo de cristal, con bastantes goteras, una terraza y un cuarto chico como *toilette*. La vista de Roma desde la terraza era magnífica. De sus paredes colgó dos grandes retratos enmarcados, con la dedicatoria de Alfonso XIII y del Príncipe don Juan. En 1937 cambió de domicilio, pero en la misma calle, a una villa independiente, bastante grande, de dos pisos: entraron cuadros, telas, pieles y alfombras. Aquí comenzó la colección de pitilleras, alcanzando la cifra de 200, casi todas de plata. La casa que compró en el pueblo de Positano estaba en el barrio llamado del Fornillo, intermedio entre el de la Marina y el más alto, una casa de marineros con los típicos arcos mediterráneos. Volviendo a Roma, de Via Margutta pasó a la Piazza del Popolo, a un piso situado encima del café Rosatti, que todavía existe. Poco tiempo

vivió en él al ser destinado por el periódico a Berlín. Aquí habitó en un piso amueblado de la Branderburgisches Strasse, 36, en el que, según Ruano, siempre hubo una habitación cerrada, «advirtiéndonos que allí se guardaban algunos cuadros importantes, entre ellos un Zurbarán». A fines de 1940, al trasladarse a París, mantuvo a la vez varias casas, en el Boulevard Delessert 11, junto al Trocadero, que era un piso amueblado; un estudio en la rue Campagne Première, entre los bulevares de Montparnasse y el de Raspail (en esta misma calle pondrá luego otro estudio), una casa campestre en Barbizon, no lejos de Fontainebleau, y unas habitaciones en el hotel Namur, rue Delambre. Al final de su estadía parisina alquilará y amueblará otra en la rue Boulard 9. De vuelta a España, tuvo dos casas en Sitges. En Madrid habitará primero en la calle Alcalá 182 para terminar en el piso de Ríos Rosas. En 1955 comprará, con ayuda municipal, una casa grande, antigua, no exactamente un «palacio», como la llaman algunos, en la parte alta de Cuenca, que restaurará y decorará a su gusto: la decimoquinta, que venderá en 1965 al pintor Antonio Saura. No se incluyen en este inventario tres casas: una en la costa Brava, cerca de Palamós, otra en Benidorm y la última en Mazarrón, que no terminó de construir.

Una característica de la mayoría de las casas es su tamaño. Ruano busca pisos relativamente grandes, en los que suele derribar tabiques. Asegura que una habitación en la que no puede uno pasear cuando está nervioso no puede servir para reposar cuando se está tranquilo. La gente, por lo que había observado, vivía de cualquier manera. Hacinados en la mediocridad de casas inverosímiles, comiendo donde duerme, oyendo toser y cantar al vecino. El exterior, la arquitectura de la vivienda, no parece importarle. Lo mismo se acomoda al estilo funcional de Ríos Rosas, al historicista de la vivienda de general Oráa o al formato de la casa/jardín entre monumentos antiguos de Via Margutta. Lo esencial es el interior. La casa sirve para recibir, no para trabajar en ella. Otra característica: a excepción de las casas de Positano y la de Cuenca, todas son alquiladas. Ruano es reacio a la compra de pisos. «A mí, lo de la compra de pisos nunca me ha fascinado». En parte, ello viene impuesto por

la vida nómada del escritor. También por la falta de costumbre. En España la gente solía vivir en casas de alquiler. La compra de viviendas no se generalizó hasta los años cincuenta. Ruano veía ventajas en alquilar: no había que dar entrada y, en cuanto a la sensación de propiedad, el inquilino podía considerarse tan dueño como el propietario. A ello ayudaba, cosa que no cita el interesado, una legislación proteccionista y restrictiva. El arriendo era «una fórmula genial»[71].

En las casas de Ruano se echan a faltar algunas cosas. Ninguna tiene radio, común en muchos hogares de los años treinta y cuarenta. Tampoco tienen televisión, que empezará a ser un mueble familiar en España, al menos, a partir de los años sesenta. Ruano desprecia los artefactos mecánicos. Jamás usará reloj de pulsera. En su lugar le encantan los relojes de bolsillo, los antiguos, los que tienen tapa y se sujetan a la americana con una cadena. De estos hermosos relojes hará colección. Con el tiempo tuvo también varios de mesa. Tampoco usa automóvil. En Italia adquirió un viejo Ford para sus desplazamientos a Positano, pero no lo manejó nunca. Dice haber tenido otro en Berlín, casi obligado por Faupel, el antiguo embajador en España. No usa máquina de escribir, cuyo ruido le distrae; una herramienta poco adecuada para un escritor de café. El bolígrafo, la estilográfica en contada ocasión, lo empleará mediado el año 53. Nacerá entonces la «edad del bolígrafo», una nueva era que inaugurará manchándose las manos de tinta. Todos los artículos, novelas y reportajes, a excepción de los que se vea obligado a dictar, estarán manufacturados. Tampoco usa encendedor, porque prefiere cerillas de cocina para dar fuego a sus pitillos. Cuando tuvo una radio, en torno a 1950, no sabía utilizarla ni cómo sintonizar una emisora[72].

En varios momentos de su vida escribirá series de artículos sobre las casas de los escritores, la primera en el *Heraldo*, con las de Anatole France y Huysmans. Las casas eran como la piel del escritor, de cualquier persona, el trasunto de su personalidad. Dime cómo vives y te diré quién eres. Una sencilla habitación de hotel, a los pocos días de estar ocupada, descubre ya algo o mucho de la personalidad de su ocupante. Admira aquellas casas que, como la de Anatole France, parecen museos: tallas,

damascos, brocados, vidrieras policromadas, porcelanas de Sèvres. La casa que describe Huysmans en *À rebours* se le antoja el colmo del refinamiento. Toda la decoración está guiada por el artificio. Olores, colores, en escogida y refinada combinación; telas muebles, libros, nada puede dejarse al azar. La luz solar, «demasiado fuerte y popular» ha de ser filtrada siempre por cortinajes. La casa del escritor –la casa ideal– encarna o representa la estética del decadentismo, alejada de lo vulgar y espontáneo; en que la naturaleza es perseguida, sojuzgada por el artificio. «La nature a fait son temps»[73]. Llegará un momento en que amigos y admiradores le inciten a escribir un libro de homenaje, enero de 1953, titulado *Mis casas*, inventario y descripción de todas aquellas en que vivió. La idea había sido de su amigo Mariano Rodríguez de Rivas.

El piso de CJC [Camilo José Cela] carecía de ese abigarramiento. Tenía menos cachivaches que el de Ruano. Pero, a juicio de un familiar de ambos, tenían cierto parentesco. La biblioteca tenía los mismos botijos de Cuenca, el mismo farol callejero y hasta santos mutilados. Era grande, sin duda, pero sin afán decorativo, sin los adminículos que son de rigor en una casa burguesa: las perchas, el mueble con espejo, etc. En su estudio tenía colgadas varias pinturas de Eduardo Vicente, antiguo cartelista republicano, cuyos paisajes urbanos, de un extrarradio medio vacío, congelado en el tiempo, se habían puesto de moda. Podía verse una fotografía dedicada del general Millán Astray y barcos embotellados y muchos libros. Algún detalle pintoresco, como el pingüino de porcelana colocado sobre una mesa baja, al que Cela le colocó un rótulo: «Visitante: observe usted / el malévolo pingüino».

Viola regaló –o vendió– a CJC algunos cuadros. Camilo José, su hijo, supo de la facilidad de Viola para pintar un Modigliani, o un Kandinsky. Como aquellos amigos surrealistas de los años de París, no copiaba jamás un cuadro; pintaba «a la manera de» y los resultados, asegura Camilo José, eran sorprendentes. Había un Chagall de tonos azules, con un hombre cabra danzando en el aire. A principios de los años cincuenta, el escritor pasaba lo que uno de sus biógrafos llama un «bache». Mientras se hallaba escribiendo *La colmena* trató de vender el cuadro a un escritor y

diplomático argentino, tomando al periodista Mariano Tudela como intermediario: «Dile a Arturo Lagorio que ese cuadro es un Chagall como la copa de un pino. El precio que le pongo no es nada caro, sobre todo para un diplomático argentino como él. Me lo paga y en paz». El argentino desconfiaba y la venta no se realizó. Según parece, más tarde, el cuadro le fue enviado a su autor presunto que, ni corto ni perezoso, tomó un pincel y escribió sobre el lienzo: «*c'est un faux, la signature est fausse*».

Pero, además del Chagall, también había un Miró. Era un óleo grande, con unos tonos ocres y naranjas, no muy frecuentes en el pintor. CJC le mostró el cuadro al artista catalán que, tras una pausa para reflexionar, soltó de repente: «Es falso. Yo no he pintado nunca ese cuadro». Cela agarró un cuchillo y le hizo un tajo al lienzo. Miró se lo reprochó: «¡Pero qué hace usted! ¡Podría haberlo vendido!». Charo, la esposa de Cela, reparó el costurón con mucho cuidado. El pintor terminó por llevárselo a su estudio y lo devolvió repintado. Todavía asomaban algunos rasgos antiguos. Pero ahora ya era un Miró auténtico. Miró escribió la anécdota en el dorso del cuadro: «En recuerdo de una falsa tela apuñalada que dio nacimiento a una obra auténtica. A C.J. Cela. Su amigo Miró, 23. VIII. 72»[74].

IV
Madrid, 1921-1929

Naturalmente, el oficio de poeta no podía resolver la vida del joven literato. Cursó la carrera de Derecho a fuerza de arbitrios, que eran los propios de un pícaro. Por ejemplo, fingirse tan católico como el catedrático de la asignatura para ganar su benevolencia.

El expediente académico es mediocre, rotundamente malo. Ruano logró terminar la carrera de Derecho entre los cursos 1919-1920 y 1924-1925. La nota más alta que obtuvo fue la de notable, en Historia, perteneciente al primer curso; uno solo en toda la carrera. Menudean los suspensos, especialmente en Economía, Historia del Derecho, Civil I y Derecho Romano, pertenecientes a los dos primeros cursos. A duras penas logró aprobarlas en los siguientes. En el correspondiente a 1923-24 recurre al ardid de cursar algunas asignaturas en otras universidades, en la de Salamanca, Zaragoza y Santiago, ya por considerarlas más fáciles que la Central, ya por tener noticia de algunos catedráticos no demasiado exigentes. Regresa a Madrid entre 1924-25 para terminar en la convocatoria de septiembre con el Mercantil, los Procedimientos y la Práctica Procesal[75].

Este era el resultado de una vida de vagabundeo por Madrid y por las ciudades que frecuentó. Zaragoza, por ejemplo. Parece conocer muy bien, pocos años después de terminados los estudios, sus paseos y tabernas, no precisamente el ambiente universitario. Los señoritos y las señoritas, que salen tarde, a pasear a las doce del mediodía por la calle Alfonso I. La oleada azul mahón, la de los obreros que paran para almorzar. Las modistillas. Los hombres, por la tarde, al círculo y al café. A las seis, el público de teatros y cafés. Por la noche, evocando la sombra de un Burlador de leyenda, la diversión. Mesones donde

se sirve un vino espeso. La jota en una tabernilla de extrarradio. Se hace retratar en la faena. Describe su, digamos, vida estudiantil como un enojoso trámite. «Era más estudiante de poesía que de leyes»[76].

En Madrid, pasando de largo ante el caserón de San Bernardo hasta alcanzar la Bombilla, un barrio de barracas en el oeste, entrando en las chirlatas de mala nota. También jugaba. En los exámenes se desenvolvía bien, porque había aprendido «el arte de la simulación», tenía buena memoria, facilidad de palabra, y por ello le sobraba con mirar las lecciones en el libro de algún compañero, pues libros de texto no tenía: los había empeñado en algún momento del curso. Aprobados con Clemente de Diego, suspensos con Gascón y Marín, empeños en Casa Veguillas[77].

Al terminar sus estudios, si acaso los comenzó alguna vez, tuvo varios empleos ocasionales –en la inspección de consumos de la estación de Atocha, en una empresa de seguros– que duraron poco. En la oficina de seguros lo destinaron a la sección de «Siniestros». Desempeñaba la tarea sin entusiasmo. Tenía que entenderse con los asegurados en los accidentes de automóviles. Debía orientarles y escribir un informe. Publicaba ya en la prensa. Seis o siete meses llevaba en el puesto cuando lo llamó el director. Le dijo que deseaba felicitarle:

> –¿A mí?
>
> –Sí; por su artículo de anoche. Era muy bonito.
>
> –Es usted muy amable.
>
> –No, no, de veras. Lo pensé enseguida. Si este muchacho tuviera tanta disposición para los siniestros como para escribir sería un gran empleado.
>
> El joven barruntó las intenciones de su jefe, y le preguntó si le parecía un desastre en materia de seguros.
>
> –Hombre… tanto como un desastre… Creo que no es lo suyo. ¿No le parece a usted?
>
> –Sí señor; yo lo he creído desde el principio. ¿Quiere usted que lo deje?

Y ahí acabó, de la mejor manera posible, su carrera oficinesca. O casi. La empresa descontaba todos los meses a sus empleados una cantidad para un seguro. Lanzado a la incierta

carrera de las letras, el joven periodista y poeta se halló en un apuro, uno de tantos que iba a sufrir en lo porvenir. Escribir artículos a cinco duros no daba para mucho. Lo llamaron de la oficina una mañana y le informaron de que, como resultado de aquellas derramas mensuales, la empresa le debía quinientas pesetas, que fue a cobrar de inmediato[78]. Quizás fuera en este momento, o en otros venideros, cuando acabó de remachar una certeza. Ruano siempre creyó que no debía preocuparse por el dinero; que podía sobrevivir a cualquier situación de agobio económico; que alguna providencia benevolente obraría el milagro de la oficina de seguros y le sacaría de sus estrecheces, aunque fuera un desahogo momentáneo.

Ruano ejerció por breve plazo la carrera recién acabada. Le tocó defender de oficio a Artemio Precioso, editor, caudaloso autor de novelas cortas, director de la revista de humor *Muchas Gracias*, defenderlo, precisamente, de las consecuencias penales provocadas por la publicación de una novela suya, de las que entonces se llamaban «sicalípticas». Se le ocurrió decir, acaso pensando en Baudelaire y sus problemas legales con *Las flores del mal*, que el arte era el arte y que ofenderse por una novela podía compararse al escándalo de un paleto ante cualquier desnudo de museo. El ministerio fiscal tomó la referencia como un desacato –el de comparar al fiscal con un palurdo– y Artemio Precioso salió condenado. A este abogado sin vocación lo que le hubiera gustado era lo criminal, que no dejaba dinero, pero resultaba mucho más interesante. ¡Ah, si hubiera podido defender a un asesino! Entonces se lo hubiera pensado dos veces[79].

El joven no estaba hecho para oficinista disciplinado o para juicios de menor cuantía. Entró en el diario *La Época* como meritorio, por recomendación familiar, pero tampoco duró mucho. El viejo diario conservador (fundado en 1849) seguía en manos del marqués de Valdeiglesias, un aristócrata menudo, calvo y vivaracho. Estaba emplazado en un viejo palacio, en lo alto de la calle San Bernardo. La redacción era una sala amplia, con un espejo al fondo. Una pátina de ortodoxia monárquica parecía impregnarlo todo. No en vano, la flor de lis y la cruz componían el blasón del periódico. Tenía el diario dos puntales, el uno firmaba como «Montecristo» la crónica de sociedad, el

otro se llamaba Luis Araujo-Costa y redactaba tanto la crónica teatral como la de libros, aventurándose de cuando en cuando con el artículo político, sirviéndose de una prosa mazorral. La sección más nutrida era la dedicada a sociedad y fiestas palatinas y diplomáticas; hasta cuatro periodistas auxiliaban al director en este menester importantísimo, entre ellos unas jóvenes promesas como José Ignacio Escobar, publicista monárquico y actor, y Guillermo Fernández Shaw, futuro libretista de zarzuela. Entrados los años veinte era Mariano Marfil –política extranjera y fondos– quien supervisaba todo lo que se publicaba en el diario, hasta lograr la perfecta unidad ideológica y tipográfica. Cada cosa en su sitio. Don Alfredo, el marqués de Valdeiglesias, llamaba a su despacho al joven redactor llamado César. Acudía con un mazo de hojas y esperaba las indicaciones. «Bueno, bueno, ponga usted: "Ayer, en los jardines de Aranjuez..."; no, tache eso. "Nunca se vieron más automóviles [...] Guapas chicas. Fulana, Mengana, Zutana..." No se le olvide el orden de los títulos. Apunte usted: "Cielo azul, limpísimo". Bueno, cuando esté el artículo me lo pasa usted». El joven periodista tuvo ocasión de comprobar la dificultad de redactar una crónica aparentemente sencilla. La crónica social guardaba cierto parentesco con la novela rosa: salones deslumbrantes, vestimentas exquisitas, personajes distinguidos. Pero lo que de verdad importaba era la enumeración de la gente que había asistido a una fiesta. Era una tarea llena de peligros. No se podía citar al buen tuntún, sino con rigor jerárquico. Cualquier confusión u omisión o defecto en la colocación podía acarrear enfados y protestas[80].

En sus más de sesenta años, el marqués no se había perdido una recepción, una fiesta, una cacería. Había sido cronista de guerra. El «diario del marqués» era leído en exclusiva por las clases altas. Bastaban dos grandes hojas de papel satinado, con columnas seguidas, sin titulares y con secciones fijas siempre colocadas en el mismo sitio. A Valdeiglesias no le interesaba la renovación periodística. *La Época* solamente se vendía por suscripción. El salario que se pagaba a los redactores –a juzgar por los recuerdos de CGR– era tan irrisorio que no bastaba para lo imprescindible. *La Época* padecía una decadencia

irreversible[81].

De *La Época* saltó al *Heraldo de Madrid*. Este sí que era uno de los órganos punteros de la prensa madrileña. A principios de los años veinte, el diario había sido adquirido por los hermanos Manuel y Juan Busquets, trocando la cuantiosa deuda que los antiguos periódicos del trust (*Heraldo*, *El Liberal* y *El Imparcial*) tenían con ellos por su entrada en la propiedad. *El Imparcial* fue el único que siguió en manos de Ricardo Gasset. Los Busquets eran empresarios catalanes, asociados a la Standard Oil americana, que fabricaban desde lubricantes a insecticidas, el *Flit*, que sobrevivió en la memoria de los españoles como sinónimo de matamoscas. El salto a Madrid no carecía de intenciones políticas. Hasta entonces se habían limitado a solicitar al gobierno favores en la aplicación del arancel. Ahora, en las postrimerías de la Dictadura, pensaron que había que aprovechar el momento para influir en la situación que se avizoraba. Uno de sus empleados reconstruirá más tarde unos cálculos entre empresariales y políticos:

> –Si llegamos a controlar en Madrid unos cuantos periódicos y especialmente estos dos, tendríamos una influencia decisiva en el momento de las elecciones.
>
> –¿Elecciones dice? ¿Elecciones?
>
> –Las que tendrán que convocar quieran o no en cuanto se produzca el cambio que ya se prevé ahora [...] Y un periódico es un cebo muy bueno, una máquina excelente para fabricar políticos[82].

Los Busquets fundaron la Sociedad Editora Universal, en la que incluyeron otros diarios de tanta solera como *El Liberal* de Madrid y sus filiales de Sevilla y Murcia, junto con *El Defensor de Granada*. La redacción estaba en la calle Marqués de Cubas, 7, en salones distintos a los que ocupaba *El Liberal*. Al fondo, el taller, y en el centro una gran rotativa suiza marca Hoe, que tenía la capacidad de tirar 350.000 ejemplares a la hora, capacidad compartida con el diario hermano.

Desde 1927, el *Heraldo* estuvo dirigido por el catalán Manuel Fontdevila Cruixent. Fontdevila había comenzado su carrera

periodística en *La Tribuna*, diario de la tarde. A continuación, fundó con Santiago Vinardell *El Día Gráfico*, introduciendo en España el procedimiento del huecograbado. En 1915 pasó a ser redactor jefe de *La Publicidad*. Amadeo Hurtado influyó para que pasara a *El Liberal* de Madrid y de ahí al *Heraldo*. Fontdevila no se molestaba en escribir, pero siempre andaba imaginando novedades de información, con ansia de renovar el periodismo amazacotado, al estilo de *La Época* o *El Imparcial*. Empezó por reducir el tamaño hasta llegar al tabloide. Ello le permitió aumentar el número de páginas, dar cabida a nuevas secciones y ampliar las antiguas. CGR trazó una breve semblanza del director: «Era un catalán nada escritor y poco periodista, pero que tenía grandes condiciones de capataz de empresa, de capitán de barco pirata. Había reunido una redacción inteligente, audaz y hambrienta, en la que no había un tonto [...] Era áspero y a la vez simpático. Se veía en él al bohemio de las Ramblas enseñado a morder desde chico». Fontdevila, en efecto, alcanzó a formar una plantilla sobresaliente con Francisco Lucientes, Vicente Sánchez Ocaña, José Simón Valdivieso, Rafael Marquina, Juan González Olmedilla, encargado de la página teatral, Miguel Pérez Ferrero, aventajado crítico literario y biógrafo de literatos como Baroja y Pérez de Ayala. Manuel Chaves Nogales, el primoroso biógrafo del torero Juan Belmonte, autor de crónicas viajeras insuperables, oficiaba como editorialista y llegó a redactor jefe. En 1931, Chaves pasará a dirigir un diario nuevo, *Ahora*, de manejable formato y despliegue gráfico extraordinario. CGR hizo en el *Heraldo* su verdadero aprendizaje periodístico. Fontdevila le ofreció veinte pesetas por artículo o interviú, en vez de las veinticinco que le venía pagando al principio, pero, a cambio, podía publicar todos los días. Por los «biplanos», es decir, los reportajes de dos páginas, le pagaría cuarenta pesetas y luego cincuenta. Al joven le convino –hubiera pagado por publicar, dirá en sus *Memorias*– porque lo que quería era hacerse un nombre, «y Fontdevila en eso no era roñoso: todo se firmaba y le ponía grandes tipos al nombre». En el *Heraldo* no escribían firmas tan famosas como las de *El Sol*. No publicaba folletones sesudos. Era un diario noticioso que dedicaba páginas enteras a curiosidades históricas o literarias. Daba importancia

fundamental a la actualidad, al suceso inesperado, a la entrevista, al reportaje. El director quería la menor cantidad posible de literatura. Y en ello parecía ir con las nuevas tendencias. Quiso hace un diario que, sin perder la referencia madrileña, tuviera una apariencia europea. «Concisión, ironía, nota suelta y punzante para la figura o el hecho aislados que saltan en la actualidad periodística con el fulgir sugestivo y efímero de un pez en el agua. Además de estas dos cualidades, que yo estimo básicas en el *Heraldo*, me gustaría dotarle de aquella autoridad informativa característica de la prensa inglesa». Un periódico, sobre todo un periódico de la noche, habría de recoger la «última hora» de todos los sectores de la vida ciudadana. Las noticias deberían colorearse, sin falsearlas, con el matiz propio del periódico. El director habría de ser como un poder moderador, respetuoso de la libertad del periodista; una libertad cuyos límites estarían en las campañas personales o injuriosas, radicalmente proscritas. Fontdevila estaba orgulloso del grupo de redactores que trabajaban bajo su dirección. Hacía especial referencia a Chaves Nogales, el redactor jefe. En el capítulo de colaboradores resaltaba a Pedro Rocamora, Emilio Carrere, Francisco Madrid y, claro, a César González Ruano, «poeta dadaísta converso al reportaje militante». Cuando Fontdevila se hizo cargo de la dirección, el *Heraldo* tiraba 10.000 ejemplares. En 1928, habían subido a 30.000[83].

En uno de sus reportajes extensos, Ruano describe los rasgos de lo que llama «el nuevo periodismo», coincidente en parte con la doctrina del director del *Heraldo* (en casi todo menos en el papel de la literatura). El periódico moderno tenía que ofrecer al público una visión rápida y variada de la situación. «Pasar ligero sobre las cosas y no olvidar ninguna», recomienda. La organización interna tenía que cambiar de raíz. Toda esa división en secciones, la que había visto en *La Época*, había caducado: el plúmbeo artículo de fondo; la crónica literaria desempeñada con escasa imaginación; las noticias del extranjero, casi siempre atrasadas; el resumen de las Cortes –a veces la transcripción completa de discursos parlamentarios–, las noticias de sociedad y sucesos, todo ello salpimentado con el soneto de un joven poeta o algún comentario sobre la vida teatral. El redactor, sigue

diciendo, solía ser un monstruo «alimentado de cafés con media [tostada de pan], fracasado en el campo literario». El nuevo periodista debía tomar a Henry Morton Stanley como modelo. El periodista del *New York Times* capaz de convertirse en explorador, viajando en pos de la noticia, ya fuera la inauguración del canal de Suez, ya la búsqueda del doctor Livingstone entre las espesuras selváticas, y narrarlo luego en un reportaje apasionante. Ser un periodista de acción, el primero en llegar a una estación para entrevistar a un viajero ilustre, capaz de alzarse hasta los personajes encumbrados o entrar en conversación con la gente maleante. Tener una condición un tanto detectivesca, imprescindible en todo gran reportero. Ruano relacionaba este periodismo urgente con el espíritu de la época, aunque no lo llamara de esa forma. Eran los tiempos que habían seguido a una guerra mundial. Cinematógrafo de imágenes veloces. «Cultura del momento». Atención a lo que nace y muere en el día. Consecuencias: fin del artículo de fondo y de la crónica descolorida. Uno de los elementos de ese nuevo periodismo era la entrevista. Para ser un buen entrevistador se precisaba «instinto de adivinación y mucha frescura». Esa frescura que mostró en las que llamaba «entrevistas a la bayoneta». No bastaba con transcribir lo que decía el entrevistado. Era necesario averiguar lo que no decía, lo que pensaba, ayudándose de los gestos y del ambiente. «Obligarle a hacer confesiones que luego siente haber hecho»[84].

La entrevista. Se le daba tan bien el género que desde *El Imparcial* le ofrecieron –o la ofreció él– una serie que llamaron «La noche triste»; una sección semanal en la que tendrían que desfilar las mujeres más conocidas del mundo artístico hablando de sus noches tristes. «Cree *El Imparcial* que pude tener para el público un interés periodístico el descubrimiento de los secretos melancólicos o dramáticos en el alma de aquellas mujeres que en el concepto rígido de las gentes sólo viven una vida de frivolidad, de triunfo y de alegría». Desfilaron Lola Membrives (cuando salió a escena en Buenos Aires a las pocas horas de fallecer su padre), Rosarito Iglesias (la muerte de su hermano a los 18 años), Cándida Suárez (descubre la bigamia del torero –un «charrán»– con el que iba a casarse), Catalina Bárcena

(supersticiosa, bastaría con citar una noche nefasta para que esta se repitiera). Seductor, bromista, capaz de superar las resistencias del entrevistado y crear un clima de confianza.

> CB: No me gustan las interviús, porque nunca se dice lo que se ha dicho. Ustedes tienen demasiada imaginación [...]
>
> CGR: Yo le prometo a usted inventar lo menos posible, Catalina.
>
> CB: ¿Lo menos posible?
>
> CGR: ¡Catalina! No tendrá usted la pretensión de que sepa taquigrafía.
>
> Reímos...

No desfilaron muchas actrices, que fueron sustituidas por otros personajes. El príncipe Bibesco, embajador de Rumanía, que declaró su entusiasmo por las obras de Honorio Maura, antes de ser desengañado por el entrevistador: «Un Oscar Wilde, buena persona y de segunda mano, Alteza».

Entrevistó en plena calle a José de Alba, hombre de dilatada carrera, que empezó de pinche y siguió de criado y cerillero de café; entremedias vendió folletos galantes, perros en la Puerta del Sol (perros, sí, animales de cuatro patas) y fue confidente de la policía. Ahora estaba ciego y vivía de mendigar. Entrevistó a los herederos de José Zorrilla, a un autobús (vehículo inanimado de cuatro o más ruedas), hizo la necrológica de Antonio Chacón, un cantaor con el que había hablado en el cafetín de la calle de la Encomienda; la reseña de *La vuelta a Europa en avión*, libro de Manuel Chaves Nogales, su colega del *Heraldo*. Encuestó a varios personajes: «Al comenzar el año, ¿cuál ha sido su primer acto profesional o no, en la primera mañana de 1929?». Antonio Machado –«nuestro primer poeta»– como Catalina Bárcena, era desconfiado. Estaban en un bar de la calle Santa Engracia, al que solían acudir ambos, sentados en mesas distintas:

> –Mire usted, no me gustan las entrevistas ni las encuestas. Se falsea lo que se habla.
>
> Un reportero de hoy no puede enfadarse nunca.
>
> –Sin embargo, don Antonio.
>
> –¿Me responde usted no falsear lo que yo le diga?

–Según cómo lo diga usted, don Antonio. A lo mejor no hace falta.

Machado me mira. Se retoca la corbata cansada en el cuello de pajarita, mustio, y me dice:

–Pues no he escrito una línea. Se me pasan muchos días así. Lo primero que he hecho en esta mañana ha sido venir a este bar y tomar café. Lo segundo, contestar a usted. ¿Va usted a falsear algo?

–¡Don Antonio! Como no diga que lo primero contestarme y lo segundo tomar café...

Y, para cerrar el inventario de sus habilidades –entrevista, reportaje, crítica, necrológica–, hasta publicó un poema, «Estampa galante», hablando, como es natural, de sí mismo.

La boca del Metro la echó en mi camino
con su trajecillo de franela gris.
Venía yo ebrio sin probar el vino
en la verleniana noche de París.
Días de anacrónica bohemia galante
sin haber comido, pero con decente
pantalón a cuadros, zapato de ante,
pitillo oriental y «pose» decadente.
Le hablaba de amores y de lances fieros.
mirándome en ella, cogidas las manos,
exaltando el arte de los mosqueteros
por el boulevard de los italianos.
Y ya en aquel cuarto de mi absurdo hotel,
la conversación heroica y extraña,
tenía el prestigio de rosa y laurel
de amores y lances bajo el sol de España.
Los ojos atónitos clavaban en los míos,
y afluyó su amor y su ansia de amar
ante mis palabras, como van los ríos
a morir sumisos al pecho del mar.
Al día siguiente la dejé dormida
y a un librero sórdido vendí mal o bien
para comer juntos –la vida es la vida–
las obras completas de Pablo Verlaine.

Entrevistas, encuestas, reportajes, crítica de libros, poemas. El viejo *Imparcial* se matriculaba en la escuela del *Heraldo*. Faltaba un pequeño relato de viaje, el que hizo a las fallas de Valencia en 1929. Delante de la falla plantada delante del cuartel del regimiento Guadalajara. Comentario de su coronel: «En Valencia, cuando hacemos fallas nos salen monumentos, cuando hacemos monumentos, nos resultan fallas»[85].

Sus colaboraciones se publicaban en medios tan variados que, en ocasiones, podían lastimar los partidismos, las divisiones y convencionalismos políticos. En una reunión casual, tomando un aperitivo entre periodistas, surgieron dos temas, don Juan y la interviú. Hasta entonces, la interviú era un género impersonal, una labor subalterna en la que un periodista hacía preguntas triviales, unas preguntas que podría haber formulado el botones de la redacción. La irrupción de los escritores, de personajes como Ruano, había transformado el género hasta convertirlo en algo atrayente, en un documento expresivo de una época. En un país como España, en que las biografías y las memorias no tenían aún aceptación, la entrevista era el primer paso hacia una literatura individualizada e interesante para el público lector. Terció, al parecer, Jacinto Capella, director del *Noticiero del lunes*: «¿No es don Juan el inventor de un género de interviú poco o nada explotado? Don Juan inicia el género de la entrevista con las estatuas. Humaniza la estatua del Comendador, invitándola a comer, forzándola a salir del más allá para venir a casa». A Ruano le encantó la idea. Escuchó la propuesta de Jacinto Capella: «¿Quiere usted empezar en el *Noticiero* una colaboración con entrevistas a las estatuas?»[86].

Acordadas las condiciones de la colaboración, Ruano se puso a la tarea con una entrevista a la estatua de Ramón y Cajal, a la que siguieron otras con Pérez Galdós, Larra (que no tenía estatua en Madrid, «y debiera tenerla con el bronce fundido de varias estatuas absurdas»), don Juan Valera y Pepita Jiménez, la última que se publicó, el último día de 1928. ¿Qué pasó? Que el *Noticiero del lunes* era un semanario monárquico, con frecuentes apologías de las personas reales, y uno de los órganos de expresión del primorriverismo. Alejandro Mackinlay, amigo de CGR, escribía en el semanario, y acaso fuera él quien hiciera las

presentaciones. Pero estos artículos, sin matiz político, molestaron al director de *La Libertad*, que era uno de los diarios en los que también colaboraba Ruano, y ello creaba una situación de incompatibilidad a juicio más bien sectario de Joaquín Aznar, un periodista que solía proclamar su «acendrado republicanismo», a pesar de su vínculo personal con Santiago Alba; una postura que obligó a Ruano a cantar una palinodia que olvidó con rapidez.

DESLINDE DE CAMPOS

> *El ágil y brillante escritor César González-Ruano nos envía la siguiente carta:*
>
> Sr. D. Joaquín Aznar
> Director de *La Libertad*
> Mi distinguido y admirado amigo. El inconveniente que pudiera existir para que usted volviera a admitir mi colaboración en LA LIBERTAD ha desaparecido. No tengo a estas horas la menor relación con el periódico de los lunes. He de advertir a usted, mi querido director, que aquella colaboración duró sólo dos meses, durante los cuales seguía publicando en *Heraldo de Madrid*, *La Voz*, *El Imparcial* y *Estampa*. Y que nunca tuvo el menor carácter político, limitándome exclusivamente a atender una sección de entrevistas con las estatuas de Madrid.
>
> Todos saben, y la prueba de ello es [sic] mis otras colaboraciones simultáneas a las del semanario de los lunes, que siempre estuve en el campo de las izquierdas del que jamás salí y en el que quiero estar hasta mi muerte.
>
> Mucho me alegraría que usted comenzara por acoger mi primer reportaje en esta mi segunda etapa en LA LIBERTAD, periódico que acogió mis primeras líneas publicadas y al que tanto cariño y devoción me une.
>
> Con este motivo y autorizando a usted para que haga de esta carta el uso que estime conveniente, le saluda su incondicional amigo q.e.s.m.
>
> César González Ruano

La cosa era más complicada o retorcida de lo que su

protagonista da a entender. Porque según afirmó *La Nación* algún tiempo después, el periodista había pasado por el diario, manifestando su deseo de dejar el *Heraldo* para trabajar en *La Nación*. Es difícil de creer esa afirmación. ¿Dejar un navío boyante para saltar a una barquichuela? Querría colocar artículos, colaboraciones. Eso sería todo[87].

CGR se acostumbró a un modo de escribir rápido, improvisado, sin apenas correcciones, apurando el cierre del periódico, que guardaría para el resto de su vida. Él no escribía en la redacción de Marqués de Cubas, sino en el café Recoletos, o en el Gijón. Hasta allí se desplazaban a media mañana Roque y Barea, los ordenanzas del diario, para recoger las cuartillas que rellenaba el diarista con una letra grande y redonda, muy legible. Luego de leerlas Alfredo Cabanillas las enviaba a la imprenta[88]. Robert M. Berry, durante nueve años director en España de Associated Press, le confirmó en una entrevista que el periodismo doctrinal había muerto, que interesaban ante todo los reportajes y las noticias y que el periodista debía ser imaginativo y arrojado:

> –¿El puesto más difícil como director corresponsal que usted ha tenido?
>
> –El de Madrid. Aquí las Agencias puede decirse que no existen. Todo hay que resolverlo con amistades personales [...]
>
> –¿Qué opina usted de nuestra prensa?
>
> –Que aún tienen ustedes demasiados articulistas «teóricos». Ese tipo de periodismo doctrinal: crónica, articulo costumbrista, divagación, etcétera, no interesa ya en ningún sitio.
>
> –¿Entonces?
>
> –Reportaje y noticias. Sólo esto.
>
> –¿Y el editorial?
>
> –Pasado de moda en la gran prensa.
>
> –¿Cree usted que la literatura estorba al periodista?
>
> –El periodista ideal debe tener un gran sentido literario, precisamente para no emplearlo.
>
> –¿El peor vicio de un repórter?
>
> –La timidez y la falta de imaginación. Hay que tener una

> imaginación «suplente», ¿usted me entiende? Es una reserva intelectual para caso de apuro
>
> –¿Cuál cree usted que es el principal mal de los periódicos españoles?
>
> –Que no son periodísticos. Hay demasiada gente. Y el buen periodista está ahogado y equiparado a los malos; falto de estímulo, de ocasión, de lucimiento y de retribución…[89]

El *Heraldo* no estaba ligado a una figura política. Tampoco era órgano de un partido. Tenía una significación liberal, digamos avanzada. Dentro de los límites en que se desenvolvía la prensa durante la dictadura de Primo de Rivera, era un diario de oposición al régimen, de creciente significación republicana. Se hicieron famosas la mala calidad del papel y lo borroso de las ilustraciones gráficas. Con todo, su tirada siguió creciendo hasta alcanzar el medio millón de ejemplares en los años republicanos, aventajando a *La Voz*, que era el otro vespertino ligado a *El Sol*. El *Heraldo* era el diario preferido por los lectores de extracción popular, para desesperación de algún crítico monárquico. El diario había tenido «un éxito increíble entre esas clases populares, ávidas de sensacionalismo»[90].

Los años veinte y principio de los treinta fueron los de la renovación de la prensa, tanto en el formato y concepción como en la propiedad. La novedad en el panorama periodístico –como anunció el periodista republicano Antonio de la Villa en un debate parlamentario sobre la suspensión de algunos periódicos– se caracterizaba por la desaparición de la prensa de partido, o la prensa ligada a una figura política: «Ya no hay periódicos de partido; ahora son empresas de periódicos. (El Sr. Unamuno: Es que los partidos son empresas). No hay comparación; el Sr. Unamuno debe comprenderlo con su gran talento». En el sistema que regía entonces se hablaba de maquinaria de 850.000 pesetas, de edificios de dos millones, «pero con orientaciones políticas de oportunidad, según conviene al interés»[91]. El multimillonario Juan March podría ser ejemplo de esta situación, demostrando que no se aferraba heroicamente a ningún dogma político, sino a sus propios intereses; tenía por la mañana a *La Libertad*, diario radical republicano, y por la noche a *Informaciones*, periódico

gráfico, defensor del «orden», que reflejará un tímido monarquismo hasta la proclamación de la República. Nacieron nuevos semanarios gráficos –hasta entonces era un género representado por *Nuevo Mundo* y *La Esfera*– como *Estampa*, fundado precisamente por Sánchez Ocaña en el estilo del *Heraldo*, o la revista *Crónica*, agrupados bajo el paraguas de Prensa Gráfica, financiados por el empresario Luis Montiel Balanzat, antiguo político ciervista, propietario de Sucesores de Rivadeneyra, donde se imprimía la *Gaceta de Madrid*, futuro impulsor de *Ahora*. Prensa Gráfica será una razón que servirá también como editorial de reportajes sobre el momento político, entre ellos alguno de CGR.

El Sol y *La Voz* cambiaron de manos, pasando a finales de los treinta a los propietarios monárquicos de La Papelera Española, más tarde, en 1932 al empresario Luis Miquel, juntamente con *La Voz*, bajo la razón Editorial Española S.A. Miquel era un empresario catalán que financió también el diario *Luz*, heredero del frustrado experimento de *Crisol*, el diario con que Nicolás María de Urgoiti trató de continuar la aventura de *El Sol*. Se trataba de crear un trust de periódicos favorables a la política de Manuel Azaña, un intento al cabo fallido. A la altura de 1932, *El Sol* tenía unas pérdidas mensuales de 30.000 pesetas. Bajo la dirección de Manuel Aznar, empezaron a colaborar en el diario los que luego serían destacados miembros de Falange –Rafael Sánchez Mazas, José María Alfaro, Víctor de la Serna–. Solo a partir de 1935 *El Sol* lograría recuperar parte de su anterior publicidad y ventas.

La prensa, casi toda ella, tuvo un gran impacto político, hoy difícil de calibrar. La radio empezaba a dar en España las primeras señales de vida, pero no se había convertido todavía en un medio de uso común. La importancia política de la prensa aumentó en vísperas del derrumbamiento de la monarquía alfonsina. Recordemos el artículo de Ortega y Gasset en *El Sol*, «El error Berenguer», capaz, no de derribar un gobierno, pero sí de modificar la orientación y la propiedad de un diario de referencia. Alcalá Galiano, publicista monárquico, constataba «el ímpetu irascible» de una prensa tantos años amordazada por la censura dictatorial. Se verificó entonces una «desencadenada

avalancha de semanarios, revistas y hojas incendiarias». El mismo escritor reconocía la importancia de la prensa en esta delicada coyuntura política: «Y he aquí otro grave error de los Gobiernos monárquicos en general y del de Berenguer especialmente: no haber sabido amansar, atraerse a esa Prensa desde un principio. El desconocer que éste era un problema tan fundamental para el orden público como el tener en mano las fuerzas de la policía o del Ejército. Contra la mayor parte de la Prensa no puede gobernar hoy en ningún país, ni un estadista, ni un Gobierno». «¡Los periódicos demoledores y jacobinos –acababa diciendo– han sido la artillería gruesa de la Segunda República»![92]

La fama de CGR fue creciendo. Era capaz de llevar a la práctica lo que había escrito sobre el nuevo periodismo. Nadie le igualaba en audacia. Podía meterse en domicilios difíciles. Uno de ellos fue el de la prometida del dictador. Se rumoreaba el próximo matrimonio de Primo de Rivera y allá fue nuestro hombre, a entrevistar a la que parecía ser una señorita algo sosa y desde luego, imprudente. Vivía en la calle Juan Bravo, en un piso burgués del barrio de Salamanca. Hizo estas declaraciones:

> –Las mujeres necesitamos admirar a alguien, y yo admiraba a Miguel. Cuanto más lo trato, descubro nuevos motivos para esta admiración. Miguel, sobre todas las cosas, es muy inteligente y muy culto [...] No se me oculta que es una gran boda. Un sueño para una simple señorita Castellanos, como yo, ¿no? Sí, sí, no haga usted cumplidos, un sueño; pero lo único que me importa es el cariño que tengo a Miguel. ¡Le adoro!

Estaba fijado el día de la boda. El del santo de la novia, el 24 de septiembre. Pero, a los pocos días, el dictador anunció la disolución de su compromiso[93].

Esa audacia, ese desparpajo le abrieron la puerta de varios periódicos «de provincias». CGR no fue nunca, o casi nunca, un periodista de mesa, un periodista de redacción, con horario más o menos determinado. Él empezó como periodista de calle o, más bien, como periodista de café, que era el lugar en que redactaba

sus artículos. Era extraña esa combinación de bohemia disipada, sin horarios, sin oficina o despacho fijo, siempre de un lado a otro, y la formidable capacidad de trabajo, con uno, dos o tres artículos y algún reportaje, un día y otro día. En marzo de 1930 declaraba que, en los últimos cuatro años había publicado 817 artículos, no repartidos –puntualizaba– sino crecientes de año en año[94]. Y todo deprisa. No había terminado un libro cuando se metía en otro. No había cerrado la colaboración con un periódico cuando aceptaba los ofrecimientos de un tercero. Saltando de aquí para allá, como desazonado, consumiendo un cigarrillo tras otro, siempre apresurado, como si no le quedara tiempo por vivir.

V
Crónica de sucesos, 1921-1931

Desde los años veinte, en los inicios de su carrera periodística, CGR dedicó mucho espacio y esfuerzo a narrar la crónica criminal. Le gustaba contemplar, pero solamente como objeto de atención y de estudio, con interés profesional, la delincuencia sobresaliente de atracadores y asesinos de los barrios bajos de Madrid.

Desde *La Libertad* y el *Heraldo*, analizó los pormenores, la historia de algunos crímenes célebres en aquel momento. El crimen de la Guindalera, del tipo de lo que entonces se llamaba crimen pasional. El del huerto del francés, el de un hombre apellidado Aldije que, en combinación con un tal Martín Lopera, pasaron de las trampas al asesinato, aprovechando la pasión por el juego de sus clientes para desvalijarlos, matarlos y enterrarlos después. Jack el Destripador. El crimen de los hermanos Marina, suceso ocurrido en 1849. La muerte misteriosa de Vicenta Verdier, una mujer degollada en su domicilio, un piso cerrado a cal y canto. El asesinato de doña Luciana Barcino, más conocido por el crimen de la calle Fuencarral. Landrú, el burlador sangriento, el hombre que asesinaba a sus conquistas femeninas. El crimen de Maudes, un infanticidio causado por un amor malsano[95]. El relato suele ir, en ocasiones, acompañado de bibliografía. Thomson: *Psicología de los criminales*. C. B. de Quirós: *Teorías de la criminalidad*, uno de los iniciadores del positivismo criminológico, para quien el crimen resultaba de la degeneración y la degeneración, a su vez, llevaba al crimen. Y, naturalmente, César Lombroso, *El hombre delincuente*, que inspira las observaciones sobre la relación entre crimen y rasgos físicos: labios finos, nariz aguileña, ojos pequeños, voz chillona e hiriente de Aldije; rostro con asimetrías, fisonomía sombría y

angulosa en el autor del crimen de la Guindalera. Y algunas observaciones de psicología criminal: la complacencia del criminal al verse impune en la reincidencia. El deseo de entregarse, el «instinto animal» de descansar en la cárcel para librarse de las fatigas de la persecución, la conformidad y hasta el regocijo al verse en la cárcel. La repetición de determinadas modalidades criminales. Alguna descripción afortunada del escenario de los delitos, el barrio que rodeaba la calle ancha de San Bernardo que el cronista conocía al dedillo:

> El Madrid de los primeros años del siglo tenía en este barrio, extendido a un lado y otro de la calle de San Bernardo, el verdadero barrio chino –sin chinos– de Madrid. Prenderías, casas de huéspedes con bigardos que se llevaban la lana del colchón en veces, entretenidas, pupileras, celestinas y sablistas. Una especie de barrio chino y de barrio latino, autóctono, madrileñísimo, trágico.

Para el *Heraldo* entrevista también a un ladrón portugués, Pacheco, aprovechando uno de sus viajes, un ladrón que llama «aristocrático». En un céntrico café de Lisboa:

> –Hábleme del robo considerado como una de las Bellas Artes.
>
> –Parece mentira que usted pregunte estas cosas. ¿No seguiría usted escribiendo, aunque fuera millonario? El robo es mi arte, mi pasión. No ignora que yo no soy un ladrón vulgar. La emoción de preparar un robo, la divina morbosidad de realizarlo, el supremo placer de ocultarse y burlar a la Policía. Todo eso, querido señor, es mi vida. Mi vida de artista[96].

Conversa más tarde con el «Chichito», un hombre elegante, rubio, alto y fuerte, estafador de profesión. Ruano siente debilidad por esta clase de maleantes de buena casa. Aprecia, como si la compartiera, la «distinción delincuente», la «gracia de picaresca señoril»[97]. Escribe sobre la ejecución de Pedro Kuerten, el vampiro de Düsseldorf: «su nombre pasará a la más hermosa antología de monstruos», un ejemplo de criminalidad

sádica. Había sabido Ruano de hombres que llevaban una activa vida sexual y no hacían más que replicar con otras mujeres una relación arquetípica, llegando hasta la parodia[98].

Un velador en la calle de Alcalá, frente al edificio de Correos. Dos hombres y dos mujeres. Cuatro cañas de cerveza. Son las dos de la mañana. Aparece un quinto hombre que recrimina a una de las mujeres sentadas. Ella le contesta con desenfado. El hombre saca una pistola y dispara sobre el grupo. Luego se dispara en la cabeza. Dos coches se dirigen a la casa de Socorro de la calle Augusto Figueroa. Ruano llega. Presencia las primeras curas. El agresor está a punto de morir. Hay una mujer grave. La otra, herida leve, declara ante el juez. El de la pistola es su marido. Se separaron porque él era malo, porque la maltrataba. El reportero se pregunta: «¿Sería uno capaz de matar?». Declara la mujer mientras en la cama de operaciones agoniza el que fue su marido. El periodista escucha un ronquido hondo, terrible, obsesionante. Concluye de escribir la crónica a las tres de la mañana. Se lamenta: «No me podré acostar en toda la noche»[99].

También redactó Ruano algunas crónicas para la revista *Justicia*. Así, la del chulo andaluz que hiere con un puñal a una dama americana. El acontecimiento saca a la luz la existencia de un grupo de piropeadores, que solían estacionarse en la calle de Sevilla. Las crónicas gozaron del amparo y asesoramiento de Jiménez de Asúa, profesor de derecho penal[100]. El cronista coleccionará algunos de sus reportajes en el libro que titula *El crimen de la Gran Vía*, con un prólogo de Constancio Bernaldo de Quirós, el conocido catedrático de derecho penal y estudioso del crimen y de los criminales. El libro era el producto de «tres compactos días de trajín periodístico»; tenía que ser el primero de una serie sobre los crímenes contemporáneos: *El crimen del expreso de Andalucía*, *Hampa matritense y delincuencia menor*. Quirós era autor de libros curiosos sobre la historia del bandolerismo y la «mala vida» en Madrid; creía que había logrado encaminar a Ruano por la senda de la investigación criminológica; veía en aquel joven «el repórter en quien se inicia la transformación evolutiva que necesita y que pide la nueva sensibilidad de nuestro público». En estos meses, la joven promesa estaba dando a la estampa, en periódicos y revistas, una

serie titulada «Procesos sensacionales», donde mostraba, según su maestro, un espíritu ágil e inteligente. El libro llevaba también una dedicatoria al director del periódico: «don Joaquín Aznar [...] ya que él, acogiendo en *La Libertad* mi sección de Procesos Sensacionales descubrió en mí, si no una nueva aptitud periodística, una nueva actitud, una nueva inquietud». Inquietud, el autor lo sabe muy bien, que no tendrá consecuencias, que será un mero episodio en su carrera. Él es solo un aficionado, un abogado prematuramente alejado de la abogacía, «escritor prematuramente perdido en la vorágine periodística»[101].

En el *Heraldo* de Madrid, y en *La Voz de Aragón* también firmaba reportajes sobre crímenes. El asesinato del cura Echevarría en Hernani, en lo que parece haber intervenido «un asunto de mujeres». El del industrial Pablo Casado cuyo cuerpo, troceado y sin cabeza, llegó en un baúl a la estación del Mediodía y allí quedó almacenado hasta que se descubrieron los restos. Este crimen parecía relacionado con un asunto de celos o venganzas homosexuales, tenía como presunto autor a un individuo, Ricardo Fernández, al que llamaban El Ricardito, criado de la víctima, que acabó confesando el crimen. Ruano hizo una encuesta entre algunos médicos, que opinaron sobre el asunto. Así, César Juarros. «Él no es un vicioso, sino un enfermo no más grave que el que padece satiriasis y que como no puede comprar su placer en las mismas taquillas que los demás tiene que adquirirlo en moneda de peligro y muchas veces de amargura». Las opiniones de Marañón eran bastante más matizadas. Ruano lo entrevista en el hospital, mientras el doctor hacía visita de enfermos. Y acaso fuera esta la primera vez que se conocieron. Desde luego, este encuentro no fue el principio de una gran amistad. El doctor dudaba del motivo homosexual en el crimen de Casado. En España, venía a decir, cualquiera que se arreglara las uñas, se bañara y llevara el traje limpio, pasaba por homosexual. Marañón acababa de salir de la cárcel no hacía mucho, por razones de su oposición a la Dictadura. Pues bien: estaban los detenidos políticos en pijama y rasurados cuando entró una cuerda de presidiarios. Y al verlos así, tan limpitos, les lanzaron –dice Marañón– la palabra más clásica para homosexual: ¡maricones![102]. Tanto tratar de crímenes y delitos

le granjeó cierta notoriedad. Al salir del penal le llamó José Donday por teléfono y quedaron citados en la Granja del Henar para charlar. Donday había participado en el célebre crimen del expreso de Andalucía; el único de los tres participantes que no fue ajusticiado.

> –¿Por qué le llamaban a usted Pildorita?
>
> –[…] La palabra exacta fue Pildorito […] La maledicencia, cobarde y falsa, me atribuyó vicios de los que no tuve que reprocharme nunca[103].

La inquietud, la fascinación por la vida delincuente, por la irregularidad del delito, venía de lejos. Pequeñas cosas. Todavía era un muchacho, aficionado a coleccionar sellos. Álbumes, catálogos, lupas. Su padre le ayudaba mucho. «Creo que mi primera golfería fue la de vender clandestinamente algunos sellos de cierto valor». Luego terminó –asegura– por venderlos todos. El joven Ruano, temprano amigo de los libros, se inició en el robo de ejemplares muy pronto, nada más despertar su vocación de lector. Visitaba casi a diario las librerías de viejo. Hacía cambalaches. Si la ocasión se presentaba metía en los bolsillos del abrigo el volumen al que previamente había echado el ojo. La modalidad del hurto variaba según la naturaleza del establecimiento. Unos eran improvisados, dependiendo de la distracción del propietario. Otros requerían cierta planificación, como la vez que prepararon, él y sus amigos, unos volúmenes sobre *La cría del conejo en España* para que cubrieran el hueco dejado por el robo de los *Episodios nacionales*, «una picaresca –defiende– disculpada, creo yo, por nuestra juventud y por lo que pudiéramos llamar nuestro afán de ilustración». El impresor de su primer libro, *De la locura, del pecado y de la muerte* era, según explica CGR, un antiguo militar, un coronel retirado. De esa condición se aprovecharon, él y sus amigos, para encandilarlo con los recuerdos del Barranco del Lobo y alzarse con doscientos ejemplares. Libros que fueron vendidos a continuación en un par de librerías de lance. Con ese importe y el empeño de una bufanda y dos chalecos pudo completar la fianza precisa para sacar a Fe, la prostituta romántica, de la cárcel, donde había ido

a parar después de una redada[104]. Algo parecido ocurrió con uno de sus primeros libros, *El que pasó sin mirar*. El libro lo imprimió Caro Raggio, la editorial familiar de los Baroja. Ruano se presentó en los locales de la calle Mendizábal y, en un descuido, arrambló con un lote de ejemplares, para venderlos luego en librerías de viejo. Esa tendencia cleptómana se prolongó pasada la juventud, y no siempre por afán de ilustración[105].

El timo de la entrevista. Se presentaba Ruano y algún amigo en casa de una celebridad literaria. Emilia Pardo Bazán, por ejemplo. Hacían las preguntas de rigor y, al final, le pedían ejemplares de sus obras. Ejemplares que, de inmediato, pignoran por dinero en otra de las librerías habituales. Cuando visitó la casa de Ramón Pérez de Ayala, el dueño echó a faltar el paraguas de su esposa. La anécdota se hizo célebre por la protesta de Pérez de Ayala, que fue al periódico en que trabajaba Ruano para quejarse por lo que llamó «una disminución de los bienes parafernales»[106].

En una cena celebrada en 1953, cuando César había empezado a publicar en *Pueblo* su *Diario íntimo*, Emilio Romero sacó a relucir un incidente que tuvo lugar en Arévalo, su pueblo natal. Había viajado CGR hasta allí para dar una conferencia:

> –Me ocurrió algo pintoresco. Estuve allí, di la conferencia y vi, no sé dónde, un libro muy gordo con la historia de Arévalo, que me gustó, me lo escondí debajo del traje, cosa bastante molesta por su tamaño. Cuando ya estábamos en la estación para marchar vi venir corriendo a un guardia civil, acompañado de un mozo que nos señalaba: «Esos son». Ya está. Ya se han dado cuenta de lo del libro, pensé. Y no era eso, sino que se nos había olvidado pagar unos cafés en la cantina y venían a reclamarnos la consumición.

Romero identificó el libro como la *Historia de Arévalo*, de Juan de Montalbán[107]. Más libros. Enciclopedias. Años después. En una entrevista de Tico Medina:

> –Se le acusa de haber comprado, más de una vez una enciclopedia a plazos, para venderla inmediatamente al contado.

–Inmediatamente, no, porque son muchos tomos. Pero solo lo hice tres veces[108].

De los libros a las joyas. Pasados los años, muchos años de esta dudosa hazaña, confesará la manera en que engañó a un compañero de estudios, que le dio a guardar una pulsera de brillantes que le había sustraído a su hermana. Nada más recibirla decidió que no la devolvería nunca. Cuenta que, al principio, se extrañó de la rapidez con que tomó la decisión de quedarse con ella. Había otra voz, perteneciente a otro yo, el Agüero seguramente, que protestaba, aunque con timidez, advirtiéndole de que iba a cometer un robo. En la soledad de su cuarto contó con cuidado el número de brillantes, dieciocho: «las luces de los brillantes encendían, por primera vez en mí, extraños juegos de avaricia que luchaban con mi innata generosidad y aun excesiva despreocupación por el dinero». El truco consistió en alegar su pérdida. Robar, a escala pequeña, se había convertido en un hábito. Desde entonces, arguye Ruano, esa suerte de doble personalidad le ha acompañado a través del tiempo. Una de ellas, inclinada al derroche de lo que tenía, ganado con esfuerzo o conseguido de milagro. La otra, la que sufre la fascinación del objeto valioso, capaz de tirar por la calle de en medio para conseguirlo, incapaz de desprenderse de él salvo en un caso de máxima urgencia[109].

Le gustaba contemplar, desde luego, la delincuencia sobresaliente de atracadores y timadores de los barrios bajos. Algunas visitas a los arrabales de Madrid, pasado el puente de Toledo, pusieron a nuestro corresponsal al tanto del vocabulario y actividades del hampa. Entrevistó a personajes que se hacían llamar el Pollo, el Mellao, el Topo, el Albañil. Algunos aludían a la especialidad del sujeto. El procedimiento del *encalomo* consistía en ocultarse en una casa, en un comercio para trabajar por la noche, cuando no había nadie. El *topista*, era el que penetraba en una vivienda desde otra contigua en la que se había introducido de rondón o había alquilado previamente; en verano, cuando la vivienda estaba vacía, hacer un *tope* resultaba una actividad sencilla y remuneradora. El carterista clásico, que actuaba por la espalda, sacando la *saña* (cartera) al *julay* sin que

se le viera la cara. Estaban los espadistas, dedicados al trabajo de ganzúa y palanqueta; los partidarios del tirón, que eran simples descuideros. Se jugaba al *giley*, con baraja española, uno de los prohibidos, pero sin hacer trampas. Y para cerrar el catálogo, los timadores, los que practicaban el timo del sobre, del entierro, de las misas, de las limosnas. Los timadores habían descubierto que lo mejor era hacerse ellos el paleto y dar el palo al listillo madrileño. El timo, o sea, el engaño a una persona que, a su vez, tenía la intención de aprovecharse de la fingida candidez del timador. El Mellao oficiaba de *mechero*; actuaban en las tiendas de pareja con su novia; ella le largaba mecha, le pasaba los objetos que con habilidad distraía debajo de un abrigo ostentoso; compraban cualquier fruslería y se marchaban con el botín. El mechero le adelantó la manera en que actuaba en una librería mediante el cambiazo. Un procedimiento que había practicado Ruano con sus amigos: entrar con un lote de libros de poco precio y cambiarlos por otros valiosos. El Mellao –un tipo de cuidado– descubrió uno de sus trucos al periodista, en el que parece haber adivinado –digamos– ciertas facultades:

> Pero lo que a usted puede interesarle es otro procedimiento verdaderamente literario: el cambiazo progresivo. Requiere tiempo en la librería. Usted –es un ejemplo– entra con un libro corriente, en octavo, y le va cambiando poco a poco por otros cada vez mayores. La vista del librero va acostumbrándose. Está estudiado psicológicamente. Acaba usted llevándose un tomo en folio[110].

A la altura de los años veinte, Ruano debía de estar familiarizado con el mundo de anticuarios y chamarileros. Lo suficiente como para haber decorado ya un par de casas con objetos traídos en buena parte del Rastro. Pero acaso todavía no conociese el de las falsificaciones artísticas. La visita a un anticuario y a un restaurador lo enteraron de varios asuntos. La restauración solía hacerse entonces de cualquier modo, repintando el cuadro o partes de él, en lugar de intervenir solamente en los lugares dañados. La falsificación era otra cosa.

Por lo visto, el pintor que más se rehacía o contrahacía era El Greco, acaso porque su rehabilitación como gran pintor no era muy antigua y su fama había corrido entre los museos y turistas de arte. Había una persona, cuyo nombre no se cita, que logró colocar un Greco en unas galerías de la calle del Prado, para ser vendido a un inglés por la respetable cifra de 100.000 pesetas. Sometido a la que entonces se llamaba la prueba del alcohol, se descubrió el fraude y el inglés se quedó sin su dinero. Era una época en que no funcionaba la cooperación judicial, estas cosas solían ocurrir. El pintor X sometía a la tela falsificada a un procedimiento de envejecimiento, que tenía algunos momentos que se llamaban la tortura del fuego, el pateado, el agua y la ceniza:

> –¿Cuánto se suele pagar al pintor por un Greco decentito?
>
> –Unas quinientas pesetas lo más. Está mal pagado porque X [...] hacía mejores Grecos que el mismo Greco. Le enseñaron uno firmado, un San Francisco magnífico, que le había valido a su autor veinte cochinos duros. Un cuadro que, una vez pasada la frontera, valdría unos miles[111].

Ruano no tenía inconveniente, de cuando en cuando, en aceptarse como lo que era: un pícaro, un golfo, sin que ello entrañara un carácter permanente, un baldón duradero. Un tunante ocasional, condición que, paradójicamente, no creía que estuviera reñida con la de caballero. Ponía como ejemplo una escena del poema del Cid. Martín Antolínez entrega dos arcas como prenda del préstamo en dinero para financiar la inminente correría. Los prestamistas son Raquel y Vidas, judíos, y las arcas, supuestamente repletas de oro, están henchidas de arena. La condición que pone Antolínez, burgalés y hombre de pro, es la de que no las abran hasta pasado un año. El Cid, un caballero intachable, podía usar sin mengua de su honra una treta para engañar y aprovecharse de los judíos. Algo semejante a lo que hará él en sus años de París.

El mundo del crimen siguió interesándole, casi era una obsesión. Visita el Colegio de Huérfanos de la Guardia Civil, donde se ha instalado un museo en que están retratados una

serie de bandoleros célebres capturados por el instituto armado. Juanillón, retratado con su cuadrilla; el Pernales, hermético, solitario, feroz; Pasos Largos, despechugado, con una Cruz de Caravaca sobre el pecho velludo a modo de detente contra las balas de los civiles. Junto a los retratos hay objetos de su pertenencia, como pistolas, navajas, carteras, espejos y balas. Estaban también el Chato, el Chorizo. Y había objetos más recientes. Una guerrera rasgada y manchada de sangre, que vestía un teniente, muerto a hachazos, cuando trataba de disolver una manifestación en un pueblo de Valencia; el libro de servicios de un guardia civil asesinado en Castilblanco[112].

El sablista era una figura familiar entre la fauna de los cafés. Era un arte parecido a la esgrima que había que dominar ya fuera para atacar o para defenderse. Estaba el sablista ocasional, que apenas merecía tal nombre, porque dar un sablazo esporádico no denotaba condición ni carácter. Un sablista con todas las letras tenía que acreditar asiduidad y una cierta profesionalidad en las formas. El sablista con argumento alegre, el que intenta mover a la simpatía, y el sablista con argumento triste, el que alega una enfermedad o un asunto de vida o muerte para sacar un beneficio. El sablista con engaño, el que dice esperar una transferencia y que, por tanto, devolverá el dinero inmediatamente, y el sablista puro, el que dice: «¡Chico, estoy hecho una lástima! ¿No tendrías cuarenta duros…?». El sablista profesional ha de saber medir las distancias, regulando su petición a la naturaleza de la situación y el carácter de la persona que tiene enfrente. Ha de tener, en resumen, sentido de la oportunidad. Como asegura en una entrevista:

> –Hablando de dinero, he de preguntarle, y perdone, si ha dado más «sablazos» que le dieron. ¡Díganos la verdad!
> –He dado yo muchos más.
> –¿Poseía la técnica del sablazo?
> –Claro. Pero eso era de joven.
> –Técnica del sablazo, ¡hala!
> –La sorpresa. Nada de exordios[113].

Ruano fue, durante años, un sablista habitual. Practicaba un

arte peculiar, ingenioso, refinado. Llama la atención que casi todas sus obras de poesía, o bien tengan una tirada normal y otra de bibliófilo o solamente la de bibliófilo, con calidades de papel rigurosamente jerarquizadas según la importancia o el rango del destinatario. Los 302 ejemplares de *Ángel en llamas* (París, 1941, edición del autor) se dividen en: 2 ejemplares sobre papel Japón, 5 sobre papel Velin rosa Vidalon afiligranado, 20 sobre papel Velin blanco Vidalon afiligranado con un dibujo a pluma del autor, 270 ejemplares numerados sobre papel Boucher de Docelles, reservando los 65 primeros para los suscriptores de España. Para subrayar el carácter único e irrepetible de la edición, se advierte que los moldes de la edición han sido destruidos. El libro llevaba, naturalmente, el escudo de armas con la corona del marquesado y su leyenda: «De mi deseo gozo». *Un día del emperador Tiberio en Capri*, ese libro tedioso e incomprensible, edición de Barcelona, 1945, con dedicatoria al doctor Marañón, fue impreso por los Amigos del libro, con aguafuertes originales de José Miguel Serrano. Se advierte que se imprimieron sobre papel Cáñamo los primeros 47 ejemplares y sobre papel de hilo de la casa Luis Guarro los 253 restantes. Estas exquisiteces bibliográficas, sobre todo *Ángel en llamas*, cuya impresión se hizo en los célebres talleres de Jean-Gabriel Daragnès, tenían el truco de la suscripción. El receptor del ejemplar único, primoroso, irrepetible, estaba casi obligado a adquirirlo, a pagar un precio elevado, como muestra de buen gusto y de generosidad. Sobreprecio que se embolsaba el autor.

Esta práctica comenzó pronto. Los *Papeles Recoletos*, papeles de poesía que se publicaron en la época de la tertulia del café del mismo nombre, medio pliego de papel de malísima calidad, anunciaban al final el precio: *Vale dos perras gordas*. Con la advertencia: «De este número se ha hecho una edición especial, limitada a 150 ejemplares en papel verjurado "Ingrés", numerados del 1 al 150 e impresos en cada uno con el nombre del suscriptor».

Uno de los sablistas epónimos fue Pedro Luis de Gálvez. Lo llamaban «el rey del sable». Vivió treinta años sin otros ingresos que los que proporcionaban sus habilidades. Tenía una pinta no muy agradable. Un aire funeral. Ruano fue testigo de las artes de

este personaje. Gálvez recorría los cafés con un lechón medio podrido, metido en una caja de madera y oculto bajo la capa. Llegaba a una tertulia, sacaba aquel bulto horrible: «Es el cadáver de un hijo que murió al nacer. Llevo cinco días sin poder enterrarlo».

En 1936, como sabemos, Ruano hizo un alto en Barcelona. Se avistó con Manuel Bueno y, al salir de la casa del cronista, se topó en las Ramblas con Gálvez. Lo vio venir y se echó mano instintivamente al bolsillo para tener preparada la moneda con la que esperaba aquietar los presumibles asaltos. «Vamos, Ruanito, te invito a un café en donde quieras. Hoy es un buen día para mí. Acabo de cobrar por un libro que me han contratado mil pesetazas». Ruano acompañó a Gálvez hacia la puerta de un café vecino. Pero antes de entrar, atisbó a alguien que pasaba por allí: «Espera un momento». Gálvez se dirigió al paseante y, tras un breve diálogo, se embolsó dos duros. Ya en el café, Ruano le preguntó:

> –¿Pero cómo es posible que después de cobrar mil pesetas le des a ese señor un sablazo de dos duros?
>
> –¡Parece mentira, Ruanito! ¿Es que no sabes que a los clientes hay que tenerlos siempre calentitos?[114]

Un hombre en plena posesión de la técnica del sablazo fue Manuel Bueno; un arte que practicó en casi todas sus variantes, desde el periodismo de chantaje hasta el cobro de favores en especie, a través de un escaño en el parlamento de la Restauración, pasando por el más corriente entre la profesión periodística, el artículo subvencionado, cambiando de bando político con una frecuencia desconcertante. Manolo Bueno, aparte de ser un buen escritor, era de un cinismo simpático. Juan Ignacio Luca de Tena se lo encontró en París:

> –Manolo, ¡qué alegría! –exclamé abrazándole– ¿Cuándo vuelve usted a Madrid?
>
> –Mi querido colegial –que así me llamaba por entonces–, yo no quisiera volver nunca; es una ciudad de chismosos y de calumniadores. ¿Sabe usted lo que allí dicen de mí?

> –Tantas cosas, Manolo; entre ellas, muchas buenas.
>
> –Yo me refiero a una concreta. ¿Sabe usted lo que se atreven a decir de un hombre como yo, de mis antecedentes e historia política? Pues que Primo de Rivera me da cinco mil pesetas por cada uno de los artículos que escribo para América. ¿Qué le parece a usted, colegial? ¡Tres mil, querido Juan Ignacio, tres mil![115]

Esta afición o roce con el mundo delincuente pudo acarrearle algún disgusto a Ruano. Su padre, Tomás González Garrastazu, falleció el 2 de febrero de 1929. Sobre su padre escribirá Ruano algunos recuerdos emocionados. El entrenamiento al que le sometía para endurecerle. El interés por acompañarle en sus periplos universitarios. Al conocer la noticia de su muerte no se inmutó. En apariencia. A los pocos días, escarbando en el escritorio paterno, descubrió un cortaplumas con el que afilaba sus lápices. Y se echó a llorar. A los pocos días del entierro, se vio obligado a publicar una carta en los periódicos:

> Sr. director de Heraldo de Madrid
>
> Mi querido director y amigo:
>
> Créame que únicamente la indignación puede darme fuerzas para vencer mi laxitud en los más tristes días de mi vida, juntamente con la necesidad imperiosa de dar al público unos nombres.
>
> El mismo día de enterrar a mi pobre padre –domingo, día 3 del actual– José Díaz Morales, su amigo y cómplice R.R.A. –cuyo nombre quiero salvar de esta vergüenza por creerlo simplemente arrastrado al delito– estuvieron en la casa mortuoria, y desde allí se dedicaron a pedir por los teatros de Madrid dinero para los gastos del entierro, dejando recibo de las cantidades que les fueron entregadas. Descubierta la felonía, he presentado la oportuna denuncia, que ha pasado al Juzgado de guardia.
>
> Sirva esta carta, mal hilvanada en momentos dolorosos para mí, de aviso y explicación a quienes entregaron dinero con la mejor buena fe, y a los que incumbe mostrarse parte en el sumario.
>
> Siempre suyo, amigo y devoto, César González-Ruano[116].

Se trataba, evidentemente, del timo del funeral. Estos falsos amigos debían de tener alguna intimidad con él. Conocían a su familia y el ambiente en que se movía. Eran los riesgos de frecuentar a una bohemia que lindaba con la vida de estafadores y delincuentes.

VI
Madrid, 1930-1932

La significación de CGR en vísperas de la proclamación de la República y en los primeros meses del nuevo régimen es inequívoca. Y ello tanto por los personajes a los que entrevista como por los reportajes que elabora, que suele coleccionar y publicar como libros. Dialoga con Indalecio Prieto:

> Están en él unidas todas las dotes del gran hombre público, con la fina inteligencia, la férrea voluntad y el sentido polémico, dialéctico mejor, raro en los oradores.
>
> –Bueno, don Indalecio.
>
> –¡No me llame usted don Indalecio! Bastante desgracia tengo en llamarme así. Lo he ocultado todo lo que pude. Llámeme, Prieto, amigo mío. Eso de don Indalecio tiene un tufillo de tío castizo, prestamista de Cabestreros, que me pone nervioso.
>
> –¿Usted piensa en una posible unión de republicanos?
>
> –Esa es una idea mía, pero muy personal[117].

En torno a 1930, según Ramón J. Sender, parece haber frecuentado una tertulia, aunque mezclada, de fuerte componente izquierdista:

> –¿Quiénes solían asistir a ella?
>
> –Unos amigos. Ramón Ledesma Miranda, a veces González Ruano; algún poeta, Carranque Ríos vino alguna vez, Arderíus, Díaz Fernández.
>
> El grupo de los novelistas sociales. Una tertulia a la que también asistía Cansinos Assens[118].

El retorno de Unamuno a España, de vuelta del exilio en

Francia, fue un acontecimiento sonado, acaso un anticipo de los que estaban a punto de precipitarse; un pronóstico del cambio de régimen que se avecinaba. Llegó el ilustre escritor, convertido en emblema de oposición a la Dictadura, a la estación del Norte. Los andenes abarrotados de gente. Unamuno, o sus anfitriones, habían previsto su reaparición pública en el Ateneo de Madrid. Pero, de momento, todo se echó a perder. La policía cargó sable en mano contra la concurrencia. Allí estaba Ruano para contarlo y protestar por el atropello de que había sido objeto una multitud pacífica. «Fui testigo de aquella lamentable cosacada». Se vio apachurrado contra un vagón, esperando que de un momento a otro le abrieran la cabeza. Las autoridades lograron que el exrector retornara a Salamanca de inmediato, donde recibió una acogida cordial, pero con menos significación política que la de Madrid.

Volvería el escritor vasco a Madrid para cumplir con el compromiso de hablar en el Ateneo. También acudió Ruano, altavoz de opositores y liberales airados. Una fotografía tomada en la Cacharrería nos muestra la escena familiar, junto a Unamuno y algunos ateneístas.

En 1930 recopiló en un libro, *El momento político de España*, algunos de los artículos que salieron en el *Heraldo* o en revistas como *Estampa*, ahora sin los cortes introducidos por la censura. Entre ellos se encontraban los de Niní Castellanos –la novia o prometida del dictador– o la de José Antonio Primo de Rivera. Ruano aprovechó el prólogo para realizar alguna referencia personal, por ejemplo, a los treinta artículos mensuales que venía publicando sin interrupción en los años últimos. Y otro acerca de su vida de publicista apresurado, bastante anárquico, acostumbrado a escribir con la amenaza del cierre de la edición del diario: «Mi vida tiene el mismo gesto de precipitación, de argumento provisional, y mis actos todos, son una galerada de imprenta sin corrector de pruebas y sin pasar por la censura». Una encuesta a los jóvenes, realizada por el *Heraldo*, nos pone al tanto de las convicciones de Ruano en estas semanas finales de la monarquía de Alfonso XIII. Convicciones radicales, no bien meditadas. Lo que precisa España –asegura– es una renovación «absoluta» de sus instituciones y de sus hombres. Y esta

renovación solamente podrá conseguirse «por la sangría revolucionaria». El atareado cronista se muestra como un hombre terrible, de fuerte sentimiento anticlerical. Un viaje por Europa es un desfile de fábricas. Un viaje por España, un desfile de campanarios. En el campo español hay que perseguir al acaparador y al usurero cerca del cura. En la ciudad hay que deseducar al obrero, intoxicado de tópicos y palabrería. Educar también al señorito de los cafés. Una dictadura preparatoria, antidemocrática. «Nunca serán los hombres iguales, ni deben serlo». Un sistema de «aristocracias liberales». ¿Cuál era entonces su programa?

> Le tengo, y un poco raro: extrema izquierda nacionalista. Nada de europeizar España. Españolizar Europa. Africanizarla si es preciso. ¡Gran cosa!

Raro, en efecto. Arbitrario. Incoherente. Un popurrí con frases –liberalismo, dictadura– de significado antagónico. Una rebelión contra los rebeldes, los obreros, intoxicados al parecer por la propaganda sindical. Una rebelión contra los curas, los señoritos, los cucos y los usureros. La formación de un fascio –que cree inminente– de extrema izquierda[119]. El entrevistador de políticos no parece estar bien orientado en política. Mucho ruido de palabrería y pocas nueces izquierdistas en realidad. Un programa, por así llamarlo, contra esto y aquello, que podría haber suscrito Unamuno.

Esta vida apresurada no se limitaba a los artículos. CGR aceptaba encargos editoriales para libros y folletos de ocasión. Unos podían referirse a un episodio del pasado español, como el que tituló *Seis años de absolutismo*, que no eran los de Primo de Rivera sino los de la restauración fernandina, entre 1814 y 1820; un librito –es una constante en Ruano– con evidentes resonancias autobiográficas. Aparece uno de sus protagonistas, Don Carlos González de Agüero: «Era alto y espigado, perfecto de facciones, con los ojos claros [...] ascendencia gloriosa [...] joven segundón de tan gran casa montañesa. Un hidalgo romántico que sacrificará su vida a unos ideales liberales»[120].

Sin duda, el encargo más importante fue el de escribir una

biografía de Miguel de Unamuno. En la nota que precede al relato, el autor confiesa lo apresurado del encargo y de la redacción:

> –¿Cuánto puede tardar aproximadamente en escribir este libro?
>
> –Una semana. No creo que se tarde más en poner en limpio un pensamiento bastante madurado.

Dicho y hecho. Esa misma noche, en unas horas, viajando en automóvil, se plantó en Salamanca. Eran la siete y diez de la mañana del sábado 24 de mayo de 1930. Lo curioso es que CGR nunca sintió devoción por la figura del rector. Ya lo conocía de antes. De antes de la visita al Ateneo de Madrid. Había coincidido con él lo menos diez veces. Con eso bastaba y sobraba. «Unamuno está visto en una tarde». Desde luego, Ruano no tenía madera de filólogo, honesto y pausado recolector de datos. Desdichado aquel que para darse cuenta de un personaje necesite estudiarle durante un curso. «Los hombres y las catedrales se captan con la rapidez que se lee un anuncio luminoso y, si no, es que el que mira es tonto». De tonto no tenía un pelo el cronista. De audacia andaba sobrado. No trata, desde luego, de narrar la peripecia de un escritor, de comentar sus obras y sus ideas. Trata, más bien, de resaltar su figura. Lo importante es «sorprender al individuo en su momento, en su ambiente». Las únicas opiniones de Unamuno que recoge el libro, a modo de sentencias, tratan precisamente de la biografía, de la biografía como algo indistinguible de la leyenda:

> –A mí me parece igual que el biografiado sea así o no lo sea. Hay muchas versiones históricas de un hecho. ¿Cómo fue la verdad? Eso es lo que menos importa. La verdad es siempre la del que mejor la haya creado [...]
>
> –La leyenda debe imponérsele al biografiado, hasta el extremo de que él mismo ya no sepa cuál fue su realidad.

Unamuno era un hombre con buena planta; un hombre que presumía de hombre, según Ruano. Llamaba la atención,

naturalmente, su figura original, conocidísima por otra parte, su aire de predicador laico embutido en «uniforme civil». Menos conocida era la descripción de su casa, abarrotada de libros colocados de cualquier manera, en montones, en estanterías improvisadas que separaban su estudio en compartimentos: «Mas que una librería particular, esto parece una librería de viejo». El gesto, la manera de negar con las manos, con el dedo índice, con la barba incluso: *¡no, no, no, no…!* Las pequeñas manías, el detalle del terrón de azúcar que se reservaba para disolver la mitad en el recuelo del café recién consumido, bebido a sorbitos, y la otra mitad con agua, apurada de un solo trago, haciendo ruido al sorber. Y su tacañería, a la que entonces –1930– se limitará a aludir: «Estoy tentado de pasarle a usted la cuenta de estos doce días en que he vivido un poco menos que de costumbre», pero que luego narrará en varias ocasiones. Estaban apurando los dos últimos cafés. Llamó al camarero para pagar. Unamuno dio grandes voces: «¡No, no, no! ¡De ninguna manera! Paguemos cada uno el nuestro».

A pesar de la prisa y la improvisación, apuntan en el libro buenos, perspicaces apuntes de crítica literaria. El que, por ejemplo, resalta sus libros viajeros, las páginas más bellas de Unamuno, como las de *Andanzas y visiones españolas*. Apenas hay referencias al contexto político, que despacha de manera perentoria. El turno de los partidos, o «partidas» viene a decir, a la altura de 1900, le parece de una tristeza cómica y trágica a la vez. Las instituciones liberales, el congreso, resultan cosas sin importancia, algo prescindible: «elocuencia y chistes, ingeniosidades cortijeras y carcajadas de casino». Un estado de cosas que empeoró desde 1924, coincidiendo con el destierro de Unamuno. El Directorio no fue otra cosa que «el plante de unos individuos de la única clase social que no debe estar mezclada a la política, y que se justifica por defender y no por ofender a la nación».

El libro traía una dedicatoria a su padre, fallecido hacía pocos meses: «A la memoria de D. Tomás González Garrastazu, corazón y pensamiento libres. Alma clara cuya vida ejemplar y silenciosa se extinguió en la mañana del día 2 de febrero de 1929». Y otra confesión, una más: A él le gustaba vivir antes que escribir; ver,

comprender, «gozar de mi inteligencia con cierto narcisismo». Una semana había prometido al editor, que no era cualquier editor, sino Manuel Aguilar. Y por muy poco no cumplió. La obra fue comenzada en el café de Gijón, el 27 de mayo y terminada en el café de Recoletos, el 7 de junio de 1930[121].

Convertido a la causa republicana, Ruano publicó entre 1930 y 1931 varios libritos sobre algunas figuras del momento: Lerroux, Fermín Galán, el cabecilla de la sublevación de Jaca, convertido en mártir de la República naciente. CGR aparenta simpatías lerrouxistas. Meses antes de la proclamación de la República se convirtió en asiduo de la casa de la calle O'Donnell, entrevistando al viejo caudillo, con el propósito de escribir una biografía. Estaba ya medio cerrado el contrato con el editor Javier Morata, que solía publicar biografías de personajes liberales e izquierdistas. Los acontecimientos se precipitaron y el proyecto quedó abandonado o, mejor, convertido en un breve folleto. Suficiente para enseñar al lector cuáles eran las opiniones que defendía en ese momento de transición. En primer lugar, el antimilitarismo. Al tratar del servicio militar de Lerroux expone: «Va a África como soldado. Y allí, como todo espíritu inteligente e independiente, siente la profunda incompatibilidad de un corazón liberal, de un pensamiento justo con la organización militar». También la hostilidad a los Borbones, una dinastía cargada de taras fisiológicas y de taras morales, que, en su último representante, escondía toda la felonía fernandina, toda la chulería de la hembra destronada… toda la despreocupación juerguística del que dicen que fue su padre, alcoholizado y sifilítico. Frente a este panorama de una estirpe pervertida, degenerada, resaltaba la figura de Lerroux, de trayectoria impecable hasta la llegada de «la oprobiosa dictadura del no menos oprobioso Primo de Rivera, chulo de mala nota, borracho jerezano»[122].

Artículos, reportajes, poesía, entrevistas, biografías. Sus colegas y amigos no se explicaban cómo podía conciliar semejante capacidad de trabajo con una vida caótica, con una vida deprisa. Uno de ellos lo entrevistó:

—¿Cómo administra usted, amigo Ruano, el tiempo?

–Pues... no administrándome. Yo soy el perfecto desorganizado. Jamás trabajo de noche, y nunca me levanto antes de las once de la mañana.

–¿Cuándo escribe usted entonces?

–Por la mañana ojeo todos los periódicos de Madrid y alguno del extranjero. Esto lo hago aquí, en el café, donde vengo a hacer de secretario de redacción de mí mismo. Y, por ejemplo, me encuentro: una figura destacada, un viajero famoso, un suceso... Voy sacando en una cuartilla los asuntos del día. Cuando ya tengo mi programa escribo, generalmente en el mismo café, una crónica que suelo repartir entre provincias y América, saliendo a la calle para hacer el reportaje o la interviú que creo puede interesar a mis periódicos. La materialidad de escribir es poca cosa; lo más fastidioso es hacer hablar a tanto ser como en la carrera vertiginosa nuestra, con gratas excepciones, nos encontramos. Son esos terribles tipos por quienes hay que hablar, cuya insipidez hay que suplir... Aprovecho, esto sí, los momentos vacíos, y muchas veces he terminado un artículo en un continental o en el «Metro». Aún no hace dos meses, al hacer una interviú política, mientras esperaba en un salón a ser recibido, escribí la entrevista, y cuando salió quien yo iba a ver se la enseñé y le dije: «¿No es esto, aproximadamente, lo que hubiera usted dicho?». Él se limitó a corregir dos cosas, y nada más. Era un hombre moderno e inteligente, y yo tenía ya su cliché antes de entrar en su casa. [...]

Como creo que se me critica mucho, me perezco por lo indiscreto. Yo no seré un hombre discreto en la vida. Ni un hombre serio tampoco. Ya sé que esto me perjudica; pero tengo una especie de conciencia, de sentido moral y social hecho a mi propia medida, y cada día me interesa menos lucir trajes hechos. Lo que siento es que mi vida no sea francamente peligrosa. Una vida peligrosa justifica muy bien una existencia. La Aventura es lo único que va mereciendo la pena de vivirse.

–¿Y usted es un hombre de aventuras?

–No. Yo hablo de la Aventura en otro sentido. El plural de aventura no me interesa. Aparte de que las redacciones y las editoriales no son mares propicios para sirenas...[123]

En estos primeros meses republicanos entrevista a Ángel Pestaña, a Francesc Macià. Su descripción del llamado «problema catalán» no puede ser más simpática. Ningún reparo pone al nacionalismo catalán. Con la llegada de la República, con el entusiasmo que había despertado en Cataluña, todos esperaban que cesase la opresión que pesaba sobre sus costumbres, sus himnos, su idioma, sus leyes, «sobre todo un autóctono sentir y expresar de la raza que no por afirmarse en su personalidad, que no por mantenerse en lo vernáculo y solemne de sus tradiciones, deja de ser española ni quiere –hora es ya de entenderlo– dejar de serlo». Representa usted a Castilla, fue el saludo del *president*, al tiempo que le ofrecía tabaco, a escoger entre una cajetilla de rubio y otra nacional, de peseta. El hombre del *Palau* –donde se celebra la entrevista– no era separatista. Lo fue, pero en lo antiguo, cuando el poder les trataba a latigazos, a él, y a Cataluña; porque, que no le cupiera duda al periodista castellano, «el señor Macià es Cataluña». Ahora solamente aspiraba a marchar de la mano con sus hermanos de Valencia, de Galicia, de Andalucía, etc. para alcanzar la anhelada república federal. Macià pretendía alcanzar el derecho a separarse de España, dice, para no ejercerlo. *Nihil novum sub sole.*

La revista *Nuevo Mundo*, en la que colabora de manera asidua, le encarga un artículo sobre «El otro Manuel Azaña», recién asumida la presidencia del gobierno; no del Azaña político, sino del hombre de ateneo y de café. Y no duda entonces en glosar al personaje de manera complaciente, sus aciertos en la manera de gobernar el Ateneo, su paso por el Regina y la Granja el Henar, «el conversador de la alta noche». Con una observación final: al hombre de tertulia y de café «no le he visto nunca tomar café»[124].

El periodista dice haber asistido en la puerta de Gobernación a la llegada del gobierno provisional. Quizás él y sus amigos, mezclados con la multitud, padecieron –disfrutaron– el vértigo del instante. Anduvimos mezclados, dice su amigo Ledesma Miranda, a la gallofa de la Puerta del Sol. Nos sentimos arrastrados por ese suburbio de la historia que es la trepidante masa. «Para nosotros, la gran fascinación fue entonces la calle. Se respiraba en ella la alegre puerilidad chabacana». Días antes

había visitado en la prisión a don Niceto Alcalá-Zamora:

> Hay en todas las palabras de este viejo –por su edad– político como en su expresión, una absoluta y admirable tranquilidad. Mejor aún, una serenidad admirable, producto de un equilibrado sentido de los deberes, del riesgo de la honesta aventura de conciencia[125].

Aquellos momentos, sin embargo, fueron quedando atrás para CGR. Pasaron apenas cuatro semanas. Vino el episodio desdichado de la quema de conventos e iglesias. Visitó alguno de los locales a los que prendieron fuego las turbas. No le cupo duda o, seguramente, fingió no tenerla. En el *Heraldo* firmó una crónica, con la acostumbrada fotografía marchita, donde contaba que habían sido los sacerdotes quienes habían prendido fuego al edificio. La prensa republicana culpaba unas veces a los monárquicos y a los frailes, empeñados ambos en desacreditar a la República; en otras ocasiones lo achacaba a la respuesta popular, enfrentada a la osadía de los monárquicos[126].

En las terrazas del verano madrileño, uno podía encontrarse con gente importante. Una tarde, un amigo llevó a Ruano hasta Navacerrada. Tomando el fresco se encontró con Azaña e Indalecio Prieto. Los saludó, al parecer sin reserva alguna. Después de los elogios dedicados a Lerroux, ahora es la moderación de Ossorio y Gallardo la que llama su atención; la imagen o representación de una derecha razonada, razonable, autorizada y autorizante, la «formación de una cultura política en zona templada»[127].

Algo ocurrió. Algo que le hizo cambiar de postura. En sus *Memorias* ofrece una versión de esa transformación. Acababa de publicar su biografía de Baudelaire, el libro de mayor empeño que había escrito hasta entonces. Con ese motivo fue objeto de un homenaje. El banquete se celebró en el Círculo de Bellas Artes. Hubo varios discursos. CGR se levantó a hablar. Quería dar escuetamente las gracias, pero se embaló. Cierto que nunca fue orador, y el interesado suele reconocerlo. La facilidad que tenía para escribir no se traducía en el hablar. Para discursear con alguna coherencia siempre tuvo que llevar papeles para ser

leídos por él, si lo permitía su voz, o por otros. Así que no se limitó a los agradecimientos de rigor, sino que arremetió contra las maneras de la República; se «calentó», afirma, abogando por una España más fina, más «liberal» y menos democrática, terminando por anunciar su separación de la prensa republicana. Cuando concluyó su discurso, se le acercó Juan Pujol, el director de *Informaciones*, para ofrecerle un hueco en el diario que dirigía[128]. Pero esta versión, escrita muchos años después, con su parte fantástica, solamente cuenta a medias lo que verdaderamente ocurrió o lo que podemos intuir que ocurrió.

Un indicio primero de lo que iba a suceder se puede apreciar en la primera entrevista a José Antonio Primo de Rivera. Fontdevila, el director del *Heraldo* le envió a esta interviú recomendándole dureza: «Bueno, pero a ver si zarandea usted a ese pollo».

Desde luego fue una entrevista interesante. José Antonio, entonces metido en la faena de defender el gobierno de su padre (exiliado a la sazón en París), estaba preocupadísimo porque no se le tomara por un «hijo de papá». El entrevistador parece cautivado por la personalidad del entrevistado. «Es alto, fuerte, tiene los ojos claros». A la desconfianza de José Antonio, Ruano opone sus convicciones de caballero. «Mi actitud cuando salga de esta casa es clara. En la medida de mis fuerzas he sido siempre un enemigo leal de la dictadura. Ahora, jamás me consentiría, por propio decoro, hacer armas de ironía o grosería contra usted». Ante la pregunta de si pensaba dedicarse a la política, el futuro líder fascista expresa dudas. «No lo sé. Por ahora tengo bastante con ejercer mi carrera y estudiar continuamente en ella». En conclusión, CGR agradece la cortesía, la confianza que le ofreció, precisamente a un representante del periódico que con mayor dureza había atacado a su padre, «que ha combatido y combatirá siempre con ardor a la dictadura y a sus partidarios». La censura tachó la parte de la entrevista que se refería a la cuestión habida entre José Antonio y Queipo de Llano. Fontdevila protestó levemente por el tono, antes de publicarla:

> –Casi le da usted coba.
>
> –Hombre, «coba» no, pero ¿cómo quiere usted que me

meta con un hombre así?

–¿Tan buena impresión le hizo?

–Mucho mejor de lo que le digo, desde luego.

–Bueno, es que usted, por muy en el Heraldo que esté, es un señorito sentimental…

Y José Antonio agradeció el tratamiento:

15 marzo 1930

Señor don César González Ruano

Mi distinguido amigo:

He leído su interviú y le agradezco muy sinceramente la forma afectuosa en que está hecha. Mi horror a la exhibición se tranquilizó en parte al recibir de usted, con tono inconfundible de sinceridad, la promesa de que no aparecería en la interviú nada que pudiera mortificarme. Ahora me tranquilizo del todo, al comprobar que usted, cumpliendo con creces su promesa, no sólo ha evitado toda mortificación, sino que me ha proporcionado motivos de gratitud.

Recíbala muy cordialmente de su afectísimo amigo y compañero q.e.s.m.

José Antonio Primo de Rivera[129].

Lo cierto es que, en vísperas de su salida del *Heraldo*, empezaron a menudear las críticas a las limitaciones a la libertad de prensa. El tono es el de alguien que siente que los ideales puros y originales han sido traicionados: «Y la República suspende periódicos después de muchos años de hablar de la sagrada libertad de prensa. ¿Qué es esto?». En ese reproche –¿no se había dado cuenta todavía?– Ruano no iba descaminado. Desde la instauración del gobierno provisional, nada más dotarse de un estatuto jurídico reconociendo las libertades públicas, se otorgó la facultad de suspenderlas sin intervención judicial «si la salud de la República, a juicio del gobierno, lo reclama». A raíz de los incidentes provocados desde el Círculo Monárquico, el gobierno se incautó del edificio de Prensa Española y suspendió por tiempo indefinido la publicación de *Blanco y Negro* y de *ABC*. A lo largo de 1932, el diario de la calle Serrano padeció nuevas sanciones y cierres. La llamada Ley de Defensa de la República,

que siguió al pronunciamiento fallido del general Sanjurjo, volvió a dotar al gobierno de facultades temibles para la prensa, contando entre el número de actos de agresión a la República «la difusión de noticias que puedan quebrantar el crédito o perturbar la paz o el orden público», así como «toda acción o expresión que redunde en menosprecio de las Instituciones del Estado», «la apología del régimen monárquico [...] y el uso del emblema, insignias o distintivos alusivos». Era posible reclamar contra el régimen de sanciones, pero había que hacerlo ante el consejo de ministros; o sea que la ley se promulgó sin una adecuada protección judicial. A juicio del historiador Manuel Ballbé la ley establecía un «régimen de excepción» porque fijaba «unas normas indeterminadas y abstractas que comportan un estado de inseguridad e intimidación general y por la ausencia de garantías para el ejercicio de los derechos ciudadanos»[130].

La referencia a las vicisitudes y padecimientos del diario *ABC* y de su propietario es importante. Luca de Tena cuenta en su libro *Mis amigos muertos* que Ruano fue a verle a la cárcel, donde estaba constituido en preso gubernativo, y que ahí se inició el cambió de bando, el camino de Damasco del escritor madrileño.

> Un día me fue anunciada una visita. Era Ruano. Yo, entonces no te conocía personalmente. Sabía que eras republicano. Tu primer deseo fue el decirme que el día de mi detención coincidió con el día en que dejaste de ser republicano. Porque tú habías sido republicano, me dijiste, porque eras liberal. La misma razón que yo había tenido para no serlo nunca. Durante los meses que pasé entre rejas no me faltó ni un solo día tu amistad y compañía. Y tú, bendito paradójico, que pertenecías al grupo de los triunfadores, desde aquellas conversaciones con un periodista encarcelado te pasaste al grupo de los vencidos. Al contrario que tantos otros, te hiciste monárquico al caer la Monarquía[131].

Tuvieron que pasar varios meses todavía para completar el cambio. El *Heraldo* siguió elogiando su libro sobre Baudelaire, así como su facundia periodística, «ni un desmayo, ni un soplo de pereza». En la convocatoria al homenaje que cita el autor del *Baudelaire* son mayoría los escritores y publicistas encuadrados

en la derecha, incluidos varios amigos suyos: García Sanchiz, Giménez Caballero, Luis Calvo, Jardiel Poncela, José María Salaverría, Fernando de la Quadra Salcedo. Las escuetas reseñas del banquete señalan la intervención de Alberto Insúa, que resaltó el tono moderno, vivaz y culto del homenajeado, heredero en el periodismo de la brillantez de Gómez Carrillo, la de Basilio Álvarez, el sacerdote agrarista gallego, protector y amigo de Ruano, por entonces militante radical y, finalmente, la de Ruano, que dio las gracias a todos: «Cantó las glorias y miserias del periodismo en un tono lírico y humorístico, a la vez, y fue muy aplaudido»[132]. Fue en un artículo sobre los anarquistas italianos Sacco y Vanzetti cuando quedó dibujado –afirma el *Heraldo* en un editorial– el desacuerdo de su ideario y el del periódico en materia política. Y era cierto. Ruano afirmaba, a propósito de los anarquistas americanos, su convicción antidemocrática: «Una cabeza puede pensar. Miles de cabezas no hacen sino gritar y ofuscar un pensamiento». Y concluía: «El fanatismo, la barbarie de la masa en triunfo no tiene especialización política»[133].

Nada, pues, de esa especie de desenfreno heroico, quemando las naves que le vinculaban al *Heraldo* en un acto público. Nada de un Juan Pujol ofreciéndose para sacarle de la inopia periodística. Todo fue más simple. Al escribir sus *Memorias*, Ruano confundió el homenaje por la publicación del *Baudelaire* con el que siguió a la concesión del premio Luca de Tena, separados por pocos días, y al que asistió Juan Pujol. Tampoco aquí hubo «calentón», porque habló el homenajeado teniendo delante unas cuartillas preparadas. Todo fue más pausado y acaso más meditado en su tránsito de la izquierda a la derecha.

Digamos que el liberalismo –mera cháchara insustancial– y sobre todo el republicanismo de CGR tenían mucho de impostados. Liberalismo siempre significará para Ruano una especie de libertad de costumbres, un paraíso de la sensualidad y del capricho, el reino de la dorada bohemia, nunca una doctrina política precisa. Un liberalismo que, entendido de esa manera, defenderá incluso bajo el franquismo. En el medio entre bohemio y periodístico en que se había movido hasta entonces nuestro cronista no eran bien recibidas las ideas conservadoras. El buen

tono consistía en hacer alarde de estridencia política, pero rebajándola con unos gestos, con unas frases de escepticismo. En el grupo de jóvenes que, en torno a 1923, se reunía en el café Recoletos, algunos llamados a la celebridad, destacaba ya Ruano. Era alto, delgado, moreno tirando a pálido. «El ideal físico de muchas mujeres», dice un cronista. Hablaba con voz de barítono y de cuando en cuando se notaba en su cara un tic, una contracción nerviosa. Testigo fue también Francisco Carmona Nenclares, futuro militante socialista, que retrata a un Ruano «elegante, fino, desmadejado», discurseando con tono jactancioso, cínico, con ese aire de dandi que no abandonaría en lo restante de su vida:

> –La revolución nos salvará. Sólo una revolución disolverá la cochambre española. Hay que hacer la revolución del señorito. Yo soy un señorito. ¡Vivan los señoritos!
>
> –Hombre, César, no sea bruto –interviene un mozo grueso, de piel muy blanca. Es como un inmenso bebé; se trata, indudablemente, de Ramón Ledesma Miranda, que ya ha publicado su primera novela. Lleva el cabello largo y entre las piernas descansa un grueso bastón.
>
> –Qué bruto ni qué ocho cuartos –salta ahora una voz aguda, cortante, con la agria disonancia de un disco rajado. ¿De dónde proviene? ¡Ah, sí! Lo reconocemos. Es una especie de enano, de cara amarilla, Enrique Jardiel Poncela. La mayor cantidad de veneno posible, de bilis e hiperclorhidria, en el cuerpo más pequeño posible. Feo como un pequeño gnomo o un pecado mortal. Un espermatozoide impertinente y agresivo. «España no sabe leer –dice–. Hay que escribir a lo idiota para los idiotas. España debía ser una colonia inglesa; así, por lo menos, nos bañaríamos[134].

El testimonio es probablemente verídico. Ruano y Carmona Nenclares habían sido compañeros de fatigas literarias. Juntos habían publicado, en 1927, dos libritos sobre Eduardo Zamacois y Eugenio Noel, en la serie «Nuestros contemporáneos» de la editorial Renacimiento, biografías noveladas en las que, aprovechando la ocasión, ponían verde a la crítica literaria española, a la que llamaban «el cónclave».

Eugenio Montes recordará al joven que fue en aquel tiempo, con aura de popularidad y una leyenda en ciernes, con esa vocación suya de hacerle la corte al desastre sin caer nunca en él. Un joven aseñorado que se permitía el lujo de cultivar un romanticismo muy literario, celebrando siempre que había ocasión, la figura de don Juan. Así en estas aleluyas compuestas quizás en el café de Recoletos:

Ruleta:
se jugó la cara, perdió la careta.
Experiencias de Don Juan:
donde no pide le dan.
Señor, me has abandonado:
todo lo que pedía me lo ha dado.

El señorito bohemio, el periodista con ínfulas de escritor, el dandi dispuesto a realizar una revolución contra los revolucionarios acabó por imponerse. Fue el momento en que decidió hacerse «oficial de húsares de la literatura monárquica», al decir de Montes[135]. El clima creado por las primeras jornadas republicanas acabó por alterar el equilibrio de aquella pléyade de señoritos de clase media que, algunos por lo menos, habían saludado la llegada de la República. En el verano del 31, al volver de Hollywood, Edgar Neville encontró una España tranquila, estrenando república. Personalmente sentía la marcha del rey y de la familia real, a la que tenía un afecto desde chico. Pero creía entonces que era un sacrificio necesario que se hacía para mejorar la vida del país. Las cosas, sin embargo, estaban a punto de cambiar. Honorio Maura, uno de los hijos de don Antonio, vivió con angustia aquellos días, en constante polémica con su hermano Miguel, ministro de la Gobernación del gobierno nuevo. Encarcelado brevemente después de la sanjurjada, pasó por las inmundas celdas de la Dirección General de Seguridad, «checas» empezaron a llamarse aquellos calabozos, entre meretrices y rateros, antes de ser trasladado a la nueva cárcel Modelo. Allí se sintió reconfortado al coincidir con dieciséis títulos y siete grandes de España. Estaba rodeado de caballeros en «época de chusma». Honorio era un señorito, monárquico a

machamartillo, íntimo de Alfonso XIII, que había estado presente en los incidentes del Círculo Monárquico, los que motivaron la suspensión de *ABC*[136].

Eugenio d'Ors abrió una ventana de su casa, en la calle Hermosilla de Madrid. Una charanga sonaba en la calle. Se asoma. ¿Qué es lo que ve? Un remolino de muchedumbre vocinglera. Infinitos Sánchez. Una banda de música que toca el himno de Riego. Un ambiente de chabacanería. Una recaída en el salvajismo. Creía soñar[137].

Quien mejor describió ese ambiente, esa «época de chusma», fue Agustín de Foxá, en su novela *Madrid de corte a cheka*. Los personajes de la novela, hijos de familia como José Félix o Joaquín Mora, miembros de la FUE, habían participado con entusiasmo en la oposición callejera a la Dictadura. Como Ruano. El 15 de abril vieron a «un grupo de obreros», en los aledaños del palacio de Oriente, arrastrando la descoyuntada estatua ecuestre de Felipe III, tratando otros de derribar alguna de las figuras de reyes godos de la explanada:

> Empezaron a flaquear sus ideales democráticos [...] Y, sin embargo, amaba al pueblo. Le emocionaba aquella alegría infantil en medio de sus días miserables, aquella ilusión de una vida mejor.

Este resto de paternalismo aristocrático no tardó en evaporarse. El incendio de los conventos sirvió como acicate para una primera emigración de lo que Foxá denominaba como «gente bien». El viejo palacio de la Ópera estaba cerrado y en obras, en tanto proliferaban los cines a 1,50 la entrada por los barrios de la ciudad. La finura que varios siglos de cultura cortesana habían dado al pueblo de Madrid parecía disolverse entre manifestaciones y gritos soeces. La ciudad se volvió chabacana e iracunda. El buen pueblo se transfiguró en una masa de miserables que enarbolaba pancartas, gritaba consignas y agitaba banderas rojas. La pálida figura de Manuel Azaña pareció encarnar o resumir –moderno Robespierre frío y calculador– todas las fobias de estos desengañados chicos de clase media. Pronto descubrirían en José Antonio Primo de Rivera a una

figura en quien reconocerse y seguir. «Debemos unirnos todos contra ese Madrid de chulos y organilleros».

Lo que aborrecían el grueso de las derechas españolas, monárquicos de Renovación, los asociados en Acción Española –el canto de cisne de la aristocracia–, y una buena parte de la CEDA, lo que detestaban no era solamente la República, la forma democrática de gobierno. Lo que repudiaban Vázquez Dodero, Eugenio Vegas, Calvo Sotelo, Sainz Rodríguez, Goicoechea, Maeztu o Pemán, era el dominio de la «chusma», el gobierno de «esa gentecilla», la caída y suplantación de la aristocracia, de los valores del «señorío», la «gracia», la «galantería»[138].

«Madrid –afirmó más tarde Ruano– se puso feo, denso, canalla. Pasaban masas lívidas de energúmenos que gritaban y pretendían llegar a Palacio para asaltarlo». Un clima habitual abyecto, un estado de revolución permanente, de angustia, «de grosería protegida». Una chusma entre siniestra y pintoresca que gritaba cosas como estas:

> ¡Alirón, alirón,
> Alfonsito es un ladrón![139]

Son, con pocas variaciones, palabras semejantes a las empleadas por Foxá. El vocabulario político –revolución, democracia– estaba doblado y aun dominado por un vocabulario de clase –señorío, gracia, galantería–, opuesto a canalla, chusma, grosería, abyección. La multitud había invadido los lugares hasta entonces reservados a una corta élite social. Desde ese momento se impuso una protesta hecha de gestos, de actitudes simbólicas que reivindicaban o animaban a una reconquista del predominio.

Señorito se nombró Ruano en aquella charla informal en el café Recoletos. Señorito sentimental le llamó Fontdevila. Señorito llamó a Baudelaire y, por traslación, a sí mismo. Porque era muy difícil ser, en los tiempos que corrían, un señorito, «y sólo los que lo son, pueden gastar con dignidad el dinero que no tienen, beber el chocolate sin manchar la jícara ni ensuciarse los labios y engolfarse sin ser jamás golfos»[140]. Señorito solía decirse en Madrid de aquel hijo de familia, de clase media o alta, servido por criados, poco madrugador, amigo de la fiesta, algo

calavera. El señorito juerguista. Señorito podía ser también el joven de familia acomodada que buscaba distinguirse por su vestimenta y ademanes de los restantes miembros de su generación y clase social. Podía tener cierto barniz cultural o frecuentar las tertulias de escritores. El señorito elegante, el dandi. La característica común es el ocio.

La RAE define al señorito: «Joven acomodado y ocioso», «Persona, especialmente si es joven, a la que sirve un criado». Un señorito no se rebaja en trabajos mecánicos u oficinescos. Gasta, pero no produce nada. ¿Era Ruano un señorito al uso? Señorito era, en su opinión, «un tipo de caballero español que he visto repetido con desdichada frecuencia». Atendiendo al desprecio con que los describe, no cree pertenecer a la grey señoril. Fundamentalmente, porque él se gana la vida trabajando. El señorito, dice, es una «estilización» de la burguesía tradicional de las ciudades españolas. ¿Burguesía? Más bien se diría que es una imitación rebajada, degenerada si se quiere, de modales y actitudes propias de la aristocracia, por los aires de superioridad social y la inclinación a la vagancia. Deficiente acaso la búsqueda del origen social, pero acertada su descripción de la figura:

> Nuestro señorito habla a voces, tira los pitillos encendidos en el suelo, silba en su habitación a las tres de la mañana y se indigna si se hace algún ruido antes de la una, hora en que empieza a despertarse. En la mesa habla de procacidades, pregunta a todo el mundo por señas indecentes, habla mal del gobierno español, sin saber qué opina la persona a quien se dirige, y cuando conoce sus ideas, coincidentes en apariencia con las de él, «vuelve la tortilla» y arremete contra los otros, diciendo que hay que ir al comunismo.

Contra la acusación de la izquierda sobre el número de señoritos que había entre las derechas, Ruano se defendía afirmando que aún quedaban ejemplares de esta fauna, pero que eran señoritos sin *señorismo*[141]. Señorismo, cualidad del señor, del caballero, del hidalgo, lo que seguramente ambicionaba ser. «Yo no soy un señorito sino un señor, y un señor que trabaja»[142]. Era un argumento parecido al que usaba José

Antonio. Bastantes eran los que le saludaban brazo en alto, con un güisqui en la mano. Eran aquellos que se mostraban más exigentes, más radicales, los que exigían represalias a todo pasto. El señor, el hidalgo era capaz de olvidar sus privilegios y trocarlos por obligaciones. El señorito era su degeneración, el que se escudaba en su condición de privilegiado para disculpar el trabajo y la solidaridad. Es curioso. De un lado, condena del señoritismo. De otro, reivindicación de la distinción y del exclusivismo social. Eran de sobra conocidas las llamadas cenas de Carlomagno, a las que acudían José Antonio y su séquito más cercano vestidos de etiqueta, a poca distancia de la Puerta del Sol, el centro de la ciudad popular. Señoritos ambivalentes. Había entre los señoritos, sigue diciendo José Antonio, muchos capaces de ser señores. Sus reproches no iban con ellos[143]. Acaso en aquel tiempo Ruano perteneciera a este género híbrido, el del señorito a la espera de redención.

CGR cambió de periódico, saltando del *Heraldo* a *Informaciones*. El diario, propiedad de Juan March, estaba dirigido por Juan Pujol, un rodado periodista que había hecho lo principal de su carrera en el *ABC*, destacando durante la Gran Guerra por sus simpatías germanófilas. Era un hombre moreno, de tez olivácea, bajo de estatura, robusto. Hablaba con una voz aguda. En sus frecuentes momentos de cólera ponía los brazos en jarras y gritaba: «¡Porque yo soy de Cartagena! ¡Nada menos que de Cartagena!».

A los redactores nuevos solía echarles un sermón sobre lo que se esperaba de ellos: Lo esencial en un artículo, en una entrevista, en un reportaje, aseguraba, era contar algo. Si solamente se exponen ideas o teorías, aunque sea con estilo cuidado, se defrauda a los lectores[144]. Se habló de que el joven prometedor se había vendido al oro de la derecha. Rufino Blanco Fombona, antiguo amigo, fue uno de los que se lo echó en cara. ¿Cómo y por dónde le vino el fervor derechista? Desde luego, el nuevo recluta no se caracterizaba por la consecuencia. Quizás la audacia era su rasgo dominante. Como cuando se lanzó a despotricar contra Cervantes. Los fervores monárquicos, interpretaba Fombona, le habían entrado después de su ingreso en la prensa monárquica. Hubo inconsecuencia, desde luego.

Pero el dinero o la fama no fueron, exclusivamente, los motivos principales del cambio. En *Informaciones* ganaba cincuenta pesetas menos que en el *Heraldo*. En el campo de las izquierdas, Basilio Álvarez fue uno de los pocos que disculpó su actitud:

> –¡Viva la libertad! ¡César tiene derecho a cambiar de opinión! ¿No cambia de opinión Unamuno cada quince días? ¡El hombre es libre de pensar hoy una cosa y mañana otra! ¡Son las circunstancias![145]

Fue desde *Informaciones* cuando llegó a convertirse en uno de los principales arietes antirrepublicanos. Tuvo algunos problemas, nada más empezar, cuando Sigfrido Blasco, el desdichado sucesor y dilapidador de la herencia política de su padre en Valencia, arremetió contra Indalecio Prieto en una entrevista: «Estoy abochornado del ministro de Hacienda, que incurre en los mismos vicios y torpezas de la Dictadura [...] Prieto y la complicidad del Gobierno llevan a la ruina a España». El asunto tuvo alguna repercusión en sede parlamentaria, al arremeter Prieto contra *Informaciones*, «la jaca de un contrabandista», en alusión a Juan March. Blasco desmintió con rapidez haber pronunciado frases tan rotundas –¡un diputado radical insultando a un ministro y a un gobierno del que formaba parte Lerroux!–. Ruano se defendió poniendo a Prieto en la picota, «un caso patológico de inepcia, de bochornosa obstinación»; pero la posición del periodista quedó afectada, de momento, y el diario publicó una nota en la que anunciaba la suspensión de sus colaboraciones[146]. Todo fue una concesión *pro forma*, probablemente dictada por la difícil posición en que se encontraba su dueño, Juan March, bajo constantes ataques y amenazas contra su persona que capitaneaba Prieto. Ruano afirma en sus *Memorias* que March trató de compensarle con dinero, pero que él rechazó la oferta; que este incidente trajo aparejada su «expulsión» del diario. Una situación comprometida para quien vivía de la pluma; que tuvo que pasar un plazo –«poco tiempo», confiesa– para volver a publicar. Pero el interesado exagera, componiendo una situación oscilante entre el heroísmo y la tragedia. Desde la aparición de la nota que

anunciaba el cese de su colaboración, el 28 de agosto, y el primer artículo publicado con su firma, el 4 de septiembre, pasaron muy pocos días. De inmediato comenzó una gira por el País Vasco, tratando acaso de distanciar su persona de este negocio; un viaje que fue descrito en el diario bajo el título de «A la sombra del Pirineo. Contribución a un nuevo descubrimiento del País Vasco»[147]. A su paso por Bilbao pudo frecuentar la tertulia del Lion d'Or, formada por un grupo de fuertes simpatías autoritarias, presidido por Pedro Eguillor. La rápida visión del País le sugiere un paisaje ideal, una democracia de hidalgos, selecta, opuesta a la democracia mal entendida vigente en España. Así, pues, los artículos de CGR siguieron apareciendo con su firma, publicándose otros bajo el seudónimo de César de Alda. Una firma que, probablemente, no engañaba a nadie. Al ampliar sus colaboraciones a otro diario, *La Nación*, usará otro seudónimo, Pedro de Agüero. Uno de los apellidos que reivindicaba, aunque en orden confuso, cuando blasonaba de nobleza. Agüero se apellidará alguno de los personajes de sus relatos.

Como en años anteriores, junto a las frecuentes colaboraciones periodísticas, Ruano seguía con la redacción de libros, recopilación de artículos y entrevistas eran unos, encargos sobre un asunto determinado eran otros. En una entrevista consigo mismo anunciaba los próximos a publicarse.

> –¿Qué prepara usted, Ruano?
>
> –Pues preparar, de momento, nada. He entregado dos libros: uno, pequeño, que publica la editorial Atlántico, con este título: «Racismo, catolicismo y tradición». Y este subtítulo: «Nuevo descubrimiento del País Vasco». Saldrá en estos días.
>
> –¿Y el otro?
>
> –Una biografía; «Con el caballero Casanova y sus mujeres», que saldrá también enseguida, y que la está imprimiendo ya la editorial Signo[148].

Del primero de los libros, que debía recopilar varios artículos sobre su viaje al norte, no hay noticia. Del segundo, sí. Es un

libro apresurado, como casi todo lo que hacía Ruano, perspicaz a ratos, cuyo interés principal reside es el prólogo autobiográfico, en que se describe como un hombre de vacilación y conflicto, de veleidades espirituales. Hubiera deseado, afirma, en lugar de trazar la biografía de otro personaje, poner en claro la suya. Apenas había llegado a la treintena y sentía ya el peso de lo vivido. Trata Ruano de comparar a Casanova con la figura de don Juan, con la que suele confundirse en ocasiones. Casanova y don Juan eran para él personajes antitéticos. Alegre y regocijado uno, trágico el otro. Clásico frente a romántico. Era el contraste que había entre un filósofo sin prejuicios, libertino a la manera del XVIII, y un católico a la manera del XVII, siempre a vueltas con la muerte. El libro lo terminó el autor a fines de 1931, precisamente en un momento de cambios profesionales y políticos. Probablemente, Ruano basó su libro, casi exclusivamente, en las *Memorias* de Casanova. Y tuvo que disculparse por si se le habían escapado algunas de las crudezas del veneciano. «El autor quiere pedir públicamente disculpa para todo aquello en que, obligado por las exigencias del tema, pudiera existir expresiones o conceptos atentatorios a la fe y a la moral»[149]. Por si acaso.

La primera colaboración con *Informaciones* se tituló «La poesía de conservar. Don Ramón del Valle Inclán y la República», una devoción a Valle duradera –«uno de sus más grandes valores humanos y literarios»– publicada en 28 de agosto de 1931. Al principio, dominan los temas referidos a las letras, la crónica de actualidad, la vida literaria (título de una de sus secciones habituales), casi siempre española. Menos la extranjera, Pirandello, Cassou, Eça de Queiroz. Libros, personajes, obituarios. Aquí es donde Ruano empezará a ganar soltura, en celebrar a los muertos más o menos ilustres. Encuentros, lecturas de Baroja, un «estilista» a pesar de las apariencias, un escritor «genial»; de Giménez Caballero, «lleva España dentro, colgada como un escapulario»; de Ramón Gómez de la Serna, de quien, a su regreso de Buenos Aires, publica una invitación para asistir a la tertulia de Pombo; su defensa frente a las opiniones del charlista García Sanchiz se ganará su enemistad por muchos años. Entrevista con Manuel Bueno. La devoción de Ruano a los

hombres del 98 será duradera. En la charla con Bueno aparece una definición de la entrevista, una de sus especialidades, que repetirá a menudo: «la necesidad puesta al servicio de la vanidad». En materia poética muestra su acertada preferencia por la obra de León Felipe, «humanidad honda», continuador de un rango poético interrumpido desde Antonio Machado, así como por Juan Ramón Jiménez. La cambiante lealtad política de CGR apenas influirá en la estimación de determinados valores literarios[150].

Sus colaboraciones más logradas son las que dedica a las pequeñas gentes de la bohemia, a los que denomina de varia manera como monstruos y frotaesquinas, personajes hoy casi desconocidos, apellidos sin nombre: Boluda, Pacheco, Moisés, Buscarini, Ibarrola; con inclusión –cosa rara– de algunas figuras femeninas: Francesca, la de las bellas manos, madame Pimentón o doña Cundi, Teresa de la +. Son miniaturas geniales que merecerían coleccionarse en libro. Descripciones en prosa poética, casi siempre nostálgica, simpática para los retratados. Emilio Carrere le reprochará –era una corrección de amigo– el nombre de monstruos, francamente denigrante, pero que se puso de moda. Los amigos de Ruano, las gentes de su círculo decían: Vamos a tal o a cual café, donde se reúnen muy buenos monstruos. Antes que monstruos se habían llamado piruetistas, delirantes, paradojistas, navegantes de la Puerta del Sol o, sencillamente, bohemios. Hablaba de ellos Ruano como si fueran figuras del pasado, fantasmas de otra época, y apenas había transcurrido algo más de una década. Hablaba de aquel poeta llamado Taso de la Rivera –trasunto de Rafael Lasso de la Vega–, descendiente que se decía de Pedro el Cruel. Iba tocado con un sombrero hongo y llevaba siempre los zapatos rotos. Tenía un apetito insaciable, mejor insaciado, porque nunca comía; un hambre tan ancha y profunda que, según Carrere, parecía venir de la época de su antepasado. En cierta ocasión, la pintora Bettina Giacometti le dio a cuidar a su perro. Cuando regresó la pintora, el perro había desaparecido. Y el poeta Eliodoro Puche inmortalizó el suceso en una décima:

Pobre perro de Betina,

que se lo ha comido Taso
un día que andaba escaso
de acuñación argentina.
Tenía un hambre canina
y se lo tragó el infiel,
y tras atracarse de él
dijo desdeñosamente:
¡Que esto coma un descendiente
del propio don Pedro el Cruel!

Taso –Lasso– era el hombre que, muy de madrugada, en uno de aquellos cafetines madrileños, abordó a Gómez Carrillo: «Usted, que ha vivido tanto, no me negará un duro»[151].

CGR había conocido a la mayoría de estos «monstruos» con apenas quince años. A Buscarini, por ejemplo; un hombre maloliente, al que parecía redimir su afán de ser poeta. Creía que un hombre que comía con regularidad era un ser despreciable. No alcanzaba a distinguir entre la literatura y la trágica realidad en que vivía. «Comenzó a ser una especie de calcomanía miserable pegada a los espejos de los cafés».

Por desgracia para la literatura, los ataques a la República, uno de los objetivos políticos de *Informaciones*, se llevaban una parte importante del espacio de sus colaboraciones. Uno de sus primeros reportajes lo redactó sobre la insurrección anarquista en el alto Llobregat. Recorrió los escenarios de la acción revolucionaria: Suria, Berga, Figols. Demostraba ya un dominio notable de la retórica contrarrevolucionaria. Lo ocurrido era ejemplo de una guerra civil, atizada por «extremistas de izquierda», cuyas predicaciones corren con impunidad completa. Para el cronista no parecían existir diferencias entre anarquistas y comunistas. Incluso llegó a recoger el testimonio de un vecino de Suria, que decía haber escuchado la proclamación de la constitución anarquista. El hombre me dice muy serio: «Sí, señor; la Constitución de Rusia».

A la denuncia del extremismo añade la del anticlericalismo violento. La imagen de la Virgen de la Hiniesta, quemada en la parroquia de San Julián de Sevilla, figura como emblema de los «horrores» de la persecución religiosa. En este artículo, su autor

se declara «católico», un católico que, como tal, estaba casi obligado a creer en las propiedades milagrosas de la imagen destruida[152].

En *Informaciones* tenía contratados una página literaria semanal y un artículo diario –casi diario– firmado. También comenzó a publicarse una sección titulada «Reflejos en el agua» que ya existía, y que pasó a estar redactada por él, quizás en colaboración con Pujol. Y aquí, bajo el manto del anonimato, Ruano desplegó una campaña persistente. Aprovechando los sucesos cambiantes que ofrecía la actualidad, se fue edificando la imagen de un régimen político enemigo de la integridad de la patria, de la libertad de expresión –por la suspensión de periódicos–, anticlerical furibundo, adversario de tradiciones católicas como las procesiones, filosemita; un régimen en el que primaba el favoritismo, el «enchufismo». Asimismo, daba noticias frecuentes de los actos de violencia cometidos contra sacerdotes y miembros de la fuerza pública. En síntesis, la República era sinónimo de «ataque a la civilización», de gangrena que amenazaba con hundir a España definitiva e irremisiblemente.

Y no solamente en *Informaciones*. Atraídos, sin duda, por lo vehemente de su militancia nueva –pero expresada en prosa de calidad–, otros órganos de la derecha le invitaron a colaborar en sus publicaciones. En *Gracia y Justicia*, firmó 49 colaboraciones, entre el 21 de noviembre de 1931 y el 9 de noviembre de 1935. En *Bromas y Veras*, entre el 27 de octubre de 1932 y el 26 de enero de 1933 publica un conjunto de 26 colaboraciones. *Gracia y Justicia*, «Órgano extremista del humorismo nacional», fue fundada por Manuel Delgado Barreto, antiguo maurista, director del diario *La Nación*, que se fundó para ser el portavoz de la dictadura de Primo de Rivera. Hubo que rectificar el subtítulo de la revista, cambiando «nacional» por «popular», ante la prohibición gubernamental de usar «nacional» para publicaciones que no fueran oficiales. Delgado Barreto era un hombre de mínima corporeidad, con la piel pegada a los huesos. Era, según escribe Ruano en las *Memorias*, una criatura irónica a la que no le bastaba atacar por lo serio desde el periódico que dirigía, sino que necesitaba un espacio impreso para, según y cómo, fustigar el lado «cursi» o «siniestro» de sus adversarios políticos. En otro

lugar le concederá el título de «maestro de un periodismo apasionado», un «coloso del trabajo» capaz de escribir desde su despachito de *La Nación* medio periódico. La revista tuvo un éxito inmediato y declaró una tirada de entre 200 y 250.000 ejemplares. Se imprimía en los talleres de La Editorial Católica, lo que indica una colaboración, un impulso que fue subrayado por Manuel Azaña:

> *El Debate* es propietario de *Gracia y Justicia*, el libelo de Delgado Barreto, donde han estado cubriéndome de injurias soeces muchos meses. Ahora les han puesto un censor, después de la conversación que tuve yo con Herrera en la presidencia en que le afeé su hipocresía[153].

Gracia y Justicia destacó, sin duda, por convertir a Manuel Azaña en una especie de monstruo, entre tiránico y grotesco. Sus dibujantes, Bon (Román Bonet Sintes), K-Hito (Ricardo García López), Kin (Joaquín de Alba), entre otros, se empeñaron en acentuar la fealdad del personaje, sus verrugas, las mellas ocasionales. Ruano comenzó con una sección semanal titulada «La figura de esta semana», literarias algunas como las de Villaespesa, García Sanchiz, Cipriano Rivas Cherif, Larra, Mariano de Cavia, Valle-Inclán, etc., sin que faltara la de Manuel Azaña, con una envenenada referencia a la homosexualidad supuesta del político y a su fama de literato *raté*: «Homenaje cordial, excelentísimo señor, porque nosotros, aunque no nos atrevamos por si las moscas a decirle que le amamos y admiramos, le estimamos como escritor en todo lo que usted, excelentísimo señor, vale. Y un éxito como "La Corona" no se ve todos los días ni sería justo silenciar». Hubo una figura, la del doctor Marañón, «Don Gregorio el orador», de la que su autor tendría ocasión de arrepentirse, no mucho tiempo después, por haber señalado la parquedad oratoria del famoso médico[154].

Bromas y Veras era otra revista del mismo tenor que la anterior, que vino a cubrir el hueco que *Gracia y Justicia* dejó en uno de sus frecuentes cierres y suspensiones. El subtítulo, «Semanario Agridulce, órgano del "trust" de la sinceridad española», renovaba los grandes éxitos que había cosechado

Delgado Barreto en el campo de la sátira y el humor. Salió a la palestra, desde los talleres en que se imprimía *El Debate*, denunciando la restricción de libertades que imperaba en España, el predominio absoluto del criterio de los socialistas –la primera portada fue para Indalecio Prieto y en el editorial sólo se menciona a ese partido– y el autoritarismo del gobierno Azaña, al que se representó reflejado en un espejo como Mussolini, ataviado con casco prusiano en otras viñetas posteriores. Su primer número distribuyó 184.000 ejemplares. A pesar del éxito inicial, su vida fue efímera. CGR colaboró con una sección fija titulada «Mesa de café», sin que faltaran otras con las habituales menciones hostiles a Azaña, «un pequeño Fouché, con un tufillo a siglo XIX, a diván del Ateneo». Lo curioso es que, en esta fijación con la figura de Manuel Azaña, al contrario que sus colegas de redacción, Ruano hará siempre una salvedad. Una cosa era el personaje político y otra el escritor: «Nunca le llamé yo mal escritor. Creo que es un detestable político, que no es lo mismo. Escribir escribía con una cierta sequedad de estilo, con una frialdad que le hacía poco humano, poco artista [...] pero escribía bien y era inteligente»[155]. La reaparición de *Gracia y Justicia* supuso que las dos publicaciones convivieran durante un tiempo, hasta que el 2 de marzo de 1933 *Bromas y Veras* anunció que dejaba de aparecer y que su lugar lo ocuparía *El Fascio*[156].

César González Ruano cuenta en sus *Memorias* que por sus artículos en los diarios *Informaciones* y *ABC*, así como los de *Gracia y Justicia* sobre Azaña e Indalecio Prieto, recibió por parte de las Juventudes Socialistas serias amenazas de muerte. Fue entonces, dice, cuando Falange decidió ponerle un guardaespaldas, de profesión electricista, que le seguía a todas partes portando un aparatoso pistolón[157]. ¿Pertenecía el periodista al minúsculo partido que acaudillaba José Antonio? Seguramente. Por admiración al personaje. Por seguir la tendencia de sus amigos y compañeros de generación. Por un sentimiento de rebeldía y de oposición a la política republicana. «Nosotros somos hombres de café. Por tradición española, por fascismo intelectual si ustedes quieren», dice en una «Antena literaria». Es cierto que las publicaciones humorísticas de la derecha subversiva –de un humor más que grueso en bastantes

ocasiones– suscitaban una hostilidad manifiesta entre las izquierdas, que no tenían nada equivalente para oponer. El destino de Delgado Barreto y de varios de sus redactores durante la guerra civil puede ser un indicador del gran impacto que causaba esta publicación entre sus adversarios políticos.

Semejante despliegue de actividad –era natural que así ocurriera en una derecha no bien avenida con el grueso de los intelectuales–, llamó la atención de los grupos mejor organizados del monarquismo recalcitrante. En 1932, a raíz de un artículo un tanto anodino y lacrimoso titulado «Señora, ¿se le ha perdido a usted un niño?», publicado en *Informaciones*, el 23 de noviembre de 1931, se le otorgó el premio Mariano de Cavia. El suyo fue seleccionado entre 335 artículos presentados por 229 concursantes. El jurado estaba compuesto por el conde de Gimeno, el marqués de Lema, Salvador Canals, Ricardo León y Manuel Machado. El diario *ABC* señalaba que el jurado había sido seleccionado entre distintos sectores de la prensa madrileña. Pero no era cierto. Canals era un antiguo maurista. Ricardo León era conocido por sus ideas conservadoras. Y la aportación nobiliaria también había militado, de manera destacada, en el campo político conservador –Lema– o liberal –Amalio Gimeno–. La única oposición al premiado, como CGR averiguó más tarde, vino de Manuel Machado. Nada más recibir el galardón, colaborando todavía en *Informaciones*, comenzaron a aparecer artículos en *ABC*, particularmente uno dedicado a Larra, presentado desde luego como un romántico aquejado del «morbo español», lo excesivo de lo español, pero también como un hombre con fuerte sentido del orden; y todo por llevar una escrupulosa contabilidad que, junto a su esmero vestimentario, le alejaba «de toda ramplonería bohemia y desaliñada»[158].

El fallo del jurado fue celebrado por buena parte de la prensa madrileña. Algunos lo saludaron, Víctor de la Serna, Carlos Fernández Cuenca, como un triunfo de su generación. Aunque ello no era del todo cierto porque, cuatro años atrás, el premiado había sido otro periodista, Manuel Chaves Nogales, nacido en 1897. El término generación parece indicar más bien un grupo de contornos indeterminados, formado por escritores que se ganaban la vida en los periódicos, como Eugenio Montes o

Sánchez Mazas, de marcada significación derechista. Los elogios más destacados vinieron de *El Debate*: «El distinguido escritor […] tiene esa simpatía comunicativa tan esencial en el estilo periodístico, y que acredita una vez más en el señor González Ruano envidiables dotes literarias»[159]. De *Acción Española*: «En la rápida y brillante carrera literaria del Sr. González Ruano, el galardón obtenido no puede señalar sino el fin de una etapa y el comienzo de otra en que su completa formación doctrinal asegure para nuestra causa uno de sus más fecundos y significativos valores»[160]. En *La Libertad*: «Pocas veces un fallo literario habrá tenido un tan cabal sentido de justicia como ahora. Cuantos hayan seguido el ritmo periodístico de estos últimos años saben lo que la labor –tenaz, múltiple, alegre, jugosa– de César González-Ruano ha sido en las columnas de diarios y revistas. […] Toda esa labor presurosa sabía tener, sin embargo, una auténtica calidad literaria que la destacaba y la salvaba de su efímera condición natural»[161] .«Un día –reseña el *Heraldo* sin rencor– ideologías políticas dispares separaron a César González-Ruano de esta casa; pero la devoción y amistad por su pluma, por el escritor que él es, no disminuyeron en nada en nosotros»[162]. «El acertado fallo del jurado […] concediendo tan valioso galardón periodístico y literario a un compañero de tan bien probados méritos […] ha avivado estos días el afecto, el cariño y la estimación hacia él y su obra personalísima», concluye *La Nación*[163]. Tan sólo el diario *Luz* manifestó –acaso con razón– que el premio lo hubiera ganado con un artículo o con otro y que la convocatoria del banquete que sirvió de colofón estaba firmada por personas a las que no se había consultado. Ardor de neófito; «un pequeño incidente en su conversión»[164]. En el semanario *Nuevo Mundo* le dedicó una curiosa entrevista el destacado periodista José Montero Alonso:

> –El Premio… Naturalmente que me alegra. Y me alegra, más que nada, por lo que tiene de símbolo, por lo que tiene del premio de «los que teníamos doce años». Creo que hay en él este año un significado de grupo y de edad. Hasta ahora parecía que los grandes premios literarios estaban destinados a recaer por insistencia en gentes a las que no les añadían

nada, en viejos camellos cansados... Ahora la herida está abierta, y lo que importa es no dejarla cicatrizar.

–La composición del Jurado –otro factor a favor de ese símbolo que tú ves– no era muy a favor del periodismo joven.

–De acuerdo. Hay que verlo y estimarlo así: Un Jurado de prestigio indudable, pero que no parecía un Jurado nuestro, abre generosamente las puertas a la juventud, a la impaciencia también, al revuelto desgarrón de nuestras virtudes y nuestros pecados...

–¿Enviaste algún artículo más al concurso?

–¡Pero si la crónica premiada ni siquiera la envié yo!... Este es el primer premio que se da en realidad a una mujer. Sí. Yo había enviado al Concurso Cavia un artículo que consideraba más sólido, más construido, más apretado, más genuinamente mío. Y fue mi mujer quien envió ése por debajo de cuerda, por todo lo que le recordaba de las cosas y las monerías de nuestra hija. Ese artículo del niño abandonado está hecho –ya se ve– sobre las gracias y las ternuras de Charito, mi chiquitina.

–Muchas felicitaciones por el premio, como es natural.

–Muchas, muchas. Las que esperaba y las que no esperaba. Y una carta de duelo y de pésame. Sí, sí. La de José Andrés Vázquez, ese fino escritor sevillano que obtuvo el Cavia el año anterior. Te doy el pésame, amigo mío –viene a decirme–. Yo fui hasta el premio un hombre feliz dentro de la modestia. Pero el Cavia me ha traído la mala suerte. Tendrá usted desde ahora muchos enemigos nuevos, la vida se le torcerá, todo serán complicaciones. El Cavia será su ruina, amigo Ruano, como lo ha sido de la mía. Deseo darle sinceramente el pésame... ¡Estupenda carta! [...]

–¡La vida de café! Eso, los pelos y el que no le divierta a uno la Revista de Occidente, es lo que, por lo visto, me queda del siglo pasado. Todas las mañanas, a las diez, me voy al café, leo allí los periódicos y preparo y distribuyo lo que he de hacer en el día.

–¿Que es...?

–¡Dos artículos casi diariamente! Estoy en el café hasta las once, en que voy a la Redacción. Después de comer, al café de nuevo. Conversación pura. A media tarde, a casa; y después de cenar, otra vez al café, a escribir...

> –¿Cuál será ahora tu labor, tras esta pausa risueña del Cavia?
>
> –Pienso continuar las biografías. Después de Baudelaire patético y Casanova liberal, este verano escribiré de Gilles de Rais, el monstruo que se arrepiente: toda una resultante del catolicismo y el satanismo, de las tinieblas pavorosas de la Edad Media[165].

Al revés de lo que le ocurriera a José Andrés Vázquez, el Mariano de Cavia le hizo subir en la escala de la profesión, siéndole ofrecida una jugosa plaza en el diario de la calle de Serrano. Jugosa porque el *ABC* era el periódico que mejor pagaba a sus redactores. Publicaría diez artículos al mes, retribuidos a cien pesetas cada uno. Lo mismo que cobraban veteranos periodistas como Ramiro de Maeztu y Wenceslao Fernández Flórez[166]. Además, sus artículos en *ABC* permitieron a CGR librarse del todo de la servidumbre, que ya le pesaba, de estar pendiente del personaje, del suceso o de la entrevista y dedicar más tiempo y espacio a menesteres literarios, que era a lo que siempre había aspirado. El diario monárquico saludó al nuevo redactor en estos términos:

> Desde hoy entra a formar parte del cuadro de colaboración de ABC el brillante escritor D. César González-Ruano, que ya había publicado algunos artículos en nuestro diario desde que obtuvo, en buena lid, el premio Mariano de Cavia de 1931. Al dar la bienvenida al ágil y ameno periodista significamos nuestra gratitud a nuestro querido colega Informaciones por las palabras cordiales para nosotros con que su noble compañerismo acoge esta noticia, al despedir al que hasta ahora ha sido su colaborador[167].

Se ofreció un banquete para celebrar el premio. Los asistentes posaron para la foto. Bien vestidos, muchos de esmoquin. Y un detalle llama la atención. Ruano, en el centro de la imagen, se había afeitado el bigote, por vez primera en muchos años. Las tertulias de Madrid volvieron a tratar el asunto de su «conversión». Hubo comentarios malignos sobre el que Cansinos Assens –¿de quién habla bien este hombre?– llama «el pequeño

Des Esseintes», por el héroe de À *rebours*. Una pirueta del joven arribista. El galardonado explicaba en el café Gijón que su paso a la hueste monárquica fue resultado de un impulso emocional, una nostalgia del régimen derrocado, una repugnancia instintiva ante la multitud vociferante que insultaba a la reina. Cansinos no le creyó. Ruano le invitó a subir a su casa del paseo de Recoletos, un piso enorme, con unos salones como para dar bailes, decorado con un lujo «de rastacuero». Cansinos –espíritu doliente– se equivocaba. A juzgar por su vivienda en la Morería, la que olía a pis de gato, no era buen juez de los gustos ajenos. La decoración era barroca, exagerada, pero no de nuevo rico. Era la que hubiera montado un Des Esseintes madrileño. Y el cinismo y el arribismo ruanescos eran perfectamente compatibles con la caballería. No siempre pensando mal se llega a acertar[168].

En enero de 1933, en vísperas de las decisivas elecciones alemanas, Torcuato Luca de Tena ofreció a Ruano la corresponsalía de Berlín. Narrar el previsible triunfo de Adolfo Hitler. Ser testigo del cambio decisivo que iba a tener lugar en la política europea. Una tarea novísima para alguien con escasos conocimientos de política internacional y sin saber una palabra de la lengua de Goethe.

VII
Berlín, Madrid, 1933-1936

Hizo el viaje entre Madrid y Berlín, con parada de un día en París para ver –dice en sus *Memorias*– a José Calvo Sotelo, que vivía en Francia para protegerse de las responsabilidades que exigía el parlamento republicano. Era el 1 de marzo de 1933. Llegó a Berlín, una ciudad nevada y desierta. La amplitud de sus calles fue lo primero que llamó su atención. Se alojó, de momento, en la Pensión Latina, lugar frecuentado por españoles. Para trasladarse luego a un piso en el número 36 de la Branderburgischestrasse, en la esquina de la Ku-damm, un piso que había logrado por mediación de Wilhelm Faupel, director a la sazón del Instituto Iberoamericano de Berlín, futuro embajador en Salamanca.

Los meses de Berlín no añaden gran cosa a sus méritos periodísticos. Él mismo lo reconocía al prologar la recopilación de algunos artículos para publicarlos como libro en 1933: «He firmado el libro por aquello de que firmar es afirmar [...] Estas páginas no pueden añadir nada a un escritor». Como libro político tampoco vale gran cosa. Sin esforzarse mucho, Ruano encontraba los antecedentes del nacionalsocialismo en la historia alemana reciente, desde la Gran Guerra a la fracasada revolución espartaquista. El único análisis que hace del nuevo régimen alemán le lleva a concluir que ha tenido el apoyo de los trabajadores, no de los manuales, sino de los que llamaríamos trabajadores de cuello blanco, ni burgueses ni proletarios. Con todo, el libro figuró entre los recomendados por la Falange, el reciente grupo acaudillado por José Antonio.

Lea Vd. el libro de
César González-Ruano

6 meses con los «nazis»
De venta en todas las
librerías

—

Precio del ejemplar, 6 pesetas[169].

Lo más impresionante es la cubierta de la publicación, con una cruz gamada sobre fondo rojo que ocupa un tercio del espacio disponible. El no conocer el alemán le hacía depender para sus crónicas de la prensa francesa y de los partes diarios que ofrecía la oficina de prensa del Ministerio alemán de Exteriores. Lo confesará con todo cinismo, años después, en una conferencia sobre «Mi visión del periodismo». Su primer artículo fue muy elogiado. Cumplió lo que *ABC* esperaba de él: el triunfo de Hitler significaba el abatimiento de las últimas barricadas marxistas; más todavía, la apertura de una nueva era, «extensión del estilo fascista por el mundo social, político y económico de occidente»[170]. Adolfo Hitler es alabado con términos entre ultraístas y falangistas: palabra de primavera, ángel con gabardina y bigote; un hombre que había logrado apretar la cinta del Estado al haz de flechas de los distintos países. Con todo y su elogio, Hitler no despertará en Ruano demasiado entusiasmo. Es Mussolini, la «figura romana de Mussolini», la que –según cree– está llamada a guiar el rumbo de occidente. Tampoco los frecuentes desfiles callejeros de camisas pardas despiertan su fervor. A veces los veía pasar sin inmutarse desde la terraza de un café. Tampoco parecen alterarle las detenciones de izquierdistas, de «comunistas», precisa. «El otro día detuvieron a cuatrocientos o quinientos», y le pareció que aquello era parte de la rutina diaria, algo normal en Alemania: «y, sin embargo, me cosquilleaba en la conciencia profesional que quizá esta misma noticia leída en España tenía importancia»[171]. Muchos meses después de su vuelta de Alemania, Ruano seguía defendiendo la política de los nazis, frente a «una internacional judía y bolchevique». Y ello podría ser una señal de que el periodista español no había suspendido sus relaciones con los servicios alemanes de propaganda, a las que haremos referencia. Sus argumentos son tópicos, banales, sin ningún resquicio literario,

como ecos de una voz lejana. Alemania, su «gran problema», explica en una ocasión, reside en la necesidad de tierras para su numerosa población. Repartido el mundo, despojada de sus colonias, mermada incluso en el continente europeo, Alemania tenía que dedicarse por fuerza a reconquistar los terrenos perdidos. Esta nación representaba a Europa, mejor incluso que los pueblos latinos, desempeñando la tarea de contener el peligro oriental, la amenaza antieuropea, formada por el sórdido materialismo de la economía marxista y «el negocio judío».[172] Todo convencional; se nota la ausencia de la personalidad de un escritor que, ahora, escribe al dictado.

El antisemitismo del español resulta contradictorio. Por un lado, objeta al nacionalsocialismo su «parcialidad racista», opuesta a la «catolicidad». Acaso la presencia en Berlín del corresponsal de *El Debate*, Antonio Bermúdez Cañete, pudo inspirarle estas reservas. Bermúdez Cañete era hombre de derechas, de simpatías jonsistas; había traducido varios capítulos del *Mein Kampf* que pensaba editar bajo el título de *Mi batalla*. Pero, ante todo, era un católico fervoroso que, al observar al canciller alemán en el poder, pasó de sus iniciales simpatías a una hostilidad ante la política racista del nacionalsocialismo. Ello provocó su expulsión a comienzos de 1935 por información «malévola y calumniosa». Hay que tener en cuenta, además, que por voz de José Antonio, la Falange se había distanciado del antisemitismo nazi, aun ensalzando la figura de Hitler, «caballero medieval», «nibelungo» que iba hendiendo con su hacha los escuadrones que le cercan. «Para España, el problema judío no es ni ha sido ni será nunca un problema de raza, sino un artículo de fe»[173]. En todo caso, Ruano aprobaba la expulsión de los judíos alemanes de la función pública. Advertía sobre la amenaza que representaba para España la política republicana de facilitar el retorno de los judíos sefardíes, gente de «oscura extracción»; trotamundos, aventureros, «desocupados y huidizos judíos errantes de todos los códigos», «sombras de perfil ganchudo». Mientras en España parecían haber triunfado el marxismo y la masonería, Alemania levantaba una barrera contra semejante invasión[174].

Hasta los años treinta, Ruano no había dado signos de

antisemitismo. Debía conocer de sobra la identificación de Cansinos Assens con el judaísmo, autor en 1919 de una antología titulada *Bellezas del Talmud*, y ello no impidió un trato asiduo y discipular. En uno de sus viajes a Lisboa, según cuenta en sus *Memorias*, no tuvo inconveniente en tener una amante judía y rica. Se llamaba –figuradamente– Paloma. Cuando la prensa lisboeta anunció la muerte –imaginada– de Ruano en un accidente de tráfico, circuló en Madrid el comentario de que con esa noticia falsa trataba Ruano de esquivar a una amante demasiado insistente. Entre sus buenos amigos portugueses se contaba Joshua Benoliel, notable reportero gráfico, cuya muerte, en 1932 –muerte verdadera– será lamentada en un excelente artículo por el periodista español. La amistad con Benoliel le fue siempre preciosa. En su casa se practicaban «los rigores de la religión israelita». Era, sigue diciendo, muy divertido, «muy gran judío». Benoliel le arregló un negocio que consistía en poner el texto de una guía elogiosa de determinados balnearios. Benoliel le organizaba el viaje, pagando sus gastos, 100 escudos diarios, siempre que fuera en su compañía. En su compañía recorrió Sintra, Estoril, Coímbra, Bussaco. Aunque llevando una contabilidad escrupulosa en una libreta. El «gran judío» le arrancaba de su querencia al café La Brasileira, en la Rua Garrett, planteándole la pregunta: «¿Usted viene a Lisboa, o viene a un café de Lisboa?»[175].

Por esta época, en 1927, se publicaron, por vez primera en España, los *Protocolos de los sabios de Sión*, por Aldecoa, que editaba sus libros en Madrid y Burgos. Los Protocolos anunciaban que todos los partidos, desde el más conservador al más radical, eran meros instrumentos de estos fantásticos sabios; que se ocultaban incluso tras la masonería y que su meta era la Era Mesiánica en la que todo el mundo estaría unido por la religión judaica y gobernado por un soberano judío de la casa de David. El año clave en la difusión de este panfleto es 1932, cuando la revista *Las Sectas*, dirigida por el sacerdote Juan Tusquets, incluyó el texto en su número 2 como «Los poderes ocultos de España». Una nueva entrega en la editorial FAX, vinculada a la extrema derecha monárquica, iba por la sexta edición en 1936; a la que hay que añadir otra abreviada en la

revista *Libertad* de los jonsistas de Valladolid, todas traducidas del francés. Dos ediciones adicionales, en 1932, la una en Bilbao, por la editorial Mayli, la única traducida del inglés, y otra por Aguilar con el título de *Protocolos de los jefes de Israel. ¿Un plan secreto de los judíos?*, completan la difusión de este superventas conspirativo, redactado por la policía zarista, con un supuesto plan, urdido por imaginarios dirigentes judíos, para llevar a cabo una guerra oculta[176].

Las señas de este deplorable prejuicio son contemporáneas de su paso por el diario *Informaciones*. Juan Pujol, su director, se distinguía por un antisemitismo feroz. Justificaba esa animadversión, esa repulsión por los judíos remontándose a la enemistad entre árabes –de los que creía ser descendiente– y semitas. Los judíos se caracterizaban por su laboriosidad y la habilidad para manejar la riqueza mueble. Los árabes eran guerreros e ineptos para la economía. Sobre esto escribió una novela que tituló *El hoyo en la arena*. La débil trama servía para exponer algunas tesis sobre el determinismo racial y el poder de los judíos. Buena parte de la población española era de ascendencia judía, herederos biológicos de aquellos que se convirtieron, o fingieron convertirse al catolicismo, en el momento de su expulsión por los Reyes Católicos. Daba igual la religión que practicaran. Tarde o temprano sentirían la llamada de la raza y actuarían con arreglo a su querencia atávica. Los puestos importantes en la vida española, en la política y los negocios, estaban confiscados por judíos. ¿Cánovas? Judío. ¿Sagasta? Judío. ¿El parlamento de la Restauración? Un sanedrín. Toda la historia española podría interpretarse como una lucha entre el pueblo castellano y los judíos, para hacerse con el mando efectivo. Pujol llevó su temperamento exaltado a la política, ganando por elección el cargo de concejal del Ayuntamiento de Madrid. En 1933 obtuvo un escaño en las Cortes. Y fue acaso este periodista, que explicaba la marcha de la política y de la historia por conspiraciones tenebrosas, una de las influencias más perniciosas que padeció un Ruano recién ganado a la causa de las derechas. Aunque él, como los judíos de Pujol, nunca lo supo. Editoriales sin firma en *Informaciones*, pero con el sello de su director, provocaban a la histeria ante una supuesta

invasión de gentes que juntaban el engaño y la estafa, con inclinaciones revolucionarias, manejados por siniestros conciliábulos[177]. Del diario *Informaciones* salió un plantel de periodistas, al estilo de Vicente Gay, Federico de Urrutia o Francisco Ferrari, que tendrían una trayectoria futura como propagandistas de la judeofobia y el antimasonismo. Ferrari publicaría en vísperas de la guerra civil un libro titulado *La masonería al desnudo*, denuncia de los males que había causado en España el «gran monstruo» judaico y masónico.

A partir de entonces, estimulado por el fervor de Pujol y sus acólitos, Ruano empezó a reseñar las publicaciones del policía que firmaba como Mauricio Karl, Mauricio Carlavilla era su nombre auténtico, alabándolas como si se tratara de libros políticos importantes. La revolución, tenía como fuerzas impulsoras el judaísmo y la masonería. Primero con *El enemigo*, luego con *Asesinos de España* se completaba –según Ruano– la «inédita» interpretación masónica de la historia de España. ¿Inédita? La cultura histórica no era el fuerte de CGR. El decisivo papel de la masonería era un mito que tenía su origen en el pensamiento contrarrevolucionario francés, desde que el abate Barruel, en sus *Memorias para servir a la historia del jacobinismo*, publicadas en 1797 y traducidas al español en 1813, denunciara una conspiración masónica como origen de la revolución francesa. Los dos libros de Carlavilla tenían idéntico subtítulo: *Marxismo, Anarquismo, Masonería*, que precisaban la identidad de los enemigos. La masonería era una organización minoritaria que actuaba como una palanca por medio de la cual movía la historia. La masonería había entrado en España en la grupa de los caballos de Napoleón y, desde entonces, no había dejado de estar presente en todos los avances del liberalismo. Este era el sentido auténtico de la historia española: una lucha sin tregua entre lo nacional y lo internacional. Carlavilla llegaba hasta el extremo de asegurar que el general Primo de Rivera había sido ejecutado en París por la masonería: «Tuve ocasión de ver al lado de Primo de Rivera, en París, a un judío y masón en posición de cometer impunemente el asesinato». Una afirmación que no fue creída por José Antonio. España estaba sacudida por el monstruo de la antipatria. Estaban en marcha intrigas pavorosas, enredos

superlativos, conspiraciones tremendas. Un virus mortal circulaba por el organismo español, debilitándolo. La revolución, grande, enorme, terrible, era inminente. Y lo peor de todo, las víctimas no eran conscientes de ello[178]. Naturalmente, esta clase de publicaciones estimulaban un ambiente de histeria, de catástrofe apocalíptica, ante la que era urgente reaccionar. Carlavilla perdió su plaza de comisario durante la Segunda República. Pasada la guerra civil continuó, según parece, con la matraca antimasónica. Tuvo que aguardar hasta 1952 para reingresar en el cuerpo, achacando la demora a los enemigos seculares: «Estos masones, claro, están en todas partes». Un día encontraron al expolicía subrayando cuidadosamente en un periódico algunos acuerdos del Consejo de ministros, para deducir que una mano masónica había guiado el dictamen de Franco, porque ciertos nombramientos, determinadas obras y concesiones venían a favorecer a miembros de la secta[179].

Ruano se apuntó un tanto periodístico al entrevistar al presunto, nunca mejor dicho, incendiario del Reichstag. A pesar de este momentáneo interés por la política fascista, al leer sus artículos en *ABC*, da la impresión de que lo que ocupó a Ruano en estos meses fueron las excursiones; sí, los viajes por varios lugares de Alemania: Bayreuth, Nuremberg, Rothemburg, Ansbach; unas visitas que auspiciaba el ministerio alemán de la Propaganda. También visitó las instalaciones de la UFA, la famosa productora cinematográfica, donde se retrató con directores y artistas. El puerto de Hamburgo y sus tugurios –acaso fuera de programa– dejaron huella en el viajero. También había vida, y vida intensa, canalla, en la Alemania hitleriana. Le interesaron los cafés cantantes, para elogiar que el nuevo régimen hubiese acabado con los espectáculos de «pornografía», para deplorar, sería más justo decir, que la noche berlinesa se hubiese convertido en algo insípido.

Nunca fue Berlín, el Berlín nacionalsocialista, una ciudad que gustara a Ruano. El frío invernal, la falta de alicientes nocturnos, el idioma opaco. Prefería, con mucho, Múnich, por la cordialidad de la gente, su clima y su cerveza. Aprendió con rapidez a pronunciar las marcas principales. Augustmer. Löewenbrau, Spaten, Hacker. Tres veces se escapó de Berlín hacia Baviera a lo

largo de los seis meses de estancia. Hasta el idioma le parecía más asequible[180]. La única palabra que parece haberle gustado de aquella lengua endiablada fue *gemütlich*, que traducía, o le tradujeron, como cordialidad, intimidad, confort, bienestar, agrado. Estar sentado en una terraza delante de un café, con un cigarrillo en la mano, era *gemütlich*; encontrarse en una situación que define como «soledad acompañada» –y cita de refilón a algunas damas, como Vera, la rusa, menchevique exiliada– era también *gemütlich*; entrar en las grandes cervecerías de Múnich y compartir la vida del bávaro aficionado a beber tenía que ser *gemütlich* también. En español no existía un término semejante; el idioma parecía expresar las características mentales de un pueblo que, en lugar del sentimentalismo cordial ponía el sentido del honor y de la dignidad individual[181]. Como escritor, su carrera parecía haber retrocedido a la época reporteril del *Heraldo*, pendiente de la actualidad, en faenas de cronista. Seguramente recibió algún reproche, alguna advertencia o recomendación de su periódico para que insistiera en los asuntos políticos y de actualidad. Pero él no estaba dotado para ello o no le gustaba. Pasados bastantes años de esta experiencia confesará, medio en broma medio en serio, que entre sus principales informantes políticos figuraron los camareros que, poco o mucho, podían expresarse en francés. También le contó a su amigo Félix Ros que había sido capaz de hacer de corresponsal en Berlín sin moverse durante meses del café que había frente a la pensión. Creía que reflejar un presente demasiado rico en acontecimientos era mero sensacionalismo y no merecía la pena esforzarse. No solo de política vive el hombre, concluye[182].

Pasados seis meses volverá a Madrid. De nuevo coincidió con Cansinos, su antiguo maestro. Madrid era un pañuelo. Cansinos lo vio desmejorado. Hablaba con entusiasmo de Hitler y de la Falange, adjudicándose cierto papel en la formación del grupo. Llevaba de la correa –una manera de hablar– a Alfredo Marqueríe, su sustituto en *Informaciones*, como si fuera un can. Decía: Marqueríe, acércate al estanco y trae cerillas. Y Marqueríe obedecía sin rechistar. ¡Vamos, Marqueríe! Y el discípulo seguía al dueño. ¿Ha visto usted? Marqueríe es un buen chico y un poeta estimable. Yo lo dirijo y llegará a ser un buen poeta[183].

Recién llegado casi de Alemania enlazó con otro encargo del periódico. Mejor recibido o mejor disfrutado que el de cronista político. Se trataba de averiguar la suerte que podían haber corrido algunos españoles capturados después de la derrota de Annual, ¡trece años atrás! El asunto había saltado a la prensa y el ministro de la Guerra y presidente del Gobierno –Manuel Azaña a la sazón– llegó a encargar una investigación a un oficial de Estado Mayor. Era un viaje de objetivos tan vagarosos –¿era una fantasía la existencia de prisioneros?–, de resultados tan improbables –¿quedaba alguno vivo?–, que el diario para el que trabajaba anunció así los artículos de su redactor: «Por las rutas posibles de los posibles prisioneros»: «González Ruano se internará hasta donde sea posible y preciso para servir a nuestros lectores su impresión personal en tan delicado y difícil pleito».

Era el tercer viaje que hacía a Marruecos. En esta ocasión iba acompañado por su amigo Luis Antonio de Vega, buen conocedor del país. Estimulado por el exotismo de ciudades y personajes, el periodista volvió a encontrarse con la literatura, de viajes en este caso. Ahí quedó escrita una descripción de su persona, callejeando por Alcazarquivir y por las calles en cuesta de Tánger:

> Rozadas las alas del negro Pajarón de mi sombrero por las sombras fugitivas de las cigüeñas de Ksar-el-Kebir [...] Tánger, sirena de las rutas y sirena de la pólvora, buena ciudad para la ventura y para la aventura...[184]

Literatura y vida aventurera. Ideal de vida para CGR. Bastaba con esperar en cualquier tugurio del zoco chico de Tánger, tumbado sobre una colchoneta, sorbiendo el vaso de té con hierbabuena, llevándose a los labios la pipa de kif, o pasear por la noche de Casablanca para que la aventura le saliera al paso. Una golfería perezosa, de ojos propicios, con ofertas declamadas, a veces, en pregones casi andaluces. Ruano le pone algo de intriga al relato, entre Casablanca y Agadir, haciéndose acompañar por un moro amigo, de quien había oído hablar en Berlín. Luego hacia Rabat y, desde allí, a Meknés. Le señalaron mil puntos en los que conseguir información. No hubo indicios

de presos, pero varias sugerencias, más o menos discretas, de aventuras:

> Las sirenas moras que juegan al juego difícil de las confidencias [...] siempre propicias a sonar por un poco de dinero, a desvelar el secreto de los oídos latinos cambiando el oro de su fantasía por la plata occidental.

De Meknés giró hacia el interior, atravesó el Atlas, con tres metros de nieve, hacia el cálido Tafilalet, al borde del desierto, anotando costumbres y personajes para su novela *Circe*, que publicaría poco después[185]. De los prisioneros, ni rastro. El viaje había resultado baldío, pero había corrido aventuras, apenas entrevistas en el relato publicado. CGR se consideraba miembro de un club, de la «raza moral» de los aventureros. La aventura no era fiebre del lucro, al contrario; la aventura podía resultar onerosa. La aventura no consistía tampoco en alcanzar un objetivo. Lo atractivo era el camino, el peligro, los conflictos morales, el juego, en una palabra. Para un don Juan lo interesante residía en las vicisitudes de la conquista, no en el logro. La obsesión por la aventura le perseguirá en los años próximos. Y, en relación con ella, la fantasía de convertirse en otra persona; dejar de ser el que era, cotidiano y trivial, para renacer con una personalidad distinta. Una fantasía que se despertará en lugares como el pueblo italiano de Positano, o el París de 1940. Era el asunto planteado por *El difunto Matías Pascal*, la novela de Luigi Pirandello, el problema del desaparecido que no quiere volver a aparecer, por vivir una vida distinta al margen de las miserias cotidianas[186]. El periplo en busca de los prisioneros perdidos acabó publicándose en folleto con el título *Viaje a África por las rutas de los posibles prisioneros.*

Volver al oficio. Volver a vivir un momento español en el que estaban a punto de imponerse las derechas. Un respiro para los que creían, como él, que España ofrecía un panorama catastrófico de «desespañolización», vida económica destrozada y religión escarnecida. Se produce entonces un ligero acercamiento al grupo de *Acción Española*, Vigón, el marqués de la Vega de Anzo, gentes de las que habla con elogio. La revista había

publicado reseñas y trabajos suyos desde el año anterior. Pero esta relación no cuajará. Eran dos estilos completamente distintos, el sesudo y pedantesco de los monárquicos y el suelto e ingenioso de Ruano, que dirá de ellos en sus *Memorias*: era «un grupo que me entendió siempre a medias y me aceptó con alguna reserva porque yo les parecía algo frívolo, lo mismo que a mí, con toda estimación, ellos me parecían bastante aburridos». El grupo al que se siente cercano es el que se mueve en torno a José Antonio. Algunos son amigos suyos desde los tiempos del *Heraldo*. Con ellos –José María Alfaro, Ignacio Catalán, Carlos Fernández Cuenca, Francisco Lucientes, Eugenio Montes, Jacinto Miquelarena, Pedro Mourlane Michelena, Miguel Pérez Ferrero, Samuel Ros, Rafael Sánchez Mazas, Víctor de la Serna– formará la «Compañía de los doce». ¿Con qué objetivo? Con el de escribir una gran novela folletinesca. Cada miembro escribiría dos capítulos que se publicarían por entregas en los periódicos. La compañía no parece haber pasado de la comida inicial que dio lugar a la fundación[187].

Como había hecho con anterioridad, CGR combina la diaria tarea periodística con la publicación de algunos libros de encargo, libros sobre algunos personajes contemporáneos, en los que suele recoger artículos y entrevistas anteriores. Uno está dedicado al general Sanjurjo, que cumplía condena por entonces en el penal del Dueso. Hasta allí viajó para entrevistarle. Presentado como un temperamento netamente español, impulsivo, pasional, violento. Don José, que es el tratamiento obligado en la cárcel, es un mártir del patriotismo. Un hombre que hizo la guerra de Cuba siendo un joven teniente, que arrostró el peligro al frente de los Regulares, del Tercio en los combates africanos, un hombre que lo ha sacrificado todo por España. Y ese hombre, ese héroe, ese mártir yace en una celda miserable de un penal desvencijado. Su temperamento es el de un caudillo, el de un militar y un jefe de excepcionales condiciones. Todo un hombre. Una personalidad cuyos rasgos parecen oponerse radicalmente a la reflexión, la misoginia o el silencio de los políticos republicanos que lo han condenado (y conmutado la pena de muerte por rebelión militar, cosa que no cita el apologista). El libro es un panfleto que intenta justificar el

pronunciamiento del general y su deslealtad con un gobierno que le había otorgado su confianza nombrándolo director general de la Guardia Civil. Ni siquiera, apunta Ruano, cometió un acto de indisciplina al sublevarse. El estado de España, maleada y embrutecida por el «liberalismo de la Cacharrería del Ateneo y las barbas de D. Francisco Giner», podía justificar su acción. Se nota que el autor hace un esfuerzo por asimilarse a quien es ahora su grupo de referencia. No solo parece haber abandonado sus creencias antiguas, sino que parece compartir los prejuicios nuevos, tan absurdos e infundados como motejar a la llamada generación del 98 de grupo pesimista y antipatriota.

Ruano contó para la redacción de este libro con la colaboración del entonces teniente coronel Emilio R. Tarduchy. O sería mejor decirlo al revés. Ruano puso el estilo –la música– y Tarduchy escribió la letra, toda la información de que disponía sobre la carrera de Sanjurjo. Tarduchy no era un uniformado cualquiera, sino un miembro destacado de la Unión Militar Española, la organización conspirativa que buscaba derrocar por la fuerza al gobierno republicano establecido. Fue él quien puso en práctica un sistema de contacto entre los afiliados, formando grupos de tres; unos grupos que incluían tanto militares en activo como los que habían pasado a la reserva a raíz de la ley Azaña. Tarduchy fue, además, uno de los organizadores principales del acto fundacional de la Falange, en el teatro de la Comedia, en noviembre de 1933. Cuando Ruano reedite el libro, en 1940, pondrá esta dedicatoria: «Al ilustre coronel don Emilio R. Tarduchy, que en tiempos lejanos ya y próximos en el recuerdo, cumplió conmigo honor y tributo al general Sanjurjo»[188].

El otro libro lo dedicó al general Primo de Rivera. Un libro escrito en tono bien distinto a sus opiniones de antaño. En la segunda entrevista a José Antonio, en el momento en que este se aprestaba para su presentación como independiente a las elecciones constituyentes, los juicios de Ruano sobre el padre tuvieron que complacer al hijo. José Antonio recibía con una fotografía paterna, bastante grande, en el testero de su despacho. El joven aspirante vuelve a ser descrito en tonos admirativos. Pero no parece tener una idea, un propósito claro en política. ¿Monárquico? ¿Republicano? ¿Nacionalista? «Dejemos eso», dice

el interpelado. Parece que, con su candidatura, quisiera prolongar la reivindicación de la obra de la Dictadura. «Me despido del joven Primo de Rivera, que hoy tiene sobre sí una misión difícil y patética que cumplir. Al salir contemplo una vez más la figura del Dictador en el cuadro. La figura de aquel hombre discutido e increpado, de aquel hombre apasionado y españolísimo que, siendo tantas veces injusto, no quiso ni pudo ser cruel jamás».[189]

Los aniversarios del golpe de 1923, celebrados por la prensa derechista cada 13 de septiembre, le servían para medir la distancia que le separaba de aquellos juicios tan formidables sobre el oprobioso exdictador. Recordémoslo: «chulo de mala nota, borracho jerezano». ¡Qué lejos estaba de todo aquello! Todo lo que antes le fascinaba, cuando vino a hacerse realidad en forma de República, le defraudó «hasta la náusea». El reciente viaje a Alemania le había descubierto la genial intuición del militar español[190]. Ahora, desde la cubierta del libro, con la silueta de un espadachín blanco recortada sobre fondo oscuro, el general se asocia a la valentía y al honor caballeresco. Como en el caso de Sanjurjo, la vocación donjuanesca, la afición a los amores fáciles, se transforma en apreciable cualidad. Fue un hombre, «con todas las virtudes y pecados inherentes a lo varonil». España debe a este «espíritu maravilloso», el pacificador de Marruecos, nada menos que su salvación. Ruano –o quien fuera el verdadero autor de este libro– descubre sus conocimientos de las obras de Mauricio Karl, al citar la fantasía del envenenamiento judeo-masónico. Habría que decir, por último, que el libro no solo es un elogio de Primo de Rivera, el padre, sino también de Primo de Rivera hijo, el fundador de la Falange. Exagera Ruano al afirmar que la derrota del hijo en las elecciones a las constituyentes se debió a «los hábiles manejos chapuceros de los muñidores electorales que tomaban órdenes en Gobernación». La recomendación de que el gobierno republicano debería haber regalado el acta de diputado a José Antonio está tan fuera de lugar, es tan extravagante, que hace dudar de que sea Ruano el autor de estas páginas. Los lugares comunes retóricos, lo del porvenir envidiable que pudo devolvernos el rango imperial, el propósito –«si Dios me da vida»– de narrar *in*

extenso la época del general, no son característicos de Ruano. Me inclino a pensar que Tarduchy, con alguna revisión superficial o de estilo, pudo muy bien ser el autor verdadero. El militar había publicado en 1929 un libro sobre la *Psicología del dictador*: «Primo de Rivera nació para salvar a España del caos en que iba a hundirse»[191].

Volvió a entrevistar a José Antonio, por tercera vez, dos horas después del atentado que sufrió en la calle de la Princesa, esquina a la de Benito Gutiérrez, el 10 de abril de 1934. Volvía de la cárcel Modelo, donde se celebraba una causa contra un sindicalista, acusado de la muerte de un estudiante de bachillerato y falangista de quince años, Jesús Hernández Rodríguez. La entrevista se celebró en casa de Ruiz de Alda, en presencia de Rafael Sánchez Mazas. Para entrar, tuvo que pasar ante una doble fila de brazos en alto. De cuando en cuando cruzaba por la sala José María Alfaro. El tono es de admiración, otra vez, de complicidad. Resalta la sangre fría del personaje que, al poco de sufrir el atentado, se fue tranquilamente a comer. Se llamaban de usted.

> –¡Claro que me fui a comer! ¿Qué quería usted que hiciera? Cualquiera se queda sin comer después de una vista y un atentado.

Advierte a José Antonio del riesgo de muerte que le acecha:

> –¿Por qué hubiera usted sentido más morir esta tarde?
>
> –Por no saber si estaba preparado para morir. Soy enemigo de las improvisaciones, igual en un discurso que en la muerte. La improvisación es una actitud de la escuela romántica, y no me gusta.

Al salir, una lluvia fina caía sobre Madrid[192].

Lo de probar en el teatro fue una ocurrencia. Quizás se le subiera el éxito periodístico a la cabeza. Acaso creyó que, si era bueno en un género de escritura, podía serlo en los restantes. El teatro, además, podía proporcionar ciertas venturas de fama y dinero que con el periodismo eran imposibles de alcanzar. Se

lanzó, pues, y estrenó la obra titulada *La luna en las manos*. Don Juan encuentra a Inés. La enamora al deslumbrarla como mito. Don Juan se entiende con el padre de doña Inés para fundar un hogar apacible. Al tratar de enamorarla como hombre, Inés pierde la ilusión, que solo vuelve a recuperar al encontrarse otra vez con el mito. El autor, en un artículo previo al estreno publicó su desazón. Tengo miedo, dijo; miedo a haberse equivocado, a defraudar a un público que le alentó en sus comienzos como cronista. Después de la primera representación, la crítica se dividió. Estamos en noviembre de 1934, en un clima político muy caldeado después de lo de Asturias. Y casi todo se juzgaba, obras y autores, desde un punto de vista político. La izquierda denunció una pluma inconsistente, oscilante entre Zorrilla, Freud y Pirandello. Prosa recargada, palabrería. Peor. Observó que el dramaturgo novel trataba de conseguir efectos de mala ley prodigando las alusiones al momento político. La derecha elogió: tres actos pletóricos de interés y conceptos bellos, originalísima estructura teatral, sensibilidad artística exquisita, prosa limpia de rancio linaje españolista. Más elogios: obra moderna y sorprendente, diálogo ingenioso, frase acertada[193]. Los amigos como Manuel Bueno, inteligentes y con experiencia, elogiaron la obra sin hablar de ella, saliendo por la tangente de la comparación: «Es la obra que hubiera escrito Alfredo de Musset a sus años». ¡Ah, el amor! ¿Para qué hablar de él cuando se es todavía joven? ¿Para qué estudiar botánica cuando se puede tener un jardín? El estilo de Ruano era de un pesimismo elegante, que ennoblece todo lo que toca, etc., etc. También hubo críticas *au-dessus de la mêlée*, que observaron, atinadamente, que la facundia literaria había sido el peor enemigo del autor. *La luna en las manos* contenía elementos abundantes para hacer varias comedias; tantos, que le sobraban para el logro cabal de una sola. Se conoce que, con el teatro, no seguía la regla que se había impuesto como periodista. Había demasiadas cosas: un problema de identidad de estirpe pirandelliana; una apostilla al mito de don Juan; una comedia monda y lironda al estilo de Benavente y, por fin, alusiones a la actualidad. Demasiadas cosas[194]. El autor no se había cuidado de cobrar la pieza, que estaba al caer, herida en el ala. Será la

historia de siempre; la de su vida deprisa. La obra cosechó «ovaciones unánimes». El autor tuvo que comparecer repetidamente en el proscenio. Los actores Pepe Romeu y Carola Fernández Gómez, don Juan y doña Inés, hicieron una pareja magnífica. Don Juan fue siempre un tema obsesivo para Ruano, que cada primero de noviembre, a lo largo de su vida, recordará de variadas formas. El estreno de *La luna en las manos*, no por casualidad, se llevó a cabo en noviembre, nada más acabar las rituales representaciones de la comedia de Zorrilla. El don Juan de Ruano era algo distinto al don Juan de los médicos; no se parece al del doctor Marañón, por ejemplo. El tipo del don Juan no respondía a ninguna patología. Estaba asociado al catolicismo, desde luego, a la idea de pecado, juicio y redención final. No era un monstruo sino un enamorado del amor, que buscaba su ideal en una mujer tras otra. Alguna semejanza tiene con la interpretación de Freud como narcisista edípico. A don Juan le importa, ante todo, superar las dificultades de la conquista. La aventura por la aventura. Cada conquista refuerza su ego insaciable. Estas características donjuanescas hemos de suponerlas después de leer lo mucho que escribió Ruano sobre su doble, si así pudiéramos llamarlo. Porque de *La luna en las manos* no hay, no se ha conservado texto escrito. Y no se ha conservado porque apenas pasada la *première* no se representó más. El estreno tuvo una particularidad a la que Ruano no aludió nunca, acaso porque no pudo conocerla o no se atrevió a nombrarla. En vísperas del estreno, José Antonio Primo de Rivera tuvo noticia de que se preparaba un pateo; un boicot organizado a resultas de la significación política del *debutante*, que había quedado ratificada con la última entrevista al líder de la Falange. Felipe Ximénez de Sandoval, futuro biógrafo del Ausente recibió el encargo de presentarse en el teatro Infanta Beatriz (el título había sido suprimido desde la llegada de la República), al frente de varias escuadras para prevenir incidentes y hacer de *claque*[195]. Los rabiosos aplausos que recibía Ruano al final de cada acto eran aplausos políticos, porque la obra, atosigada de argumentos, no pudo cuajar.

Había otra forma de protestar contra una República trivial y populachera. Una manera original de marcar distancias, de

distinguirse, afirmando al tiempo una identidad generacional. Las derechas habían conseguido un triunfo electoral en noviembre de 1933. Los acontecimientos del año siguiente, la insurrección en Asturias y el fallido golpe de la Esquerra en Cataluña, auguraban unos tiempos difíciles. Ello influía para crear un ambiente de melancolía, propicio para las expansiones necrófilas. La juventud antirrevolucionaria, ya fuera católica, monárquica o falangista, emprendía actividades de manera conjunta, sin reparar en las diferencias o lealtades contingentes, pasajeras.

La iniciativa partió del comité de arte de la Federación de estudiantes católicos, vinculados a la CEDA y la asociación «Los jóvenes y el arte», que presidía un amigo de Ruano, Mariano Rodríguez de Rivas, futuro director del Museo Romántico de Madrid y cronista de la ciudad. Se proponían conmemorar –precisamente– el centenario del romanticismo, la «deliciosa y pretérita época» en la que artistas y literatos exaltaron el cementerio, la tumba y el túmulo. ¿El centenario? El duque de Rivas había estrenado cien años atrás su *Don Álvaro o la fuerza del sino*: Amores imposibles, lances de honor, venganzas, crímenes, sentimientos exagerados, rozando la caricatura que, en aquellas épocas turbulentas, las de 1835 y 1935, parecían expresar unos sentimientos a ras de piel. La visita nocturna al cementerio de San Nicolás, para rendir homenaje a la tumba de Larra, uno de los hechos fundacionales de la generación del 98, pudo servir como ejemplo a imitar. Azorín narró la excursión en *La voluntad*. Luego precisó algunos detalles a Ramón Gómez de la Serna: «Yo tuve en mis manos su cráneo, en el que busqué el orificio de la bala con que se mató, pero estaba tan deshecho que no se pudo encontrar».

Los estudiantes católicos buscaron la colaboración de figuras de cierto renombre literario y formaron el plan de una serie de visitas a los cementerios de la periferia madrileña, cementerios abandonados en su mayor parte. Estaba previsto que las jornadas fueran inauguradas por José Bergamín, director de la revista *Cruz y Raya* y que pronunciara el epílogo el marqués de Lozoya, pero al cabo no asistieron. Las visitas se desarrollaron según lo planeado, formando un cursillo de varias jornadas en el palacete

de la Moncloa y en los cementerios del Sur, de San Sebastián, San Isidro, San Martín y Dos de Mayo. Se decía cursillo porque la asistencia estaba severamente controlada. Había que retirar las tarjetas de cursillista en la sede estudiantil, y estaban limitadas al número de 50. No se alude a una matrícula, a una tarifa que hubiera que abonar para convertirse en *cursillista.* Personas muy conocidas de la sociedad madrileña –según *La Época*– se apresuraron a inscribirse. Todas las tardes, a las tres y media, estaba prevista la salida de un autobús desde la plaza de Cibeles para trasladar a los asistentes. Comenzaron estas visitas en el cementerio llamado del Sur. Una tarde gris, de lluvia presentida y un viento que renovaba la melancólica soledad de aquellas ruinas. Medio centenar de personas se congregaron ante un desvencijado mausoleo, junto al cual la señorita María Cazorla recitó la conocida rima de Bécquer.

Despertaba el día
y, a su albor primero,
con sus mil ruidos
despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
de vida y misterio,
de luz y tinieblas,
yo pensé un momento:
Dios mío, ¡qué solos
se quedan los muertos!

Siguieron las visitas. El programa estaba fijado de antemano; designados los oradores y hasta fijados los lugares donde tenían que colocarse. Ruano intervino durante la visita al cementerio de San Sebastián, y habló junto a la tumba de un vizconde francés, César de la Martinière, nacido en 1823 y muerto en 1852. «Príncipe de los cipreses», lo llamó, «español adoptivo de la Muerte». El orador, de «perfil barresiano», se presentó como católico, pecador y monárquico, tratando de encerrar en esta trilogía sus ideas y sentimientos del momento. Imaginó a un vizconde exiliado de las luchas políticas francesas: «De aspecto lánguido y enfermizo, sobre el campo de todos los sutiles

misterios, a la orilla de todos los amores, los vizcondes de Francia tienen el corazón ligero, el alma flexible y una decisión ante el peligro ciertamente conmovedora». Ofreció al difunto vizconde unos cirios y unas orquídeas, que cayeron al suelo porque el nicho –mármol gris y letras doradas– estaba muy alto: «Estás demasiado lejos de nosotros», improvisó. Habló de varios personajes, de Chateaubriand, otro vizconde, de Baudelaire y de los sucesos revolucionarios del siglo anterior. Terminó su discurso cuando ya se anunciaba la noche, bajo un cielo de nubes grises.

José María Pemán intervino en la última visita, la dedicada a los fusilados por los franceses en 1808. El público había ido aumentando entre visita y visita y subía ya a ciento cincuenta asistentes o cursillistas. El cementerio se hallaba circundado por una verja, poblado de cipreses, entre la ermita del santo y la estación del Norte. «No he venido a hablar como romántico, sino como católico». Pemán fue el orador que terminó de vincular las visitas a la situación política, aunque era algo que se daba por descontado. Se dirigió a los jóvenes, que eran mayoría entre el público, para que no olvidaran la lección de aquellos muertos, «y que se den cuenta de que España es hoy una inmensa Moncloa, en la que libros y periódicos disparan contra la preponderancia del pensamiento español». Por eso, siguió diciendo, «al cabo de un siglo de silencio se abren las puertas de este recinto romántico para dejar paso, como nueva primavera vengadora de aquel mayo funesto, a esta juventud, a la que saludo y dirijo esta exclamación final: españoles, alzad los corazones, porque Dios ha bendecido en la cuarta generación las bodas de la muerte con la tierra». El ciclo o cursillo se remató con una poesía de CGR, leída por la actriz y profesora de declamación Carmen Seco.

> Quiero morirme en tus ojos,
> morirme como un cobarde.
> Te enseñé a mirar las cosas...
> Aprende sola a enterrarme.
> (No se lo digas a nadie).

El ambiente que describen los cronistas era de recogimiento,

de «profunda devoción», de una «intensa espiritualidad», según *El Debate*. Aunque no se pudieron evitar algunos rasgos, entre siniestros y chuscos, de esa comicidad que en España suele ir asociada a lo fúnebre. El día de la visita al cementerio del Sur, el cronista taurino Gregorio Corrochano ofreció un ramo de claveles rojos ante la tumba de dos toreros de la época romántica, Pepete y El Chiclanero. De repente se adelantó un representante de la Unión de Criadores de Toros de lidia, reiterando el homenaje con varios ramos de flores, magníficos. Durante la segunda jornada, la correspondiente a la sacramental de San Sebastián, los visitantes se toparon con una mudanza. En el patio de ingreso había un montón gigantesco de ataúdes vacíos destinados al fuego. Otros ataúdes abiertos mostraban todavía restos humanos convertidos en cisco, huesos y cenizas por todas partes. Entre los cipreses pasaban los obreros, de dos en dos, transportando féretros. Era una procesión alucinante, de falsos entierros. El crecimiento de Madrid había rebasado el espacio destinado a los muertos, y era menester dejar sitio a los vivos. En otro momento se descubrieron tres sepulturas cuyos epitafios eran sugerentes, el de aquella mujer muerta a los 24 años, que «fue hermosa, de corazón noble y siempre desgraciada». Mayor romanticismo, imposible. Se abrió el ataúd y –¡horror!– los martillazos habían desprendido la mandíbula de la difunta y su calavera apareció caída de medio lado. El vestido, en cambio, se conservaba casi intacto. Andaba por allí un sacerdote echando responsos, como santificando un acto que, desde otro punto de vista, podría parecer sacrílego. El personaje elegido por Ruano, el vizconde francés fallecido en 1850 también fue descubierto. Figura alta, vestida con levita y solapa ribeteada, pantalón ceñido y corbata de plastrón. En un bolsillo del traje asomaba un papel, una carta de despedida escrita por su hermano: *A toi, ces dernières lignes*[196].

A lo largo del cursillo entre funeral y patriótico se citaron entre los asistentes varios personajes de filiación monárquica, pertenecientes a la sociedad Acción Española, como los marqueses de la Eliseda y Vega de Anzo, Eugenio Vegas Latapié, Vigón, o de simpatías monárquicas, como Pemán, el periodista de *ABC* Felipe Sassone o el mismísimo Ruano, que lo mismo

publicaba sus simpatías y afiliación a la Falange que se declaraba monárquico, sin ver en ello contradicción alguna, acaso porque sus principios políticos no gozaban de firmeza. Los que no participaron fueron los de Falange, seguramente porque José Antonio, como buen discípulo de Eugenio d'Ors, al igual que Rafael Sánchez Mazas, aborrecía el romanticismo, fuente de todo desarreglo político y moral. Del grupo vinculado a José Antonio solamente asistió el conde de Foxá, seguramente movido por la amistad y en tanto que miembro de la sociedad «Los jóvenes y el arte».

Años después, ya fuera Agustín de Foxá, ya el propio Ruano, o uno tras otro, contaron a su amigo común amigo Curzio Malaparte alguna cosa de estas veladas. Y el italiano las adobó con su imaginación exagerada en su novela *Kaputt*:

> Mientras bajábamos por la Esplanade, Agustín de Foxá me contaba haber ido una noche con algunos amigos a ver abrir las tumbas del viejo cementerio de San Sebastián, enclavado en un suburbio de Madrid. Corría el año mil novecientos treinta y tres [sic] y España se gobernaba por un régimen republicano. Un decreto de la República ordenó la demolición del viejo camposanto [sic]. Cuando De Foxá y sus amigos, entre los que se encontraban los jóvenes escritores César González-Ruano, Carlos Miralles, Agustín G. Viñolas y Luis Escobar, llegaron al cementerio era casi de noche y muchas tumbas ya habían sido abiertas y vaciadas. Los muertos aparecían en las cajas abiertas: toreros con sus abigarrados trajes, generales con uniformes de gala, sacerdotes, jovencitos, burgueses ricos, muchachas, nobles damas, niños… A una joven muerta, sepultada con una botella de perfume en las manos, el poeta Luis Escobar le dedicó inmediatamente una lírica: «A una bellísima mujer que se llamaba María de la Concepción Loja [sic por Elola]». También G. Viñolas dedicó una poesía a un pobre marinero muerto casualmente en Madrid y enterrado lejos de su mar, en aquel triste cementerio. De Foxá y sus amigos, un poco achispados se postraron de rodillas ante el féretro del marinero, musitando oraciones de difuntos. Carlos Miralles colocó sobre el pecho del muerto un pedazo de papel en que

> había dibujado con lápiz una barca, un pez y algunas olas marinas; seguidamente todos hicieron la señal de la cruz, diciendo: «En nombre del Norte, del Sur, del Este y del Oeste»[197].

Esta divertida escena, de oscuro romanticismo, que tiene detalles exactos –los que aportaría Foxá– es una invención del novelista. Los asistentes, «personas muy conocidas» de la sociedad madrileña, o la «gente más bien elegante y muy literaturizada» a que se refiere Ruano en sus *Memorias*, no hubieran consentido semejantes irreverencias.

A las visitas a cementerios siguieron, pasados unos meses, otras veladas de un tenor parecido, ahora a los jardines y palacios semiabandonados, planeadas igualmente por «Los jóvenes y el arte». Eran, según Ruano, «expansiones un tanto extrañas y muy como de señoritos ante la guillotina en un Madrid achabacanado y amenazador, rojo y grosero»[198]. Fueron cuatro reuniones, bautizadas como «Los Crepúsculos», la hora poética por excelencia. Fueron cuatro sábados consecutivos que empezaron en la Alameda de Osuna, el 30 de noviembre, continuaron por el «fantasmagórico» monasterio de Lupiana, y el Jardín Botánico, y terminaron el 21 de diciembre en el palacio de Boadilla del Monte, la obra de Ventura Rodríguez que entonces era propiedad de los condes de Sueca. El guía de estos encuentros volvió a ser Mariano Rodríguez de Rivas al que, para ir a tono con los tiempos, se le nombra como *führer* romántico. Y románticas eran, o volvían a ser, estas reuniones o fiestas literarias, que mezclaban el amor, la muerte y un esnobismo de clase muy visible en gestos y discursos.

Algunos de estos monumentos, como la Alameda de Osuna, eran entonces una ruina, y ello contribuía a la sensación que buscaban los asistentes, «la gran elegancia que reside en su abandono». El pilón de aguas verdosas con dos fuentes –¡clop, clop!– en el lugar que ocupó el altar mayor del monasterio de Lupiana. O el paseo entre las plantas del Botánico, aristocrático y señorial, «un foco de melancolía en plena ciudad». Ramón Gómez de la Serna asistió, al menos, a las dos últimas reuniones, designando con su autoridad los lugares que debían ocupar los

escritores jóvenes que tenían que hablar, casi los mismos que habían intervenido en las visitas a los cementerios: Marquerie, Agustín de Figueroa, González de Amezúa. El último día fue algo especial. Se leyó un poema de Baudelaire, «Tristesse de la lune»:

Ce soir, la lune rêve avec plus de paresse;
Ainsi qu'une beauté, sur de nombreux coussins,
Qui d'une main distraite et legère caresse,
Avant de s'endormir le contour des seins.

CGR ofreció una conferencia sobre el autor de *Les Fleurs du mal*, exagerando los aspectos satánicos del poeta, ángel caído en el horror de la noche. Uno de los aciertos de la velada fue el contar con la presencia de mujeres; mujeres de la buena sociedad, poetas como Amparo y Dolores Catarineu. Esta última, en la Alameda, decía estos versos:

Crepúsculo doliente,
en el cobre de tu gran
cabellera
dejo vagar mis ojos
de tristeza marchita;
y confundo tu luz
con los geranios rojos
de un jardín solitario
que el amor
soñó un día.
–Quiero olvidar,
¡te amo!,
y te he encontrado…

Margarita de Pedroso, en Boadilla del Monte, recitó una composición de su cosecha titulada «Las rosas de Ispahan», celebrada como un diálogo estremecido por el placer de sufrir:

Yo no he hecho
más que entreabrirte
las puertas de la soledad
para que sepas buscar en ti

tu ser único y la eternidad.

Otro de los hallazgos de estas veladas, dijo Ruano, era el conseguir «la colaboración de lo esnob de vuestra sociedad». El convertir la literatura en una moda. Dijo *vuestra* y no suya, porque él seguía presentándose como un *outsider*, uno de los poetas malditos con Baudelaire por bandera, miembro del linaje de Paul Valéry. Él era el poeta de su vida, y podía compararse con las ratas de agua que, viviendo en charcas corrompidas, están siempre limpias, con una pulcritud que no se empaña con la tiniebla líquida en que se hunden. En la conferencia que ofreció sobre sobre el autor de *Les Fleurs du mal*, como había hecho en la biografía, volvió a insistir en los aspectos satánicos del poeta, devorado por apetencias inconfesables.

Se pronunciaron frases, palabras, inquietud, zozobra, bucólicos lirismos, sosegadas tristezas, que denotaban el romanticismo exagerado, caricaturesco en que comulgaban los asistentes. Un público tan *numeroso* como *distinguido*, perteneciente a la alta sociedad de Madrid: duquesas de Dúrcal y Algete, marqueses de Villabrágima, Cinna y Armendáriz, condesa de las Bárcenas, etc. Monárquicos como Víctor Pradera, Luis Escobar y Kirkpatrick, falangistas como Rafael Sánchez Mazas, escritores como Ramón Gómez de la Serna, banqueros como Ignacio Bauer (un judío entre gentiles), periodistas como Federico de Santander. Concurrían también Paul Guinard, director del Instituto Francés; Esquerra del Bayo, director del Palacete de la Moncloa, cronistas como Pedro de Répide. La nota de los asistentes se publicó en *ABC*. *La Época*, el diario de las efemérides sociales, también la imprimió como complemento del artículo que volvía a firmar González Ruano como Jacques de Tournay, un seudónimo adoptado en aquellos meses; un nombre que podría haber pertenecido, ¿quién sabe?, a un vizconde francés del siglo XIX[199].

En medio del fragor de la lucha política –escándalo del estraperlo, caída del gobierno Lerroux, formación del Frente Popular– aquel público distinguido elegía estos lugares apartados, silenciosos, cementerios poblados de cipreses, con lecho de flores y hojas secas, para celebrar el arte, la muerte, la

eternidad, el amor y el placer de saberse distanciados, diferentes, pertenecientes a un mundo aristocrático, refinado y elegante. Un momento de recogimiento antes de subir al cadalso.

VIII
Roma, Berlín, 1936-1940

El 18 de julio de 1936, CGR se hallaba de visita en la mansión que tenía la tonadillera Raquel Meller en la localidad de Villefranche, en la Costa Azul. Tuvieron noticias vagas de la sublevación del ejército de África y el hombre fue a comprobarlas llamando a los periódicos. Días antes había sabido por el suyo del asesinato de José Calvo Sotelo, de los días críticos que vivía el país. La decisiva jornada se prolongó entre brindis y nostalgias de la patria. «Temblábamos juntos y nos emborrachamos de patria lejana, de poesía, de presentimientos». La mujer se empeñó en leerle las líneas de la mano. Aquel 18 de julio hacia un calor «adolescente». La Meller no era ya una mujer joven. Había nacido en Tarazona en 1888. Tras una carrera artística y sentimental en que se alternaron los éxitos y los fracasos, todavía guardaba un atractivo extraño. Era pequeña de estatura, pero sus ojos profundos, el rostro sufriente, algo trágico, seguían haciendo de ella una persona impresionante. Había logrado una apreciable fortuna con sus célebres tonadillas (*La violetera*, *El relicario*) y con películas como *La rosa de Flandes* y *Violetas imperiales*. Se permitió comprar un palacete en Versalles, situado en la avenida de París, 51. Fueron muy divulgados sus amores, primero, con Joaquinito Sorolla y, después, el matrimonio con el periodista guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, cronista en *El Liberal* y su director por breve plazo; uno de los modelos de Ruano.

Siendo todavía un adolescente, se topó de casualidad con el veterano periodista, de físico algo desvencijado, famoso por sus desafíos, millonario en anécdotas. Discretamente borracho, ilustró al adolescente fascinado sobre el molinete, la parada en cuarta, y otros complicados golpes de sable: «Usted tiene un gran

brazo y una gran melena».

El joven se sintió orgulloso del elogio y pidió a su padre que le pagara un curso en una sala de armas.

> –¿Quién te ha trastornado la cabeza?, preguntó su madre.
>
> –Gómez Carrillo.
>
> –Pero Carrillo es un bohemio, un hombre de mala vida y tú debes ser un buen abogado.

Buen abogado no lo sería nunca. Bohemio, desde luego y, en ciertas épocas, hombre de mala vida. Gómez Carrillo pasó a ser un modelo menos literario que humano. Lo imitará hasta en su presentación exterior. Bigote mosqueteril, pelo abultado hacia las sienes, fieltro ancho, elegancia sin rebuscamiento. Siempre estuvo rodeado Gómez Carrillo de una fama algo escandalosa. Era encantador con las mujeres. Cultivaba con tenacidad su fama de hombre peligroso. Durante la Gran Guerra se le relacionó con la prisión y muerte de Mata Hari, seguramente sin fundamento. La leyenda lo acusaba de haberla hecho su querida para luego venderla a los franceses. Carrillo fue amigo de Verlaine y de Moréas. De ellos aprendió el arte de sugerir antes que mostrar, a escribir desprendiéndose de las galas retóricas, a sentir horror por la confusión entre la pedagogía y el arte. El de Guatemala era el *boulevardier* ideal, el hombre que pasaba parte de su vida metido en los cafés literarios. Había conocido a Oscar Wilde, «agradable, fino, interesante, elegante, pero guapo no». Bastaba mirarlo para notar su «extremada coquetería suntuaria». Carrillo fue uno de los primeros en llevar a la prensa española la entrevista literaria, la crítica de libros, las interviús rápidas, las encuestas y reportajes extraordinarios Los asuntos de sus crónicas eran, a menudo, intrascendentes; como serían los de Ruano. La frivolidad, solía decir, es la espuma, el encaje, el aroma de la vida. El matrimonio con la Meller, celebrado en 1919, no fue feliz. Según él, fueron «la incompatibilidad de caracteres, las disputas diarias sin razón, las eternas agriedades conyugales». La unión se deshizo en 1922[200].

Con su visita a Villefranche, es tan solo una conjetura, CGR trataba de emular o, más bien, de suplantar simbólicamente a su

modelo de varón brillante y atrevido. Trataba también de resucitar un mito adolescente: «A Margarita [Gautier], del teatro Trianon, de los que teníamos doce años». La tonadillera había despertado durante años cierta curiosidad morbosa. Se decía que salía a escena a fuerza de inyecciones. Hasta este encuentro de 1936, solamente había hablado con ella dos veces, una, en Santander, cuando Gómez Carrillo hizo las presentaciones, otra, en el Palace de Madrid, donde acudió como periodista. Entonces se demostró que la Meller era una Margarita con mal genio.

> –A usted, que le preocupaban mis amores, diga eso: que no tengo más novio que el público; que siento celos y soy feliz por el público, que no me casaré porque no veo forma de casarme con él.
>
> Reímos. Raquel muerde una pasta de té, y yo sigo a la bayoneta mi entrevista.
>
> –¿Tiene usted muy mal genio, Raquel?
>
> –Sí, señor. Para qué vamos a negarlo. Muy mal genio.

Raquel no ocultaba sus reconcomios. Viviendo en Barcelona, muchos años más tarde, no permitió que Ruano la viera. Solamente recibía a quienes no la habían conocido antes. Marino Gómez Santos la entrevistó, y aquello tuvo un remate entre trágico y bufo, con Raquel en cueros y el periodista escapando despavorido escaleras abajo. Hasta el fin de su vida, creyó que en España no se le había hecho justicia[201].

En los meses anteriores, CGR se había unido en España a una mujer, Marina de Navascués, más conocida por Mery. Hizo un viaje fugaz a España, mediado el mes de junio, para aclarar detalles de su corresponsalía y –escribe en sus *Memorias*– «ultimar pleitos familiares», probablemente el divorcio con Esperanza Ruiz-Crespo. Regresó a Italia por Barcelona y visitó a Manuel Bueno, por última vez. El madrileño es discreto. Rara vez menciona a Mery por su nombre, usa la M inicial, apenas un plural que acredita, de vez en cuando, su presencia en algún acontecimiento, en algún viaje. Casi nunca nombrará, o muy de pasada, a sus compañías femeninas. Blasonar en público de las proezas viriles no es propio de caballeros. Nuestro hombre no

hizo ademán de regresar a España. Al contrario. El 19 de julio partió hacia Roma, donde desempeñaba la corresponsalía del diario *ABC* desde mayo de ese año.

Ruano había llegado a Italia, como culminación de su cuarto viaje marroquí, pasando por Madrid (28 marzo), Barcelona (29 marzo), Marsella (30 marzo), Niza (2 abril), Génova (7 abril) y Roma (10 abril). Cuando quiere, Ruano es preciso en la cronología de sus desplazamientos. Los primeros periodistas españoles a los que conoció fueron Juan Ramón Masoliver (*La Vanguardia*) y Luis González Alonso (*Ahora*). De momento, su viaje era particular. Se alojó en una pintoresca casa de huéspedes en la Via della Panetteria. La regentaba una viuda con dos hijos. Un chico «al que le costaba mucho sacarles dinero a los huéspedes», y una chica «a la que los huéspedes se lo daban voluntariamente. Compensaciones de la fraternidad o equilibrio de una casa»[202]. Aunque no duró mucho tiempo en la pensión, su emplazamiento marcaba la elección de un espacio, no muy extenso, que puede recorrerse a pie, teniendo como límite norte la Piazza del Popolo y la Piazza Venezia al sur, y el Corso como eje. Allí se situarán los domicilios sucesivos del periodista, el Club de Prensa de Via della Mercede y los cafés literarios, el Greco en particular. En algunas ocasiones desbordará ese espacio acotado para acudir, en coche de caballos, con dirección al sur/suroeste, al barrio del Trastevere, a un establecimiento con terraza, frente a la Basilica di Santa Maria –que existe todavía– y al restaurante de Samuel, un cocinero judío en la Isola Tiberina.

Sobre la marcha, el director de *ABC* lo nombró corresponsal en Roma. El destino estaba vacante desde el traslado de Eugenio Montes a Berlín, en marzo de 1936. Sus predecesores en la capital italiana no habían tenido una misión «más literaria que estrictamente periodística», como dice en las *Memorias*. Una cosa es que fueran escritores sobresalientes, sobre todo Rafael Sánchez Mazas, y otra muy distinta que apenas se ocuparan de la política. Sánchez Mazas, durante siete años, había sido el brillante narrador de la llegada de Mussolini al poder, y uno de los primeros españoles que simpatizaron en serio con el fascismo. Montes había residido cerca de un año en Roma, fascinado por los monumentos y antigüedades de las ciudades de Italia que

pudo visitar –como Sánchez Mazas–, pero también había informado sobre lo que *ABC* denominaba el conflicto ítalo-abisinio, alabando la misión civilizadora de Italia en los confines de África. Podemos fechar el nombramiento de Ruano desde el momento en que sus artículos aparecen publicados con el encabezamiento «ABC en Roma», en los primeros días de mayo de 1936.

Los años italianos de Ruano iban a ser unas vacaciones prolongadas. Nada más iniciarse la guerra civil, nuestro hombre fue de los que intrigaron para remover a los representantes del gobierno republicano. Dimitieron primero los diplomáticos y personal agregado a la embajada española en el Quirinal, siendo sustituidos de inmediato por una representación del gobierno de Burgos. Los diplomáticos de la embajada ante la Santa Sede dimitieron también, dejando solo al embajador, Luis de Zulueta, «curioso ejemplar de sacristán renegado», según Ruano. Zulueta trató de resistir a la presión, con guardias a la puerta, pero acabó por ceder[203]. Ruano comenzó entonces a desempeñar de manera provisional el cargo de delegado o encargado de prensa. Pero pronto fue removido de esas funciones. Y ello marcaba una pauta que se repetiría con posterioridad. CGR jamás logró la confianza de la jerarquía franquista; la suficiente al menos para conseguir un cargo importante y perpetuarse en su disfrute. Siempre vivirá dentro del sistema, pero en la periferia, adaptándose a él, mitad por convicción mitad por necesidad.

A pesar de las dificultades para comunicarse con Sevilla –donde se editaba la edición «nacional» de *ABC*–, CGR no daba muestras de disminuir el tren de vida dispendioso que acostumbraba. Al llegar a Roma había encontrado un valedor y mecenas en la persona de Alejandro Mackinlay, viejo conocido de Madrid, «a quien solía ver a diario en los cien bares adonde íbamos en esta época en que desdichadamente yo me iniciaba en el beber [...] todo un tipo lleno de personalidad humana mal entendida, porque en este mundo literario tan pobre y tan hambrón, raro era el que sabía ver en él otra cosa que su mucho dinero». Malagueño de origen anglosajón, gordinflón, de rostro mofletudo y redondo, los ojos saltones, Mackinlay era un hombre rico, riquísimo. En Madrid se había hecho un hueco en la

sociedad aristocrática; su nombre aparece con frecuencia en la crónica de sociedad. También era popular en los ambientes literarios, teatrales, sobre todo. Su domicilio de la calle marqués de Urquijo era el escenario de fiestas poéticas, acompañadas de música, que reunía a escritores y periodistas de orientación derechista; también había actuado como empresario con el arriendo del teatro de la Princesa, luego llamado de María Guerrero; una actividad en la que colaboró el escritor y dramaturgo Felipe Sassone. Según cuenta en una entrevista, su aspecto denotaba una melancólica resignación; parecía dispuesto a dar por descontada la acometida ajena y a conformarse con ella, a ser mecenas de todo el mundo.

> –Cuándo empezó usted a escribir?
>
> –¿A escribir? Escribía comedias a los dieciséis años, cuando querían hacer de mí un banquero.
>
> –¡Mal entrenamiento!
>
> –Sólo he sido el banquero de los demás.
>
> –¿Pongo eso?
>
> –Sí, póngalo usted[204].

Mackinlay había estrenado varias obras, según dice, contando con algunos apoyos, el de Marquina y el de Sassone. Algunos títulos suyos tocan temas, como el de don Juan, muy queridos por CGR. ¿Le auxilió en alguna de sus obras, en justa correspondencia a su mecenazgo? Manuel Abril, periodista y crítico de arte, sospechaba algo parecido: «No puede ser autor a más de rico». Mackinlay era propietario de una gran finca, la dehesa de Pinos Altos, dos mil hectáreas de vega y monte bajo, en la provincia de Ciudad Real, que trataba de convertir en una explotación modelo[205]. También estaba muy bien relacionado con la casa real; podría decirse que era amigo del rey Alfonso XIII, quien acaso era receptor de los favores del millonario. En una fotografía que publicó Bonmatí de Codecido aparece parte de la familia real en un barco del mecenas: «El príncipe don Juan de España charlando durante el crucero organizado en honor de la familia real española, con el marqués de Luca de Tena, Alejando Mak [sic] Kinlay y el autor de este libro. Al fondo don

Alfonso XIII»[206].

Pero Mackinlay murió de manera ridícula, durante una operación de hemorroides un tanto chapucera, por causa de la anestesia, de la incompatibilidad de la morfina con el organismo de un alcohólico[207]. Ruano –decíamos– mandaba de cuando en cuando un artículo para el *ABC* de Sevilla, de momento bastante desinteresado de la política italiana. A quien solía ver en las dependencias del Gran Hotel era a Alfonso XIII. El antiguo rey seguía con pasión los acontecimientos de la guerra civil. Don Alfonso, desde los años de la Gran Guerra, se creía un estratega. Siempre tuvo, digamos, una acentuada vocación castrense[208]. Sobre un mapa de España ponía y quitaba banderitas amarillas y rojas al compás de los avances y retrocesos de los combatientes. Don Alfonso mojaba bizcochos en un vaso de jerez. Una costumbre que al periodista le pareció distinguida. El exmonarca presentaba síntomas de decadencia física. Había engordado; era una gordura fofa, asociada seguramente a una cardiopatía. Sus cabellos, como dice con suavidad un cortesano, tenían «una suave pátina de nieve». Seguía padeciendo halitosis. Rasgos que, seguramente, no podían hacerse olvidar por la simpatía que desplegaba. Don Alfonso seguía obsesionado con la masonería: «De la fuerza de la masonería no hay duda, y yo te digo que, si quisiera volver al trono de España, me sería fácil con inscribirme en las logias»[209]. Esta cercanía con el monarca le servirá a Ruano para justificar, más tarde, el uso del título de marqués. Uno de los miembros del séquito romano de Alfonso XIII, el ya citado Francisco Bonmatí de Codecido, reproduce una conversación que escuchó entre su señor y el periodista español. La charla se produjo en Milán, no en Roma, en el suntuoso *hall* del hotel Excelsior Galia, donde se instalaría de momento el príncipe don Juan. Estaba presente también el príncipe de Asturias. Ruano le dice a don Alfonso:

> –[…] Como que soy el carné número cinco de la Falange.
>
> Y el rey destronado, hombre de reacciones rápidas y gracejo arrabalero, replicó:
>
> –Y yo el menos quinientos, ¡mira tú éste! ¿A ver, si los primeros falangistas de España no fuimos el general Primo de

> Rivera y yo? Lo que pasa es que no siempre puede hacer uno lo que quiere ni aun siendo rey[210].

En Roma frecuentaba el Club de Prensa Extranjera, *L'Associazione della Stampa Estera*, en la Via della Mercede, y allí hacía gala de su acostumbrada generosidad. Aparecía bien entrada la mañana, vestido con elegancia. Llamaban la atención sus zapatos, brillantes, encerados con esmero. Pedía coñac. Se acompañaba de un italiano, Vincenzo Finizio, que le servía de secretario. El Club era como su centro de operaciones. Allí recibía llamadas telefónicas. Contestaba Finizio, que conocía el idioma por haber vivido en España; él era quien juzgaba si *il marchese* se podía poner al aparato. Parecía vivir y disfrutar en una vida de dorada bohemia. Tenía empaque de gran señor. Juan Ramón Masoliver, corresponsal de *La Vanguardia* en Roma, que lo conoció entonces, recordaba cómo Ruano era centro de regocijo y simpatía, a pesar de su media lengua italiana. El camarero árabe del Club se desvelaba para servir tanta consumición. Quejábase de la falta de dinero, pero ello no le impedía pagar tres mil liras de convites, tres mil, y aventurarse como socio capitalista en alguna empresa cinematográfica: «Milagros del señorío, que no del sable»[211]. Ahora bien, los ingresos del *ABC* eran muy cortos. Desde Sevilla podían hacerle algunos giros sin demasiada periodicidad, una vez de mil quinientas pesetas en dólares o liras, «como usted deseaba» (24 febrero 1937), otra de seiscientas (5 mayo 1939). Para entonces, CGR había dado orden de girar estos importes a «doña María Rosario Ruano, de Bilbao», la madre del corresponsal. Por otra parte, el mecenazgo de Mackinlay no fue continuado por su esposa. Pudo recibir alguna subvención o premio del financiero Juan March. Solía coincidir con él en el vestíbulo del Gran Hotel, los días en que visitaba a Alfonso XIII. Al fin y al cabo, fue empleado suyo en *Informaciones*, había defendido su figura y en aquellos momentos amparaban la misma causa. Pero Ruano lo niega expresamente: «Siempre ejerció privados mecenazgos, en los que yo no participé, tal vez por no haberlo intentado siquiera»[212]. Convendría preguntarse, entonces, ¿de dónde procedía ese derroche? ¿En qué apoyaba esa vida rumbosa? La

estancia romana servirá para aumentar una leyenda ya nutrida en episodios. El escritor recordará el consejo que le ofreció otro escritor, el colombiano José María Vargas Vila:

> –Cuide usted de tener una leyenda. Si no tiene difamadores, haga por tenerlos. Si no tiene usted una leyenda [monstruosa, horrible], no será nunca nada. [Ya sabe usted ser audaz, hacer elogios crueles y meterse con los maestros. Ahora procure usted que le difamen. ¡No hay tiempo que perder!] Hágase usted fuerte en sus vicios. Sea usted orgulloso. Administre bien y ensalce sus defectos. Es el modo de triunfar.
>
> –Y escribir, claro.
>
> –Sí, sí, escribir. Pero invente su ortografía[213].

Se contaba que para ir desde su casa al club de prensa –acaso quince o veinte minutos a pie– daba un rodeo por vías y plazoletas: «No quiero pasar por delante de esa tienda porque debo dinero y ahora no quiero pagarlo». Presumía de deber dinero, o de no tenerlo, o de gastarlo antes de cobrarlo. Parecía que el estado habitual de su bolsillo era el de estar empeñado hasta el fondo del pantalón. Pero siempre aparecían reservas insólitas, venidas de Dios sabe dónde. En uno de sus libros narra su llegada a Génova en 1936, camino de Roma. Recorrió la ciudad y visitó algunas tiendas de anticuarios y plateros, entre ellas la de un señor llamado Aldo Trebuchelli. Compró una cadena de oro, grande y pesada. «No me hacía falta, pero siempre me ha divertido comprar y vender objetos de oro, apuntar el valor del gramo en diferentes países y en distintas épocas y, cuando he tenido algún dinero, comprar objetos que luego, en momentos de apuro, me servían para pagar hoteles y coger trenes»[214]. Tanta atención al precio del oro, en alguien refractario a la contabilidad, era algo que iba más allá de lo que un simple aficionado a las antigüedades tiene por costumbre.

Ruano no había llegado a Roma para ser un mero corresponsal de prensa. Ahora comenzaba la vida verdadera del que ya se hacía llamar marqués de Casa Cagigal. Su primer acto romano fue aceptar la invitación de Italo Balbo, el procónsul

fascista de Libia. Según confiesa en sus *Memorias*, el embajador de Italia en Madrid, al enterarse del viaje de Ruano a Roma, le había recomendado a Balbo, enviándole *Circe*, su última novela. Un relato inspirado en sus andanzas por Marruecos, de tono «orientalista»: vida primitiva y auténtica, cruel pero llena de ternura, mujeres de intensa sensualidad, con «ojos como gacela», vecinas al mundo animal; un protagonista, Mario, fumador impenitente, aficionado al alcohol, trasunto del autor. Mario no era, dice el novelista, «un hombre de orden»; «en su desorden había conocimiento [...] entrando en el fuego de las cosas con esa prudencia difícil que hace falta para cometer las grandes imprudencias». Circe es la hechicera que hace olvidar a sus enemigos la patria de que provienen. África, representada por una joven sensual, proporciona un dulce olvido a quienes la frecuentan. En la novela aparecía también una descripción ajustada y verídica de una «romería», la fiesta sangrienta de los *aissauas*, una hermandad nómada de encantadores de serpientes[215].

Parece que encontró otra Circe en Casablanca, una *madame* que recitaba versos de Musset, con el «cuerpo de serpiente», sobre una escenografía de botellas. «Aprendiz enamorado de los barrios de las ciudades marruecas, procuré durante cuatro viajes conocer paso a paso aduares y esquinas, cafetines y palacios». Tánger, Fez, Rabat, Casablanca. La conferencia que ofreció en el casino español de Tetuán sobre «Nuevos conceptos poéticos», acompañada del recitado de varios poemas de su cosecha, parece haber sido un paréntesis en esta ruta que le alejaba, una vez más, de todo lo que era y de todo lo que había sido para acercarle a lo que de verdad quería ser[216].

Es probable que la visión de África que tenía Ruano de África/mujer/exotismo/aventura, no fuera muy distinta a la de Balbo. El italiano era una de las figuras más atractivas entre los «ras» del fascismo. Siempre había hecho alarde de valor físico, desde encabezar las expediciones punitivas en su Ferrara natal –un jefe tenía que dar ejemplo– a participar en el desarrollo de la aviación italiana, de manera señalada en el raid entre Roma y Nueva York celebrado en 1933. Al año siguiente fue nombrado gobernador de Libia; acaso un intento de Mussolini de alejar a un

colaborador incómodo, opuesto a cualquier alianza con Alemania, *a lustrare le scarpe alla Germania*, y enemigo de la legislación antisemita sobrevenida entonces. Además, Balbo había tratado con asuntos y personajes españoles. Varios conspiradores monárquicos firmaron un pacto en su despacho romano, en virtud del cual la Italia fascista se comprometía a dar fondos, armas y formación militar a los candidatos a la rebelión. Un acuerdo que apenas se cumplió. Cincuenta requetés recibieron instrucción militar en una base aérea de Libia y se procedió al envío de quinientas mil pesetas para las necesidades de la causa monárquica. Italia estaba interesada en desplazar la influencia francesa en el Mediterráneo para colocarse en su lugar, naturalmente; pero, de momento, apenas ofrecía más que buenas palabras[217].

Una vez pacificado el territorio, la misión de Balbo consistía en transformar un territorio atrasado, semidesértico, tan grande como Italia. No era fácil tarea la de integrar a las tribus locales de una colonia con fuertes contrastes entre Tripolitania y Cirenaica, teniendo además que atraer colonos que pusieran en valor las zonas habitables. Construyó cientos de kilómetros de carreteras en condiciones dificilísimas, pero, a pesar de las ayudas y subvenciones, aunque trató de involucrar a compañías privadas, sólo consiguió fijar a un número modesto de agricultores italianos. También se propuso impulsar el turismo y las excavaciones arqueológicas. El gobernador que invita a Ruano por vez primera –abril de 1936– había creado en torno suyo una verdadera corte en su residencia de Trípoli. Mostraba un sentido agudo de las *public relations*, rodeado de visitantes que eran agasajados de manera fastuosa. «¡Qué magnificencia, qué esplendor! Sólo los príncipes reciben de esta manera», constataba uno de sus antiguos camaradas de los *Alpini*, la unidad en que había batallado durante la pasada guerra. Seguro que estuvo considerando la posibilidad de que el español, con los antecedentes de *Circe*, escribiera algo parecido sobre Libia y sus andanzas y logros personales. Ruano narra sus dos viajes por tierra y por aire a través de Trípoli y Cirenaica, comiendo muchos días en el palacio del gobernador. Balbo le daba para sus gastos dinero de bolsillo, por así decir; una cantidad diaria que

era superior a la asignación mensual que le enviaba *ABC*. Una mañana le dio la primicia, en una fecha inmediata al 5 de junio de 1936, de la toma de Addis Abeba por las tropas italianas. Recordará, con nostalgia, el pequeño mundo de Bengasi, el de las bellas Cirene, Apollonia y Derna, los mercaditos prodigiosos de árabes y judíos, las villas construidas como un juguete de la civilización. Al escribir años después sobre estas excursiones, Ruano no podía sino deplorar la muerte de aquel virrey original y aventurero, derribado por su propia artillería antiaérea al comienzo de la nueva guerra europea[218].

En sus *Memorias* recuerda la audiencia que el Papa concedió a finales de mayo de 1936 a los corresponsales de prensa extranjeros. El duque de la Torre hizo las presentaciones. Ruano es el primero, por apellidarse González, en inclinarse a besar el anillo del pontífice en el momento en que el embajador pronuncia las palabras de «Grupo español», y así puede escuchar el «¡España, España!» que sale de labios de Pío XI. Estaba presente el conde Ciano, que pronunció un «gran discurso», como ministro de prensa y propaganda. Y esa coincidencia de los dos representantes, el del poder terrenal y el del poder divino, le llenó de júbilo. Una emoción asociada al culto católico y romano. Una expansión rara en Ruano. En la monumental plaza de San Pedro dice el cronista que recitó una especie de promesa o conjuro. «Señor, seca este brazo que va a mi mano, esta mano que va a la pluma, esta pluma de escritor, el día en que la fuerza de mi pluma, de mi mano y de mi brazo no obedezca a la responsabilidad y a la disciplina de la causa de mi Patria y de su servicio, Señor»[219].

También en las *Memorias* relata la breve audiencia que le fue concedida por Mussolini, una figura que siempre defenderá. El dictador italiano recibía casi todos los días a visitantes extranjeros. Primero en el Palazzo Chigi, luego en el Palazzo Venezia. Lo primero que se encontraba el visitante, al cerrarse las puertas tras de sí, era un inmenso salón sin apenas muebles. Al fondo, en un ángulo, había un escritorio iluminado por una lámpara, del que sobresalía una cabeza calva muy grande, una cabeza que leía un periódico u hojeaba un documento. Cuando el visitante se aproximaba, el hombre de la calva se levantaba, iba

a su encuentro, estrechándole la mano, sin hacer el saludo fascista; volvía luego a su escritorio e invitaba a sentarse al visitante. Mussolini solía ser cordial, familiar, y ello desconcertaba un tanto a quienes estaban acostumbrados a observarlo en poses oratorias, magníficas y terribles. Quienes se le acercaban –como Ruano– solían estar ganados de antemano por la mística del personaje. Tenían ante sí a un mito viviente, al fundador de un nuevo Estado, que era un modelo para otros países; un Estado que había dado ejemplo de unificación de todas las energías, de todas las fuerzas nacionales enderezadas al superior interés de la patria:

> Su atracción era humanísima y bien diferente en todo a la de Hitler. Hitler tenía algo mixto entre diablo y pobre diablo, aunque era muy suya una fiereza felina que le agrandaba sobre todo en los discursos. Mussolini era nada menos que todo un hombre. Creo, personalmente, que el hombre más importante que tuvo Italia y quizá Europa en nuestro tiempo. Es cierto que tenía mucho de estatua, pero nada de piedra: una estatua para la que hubiera posado el mármol y, a golpe de vida, se hubiese hecho la carne como una obra maestra.

La audiencia fue como un relámpago en la vida del dictador atareado:

> –¿Cuánto tiempo lleva en Italia?
> –Unos dos años, Excelencia.
> –¿Le atienden bien en el Ministerio para todos sus trabajos?
> –Muy bien, Excelencia.

Le entregó un retrato dedicado, volvió a darle la mano, despidiéndose con el grito ritual: «¡Arriba España!»[220].

Parece ser que también se entrevistó con el rey de Italia, pero apenas dará importancia a este encuentro, del que solamente cita la impresión que le causaron los ojos de Víctor Manuel, pequeños y vivarachos. La fotografía que le dedicó no figurará nunca en su galería personal de retratos[221].

El segundo acto fue, naturalmente, el de buscar casa en

Roma. La encontró en la Via Margutta, una calle próxima a la Piazza del Popolo, o mejor sería decir que las encontró, pues fueron dos los domicilios en esta calle –todavía hoy– de aspecto bohemio y apacible. La primera vivienda, en el número 33, fue una cesión de Masoliver. Una pieza grande y destartalada, con dos ventanales y parte del techo de cristal, con muchas goteras. A principios de 1937, la pareja Ruano-Navascués pudo mudarse al número 89 y comprar, escribe en las *Memorias*, muebles casi buenos. Era una pequeña villa, con una primera planta de tres habitaciones y un magnífico estudio en la superior; piezas que fueron alquilando una detrás de otra hasta hacerse con el inmueble completo. «Alejandro Mackinlay me ayudó mucho en poner la nueva casa». Muchos años después, Ruano se emocionó al ver la película titulada *Vacaciones en Roma*. La casa en que vive el periodista que representa Gregory Peck estaba, precisamente, en Via Margutta.

Y tercero, el de agenciarse otra casa –un vicio en Ruano, el de las casas–, una suerte de desahogo campestre o marítimo. A través de conocimientos ocasionales, el de un alemán algo disparatado llamado Wolfgang Meiners, compró una en el pueblo de Positano y se dedicó a decorarla y amueblarla. «Decidí comprarla en años de pobreza y alegría». También adquirió en aquella época un viejo Ford que le servía, manejado por otros, para los desplazamientos. Dos casas y coche, aunque destartalado, no son indicios de pobreza. Ruano siempre querrá parecer más pobre de lo que era en realidad. La de Positano era una casa pequeña con un jardín reducido y un huerto presidido por una enorme higuera. La planta baja tenía dos habitaciones comunicadas, la cocina y un patio con pozo. El piso alto tenía otros dos cuartos, una sala de aseo y una terraza «sarracena» desde la que se veía el mar. Un viejo matrimonio, inquilinos provisionales, hacían de guardeses. Positano está emplazado en una empinada ladera sobre el golfo de Salerno, en la llamada costa amalfitana, a unos 40 kilómetros de Nápoles. Hasta la llegada de la navegación a vapor fue uno de los lugares más prósperos de esa costa. Contaba entonces con una flotilla de veleros entregados al comercio. Luego vino la decadencia y la despoblación de un barrio entero, *la città morta* pasó a llamarse.

Se podían comprar casas por tres mil o cinco mil liras. El lugar es bellísimo, pintoresco, de clima muy suave, «una de las maravillas más puras del Mediterráneo», dirá años más tarde[222].

Las casas del pueblo estaban construidas una sobre otra, como formando una escollera, en anfiteatro, y nadie se veía privado de las vistas magníficas. Estaba el barrio alto, junto a la carretera, uno intermedio llamado *Il Fornillo* y luego la *Marina* con una playa excelente, pequeñas tiendas y un café con terraza sobre la arena. Frente a la costa había unas islas pequeñas llamadas de las Sirenas. Las casas eran parecidas, como de marinero, aunque arregladas por gentes forasteras. Un tipo de casa pequeña, de dos pisos, encalada por lo general. Los extranjeros –artistas, escritores, gentes letradas en su mayoría– se reunían en un local llamado La Mostra, en la parte alta, regentado según Ruano por una mujer judía, de nacionalidad suiza o alemana. El pueblo había sido «descubierto» por turistas alemanes, como un refugio para librarse de la galopante inflación de la posguerra. Acababa de inaugurarse la luz eléctrica en 1933, de la que gozaban muy pocas viviendas. A los alemanes siguieron los ingleses y los austriacos, aparte de algún pintor ruso y varios escritores víctimas de persecución política en la Alemania hitleriana. Se veían tipos insólitos, calzados con sandalias. Mujeres vestidas de hombre con los cabellos a lo *garçon* y hombres melenudos con pantalones turquescos o camisolas rusas. «Gente curiosa per la maggior parte che andava bene in un paese curioso». Era un lugar de ensueño, no parecía real, escribió el norteamericano John Steinbeck, al visitarlo años después. Estaba como suspendido en el tiempo, al margen de la historia. La mayoría de los habitantes autóctonos eran monárquicos fervorosos. Pescadores, zapateros, carpinteros y arrieros, todos suspiraban por un rey de la casa de Saboya. Ruano pasaba temporadas en Positano, rodeado de esta fauna humana heterogénea, casi olvidado de sus tareas de corresponsal. Entonces entabló conversación con varios de estos europeos que deseaban, como él, dar al olvido su pasado o escapar de un presente turbulento. Estaban don Filippo, Wolf, Meiners, Carlino y el barón Semenov, entre otros. Años más tarde recordará, quizás suavizándolas, las opiniones sobre la raza que defendía

entonces; una concepción nada biológica sino cultural y religiosa, «un concepto absolutamente espiritual». España, en sentido estricto, no era un país, sino una federación de creyentes; o sea, una pluralidad de razas unidas por el catolicismo. Había encargado una vajilla a unos alfareros locales, con las armas del novísimo marquesado, cuando tuvo que marcharse del pueblo, en 1940[223].

> Aquí la calma para ti he soñado
> ¡oh pensamiento mío, en soledades!
> Aquí, sólo conmigo, claridades
> podrás vivir por fin, ya reposado.
> Te gusta este paisaje soleado
> y marino, rincón que sin edades,
> ámbito rico, ofrece caridades
> de clima y tiempo con reloj parado[224].

Es de suponer que *il marchese* aprovechó las circunstancias propicias, de relativa privanza para –digamos– diversificar sus fuentes de ingresos. En el Madrid republicano, como periodista de *Informaciones*, no tuvo inconveniente para recibir subvenciones de la embajada alemana. La orientación del diario dirigido por Pujol era abiertamente germanófila y ello tenía su contrapartida monetaria. Franz von Goss era entonces el consejero de prensa de la embajada alemana en Madrid. Bajo la supervisión del embajador Von Welzeck, planeaba la estrategia para influir a varios periódicos. Von Goss residía en España desde 1922 y tenía muchos contactos en el mundo periodístico. Como hombre del partido nazi, desde marzo de 1932, se incorporó a la embajada Gustav Reder, más conocido hasta entonces como escritor de temas ferroviarios. El historiador Ángel Viñas pudo consultar en los archivos alemanes una relación de los artículos sugeridos que fueron publicados en la prensa española. Los autores solían ser Reder, CGR y Joachim von Knobloch, representante de una compañía naviera alemana y cónsul de su nación desde 1935.

El director de *Informaciones*, Juan Pujol, ofreció su periódico a los alemanes a cambio de una subvención mensual oscilante

entre tres mil y cuatro mil pesetas. El embajador alemán aceptó, pero sin hacerse ilusiones sobre la firmeza de las convicciones de Pujol: «De rechazar su oferta es seguro que se pasará con banderas desplegadas al campo francés y probablemente perderíamos también la influencia sobre Ruano» (informe de 26 de mayo de 1934). Así, pues, eran sus artículos los que interesaban a los alemanes con preferencia a los del resto. Pujol vio en esta colaboración la posibilidad de cubrir un déficit que ascendía a una cantidad equivalente a la que solicitaba. Bastantes artículos firmados por CGR, bien con su nombre, bien con el seudónimo de César de Alda, ni siquiera eran redactados por él. Se distinguen con mucha facilidad, tan diferentes son del estilo ágil del madrileño. Bien es cierto que esta no era la única relación de Ruano con la embajada alemana. Su libro *Seis meses con los nazis* había recibido para su edición la cantidad de mil marcos, equivalentes a 2.900 pesetas, y ello en marzo de 1933. En realidad, esta clase de manejos eran conocidos desde que los milicianos, triunfantes en la Barcelona de 1936, saquearan el consulado alemán. Allí encontraron un fichero con información minuciosa sobre cada diario o publicación periódica que subvencionaban. Figuraba de manera destacada el periódico *Informaciones*, al que los agentes alemanes denominaban *unser Sprachrohr in Spanien*, «nuestro portavoz en España»[225].

Al llegar a Roma CGR siguió con la misma táctica, solicitando una subvención a los servicios italianos de propaganda, encuadrados en el *Ministero della cultura popolare*, el MINCULPOP, «perche facesse pubblicare sulla stampa nazionalista articoli e fotografie riguardanti l'Italia». Una subvención que se concretó en 1.000 liras mensuales. Una cantidad respetable que justificaba las exigencias de los pagadores, presionados por la embajada italiana en Salamanca, para aumentar el número de fotografías publicadas en *ABC*. Querían demostrar a las claras –decían– los vínculos de fraternidad existentes entre la España nacional e Italia. Y ello a pesar de que era una tarea llena de dificultades.

ABC
Sevilla, 15 febrero 1938

Señor don César González Ruano

Mi querido amigo:

En efecto, son pocas las fotografías de LUCE[226] que venimos publicando. El espacio de que disponemos es tan escaso que, bien a nuestro pesar, no nos permite publicar el número que desearíamos. No obstante, reproduciremos dos o tres fotografías a la semana. También estamos dando algunas que nos remite la oficina de prensa de propaganda italiana de Salamanca.

Créame que siento muy de veras no poder aumentar el cupo de fotografías y le ruego reitere las gracias al instituto LUCE por sus amabilidades con ABC.

Un abrazo de su buen amigo y compañero

Juan Carretero. Director de ABC de Sevilla[227].

«*Se potessi avere mille lire al mese*», si pudiera tener mil liras al mes, era el célebre ritornelo de la canción escrita en 1938 por Carlo Innocenzi y Alessandro Soprani para la película así titulada, dirigida por el austriaco Max Neufeld.

Se potessi avere
mille lire al mese
senza esagerare
sarei certo di trovare
tutta la felicità.

La mayoría de los italianos no llegaban a ganar un sueldo mensual equivalente. Un Fiat Topolino, famoso en la España de los cuarenta, podía comprarse en la Italia de los años treinta por 8.900 liras. El Ministerio de Cultura Popular era «un acierto nominativo», la expresión pública de todo un programa de trabajo. CGR lo sabía de sobra[228].

Entre las idas y venidas de Roma a Positano, junto a otros viajes, no parece que su tarea periodística le haya ocupado mucho tiempo. La última noticia que publicó el *ABC* de Madrid, el 8 de septiembre de 1936, fue su baja en el colegio de abogados, junto a la de otros significados colegiados: Gil Robles, Alcalá-Zamora, Lerroux, Luca de Tena, José Antonio Primo de Rivera, etc. Su primer artículo en el *ABC* de Sevilla no se publicó

hasta el 24 de febrero de 1937, y ello para anunciar un viaje a Nápoles. 19 colaboraciones en total a lo largo de ese año. Cierto que las comunicaciones entre Roma y Sevilla eran lentas y difíciles, pero, aun así, no parece excesiva la dedicación del corresponsal en Roma. Referencias al papel del judaísmo y la masonería. Justificación de los sublevados, que se adelantaron a los planes revolucionarios preparados desde Moscú. Menciones obligadas a Italia y Alemania como defensoras de la civilización occidental frente a la barbarie de Oriente, la amenaza de la «hidra bolchevique». Cuando quería enterarse del criterio gubernamental, de la postura oficial sobre varios asuntos de la actualidad política, leía los artículos firmados por Virginio Gayda, director y editorialista del *Giornale d'Italia,* ahorrándose las conferencias de prensa. Eso podía hacerlo desde cualquier punto del país. Hay momentos en que el corresponsal parece justificarse por habitar en un lugar resguardado, muy lejano al conflicto español. Al fin y al cabo, argumentaba, con sus trabajos anteriores al 18 de julio pudo inspirar a los que tomaron las armas. ¿Y qué ejemplos pone? Las jornadas aquellas de visiteo a los cementerios románticos. Frente al *brutal* y *asqueroso* ambiente madrileño se opuso a la turba un paso de minué. «Los surcos de nuestra revolución nacional fueron hechos, en plena época del terror, sobre el asfalto socialista, con la pluma de los intelectuales». Él estaba cumpliendo ahora, desde su trinchera romana y como «soldado de las letras», tareas importantes de propagandista. «Soy de los nueve primeros falangistas que hubo en España». Se queja de la escasez de material que divulgue la causa de los alzados. Juan Ordinas, secretario de la Falange en Roma, sobrino del financiero Juan March, Alejandro Mackinlay y él, hacen lo que pueden. Ni siquiera llegaban números de su propio periódico. «Españoles! ¡Mandad libros a Roma!». El caso es que le costaba trabajo escribir; cuando lo hacía le salía algo torpe y desmañado: «si se me habrá olvidado definitivamente escribir». Dificultades que puede explicar el pudor, el no poder pensar en otra cosa que en la magnitud del drama español. Quizás tenía otras cosas más prosaicas que atender, pero eso no puede explicarlo. Dice –lo dice *ABC*– haber viajado hasta Berlín, en septiembre de 1937, para cubrir la visita de Mussolini. Pero

las crónicas que, venciendo las dificultades, tenía que mandar por avión se redujeron a una sola, publicada en 3 de octubre, firmada desde Múnich. En las *Memorias* cita los frecuentes viajes que realizó, desde Suiza hasta Córcega, los personajes y vicisitudes de Positano (no publicadas en *El Alcázar*, pero sí en el libro), pero ni rastro de ese viaje a Berlín y del encuentro entre los dictadores, seguramente escrito sin moverse de Roma o de Positano[229].

Doña Rosario, su madre, llegó a Roma en abril de 1937. Su nombre figura entre los asistentes al funeral organizado por la Falange en Roma, a primeros de mayo, en el que coinciden Alfonso XIII, Nicolás Franco y la embajada en pleno. Ruano buscó a su madre una posada digna, a dos pasos de su domicilio. Lo que sí cubrió, en mayo de 1938, fue el viaje de Hitler a Italia, haciendo de la visita de ambos dictadores a la galería Borghese algo así como el símbolo de la nueva Europa, custodios de la belleza representada por la escultura de Canova: «Siento no haber tenido a tiempo la fotografía humanísima en que el Duce y el Führer la contemplan, fotografía que ha publicado un diario de Roma que hoy se ha vendido más [A. Canova: Paolina Bonaparte, Galería Borghese] [...] Parecía –ella– Europa visitada por sus abogados defensores»[230].

Una de las tareas que Ruano desempeñó fue la de anfitrión o cronista de la visita de algunos españoles que, procedentes de la España de Franco, «la nueva España fascista», llegaban a Italia: Millán Astray, José María Pemán, Eugenio d'Ors, Juan Ignacio Luca de Tena, José Félix de Lequerica, Manuel Aznar, Dionisio Ridruejo, Manuel Halcón y otros. «La gloria de las Armas y la gloria de las Letras unidas en un discurso humano y patético: el general Millán Astray y José María Pemán»[231]. La queja que había formulado sobre la ausencia de propagandistas el año anterior se vio satisfecha mediado el año 1938. Y otra, mucho menos honrosa, fue la de convertirse en altavoz de la política antisemita que iniciaba Mussolini en estos meses centrales de ese mismo año. Esta parte de su obra periodística quedará archivada en su memoria; guardada quizás en ese «archivo secreto», a medias oculto, del que, de vez en cuando, proporcionaba una leve señal. En las *Memorias* aludirá a varios escritores de su

conocimiento, como Alberto Moravia, «judío clarísimo»; su literatura era buena pero desmoralizadora, cargada de esa «mentalidad judía» que amaba el feísmo y se complacía en los múltiples recovecos del alma. Nada más. Sólo de refilón aludirá al tema de la propaganda antijudía.

El comienzo oficial de la campaña racista tuvo lugar el 14 de julio de 1938, día en el que fue publicado el *Manifesto degli scienziati razzisti*, firmado por algunos académicos. Esta política puede interpretarse de varias formas. En primer lugar, es consecuencia del acercamiento diplomático entre Alemania e Italia, como gesto de amistad hacia Hitler. Influyen también las conquistas africanas recientes. La legislación sobre la raza no afectaba solamente a los judíos sino a toda la población del «imperio». Después de la conquista de Abisinia, Mussolini tenía la intención de prevenir el comercio sexual de los italianos con las nativas etíopes, dado que el mestizaje era considerado, junto con la disminución de la natalidad, como uno de los síntomas de la decadencia de un pueblo. Esta legislación racial quiere subrayar, en todo caso, la diferencia existente entre el fascismo y el racismo nacionalsocialista: entre el carácter «espiritualista», no biológico, del primero, que insiste en el eslogan de *discriminare*, pero no *perseguitare*[232]. *La difesa della razza* estaba dirigida por Telesio Interlandi, periodista de origen siciliano y uno de los más estimados por Mussolini, la «penna più cara a Benito Mussolini», que financiaba directamente sus publicaciones, desde *Impero* a *La difesa della razza*. Era un hombre frío, elegantísimo siempre, que había lanzado *Il Tevere* en 1924, un diario que llegó a tener una tirada de 30.000 ejemplares y se convirtió en el periódico preferido de la intelectualidad fascista; cuyo lema era: «órgano legítimo, pero no conformista, de la inteligencia fascista». *Il Tevere* prestaba una atención especial a la literatura y el arte. Mussolini se expresaba de manera oficiosa cuando quería averiguar el alcance o el interés de determinados asuntos políticos. Este será el periódico en el que colaborarán Ruano y su amigo Mackinlay. *La difesa della razza* era una revista quincenal que se publicó entre el 5 de agosto de 1938 y el 20 de junio de 1942, y sus textos sirvieron de inspiración a los propagandistas españoles. Interlandi defenderá el carácter racial, biológico

frente a todos aquellos, como Paolo Orano, que definían al judío por sus características religiosas y culturales[233]. Ruano se topará, pues, con los mismos prejuicios que ya aprendiera de Juan Pujol y acaso le servirán de refuerzo. Interlandi creará una estética agresiva desde las cubiertas de su revista, representado criaturas monstruosas, representantes de la malignidad del judaísmo y de las deformidades ocasionadas por el mestizaje[234].

El antisemitismo fascista reunía elementos heterogéneos: el viejo antisemitismo católico, la aversión a la plutocracia propia del componente demagógico del fascismo, así como el racismo de matiz nacionalista que trataba, como se ha dicho, de mantener el prestigio de los italianos, dando por sentado que una raza conquistadora no podía tener tratos íntimos con una raza conquistada. Los argumentos que expone Ruano en sus artículos están directamente inspirados en las publicaciones de Interlandi que, en este mes de septiembre, al poco de lanzar su revista, publicó el libro *Contra judaeos*, primer número de la *Biblioteca razziale italiana*. Interlandi no defendía la persecución sangrienta de los judíos, y mucho menos su exterminio. Su antisemitismo podría ser compartido o comprendido por una parte de la Europa (in)culta de los años de entreguerras, y por gentes que, después de la guerra mundial, quedaron horrorizadas por el espectáculo de los campos de exterminio.

Un judío era, de acuerdo con el estereotipo dominante, alguien vinculado al capitalismo; a las finanzas, sobre todo, y al bolchevismo también; una paradoja insólita que los antisemitas nunca llegaron a explicar de manera convincente. Su pasión por lo útil y lo práctico convertía al judío en adversario de la nobleza de carácter y de la belleza desinteresada. Tenía una propensión inevitable a la conspiración, como lo demostraba el libro sobre los *Protocolos de los sabios de Sión*, que alcanzó en Italia la categoría de un *best seller*. El judío en el arte se distinguía por su oposición al clasicismo, y su propensión a experimentar con formas nuevas, las formas de la llamada vanguardia, así como a resaltar la caótica interioridad del hombre. A la vista estaban, naturalmente, los rasgos físicos que delataban el tipo judaico: nariz ganchuda, labios carnosos, ojos más bien saltones y un no sé qué de húmedo en su rostro, la *maschera ebraica*. Interlandi

estaba convencido de que el judío, con toda esa carga física y caracterológica, era inasimilable y, por tanto, abogaba por una necesaria discriminación, una defensa legítima contra los que querían imponer sus designios, «la loro mentalitá, i loro scopi, le loro esigenze inamissibile»[235].

Ruano copiaba estos argumentos. Copiaba, en ocasiones de manera automática, sin darse cuenta, como al comentar la retirada de Alemania e Italia del comité de *non intervento*. Copiaba a Interlandi cuando afirmaba que Italia estaba a punto de adoptar la postura más inteligente: no perseguir a los judíos. Parece creer que apartarlos de la función pública y de determinadas profesiones no era persecución, sino una medida de profilaxis social. Era conveniente no perseguirlos, afirmaba, porque el judío era un masoquista y «un ventajista de la persecución». «Italia tiene de los judíos un concepto parecido al que los farmacéuticos pueden tener del sublimado y quiere contenerlos en ese justo uno por mil». El sublimado o cloruro de mercurio –recordémoslo– era el preparado usado entonces contra la sífilis. Al haberse alzado a la categoría de imperio colonial, Italia deseaba conservar la pureza de su raza. El *metequismo* era un peligro mortal para cualquier nación. Los hebreos formaban el estado mayor del antifascismo internacional, por lo que era justo defenderse de ellos. También se habían infiltrado entre las clases profesionales, y ello les proporcionaba un poder mucho más grande que su número, 44.000 en toda Italia, según Ruano. Las modas, el arte, el vicio –curiosa asociación– dependían de la influencia judía, de la «enorme habilidad de su terrible raza». ¿Y quién amparaba la expansión judía en las esferas culturales y económicas? La masonería, claro está. Ruano se basaba también en la autoridad de *La Civiltà Cattolica*, el órgano de la Compañía de Jesús, que entonces defendía una posición abiertamente antihebraica. Los españoles podían considerarse precursores de esta política racista, afirmaba Ruano, con la expulsión de 1492. Pero había que seguir en guardia.

Según el español, los judíos podían dividirse en:

a) Judíos que lo son y lo disimulan.

b) Judíos que lo son y no lo saben.

c) Judíos honorarios o aficionados.

Las agudas narices de Sánchez Román y compañía, las sospechosas barbitas de Fernando de los Ríos, perfiles de judíos –acaso lo eran y no lo sabían y la posteridad tampoco– obligaban a plantar delante de nuestras fronteras un rotundo ¡JUDÍOS NO! [236]

Al poco tiempo de estas propagandas, se promulgó el decreto-ley de 17 de noviembre de 1938, *Provvedimenti per la difesa della razza italiana*, que prohibía a los judíos el matrimonio con un italiano «ario»; los judíos no podrían hacer el servicio militar, ni ser propietarios de establecimientos que tuvieran más de cien empleados, ni ser propietarios de terrenos cuyo valor superara las 5.000 liras, ni de establecimientos fabriles de valor mayor a 20.000 liras. Tampoco podrían emplear como criados a *cittadini di razza ariana*. En el plazo de tres meses habrían de ser despedidos todos los judíos que ocuparan empleos civiles o militares dependientes del Estado (universidades, bancos, administraciones estatales o municipales, fábricas, etc.). 181 profesores universitarios perdieron su plaza, 500 empleados privados y 400 empleados públicos quedaron sin empleo, 2.500 profesionales liberales se vieron obligados a suspender sus actividades. A partir de entonces, a los judíos se les denegó el ingreso en las universidades[237].

Un rincón propio, personal. Casi un refugio. Algo original entre muchas prosas de encargo. Eso venía a ser la poesía para CGR. Poesía, no siempre buena poesía, es la que escribe Ruano y publica regularmente allí donde el destino de periodista le lleva. Habrá ocasiones en que escriba poesía para echarla luego al cesto de los papeles. Poesía para «hacerse los dedos», como el que calienta la mano antes de tocar un instrumento. Poesía para mejorar la prosa. En Roma publicará *Misterio de la poesía*, un libro que será reseñado por un amigo y persona cercana a la casa real, Bonmatí de Codecido. Ruano, el camisa vieja de la buena pluma, agresiva y heroica; el falangista de los tiempos bravos, le llama Bonmatí. Vaya usted a saber lo que le contaría este falangista, el número nueve, o el número cinco, algo contrariado por su fama perdida. Este es el momento de su vida en que Ruano reitera su afiliación política, fantaseando entre sus conocidos sobre la bravura que exhibió en los años heroicos.

Ruano fue encargado de leer una loa en la velada romana por el aniversario de la muerte de José Antonio. Decía sentir pudor al hablar del Ausente, pero ello no le privaba de contar –cuando tantos advenedizos lo mencionaban familiarmente– sus encuentros, ya se sabe, en Bakanik, la Ballena Alegre. Aquellos tiempos, cuando apenas una docena de madrileños –¡el noveno entre una docena!– creían en él. Todo ello le llenaba de emoción; un sentimiento que podía compensar el olvido en que parecían tenerle muchos que aún ignoraban que él, César González Ruano, era «el mejor olvidado de su nombre»[238].

La prensa italiana estaba muy controlada por los servicios de la propaganda. Mussolini –antiguo periodista– celebraba una entrevista diaria con el responsable de la prensa y la propaganda, dos actividades indistinguibles. En el discurso pronunciado en octubre de 1928, *il Duce* había descrito con precisión el lugar de la prensa en un régimen totalitario: era un elemento de ese régimen y debía estar a su servicio; la prensa tendría que ser como una brújula para orientarse; lo que era nocivo tendría que evitarse y promover lo que era útil al régimen. Llegado el caso, Mussolini convocaba a los directores de los diarios –*i colleghi*, los llamaba–. Se vigilaba no solamente el contenido de las informaciones, sino el tono, la manera de narrarlas. No podían emplearse ironías para referirse a las grandes figuras históricas, «de Dante a Colombo, de Cellini a Cavour». Tampoco eran admisibles las bromas sobre ciertas profesiones, sobre los médicos, por ejemplo. En cambio, sobre el bolchevismo, el parlamentarismo o el liberalismo era admisible todo aquello que los denigrara. Las «razas de color» tenían que ser mostradas como si fueran física y moralmente inferiores.

El estricto control que el régimen ejercía era alabado por Ruano. El fascismo había hecho de la prensa italiana una de las mejor organizadas del mundo. Unía los elogios a la condena de la prensa bajo el liberalismo; una época que había vivido y disfrutado en sus tiempos del *Heraldo*. Y, así, al condenar lo que llamaba «sensibilidad liberal», si acaso pudiéramos tomar esta condena en serio, daba la impresión de que se condenaba a sí mismo. Era esa sensibilidad la que había llegado a «engendrar una especie de comportamiento gitano, predelincuente y cínico,

en el que el individuo, agarrado al abuso de sus derechos, se negaba el uso de todo deber».

Con todo, la propaganda italiana, y el propio Mussolini, estaban muy descontentos con la manera en que la prensa informaba –es un decir– sobre el papel que sus tropas desempeñaban en la guerra de España. El consejo del ministro era el de «dare a gli avvenimenti spagnoli no più de una o mezza colonna, selezionando atentamente le notizie». El eje central había de ser la «crociata antibolscevica», no tanto lo que llamaban la «cronaca romanzata»[239].

Esta situación explica, aparte las recomendaciones que traía de la embajada italiana en Madrid, la aceptación de los servicios que podía prestar Ruano a la propaganda italiana. En estos meses iniciales de la guerra, Ruano era el único corresponsal de la prensa española en Roma, así que no había mucho donde elegir. Fue autorizada una subvención mensual, de la que ya hemos hablado, así como su participación y la de Alejandro Mackinlay en *Il Tevere*, dirigida por Telesio Interlandi, «el más ágil e interesante periodista italiano», según Ruano.

Empezaron a colaborar en *Il Tevere* –por entonces un número cada dos o tres días– desde junio de 1937, enviando crónicas sobre los acontecimientos de España. Crónicas, no; auténticos panfletos antirrepublicanos, como este que habla de las brigadas internacionales: «le bestie rosse della brigate internazionali [...] barbari orientali vivono a Madrid con vero lusso». Estos bárbaros vivían en los mejores edificios, rodeados de un lujo quizás oriental también. O este otro artículo titulado «*Santiago e la mezza luna*», en que la guerra es calificada de «guerra santa», guerra de independencia y guerra de religión contra los ateos y los judíos, contra los marxistas y los masones. El caso es que CGR afirmaba sin dudar que los moros, «i nostri mori», luchaban en las filas de Franco para mantener a España unida tras el caballo blanco de Santiago. El artículo que dedicó a Azaña le acusaba de insensibilidad ante el bien y el mal. Su amigo Mackinlay no le iba en zaga al denigrar de nuevo a la «bestia rossa» y defender la batalla antibolchevique o ensalzar la figura de Franco. Mackinlay valoraba a García Lorca como literato. Seguramente se había cruzado con él muchas veces en los teatros y tertulias

madrileñas. Pero subrayaba en su artículo que Lorca pertenecía o simpatizaba con la gente que rodeaba a Manuel Azaña, «il mostruoso». Y ello para aventurar que su muerte se había debido a motivos personales y deplorar el uso que hacía de esa muerte la propaganda roja[240]. Todos estos textos eran escritos en castellano para ser traducidos por Vincenzo Finizio. Ambos colaboraron en *Il Tevere* hasta los últimos días de diciembre de 1937, y terminaron por coleccionar sus artículos en un folleto.

Con todo, sus mecenas oficiales no terminaban de fiarse de él. A lo largo de estos años, las autoridades italianas ejercieron un control estricto sobre los corresponsales extranjeros. «Vivimos –afirmó Ismael Herráiz pocos años después– sofocados bajo una vigilancia y control sin parangón posible». El director general de la prensa italiana se enfadaba con facilidad y amenazaba con fulminar a los periodistas si no seguían las orientaciones oficiales[241]. Según las confidencias que algún colega indiscreto hizo a la policía italiana, Ruano creía que, al terminar la guerra civil, España debía volver a orientar su política exterior hacia Francia e Inglaterra. Ello significaría el final de la influencia italiana. También hacía juicios sobre el escaso valor militar del CTV, las tropas legionarias enviadas a España. Y el comentario era, según parece, compartido por los enviados de otros países. Parecían existir dos Ruanos: el que se expresaba en privado con bastante sentido común y el propagandista oficial, al que no le importaba mentir o abanderar causas indefendibles. El español da por sentado que, en ese mundo revuelto, inestable, solamente caben dos actitudes morales: el misticismo, el abandono, la renuncia a todo lo que la vida puede ofrecer, o el cinismo, «el aprovechamiento alegre y anárquico de todo lo que se pueda sacar de una sociedad depravada e imbécil en beneficio de nuestros sagrados caprichos»[242]. En los ambientes de la embajada española se hacían eco de la relación «ilícita» de Ruano con Mery Navascués, y más habiendo abandonado en España a su mujer y a una hija. No es que Ruano fuera políticamente inseguro, por así decir. A lo largo de su estancia en Italia había acreditado tanto la afinidad con el régimen de Mussolini como su adhesión a la causa de los sublevados españoles. La desconfianza, podría decirse, se cifraba en su

comportamiento bohemio, en su falta de entusiasmo por las ideas que defendía en público.

Es harto probable que las reservas pudieran venir también de los tráficos en que empezó a introducirse. Unos tráficos referentes al arte y a otros objetos preciosos. El español no era un hombre de orden –él mismo suele describirse de manera poco engolada– o no se comportaba como tal. Y ello a pesar de los elogios, de boca para afuera, de la disciplina fascista. La policía italiana tenía vigilado al español desde 1938, interviniéndole la correspondencia. Creía saber que el *ABC* de Sevilla seguía pagándole dos mil liras mensuales, un estipendio probablemente exagerado. Hoy pueden leerse algunas de sus cartas conservadas en los archivos romanos. Nos informan sobre la dificultad en el aprendizaje de la lengua italiana y, en realidad, de todas las lenguas que no fueran el castellano:

> Biarritz, 6 marzo 37
>
> Dr. Benedetti
>
> Egregio dotore: Affari sepagnoli entretienen quelqune giorni fuora de Roma. Invece mia, le envio la visita de mia moglie con qui pose parlare lo stesso que con me.
>
> Aspeto atendera a mi moglie con la sua abituales gentilezza que sempre a abuto con me.
>
> Grazie mile de suo devoto amico.
>
> César González Ruano
>
> Escuse queste mio italiano deplorabile[243].

El idilio italiano se interrumpió con brusquedad al desencadenarse la guerra en Europa. *ABC* lo nombró corresponsal en Berlín, en 1940, con el encargo de desplazarse, en la medida de lo posible, a los frentes que creaba el rápido avance alemán. Fue una época desdichada. Seguía sin hablar el idioma y acaso sin entenderlo apenas. Sus crónicas dependían de las noticias que tenía a bien difundir el ministerio alemán en sus diarias conferencias de prensa, o más bien monólogos sin réplica posible. Aparte, claro está, de la lectura de la prensa francesa, cuyo idioma podía descifrar nuestro periodista, incapaz para las lenguas extranjeras. La vida de un cronista en un país totalitario

giraba en torno a las instituciones gubernamentales. Penella de Silva, corresponsal de *El Alcázar*, pudo comprobar *in situ* que, entre los periodistas españoles, ninguno sabía alemán. Ello les impedía enterarse de lo que se decía en las conferencias de prensa. Escribían gracias a los datos que les proporcionaba un «referente» del Ministerio de la Propaganda, en castellano, en un rincón de la sala de conferencias. El «referente», que es el término que utiliza Penella, era un nazi con todas las letras y, como es lógico, no les informaba más que de las grandezas y victorias germanas, nunca de los contratiempos. Ismael Herráiz, corresponsal de *Arriba* en Berlín, en 1941, y más tarde director del diario, relata una organización de la prensa extranjera que debía ser idéntica a la que pudo observar Ruano meses antes. Los organismos que debía tener en cuenta un periodista extranjero eran, en primer lugar, el Negociado IV del *Reichsministerium für Volksaufklärung und Propaganda*, que significa –aunque pueda parecer que son términos contradictorios– Ministerio de Ilustración Popular y Propaganda. El doctor Boehmer, un muchachote enérgico y bebedor, era el encargado de este servicio. Los corresponsales preferían la información emanada del Ministerio de Asuntos Exteriores, conocido por el nombre de la calle donde se ubicaba, la *Wilhelmstrasse*. Su portavoz era el doctor Schmidt que, según Herráiz, era un prodigio de sagacidad y tacto diplomático. Cada día Schmidt se enfrentaba a cerca de 200 periodistas. El forcejeo entre uno y otro ministerio se tradujo en intentos de acaparar la vida social de los periodistas. Cada ministerio abrió un círculo doblado de restaurante para periodistas extranjeros; el de Propaganda en el antiguo *Auslandes Klub*, cerca de la Potsdamer Platz, y el de Asuntos Exteriores en los salones del que fue Club Británico[244].

Ruano se acomodó primero en el hotel Imperial, en un cuarto con recibidor, alcoba, salón y baño. Trató, sobre todo, con los corresponsales de la prensa española: José Pizarro, Ismael Herráiz, Manuel Penella de Silva. A los dos meses encontró una casa por mediación de los Faupel, los antiguos embajadores en Salamanca, en el número 36 de la Branderburgischestrasse. El piso, dice en las *Memorias*, era muy grande y bien amueblado. Manuel Pombo Angulo, nombrado corresponsal de *La*

Vanguardia, heredó esta vivienda, y añade algunos detalles. Dice Pombo que la casa estaba en la calle Kurfürsstrasse o más bien Kurfürstenstrasse, a pocos metros del lugar que indica Ruano –acaso por error involuntario–, que tenía muebles pesados y un despacho oscuro, sobre cuya moqueta –según decían– se quitó la vida su antiguo propietario. Era «un judío especializado en Schiller». Un judío. ¿Por qué razón se suicidó? ¿Para escapar de la hostilidad de los nazis? ¿Para ahorrarse sufrimientos? En París volverá a ocupar otra vivienda propiedad de un judío, sin darle al asunto la menor importancia. Ruano dejó pocos papeles en aquella casa berlinesa. Pombo recordaba, pasados los años, la figura de César en un café –el Kranzler, el Wien, sobre todo–, y la imponente colección de chalecos sobre los que apenas derramaba la ceniza en su fumar constante[245].

Venturas de la Alemania victoriosa. En sus primeras semanas berlinesas, lo que escribe es un eco fiel de la propaganda de guerra: la admirable capacidad organizativa de Alemania, el belicismo inglés instigado por elementos judíos, la noble causa de Finlandia, la necesidad del espacio vital. La frecuencia con que el corresponsal emplea la muletilla «en círculos bien informados», o «en círculos de la Wilhelmstrasse» denota que sus fuentes de información son oficiales. De momento, parece compenetrado con su función. En la cena de homenaje que los corresponsables berlineses ofrecieron al general Faupel, Ruano fue encargado de pronunciar el brindis. Las cuartillas que escribió para la ocasión se adaptaron al ambiente exaltado del momento, con empleo de metáforas forzadas, absurdas: el *sol de la victoria* que el embajador tomó en sus manos para *ceñirlo a las sienes* de un *Estado con vocación de Imperio*, *mística de destino* y *fervor de misión universal*. Faupel hablaba español. Había servido como consejero militar en Argentina y en Perú y era presidente del Instituto Iberoamericano de Berlín desde antes de servir como embajador en la España franquista. Era un hombre corpulento, ojos grises y una gran nariz. Ramón Serrano Suñer lo calificará de mangoneador y metomentodo, tratando de fomentar las disensiones que surgían en el Cuartel General. No era un hombre con tacto. Faupel dio las gracias a su «amigo» don César González Ruano y habló de la amistad entre la España una,

grande y libre y la Alemania regida por Hitler[246]. Solo en ocasiones Ruano desliza alguna de sus frases, «la vida es mucho más que una novela», la «alegría de andar» por tierras desconocidas hasta entonces. Los servicios de propaganda alemanes traen y llevan al corresponsal por Eslovaquia, incluida una breve entrevista con monseñor Tiszo, el jefe de gobierno. Viajó hasta Praga y allí tuvo unos encuentros extraños con una familia judía. El antisemitismo disminuía con la distancia. Capaz como era de argumentar en pro de la conspiración judía mundial, podía ver con simpatía el sufrimiento de quienes tenían que ocultarse y disimular ante las autoridades de ocupación. Fue hasta Noruega, volando en un avión militar entre Berlín y Oslo. El cronista reconoce que no sabe una palabra de estos países, pero tampoco tiene tiempo para enterarse. El inicio del *blitzkrieg* sobre Bélgica y Holanda le obliga a un nuevo traslado. «En toda la extensión del Reich no existe nada que no esté previsto y organizado».

En mayo de 1940 visitó las zonas conquistadas por la *Wehrmacht*, en compañía de otros corresponsales extranjeros. Entre estos corresponsales se encontraba William Shirer, el norteamericano que hacía preguntas «capciosas y complicadas», según Ruano, acaso porque no simpatizaba con el régimen alemán. Shirer dejó en su diario una mención de la excursión: «Mañana me voy al frente […] iremos en primer lugar a Aquisgrán. Somos nueve en el grupo, cuatro norteamericanos, tres italianos, un español y un japonés». A Shirer, como a Ruano, le impresionaron los desastres de la guerra: casas desmoronadas, ruinas, filas de refugiados, caras amargas entre los civiles de Bélgica. En Bruselas el grupo se dispersó después de almorzar para ir de compras, «con sus marcos, que ahora tienen mucho valor, adquieren zapatos, camisas, gabardinas, medias de mujer»[247]. A finales de ese mes dice haber hecho un breve viaje a Venecia, en compañía de su colega Penella de Silva, un viaje divertido. Olvidado de su reciente contratiempo de salud, sintiéndose «como en los momentos mejores».

A finales de junio entró en el París recién ocupado. Todas las tiendas cerradas y el aspecto de una ciudad en huelga general. No circulaban vehículos, ni taxis ni autobuses, muchos de ellos

requisados para el transporte de tropas. Las hortalizas se pudrían en las tiendas. Las carnicerías exhalaban un aroma poco agradable. Más de la mitad de la población había escapado en carros, en bicicletas o a pie; el ochenta por ciento según el cronista, «el éxodo más estúpido y más contra razón que la historia recuerda». Alcanzó a ver el retorno de los primeros emigrados: «Vimos entrar por las puertas de París aquellos coros civiles destrozados». Escuchó quejas de sus políticos y alguna de los generales; los lamentos, escribe, no se dirigían a los alemanes. «El francés se da perfecta cuenta de que la victoria lograda por la Alemania de Hitler es indiscutible». Ruano vuelve a contribuir modestamente a la propaganda de guerra, comparando la cortesía del invasor con la dejadez e irresponsabilidad de los dirigentes franceses. En este punto es probable que no le faltara razón. Los ocupantes habían recibido órdenes severas de comportarse de manera exquisita. *Ils sont corrects* era el motivo recurrente de muchas conversaciones. De los saqueos sufridos por algunos pueblos del norte de Francia responsabiliza el cronista a la bárbara y enloquecida tropa colonial francesa[248]. El triunfo definitivo de las armas alemanas se le antoja próximo, más aún, con los prodigios de táctica militar que inutilizan al enemigo. El armisticio firmado en el vagón de ferrocarril de Compiègne era presagio del fin de «un ciclo triunfal y acaso definitivo de la guerra». Mientras tanto, el corresponsal no parece inmutarse al informar sobre la cordialidad existente entre Berlín y Moscú. ¿Qué se había hecho de la hidra bolchevique? El día de nochebuena de 1940, Ruano felicitó a sus lectores enfrentando el belicismo anglofrancés a la ternura, la *gemütlichkeit,* del pueblo alemán.

Ruano, sin embargo, no estaba dotado para la actividad propia de un corresponsal de guerra. No le gustaba y no dudaba en expresar su disgusto. No poseía la dedicación ni estaba dispuesto a arrostrar el riesgo físico o las penalidades del oficio. Cuando en varias ocasiones se refiera a esos meses diciendo que lo peor era el ruido de las explosiones, exagera. Nunca estuvo cerca del combate real, aunque tampoco se permitía a los corresponsales acercarse demasiado al frente. En otro momento describe un bombardeo sobre algunos barrios de Berlín y su

necesario descenso a un refugio: tres horas perdidas y la incomodidad de tener que acostarse a las cinco de la mañana. La gente entretenía la espera con «Lili Marleen», la canción del momento. La aviación alemana –vuelve a mentir– siempre bombardeaba objetivos militares, mientras que los ingleses lanzaban sus bombas sobre los barrios del norte de Berlín. El Ministerio de la Propaganda enseñó a los corresponsales unos cartones inflamables que arrojaban los pilotos ingleses; unos cartones incendiarios de forma cuadrada, de unos cinco centímetros. Eran de celuloide y en el centro había un poco de algodón, y abajo fósforo combinado con otras sustancias químicas. Se encendían al contacto con el aire. Podían producir quemaduras mortales, «y son muchos los niños alemanes que han sufrido quemaduras al tocarlos o pisarlos»[249]. Lo cierto es que las comunicaciones de los representantes de los diarios españoles en Berlín estaban intervenidas, por así decir. Sus informes se enviaban a través de la agencia Transocean, que los remitía con sus boletines a los periódicos correspondientes. De esta manera, la embajada alemana en Madrid se aseguraba una influencia directa sobre las crónicas enviadas desde Alemania. Josef Hans Lazar, agregado de prensa en la embajada, se permitía enviar unas «Cartas berlinesas» a los periódicos. CGR no parece haberse resignado a los controles. «No teníamos censura, escribe en las *Memorias*, pero estaba bastante claro cuál hubiera sido la consecuencia en el caso de escurrirse lo más mínimo»[250]. Lo cierto es que en estas semanas las funciones de CGR no pasaron de ser las de un propagandista al dictado.

Luis de Galinsoga, reciente director de *La Vanguardia*, visitó Berlín en agosto de 1940. Almorzó en el Kaiserhof en compañía de los corresponsales de prensa destacados en Alemania. Abrazó a Ramón Garriga, el periodista que pasaba por ser el hombre de Serrano Suñer; estaba Ismael Herráiz, de *Arriba*, que se iniciaba entonces en el periodismo activo. García Díaz, de *Pueblo* y algunos más. Galinsoga dedica una especial mención al que llama «viejo camarada de tantos años», César González Ruano, «pulquérrimo, quebrado de color, con su deliberado aire decadente, pero, en el fondo, lleno de los mismos ardores de su temperamento y de su espíritu que le timbraron esa voz

cavernosa, rotunda, apasionada en que traduce sus sentimientos»[251].

Quebrado de color lo encontró Galinsoga. Un síntoma. El «viejo camarada» estuvo a punto de morir en Berlín, pero no por los efectos de las bombas inglesas, sino en medio de una crisis en la que debió influir el desaforado consumo de alcohol. Empezó con un agudísimo ataque de ansiedad, con pulso irregular y palpitaciones. Anduvo cerca del colapso y creyó que la vida se le escapaba por momentos. Apareció un médico apellidado Koepke que le inyectó en varias partes de su cuerpo, y directamente en el corazón, una pócima desconocida, adrenalina acaso. De momento se recuperó. Pero durante días, cualquier ruido, el de una motocicleta, el de unas pisadas rápidas, le alteraban sobremanera. Tampoco podía entrar en locales cerrados porque se ahogaba. CGR trató de poner fin a este episodio regresando al paraíso de Italia. La embajada española en Roma fue consultada y se opuso a su retorno con mucho énfasis. Pedro García Conde oficiaba entonces como embajador. Las autoridades italianas, aleccionadas por informes anónimos, tampoco se mostraron favorables.

> Filosofo, poeta, romanziero, giornalista e scrittore político rimarchevole, ubbriacone, imbrogione, falsario, queste sono le sue particolari caratteristiche morali.

La policía política informó en noviembre de 1941, que «il Ruano» trabajaba para la embajada alemana y, aunque no precisaba las fechas, parecía sugerir que esta colaboración iniciada en España había continuado en Italia.

> Ha percepito per molto tempo da parte tedesca un susidio mensile di mille marchi [...] É un soggeto equivoco e sospetto al massimo grado, che per danaro é capace dei piú bassi tradimenti, che si vende al miglior offerente, che perció non da la mínima garanzia delle sue azioni, che ammete cinicamente di essere opportunista, ma eche d’altra parte è una persona intelligentissima e perciò doppiamente pericolosa[252].

Enredador, borrachón, cínico y falsario, capaz de venderse al mejor postor. Su inteligencia, que la policía reconoce, le hacía doblemente peligroso. El madrileño silenciará este episodio en sus *Memorias*. El relato de su estancia en Berlín se anuda con el de su viaje a París y el temporal abandono del periodismo. Lo de negarle la residencia en Italia era, sin duda, una humillación que no podía confesar, ni siquiera *a medias*. Los últimos despachos que enviará a su periódico fueron publicados entre septiembre y octubre de 1940. El «grandioso» recibimiento de que fue objeto Ramón Serrano Suñer. ¿Intervendría España en la guerra? «España sigue fiel a su posición natural en el terreno internacional». A la hora precisa, su gobierno dará la señal. Luego vinieron varios artículos sobre los bombardeos alemanes sobre Inglaterra, presentados como represalia de las acciones de la aviación inglesa. De repente, se hizo el silencio.

IX
París, 1940-1943

Habíamos quedado en que CGR no tenía madera ni afición de resistente ante el invasor nazi. Tampoco demuestra atracción hacia el fascismo o interés por la política de Vichy. En el momento de ser detenido llevaba algún tiempo en Francia. He aquí la ficha de la Prefectura de policía de París.

> 23 Novembre 1940
>
> GONZALEZ-RUANO, Cesar, de nationalité espagnole, né le 22 février 1903 à Madrid (Espagne) de Tomas et de Rosario Ruano, a epousé le 25 juin 1935 à Madrid, sa compatriote, de Navascues Marina, née le 25 août 1913 à Ceuta (Maroc espagnol), de Hernan et de Juana Gomez.
>
> De cette union est née un enfant: César, âgé de dix mois.
>
> Après avoir fait quelques courtes sejours dans notro pays, notamment en 1939, Gonzalez Ruano y est revenu le 9 octobre 1940, nanti d'une autorisation délivrée par les autorités allemandes à Berlin. Sa femme est venue le rejoindre le 28 du même mois, munie d'une autorisation analogue.
>
> Tous deux son titulaires d'un recépissé de demande de carte d'identité delivrée à la Préfecture de Pólice le 15 novembre 1940, au titre «sans profesión» valable trois mois.
>
> Les époux Gonzalez habitent depuis quince jours 11 bis boulevard Délessert (16 ème) dans un appartement d'un loyer anual de 11.000 francs. Precédement ils logeaient à l'hôtel des ambassadeurs, boulevard Hausmann.
>
> Gonzalez-Ruano, qui sollicite l'autorisation de séjour pour travailler á la delégation de Presse de l›État Espagnol à Paris, a fait ses études à l›Université de Madrid, dont il est licencié ès-lettres.
>
> Avocat, il est inscrita au Barreau de Madrid.

> Il a écrit plusieurs ouvrages, dont un sur Baudelaire, mais ses livres n'ayant pasé [¿?] en librairie le succès qu'il attendait, il s'est lancé dans le journalisme.
>
> Gonzalès-Ruano a collaboré alors à divers journaux et revues, puis en 1934, il a été accredité para la «Corporation phalangiste de la Presse et de la Radio» (Ministère de la Propagande) comme journaliste.
>
> En mars 1935 il a été nommé correspondant de l'A.B.C., quotidien de Madrid, poste qu'il a occupé jusqu'au la fin de l'année 1939. La Direction de ce journal l'a affecté ensuite à Berlin, où il est resté jusqu›aumois d'Octobre 1940.
>
> Depuis, il collabore pour la compte du même journal à Paris.
>
> Sous le contrôle de la Délégation de Presse de l'État Espagnol à Paris, 20 rue de la Paix, Gonzalez Ruano a l'intention de faire paraître dans notre capitale, au debut de Décembre prochain, une révue en langue espagnole qui aurait pour objet de servir la propagande espagnole.
>
> Du point de vue politique, cet étranger, bien que rallié au mouvement phalangiste, a toujours eu des convictions monarchistes qu'il ne semble pas avoir reniées. Et n'attire pas autrement l'attention.
>
> Gonzalez et sa femme ne sont pas actés aux [*ilegible*] judiciaires[253].

Salvo algunos detalles, como la pertenencia a esa extraña corporación falangista de prensa, o el que daba por supuesta la intención de seguir ejerciendo el periodismo en París, la información de la Prefectura era correcta. CGR había llegado a la capital francesa con el objeto de abandonar la que había sido su profesión hasta entonces. En las *Memorias* dirá que recibió una respuesta negativa de *ABC* para abandonar Berlín y que poco menos que lo echaron. Quizás el director, José Losada de la Torre, no accedió a la pretensión de regresar a Italia, o a otro lugar, y Ruano lo interpretó como un desaire o un despido. Lo cierto es que, de momento, tenía vetado el retorno a Roma. Se propuso entonces aplicarse en una tarea muy diferente al periodismo. Decidió «probar lo que era la vida sin tener obligación de escribir. Sospechaba que podía ser una maravilla».

Esa maravilla imaginada tenía que ver con ciertas actividades capaces de enriquecerlo con facilidad y rapidez, orillando cualquier escrúpulo. Confiesa –a medias– que tenía «algún dinero ahorrado», suficiente para vivir un año entero, sin cobrar de ningún sitio. ¿Ahorros? Según declaró la mujer de Manolo Viola, Laurence Iché, al novelista José Carlos Llop, muchos años después, se decía entre los españoles residentes en París que había aprovechado su corresponsalía en Berlín para estafar a judíos alemanes en apuros[254]. Cosa improbable. De haber conservado ahorros tenían que proceder de negocios realizados en Italia, no en Berlín, donde residió poco tiempo, el control era más estricto y el riesgo cierto. Ruano no era hombre previsor, al contrario. Siempre vivió al día. Es probable que esos ahorros que declara no estuvieran hechos de «dinero», sino de cosas más sólidas, de joyas, por ejemplo. Conjeturas.

La ciudad le resultaba familiar por viajes anteriores, el primero en 1926, y después en 1933 y en 1936, de paso para Italia. Entonces no conocía a nadie o casi nadie del mundo artístico. Fueron Antonio Zuloaga, hijo del pintor, y Ramón Martínez Artero, el cónsul de España aficionado a la pintura, amigo de Picasso, quienes le presentaron, sobre todo, a la colonia de artistas españoles avecindados en París. CGR vivió al principio en Passy, en el número 11bis del Boulevard Délessert. El piso le fue alquilado «en condiciones excepcionales de favor mutuo, ya que en mi condición de español lo defendía, pertenecía a unos judíos que estaban en la Francia libre o no ocupada, creo que exactamente en Niza. Era muy grande, con doce habitaciones, varios salones comunicados y buenos muebles, muy a la francesa y muy a la judía». El piso era cómodo, con calefacción y agua caliente. Un lujo en el París ocupado. ¿Favor mutuo? Un judío no tenía fuerza alguna para negociar o trocar favores en aquel momento. Quizás el favor consistiera en la gratuidad, a pesar de lo declarado a la policía. Como pudieron averiguar Rosa Sala y Plàcid García-Planas, autores de *El marqués y la esvástica*, el piso de Passy era propiedad de José Bernheim, un empresario judío con intereses comerciales en Centroamérica. Auxiliado por el español Ruiz Aranda, que trabajaba entonces para la organización Otto, la central de compras del ocupante, bien

relacionado con la embajada española, Bernheim logró escapar de Francia. Y fue el mismo Ruiz Aranda quien le facilitó a Ruano las llaves de la enorme vivienda. Pronto –dice el interesado– se aburrió de ese barrio demasiado tranquilo. Lo de CGR era poner casas, una tras otra, y decorarlas a su gusto. El mobiliario imperio le resultaba empalagoso, al igual que los cuadros y bibelots que decoraban el piso. Podemos conjeturar, además, que necesitaba sitios más céntricos, más concurridos para la vida que planeaba. Y eligió Montparnasse, por entonces centro de la bohemia artística, pobladísimo de cafés. Según el testimonio de la viuda de Ruiz Aranda, Ruano fue vaciando concienzudamente el piso de Passy, vendiendo los objetos de valor. Cuando la vivienda –de 825 metros cuadrados de superficie– fue sometida a «arianización», en 1943, estaba vacía de muebles y cuadros. El tasador solo encontró desperdicios. Ruano siguió manteniendo una estrecha amistad con Ruiz Aranda en España, cuando puso en pie negocios variados, un «tipo admirable, aventurero y valeroso», una amistad tan estrecha que, cuando viajaba a Madrid, se alojó en varias ocasiones en el domicilio de Ríos Rosas. La que denuncia el saqueo parisino no es Alice, la primera mujer de Ruiz Aranda, que murió en París y fue causa de que su marido no escapara a las acusaciones archifundadas de colaboracionismo. Su segunda esposa se llamaba Roser Ferran, la *noia* de la Pirelli, así llamada por su labor de administración de las empresas italianas durante la guerra civil. Roser Ferran conoció Julián Ruiz Aranda en España y se casó con él en 1951, una fecha posterior a los hechos que dice conocer[255]. ¿Saqueo del piso? ¿Cómo pudo saberlo? Pongamos este juicio entre signos de interrogación.

Sobre las actividades de CGR en París se ha fantaseado mucho. Nuestro hombre, a lo largo de los años, fue el primer interesado en cultivar una leyenda, si no heroica, porque eso era imposible, sí que entre romántica y aventurera.

En el París de la ocupación, calmo en apariencia hasta 1942, se habían alterado algunas costumbres. El metro había adquirido una importancia enorme, al haber sido requisados automóviles y autobuses, privados o públicos. Estaba abierto hasta las 11. A partir de la medianoche se declaraba el toque de queda. La falta

de transporte provocó la reaparición de los antiguos coches de caballos, los *fiacres*, usados como vehículos de alquiler. Las bicicletas, a veces convertidas en taxis con ayuda de un remolque, fueron transportes que gozaron de gran predicamento. Todos los alimentos imprescindibles en la vida diaria –vestidos, calzado, tabaco, alimentos en general– estaban racionados. Reinaba el mercado negro, resultado de la escasez, de la penuria creada por la voracidad del ocupante para apropiarse de cualquier recurso que sirviera para el esfuerzo de guerra. El Estado francés tenía que financiar el mantenimiento del ejército de ocupación, entre 100 y 200.000 hombres. 400 millones de francos diarios. El aparato económico fue reorientado para satisfacer las necesidades del ocupante en materias primas y productos agrícolas e industriales. El 50% de la producción agrícola francesa se destinaba a las necesidades de Alemania. Por si ello fuera poco, se fijó una tasa de cambio entre el marco alemán y el franco francés de 1:20, lo que supuso una sobreevaluación que oscilaba entre el 50 y el 60%. Con ese cambio ventajoso, los alemanes podían comprar el país entero[256].

Todo parecía posible durante la ocupación, se dijo entonces. La existencia peligrosa del traficante podía tentar a aquellos que anhelaban una vida más intensa, los que tenían afán de aventura o deseaban acumular una fortuna por el camino más corto. Un personaje del novelista Patrick Modiano estaba convencido de que aquel París era como un edén. Se podía traficar con oro, alquilar pisos para vender luego los muebles, cambiar diez kilos de mantequilla por un zafiro. Y ello sin tener que rendir cuentas a nadie. Un periodista español, José Ramón Alonso, conocido de Ruano desde los años de Roma, fue testigo de aquel momento excepcional:

> Quien no se ha enriquecido en Francia en los cuatro años de ocupación es porque carecía en forma absoluta de predisposición para ser un *moneyed man*. Bastaba con comprar cualquier cosa, la más absurda e inverosímil para realizar un negocio inevitable [...] El beneficio ilícito se había convertido en los años de la ocupación en una especie de

deporte nacional[257].

El tráfico se había convertido en una profesión altamente remunerada. Personas que antes de la ocupación habían desempeñado oficios honorables, se involucraron en actividades clandestinas. El escritor Ferran Canyameres observó cómo varios de sus amigos, exiliados republicanos o catalanistas como él, se hacían ricos especulando con todo lo que podían. Otro catalán, Josep Maria Millàs-Raurell, poeta noucentista, jefe de secretaría de la Generalitat, de la noche a la mañana se convirtió en un hombre de negocios, orgulloso de su situación desahogada. Los había que procuraban estar en buenas relaciones «amb la gent de la situació», con el fin de operar comercialmente sin padecer molestias. Quienes habían hecho negocios ilícitos compraban a cualquier precio divisas extranjeras y procuraban situarlas en Ginebra, Lausana, Madrid o Lisboa. Dice CGR: «Hubo una época en que yo tenía francos suizos, dólares y libras. Fueron los únicos años en que viví bien y precisamente los únicos en los que no hacía literatura. La literatura da un dinero de pobre. Cuando se deja de cobrar dinero de pobre se empieza a ganar dinero de rico»[258]. Ruano recordará que en algunos bares de París se compraban y vendían libras y dólares de dos clases: los verdaderos y los falsos. Cada uno tenía su cotización, llegándose con facilidad a un acuerdo entre quien vendía sin ocultar que no eran billetes auténticos, y el que compraba sabiendo lo que adquiría. Un muchacho español, estraperlista, que vendía a Ruano mantequilla y huevos, describía la situación:

> –Hay que *debruyarse* [*se debrouiller*, apañarse]. El *marché* negro hoy día es una profesión de comerciante. Si no te *debruyas* ¿cómo haces el *poñó*? Y si no tienes *poñó* [*pognon*, la pasta, el dinero], ¿de qué vas a comer? ¿De los tiquetes?[259]

Hubo tres inviernos consecutivos, entre 1940 y 1942, con temperaturas bajísimas. Grandes placas de hielo navegaban por el Sena. Las terrazas de los cafés estaban vacías, con un palmo de nieve sobre los veladores. Los empleados municipales se afanaban en despejar las calles blancas. «Et voici le marché

blanc», tituló un periódico. No había carbón para calefacción y el consumo de electricidad estaba severamente tasado. Cuando se superaba la cifra asignada se corría el riesgo de que la compañía cortara la corriente. Por lo mismo, estaba prohibido el uso de aparatos eléctricos de calor. El frío que padecían los particulares era aterrador. El precio de los alimentos no paraba de subir. Una merluza pequeña costaba 400 francos, 1 kg de carne, 200. Mediado 1942, los víveres eran tres y hasta cuatro veces más caros que doce meses atrás. Por un traje de hombre se pagaban 8.000 y hasta 12.000 francos y un par de zapatos costaban entre 6.000 y 7.000. Muchos parisinos se alimentaban de *rutabagas*, un tubérculo parecido al nabo. Un obrero cualificado ganaba entre 60 y 100 francos diarios; un funcionario no más de 3.000 o 4.000 mensuales. Quien disponía de un salario de más de 5.000 francos, equivalentes a dos kilos y medio de café, era una persona afortunada. La imparable devaluación del franco, el rechazo del papel moneda, fomentaba una actitud que no iba más allá del presente inmediato: *vivre au jour le jour*. Valía más gastar hoy a esperar a mañana. Los precios del mercado inmobiliario subían constantemente. Lo mismo ocurría con el floreciente mercado artístico y de antigüedades. El hotel de ventas de la rue Drouot –*ventes aux enchères*– se había quedado chico para dar cabida a todos los que pujaban en las subastas. En diciembre de 1942, la colección Viau se remató íntegra en 46 millones y ochocientos mil francos. Los expertos valoraron las piezas –Degas, Renoir, Delacroix– muy por debajo de lo que el mercado estaba dispuesto a pagar. Este fue el caso, entre otros, de *La montagne Sainte-Victoire*, una tela de Cézanne, de 55 x 46 cms, que salió en 1.500.000 francos. La primera puja alcanzó los dos millones y fueron subiendo hasta llegar a los cinco millones. A estas subastas solían acudir numerosos compradores alemanes. Algunos tan importantes como Hermann Goering, aunque fuese por persona interpuesta. Un cronista creyó que se había perdido la noción del verdadero valor de las cosas. Un informe de los servicios americanos estableció, con posterioridad a la guerra, que París se convirtió en el mercado artístico más activo de toda Europa[260].

Los cuadros podían venderse a los galeristas directamente;

también podían utilizarse a intermediarios o agentes. Y aquí era donde intervenía González Ruano, el español al que los alemanes acababan de detener, creyendo por equivocación que habían descubierto a un resistente.

Hay en Ruano un síndrome parecido al del protagonista de *El difunto Matías Pascal*, la novela de Luigi Pirandello, digámoslo una vez más. Su argumento es conocido: Matías Pascal, un pobre hombre, que lleva una vida sentimental desdichada, es dado por muerto. Se le abre entonces la posibilidad de ser diferente, de tener otra identidad. Juega a la ruleta en Montecarlo y gana una fortuna. La pierde luego y vuelve a ser el que era, ante el asombro de su pueblo, hallando que su esposa se ha casado con otro durante su ausencia. Esta novela fue, por confesión propia, muy importante para CGR, a la que dedicó varios artículos: «Es una de las invenciones novelescas que más me gustaron y que dejaron más profunda huella en mi juvenil formación literaria [...] Más de una vez, aunque tímidamente y solo en cierto modo jugó uno al matiaspascalismo, con una voluptuosidad que nos libraba de nuestro nombre y del aburrimiento de nuestra biografía»[261]. Matías Pascal fue en Marruecos, en Roma y ahora en París. ¿Qué necesidad tenía Ruano de adoptar la identidad de un marqués cínico, por encima de la moral común en el París ocupado? ¿El ansia de dinero? ¿El placer del riesgo y la aventura? ¿La agradable sensación de sentirse diferente, en un ambiente desconocido? ¿El desafío de sobreponerse a una situación difícil, caminando por el filo de la navaja? Acaso de todo un poco. CGR tuvo siempre una pobre idea de la condición humana. Y no le importaba proclamarla, a pesar de que ello le ganase fama de cínico. Todos teníamos un precio. Algunos se hacían ilusiones sobre su condición de insobornable, y ello les impedía ver con claridad una realidad «terrible»: la de haber conservado la honestidad porque nadie se había tomado la molestia de corromperlo, porque nadie tenía interés en comprarlo. Ruano creía que en el asunto del precio influía y mucho la oportunidad y el modo de hacer los tratos. «El peor sistema de venderse», sostiene en un artículo muy posterior a esta época, «es llevar demasiado visible el precio»[262]. Lo decisivo era no solamente recibir el precio sino darlo uno mismo

a otros. Ruano contó en más de una ocasión una anécdota que le sucedió a una persona conocida. Una vez se le acercó una joven para hacerle una extraña proposición: «¿Usted tendría inconveniente, aunque no sea cierto, en que yo diga que he tenido amores con usted? Me facilitaría mucho…». En esta ocasión, el precio lo daba él. La incertidumbre, el misterio, la leyenda –como la que cultivó toda su vida– servía para exhibir el precio más alto. Si los hombres no son nobles, si todo –la fama, la gloria, la santidad y hasta el amor– es o puede convertirse en moneda –no toda moneda es vil–, entonces, ¿por qué tendría que justificar o disculpar sus acciones en aquella época turbulenta y excepcional?

Una de las cosas que llamaron la atención de sus captores fue el número de domicilios que CGR tenía registrados en la ciudad. Comenzó alquilando una habitación en un hotelito de la rue Delambre; luego, sin dejar la casa de Passy, 11 bis Boulevard Délessert, arrendó el primer estudio en el 23 de la rue Campagne Première, y luego el segundo en el mismo inmueble. Por último, recién salido de la cárcel de Cherche-Midi, tomó una última vivienda, en el 42 de la rue Boulard. El segundo estudio de la rue Campagne Première acabó traspasándolo a Óscar Domínguez, «que ya era muy amigo mío». También tenía, como ya sabemos, una suerte de residencia campestre en Barbizon, *La Floralie*; una casa de un solo piso con una buhardilla habitable, algo que resultaba muy útil no solo para descansar sino para aprovisionarse de los alimentos frescos que eran raros en la capital. En Barbizon todo recordaba a la escuela pictórica a la que había dado nombre: *Ici vécut et mourut Millet*, *Ici vécut Daubigny*, etc. Con sus casas de tejados a dos aguas, bar americano y bosque centenario, el pueblo había sido invadido, al decir de Galtier-Boissière, por gánsteres de la prensa y de los negocios, personajes que no gozaban de la simpatía de los *barbizonnais*, porque pagaban lo que les pidieran y ello hacía subir los precios de los proveedores. «Gentes del llamado gran mundo», según otro testimonio, ahora dedicadas a negocios que no tenían grandeza alguna[263].

Ante los interrogadores, el inquilino de tanto inmueble intentó defender su necesidad lo mejor que pudo, bien por el

toque de queda, que dejaba a la intemperie a quien le sorprendía en otro punto de la ciudad; bien porque alguno de ellos le servía como estudio. Pudo haber dicho que había gente que prefería alojarse en un hotel porque, en invierno, tenían calefacción. Pero, desde luego, era difícil de justificar que algunos de estos pisos, estudios o apartamentos estuvieran en la misma zona y en calles poco menos que paralelas, todos ellos en el XIV*ème arrondissement*, en el barrio de Montparnasse.

El misterio no parece difícil de desentrañar. CGR actuaba de intermediario entre artistas como Domínguez y los compradores finales. Podía presentarse como marqués español, urgido por desprenderse de alguna pintura valiosa, dispuesto a ofrecer un precio de ganga. O podía asumir cualquier otra identidad, la de un marchante o la de un vendedor de iconos rusos, por ejemplo. Para cada representación, un marco adecuado. Como escribe en *Manuel de Montparnasse*:

> Manuel tenía el sentido de la simulación fuertemente desarrollado. Cualquiera que venía a su estudio por primera vez se llevaba la impresión de que Manuel no sólo vivía bien, sino que vivía lujosamente. Con aquella doble personalidad suya de desprendido y soñador y de negociante y próximo al majismo de la estafa[264].

El mercado del arte, auténtico o falsificado, es descrito con precisión de conocedor por CGR. Demuestra conocer las alzas y bajas en la cotización de cada artista. Aparecen negociantes, como un supuesto *monsieur* Latour, para el que trabajaban varios pintores fijos y un escultor. Los pintores le hacían cuadros antiguos, principalmente, pero también algún Corot, algún Modigliani o bien apuntes de Renoir que se vendían muy bien. Este Latour no operaba directamente, sino a través de intermediarios. Trabajaba, entre otros, con un «aristócrata francés» que se llevaba estas maravillas artísticas a su casa, fingiendo urgencias para vender, hasta que capturaba al iluso comprador, que creía irreflexivo. La técnica del camelo y sus variantes se describen con pelos y señales por quien estaba acostumbrado a ponerla en práctica: un sedicente aristócrata

español que podía servirse de un tercero para encontrar la mercancía y su baratura, comparándola con otra del mismo pintor adquirida por él y así llevar al «ganguista envirutado» (sic por envirotado, entonado y tieso en demasía) a ofrecer el doble o el triple de lo abonado por el «gancho». A veces la falsificación era llevada a una casa de subastas, y se adquiría como un «posible Corot». Luego venía un experto que certificaba que aquello era un Corot con todas las de la ley y así se santificaba la pintura, por así decir, «con todos los sacramentos». Para que el riesgo de ser descubiertos fuera menor, se procuraba que el cliente fuera un ave de paso, un provinciano o el agente de un coleccionista extranjero[265].

Ruano describe estos negocios en algunas de sus obras semibiográficas, escritas poco tiempo después, en sus últimos meses parisinos y en los primeros de residencia en España. Lo que no dice en ellas, claro está, es que él mismo fuera el protagonista de esos gatuperios. Aunque para un conocedor de su trayectoria y escritos, la identificación resulta sencilla. Hay en Ruano un considerable afán de confesión; de expiación de una culpa, podría decirse, que solamente relata a medias; un afán por describir sus andanzas y picardías, de manera más o menos retocada o fantaseada. Años más tarde le expondrá esa situación, contradictoria en apariencia, a su médico de cabecera, el doctor Rodríguez Candela: «El extraño placer físico que invade al autor de cualquier desmán, fechoría o acto ilícito una vez realizada la prohibida tarea [...] Pero el temor o el arrepentimiento, si lo hay, acontece después»[266]. Una explicación parecida es la que ofrece en sus diarios. ¿Cínico? Lo era. No le duelen prendas en declararlo. Pero el suyo es un cinismo lastrado por la mala conciencia. Ruano se observa y aprecia en su persona –«un pobre burgués»– la persistencia de lo que llama «escrúpulos burgueses», fiel a «ochenta convencionalismos baratos»[267].

En una de sus novelas de circunstancias, escrita entre 1945 y 1946, hay un personaje al que llama José, descrito como un español «emancipado por la aventura», con antepasados orgullosos de su hidalguía. Tiene una madre que, como doña Rosario, se complace en rascarle suavemente la cabeza después de comer. José tiene como interlocutor a Pedro de Agüero que,

como sabemos, es uno de los nombres o seudónimos que había usado Ruano. Existe, como en otros trabajos literarios, un desdoblamiento, una descripción de su persona y actividades a través de dos personajes diferentes. Agüero es un escritor que tiene un estudio en el mismo barrio [de Montparnasse] que José; un escritor del que «se decían demasiadas cosas». Por su parte, José vive feliz y contento en el París ocupado, gozando «como un criminal», podría decirse, de unas actividades que el periodista José Ramón Alonso había descrito con precisión:

> Empezó a ganar sumas importantes de dinero. Millones de francos malos, de francos sin garantía y sin mucha esperanza, pero aquellos francos servían para comprar y seguir vendiendo, continuar ganando y adquirir moneda extranjera, joyas y objetos de arte, que a través de mil combinaciones iba situando en Suiza, en Portugal, en España. Jugaba a la vida y a la muerte con la elástica sencillez de un deportista. Sabía que igualmente la policía francesa que la alemana le buscaba las vueltas, pero él se metía más y más en el laberinto de los intereses creados, trataba a las gentes más diversas, vivía con una despreocupada ostentación de su dinero, conseguía permisos casi imposibles para viajar, organizaba redes de comercio prohibido con Bruselas y con Marsella [...] tenía amistades entre influyentes colaboracionistas y amistades con los judíos refugiados en Montecarlo; consumía botellas de champaña entre los oficiales alemanes del ocupado Grand Hotel; traficaba entre el mundo internacional y acorralado del hotel de París en Montecarlo, y se sentaba de mesa en mesa en el Noailles de Marsella, nido del espionaje, agencia de visados americanos y lonja de la moneda[268].

Lo que se puede afirmar con seguridad es que CGR hacía ostentación de riqueza, y que la dilapidaba con su generosidad y falta de tiento habitual en buenos restaurantes o en propinas.

Algunos testimonios coetáneos lo describen en su faceta de anfitrión amable y civilizado, dentro de un grupo de compatriotas expatriados, entre los que figuraban diplomáticos como Ramón Martínez Artero, cónsul general en París, periodistas como Juan Bellveser o Ezequiel Endériz, exiliado de

filiación izquierdista, o el doctor Gregorio Marañón, paño de lágrimas de Ruano, siempre dispuesto a prestarle ayuda profesional y desinteresada. También trató en los primeros meses a Francisco Lucientes, su amigo y antiguo colega del *Heraldo*, entonces corresponsal de *Ya*. Pero Lucientes fue, como José Ramón Alonso, expulsado de Francia por las autoridades alemanas, que no sufrían la menor crítica al gobierno de Vichy, y menos que se les llamara «ejército de ocupación»[269]. Al poco tiempo de su llegada a París, Ruano padeció lo que parece haber sido una infección cutánea en la barbilla, que le obligó a dejarse barba. El tratamiento recomendado por el doctor le alivió en pocos días, y ello inició un trato duradero, amistoso, aunque lógicamente desigual, en los años siguientes. El aplomo de Marañón inspiraba confianza. Su generosidad, además de su habilidad como médico, hacía que sus pacientes –no solamente Ruano– apreciaran en él a una figura con facultades casi milagrosas. Además, en medio de los tratos y contratos equívocos, Marañón parecía rescatarlo del fango en que andaba metido.

> No veo, mi querido amigo, salida para mis cosas. Estoy llegando, con una especie de tranquila desesperación, al bloqueo casi completo sin encontrar nada. Es desesperante. Y no lo siento tanto por mí, sino por quien me acompaña. Tampoco quiero molestarle a Vd. y convertirme en un fantasma de pesadez desvirtuando así la delicia de una amistad que me hace pasar ratos inolvidables.
>
> Aunque la vida casi no da derecho a la elegancia, ni aun en los momentos en que uno más necesita de ella, hay que defender todo lo posible de los espectáculos feos las figuras como la de Vd., y reservarlas para las horas puras, limpias y claras. Por eso no [he] ido a verle esta vez en que tan deprimido ando en unos días de París doblemente grises y tristes para mí. Me ha privado con ello de uno de los placeres más finos que tenía en París[270].

Entre sus relaciones diarias se encontraba, naturalmente, el grupo de artistas españoles residentes en París. De todos ellos, o de casi todos, escribirá unas semblanzas, describiéndolos en su

aspecto físico o en sus peculiaridades artísticas, primero en las fichas de veinte de ellos y luego en sus *Memorias*.

El azar o la necesidad se había encargado de agruparlos. Los unos en el distrito 13: Pedro Flores, pintor de tauromaquias, tenía un estudio «bastante dramático» cerca de la cárcel de La Santé; Fabián de Castro, habitante en una bocacalle del bulevar Auguste Blanqui, Apeles Fenosa en la rue Saint Jacques. Los restantes vivían en Montparnasse o frecuentaban el barrio. Tan solo Beltrán Masses residía en Passy. El glosador los ha tratado en sus casas y en algunos de los cafés en los que se reúnen casi a diario. La mayoría vivía con modestia, a lo bohemio, por afición en algunas ocasiones más que por necesidad. Grau Sala en un estudio de dos habitaciones, con Anne, una mujer bretona, aunque luego mejoró de domicilio y acabó por reconciliarse con su esposa, la también pintora Ángeles Santos. Fabián de Castro vive en un «estudio horrible», sin agua ni luz eléctrica. Mateo Hernández tiene una casa «destartalada y grande» en las afueras, en Meudon, con un jardín descuidado y casi siniestro; espacio lógico porque era escultor animalista y alimentaba a diario a modelos vivos como la osa Paquita, comedora de pollos. Apeles Fenosa tiene un extraño estudio, una suerte de sanatorio abandonado con salas de gimnasio, piscinas sin agua y muchas escaleras. Honorio Condoy, escultor al que llamaban *El galápago*, por su cazurrería, o *El piedras*, también habitaba en el barrio, en una bocacalle del bulevar Raspail. Ismael de la Serna tiene domicilio en un estudio pobre enriquecido con detalles de buen gusto. El dibujante José Benito tiene casa en el mismo bulevar de Montparnasse. Y José, Pepito Zamora, Tellaeche el vasco, el valenciano Sabater, el catalán Castañé y Manuel Reinoso, con una habitación de hotel por estudio. También habla de Picasso, ¿cómo no hacerlo? Pero habla poco y con desgana; nunca le fue simpático, aunque siempre reconocerá su enorme valor como artista: «tenía algo de tratante de ganados, tan gitano como Fabián y acompañado siempre de una mujer cuyo aspecto de ordinariez física me molestaba». Óscar Domínguez, con su aspecto acromegálico, vivía igualmente en el bulevar de Montparnasse, antes de que Ruano le cediera uno de sus estudios. CGR cuenta lo que le sucedió con un encargo para

pintar a su mujer hecho por un coronel alemán:

> –Yo le haré un retrato que le puede gustar.
>
> –¿Por qué? Me han hablado muy bien de usted.
>
> –[...]
>
> –Verá usted, es que yo soy surrealista... Y cubista.
>
> –[...]
>
> –¿Arte degenerado?
>
> –Domínguez, heroicamente, asintió con la cabeza. Y con su natural asombro, el coronel ofreciéndole su tarjeta dijo:
>
> –¡Eso, eso! ¡Eso es lo que quiero tener![271]

Algunos de estos pintores y escultores habían hecho fortuna con su arte. De Grau Sala dice Ruano que «ganaba bastante», vendiendo con facilidad sus cuadros a cuarenta y cincuenta mil francos. Federico Beltrán Masses hacía negocio con sus retratos de personajes con mucho aparato. Masses andaba metido en tratos del mercado negro que César, aparentemente, parece no saber; también conocía el pintor, si hacemos caso al informe de la policía sobre su persona, a Rado, uno de los interrogadores de Ruano. Pero, en general, no podía decirse que vivieran mal en el París de la ocupación. Vendían cuadros a la «burguesía media». Se ayudaban con pequeños negocios en el mercado negro. Ruano decía de su amigo Honorio Condoy que era escultor en mantequilla, porque en su casa había verdaderos bloques de esta emulsión a la que son tan aficionados los franceses. Y estaban, claro es, las falsificaciones: «Circulaban [...] muchas falsificaciones de Renoir, de Cézanne, de Matisse, de Corot, del mismo Picasso, de Dalí, de Chirico, de Severini. Todo se vendía como agua [...]». En efecto; las falsificaciones estaban a la orden del día. Uno de los falsificadores más famosos de este periodo fue un holandés, Han van Meegeren, genial imitador de Frans Hals, Pieter de Hoog, Gerard ter Borch y, sobre todo, de Johannes Vermeer. Van Meegeren explotaba una sutil correspondencia entre sus cuadros y la estética tradicional y algo *pompier* de los nazis, pintando escenas bíblicas más cercanas a la mitología teutónica que al cristianismo. Unas figuras estáticas, acartonadas, congeladas en el tiempo. Una de sus obras más famosas fue *Los*

discípulos de Emaús. Muchos holandeses adinerados adquirieron obras salidas del taller de Van Meegeren, por razones parecidas a los que compraban las del taller de Domínguez. Pero uno de sus Vermeer acabó en manos del mariscal Göring. El cuadro fue descubierto después de la guerra y Van Meegeren arrestado por colaboracionismo. El falsificador confesó su hazaña y ello le acarreó una condena leve de un año de cárcel, que no llegó a cumplir por su repentina muerte[272].

CGR trataba a diario a muchos de estos artistas, amigos y proveedores. Los españoles de Montparnasse habían aguantado mientras otros artistas se retiraban a sus países. Nunca estaban solos; siempre encontraban ocasión para fumar y emprender discusiones interminables. Con alguno de ellos –Flores, Óscar Domínguez– le unía la afición al alcohol. Porque Ruano seguía siendo el alcohólico que fue hasta que no pudo más, de vuelta a España. Para otros era como un hermano mayor, mucho más avispado que ellos en materia de negocios. En lo que escribió sobre lo que algunos llaman «Escuela», sin serlo, CGR ofrece signos de conocerlos a todos bastante bien, sus personas y sus domicilios. Apeles Fenosa afirma que unas veces se reunían en casa de Ruano –¿en cuál de ellas?–, otras en la suya; también en los *vernissages* o en cafés. Había algo parecido a una trilogía cafeteril. El Dôme era el café de diario. La Rotonde y La Coupole eran considerados de mejor tono, los más adecuados para tratar con los marchantes y lo que el cartelista Carles Fontseré denomina «clientes de aúpa», a escasos cincuenta o cien metros de la calle Campagne Première. En el Select o el Flore aparecían formando una tertulia mezclada de españoles y franceses: André Thirion, Georges Hugnet o Lucien Coutaud, escritores y pintores surrealistas. Una vez acudió CGR al café de Flore para entrevistarse con Paul Eluard. Se reunían, jugaban a la petanca en las tapias del cementerio de Montparnasse y, en voz baja, hablaban de negocios[273].

Los menos favorecidos de la tribu artística, más allá del grupo de «los veinte» tenían dificultades para trabajar, sin posibilidad de comprar colores, telas o carbón para calentarse.

–Y si esta situación dura mucho ¿piensa usted seguir así,

> inactivo, sin medios para trabajar?
>
> –Hombre, para comer siempre sale alguna chapuza.
>
> –¿Por qué no viene usted a España? [...]
>
> –No quiero volver a España. ¿Qué quiere usted que haga en un país donde hay muchos pintores muy buenos, y pocos, poquísimos compradores?

Ahora bien, unos y otros artistas, los más y los menos afortunados, parecían tener una característica común: su alergia por el régimen político español; «las virtudes del nacional sindicalismo siguen siendo para ellos motivo de mofa y de escarnio». Pero ello no les convertía, ni mucho menos, en simpatizantes de la resistencia. Muchos españoles, residentes en París, vieron con indiferencia la entrada de los alemanes en la ciudad. Podría decirse, incluso, que algunos se alegraron, aunque no compartieran la ideología del vencedor del momento. El trato que los franceses habían dedicado a los republicanos exiliados, la experiencia de los campos de internamiento o de las compañías de trabajo forzoso, la arrogancia de gendarmes y funcionarios, todo esto les autorizaba para apreciar en la victoria alemana una suerte de revancha o compensación vicaria. Esto cambió, conforme se hacía más estricto u opresivo el control alemán, pero al principio se dio esa circunstancia que apreció muy bien Carles Fontseré: «Resulta insólito constatar que, en los dos o tres primeros años, personalmente no percibí ninguna muestra de odio hacia los ocupantes ni oí pronunciar el apodo de boches referido a ellos»[274].

Todos los que conocieron a Ruano en estos meses –hombres de distintas sensibilidades– se hacen lenguas de su opulencia, de una generosidad con un punto de exhibicionismo. Lo dice el periodista Xavier Regàs, ferviente republicano y posterior funcionario de la Generalitat:

> Conviví con él en París, en el cuarenta y uno. Solíamos vernos en [el] restaurante vasco, el Zatoste, de la rue Argenteuil. Él era asiduo concurrente... César desconocía aquel entonces, eso que llaman dificultades de tesorería. Espléndidamente pagado por su periódico [¿?], se sacaba un holgado sobresueldo con algunas minucias, no ciertamente

recomendables.

Y ha quedado también en el recuerdo de otro periodista catalán, Ramón Garriga, que pasaba por ser el hombre de Serrano Suñer en Berlín, de visita en París, en marzo del 42:

> César González, que por aquella época residía en París, nos invitó al restaurante Barcelona, cuyo propietario era un catalán que había improvisado un espectáculo flamenco, a uso de los extranjeros. Nos sirvieron una buena paella, acompañada de un excelente vino tinto. Durante la cena observé que en una mesa vecina estaban tres aviadores alemanes, muy alegres, que festejaban algunos taconeos de las bailarinas con estruendosos olés. Los aviadores habían formado parte de la Legión Condor y todo lo español parecía entusiasmarles. César, en voz baja, pero con su habitual tono engolado [¿?], comentó en mi oído: ya lo ves, Ramón, esta noche están aquí de gran juerga y mañana bombardearán alguna ciudad inglesa matando a niños y viejos[275].

En estos años parisinos Ruano parece haber prestado mucha atención a la buena mesa. Tanta, que leyó la *Physiologie du goût* de Brillat-Savarin, un «libro delicioso». En aquella época de restricciones era algo parecido a leer a Restif de la Bretonne o al marqués de Sade en la cárcel. En contraste con un panorama de escasez y racionamiento, frecuentaba los mejores establecimientos y gustaba de invitar a los amigos y conocidos, haciendo gala de desprendimiento, exhibiendo una actitud de jactanciosa generosidad. En París podían encontrarse una docena de establecimientos, Maxim's, Pavillon de l'Élysée, Fouquet's, la Tour d'Argent, Larrue y varios más a los que no afectaban las restricciones. Allí estaban disponibles el mejor *champagne* y el coñac de excelente *bouquet*. La administración francesa anunciaba periódicamente el cierre de algunos restaurantes, por infringir las normas del racionamiento o por no acreditar el origen de la mercancía. Pero ello no afectaba a los principales negocios de restauración. Eran establecimientos frecuentados por altos oficiales alemanes y destacados colaboracionistas. Comer bien podía costar en aquellos tiempos mil francos. Los que, como

él, nunca se ocuparon de las cosas tocantes a la bucólica, ahora se esmeraban: «Considerábamos fundamental que nos sirvieran la mantequilla prohibida, la carne o el ave secreta, el postre de cocina con azúcar –*pas de sacarine*– y todo esto no tanto por primaria y necia frivolidad, sino por una especie de comportamiento suntuario basado en «un insensato aprecio de la vida que se jugaba uno diariamente». Pagaba Ruano con billetes de cinco mil francos. Recordemos: un salario más que mediano. Calculando la mesa, el bar, los cigarrillos –300 y 400 francos el paquete– el velo-taxi o el hipo-taxi, la moneda que había que echarse al bolsillo era uno de esos papelones de cinco mil. El *gros papier* se había convertido en el símbolo de «una época incierta, peligrosa y desalmada»[276]. El escritor alemán Ernst Jünger, residente en París, oficial destinado en Estado Mayor, corroboraba lo que el español llamaba «moral culinaria». La frecuentación de buenos restaurantes, la buena mesa, aumentaba la sensación de poder del comensal, en un contexto de penuria. Una moral que podía llevar al despilfarro puro y simple:

> Lo recuerdo. Fue en París. Ruano me hizo comer la «choucroute» más cara que creo se haya comido. Fue un rasgo magnífico de buen «gourmet». Le había descubierto yo el «Escargot d'Or» en la rue de Gaité. Me atrevo a afirmar que es allí donde se condimentan mejor en París los caracoles.

Días después se acentuó el frío de aquel mes de diciembre y para las bajas temperaturas la «choucroute», sobre todo si va acompañada de carne, era un plato indicado. Era una preparación de origen alemán a base de col fermentada que había entrado en Francia a través de Alsacia.

> Ruano un día me dijo:
>
> –¿Tienes tres fechas libres?
>
> –Sí, ¿por qué? –le respondí.
>
> –Porque te convido a una «choucroute» auténtica. Iremos a Alsacia.
>
> Y fuimos nada menos que a Estrasburgo. Al precio añadió una gran propina. Y a esto hubo que añadir, claro está, el gasto del viaje.

> Un hombre que gasta mucho dinero tiene que adquirir mucho. Es natural. Ruano, en efecto, tiene difícil virtud, que es la de fabricar con facilidad el dinero. En este aspecto, Ruano tiene algo de mago[277].

A pesar de su ruptura con el periodismo, Ruano no dejó de usar la pluma. Alguna mañana aparecía por La Coupole y se aplicaba a escribir. Poesía, desde luego. En estos años comenzó la colección que, con el nombre de *Vía Áurea*, terminaría publicándose en Barcelona. La preparación de la primorosa edición de *Ángel en llamas*, impreso por Jean-Gabriel Daragnès, debió de ocuparle algún tiempo. También escribió una obra de teatro: *Puerto de Santa María*, de la que sabemos que era «une ouvrage purement dramatique», concebida para ser representada en el Studio des Champs Élysées, dentro de la quincena de arte español por la compañía El Retablo, cuya actriz más destacada era Elvira Morla, hermana de Ricardo Baeza. Se representó en castellano. Muy absorto debía andar Ruano para no atender apenas a la vida cultural de París durante la ocupación. El hecho ha sido subrayado en varias ocasiones. Nunca había sido tan amplia y variada la oferta de espectáculos. Los alemanes querían distinguirse, en especial su embajador, Otto Abetz, por su apertura de miras frente a la conservadora cerrazón del gobierno de Vichy. Un periodista español contó doscientas setenta y ocho salas de espectáculos, atestadas como nunca: teatros grandes y chicos, *music hall*, circos, cabarets de lujo, cabarets de *chansonniers*, cines, y ello solamente en el centro de la ciudad. Tanta era la demanda que se organizaron agencias especializadas en la reventa de localidades. *C'était comme si la Belle Époque était de retour*[278].

Ruano volverá muchas veces sobre las escenas vividas en París, ese periodo de su vida «un tanto alocado, tal vez frívolo y vicioso». Solía pronunciar la frase de *monsieur, fini la comédie*, cada vez en un tono diferente, como si fuera uno de los momentos culminantes de su vida. La primera mención a su detención –precisamente al salir de un restaurante– aparece en el libro *La alegría de andar*: «Desde luego no fue por robar relojes, claro está». En *Manuel de Montparnasse*, escrito ya en España,

durante su estancia en Sitges, la peripecia aparece descrita en forma novelesca como el resultado de una casualidad. A raíz de un accidente de tráfico, un atropello, cuando se dirigía a tomar un tren para Bruselas, la policía francesa encuentra entre las ropas del protagonista un pasaporte mejicano y una importante cantidad de dinero, doscientos setenta y nueve mil francos. La escena se desarrolla en la Prefectura:

> El inspector: ¿Con qué trabajos ha podido usted ahorrar ese dinero?
>
> Manuel pensó, con toda la rapidez necesaria, que era inútil inventar la existencia de negocios. Si estos eran lícitos, se podían comprobar; si eran ilícitos, el dinero sería incautado como primera providencia.
>
> –Son detalles de mi vida privada que no puedo explicar.
>
> –La recomiendo que intente explicarlo todo. De lo contrario, va usted a ir a reflexionar en prisión inmediatamente.
>
> «¡Refléchissez en prison!» La frase era sacramental.

El preso dice que el dinero se lo han dado algunas amigas. Trata de no amilanarse ante los policías. Se muestra elusivo, incluso arrogante. La policía no le cree, dando por terminado el interrogatorio: «¡Basta! ¡La comedia ha terminado!».

La escena se remata con una referencia a la mujer de Manuel, aquí llamada Claude, detenida y sometida a interrogatorios. El final sugiere la desaparición física de Manuel.

En sus *Memorias*, CGR se aproxima a la realidad de su detención y encarcelamiento. No miente, o no miente apenas. Sencillamente cuenta las cosas a medias. Describe con acierto a quienes fueron sus interrogadores, un oficial desconocido, Friederich y un hombre de origen checo, conocedor de España, de nombre Rado.

El alemán debe tratarse de Friederich Berger, apodado Von Sartorius, nacido en Sajonia en 1911. Fue reclutado por el Abwehr o inteligencia militar alemana en 1933 y, a continuación, militó en la Legión, seguramente realizando tareas de información. En París había formado un equipo de unas

treinta personas dedicado a neutralizar distintas redes de resistentes. Este grupo era conocido como la Gestapo de la rue de la Pompe, por tener allí, en el número 180, su residencia. Estaban encargados de la represión del mercado negro (del que, eventualmente, se aprovechaban) y de la persecución de la resistencia[279]. Los rasgos físicos que le atribuye Ruano –«tenía algo raro en los ojos, algo como un estrabismo»– coinciden con los de la persona que figura como Friederich Berger en el *Diccionario* de Patrice Miannay, pequeño y miope. Ruano describe particularmente a Rado.

> Pertenecía al ejército alemán y era de nacionalidad checa y también antiguo comunista [...] había estado, perteneciendo ya a la Gestapo, en Rusia, y hecho parte de la guerra de España del lado rojo, con las brigadas internacionales. Era hombre sumamente inteligente y complicado [...] se notaba pronto que era mucho más que un simple burócrata del terror organizado

La figura de Rado también está reseñada en el *Dictionnaire* de Miannay:

> Radomir Smrka. Alias Rado-Chapaiev. Né le 17.2.1905 á Schildberg, en Tchécoslovaquie. Agent de Boemelburg avant guerre. Colonel pilote d'aviation thèque. Chef de la brigada internationale Masaryk pendant la guerre d'Espagne. Boemelburg le contacte à nouveau, monte á Paris et devient agent personnel de Boemelburg. Il lui presente, à l'automne 1941, a l'ancien ministre espagnol dans le gouvernement républicain, Ramentería, qui tient un café basque, avenue de l'Opera, Ktcheona, grace aux sommes énormes touchées du Rustungsnest (pour ses excellents rapports écrits). Arreté en août 1942 à Marseille, relaché, il travaille alors avec son chauffeur Braun, aux ordres de Urraca, autre VM personnel de Boemelburg, attaché á la police espagnole franquista à Paris.

Esta noticia, que es de las pocas que se conocen sobre el personaje que interrogó a CGR, es algo fantástica. No existió un

ministro apellidado Ramentería, y menos regentando un café en el centro de París. El personaje de Rado no es ficticio. Un brigadista llamado Radomir Smrka, checo de nación, estuvo en España entre mayo de 1937 y septiembre de 1938. Algún estudioso de las Brigadas Internacionales lo encuadra en el estado mayor del batallón Dimitrov, perteneciente a la 15ª Brigada, adjudicándole el grado de capitán y la participación en la batalla de Brunete. Juntamente con ello le atribuye una misión de espionaje por cuenta del gobierno checo. El batallón Masaryk, citado por Miannay, estaba formado por checos y eslovacos, aunque encuadrado en la 129ª brigada mixta que entró en combate en otro frente, el de Aragón. Pero Rado no fue nunca su jefe[280]. De acuerdo con la información de la policía francesa, el checo Radomir, miembro del Partido Comunista Checo, había combatido en España. Su conocimiento del alemán le habría valido un destino en el estado mayor del Ejército de Levante, con el encargo de interrogar a los prisioneros alemanes de la Legión Cóndor. Terminada la guerra, de regreso a Praga, fue detenido por la Gestapo. Cambió entonces de campo, trocó lealtades, entrando al servicio de sus captores. Desde entonces, parece claro su vínculo con los servicios de información alemanes, en concreto con Karl Boemelburg, *SS-Sturmbannführer*, uno de los cabecillas de la Gestapo en Francia, encargado de la llamada Sección IV, con varios agentes que reclutaba en persona –Rado, Urraca Rendueles, entre ellos– y relaciones estrechas –de interés también– con el grupo de la rue Lauriston. Al parecer, Rado tenía a su cargo la vigilancia de los elementos republicanos residentes en Francia[281].

El asunto del pasaporte en blanco, dispuesto para ser entregado o vendido, intrigó también a la policía alemana. La idea de traficar con pasaportes y visados se le había ocurrido a otras personas, entre las que se encontraba un aventurero o *playboy* famoso llamado Porfirio Rubirosa. Como representante de la República Dominicana en Berlín, Rubirosa decidió, una vez terminados los Juegos Olímpicos, vender pasaportes a los judíos, «a precios razonables» según uno de sus biógrafos. Trasladado a París desde 1939, al frente de la legación de su país, siguió con la venta de visados a todo aquel que quisiera abandonar Francia.

Traficó con españoles, franceses y judíos alemanes valiéndose de su condición y de sus relaciones en el mundo diplomático. Antes de que las cosas se complicaran con los alemanes transportó hasta la frontera con España a personas adineradas, a cambio de una suculenta remuneración. Ello duró hasta el 11 de diciembre de 1941, cuando la República Dominicana declaró la guerra a Alemania y Rubirosa fue recluido, en inmejorables condiciones, en hoteles y balnearios. Se iniciaban entonces sus amores con la actriz Danielle Darrieux. Todo ello ocurrió antes de la estancia de Ruano en París. Por lo que no pudo ser él, como se ha sugerido, quien suministrara los documentos en blanco[282].

Lo cierto es que el único país latinoamericano que continuaba en 1943 con representación consular en París era Argentina. Los restantes, después de la entrada de los EE. UU en la guerra, fueron rompiendo relaciones con Alemania uno tras otro. Hubo diplomáticos argentinos que se esforzaron por amparar a los judíos de su nacionalidad, tratando de salvar su vida y sus bienes. Una tarea parecida en la que se empeñó el cónsul español en París, Bernardo Rolland de Miota con los judíos sefardíes. Pero hubo otros, según parece, que aprovecharon la ocasión para enriquecerse. «vendiendo influencias, visados y pasaportes». De hecho, mediado el año 1942 se descubrió la importancia de esas ventas y ello motivó la decisión de centralizar a través de la firma del cónsul general la expedición de visados[283].

Uno de los personajes de *Manuel de Montparnasse* es un sastre, una profesión que se repite en los relatos de Ruano; un sastre cojo que tenía una tiendecita en el boulevard Sebastopol. El sastre se dedicaba a comprar papeles de documentación francesa y alemana para, dice Ruano, «salvar de la persecución alemana a los judíos». Tenía una norma este sastre: cobrar a los judíos mucho más que a sus clientes gentiles. Este negocio fue desbaratado por la Gestapo, y ello disuadió a Manuel de buscar clientes entre «los aterrorizados hijos de Israel que, en su mayoría, eran también hijos de otra cosa». Aparte de la conclusión judeófoba, bien podría ser este uno de los procedimientos del Ruano vendedor de pasaportes.

Antes de su liberación completa, Ruano pasó por una especie de purgatorio. Le dieron a escoger entre poder fumar en una

celda individual e incomunicada o una celda con otros prisioneros. El español eligió la segunda posibilidad. Necesitaba hablar. La celda estaba en la capilla de la prisión, donde encontró una fauna mezclada. Veinte hombres, en su mayoría extranjeros. Tres italianos, un austriaco, un armenio, un portugués y varios judíos. Este inventario lo realiza Ruano en un relato breve publicado unos años más tarde. Todos preguntaban al recién llegado por el motivo de su encarcelamiento. Naturalmente, casi todos se declaraban inocentes. Había temor, había «pánico» a los delatores. En el grupo convivían los políticos y los delincuentes comunes, aparte de una tercera categoría que el español llama «racial», judíos[284]. Ruano vuelve a mencionar a este grupo en las *Memorias*, pero con mayor brevedad y menos precisión, adjudicándoles nombres ficticios. Jean le Niçois, una especie de macarra simpático, un joven comunista italiano al que adjudica el oficio de soplón de los carceleros, la víctima de una venganza marital, un checo al que no cita por su nombre, judío e intelectual, al que dice haber conocido con anterioridad en los cafés de Montparnasse; por fin, un suizo detenido por hacer fotografías de un bombardeo nocturno y un joven griego al que denomina «esteticista», eufemismo por homosexual, sastre de oficio. Pronto tendría noticia de ellos.

X
Una vida noble, 1925-1965

Desde el principio de su carrera como literato, CGR se inventó unos orígenes aristocráticos. La procedencia santanderina de sus padres podía justificar, en principio, unos antecedentes de hidalguía, cuando menos. Empezó por rectificar sus apellidos, intercalando un guión, componiendo un González-Ruano, ardid que suele utilizarse en España para dignificar un vulgar López o un consabido Rodríguez. Luego siguió alargándolo hasta firmar alguna de sus obras como César González-Ruano Garrastazu de la Sota. Habitante todavía en el campo liberal y republicano, escribe un poema épico, la *Gesta nobiliaria del Pirineo en la guerra*, una loa a los hidalgos de su misma sangre, habitantes de la zona limítrofe entre la Montaña y la tierra vascongada, ancestros imaginarios:

> Venían los hidalgos
> y los infanzones
> de las nobles tierras
> de Encartaciones.
> Garrastazus y Zurbanos de Oquendo,
> las doce divisas del valle exhibiendo
> [...]
> Los cántabro-vascos de espada fiera,
> Sotas y Agüeros del valle Trasmiera.

Peores todavía son los diálogos ripiosos de una obra que, pese al aspecto rancio de sus personajes, pretende situarse en pleno siglo XX.

> El conde: ¡Oh, amigos, este hediondo e infiel sindicalismo
> que quiere por siempre acabar con nuestro feudalismo.

El duque: Habremos de traer la Santa Inquisición
para entrar en cintura al obrero mahón.
El barón: Señoría, una cosa me roe y desespera
el que haya república al pasar la frontera.
El marqués: Un grupo hay, sin embargo, que es
más que una promesa,
el grupo de Daudet, el de la Acción Francesa.

En un artículo escrito a principio de los años treinta habla de sus pesquisas en el Archivo Histórico Nacional, consultando expedientes del Consejo de Órdenes, para fundar su propósito de cruzarse como caballero de Santiago o de Calatrava. Probablemente las Pruebas para la concesión del título de Caballero de Santiago de Fernando Cagigal y de la Vega, natural de Hoz, 1715. Parecía seguir una pista que le guiara, a través de algunos de sus apellidos, hasta algún antepasado que hubiera acreditado limpieza de sangre, condición para gozar títulos y nobleza[285]. Marino Gómez Santos, su discípulo y biógrafo, fija el comienzo de los «achaques nobiliarios» en los años republicanos, estimulados quizás por la visita que hizo a Alfonso XIII, en el castillo de Metternich, durante su primera residencia en Alemania. No; el achaque o pretensión es anterior. Una novela, por llamarla de alguna manera, titulada *Admirable y ambigua*, impresa en un papel parecido al de estraza, escrita y firmada en el París de 1927, está protagonizada por un marqués entreverado de Bradomín y de Sade. Se llama César Tristán Íñigo de la Puente, marqués de Puente Glorioso, señor de la casa de su nombre en las Encartaciones vascongadas, ese vivero de aristócratas. Tiene un físico muy parecido al del otro César, su creador; es delgado, pálido y de aventajada estatura. Se había dejado crecer sobre el labio superior un fino bigote fanfarrón y ducal. Era pariente suyo el César bradominesco, asegura el César novelista, se daban tratamiento de hermanos, ofreciéndose unos consejos que parecían impartidos en una alta y elegante escuela de cinismo.

Así, pues, surgió pronto esa manía, ese deseo de asimilarse a la aristocracia, que era una manera de recobrar el sitio en la jerarquía social del que le privó la ruina familiar. En parte de

Europa, la Gran Guerra había barrido a varias monarquías continentales, sustituyéndolas por repúblicas plebeyas. En una España todavía monárquica, con un rey ejerciente, rodeado de una corte numerosa, la posesión de un título otorgaba cierta preeminencia; era el índice de hallarse en la cumbre del prestigio, aunque el honor no estuviera acompañado por la fortuna. Desde muy temprano, CGR se impuso la representación –el fingimiento– del papel de caballero. Así lo considera Luis, un personaje de su novela *Los oscuros dominios*: «envejeciendo fielmente a la dulce simulación de su persona, esforzándose por parecer un acabado caballero y adquiriendo tardías taras decadentes con la misma inocente constancia para el pecado que compraba muebles de estilo y se había ido formando una galería de antepasados puramente imaginarios a los que un pintor de Montparnasse pintaba muy en secreto el escudo de los Arce, hidalgos de los que el tío Amadeo no logró nunca estar seguro de ser pariente»[286].

En 1935 declara en una entrevista: «Nació uno el 22 de febrero de 1903. Me llamo exactamente César Tomás González-Ruano Garrastazu de la Sota, Gutiérrez Calderón, de los Gallardos y Sáez del Cagigal. Para mi biología cuentan montañeses de Trasmiera, donde va trenzada una rama sevillana y otra de Oquendo»[287]. En un momento posterior a 1936 empezó a presentarse como marqués de Cagigal. Explicaba con cierta vaguedad que fue Alfonso XIII quien le había otorgado el título. Unas veces decía que la concesión había tenido lugar en su primera entrevista, la de 1933; otras, que había sido en uno de sus encuentros frecuentes en los reales aposentos del hotel Nazionale, en Roma. Como si semejante concesión, por un rey exiliado, sin facultad para otorgar títulos, sin otra formalidad que la confianza, fuera algo equivalente a pedir un autógrafo.

Una de las razones que lo impulsaron a aceptar la invitación para visitar las islas Canarias, en 1952, fue que, siglo y medio atrás, entre 1803 y 1809, este antepasado figurado había servido como capitán general. «El cronista de Puerto de la Cruz [...] me dio noticias [...] sobre mi antepasado, el marqués de Casa Cagigal»[288].

Dionisio Ridruejo coincidió en Roma con *il marchese*, y se dio

cuenta de que se había puesto coronas de marqués en los gemelos de la camisa. Su nueva compañía, Mery de Navascués, llevaba la corona en un broche «sobre uno de los escotes más audaces y mejor amueblados de Europa».

Los gemelos se complementaron con un anillo, «una sortija antigua de mi casa», la llama, de unas dimensiones que llamaban la atención. Podía verse un lobo, no, medio lobo que surgía arrogante del florón central de una corona. El lema o divisa era «De mi deseo gozo», inventado por él. Durante su estancia en Roma, uno de sus placeres era comprar libros, idénticos a los que formaron parte de su biblioteca que, como presumía, habíanse perdido en Madrid; comprar libros y marcarlos con las «armas de familia» a modo de *ex libris*. En Sitges, una periodista observó una jarra de cerámica local en la que había hecho grabar el escudo lobuno. El *marqués* dominaba a la perfección el lenguaje de la heráldica y sabía todo lo que había que saber sobre la minoritaria ciencia y su rebuscado vocabulario; figuras simples, cantón diestro de la punta, figuras imaginarias, esmaltes, direcciones, punto de la punta, etc., etc. «A mí, estas cosas siempre me han gustado». O «quienes tenemos afición y amor por estas cosas», las que tocan a la condición noble. En efecto, sobre la condición de hidalgo, y sobre los requisitos para ostentar esa condición, también parece bien informado. Hidalgo de sangre, hidalgo de cuatro costados, hidalgo de privilegio. El hidalgo, afirma, es resultado de la herencia, «de la sangre», tanto como del carácter. La hidalguía es un comportamiento, una disposición del alma que sobre los derechos y privilegios le añade una masa mucho mayor de deberes. El hidalgo de la Montaña era liberal, afirma, aunque fuera carlista. Liberal, que no es lo mismo que demócrata, ni acaso tiene que ver con la política. Liberal es equivalente a liberalidad, que no tiene que ver con el liberalismo –eso cree– sino con la generosidad y el desprendimiento[289].

En el «Memento biográfico», una nota del Diccionario Espasa sobre CGR (volumen V, apéndices), que con seguridad redactó el interesado, expuso el detalle de su pretensión nobiliaria: «Entre sus ascendientes se cuenta al Marqués de Casa Cagigal, Comandante General de los Tercios de Italia, Castellano del

Castillo de San Juan de Uría, Teniente-rey de la plaza de Veracruz, que casó con doña Teresa Macsamey y Pacheco, de la Casa de los Condes de Moltina; a Don Francisco del Cagigal y de la Vega, Caballero de Santiago, Mariscal de los Reales Ejércitos, Virrey de México; al capitán Don Juan Ruano que fue con Hernán Cortés a Nueva España donde fundó la Villa de Nueva Esperanza de la que fue Gobernador; al señor de Trasmiera, Caballero de la Banda y famoso guerrillero Don Pedro González de Agüero. Representa el mayorazgo de la Casa de Garrastazu y por la línea materna pertenece a las Casas y Solares de Sota (Casa troncal de Hoz de Asuero), Cagigal, la Puente (Casa Torre de Muriedas), Azevedo, Azas, Zedrún, Gajano y Arzillero».

Tan esforzada como apresurada pluma acaba por confundir o inventar apellidos y lugares y títulos. San Juan de Uría por San Juan de Ulúa. Nueva Esperanza imaginaria, la Orden de la Banda, que se extinguió a fines del siglo XV o el inexistente condado de Moltina. Un disparate o una broma en realidad. El marquesado de Cagigal o de Casa Cagigal fue un título otorgado por Carlos III a un destacado militar por su apoyo al monarca de Nápoles y las Dos Sicilias. Era, pues, un título italiano y en varias ocasiones se prohibió su uso en España por ser extranjero. Ruano reclamaba –fantaseaba más bien– cierta ascendencia o parentesco con el cuarto marqués, Fernando de Cagigal de la Vega, militar y aficionado a escribir comedias, originario del valle de Hoz en la comarca de Trasmiera, Santander. La abuela materna se llamaba doña Trinidad Dominga de la Sota, del Cagigal, de Grajano y de Hontañón, señora –escribe su ascendiente– de la Casa de Sota y mayorazga. Suficiente para justificar el parentesco con Fernando de Cagigal y reivindicar su condición de marqués. En los medios periodísticos, sin que faltaran las maledicencias, se aceptaba el título. Hubo una encuesta, una de tantas, sobre si lo de escribir era entretenimiento o vocación; encuesta dirigida a «los aristócratas que escriben». Una de las preguntas era: «¿Cree que su categoría de aristócrata contribuyó al éxito inicial de sus escritos?». Y su respuesta, dando por sabida su condición aristocrática, fue: «Todo lo contrario. Yo he pertenecido por sangre a una aristocracia sin ejercicio económico, eso es: millonaria de

desventajas. El primer dinero que gané fue en la generosa prensa jacobina». Parece una frase pronunciada por el imaginario marqués de Tolnay. Y la pregunta final: «Desde el punto de vista de aristócrata, ¿cómo ha sentido su vocación literaria?». Y la aristocrática respuesta: «¿En mi prehistoria adolescente? Como un maldito a lo Villiers, a lo Barbey, a lo Lautréamont. Hubiera querido tener castillos para hacer magia. Aún no tenía imaginación para venderlos». Castillos en España[290].

El caso es que, a partir de los años cincuenta, usaba en ocasiones un papel de cartas con la corona de marqués impresa en la cabecera. Mientras tanto, iba alargando los apellidos familiares. La esquela dedicada a su madre, en contraste con la del padre, lleva cuatro apellidos, con las preposiciones y conjunciones que son de rigor; como si creyera que el linaje se transmite por línea materna: Doña María del Rosario Ruano de la Sota de los Gallardos y del Cagigal.

Había proclamado su raigambre y su título. Corrió la voz y hubo quien, vencido o conquistado por apellidos tan largos y en apariencia prestigiosos, le atribuyó no uno sino dos marquesados. La sortija que lucía en el dedo –comprada a un anticuario o resultado del encargo a un joyero– sufre una metamorfosis. Son tan largos sus apellidos que el periodista no sabe ponerlos en el orden adecuado, intercalando el González y el Agüero entre el Ruano:

> Luce un anillo áureo, de sello; un anillo tremendo que parece añorar el lacre de las viejas cancillerías. Le pregunto:
>
> –Era de mi abuelo. Aquí no hay historias. Son las armas de la familia.
>
> –Se ha dicho que eres marqués.
>
> –Soy marqués de Vega Azevedo y de Cajigal, aunque este último título no lo tengo formalizado. Yo me llamo César González de Agüero Ruano Garrastazu de la Sota[291].

Los intelectuales y artistas españoles solían demostrar hostilidad a los valores burgueses. No faltaba quien admiraba a los encumbrados personajes de sangre azul. El pintor Dalí decía haber aprendido en París, en compañía de la duquesa de Dato, el

vizconde y la vizcondesa de Noailles, lo que era el refinamiento cultural, el comercio mundano, el arte social de la conversación, que consiste en hablar para no decir nada, pero cautivando al auditorio: una vaciedad elegante. Y todo ello, dando la espalda a la burguesía[292]. Eugenio d'Ors, rodeado de condesas y duquesas, de «bellezas en chinchilla», ya en Madrid, ya en su domicilio de París, sentía un placer casi físico en esa familiaridad con el mundo aristocrático. El esteta, el dandi, el *highbrow*, el remilgado, podía sintetizar con un gesto de desdén, con un leve alzamiento de cejas, su inmensa superioridad sobre el hombre de la calle, el filisteo, el hombre de preferencias vulgares y adocenadas. Su apellido, cuidadosamente mejorado con la partícula, lo había distinguido ya de la turba. En guardia siempre frente al ambiente de villanía que amenazaba con anegar el mundo de las esencias culturales. Esos hombres, como d'Ors, tenían todo el derecho a reclamar su pertenencia no ya al Gran Mundo sino a un Mejor Mundo en el que de verdad residía la aristocracia, no en la Guía Oficial[293]. Recordemos que, del valor ejemplar de la aristocracia, o de su decadencia, hacía depender Ortega y Gasset la peculiar dinámica de la historia española: la dimisión de los egregios y el consiguiente dominio del plebeyismo[294].

La pretensión de Ruano desentona todavía menos con el ambiente de la posguerra española. La aversión a la modernidad era el rasgo en que comulgaban las diferentes corrientes del franquismo. Varios escritores del momento, buscando los caracteres diferenciales de lo español, pararon su atención en la figura del hidalgo. En la versión del presbítero García Morente, antiguo discípulo de Ortega, era el caballero cristiano quien mejor podía simbolizar la Hispanidad. Un hombre que no conocía la moderna duda hamletiana, con arraigo y orientación fija, altivo, silencioso, despreciador de la muerte, estoico, elegante en su porte. García Valdecasas, otro orteguiano antiguo, a su vez, daba por fenecida la modernidad burguesa, capitalista. El hidalgo se situaba más allá, al margen de una sociedad dividida entre burguesía y proletariado. A la figura del burgués calculador, racionalista, volcado hacia el éxito, habría de suceder la del hidalgo, orientado hacia dentro, incapaz de llevar a cabo

una acción económica racional, pero enaltecido por la virtud, por el desdén de la muerte, puesta su intención en la acción esforzada, sin que importara el resultado. El hidalgo era, con el *gentleman* inglés, las únicas dos figuras universales que podían proponerse como modelos al mundo desencantado de la modernidad[295].

En sus últimos años, CGR parece haber sido aceptado en los círculos de la aristocracia madrileña. Asiste a recepciones, cócteles y ágapes organizados por algunos personajes titulados. Escribe la crónica social, citando a personas como la princesa María Pía (hija del último rey de Italia), los marqueses de Prat de Natouillet, de Llanzol, de Quintanar, de Villamantilla. Las exposiciones de pintura son lugares en que suele citarse el todo Madrid. Acuden «los de siempre», resume en su *Diario*[296]. Anota la llegada de una carta de la duquesa de Alba reservando un puesto en su mesa para el homenaje que se le rinde «en los barrios bajos», en el Molino Rojo[297]. En la fiesta, dice la crónica social, se le impuso a la duquesa el «Molino de brillantes». Entre las caras conocidas se encontraban los duques de T'Serclaes, los príncipes de Ghika, los marqueses de Santo Floro, de Natouillet, duquesa de Andria, conde de Cabra, duquesa de Amalfi y muchos otros personajes de la aristocracia y del espectáculo. La brillante fiesta duró hasta altas horas de la madrugada[298]. Para su gobierno, como recordatorio, escribe en su *Diario*: «Yo conozco bien mi genealogía. Subo por mis árboles genealógicos bastante lejos. Cuatro títulos nobiliarios me corresponden. Llevo la relativa garantía de ser montañeses y encartados casi todos mis apellidos. Pero ¿cómo puede estar seguro el español de nada?»[299].

En ocasiones, parecía faltarle convicción en la defensa de sus títulos. Ya que no se dedicaba al estraperlo, ya que no ganaba mucho dinero (¿estaba seguro de ambas afirmaciones?), lo menos que podía tener era un lobo en la sortija. ¿Marqués? Desde luego. Pero no le faltaba realismo y, en la práctica, se conformaba con poco: Me gustaría tener una casa de piedra con capilla y cementerio propio[300]. Si le apuraban mucho en una entrevista podía optar por echar balones fuera, salir por la tangente, atribuir todo lo que era a sus méritos (tendría que

haber empezado por ahí) no fuera que alguno destapara la farsa.

> –Usted, César, tiene dos títulos nobiliarios; dos marquesados si no me equivoco.
>
> –No se equivoca. En efecto, pero prefiero no hablar de ello. He luchado durante más de treinta años para conquistar un nombre del que me encuentro muy satisfecho y, para mí, todo eso de la nobleza es más una posición romántica que social. Me alegra y divierte saber quiénes fueron mis abuelos, pero […] prefiero de verdad a César González Ruano, escritor[301].

Se había hecho ayudar por Julio Otero de Navascués, marqués de Hermosilla, al que llama pariente, y por un genealogista llamado Gonzalo Álvarez, para que le auxiliaran en su demanda. El Boletín Oficial del Estado de octubre de 1955[302] publicó una disposición ministerial de Justicia en que anunciaba haber sido solicitada la sucesión en el título de marqués de varios señores y señoras, y entre ellos figuraba la petición de rehabilitación en el título del marqués de la Vega Acevedo por don César González-Ruano Garrastazu de la Sota, un título vinculado al marquesado de Casa Cagigal; dos títulos que por sus trabajos y hazañas militares había obtenido Fernando Cagigal de la Vega en el siglo XVIII. Dos marquesados. Dos pretensiones que nunca fueron atendidas.

XI
Sitges, 1943-1946

El episodio de Sitges, según reconocerá más tarde, fue un error. Lo llama así porque, si bien fue un periodo fructífero en la escritura, con la redacción de varios libros y el inicio de colaboraciones periodísticas en revistas como *Liceo* o *Destino* y, mucho más duradera, en *La Vanguardia Española*, este trabajo incesante se tradujo en un deterioro físico acelerado. Y la escritura no tuvo la culpa de sus achaques. Fue la bebida, de la que seguía dependiendo. Fueron cuatro años bebidos, no vividos. El alcohol, trasegado sobre todo por la tarde y por la noche.

El tránsito por Sitges fue, acaso, un error necesario, porque su situación ante las autoridades españolas estaba lejos de ser clara y el pueblo era un lugar ideal: a conveniente distancia de Madrid, pero cercano a Barcelona, del mundo editorial y periodístico del cual tenía que vivir. Las primeras dificultades vinieron en forma de prohibición. Así se lo cuenta al doctor Gregorio Marañón:

> La nueva broma con que me ha obsequiado España ha sido la prohibición de publicar artículos en los diarios. (Hasta ahora nada han dicho de libros ni se han metido con los artículos que se me han dedicado). Triste cosa, sobre todo por lo que económicamente me afecta. Sólo con «La Vanguardia» había comprometido ya cuatro artículos mensuales que eran mil pesetas, y tenía también comprometidos nada despreciables con «Destino», «Informaciones» y «Madrid». ¡En fin! Le he escrito una carta a Aparicio correcta dentro del decoro, y no sé si me contestará. Mal ando de valimiento de modo que no confío mucho[303].

La prohibición no duraría mucho tiempo. *Destino* empezó a

publicar su sección titulada «Café de noche» en diciembre de 1943. Tenía un buen amigo en la revista, Juan Ramón Masoliver, que le fue presentando al resto de la redacción. Masoliver era uno de los periodistas catalanes más destacados de su tiempo; un hombre con gran formación intelectual, desde sus tempranos estudios en la Sorbona o su lectorado en Génova. Había sido corresponsal en Italia, Grecia, Turquía o Jerusalén. Estaba muy al tanto de la literatura y el arte contemporáneo[304]. Había publicado una curiosa *Guía de Roma* y fue en esa ciudad donde conoció y se hizo amigo de Ruano.

En marzo de 1944 se inició a su vez la colaboración de CGR en *La Vanguardia Española*. Luis de Galinsoga dirigía el gran diario de Barcelona por designación. Galinsoga era un hombre más bien menudo, vivo, apasionado y polémico. Tenía una bien ganada fama de acometividad; era el «antiblando», ofrecía un perfil «como si estuviera a punto de reclamar algo enérgicamente, de arremeter contra alguien», dice Ruano en la entrevista que le hizo en 1955. Para el régimen, ser director del diario propiedad de la familia Godó era como ser un «adelantado» en tierra potencialmente hostil, «tal vez el puesto periodístico más importante y difícil de la profesión». Como director de *ABC* en 1936, él fue quien nombró a Ruano como corresponsal en Roma. Siguió apoyándolo cuando ejerció las mismas funciones en *ABC* de Sevilla, en 1937. Ahora aceptó de buen grado su colaboración. Ruano le estaba agradecido por el trato que le había dispensado siempre, por su «ancha cordialidad», «profundo sentido de la amistad» y «generosidad»[305]. A *La Vanguardia Española* seguirían, más adelante, diarios como *Madrid* e *Informaciones*.

Por una carta a su amigo Dionisio Ridruejo, nos enteramos de que los problemas, las dificultades políticas venían del servicio jurídico de la Falange.

> 12 mayo 1944, jueves
>
> Querido Dionisio: No sabría por dónde empezar. Ardo en [deseos de] hablarte. Toqué los menos posibles. Se arregló, concretamente, con Aunós. Te ha escrito.
>
> Todo tenía un carácter particular, odioso, frío, y de un

pobre ser sin valores: un Tomás Gistau que yo no sé si tú conoces.

En fin, todo se arregló ya. Gracias a ti sólo, únicamente, esta vez. Como la otra gracias a Eugenio [Montes]. ¡Qué orgullo para mí deberles esto –todo– a los dos seres por quienes tengo más admiración y cariño entre los amigos: tú y Eugenio!

Dios te pague tanto todo el bien que me has hecho como todo el mal que me has evitado.

El domingo, de un modo o de otro, estaré en Barcelona.

Mis saludos a Gloria y para ti, Dionisio, con mi profunda gratitud que no tiene palabras a su altura, un abrazo muy fuerte. Hasta ayer a última hora de la tarde no se resolvió la cosa.

Tengo *Plural* y un libro último para ti. El mío acabado[306].

El peligro tenía que ser muy serio. Tomás Gistau Mazzantini fue el titular de la Delegación Nacional de Justicia y Derecho entre el 17 de septiembre de 1942 y 1951. El original proyecto falangista era inspirar la renovación de la legislación española en un sentido fascista, juntamente con el encuadramiento de los profesionales del derecho. Proyecto que no se llegó a cumplir. La Delegación se convirtió en un organismo de control, con un registro de afiliados que sirviera para conocer sus antecedentes e imponer las sanciones disciplinarias correspondientes. Es cierto que la Falange había crecido desmesuradamente desde 1936 y que a ella se habían afiliado personas de lealtad dudosa o con algún antecedente delictivo, o bien gente que buscaba amparo político. La depuración del Movimiento empezó, precisamente, el 1 de abril de 1944 y todo hace pensar que CGR era uno de los candidatos a ser sancionado. El expediente que seguramente se formó ha desaparecido del fondo correspondiente del Archivo General de la Administración. No podemos saber cuáles eran las razones que justificaban su depuración. Pero podemos suponer que sus andanzas romanas –ahora solamente supuestas– y parisinas –acreditadas– no debían ser ajenas a esa medida drástica. ¿Influyó el disparatado rumor que achacaba su detención al espionaje en favor de los ingleses? No lo podemos saber, pero es improbable. Ruano acudió a su amigo Eduardo

Aunós, ministro de Justicia desde el 15 de marzo de 1943, superior por tanto de Tomás Gistau. Aunós le había otorgado a Gistau la cruz de San Raimundo de Peñafort el 23 de febrero del 44, junto a otros altos cargos del ministerio (BOE 24.02.44). Su influencia y la de Ridruejo, que todavía pisaba fuerte en las antecámaras del régimen, fue decisiva. Este último, aunque es discreto sobre el particular, debía saber algo cuando se encontró por vez primera con Ruano, durante su viaje a Italia en 1938: «César tenía la absoluta decisión de serme simpático, porque vivía con el temor de ciertas sospechas que los falangistas de anteguerra tenían contra él y que nunca llegué a poner en claro porque la vocación policial nunca ha sido mi fuerte». Pocos días pasaron entre la petición de auxilio y la publicación de un artículo, firmado por Dionisio Ridruejo, en la *Hoja del Lunes* de Barcelona, subrayando tanto la precocidad del personaje como su brillantez periodística y literaria; una cualidad algo eclipsada por una leyenda de aventurero que ocultaba aquellos méritos indudables.

> Y en esto, velocidad, urgencia de todo, prisa, casi vértigo, apremio, compromiso, «salida de incendios», ha andado casi siempre nuestro amigo. Ha hecho bien, ha vivido, posee en los ojos innumerables visiones, en el corazón bellos y espantosos recuerdos y en el alma el peso de la vida entera[307].

Creía Ridruejo que ahora llegaba para su amigo, explorador y náufrago de una Europa dramática, la hora de la creación artística. Olvidar la leyenda. Dejarla a un lado. De momento, este asunto quedó solucionado.

Contaba con algún dinero. Algo había conseguido rescatar de los chanchullos franceses. Sólo en moneda extranjera había traído doce mil dólares –once mil dice en otras ocasiones– y unos centenares de libras[308]. Doce mil parece que fuera una cifra mágica, porque es la cantidad, sobre poco más o menos, que le ocuparon los alemanes en 1942. Si hacemos caso a José Luis de Vilallonga, también acarreaba una porción de libras esterlinas falsas, que traía en un cinturón de contrabandista de opereta.

Unas libras que trató de cambiar en algunos bancos de Barcelona, sin éxito. Los ahorros se le acabaron en poco tiempo. Aparte del dinero de varias alhajas que malvendió. Cuando todo se acabó, confiesa, se vio obligado a trabajar de firme. Varias novelas que hizo entonces fueron verdaderas novelas por entregas. Cada sábado le mandaba al editor veinticinco folios, y él le enviaba con el mismo recadero el dinero que debía durarle siete días pero que solamente le duraba dos. Llegó a simultanear la escritura de dos libros, aparte de los artículos para los periódicos. Como escribía a mano y no guardaba copia, no sabía bien el nombre y los hechos de los personajes que ya estaban en Barcelona, en la mesa del editor[309].

A Sitges llegó exactamente un 7 de octubre de 1943. Pasó un tiempo en el hotel Subur y luego se instaló en una casa de la calle de Sant Pau, número 22, propiedad de Miguel Utrillo, para acabar trasladándose a una casa de la calle Mayor, acompañado de toda la balumba de cuadros, libros, joyas, etc. La vivienda de San Pablo bajaba en cuesta hacia el mar. Blanqueó la casa, pintó las persianas de verde, tiró algún tabique, abrió las cajas de libros que venían de Montparnasse, colgó sus recuerdos de las paredes. Pero no veía el mar. Lo sentía, lo escuchaba, pero no lo veía. En la calle Mayor sí que lo divisaba. La popularidad del escritor acabó siendo tan grande que a la casa donde vivía se la conocía como «Casa Ruano», a pesar de que había otros inquilinos[310]. Sus amigos barceloneses –Masoliver, Agustí– solían visitarlo a menudo. Durante el verano, Sitges se llenaba de veraneantes. Ni comparación, claro está, con lo que vino después. En agosto, el pueblo celebraba la fiesta mayor. Acudía entonces un torrente de forasteros. Había fuegos artificiales, banderines, bailes típicos, concursos de natación, conciertos, verbenas, audiciones de sardanas, bailes en las terrazas y sociedades recreativas. Lo mejor de la fiesta, según algunos, era la procesión de San Bartolomé, que discurría por la playa, al atardecer, junto al barrio de pescadores. Muchos bailes populares concurrían en ella, acompañados de chirimías y tambores, a los que se unía la estruendosa pirotecnia del *bal dels diables* y los cohetes del *drac*, mientras se escuchaba el volteo de las campanas. La imagen de San Bartolomé avanzaba entonces entre

una lluvia de claveles, rodeado de gigantes y cabezudos. El pueblo entero seguía el espectáculo desde las aceras o asomado a los balcones. Durante el invierno, el pueblo volvía a su natural apacible, sin orquestinas, sin vocalistas –así se decía–, sin altavoces. La temperatura era de una templanza deliciosa[311].

En el verano de 1944, *La Vanguardia* le propuso como corresponsal en el norte de Cataluña, en la frontera con Francia. Había preocupación en España sobre lo que podría ocurrir, a medida que los alemanes se retiraban y eran sustituidos por fuerzas irregulares francesas y por grupos de partisanos españoles. Las crónicas que envió Ruano invitaban a la calma. Había mucha animación veraniega en las localidades de Puigcerdà y la Seo de Urgell; la organización militar y policiaca española era «perfecta». Entró en Andorra, ascendió hasta el Pas de la Casa. En Andorra las relaciones entre las FFI y el síndico andorrano, hasta entonces clandestinas, se habían vuelto francas. No había entre los irregulares franceses muchos españoles. Más adelante, en el valle de Arán, observó la llegada de tropas americanas. El único territorio francés al que alude fue el de Bourg Madame, obligado para pasar al enclave de Llivia. Había paisanos armados, banderas con la cruz de Lorena, pero ningún desorden o signo de violencia. Las relaciones entre las nuevas autoridades francesas y las españolas eran cordiales. Las informaciones que recogió sobre algunos elementos de la división Lister, estacionados cerca de Prades, indicaban que ninguno se había acercado a la frontera. Despidió su viaje en Port Bou, en la aduana española, frente a las fortificaciones que los alemanes habían dejado intactas, con un mensaje tranquilizador. «Ninguna clase de alarma cabe, pues, en nadie que viva cerca de la frontera española». Más adelante volverá sobre esta excursión para decir que se internó en tres ocasiones en territorio francés, clandestinamente, «por la parte de Bourg Madame y Patou». Es improbable que se aventurara hasta un lugar tan lejano como Patou. Quizás confunde los topónimos de esa parte de los Pirineos franceses. También equivoca la cronología porque la excursión no tuvo lugar «en los mismos días de la evacuación alemana y de la intentona de invasión roja por el intrincado Valle de Arán»[312]. La intentona a la que hace

referencia se inició el 3 de octubre, un mes después de lanzado este mensaje de tranquilidad. Y ello significa que, en realidad, no se enteró de lo que se preparaba y que su viaje, algo misterioso y como de espionaje, sirvió para muy poco.

Aunque desde el lado español de la frontera, Ruano se dio cuenta del cambio que se había producido en Francia con el final de la ocupación. Era un asunto que le preocupaba personalmente. El camino de la aventura y del dinero fácil, es decir, la orientación que había seguido entre 1940 y 1943, había llegado al tope final. Muchos de los estraperlistas, de los nuevos ricos, se habían esfumado o estaban en las cárceles. Había preocupación por la suerte de los franceses que todavía estaban en Alemania. La tarea de las nuevas autoridades debía consistir en «retirar armas e ilusiones a quien no conviene que las tengan». Pero tenía dudas sobre el alcance de la depuración, sobre esta justicia que «confusamente limita con la venganza». Este asunto siguió preocupándole en los días que siguieron a su viaje fronterizo. Seguramente conocía la noticia de la detención de Charles Maurras, en septiembre, y ello le sirvió para afirmar que la de las letras era una profesión de riesgo. Algunos de sus amigos –Delgado Barreto, Manuel Bueno, Ramiro de Maeztu, Fernando de la Quadra Salcedo– habían sido asesinados durante la guerra civil. ¿Qué suerte esperaba a aquellos intelectuales franceses que habían colaborado con el ocupante? ¿Qué iba a ser de los Paul Morand, Céline o Jean Cocteau? ¿De qué manera iba a afectarle a él todo aquello? ¿Acaso, con sus tráficos y ganancias irregulares, no había sido, él también, un colaboracionista? El asunto de la colaboración preocupaba también a personas, como Joan Estelrich, que habían vivido en Francia y sabían del alcance y la intensidad de la depuración. Se sabía señalado. Temía, no tanto por sus actividades durante la ocupación alemana –que era el caso de CGR– sino por lo que pudiera ocurrir en España si la tortilla daba la vuelta y se desencadenaba un afán de represalia parecido al francés[313].

Pronto advirtió que aquellos estraperlistas franceses tenían su réplica en España. No había más que fijarse en la colonia que llegaba a Sitges en verano. «El dinero huele a verde». Ello quería decir que los adinerados eran recientes: o indianos o

estraperlistas. Eran el resultado del esfuerzo tozudo y la suerte mezclada con la audacia. El indiano disfrutaba de una fortunita ganada a pulso. Era el hombre que se sentaba a la puerta de su casa, gozando de su vida tranquila. El estraperlista era el hombre nervioso, petulante, imitador de lo más superficial del lujo, esforzándose para que se le admirara por tener el coche más grande, el más rápido, derrochando en bares y restaurantes, tratando de hacerse notar a toda costa. La guerra y el aislamiento posterior de España, con sus resultas de escasez de casi todo, habían dado origen al fenómeno. La picaresca, el ingenio para comprar y vender y burlar la ley y conseguir privilegios tuvo una especial importancia en una región como Cataluña, de gran tradición industrial y comerciante. Ignacio Agustí da un ejemplo en una de sus novelas, la titulada *Guerra civil*: un permiso de importación de algodón daba más beneficios que la pieza de tela ya fabricada y muchos fabricantes se dedicaron a la reventa de permisos sin complicaciones laborales. Nació lo que Dionisio Ridruejo describió como «una clase pululante y fantasmagórica de intermediarios, gestores, vendedores de combinaciones y procuradores de influencias tan numerosa como variada». Incluso Ridruejo se vio empujado a interesarse por varios negocios que, según afirma, no le dieron más que dolores de cabeza[314].

De vuelta a Sitges, Ruano creyó, por un momento, que podía ocupar el trono vacante de Rusiñol, dejar una huella perdurable en el pueblo, algo parecido al Cau Ferrat, el museo que inauguró en 1933 el pintor, con su colección de herrajes[315]. También trató de ejercer de puente, de lazo de unión entre Barcelona y Madrid. Sus colaboraciones en la revista *Destino* y en el diario *Madrid* tenían esta finalidad, digamos, divulgadora. Más desde Barcelona hacia Madrid que a la inversa, con artículos sobre la joven pintura catalana (Pedro Pruna, Emilio Grau Sala, José Miguel Serrano, José María Prim); sobre los poetas jóvenes, como Cirlot, que vivían en Barcelona o sobre el carácter reservado de los catalanes, lo que llamaba la «intimidad hermética», o sea, la dificultad de relacionarse con los autóctonos o de ganar su confianza[316]. En su columna en *Destino* evoca a aquellos monstruos y frotaesquinas, los bohemios a los que trató diez años atrás, pero también a varios escritores españoles y

franceses: Valle, Gide, Mallarmé, Valéry. También dedicará un par de artículos a los orígenes del ultraísmo. Pero sus temas principales no tratan de la vida literaria madrileña, como algún malintencionado comentó después, sino de la presencia de artistas catalanes en Madrid, de pintores como Sisquella, Durancamps, de cómo influyó el cronista para que Pedro Pruna se afincase en Sitges o, sencillamente, formulan opiniones sobre la pintura de Salvador Dalí. Ruano podía constatar que ambos meridianos se ignoraban. En Barcelona no se leía la prensa de Madrid. Y, al contrario, en la capital de España se desconocía la vida intelectual de Barcelona. Las costumbres de la gente literata eran muy distintas en ambas ciudades. En Madrid, los poetas, los literatos formaban capillas que se reunían casi a diario en los cafés. En Barcelona, los literatos no frecuentaban tertulias ni cafés. Hacían vida retirada, que no iba más allá del trato con editores y directores de periódico. Muchos vivían en pueblos de la costa o del interior. Esta labor de mediación fue continuada por Dionisio Ridruejo desde *Revista* –también como traductor–, y por él mismo desde su sección de *La Vanguardia* titulada «Madrid, de domingo a domingo».

La intención mediadora y como de trujamán entre ambos meridianos se frustró de momento al poner fin a su estancia en Cataluña. Las intenciones de dejar huella en Sitges se malograron también. En ello influyó el estilo de vida entre bohemio y canalla que practicaba Ruano, cuyo rasgo principal era un gran consumo de alcohol. Uno de los personajes de *Imitación del amor*, expone una doctrina sobre las bebidas alcohólicas. Dice: Hay que beber de dos modos: o algo todos los días sin emborracharse nunca, o solo una vez por semana hasta caerte al suelo. Y nada de mezclas. Y nunca antes de que anochezca. Un consejo que no se aplicó el autor, emborrachándose a diario, sin importarle las mezclas y mucho antes de que anocheciera.

El madrileño se desplazaba a Barcelona para cobrar sus colaboraciones. Pasaba uno o dos días en la ciudad y, al regresar, había dilapidado la mitad o más de lo ganado. Los poetas que frecuenta en estos viajes no necesitaban reunirse en un sitio fijo. Eran seres ambulantes. Bastaba con pasear por las Ramblas para encontrarse con uno, pongamos que fuera Manolo Segalá, seguir

caminando e incorporar a otro, acaso Julio Garcés. ¡Vamos a tomar una copa! Al entrar en el barrio chino se topaban, indefectiblemente, con Mauricio Monsuárez, vestido de elegante marsellés, cuello enorme, imponente corbata y clavel en el ojal. ¡Qué afición a las tascas! Se llamaban El Cosmos, La Vuelta, La Oficina, Los Caracoles. En una de ellas escucharon los gritos de Ramón Eugenio de Goicoechea que, al verlos, soltó un discurso fabuloso. Ruano solía aprovechar la ocasión para ejercer su munificencia. En la parte baja del barrio estaba el cabaret Gambrinus, con muchos espejos y luces rojas en los reservados, un sitio algo canalla que solían frecuentar travestidos y homosexuales, o alguno de los antros de las calles que entonces se llamaban Conde de Asalto y San Ramón. Para variar, en vez del barrio chino, podían dirigirse hacia algún bar del Paralelo, más que nada por recordar los tiempos gloriosos, de cuando a Lerroux le nombraban emperador de aquellos andurriales. «¿Oye, oye, por no te quedas hasta mañana?», pregunta Segalá. El paseo tabernario continuaba hasta la noche, hasta la mañana siguiente. Los trasnochadores habían descabezado acaso un sueñecito en las sillas de las Ramblas o en algún hotel de los alrededores. Era una bohemia al coñac, poblada por mangantes, chulos y señoritos más o menos pervertidos. En el meridiano barcelonés y nocturno, los poetas y los pintores no eran aficionados al café sino al alcohol[317].

También recibía en Sitges visitas frecuentes de amigos, «gente disparatada», asegura que eran, entre los que se encontraban –otra vez– Ramón Eugenio de Goicoechea, Mauricio Monsuárez, Ignacio Agustí, Manuel Muntañola, los pintores Pedro Pruna y José Miguel Serrano y la pintora Ángeles Tey. Las reuniones solían acompañarse de gran trasiego de alcohol. Una noche en la que, como de costumbre, habían bebido más de la cuenta, los asistentes hombres remataron de madrugada la reunión en un burdel local, el salón-bar de doña Brígida Montobio. Al ver entrar al escritor, la plantilla se volvió loca de alegría: «¡El poeta! ¡Ha llegado el poeta!».

Y se pusieron a palmear su espalda. El ambiente se caldeó rápidamente.

> –¡Que hable el poeta!
> –¡Sí, sí! ¡Que hable!

El poeta pidió auxilio para subir a una mesa. Enarbolaba una botella de vino.

> –¡Putas!, empezó diciendo. Yo os quiero, os amo, os idolatro y os respeto porque tenéis la fuerza de alcanzar las nubes cuando ha muerto la alegría [...] Os amo porque sois las farolas que iluminan nuestras noches, porque sois los espejos que nunca nos mienten cuando nos miramos en ellos[318].

El día que llegó Camilo José Cela, recientes los laureles de *La familia de Pascual Duarte*, la reunión volvió a prolongarse más de la cuenta. Cela venía de dar una conferencia en el Ateneo y, en realidad, de presentarse ante la sociedad barcelonesa. Viajó luego a Sitges. Se le ofreció una cena y la sobremesa siguió en casa de Ruano. La velada fue «baudeleriana», en palabras del anfitrión. Corrió el alcohol, hubo rotura de muebles, sufrió algún lavabo: el disloque. Una fiesta de órdago a la grande. Sin acostarse, los celebrantes acompañaron a Cela hasta la estación. A partir de ese día y de esa noche, los dos escritores fueron uña y carne. Ángel Zúñiga, que era de los presentes, se convenció de que la gente de Sitges era paciente, capaz de soportar el escándalo que organizaron. CGR quedó impresionado, dice, por la calidez de su reciente amigo, que no se hacía el interesante o fingía una actitud de insolencia, sin pretender tampoco hacerse el simpático a toda cosa. Y estaba, claro, su calidad como novelista: «el mejor de estos últimos tiempos y el único de su generación»[319].

Entre los visitantes figuró en una ocasión José Luis de Vilallonga, inteligente hombre de mundo, guiado por Ignacio Agustí. Pasaron en amable compañía un fin de semana. Aparte de un forzado de la escritura, Ruano era un gran conversador. Hablaron mucho del «oficio»:

> Es, según la época en que se vive, un oficio en el que se

> puede medrar con cierta honradez. Pero en los tiempos actuales es necesaria una buena dosis de cinismo para sobrevivir. Yo tengo la suerte de que el cinismo me cansa menos que la honradez.

Hablaban en un bar. César subía la voz para sobreponerse al ruido de los parroquianos empeñados en golpear con énfasis las fichas de dominó sobre las mesas:

> Desde que terminó la guerra civil yo escribo cada mañana el mismo artículo sin que nadie se dé cuenta. Ni siquiera yo mismo. Es un artículo inocuo en el que ni defiendo ni ataco nada. Hablo de las nubes que pasan, de las gaviotas, de las olas del mar. A veces los censores, convencidos de que de una manera o de otra siempre trato de desprestigiar al régimen, retrasan indefinidamente la publicación de mis artículos.

Apuró el vaso de Amer Picón, una repugnante bebida francesa amarga, del linaje del Pernod, aunque más empalagosa, recomendada entonces para las dolencias estomacales y para despertar el apetito, encendió otro pitillo y, bajando la voz ahora, le confesó a Vilallonga:

> Esta dictadura de Franco durará lo que dure Franco. Ni república, ni monarquía ni hostias. Y como Franco ni come, ni bebe, ni fuma, ni fornica, la cosa puede ir para largo. Pero yo, que estoy empeñado en seguir comiendo, bebiendo, fumando y fornicando, no lo voy a fastidiar todo mordiendo la mano que me llena el pesebre.

Se conoce que, con los años, César había afinado su juicio político. Los alardes de cinismo, tan frecuentes, tenían mucho de artificio. No; no era cierto que escribiese el mismo artículo todos los días, con uno u otro disfraz. A pesar de las apariencias, tenía un desarrollado sentido profesional, en el que se incluía cierto horror al refrito. Volvieron a casa los contertulios:

> Lo malo de las épocas mediocres es que nos vuelven a todos mediocres en nuestros gustos y aficiones. El otro día, no

recuerdo qué cretino escribió que Pemán es un poeta de dimensión universal. No nos falta más que confundir a Muñoz Seca con Molière. Jodido país[320].

Pero tanta visita, tantas tascas, tanto Picón –a veces se conformaba con menos, con coñac barato y vino peleón– tanta juerga, estaban haciendo insostenible la situación económica del escritor. Se ponía en marcha un mecanismo infernal de endeudamiento. Las deudas obligaban a un trabajo incesante para escribir novelas mediocres, compulsivamente autobiográficas, reiterativas, cuyos anticipos servían para salvar la situación de momento, «las mil combinaciones chinas para ir pagando parte de lo que se debe» y así volver a empezar. Uno de los pocos relatos que se puede rescatar de aquellos cuentos y novelas insustanciales se titula precisamente «La mecánica de las deudas». El mecanismo funcionaba de esta manera: Por cualquier circunstancia, una enfermedad, un disgusto con el director de un periódico, un libro que no se podía publicar, la mujer que tiene un parto difícil, un verano de abandono en que puede «coger una borrachera tras otra», dan como resultado que los miles de pesetas que apenas alcanzaban para el gasto del mes, ni siquiera bastan para quince días. Ello podría significar una suma de tres o cuatro mil pesetas. Pero como al mes siguiente se repetía la misma o parecida situación, la deuda iba subiendo en progresión aritmética. Un artículo podía cobrarse a doscientas cincuenta pesetas. Un anticipo para una novela, en tres o cuatro mil. La lista del mes podría ser parecida a la que ofrece en el relato.

Lechero	1.500
Charcutería y droguería	800
Farmacia	500
Diversos bares	3.000
Criada	600
Gratificaciones criada y propinas en los bares	1.000
Carbón y leña	500
Para enviar a la M a un señor que cree haberme protegido la vida y que me da asco	1.000
Monte de Piedad	3.000
Alquiler de casa	3.000

Amigos varios	6.000
Libreros	3.000
	39.400

El sastre puede esperar.

El presupuesto mensual, lo primero, está mal sumado. El total es de 23.900, no de 39.400. Lo que indica la falta absoluta de control sobre los ingresos y los gastos reales. Se puede concluir que Ruano, en donativos o sablazos de amigos menos afortunados, y gastos de representación (criada, propinas y demás) empleaba una porción equivalente a la mitad del presupuesto. Indicando la partida Monte de Piedad los frecuentes empeños y rescates, según el momento del ciclo económico doméstico. Su actitud ante el dinero fue siempre despreocupada. «Yo he pedido en mi vida mucho dinero y no lo he devuelto jamás». Y viceversa. Cuando era él quien daba dinero tampoco lo reclamaba nunca. Solía atender a los sablistas –los que componen la rúbrica de «amigos varios»– con discreción, sin hacer alarde de generosidad. Doblaba cuidadosamente un billete hasta reducirlo al tamaño de un tique de autobús. Consumada la operación, lo deslizaba por debajo de la mesa hasta alcanzar la mano del pedigüeño. Un gesto que repitió a lo largo de su vida[321].

Muchas cuartillas tendrían que escribirse para seguir tirando. La convocatoria del premio Nadal podía servir para tapar los muchos agujeros de un absurdo tren de vida. Ignacio Agustí había animado a sus compañeros de la revista *Destino* a fundar un premio literario. Aconsejado por Ruano, de quien era amigo, tomó en Sitges, frente al Chiringuito, un apartamento pequeño y terminó *El viudo Rius*, la segunda novela de una saga sobre una familia de la burguesía de Barcelona. A los pocos meses había vendido millares de ejemplares. No hacía mucho tiempo que conocía a Ruano. Había oído hablar, ¿quién no?, de su bohemia. Acaso fue Juan Ramón Masoliver quien hizo las presentaciones. La amistad parecía estrecha. Una fotografía algo desvaída nos muestra a las familias de Agustí –bajito, cejas espesas, bigote poblado, cabellos negrísimos– y a la de Ruano –la inverosímil delgadez– tomando apaciblemente el sol en la playa de Sitges. En el verano de 1944, Agustí dijo haber leído de un tirón el *Manuel*

de Montparnasse de Ruano, y éste replicó que había hecho lo propio con *Mariona Rebull*; ejercicios nocturnos que acabaron con los brazos de los lectores acribillados por las picaduras de los mosquitos[322]. Pero la cosa cambió hasta llegar a parecerse a la aversión, y el premio Nadal tuvo la culpa de ello, o sería más exacto decir que sirvió como desencadenante de una hostilidad larvada.

Los recuerdos que publicó Agustí en *Ganas de hablar*, muy posteriores a los acontecimientos narrados, están llenos de malevolencia hacia el madrileño. Dice Agustí que nunca llegó a comprender las razones que invitaron a Ruano a residir en Sitges: «Me he preguntado si no es que también tendría en Madrid algún acreedor, o el temor a encontrarlo. Si no habría en algún lugar escondido un sastre con una factura aviesa e impagada, un marido burlado, un editor en espera de un libro comprometido». Agustí no debía de leer el diario *La Vanguardia*, o tenía una memoria muy selectiva, porque, nada más establecerse en Sitges, el diario publicó un artículo de Eugenio Montes: «Fui yo quien le indiqué este lugar»; más que nada porque era un paraje lleno de recuerdos de la vieja Europa: Rusiñol, la estatua del Greco, visitas de Rubén, de Ganivet, un sitio de España donde se rinde culto a la belleza[323]. Por lo visto, al llegar a Cataluña, o al visitar por vez primera la redacción de *Destino*, Ruano seguía haciéndose llamar marqués de Cagigal. Pero en Sitges existía una persona con ese apellido, Ana María Cagigal, que vivía con la marquesa de Nájera. Ruano prologaría una novela suya publicada en 1946, *Leña húmeda*, con elogios a «su natural elegancia íntima y externa». Procedente de la Montaña, el escritor le da el título de prima. Pero, según deduce Agustí, no había suficiente espacio en Sitges para dos Cagigal y el presunto marqués abdicó pronto del título.

Agustí expuso su pretensión a Vergés y Teixidor, miembros de la redacción o, más que miembros, porque Vergés era administrador y factótum de la revista *Destino* y de la editorial del mismo nombre, fundada en 1942. Teixidor propuso darle el nombre de Nadal al premio, en honor y recuerdo de Eugenio Nadal, el amigo y compañero muerto meses atrás. Agustí redactó las bases del premio y pensó, para curarse en salud, que era

conveniente avisar a algunos autores consagrados, por si no acudían al concurso originales de cierto mérito. Conviene citar las palabras de Agustí: «Lo mejor sería entrar previamente en tratos con algún autor consagrado, en unas condiciones que se podrían convenir de antemano: un pequeño anticipo, un compromiso privado escrito». Uno de los advertidos fue, naturalmente, CGR. Era un «consagrado» que estaba a mano, pues desde fines de 1943 colaboraba en *Destino* con una columna bastante más extensa de lo que dice Agustí. También colaboraba en *La Vanguardia*, como sabemos. Un diario que solía reseñar sus publicaciones, y no de cualquier manera. Así, a propósito de *La alegría de andar*: «Su novela tiene mucho de periodístico. Campea en toda ella una prosa fácil, ligera y, a veces, desaliñada, sin preocupaciones estilísticas, pero consiguiendo que, una vez más, resalte su amena originalidad». Originalidad, calidez, prosa que se lee con placer, propia de un escritor brillante. *La Vanguardia Española* lo había incluido en un recuadro con la relación de corresponsales en el extranjero, en el momento de enviarle tras la frontera, en 1944 precisamente, para cubrir las andanzas del maquis.

En aquellos días de frenética escritura tuvieron lugar en Sitges dos homenajes. El primero fue un banquete en el hotel Sitges. Se congregaron entonces cerca de un centenar de amigos, las fuerzas vivas del pueblo, encabezadas por el alcalde, don Felipe Font Soler y un grupo de escritores y artistas barceloneses, un grupo en el que, con toda probabilidad, figuraban sus amigos, Masoliver y Agustí. El segundo fue una velada para celebrar la entrega a la biblioteca popular que llevaba el nombre de Rusiñol, de un ejemplar en papel Japón de un libro de poesía que acababa de publicar Ruano: *Vía Áurea*, con ilustraciones de Jean Cocteau, Alfredo Sisquella, Joan Miró, Honorio Condoy, Pedro Pruna y Emilio Grau Sala. En la velada, Juan Ramón Masoliver pronunció una conferencia sobre la poesía del homenajeado. Vergés, Agustí, Josep Pla, Félix Ros, Dionisio Ridruejo, Eugenio Montes y algunos otros mandaron su adhesión al acto. Un vate local, Ramón Surinach Sentíes, intervino con una poesía que recordaba otra famosa de Kipling

Te ofrezco el bergantín de la tertulia
–César, tu capitán–
en la contemplación de esta hora incierta
en la llanura inmensa del mar...[324]

Anunciadas que fueron las bases del premio Nadal, ni corto ni perezoso, el madrileño se lanzó con frenesí a la redacción de una novela de ambiente catalán. El impulsor del premio –a veces parece que tira la piedra y esconde la mano– no dejaba de admirarse de la porfía de Ruano, «enfrascado hasta las cinco de la madrugada en diálogos estériles, lúbricos o alocados, mojados en litros de alcohol». ¿Lúbricos? Mojados en alcohol, seguramente. Pero ¿lúbricos? Jamás publicó Ruano ningún diálogo de este linaje. Un caballero, por muy venido a menos, por muy decaído y endeudado que esté, no escribe cochinadas para salir del paso. Tampoco escribe en horas intempestivas. Ruano no escribió jamás por la noche. Hubo un runrún, acaso una insidia, que relacionó a Ruano con la esposa de Agustí, Catín (Catalina) Ballester, una mujer cultivada y aficionada a la música. Un amigo, el lenguaraz Utrillo Jr., parece que iba y venía trayendo esos rumores. ¿Afectó esto a la relación entre los dos hombres?[325]

La novela de Ruano se iba a llamar *La terraza de los Palau*, la historia de la decadencia de una familia tradicional cuya vivienda, Ca'n Fals, en la Ribera de Sitges, parece haber servido de inspiración al madrileño. Todo el pueblo estaba al tanto de lo que se cocía y todo el mundo, o casi, al ver a un Ruano desflecado en El Chiringuito, moviendo la pluma sin parar, daba por hecho que el premio iba a recaer en el escritor consagrado. Pero asombrado o no de la confianza y de la constancia del escritor, Agustí daba la impresión de animarle. Dicho en sus términos: «Le dije que me parecía muy bien que lo presentara al Nadal, que en el jurado no tenía más que amigos y que, por tanto, cabía esperar que se le tratara con el afecto que merecía». Claro está que no afirmó que el premio sería para él. Nadie en su sano juicio, nadie que quisiera prestigiar un premio literario, o de cualquier género, haría semejante cosa. Imaginemos que alguien te invita a participar en un concurso, con un jurado

compuesto de amigos; compañeros y camaradas que asisten a homenajes y rodean tu obra de elogios; imaginemos que ese alguien te promete por lo bajinis un compromiso privado, acaso un anticipo moderado –Agustí dice que Vergés se negó en redondo a abonarlo– ¿qué podría pensarse?

La verdad es que, miradas las cosas con atención, Ignacio Agustí resultaba ser un amigo extraño. Aprovechaba cualquier ocasión propicia para contar lo que creía saber de las andanzas de Ruano, para poner en antecedentes al visitante y que éste no se llamara a engaño. Eso hizo, por ejemplo, en uno de los fines de semana que José Luis de Vilallonga acudió a Sitges. Le habló de París –vaya usted a saber lo que le contaría el madrileño–. Afirmó que, al establecerse en Sitges, trató de ocultar las razones que tuvieron los alemanes para encarcelarlo; que se trataba, en realidad, de un desgraciado asunto de mercado negro y de falsas libras esterlinas. Acusaba a Ruano, sí, en cierto modo lo acusaba, de haberse inventado una historia rocambolesca en que desempeñaba un papel parecido al de Pimpinela escarlata. «Y además quiso escribir su *Balada de Reading* particular. Unos miserables ripios que nos endilgó durante meses cada vez que se tomaba dos copas». Agustí estaba, pues, al cabo de la calle en lo tocante a su amigo. César era un hombre que escribía bien pero que no tenía nada que decir. Solamente le quedaba el humor negro del caballero español venido a menos. Literaria e incluso periodísticamente era un fracasado. «Hombre –le respondió Vilallonga–, tanto como un fracasado…»[326]

César seguía bajando todas las mañanas al Chiringuito, en el paseo de la Marina, a eso de las 10. Era un extraño café, todo de cristales. Las barcas varadas en la playa tenían bellos nombres –Montserrat, Joven Manuela…– y daban mucho carácter al lugar. Chiringuito es diminutivo de chiringo, voz de origen cubano que aludía al café de puchero. Una voz que luego se generalizaría en España para designar a cualquier merendero o aguaducho campestre o playero. Algunos forasteros llamaban chiringuito al dueño, el señor Juan Calafell. Podía verse a Ruano con la pluma en la mano derecha, una rama algo maltrecha, escribiendo sin parar, y la izquierda teniendo que sostenerla, como si fuera un horcón, para que permaneciera firme por el temblor. Junto a su

mesa solía formarse una tertulia y el madrileño seguía escribiendo y cambiando impresiones triviales con los tertulianos.

Los originales –22 novelas según Néstor Luján– fueron recibiéndose en la redacción de *Destino*, situada en la calle Pelayo de Barcelona. La fecha de la votación –el día de Reyes de 1945– se aproximaba. El jurado había terminado de formarse casi a última hora. Comenzaron a definirse las preferencias. Masoliver se inclinaba por Ruano. Vergés había elegido a Álvarez Blázquez y Agustí prefería *El bosque de Ancines*. Pero un día antes de que se cerrara el plazo llegó de Madrid un paquete, con los sellos de envío urgente. Agustí leyó en voz alta a sus colegas las primeras páginas de la novela. Se la llevó a su casa y tomó una decisión firme. La novela de una desconocida Carmen Laforet era, sin duda alguna, muy superior a las restantes. La votación –Agustí no lo recuerda con precisión– se llevó a cabo por el llamado método Goncourt, donde el ganador no resulta de una mayoría simple de votos a una vuelta, por así decir, sino de un complicado procedimiento de eliminación sucesiva, quedando fuera las novelas que obtienen una menor votación de entre las seleccionadas. En la primera votación, apenas un trámite de cortesía, *Nada*, *La terraza de los Palau* y *El bosque de Ancines*, de Carlos Martínez Barbeito, quedaron empatadas a cinco votos. Seguía *En el pueblo hay caras nuevas*, de José María Álvarez Blázquez, con cuatro votos, así hasta siete novelas. En las votaciones segunda, tercera y cuarta fue perfilándose el criterio de la mayoría del jurado, a medida que concentraba sus votos en *Nada*. En la cuarta fue apeada *La terraza de los Palau*. En la votación final el resultado fue:

Nada: 3 votos
En el pueblo hay caras nuevas: 2 votos

Y así se otorgó el premio Nadal a la novela *Nada*, original de Carmen Laforet[327].

Nada más fallarse el premio, algunos de los jurados –Ignacio Agustí y Rafael Vázquez Zamora– viajaron hacia Sitges para notificárselo a Ruano.

> Nos armamos de valor. El escritor consagrado y su mujer debían de estar advertidos porque, cosa lógica, recibieron con algo más, o algo menos que frialdad, a los mensajeros.
>
> –Se necesita cara para venir a ver a César después de lo que ha ocurrido, dijo Mery.
>
> –Di a estos señores que pasen [...] El fraude está a la vista de todos [...] Un hecho así no es posible olvidarlo nunca.
>
> –Se trata de un libro sobresaliente, de un libro excepcional, arguyó Agustí.
>
> –Pero [...] ¿Qué clase de premio es éste? ¿Pero es que no sabéis que, en España, desde tiempo inmemorial, los premios se han dado siempre a los amigos?

Este fue, sobre poco más o menos, según Ignacio Agustí, el diálogo que mantuvieron Ruano y sus amigos, o los que hasta entonces había tenido por amigos, la noche de Reyes de 1945.

Puede entenderse el despecho de Ruano[328]. Contaba con el premio, necesitaba las cinco mil pesetas que estipulaban las bases para el ganador. Todas las señales que había recibido iban en esa dirección. Pero Agustí y el jurado llevaban razón. *Nada* era una novela muy superior a *La terraza de los Palau*. Hablaba de situaciones que casi todos conocían. Hablaba, entre otras cosas, de la estrechez y la sordidez de la posguerra. El hambre, el frío, la rudeza de los afectos vistos por una joven ingenua desde un piso del Ensanche, desde los patios de la Universidad, a través de un paseo interminable por las calles de Barcelona. De las novelas restantes, incluyendo las andanzas de los Palau, ¿quién se acuerda?

Ruano suspendió de inmediato su colaboración en *Destino*. En los meses, en los años siguientes, no faltará en este artículo o en aquel periódico una referencia desdeñosa a la ganadora del premio Nadal 1944. Llegó a coincidir en algún acto con Carmen Laforet, pero ni siquiera cruzó un saludo. ¡Ah, dijo una vez, esos autores que escriben una novela y luego no son capaces de sostener su fama! Un comportamiento injusto, poco caballeroso en alguien que se tenía por tal. Una especie de animadversión hacia una escritora que no tenía responsabilidad en su fracaso. Y lo llamativo del asunto es que Ruano conocía demasiado bien sus limitaciones como novelista. Él sabía de sobra que el relato largo,

la construcción pausada de una trama, el manejo de situaciones y personajes, incluso de una manera sencilla, convencional –algo parecido, por ejemplo, a la saga de los Rius– no casaba con su estilo veloz, con la improvisación genial, con el formato limitado de un artículo, de una entrevista. Sabía que escribía novelas, de cuando en cuando, para aprovechar su facilidad y cobrar un ingreso extra. Mejor se le daba el cuento breve que la novela larga. De momento, le pudo la indignación. Hasta en la necrológica que dedicó a Samuel Ros aparece una alusión al desaire, cuando atribuye al muerto las siguientes cualidades: «Y era tan bueno, tan como sobrino del ángel, que creía en premios literarios, en la amistad y en la letra impresa»[329]. Del incidente del premio no dejará mención alguna en sus *Memorias*. Como si no hubiera existido. Apenas una referencia al grupo de la revista *Destino*, «con el cual había de regañar más tarde». Vergés, o quien firmara en *Destino* con una «V», lo comparó al Caballero Audaz, en una desafortunada reseña de *Imitación del amor*, novela formada con algunos retales de la que debió titularse *La terraza de los Palau*. Poco tacto demostraban los de *Destino*. No era de buen gusto atacar como crítico una novela que se había desdeñado como jurado. Parecían haber olvidado –o no llegaron a conocerlo, por aquello de la distancia entre meridianos– que, incluso después del fiasco del primer Nadal, Ruano había publicado un artículo alabando la «facilidad narrativa» de Agustí y sus novelas como «una empresa de invención literaria ancha de pecho y ambiciosa». *Mariona Rebull* y *El viudo Rius* eran un documento para conocer el sentimiento de una época y de un pedazo de geografía[330].

Pero no toda la razón estaba de parte de Agustí. Digamos que no le faltaban razones a Ruano para su enojo. En una carta a Dionisio Ridruejo afirma que él había aceptado concursar al primer Nadal con una condición: Si no se llevaba el premio, su nombre no se mencionaría en el acta. Este acuerdo dice que fue formalizado en una reunión en casa de Masoliver, cinco o seis días antes del fallo: «No faltaba más que tu nombre viniera, en ese caso, con el de unos desconocidos». Es una versión que parece corroborar Ángel Zúñiga, avispado cronista de la vida cultural barcelonesa. Ruano fue advertido por alguien –acaso

Masoliver, fiel amigo a pesar de los pesares– de que su novela no iba a salir premiada. Decidió entonces retirarla del concurso. Pero algún miembro del grupo, acaso el mismo Agustí, volvió a reiterarle su preferencia. Resulta verosímil. Ruano no quería aventurar su prestigio literario, periodístico, en un concurso que no podía ganar. Un concurso en que ni siquiera llegó a finalista, una cortesía que podrían haberle brindado los de *Destino*, sobre todo después de azuzarle para que se presentara. En lugar de cortesía hubo humillación. Ignacio y César venían a ser polos opuestos. Era el uno como la encarnación del burgués convencional, católico, conservador, preocupado por el decoro; el otro, el bohemio refractario al orden a quien, por aquel tiempo, se le daba un ardite del qué dirán. Dejó Agustí en sus novelas posteriores, en *Desiderio*, en *19 de julio*, suficientes indicios sobre un mundo moral que compartía con el de sus personajes: su desdén de las clases bajas, «los del garbanzo», a los que adjudica caracteres raciales marcados: «hombres del tipo extremeño, bajos, cenceños, oliváceos». Según la saga de los Rius, la historia de la Cataluña contemporánea parece dominada por el conflicto entre la burguesía emprendedora y lo que llama «el substrato oscuro de la sociedad», el anarquismo, entre los que descuellan los elementos de la FAI, «esa purria murciana» que era como la «avanzadilla de Madrid». Si Ruano se deleitaba en la frecuentación del mundo canalla, *la tournée des grands ducs*, en compañía de sus amigotes, a Agustí aquellos locales de la calle del Cid le parecían antros nauseabundos, viscosos, poblados por una fauna degenerada de hembras de piernas escuálidas y senos fláccidos. Cuando se aventuraba con uno de sus protagonistas hasta los burdeles del Arco del Teatro, cercanos al Paralelo, todo se volvía nausea, fatiga aciaga y decrepitud mortal ante aquellos cuerpos hediondos[331].

Agustí, mediano novelista, se complace en rebajar a CGR, dándose aires de superioridad. Un burgués catalán rebajando a un «señorito madrileño», pícaro, simpático y borrachón. Es posible que la perspectiva del negocio editorial influyera en la decisión del jurado: «cuando el *seny* se decide por el dinero», asegura Zúñiga. En eso, como en el aprecio de la calidad de *Nada*, el jurado tampoco anduvo descaminado. «Entreví el

óptimo porvenir periodístico que aguardaba al recién nacido Nadal», afirmó más tarde el periodista que firmaba como Sempronio, Andreu-Avel·lí Artís. En 1949 se habían vendido 26.000 ejemplares de *Nada*. También pudieron haber intervenido consideraciones de otra índole, digamos políticas, en este desdén hacia el madrileño. Ruano debía, al parecer, tres mil pesetas a la caja de *Destino*. Su administrador, Vergés, un hombre alto, medio calvo y con gafas, con cierto aire de contable profesional, prefería olvidarse de la deuda. Así se demostraría la imparcialidad del jurado y, de paso, quedaría desmentida la célebre frase sobre *l'avara povertà di Catalogna*. Probablemente circulaba algún direte sobre las andanzas y tropelías parisienses que hacían, ante una sensibilidad burguesa y de orden, poco recomendable al personaje. «Este González Ruano, que no tiene bastante valor para ser ladrón de caminos, sí tuvo gracia para cobrar el sueldo de la Gestapo», escribirá Néstor Luján, futuro director de *Destino*. En las semanas anteriores algunos miembros de la revista habían padecido los rigores del gobernador civil de Barcelona, Correa Veglison. Santiago Nadal, hermano de Eugenio, había sido encarcelado en la Modelo por un artículo donde condenaba tanto el fusilamiento de Pucheu en Argel como el de Ciano en Verona. Dos ejemplos paralelos de odio y fanática venganza. El grupo de *Destino*, el de los catalanes que lucharon con Franco, tuvo claras desde el principio de la revista, en Burgos, sus lealtades políticas. «Política de unidad» era el subtítulo del semanario. No cualquier unidad, sino la unidad de destino en lo universal. Juan Ramón Masoliver, el más cercano a Ruano desde la época de Italia, no ocultaba sus simpatías hacia el fascismo desde los años treinta. Tanto se le notaba que el director de *La Vanguardia*, Gaziel, tuvo que llamarle la atención: «Vosté és massa feixista»[332]. Para algunos irreductibles, sin embargo, la revista no mostraba el necesario entusiasmo por Alemania, o la suficiente consideración con la Falange, y la redacción fue asaltada en 1943. Ningún protagonista pudo establecer la fecha exacta del desmán. Debió de ser en los últimos días del verano o principios del otoño. Hacía calor. Llamaron a la puerta. «¿Está el cabrón de Agustí?» Salieron a relucir las pistolas y se liaron la manta a la cabeza rompiendo

papeles, cuadros y manchando las paredes[333]. Ahora, pasado el susto, a punto de ganar los aliados la guerra, los choques con el régimen pudieron enfriar su fervor. Ignacio Agustí había sufrido una brusca conversión monárquica. De hecho, la fundación del premio Nadal se produjo a la vuelta de uno de sus viajes a Lausanne, residencia de don Juan. Vergés insistirá, pasados muchos años, en los sinsabores de la censura, un semanal calvario; resaltará la anglofilia de la revista y describirá su trayectoria como un largo camino hacia la libertad. Cosa improbable de apreciar en 1944. La gente tiende a reescribir su pasado. Nada tan flexible y acomodaticio como la memoria. Ahora bien, si Vergés –el hombre que votó a Álvarez Blázquez– pensaba que la colaboración de Ruano en *Destino* era algo envejecido, hecha con materiales «muy trasegados» o dependientes en exceso del mundillo madrileño –un mundillo que Ruano no frecuentaba desde hacía más de diez años–, demostraba escaso olfato periodístico. Una opinión que heredó el orondo periodista y gastrónomo Néstor Luján: «colaboración que era a base del chiste y manido *potin* literario madrileño»[334].

El año 1945 iba a depararle a Ruano otra sorpresa desagradable. Solucionado el enojoso problema que había surgido con las autoridades falangistas, apenas superado el mal trago del Nadal, llegó a sus oídos el resultado de un proceso de depuración que lo condenaba sin paliativos. Desde luego, lo que no podía suponer es que el episodio de Cherche-Midi tuviera una consecuencia imprevista, después de su salida de Francia. Algún barrunto, alguna noticia debía tener, cuando pone en boca de José, en *Imitación del amor*, estas consideraciones: «Él también estaba allí [Sitges] como un refugiado que huyera de su pasado y de los peligros e incomodidades de la guerra [...] Su preocupación era seguramente el estallido de la paz y lo que pudiera ocurrir entonces: las responsabilidades, las depuraciones [...] La inquietud de que se les pasara la cuenta».

Las depuraciones. En lo tocante a su persona arrancaron con la denuncia presentada el 7 de junio de 1935 [error por 1945] por Adom Archam Babikyan, de origen armenio y sastre de profesión. Babikyan compartió la misma celda que Ruano en las últimas semanas de su cautiverio. Ahora lo denunciaba por haber

espiado en favor de la Gestapo a sus compañeros de calabozo. El denunciante se basaba, a su vez, en la confidencia de un carcelero alemán, un *Feldwebel* o sargento encargado de la sección o planta donde se encontraba la celda. Después de la liberación del español, al que todo el mundo daba el título de marqués, el *Feldwebel* les mostró una carta que, al parecer, probaba el espionaje del español. Babikyan escribió que no pudo leerla pero que reconoció la firma de Ruano. ¿La firma? Estaba convencido de que, a resultas del espionaje, dos de sus compañeros, Roger Ruellan y otro apellidado Carasso habían sido trasladados al fuerte de Romainville, en el que pereció fusilado el segundo. Según el denunciante, el marqués le había hecho algunas confidencias. Una, que el motivo de su detención en Cherche-Midi era el haber estafado dinero a una familia judía cuya cabeza, Hans Seboulof, publicista de lengua alemana, originario de los Sudetes, se encontraba en la misma celda. Otra, que los alemanes le habían prometido liberarlo a cambio de informarles sobre la colonia española en París y sobre sus compañeros de cautiverio. El denunciante añadía algunos juicios sobre la personalidad del presunto espía. Decía que *le marquis* era simpático, bromista, *drôle*, aparte de un escritor, un artista y, a la vez, *un homme parfaitement degéneré*. A raíz de la denuncia se puso en marcha un procedimiento judicial, al menos en las formas: interrogatorio de testigos *–le procés verbal–*, establecimiento de los hechos y sentencia final.

Babikyan había nacido en Constantinopla el 14 de septiembre de 1905. Entró en Francia en 17 agosto de 1924, procedente de Alemania y se había naturalizado francés por decreto del 24 de abril de 1940. Trabajó como sastre en varios establecimientos hasta acabar en el taller Santignon, 5, Boulevard Saint Denis. Estaba casado con Suzanne Duquenne, peluquera de profesión y tenían una hija nacida en 1932. Antes de la guerra, había pertenecido al grupo HOG (sic por HOC, comité de auxilio a Armenia), formado por armenios, paralelo, según fuentes francesas, a la *Association des Amis de l'URSS*. Estos datos se recogieron en un expediente policial, iniciado en agosto de 1941, a raíz de la detención de Gers Feldmann, de nacionalidad rumana, judío, y de Sophie Eiffes, acusados de repartir *tracts*

communistes. En aquel momento, los informes sobre Babikyan no eran muy favorables a su persona. Era amante de la señora Eiffes –una mujer de *moeurs légères* según la policía– y acababa de tener un hijo con ella. No manifestaba abiertamente sus simpatías políticas, pero la policía creía que *sont acquises aux doctrines moscutaires*. Simpatías moscuteras, simpatías hacia la URSS. Babikyan fue arrestado el 20 de mayo de 1942 por *propos incorrects envers un officier allemand*, siendo trasladado a la cárcel de Cherche-Midi, hasta que el 16 de octubre fue puesto en libertad. Aquí coincidió, como sabemos, con González Ruano. Llegados a este punto, son policías de Vichy los que han seguido los pasos del armenio. Entre diciembre de 1944 y marzo de 1945 se inicia un nuevo dossier que se une al anterior. Pero son otros quienes lo completan. Un añadido obligado por la solicitud que presenta Babikyan para la concesión de la *carte de interné résistant*.

El gobierno francés había publicado el *Statut définitif des déportés et internés résistants* mediante la ley nº 48-1251 del 6 de agosto de 1948, cuyo artículo 342-2 decía a la letra: «Le titre d'interné résistant est attribué à toute personne qui a subi, quel que soit le lieu, sauf les cas prévus à l'article 342-1, une détention minimum de trois mois pour acte qualifié de résistance à l'ennemi». Una detención mínima de tres meses por un notorio o cualificado acto de resistencia al enemigo. Esa era la *conditio sine qua non*. La concesión de esa tarjeta daba derecho a una pensión. El armenio aparece entonces aureolado con una biografía heroica. Había sido gerente del periódico *Joghovouat*, redactado por un grupo de armenios encabezados por Henri Marmarian, un hombre vinculado a Missak Manouchian, miembro del Partido Comunista Francés y de su milicia armada, las FTP de la región de París, hasta su detención y muerte en 1944. También estaba afiliado, a la sazón, en la *Amicale Bataillon 51/22*, la unidad que, con idéntico nombre, formó parte del aparato clandestino comunista. Lo único que quedó demostrado en el expediente bis, por así decir, fue su antiguo papel como gerente de la revista y la pertenencia a la *Amicale* (asociación de amigos), así como su afiliación al PCF, *activiste actuel*. El expediente fue archivado en 19 marzo de 1959 y todavía andaba

dando vueltas en 1963, momento en que debió trasladarse desde los archivos centrales a los de la prefectura, pero sin mención alguna a la concesión de la *carte*. Es probable que las semanas que pasó en Cherche-Midi por aquellos *propos incorrectes* no fueran suficientes para acreditar un acto que lo señalara como resistente.

Volvamos al *affaire* Ruano. Después de la denuncia de Babikyan se llamó a declarar a varios de los que compartieron la misma celda. Fueron pocos los que declararon, seis o siete, teniendo en cuenta que el grupo estaba formado por una «veintena» de presos. Se interrogó a personas que apenas coincidieron algunos días; personas que salieron en libertad antes que Ruano y, por tanto, no pudieron leer ni la carta ni la firma. Este era el caso de André Derobert-Masure. Según este último, el marqués blasonaba de estar emparentado con Alfonso XIII, así como de haber sido una persona importante en la corte española. También decía que no podía regresar a España mientras gobernara Franco. El tribunal del departamento del Sena publicó en la prensa el procedimiento judicial, colocándolo también como pasquín en la puerta de su último domicilio conocido, el de la rue Boulard. A continuación, emitió una orden de arresto el 19 de julio de 1946, considerando probado el delito de *atteinte à la sureté extérieur de l'état,* terminado por condenar a CGR a veinte años de trabajos forzados y a la confiscación de todos sus bienes por el delito de inteligencia con el enemigo. La sentencia, la condena en rebeldía se publicó, con alguna errata, en el Boletín Oficial francés[335].

¿Qué podría concluirse de este expediente? Podría concluirse, como a menudo se ha subrayado, que los procedimientos para llevar a cabo la depuración, el establecimiento de responsabilidades por la colaboración prestada al ocupante alemán fue, en bastantes casos, apresurado y lleno de irregularidades. Hubo una depuración salvaje, en las primeras semanas de la liberación, que afectó a cerca de veinte mil personas. Hubo con posterioridad una depuración legalizada, bien por tribunales militares, bien por tribunales compuestos por magistrados profesionales; unos magistrados que, en ocasiones, habían ejercido su oficio bajo el régimen de Vichy. Esta última

modalidad fue la que interesó a CGR. El número de arrestos fue superior a los trescientos mil, aunque solamente se iniciaron procedimientos contra ciento veinte mil. Se dictaron siete mil cincuenta y cinco condenas a muerte. A trabajos forzados o penas de cárcel afectaron a otros treinta y ocho mil. Michel Winock reconoce en estas condenas una parte de arbitrariedad, otra de error y una tercera guiada por el espíritu de venganza. A veces, las denuncias se fundaron en motivos sórdidos. El deseo de librarse de un marido incómodo para hacer sitio al amante, que Ruano trata en uno de sus relatos breves, se dio en alguna ocasión. De la depuración salieron mejor librados varios asesinos de nota –Oberg, Knochen– que gente común y corriente, a ejemplo de Lacombe Lucien, el personaje de película que construyeron Louis Malle y Patrick Modiano. La iglesia apenas sufrió represalias sobre sus miembros más comprometidos. Albert Camus se fijó en la incoherencia de la justicia con pretensión reparadora, en la que menudearon las condenas de periodistas y otras figuras públicas, mientras que otras más siniestras, pero menos notables, salían indemnes[336].

El *affaire* Ruano es ejemplo de condena por algo menos que indicios de culpabilidad. En realidad, no existe prueba alguna de que el *marqués* espiara a sus compañeros de celda. Ninguna, aparte del reconocimiento de la firma en una carta que el *Feldwebel* no les dejó leer. ¿Cuántas veces le habían visto firmar? ¿Era corriente la firma de documentos en una celda colectiva? También parece haber influido el más que probable azar de que el traslado de dos presos siguiera a la liberación de Ruano. El que alguien confiese voluntariamente, a una persona semidesconocida, sin ser requerido para ello, que es un canalla y un espía es algo improbable. El héroe de la historia es, curiosamente, un alemán, el carcelero de apellido Schönhof, al que Babikyan describe como un *brave type*, una buena persona que manifiesta una gran indignación moral al informar a los prisioneros sobre la traición de su compañero. Uno de los protagonistas del *affaire*, el llamado Roger Ruellan, tuvo que ser interrogado en la cárcel de Montpellier, adonde había sido trasladado desde Carcasonne, se supone que por delitos comunes cometidos después de la Liberación. Acaso este Ruellan sea el

macarra rubiasco al que alude el español como Jean le Niçois. Al fin y al cabo, Carcasonne y Montpellier no están a mucha distancia de Niza. A lo largo de la instrucción, que duró varios meses, los testigos tuvieron tiempo sobrado para comunicarse sus impresiones. Varios declarantes creen en el espionaje del español porque se lo han oído a alguno de sus compañeros, quizás al mismo Babikyan. Antonio Cassini abandonó la prisión, y entonces fue cuando se enteró, por otros, de las andanzas del marqués: *j'ai appris que*... Aimé Coudray declara haber conocido el asunto *aux dires de mes camarades*, por lo que le contaron sus compañeros. Casi todos afirmaron haber sido presos por actividades hostiles al ocupante, actividades más o menos heroicas que nadie se ocupó de comprobar. Pierre Eugène Chevalier declaró que había visto la carta pero que tampoco había podido leerla. Sí; era evidente que les había espiado; eso podría explicar las preguntas que formulaba *le marquis*, seguramente para no despertar sospechas. Chevalier explica que fue detenido por la Gestapo por haber auxiliado a los judíos para burlar a los alemanes, *en leur fournissant des fausses pièces d'identité*. Proporcionándoles documentos de identidad falsos. ¿Percibía alguna remuneración por esa ayuda o era desinteresada? ¿Vendía pasaportes, como seguramente hacía el marqués? El judío, el *Sudetenmensch* al que alude Babikyan, no vuelve a aparecer en ninguna de las declaraciones. ¿Fue deportado en estos días? Algunos testimonios prestados sobre la personalidad del *marquis* –aunque ello no sea relevante en un juicio–resultan contradictorios. Unos, Aimé Jean Coudray entre ellos, describen a un Ruano de temperamento poco expansivo, moralmente abatido, *trés amoindri*, empleando su tiempo en componer poesía, la que luego publicaría como la *Balada de Cherche-Midi.*

> Algunas tardes me miré en los otros
> y me dio miedo verme en sus pisadas.

Otros, como Babikyan, lo ven de otra manera, tan expansivo como para declarar en público que su encarcelamiento se debió a la estafa de que hacía objeto a judíos, ofreciéndoles papeles

falsos. Que Ruano colaboró con los alemanes es cosa harto probable, pero en menesteres diferentes a los de chivarse de unas cartas que andaban de preso en preso o de una lima que ocultaban unos cautivos con el disparatado propósito que puede suponerse. Resultan más verosímiles las baladronadas del español: lo de su parentesco con la Casa Real es una cosa que le hubiera gustado que fuera cierta. Podría pensarse que Babikyan, al que probablemente alude indirectamente Ruano en sus *Memorias*, desfigurando nacionalidad y cultura cuando ya estaba al tanto de su condena, como «un judío checo, intelectual y muy enfermo, a quien antes había conocido en los cafés de Montparnasse [...] que se pasaba la vida pidiendo que lo llevaran a declarar para denunciar a todo el mundo»; que Babikyan –decimos– supiera algo de sus andanzas como traficante de pasaportes y joyas y decidiera, llegada la ocasión propicia, hacerle pagar sus trapacerías y, de paso, beneficiarse de la denuncia. La tienda en la que había trabajado como patronista, situada en el número 5 del bulevar Saint-Denis, al lado de la Porte del mismo nombre, en el *Xème arrondissement*, está casi en la confluencia con el bulevar Sebastopol, lugar en el que Ruano sitúa la tienda del sastre cojo y traficante de pasaportes en *Manuel de Montparnasse*. ¿Una casualidad? Ya se ha dicho que los sastres son una constante en la vida del español. Aparecen como personajes en algunos de sus relatos. Víctimas de las facturas impagadas, desde los tiempos del *Heraldo*. En las semanas que siguieron a la liberación de París mucha gente trató de inventarse un pasado de resistente, o de retocar aquellos aspectos de su biografía que pudieran ofrecer un perfil hazañoso. El celo del armenio, consultado su expediente, puede parecer sospechoso. Acaso influyera su interés en conseguir una acreditación que daba derecho a cobrar una pensión. Pero eso, como tantos otros episodios oscuros de la vida del *marquis*, solo podemos conjeturarlo[337].

Las últimas semanas de su estancia en Sitges fueron penosas. La casa de la calle Mayor, cuenta Álvaro Ruibal, era el acabose. Gente desconocida entraba y salía. Unos iban de visita y se quedaban de huéspedes. Ruibal se maravilla de aquellas comidas opíparas, de las veladas nocturnas donde se hablaba de

literatura, entre un derroche de licores. Comido por las deudas, enfermo de cuidado. Se le había detectado una lesión pulmonar de carácter tuberculoso. Su médico de cabecera en Sitges era el doctor Juan Ramón Benaprés, vecino suyo, que tenía su casa en la misma calle Mayor, una institución en Sitges y en toda Cataluña. Benaprés tenía una original manera de atender a la clientela. Llegaban a su domicilio los allegados al enfermo y anotaban en un pizarrón el nombre o la dirección y se despreocupaban, seguros de que el doctor acudiría pronto a su domicilio. Benaprés era abstemio. A personas como Ruano debía soltarles su convicción sobre la maldad de la bebida: «Sé abstemio. El alcohol, tarde o temprano, altera la contextura del hígado y la del cerebro. Agua fresquita para todo beber»[338]. Ruano tomaba desde la época de París, cuando menos, un medicamento prescrito por el doctor Marañón llamado Sympathyl, un sedante usado para reducir el nerviosismo o las palpitaciones. Es un medicamento que todavía se usa. El prospecto dice que sirve para combatir los estados neurotónicos del adulto. Tuvo que pedirle un nuevo favor al doctor Marañón:

> Por no perder la costumbre, quisiera pedirle a Vd. un favor médico. No encuentro Sympathil en todo Barcelona y veo con horror que no me quedan pastillas, así que mis despertares después de alguna noche que beba un poco o en momentos de excitación no tendrán esa maravilla que Vd. me indicó. Me querían dar Simpatina, pero creo que eso es totalmente diferente.
>
> ¿Me podría Vd., querido doctor, indicarme qué específico español puedo tomar semejante al Sympathil? (Ya sabe usted: angustia, excitación, mareo, sensación de que me voy a desmayar, vacío de cabeza, mucho miedo, etc.). Me haría usted un gran servicio contestándome a esto. Le envío, por si no recuerda, el prospecto del Sympathil[339].

Debía dinero en las tiendas de comestibles, en los bares, en las farmacias. Había dos en el pueblo. Mostró una receta: «Señor Ruano, ¿por qué no va una temporada a la otra farmacia?».

XII
Cuenca, 1955-1965

A punto estuvo de comprar un castillo. En la excursión que, con el patrocinio oficial, hicieron un grupo de escritores por la tierra de Campos, tuvo que verlo. Fueron cinco días a través de los pueblos de aquella parte de Castilla, la desolada, la llana, el paisaje preferido por algunos escritores del 98. Sahagún, Carrión de los Condes, Palencia, Medina de Rioseco. A cada paso encontraban una maravilla románica o gótica, un retablo, una torre, un escudo. Tras un pliegue ligero de la inmensa llanura, a no mucha distancia de la ciudad de Palencia, se fijó en una soberbia construcción militar del siglo XV. Era el castillo de Ampudia. Estaba por fuera bien conservado, afirma el cronista. No del todo, en realidad. Pero por dentro era como un depósito de escombros, algo ruinoso. Se vendía barato, al parecer. El castillo, señala otro de los jornadistas, lo enamoró. Se puso de acuerdo con el joven Fontaneda, industrial galletero, para comprarlo a medias. Un cierto retraso en los trámites le hizo cambiar de opinión. Quizás no fuera esa la razón principal. Afirmaba Ruano que no se debe tomar posesión de nada que no se pueda sostener con rango. Y él no tenía el rango y, sobre todo, la riqueza necesaria para restaurar y sostener el magnífico edificio. Rango significaba también el tener –mejor, no tener– que pedir ayuda a las instituciones para poner a punto aquella joya. Fontaneda, que era copropietario del castillo de Belmonte, acabaría comprándolo en solitario[340]. En el momento de concebir la disparatada idea de adquirir un castillo, hacía lo menos diez años que su atención se había fijado en Cuenca. Una idea, la del castillo, que acaso pudiera revelar cierta fatiga o decepción de la que llamará «pequeña ciudad». El descubrimiento se produjo así.

Verano de 1949. Fue entonces cuando giró visita a Cuenca. No era la primera vez. Ya había estado en ella en 1924, acompañando a ese personaje inquietante que fue José María Chacón, el hombre que le recomendó hacerse con una leyenda. Ahora fue Federico Muelas, cronista oficial, poeta y periodista, quien le invitó a viajar a la ciudad. «Ocupado ahora en mi *descubrimiento* de Cuenca, ciudad maravillosa, llena de sorpresas y pasmos». Desde este instante empezó a concebirse como un defensor de las necesidades municipales y provinciales, ofreciéndose a renunciar a cualquier lucimiento literario en pro de una «utilidad influyente». Para ejercer esa función se encomendó a varios personajes, el «camarada» Gabriel Juliá, gobernador civil, y el alcalde Jesús Merchante. Amparándose en la autoridad de estos personajes se atrevió a poner en claro el estado lamentable de muchos edificios conquenses: iglesias roídas por la incuria y el destrozo sufrido durante la guerra: San Andrés, la Trinidad, San Agustín y una lista larga. Observó el paulatino desmoronamiento de la catedral y de la vieja urbe pintoresca. El escritor mira y se informa. La madera de los bosques, hasta entonces su principal recurso, era insuficiente para cubrir los gastos crecientes. La solución del déficit podría residir en la industrialización de esos productos básicos. «Se nota vehementemente unido e identificado con la ciudad». Una ciudad comparable a un Prometeo, encadenada a las enormes piedras que la circundan. La belleza de Cuenca debía ser divulgada. El barrio alto y señorial, próximo al castillo, con la calle principal de San Pablo como eje. La parte baja, cruzada por la calle Carretería. Dos mundos, casi. Guiado por el gobernador civil, hizo excursiones por la Ciudad Encantada, la sierra de los Palancares, donde seguramente admiraría el fenómeno natural de las Torcas, Solán de Cabras, en la puerta de acceso a la comarca de la Serranía[341].

La visita a Cuenca se celebró poco después de un viaje a Almería para dar una conferencia. Ruano quedó impresionado por la luz intensísima de una ciudad que le recordaba a Palermo, sólo que más africana. Era el antitópico de Andalucía. Habló del «camarada» Manuel Urbina, gobernador civil, del conde de Marsal, presidente de la Fundación San Pablo, a quien vio

repartir a los familiares de los penados, a sus «asistidos» como gustaba llamarlos. Entró en conocimiento del grupo de pintores indalianos, capitaneados por Jesús de Perceval. Almería tenía por delante un gran futuro por su minería, su magnífico puerto y las producciones agrícolas de naranjas y uvas. La Diputación Provincial promocionaba una obra social consistente en un Hogar Provincial, una Casa-Cuna y un Asilo de Ancianos. El alcalde había restaurado el templo de la Virgen del Mar, arruinado por las «hordas marxistas». El gobernador civil había impulsado la biblioteca Francisco Villaespesa, lugar para conferencias y exposiciones de arte. Podrían apreciarse obras de pavimentación en la ciudad, adquisición de edificios, carreteras. ¿Por qué insistir en el tópico de la Almería pobre? Gobernador y alcalde animaban el mundo de las letras con el ciclo de conferencias organizado en la Biblioteca Villaespesa, al que acudió Ruano. Fueron los artículos primeros dedicados, no solamente a la promoción de las jerarquías provinciales, sino a un asunto del que iba a tratar mucho en los años siguientes: las ventajas que para España podría traer el turismo, la conveniencia de fomentarlo, «en el impuso hacia un concreto e ideal renacimiento de lo español y de España»[342].

Durante el viaje de 1949, escuchó las primeas sugerencias u ofertas de residencia en Cuenca. En concreto, la venta o alquiler en muy buenas condiciones de una bella casa del siglo XVIII que tenía setenta habitaciones. ¡Qué maravilla![343] El buen trato y las promesas de las autoridades conquenses parecen haberle incitado a volver a la ciudad para pasar parte del verano de 1951. Escogió alojamiento en el hotel Iberia. CGR vivía en la habitación 75, en la última planta, con una terraza independiente, apartada del resto. Desde allí se dominaba casi toda Cuenca, desde el pelado cerro de la Majestad hasta el cerro del Socorro, con el popular barrio de Tiradores abajo. La vieja ciudad se alzaba sobre otro cerro en medio de los anteriores. En su macizo se hallaba la torre de Mangana, un arabismo que significa atalaya, uno de los símbolos de la ciudad. Desde el hotel, en la parte baja de la ciudad, podía disfrutar en las noches de luna clara de un paisaje irreal, fantástico. Cada cubo, cada reja estaba asociada a una leyenda, como la de la Cruz del Diablo, la Casa de la Sirena o el

Cristo del Pasadizo. Una ciudad orlada de romanticismo, a la manera de Washington Irving. Ruano mandó comprar un tinterillo y la consabida pluma de manguillero para depositarlos en el café Colón, emplazado en la calle Carretería, para despachar sus crónicas y su diaria contribución al «Diario» que comenzaba a publicar en *Pueblo*. El café Colón era el mejor de la ciudad. Tenía buenos divanes y butacas tapizadas con una tela color burdeos. Las mesas, unas largas y otras redondas, estaban cubiertas por un vidrio negro. Un mostrador largo, columnas, espejos y perchas de hierro sujetas a las paredes, completaban la decoración del café. En la terraza, cuando llegaba el buen tiempo, se congregaba el todo Cuenca. Un centenar de páginas dice haber escrito entre unas cosas y otras. Observó el desmoronamiento de la catedral y la vieja urbe pintoresca. La vida en Cuenca seguía reposada, discreta, convenientemente monótona. La gente, cordial y abierta[344].

Don César era parco en el comer, de acuerdo con el testimonio de un camarero del hotel Iberia. Aquella época de gastrónomo en el París dominado por los alemanes había quedado atrás.

> –Solo tomaba dos platos del menú, del que se podían elegir tres. Tomaba una fruta, una copita de vino de Tarancón y un café tras otro. Era un vicioso del café: un vaso alargado y corto de café.
>
> –¿Pero qué comía?
>
> –De todo, de todo, claro: potaje, entremeses primero, y pescado o carne. A veces una pequeña ensalada ligera, con tomates y pimientos del Huécar, que le gustaban mucho. Por la noche degustaba un consomé lentamente, un plato de verduras, una tortilla francesa de un solo huevo. Flan y fruta –a elegir–; también las mermeladas le entusiasmaban. Ahora quiero recordar que le apetecía siempre una sopita de arroz, entonces se llevaba mucho, y las croquetas de pollo. Pero pienso que su mujer comía mejor que él.

Si algo pudo comprobar Ruano en sus primeras estancias en Cuenca fue la suspicacia de sus habitantes. Odiaban que se relacionara su ciudad con el famoso crimen. La publicación en el

diario *El Alcázar* de una serie sobre crímenes célebres, el de Cuenca entre ellos, dio origen a varias protestas, entre ellas la del cronista Federico Muelas. Protestaban por la asociación de aquella monstruosidad con el nombre de la provincia. *El Alcázar* replicó con un titular: «El crimen de Cuenca no ha existido». Otra cosa que solían hacer era exagerar, al escribir en las guías de la ciudad que, exceptuado el rigor del invierno, el clima era «dulcemente tolerable». O ensalzar la provincia:

> –Di que eres de Cuenca y pasarás de balde.
> –Hidalgo en Cuenca, lo demás sobra.

Cuenca, decían, no se parecía a nada ni a nadie, excepto a Cuenca misma[345].

Muchos conquenses se ponían en guardia ante cualquier mención, ante cualquier calificativo en el que apreciaran una crítica, una desvalorización de su ciudad. CGR hubo de glosar en la prensa local el título de su artículo, «Cuenca la patética», publicado originalmente en *La Vanguardia*; una de las primeras colaboraciones que reproduciría el bisemanario *Ofensiva*, órgano conquense de FET y de las JONS. Patética no quería decir triste, sino aquello que agita el ánimo, lo que provoca afectos vehementes, en particular el afecto melancólico. Un sentimiento que guardaba relación con la estética decadentista. Cuenca reavivó algunos recuerdos literarios, especialmente los de la novela de Georges Rodenbach, *Brujas la muerta*, donde la ciudad era como la decoración sombría, el fúnebre envoltorio del duelo inconsolable de Hugues, el protagonista; una novela en que los sentimientos dominantes son, precisamente, la tristeza y la melancolía. El paisaje atormentado, la originalísima disposición del caserío, los monumentos medio arruinados, la calidad especial de la luz, todo ello convocaba al patetismo estético. De regreso de una excursión con Gabriel Juliá subieron por los barrios antiguos. Dos pequeños cementerios para canónigos y beneficiados de la catedral y hermanos de la cofradía de San Isidro. Dos patios alegres con nichos en las paredes. Desde fuera, la vista era soberbia. «Buen sitio este para estar muerto. Hasta debe de ser sano. Sospecha uno que puede pasar muchos años

muerto sin que la salud se resienta»[346]. Aquella ciudad no parecía española. No parecía, siquiera, que estaba en el mundo. Todo tenía un aspecto intemporal. Nadie tenía prisa. Nadie parecía tener obligaciones. Sonaba una campanita que rompía el silencio del barrio alto, creando algo así como un ambiente místico. Cuenca-la-muerta le provocaba al cronista, le acentuaba más bien, el pensamiento del final, de un final algo trágico; la fantasía de morir en aquella ciudad, despeñado por alguno de los desfiladeros que la ciñen. Pero no; que no se imaginaran sus lectores, sobre todo sus contertulios del café Colón, que ese pensamiento era denigratorio, sino señorial: «En Cuenca, la Muerte habita y tiene señorío. Temer a la muerte es cosa de bellacos, y Cuenca, ciudad de señores ha hecho a la muerte una residencia vital, sin arrumacos de fácil superstición»[347]. Porque este era otro aspecto de Cuenca que atrajo la atención de Ruano. Las viejas casas solariegas, la nobleza de sus piedras y de sus escudos maltrechos podían crear el contexto adecuado para sus pretensiones nobiliarias. Le hablaron de alquilar una casa en el barrio alto, ponderándole la calma del jardincillo. «Es un jardín precioso, y con muchos muertos de un antiguo convento». Mantequilla de muerto. «Cuenca tiene muchas tardes en que es eso: una bella tostada untada con mantequilla de muerto»[348].

En Madrid tenía un piso alquilado. En Cuenca tendría una casa propia. Esto es lo que cuadraba a un hidalgo montañés, a un título, al marqués de Casa Cagigal. Se trataba de fundar, como hacía la antigua nobleza; de construir pensando en el futuro, en la continuidad de la estirpe. Colocando en la fachada el correspondiente escudo de armas. A conveniente distancia de Madrid, de cuyos periódicos vivía, rodeado de vecinos admirativos y deferentes sobre los que ejercer un patronazgo, no del todo desinteresado.

Las doce. Mediodía. En el barrio de abajo todo parecía transformarse. Las terrazas de los tres cafés estaban revueltas. Había llegado el tren de Madrid. Siempre se esperaba que llegara alguien, no se sabía quién, acaso un pariente, un forastero, sobre todo en verano. Con el tren de Madrid han llegado los periódicos. Algunos golfillos vocean: «¡*Arriba*, *ABC*, el *Ya!*». Los compran siempre los mismos. Por la tarde, por la noche casi,

llegarán el resto de los diarios: «*¡El Alcázar*, *Pueblo* y *Madrid!*»[349].

Nada estaba decidido. A punto de finalizar las vacaciones veraniegas del 51 parece estar lejos de pensar en hacerse una residencia en Cuenca. El colofón de esas vacaciones anticipa lo que ocurrirá años después. Escenas extravagantes: un entierro avanzando por la calle Carretería; detrás del coche fúnebre se había incrustado un camión cargado con sifones. Los parroquianos del Colón empecinados en pedir gambas a la plancha, que los camareros traducen en un grito ritual: ¡una *planchá*! Una boda que celebra el convite en el café y le pone en evidencia, al ser la suya la única mesa que no se destina al festejo. En junio del 52 pasó una temporada en Sigüenza, otra ciudad muerta, la de los veraneos de adolescencia, pero la vida rutinaria y pueblerina le movió a salir huyendo antes de lo previsto. «Atroz Sigüenza». En Sigüenza no había cafés. Y ello le obligaba a trabajar por las mañanas en un quiosco de la Alameda, con riesgo de que salieran volando los papeles. «Sigüenza no me dice absolutamente nada»[350]. A pesar de ello volverá el verano siguiente, con el mismo resultado: cansancio del ambiente de pueblo. Gentes vestidas de negro. Viejos. Caras de resignación. Nostalgia del «clima de Europa». Castilla como ratonera, no como castillo. «Me oprime la catedral el pecho»[351]. Nada más dejar Sigüenza, a fines de junio de 1952, viajó a Alicante sin darse cuenta de la coincidencia con las fiestas de San Juan. El alcalde de la ciudad, el señor Alberola, parecía interesado en contar con el escritor. Le hicieron asistir al festejo y a los fuegos de artificio; le enseñaron unas casas frente a la playa de San Juan y, por un momento, pensó en adquirir una si las condiciones de pago eran favorables. Pero debió pensarlo mejor. El ruido, la arquitectura nada mediterránea de Alicante, el calor tan molesto, tuvieron que desanimarlo. Además, en estos momentos pasaba una de tantas crisis monetarias.

Entretanto, Ruano siguió frecuentando algunas amistades hechas en Cuenca. El gobernador Gabriel Juliá le visita siempre que pasa por Madrid. Desplazamientos a Cuenca, fines de semana, haciendo de cicerone. Con el arquitecto Antonio Labrada, entre el 12 y el 14 de junio de 1952. José Pizarro,

director de *El Alcázar* y el doctor Alberto Díaz, en julio del 53. Bartolomé Soler y Natividad Zaro, en mayo y junio del 54, respectivamente. A instancias del gobernador, y como huésped suyo, pasa varios fines de semana en febrero y octubre del 53: «Cuenca en otoño es un auténtico prodigio». Baja hasta el café Colón para escribir pero, ¡ay!, el ruido que hacen los jugadores de dados, lanzándolos sobre los veladores de vidrio negro, le resulta insoportable. Cuenca le gusta cada vez más, a pesar de su «sosería». Le cuesta regresar a Madrid. Pero, de momento, no se puede pensar en una residencia. Nadie alquila una casa. Reflexiona: antes de crear un eslogan como el de «Veranee usted en Cuenca», habría que publicar el de «Tengan ustedes algo donde se pueda veranear en Cuenca». Pero sus elogios y propagandas de Cuenca no cesaron por ello. «Cuenca me parece cada día mejor, una de las más bellas capitales españolas»[352].

Todavía lejos de Cuenca, en el verano del 53 está terminando la construcción de una casa en la Costa Brava, frente a la bahía de Palamós, a la que ha bautizado como «El Cagigal». «Sueño con la posibilidad de hacer aquí, algún día, mi Positano español»[353]. El sitio le ha sido sugerido por su amigo Francisco Pujol, a raíz de varias invitaciones a su residencia llamada El Collet, antiguo emplazamiento de una villa romana. La costa gerundense le parece entonces el lugar ideal. Al guitarrista Andrés Segovia le sugiere el sitio como «lo más potable para lo que nosotros queremos»[354]. Aquí pasará el mes de agosto, rodeado de sacos de cemento, cubos, escaleras, con las ventanas todavía sin acristalar.

Cuenca, la cenicienta de Castilla, empezaba a ser «descubierta» por algunos intelectuales, escritores y pintores, principalmente por sus valores estéticos. Reciente estaba la visita de Eugenio d’Ors, que publicó sus preferencias por la Castilla silvana, por provincias castellanas como Segovia y Cuenca, tan alejadas del tópico noventayochista, «que los catalanes de kilométrico», es decir, los que atravesando la meseta parda y estéril subidos en un tren, habían canonizado como paisaje esencial. Alberto Insúa, el viejo cronista, vuelto del exilio, advirtió que Cuenca figuraba ya en las rutas turísticas de España. Hasta entonces, estamos en 1955, los turistas, principalmente

extranjeros, se interesaban por la llamada Ciudad Encantada, ese bosque caprichoso de piedras gigantescas. Insúa se alojaba en una nueva posada, la de San José, regida con buen tino por Fidel García Berlanga; un alojamiento que también frecuentará Ruano antes de su instalación definitiva. Un aposento inaugurado en 1953 en el antiguo edificio destinado a residencia de niños cantores de la catedral, decorado minuciosamente con muebles antiguos. Al mismo tiempo que Insúa se alojaban en la posada tres pintores y dos literatos españoles, cinco matrimonios norteamericanos, con su prole, un botánico belga y un geólogo sueco. Se oía hablar en inglés y en francés mucho más que en castellano. La vista, sobre la hoz del Huécar, es bellísima. Los visitantes creían encontrarse, rodeados de tanto aliño anticuario, en la España de Felipe II[355]. A Torrente Ballester le impresionó que Cuenca fuera una ciudad que crecía hacia abajo. «Nueva York invertida», y que ello no guardase relación con lógicas funciones defensivas –lejos de la frontera cuando se construyó– sino con razones vitales. Cuenca se derramaba de arriba abajo por puro capricho colectivo ejercido por varias generaciones[356]. Cuenca, silvana. Cuenca, patética. Cuenca, alucinante. Luego de tanto elogio, vino la fama de la Semana Santa y, entrados los años cincuenta, era casi imposible encontrar alojamiento en esas fechas.

Pero había un incentivo más que acaso no advertían los turistas extranjeros o nacionales. El que ofrecía alguna de sus autoridades, en particular Gabriel Juliá, gobernador civil y jefe provincial del Movimiento. El encuentro con Juliá, con Federico Muelas y algunos de sus amigos le recordó al maestro glosador, a Eugenio d'Ors, sus tiempos de Barcelona, cuando el *senyor* Prat de la Riba presidía con mucho tino un movimiento político e intelectual en auge. Ahora se encontraba con un gobernador que acababa de editar algunos escritos de Baltasar Gracián, con un prólogo que juzgó «dimensionalmente certero»[357].

Gabriel Juliá Andreu tomó posesión del cargo el 10 agosto de 1948. Había nacido en Barcelona, en 1909. Sus orígenes sociales fueron modestos. Licenciado en Derecho. Se afilió a Falange el 5 de mayo de 1935, tras asistir a la conferencia que José Antonio pronunció en la sede de la calle Rosich. El recuerdo que

guardaba Juliá, elevado a mito con los años, era muy vivo. «Podría reconstruir la escena trazo a trazo». El tono de su voz resonaba potente en una sala destartalada y llegaba hasta la puerta, donde un grupo de militantes con camisa azul montaba la guardia. Les despertó una descarga de pistolas, gentes que tiraban desde la calle. Tiros que fueron repelidos por los de dentro. Al lado de José Antonio había un hombre de rostro enjuto y ojos penetrantes; el que luego le avaló para su ingreso en el grupo: Luys Santa Marina, el curioso escritor de origen montañés y jefe de la Falange barcelonesa. Juliá ingresó en el cuerpo jurídico militar durante la guerra y luego, tras ocupar varios cargos secundarios, vino su nombramiento al frente de la provincia. El gobernador era hombre cultivado. Le apasionaba la pintura; estaba fascinado con Toulouse-Lautrec y había colgado en su residencia un pequeño Chagall. Tenía ciertas pretensiones doctrinales. Era buen conocedor de los escritores políticos españoles. Para la editorial Miracle de Barcelona editó a varios clásicos: Quevedo, Valdés, Gracián. Juliá llegó a Cuenca en un momento comprometido de la historia provincial, en el momento en que partidas de guerrilleros, de «maquis», actuaban en varios puntos de la provincia. Con las informaciones disponibles, puede decirse que la política del gobernador civil fue inteligente, moderada, con toda la moderación que podría esperarse de un falangista convencido. Abandonó los métodos crueles, que habían llevado a la masacre de Cerro Moreno, a fines de 1948, en las cercanías de la población de Santa Cruz de Moya, por una táctica digamos de palo y zanahoria: represión con ofertas de reinserción. Acompañándolo todo con viajes constantes por una provincia agreste, con malas comunicaciones. Juliá repartía favores, indemnizaciones y subvenciones en persona. Flanqueado por una breve comitiva, llegaba a pueblos –los del marquesado antiguo de Moya, por ejemplo– que no habían visto a una autoridad en su vida. Fue una política que rindió frutos, de manera que mediado el año 51 el maquis había prácticamente desaparecido de la provincia. Ruano visitó el pueblo de Uña y la Ciudad Encantada en compañía del gobernador. Llevaban un solo auto de escolta. Al partir, Juliá colocó a su lado un fusil ametrallador, «para precaución casi teórica». «Gabriel Juliá es

uno de los hombres que en la España de Franco ha trabajado, en lo que le fue encomendado, con más entusiasmo, inteligencia y eficacia»[358].

La primera insinuación de cierta formalidad para adquirir una vivienda data de 1951. Ruano había residido en Cuenca durante dos meses veraniegos. Su afición a la ciudad parecía consolidarse. Le vinieron a la memoria los desengaños anteriores. «Entra uno [...] poco menos que en olor de muchedumbre y se sale poco menos también que escaldado»[359]. Esperaba que Cuenca fuera la excepción. Federico Muelas, de nuevo, le habló de la baratura de Cuenca, de la posibilidad de comprar un palacio con más de treinta habitaciones por 50.000 pesetas[360]. Es probable que la amistad entre CGR y el teniente de alcalde de Cuenca y delegado de la Cuenca antigua, Florencio Cañas Estival, se haya forjado entonces. La primera carta conservada demuestra una gran familiaridad entre ambos.

> Querido Florencio: Con estas líneas te agradecemos y acusamos recibo de tus tres cartas. No tomes, nuestro muy amigo Florencio, en mínima cuenta silencios epistolares. El tiempo devora los mejores propósitos y aún la pereza nada tiene que ver con el recuerdo en plena vigencia. ¡Porque cómo te recordamos de continuo y con el cariño y el agradecimiento que te mereces! Y como nosotros, te recuerda cada esquina, cada piedra de este bello tu pobre barrio alto que tú creaste, ¡como un poeta auténtico! Tu ausencia, no ya solo en quienes te queremos, sino en las calles no se puede notar más. Todo anda parado, descuidado, entristecido. Aquí, en este barrio, no se volvió a hacer nada. Y se nota. ¡Vaya si se nota![361]

El llamado barrio alto de Cuenca era entonces un espectáculo de desolación y mugre. Viviendas degradadas, corrales, negocios paupérrimos y pobladores miserables. La idea del ayuntamiento consistía en rehabilitar la zona, facilitando el traslado a otras viviendas de los inquilinos, auxiliando el establecimiento de pobladores nuevos, como González Ruano.

La atención se fijó en una casona situada al final de la calle San Pedro, frente a la iglesia de igual nombre. El edificio,

conocido como la casa-palacio de los condes de Mayorga, antes de Toreno, estaba en un estado calamitoso. Expoliada y requisada en la Guerra Civil, se había derribado el cuerpo trasero y había sido convertida por los nuevos dueños en malolientes vaquerías. Se iniciaron los trámites. Uno de los propietarios admitió la propuesta de vender el edificio y el solar trasero. Como condiciones, que fueron aceptadas, señaló que se le diera empleo fijo en el matadero municipal, con una vivienda familiar en régimen de alquiler bajo y el importe del valor de tasación de la finca.

El otro vaquero se negó a vender su pequeña parte de propiedad, a retirar la vaquería, así como a perder el derecho de paso por la puerta principal. Como carecía de permiso o licencia municipal, se le invitó oficialmente a que trasladara el negocio a extramuros de la ciudad. Pero nadie le obligó a ello. Ruano lo achacaba a la cortedad de las instituciones locales, temerosas del qué dirán, como si ejecutar la ley pudiera interpretarse como una parcialidad en favor del señorito madrileño. No se trasladaría hasta 1964. El resultado es que, durante años, los habitantes de la casa de la calle de San Pedro tuvieron que convivir con cierto aroma a vacas y sufrir la incomodísima compañía de las moscas.

En el verano de 1955, el ayuntamiento de Cuenca, siendo alcalde el señor Jesús Moya, pero actuando como alcalde accidental Florencio Cañas, tomó en consideración una moción, cuyo preámbulo ponía de manifiesto la deuda de gratitud que el ayuntamiento tenía con el «insigne escritor D. César González Ruano», por su constante propaganda de Cuenca hecha en varios periódicos de Madrid y Barcelona. Era insólito que un hombre al que no se había pagado nada, solamente por afecto, realizara esa labor. Era, pues, necesario que la corporación premiara esa conducta. ¿Y cómo recompensarle? Fijando «una cantidad en metálico» que, lejos de pagar sus servicios, serviría para obligarle a seguir divulgando el nombre de la singular ciudad. En una reunión posterior, la corporación acordó la urbanización de la plaza del Trabuco, ensanchándola mediante la adquisición de varios solares colindantes, hasta entonces cercados por paredes que mal encubrían corrales «de mal gusto estético y de insalubridad notoria», así como la apertura de miradores a los

ríos Júcar y Huécar[362].

La primera vez que CGR entró en la que iba a ser su casa iba acompañado de Marino Gómez Santos. Encendieron cerillas para alumbrarse. En el piso de madera había un gran círculo oscuro que, al principio, tomaron por una quemadura. «Estos bárbaros –comentó el nuevo propietario– hacen fuego sobre la noble madera del suelo». Pero no era la huella de una fogata sino una enorme concentración de pulgas.

La corporación municipal fijó la cantidad con la que habría de compensar o premiar al escritor en 45.000 pesetas. Según el testimonio de quien era entonces el teniente de alcalde, «lo que en realidad compró fue la mitad de un palacio en la calle de San Pedro con el dinero recibido del ayuntamiento de Cuenca». La propiedad, con una superficie de 1.040 metros fue adquirida ante notario el 8 de agosto de 1955, por 45.000 pesetas exactamente. Como parte vendedora figura el señor Joaquín Benítez Martínez, el vaquero que ya se nombra con la profesión de «empleado municipal». Marina de Navascués Gómez figuró como parte compradora. El escritor se hizo cargo de la restauración del que, con alguna exageración grata a Ruano, suele denominarse palacio, y siguió recibiendo la ayuda del Ayuntamiento, al menos hasta el final de los años cincuenta, en forma de cesión o venta de materiales –piedra, por ejemplo, para escalinatas interiores, escudos, etc.– a buen precio. El desescombro, transporte y limpieza de los bajos del edificio fueron realizados por los obreros y barrenderos municipales. «Si las piedras son viejas, mejor; si no, quizá convendría envejecerlas algo. Las de los escudos, por ejemplo, de la fachada, quedaron demasiado limpitas». La adquisición de la casa-palacio dio lugar a cierta polémica en la ciudad. Hubo críticas al Ayuntamiento, acusado de ser demasiado generoso. Hubo rumores[363].

El resto de las obras se financió por el escritor con dinero propio, con dinero ahorrado o conseguido de una u otra forma, acaso de la venta de la casa de la Costa Brava, porque lo que Florencio Cañas afirma, que el dinero provenía de la venta de su chalé en Sitges no es cierto: el escritor no tenía ninguna propiedad en esa localidad. Marino Gómez Santos afirma que una parte del dinero salió de un negocio de estraperlo: Ruano

habría prestado su nombre e influencia oficial para la obtención de licencias de importación de vehículos pesados. Una anotación en su *Diario* alude vagamente a ciertos negocios fructíferos. «Cuando voy a cumplir cincuenta y tres años me convenzo de que también vale uno para otras cosas. ¡Qué fácil puede ser eso de hacer dinero! Pero no lo encuentro divertido»[364]. También se benefició de la cooperación del teniente de alcalde en cuanto a la dirección de, al menos, parte de las obras de rehabilitación de la casa y, sobre todo, de la planificación y trazado del jardín, recuerdo de sus años romanos, erigido sobre el solar contiguo, dentro ya de la plaza del Trabuco.

Mientras avanzaban las obras, CGR siguió con sus visitas a Cuenca. Existen amores de natura y amores de elección, afirmaba en 1952. Y el suyo por Cuenca era de esta segunda naturaleza. Intentó aclimatar al duro clima conquense cierta actividad cultural, haciéndose acompañar en sus viajes por artistas, periodistas o escritores. El escultor Juan Rebull, primer premio en la Bienal de Arte Hispanoamericano y Juan Ramón Masoliver estuvieron en 1952. Natividad Zaro, en el 54. Ahora se alojaba en la posada de San Pedro. Entre los visitantes cabe destacar la figura de Pepito Zamora, ilustrador, decorador, figurinista, escritor a ratos perdidos, que entonces vivía en Sitges. Llegó a Cuenca acompañado de su amigo «el griego». En sus conversaciones con César nació la idea de que a Cuenca le vendría bien un teatro de ensayo. Para su implantación se pensó en las vacías y desmanteladas iglesias cerradas al culto, de Santa Cruz y de San Miguel. Pepe Zamora, lleno de ilusión y entusiasmo hizo diferentes bocetos de escenarios, en color, animados de figuras en movimiento que regaló a César. Al cuarto día de estar en la ciudad, Pepe Zamora regresaba a Cataluña y desde ella envió algunos dibujos coloreados de arlequines y otros motivos de la escena.

Esta idea no fraguó, señala Florencio Cañas, por «dificultades varias». No es difícil imaginarlas. Un artista homosexual, elegantísimo, cosmopolita, aficionado a lo que en la época se llamaba *la tournée des grands ducs*, con acompañante incluido; el ilustrador art-déco de *La Esfera*, el que había diseñado los figurines de los ballets rusos en España, ese hombre llamativo

tratando de destinar viejos locales sagrados a menesteres profanos. Imposible[365].

Las obras duraron parte de 1955 y 1956. Se reconstruyó la escalera, aseguraron los muros. Picando el basamento de roca se rebajaron los bajos. En la planta llamada noble se dispusieron dos alcobas, dos salones, comedor y biblioteca, aparte de un baño. En el segundo piso, aparte de las habitaciones de servicio y una alcoba para invitados, se colocaron los «apartamentos» (alcoba, salón, baño y trastero) para los entonces niños César y Marina. En el semisótano, lo que fue capilla, se situó un gran salón, cocina, una leñera o bodega con una habitación que miraba al jardín. Siete chimeneas para leña se distribuyeron por la vivienda[366].

Siguió recibiendo visitas ya asentado en la calle de San Pedro. Dámaso Alonso y su esposa, Eulalia Galvarriato, en el verano del 58. Admiraba a Dámaso como filólogo y como poeta y siempre le intrigó su doble personalidad, la manera en que combinaba ambas especialidades. Don Dama tenía idea de hacer unas excursiones fonológicas por las comarcas conquenses, quizás recordando el ejemplo del maestro Menéndez Pidal[367]. Vinieron Félix Ros, Manuel Sánchez Camargo y Eugenio Montes. Siguieron Cela, Ridruejo, Emilio Romero, Alfredo Marqueríe, Díaz-Plaja y tantos más. El escritor recibía a sus amigos a la caída de la tarde. En torno a una mesa, conquenses o forasteros, gente de paso, se entregaban al placer de charlar sobre varias materias. Literarias. A veces aparecían gitanos y chamarileros que habían encontrado en César a su mejor cliente. El escritor era optimista. El turismo era cada año mayor y más importante. Cuenca parecía desperezarse y despertar al mundo de la cultura. La gente de ciudad viajaba, salía de fin de semana, se tomaba unas vacaciones, interesándose cada vez más en conocer España a fondo[368].

En sus primeros viajes conquenses, había hecho excursiones por la provincia, en compañía del gobernador civil. Esto no significaba que Ruano disfrutara con la naturaleza. El escritor era un hombre de ciudad, estaba imposibilitado para la caminata y dar dos pasos le fatigaba lo indecible. Le asustaban las incomodidades. Los problemas con el agua le causaban

frecuentes trastornos gástricos. El paisaje podía ser muy bello, pero si surgía algún problema médico, ¡estaba listo! ¿Es un asco el campo?, se pregunta por pura fórmula, porque la respuesta la sabe de antemano. El campo sería muy sano, pero la gente campesina envejecía y se moría antes que la gente de ciudad. El campo era hermoso, pero estaba habitado por seres aborrecibles como los mosquitos. «El campo nos sienta como un tiro»[369].

Al contar estas reuniones amistosas, los viajes por la provincia más o menos oficiales, nunca perdía ocasión de divulgar el nombre de Gabriel Juliá, ya como promotor de obras de utilidad general ya de celebraciones falangistas, como la I Asamblea de la Falange conquense. «Han acudido unos ochocientos camaradas [...] Como nota destacada de la asamblea fue la unidad, la hermandad, la unión estrecha lograda por Gabriel Juliá Andreu». El cese de Juliá, en enero de 1956, significó una pérdida y una decepción para CGR. Desde que empezó a frecuentar la ciudad, su relación con el gobernador había sido diaria, de una gran intimidad amistosa. No era fácil encontrar a personas como Gabriel. Recordaba sus interminables conversaciones y las sospechas –rumores otra vez– que algunos tenían de que estuvieran tramando algo. Su cese lo interpretó como una injusticia.

Excursiones, reuniones con la peña del Colón y mucha tranquilidad, sin que falte la escritura diaria. Le preguntaban por su constante pensamiento de la muerte. «Soy un hombre que ha vivido mucho y deprisa; estoy muy "cascado" [...] Pero ¡qué caramba!, las cosas de la vida me gustan un rato largo». La vida deprisa no le había dejado tiempo para tener algo parecido a un hogar. Cuenca parecía ofrecérselo. Cansado de la vida exterior, tenía ahora necesidad de que las horas duraran sesenta minutos, que permitieran, incluso, la llegada del aburrimiento. La gran ciudad apresurada y la pequeña ciudad sin urgencias. Por todo ello decía sentirse en Cuenca a sus anchas: vida monótona, sin ruidos, los mismos amigos, todo igual de un año para otro. En estos días felices, el escritor parece disfrutar de su residencia, casi con vocación de eternidad. Entre amigos comenta el deseo de reposar bajo las losas de la iglesia de San Pedro. Para ello bastaba con cruzar la calle.

Se aventuró a hacer propuestas de rehabilitación urbana, muy atinadas, con gran sentido estético. No debía repararse tan solo en los edificios singulares, sino en el conjunto. La medida adoptada por entonces de encalar los pueblos españoles, como si toda España fuera Andalucía, le pareció disparatada. Había que tener en cuenta la armonía entre caserío y paisaje, y no era igual un pueblo manchego que un pueblo de la serranía. El conjunto arquitectónico, por ejemplo, el del barrio alto conquense, debía contar más que la aislada monumentalidad. Podía existir conjunto hermoso sin monumentos y al revés, catedrales o casas consistoriales perfectamente rehabilitadas, sumergidas en un horrible maremágnum urbano. Las zonas históricas debían contar con protección legal, que las pusiera a salvo de cualquier desmán particular. En 1956 pasó casi cinco meses en Cuenca, de junio a octubre. Estaba contento. No tenía que soportar los ruidos de los vecinos. La vida en la época clásica había discurrido en ciudades pequeñas. Aquí era posible ejercer el señorío, no el señoritismo urbano. La gran ciudad era la vida deprisa, la intimidad imposible. La mayoría de los escritores extranjeros de que tenía noticia vivían en residencias campestres. Y ello parecía estimular el trabajo y la creatividad[370]. Menosprecio de corte y alabanza de aldea. Esta era una canción que el escritor había entonado otras veces. Pero, de momento:

> –Don César, ¿sigue usted teniendo la misma predilección por Cuenca?
>
> –La misma. Me encantan, inclusive, las vaquillas de San Mateo, aunque uno ya no esté mucho para vaquillas.

A fines de 1956, la editorial Planeta publicó una *Guía de Cuenca* firmada por CGR. El texto está organizado según las rutas recomendadas al visitante. Va ilustrada con 111 fotografías de Català-Roca, magníficas, de un expresionismo estremecedor. Es una visión de la España rural y de sus oficios tradicionales relacionados con el ganado, la madera o la cerámica. Corridas de toros y novilladas. Ferias y mercados. Las caballerías como fundamental medio de transporte. El patrimonio monumental, castillos, palacios, impresionante pero descuidado; casas

solariegas mal conservadas, ruinosas en muchos casos. Los contrastes de la capital, barrio alto silencioso, solitario, pintoresco, y animación en la parte baja, moderna, inexpresiva. Los dos polos de la vida de Ruano en Cuenca. El paisanaje: clérigos, monjas, mujeres vestidas de negro, tipos con boina. El torturado paisaje conquense, barrancos, bosques tupidos, ríos encajonados. CGR dice en las «Notas prologales» que había redactado la guía «en mi casa de la calle de San Pedro», y acompaña esa declaración con alguno de los artículos sobre la Pequeña Ciudad, en particular aquella magnífica «Noche de luna», que escribió en 1951 desde la terraza del hotel Iberia. Dice que la escribió, la *Guía*; a ello alude en algún artículo: «Al escribir la Guía de Cuenca, que en estos días termino». Pero es probable que, poca o mucha, se beneficiara de alguna ayuda. Algunos itinerarios (Cuenca-Landete-Cañete-Yémeda-Moya, por ejemplo) suponen un conocimiento del terreno, de lugares que no visitó nunca, aparte de multitud de detalles sobre la historia, antigüedades y monumentos que César no tenía[371].

La restauración y decoración interior, como se ha dicho, se financió por el escritor, pero al modo ruanesco. Ángel Nieto, droguero de profesión, contertulio del Colón y barojiano de nota, abrió una cuenta al feliz propietario. A medida que se desarrollaba la restauración, la cuenta fue ascendiendo a cimas muy altas. Los objetos decorativos, con las habituales armaduras, falsos retratos de antepasados, figuras chinas, vitrinas, abanicos, máscaras y lo que el escritor llamaba giliporcelanas, fueron traídos del piso de Ríos Rosas o adquiridos en almonedas, entre las que destacaba la del chamarilero Serafín Villén, que tenía el comercio en la madrileña calle de la Ruda. Muchas visitas, seguramente las que no habían tratado al personaje, se sorprendían ante aquella plétora. ¿Y esto para que sirve?, le preguntaban. Para nada. Las cosas pertenecientes al mundo de la belleza no tenían utilidad alguna. «Soy simplemente un amontonador de cosas que me son gratas»[372]. Una vez acomodado, el sitio de la casa que preferentemente ocupaba era el salón biblioteca instalado en la planta noble. Estaba amueblada para recibir visitas, mantener reuniones y disponer de sus libros. El salón era espacioso. Había una chimenea de lumbre

baja, adornada con fragmentos de madera policromada y de relieves antiguos de estilo barroco. En sus proximidades, dos sillones y un sofá la flanqueaban formando un arco. La luz natural la recibía a través de un balcón asomado a la calle de San Pedro, frente a la hoz del río Huécar. A este salón se accedía por una hermosa puerta pintada de verde y oro. Las cortinas y las alfombras, las pantallas de luz baja y la lámpara suspendida del techo eran componentes de un conjunto que trataba de parecerse a una estancia palaciega. Sobre los anaqueles ensamblados en las estanterías, verticales y en perfecto orden se hallaban colocados centenares de libros antiguos y modernos, la mayoría procedentes del piso de Madrid.

Acabada la casa, comenzaron a rodar rumores disparatados sobre la dimensión que tenía lo que llamaban «palacio». La leyenda parecía seguirle como la sombra al cuerpo, y él no dudaba en aumentarla:

> Y así, sin tomar notas, nos vamos enterando de las aficiones de González Ruano, de sus años en Italia; de ese castillo que le han regalado en Cuenca y que está acabando de restaurar y amueblar.
>
> –*¿Un castillo, César?*
>
> –Sí. Cincuenta y ocho habitaciones. Por cierto, que me han dado un teléfono histórico.
>
> –*¿Tan viejo es?*
>
> –No me refiero al teléfono, sino al número. Fíjese que es el 1117. Y, en el mismo año 1117 fue la conquista de Cuenca por Alfonso VIII.
>
> –*¿A quién perteneció su castillo?*
>
> –A un hijo bastardo de Enrique II de Trastámara.
>
> –*Un castillo de leyenda, ¿verdad?*
>
> –No lo sabe usted bien[373].

La rutina que necesitaba el escritor procuró fijarse de esta manera. Pasaría en Cuenca los veranos y muchos fines de semana. Eso, de momento porque, alguna que otra vez, se hace el propósito de afincarse de modo permanente. «Me considero ya, en cierto modo, más que un conquense honorario, un conquense electivo»[374]. Abrir la casa. Luchar con el motor del

agua, comprar antigüedades o trastos viejos a Luis el gitano, bajar hasta el café Colón, en la calle Carretería para escribir los artículos del día. Esperar a que llegara la prensa de Madrid a la una. La constancia en la escritura diaria llamaba la atención, y no era raro que el periodista local, deseoso de hacer una entrevista a esta celebridad, le preguntara:

> –¿Cuántos artículos habrá escrito en su vida?
>
> –El otro día lo estuve calculando. Habré escrito unos dieciséis mil.

Tres años más tarde (mayo 1958) la cantidad había subido a diecisiete mil. Y en una conferencia que dio en marzo del 63, la cifra es de treinta mil. La tarde era para recibir amigos y visitantes en su casa. Solía reunirlos en la biblioteca, en invierno, o aprovechando el jardín en los meses de verano. Mery de Navascués cocinaba unas soberbias croquetas. El escritor era hospitalario. Tanto como para dejar entrar a individuos de una descortesía tan desmedida, tan hiriente como la de José Esteban. Se hablaba de Picasso. Estaba presente Gabriel Juliá. Unos abogaron en su favor, el gobernador en contra. Al salir el gobernador, Ruano protestó: Es que ustedes, los contertulios, se marchan y yo he de quedarme aquí. Asistía a la reunión un joven Esteban, que dice haber aprovechado la ocasión para defenderle. Picasso había firmado un manifiesto llamando a boicotear la I Bienal Hispanoamericana de Arte (1951-1952) y su nombre era materia de polémica. Después de la provocación, apareció un criado de uniforme para advertirles educadamente: «El señor estima innecesaria su presencia»[375].

Llegada la hora del crepúsculo, volvería a bajar al Colón para hacer tertulia. El café Colón, ya desaparecido, estaba en la calle Carretería, el equivalente a la calle Mayor de la ciudad. La tertulia se había fundado hacía tiempo por unos profesores del instituto a los que se añadió el arquitecto Ricardo Valiente. A partir de 1944 se incorporaron Eduardo de la Rica –editor de unos pliegos de poesía titulados El Molino de Papel– y Andrés Vaca Page. Aficionados a la literatura como Agustín y Pilar de Carretero y poetas locales como Miguel Valdivieso, discípulo de

Jorge Guillén, traductor de Paul Valéry. También formaron parte del cenáculo el doctor Cerrada y el industrial Ángel Nieto. Se hizo habitual que la visitaran los personajes que acudían a la ciudad, como Gerardo Diego, el fotógrafo Català-Roca, el pintor Martínez Novillo o Marino Gómez Santos. También asistían algunos conquenses ilustres o gentes que se habían afincado hacía no mucho, como Miguel de la Hoz, director del semanario *Ofensiva*, el traductor y erudito Luis Astrana Marín, Lorenzo Goñi –tenaz dibujante de las mil posturas de Ruano– o Federico Muelas. A la tertulia venían mujeres, poetas como Acacia Uceta o Mari Paz Viloria. En la tertulia, señala uno de sus cronistas, se hablaba de todo, prescindiendo de «chismorreos hirientes». El momento de máxima afluencia coincidía con la salida de los teatros y de los cines. Entre esta hora y las tres de la madrugada acudían las máximas autoridades municipales, el alcalde Jesús Moya y el teniente de alcalde y amigo de Ruano Florencio Cañas. En verano, si había visitantes nuevos, el final de la tertulia iba seguido de un paseo por las hoces, para terminar al alba en alguna churrería[376].

En 1963, a raíz de la publicación en forma de libro de una colección de artículos sobre Cuenca, titulada *Pequeña ciudad*, el crítico Dámaso Santos escribió, en su modo enrevesado: «Yo creo que, si hay una criatura indotada para vivir lejos de su Madrid o de su Europa, lejos de un cuadro de costumbres aceptadas en un plano de superestructura de comodidades y caprichos de gran ciudad, es precisamente César González-Ruano». Dámaso Satos había sido testigo de ello, durante la excursión que hizo un grupo de escritores por la Tierra de Campos. Incapaz de caminar, el gobernador civil de Palencia le prestó su coche. Al llegar a Cisneros, ante el pasmo de los presentes, pidió un sitio donde tomar un café urgente[377].

Pequeñas incomodidades. El vivir en un sitio alto, separado del antiguo arrabal o parte baja de la ciudad por una «terrible» pendiente. Las restricciones: las que había de cuando en cuando en lo restante de España –de luz, de agua– se agravaban en el barrio alto de Cuenca. El agua desaparecía durante horas, no llegaba a las casas. Las fuentes ornamentales estaban secas. «Una fuente sin agua transmite una tristeza infinita». El fallo no cesó

hasta que pudieron cambiarse unas conducciones obsoletas. En la Pequeña Ciudad todo parecía abandonado, desasistido. Las moscas; las tenaces moscas. «La increíble capacidad de resistencia de las moscas», que no le dejaban tranquilo cuando bajaba a escribir al Colón. Contra las moscas lo había probado todo. Poniéndoles azúcar en la mesa contigua. Nada. Lanzando insecticida. Tampoco. Estaba por creer que el *Flit* las estimulaba. Las moscas parecían seguirle hasta su casa y, ya de noche, se sorprendía dando la luz, toalla en mano, tratando de asesinarlas. La vaquería contigua propiciaba la aparición de las llamadas moscas de los establos, parecidas a la mosca común, pero de molesta picadura. «El aroma y las moscas eran insufribles», recuerda Marina González Navascués[378]. La Pequeña Ciudad, concluyó el escritor, era rica en algunas cosas, no muchas; en moscas, por ejemplo. Eso era en verano. En otoño, a mediodía, se veían pasar cazadores por Carretería, con ristras de codornices y otros animalejos colgados del cinto. Al escritor no le gustaba la caza. En invierno entraba en el Colón algún cliente rústico, vestido con un tabardo y gorra de visera calada hasta los ojos; pedía café y copa, sacaba un faria que reforzaba con papeles de fumar, pegados cuidadosamente con saliva. Otros formaban grupo, caladas las boinas, hablando de contratos con un señor que tenía aire de ricacho campestre. El ruido. ¿No decía que en Cuenca se saboreaba el silencio? Camiones que en las mañanas de invierno calentaban el motor debajo de sus ventanas. Era entrar en el café y tener que sufrir el vocerío de los circunstantes. Un día bodas, otro día bautizos.

Estaban los jugadores de dados: batían el cubilete y lo lanzaban hacia la mesa, ¡zas!, ¡pum!, estrellándolo contra el velador. Algún insensato añadió una mañana el ruido de un transistor. Seguían con la matraca de las gambas al ajillo, mezclando los cangrejos y las truchas en las conversaciones. Vendedores de lotería que ponían los cupones de los ciegos bajo las barbas del parroquiano, e insistían hasta que, quizás por aburrimiento, vendían algún cupón: «Cómpreme y écheme», parecía ser el argumento decisivo. Las conversaciones; la gente no sabía cómo acabar una conversación y esta se hacía interminable.

–Vaya, vaya.
–Bueno, bueno.
–Pues sí que...

Dejaban las frases en el aire, a medio camino:

–Hace un calor que...
–Amenazó tormenta y yo pensé...
–¿Ya no tienen la tienda aquella dónde...

Había un casino viejo en la Pequeña Ciudad, un destartalado caserón con una sala de billar, una dizque biblioteca con libros desvencijados y periódicos atrasados. La gente iba a hablar mal del alcalde, de lo bien o mal que había ido la cosecha y, claro, a jugarse las pestañas. El casino se reformó, pero la gente joven dejó de ir. Solo una tertulia de gente mayor siguió con su costumbre. Mira, decía uno, que con el dinero que ha costado mejorar esto... Y otro de los asistentes, un viejo reviejo, haciendo con los labios el gesto de ajustar la dentadura postiza, liando con parsimonia un cigarrillo, sentenció que estaban mejor así, sin gente y sin bulla. ¿Y eso por qué? «Porque me joroba la alegría».

Y la curiosidad indiscreta de los rapazuelos, que hacían muecas desde fuera y saludaban con reverencias porque en su vida habían visto a un tío con una pluma en la mano, escribiendo sin cesar. Niños atroces que en verano se paraban delante de la terraza y miraban con los ojos abiertos, sin pedir ni querer nada. Señorucos de vestimentas acartonadas que salían a tomar el sol en invierno o la sombra en verano; inverosímiles señoritas que parecían haber dejado una labor de encaje hacía dos minutos. Estaba el vendedor de pitillos sueltos, que llevaba en una suerte de caja abierta, colgada de los hombros con unos tirantes. La librería, con cuentos y devocionarios en el escaparate, donde se podían encontrar ornamentos de iglesia; allí era donde compraba el papel para escribir. Viejas vestidas de negro, que observaban al paseante desde la penumbra de los miradores de sus casas. Clérigos, muchos clérigos, largas filas de clérigos ensotanados. Gente elegante, gente zarrapastrosa, gitanos.

Para escapar de la bulla, Ruano buscaba un sitio para escribir

en el casino remozado, el que no gustaba a los jóvenes. Solía bajar por las tardes a merendar. El patio era agradable en verano. Pero el local dejaba mucho que desear. De una sola planta, era más bien tirando a feo, desproporcionado, exento de toda gracia. La peluquería estaba deficientemente atendida, con ausencias frecuentes del oficial. En las habitaciones destartaladas, proseguían los juegos de azar y envite. En el llamado salón de lectura no había ni lectura ni salón apenas. Necesitar cualquier cosa era una aventura. ¿Tinta para la pluma? No, tinta no hay. ¿Sobres? No, sobres no tenemos. Al camarero le daba por poner la gramola a todo volumen. En el casino, al menos, servían un buen café. El cliente podía pasar un rato luchando con las moscas, las tenaces moscas, que parecían ser los pobladores principales de Cuenca. También empleaba un truco: el de asistir a dos cafés, el habitual, el Colón, y otro café llamado Ruiz, también en la calle Carretería, repartiendo la escritura de artículos entre uno y otro local.

Le molestaba el ruido; pero es que en ocasiones se queja del silencio, del «atroz silencio» que en vez de calmar hiere. Federico Muelas había ponderado el silencio de su ciudad. Cuenca podía ser la ciudad soñada por el estudioso, al que llama «trabajador intelectual». Pero esta característica no siempre favorecía a un escritor, hombre de ciudad. «Para César, acostumbrado a trabajar rodeado de los rumores del café, la expectación diamantina del silencio de Cuenca constituyó una traba en los primeros meses de estancia en la ciudad»[379]. No solamente al principio. Siempre. Una vez, CGR definió el silencio campestre como una armonía de ruidos desacostumbrados. Pero el silencio absoluto podía ser un ruido a la inversa; distraen tanto el uno como el otro.

Los coches de línea. Tenía que abordarlos cuando quería hacer alguna excursión por la provincia sin compañías oficiales. El que venía de Madrid paraba en los pueblos. Circulaban envueltos en una nube de polvo, panzudos, renqueantes, achacosos. Mujeres vestidas de negro, un número inverosímil de cestas y bultos, con gallinas y otros animales mezclados con los pasajeros. Niños berreando durante horas. En uno de estos desplazamientos, sobre la baca repleta del autobús, vio Ruano un ataúd. A los habitantes de la Pequeña Ciudad parecía traerles sin

cuidado lo antiguo. Solamente se emocionaban con lo moderno. Todo el mundo pareció celebrar la renovación de los autobuses, unos trastos renqueantes y asmáticos, que unían el barrio viejo con la parte moderna. Bajó el escritor a la barbaría de siempre. No era tarea sencilla la de perfilar su bigote circunflejo, un adorno facial que se había ido curvando con los años:

> –Ya he visto que tienen ustedes nuevos autobuses.
> –Sí, señor; tres líneas. ¿Qué le han parecido?
> –Estupendos[380].

Molestias nada más. Estampas de la España negra. César se fue distanciando de la Pequeña Ciudad. En el verano de 1963 apenas residió un mes. Cuando estaba en Cuenca no hacía sino renegar a diario. Le nacía el fastidio de sus horizontes limitados, la falta de liberalidad en las costumbres, lo elemental de las gentes. La invasión de los catetos. Él era un hombre de lucha y aquel conformismo, aquella calma, aquella estrechez, le sacaban de quicio. Una fábrica de bostezos, asiento de toda chinchorrería. Entre tanta quietud, le estaban entrando ganas de marcharse[381]. Cuenca era, en efecto, una ciudad levítica, capital de una provincia variada, hermosísima, pero con las legañas de la miseria y el estiércol de las caballerías sin limpiar todavía. La Cuenca que muestra Carlos Saura en su documental de 1958. La que retrató el fotógrafo Català-Roca en los mismos años[382]. No solamente era el ambiente. Era también un asunto de dinero y de incomodidades. Mantener una casa de treinta y dos habitaciones era costoso. Había que contratar, al menos, tres personas para el servicio y un jardinero. El servicio doméstico estaba dejando de ser barato. Cocineros y criados se atrevían a regatear el precio de sus servicios. Ruano no había realizado actividad doméstica alguna. En su vida particular, era una persona enteramente dependiente del trabajo de los demás. Por no saber, no sabía afeitarse solo. En el verano del 65, el último verano conquense, hizo cuentas. Entre sueldos del servicio y el gasto diario de comida, calle, etc., el mes podría salir por treinta mil pesetas. Tal día aparecían goteras y era forzoso retejar. Otro día se hundía un muro o se quemaba el motor del agua. La instalación de luz daba

calambres. Los operarios encargados de las reparaciones eran, muchas veces, negligentes y careros. Habitara o no en la casa, era necesario pagar las facturas de la luz. Una cosa –las facturas– que nunca supo o quiso descifrar. Parecían escritas en un idioma ininteligible. ¿Serán los fantasmas quienes habían hecho el gasto de luz? El autobús que comunicaba el barrio alto con el bajo estaba sujeto a un horario. Ello le obligaba a bajar en taxi dos veces al día hacia los cafés o el casino, y cada carrera –cuatro en total– salía entre treinta y treinta y cinco pesetas. Inconvenientes. Pejigueras. Menudencias. Pero Ruano parecía enorgullecerse de su incompetencia. «En muchos aspectos no supone más que un fastidio eso de haber nacido señor»[383]. En el verano de 1964, Florencio Cañas le informó de que, si deseaba vender la casa, había compradores que pagarían bien. «Grandes dudas»[384]. En realidad, andaba dándole vueltas a una mudanza nueva. Todavía conservaba la casita de Benidorm. No quería alquilarla. Había alquilado otra en el pueblo abulense de El Tiemblo. Casas, siempre casas. En abril aceptó una invitación para pasar una semana en Mazarrón, en la costa de Murcia. ¿Quién sabe? Mazarrón podría ser un magnífico lugar de retiro. «¿Cuántas veces, seguidas siempre de fracaso, intenté eso del refugio?»[385].

Retornar a Madrid, al café Teide, era como regresar al orden. El camarero le servía, sin necesidad de pedirlo, el primer café de la mañana. El limpiabotas –Julián– le traía la prensa y el tabaco. «Todo en orden». El café estaba tranquilo. En la barra, Carlos. En la caja, Lita, guapa, amable, dispuesta a trasmitirle los mil recados y llamadas. «Todo en orden». Al empezar a escribir aparece para saludar don Valentín Nuño, el dueño del café.

> –¿Se queda usted en Madrid?
> –La verdad es que no lo sé. Lo encuentro todo encantador.
> –Aquí está usted bien y más tranquilo.

¿Tranquilo? Quizás. ¿Qué era la tranquilidad? Acaso fuera la intranquilidad hecha costumbre. La de la gran ciudad[386].

Pero había más. Fue acentuándose una sensación de desapego. Venía a Cuenca año tras año. En realidad, nada se le

había perdido y tampoco encontraba allí gran cosa fuera de la calma, relativa, y «un puñado no excesivo, de criaturas humanas cuya gloria merezca la pena». La de Cuenca era una raza *dura*, *áspera* y *honesta*. Sus excelencias estaban a la vista. Las no excelencias las vería un ciego. Era la desidia; el trato, si no grosero, sí de poca fe. ¿Qué quería decir con ello? Que casi nadie procuraba agradar, que nadie o casi nadie pensaba en el pasado mañana: que faltaba la iniciativa, la visión del futuro. «Aquí nadie piensa en sembrar porque piensa antes en el pedrisco». Había un limpiabotas en el café. En Cuenca no había, como en Madrid, muchos limpiabotas. Una estampa clásica del subdesarrollo. El limpia era un adolescente callado, servicial. Le lustraba el calzado a César, que escribió sobre este modesto personaje uno de sus mejores artículos, una entrevista que era, en cierto modo, condensación del apocado espíritu de la «pequeña ciudad». El muchacho le daba las ganancias a su madre y ahorraba un poquito para él. Quería llegar a quinientas pesetas.

> –Bueno, dime qué harás cuando llegues a quinientas pesetas.
>
> –Comprar una barrera, comprar en el estanco el mejor puro, sentarme en otro café, llamar a un limpiabotas y que me limpie los zapatos.
>
> –¿Tú no te los limpias?
>
> –No señor, ni fumo tampoco. Ahora no tendría gracia.
>
> El chico dio la última pasada a los zapatos con una gamuza. Se levantó y dijo:
>
> –Servidor[387].

Estaba la maravilla de la ciudad antigua, pero lo cierto era que la ciudad moderna no valía un pimiento. «Quienes hemos venido aquí con el mejor deseo, de tener un trato de excepción, lo tenemos para molestarnos». Tenía un cierto sentimiento de despecho; de que su figura y lo que ella podía representar para la pequeña ciudad no había sido estimada en su verdadero valor. Había conseguido una casa buena, pero los intentos de aclimatar una vida cultural no se habían logrado. Florencio Cañas,

concejal, el gobernador Gabriel Juliá y el alcalde Jesús Moya habían sido sustituidos en sus cargos. ¿Amigos? No tenía muchos. Podía contarlos con los dedos de una mano.

Entrado 1964 inauguró en *ABC* una sección nueva, una columna diaria llamada «Penúltima hora». Ello le obliga a depender mucho más de la redacción del periódico, que a menudo le facilitaba las fotos para que escribiera al pie un artículo breve. Hace entonces lo que no había hecho nunca: usar un despacho de la calle Serrano.

Últimos días en Cuenca. El 20 de agosto de 1965 empiezan las «abominables» fiestas. Cola para sacar entrada de los toros. Hay más gorras que nunca. Frente al escritor, un niño toca desaforadamente una trompeta. CGR trata de escribir en la mañana del siguiente día en el café Colón. Oye al camarero ordenar a la barra: *¡Una de calamares, una!* Se pregunta: ¿cómo se pueden pedir unos calamares a las once y cuarto? Era para llorar. «Estos paletos no tienen remedio».

En el verano de 1964 vinieron a verle Fernando Zóbel y Gustavo Torner. El pintor y mecenas hispanofilipino y el pintor y escultor conquense habían logrado el beneplácito municipal para formar en las casas colgadas un museo de arte abstracto. Carlos y Antonio Saura frecuentaban las tertulias vespertinas que convocaba en el caserón. Manolo Millares andaba buscando casa. Eran miembros de El Paso, uno de los grupos más interesantes de la vanguardia artística española. Parecía que el barrio alto iba a convertirse en una especie de Montparnasse conquense. ¿Tendrían éxito allí donde él había fracasado? A estas alturas de su vida, no se sentía, ni mucho menos, el centro de nada[388]. El 24 de agosto de 1965, ante notario, fue vendida la casa a Antonio Saura por medio millón de pesetas. La venta fue inscrita en el registro de la propiedad, pero por una cantidad mucho menor: doscientas mil pesetas[389]. Bajó al Casino por la tarde y se tomó –se sopló, escribe– dos güisquis. Eran las siete y cuarto de la tarde. Pidió otro güisqui. Corrió la voz de que abandonaba la ciudad y, según parece, se formó una procesión de gente que pretendía cobrar estas o aquellas deudas, «cuentas ridículas», anota en el *Diario*. Lo habitual. Un desenlace previsible, anunciado desde hacía meses. Acaso por ello, paseando por la

Tierra de Campos, quiso Ruano comprar un castillo.

XIII
El regreso.
Madrid, 1944-1954

CGR hizo una aparición fugaz en Madrid; un viaje de exploración podría decirse. Dijo que había ido para asistir a la inauguración de una exposición de Agustín Ferrer, pintor de Sitges. Cuarenta y ocho horas que aprovechó para ver a muy poca gente, a Juan Pujol y a Eugenio Montes. Algunos cafés habían desaparecido, como el que se llamaba de la Reina Victoria. Pero encontró casi todo igual. Entró en varias librerías. En algunas saludó a los mismos libreros de la anteguerra:

> –Ahora viene menos por aquí, ¿siempre escribiendo?
> –Sí, señor; siempre escribiendo.
> –Así es la vida.
> –Sí, señor, así es la vida.

Los libreros se quejaban. Apenas vendían nada. No vendían porque tampoco salían a la venta libros o bibliotecas, al menos como antes de la guerra. El escritor comprobó que, en efecto, la mayoría de los libros expuestos no valían gran cosa. Lo único decente eran las ediciones primeras de autores contemporáneos[390]. Eugenio Montes publicó en *La Vanguardia* una semblanza del Ruano joven, recordando uno de sus poemas:

> Vino, venció. Fue vencido
> en lo que quiso vencer.
> Escribió, y en el tintero
> dejó lo que quiso hacer
> por hacer lo que quisieron.

Apenas se había recuperado del susto, de la combinación de enfermedades pulmonares y nerviosas, aparte de los trastornos causados por el alcoholismo, cuando CGR comenzó a preparar el retorno definitivo a Madrid. Fue un viaje rápido –el segundo– entre Barcelona y Madrid, parando un día en Zaragoza. CJC señala la estancia de su amigo, envolviendo en elogios su figura de escritor –no había nadie a quien mejor cuadrara el nombre–, la labor constante, indiferente a la ira o al aplauso, día tras día, sin una sola claudicación. Una entrevista refleja todavía su indecisión, entre la prosa y la poesía, entre Sitges y Madrid:

> Ha pasado unas horas en Madrid César González-Ruano. Visita breve, de pincelada matritense y de correría bibliográfica. Ha visto unos cuadros, ha dado unos apretones de manos y ha dejado en las librerías un libro de poesía, compendio y síntesis de su obra lírica: *Poesía (1924-1944)*. Veinte años de vibración y sentido, recolección y sentimiento, salpicado de ventura, aventura y desventura viajera. Todo exacto, oportuna y definitivamente demostrativo de un acento poético entrañable, enlazando el ayer con el anteayer y el hoy con el ayer. González-Ruano, periodista y viajero, biógrafo de sus propias ilusiones y biografía de una obra imposible, queda ahí, encerrado de por vida en el milagro del comentario y el aire de la crítica, con afán de piedra de toque, para una referencia a su yo artista menos popular –y a veces por algunos–, más regateado.
>
> Hemos hablado con él unos instantes. Viene de Sitges, donde accidentalmente vive, donde ordenadamente escribe, donde estrepitosamente estrangula con acentos de nostalgia la alegría de andar por los caminos de la Europa en armas.
>
> –Tu vida ahora?
>
> –Me he retirado en Sitges, que es una sucursal del Paraíso Terrenal. He formado allí una casa, he reconstruido mi biblioteca, colgué de sus paredes los cuadros que traje de Francia. Y allí escribo disciplinadamente.
>
> –¿Mucha colaboración?
>
> –La suficiente: La Vanguardia, Destino, Madrid, La Estafeta Literaria... Cosas para la radio... Pero, en fin, trabajo principalmente en libros.
>
> –¿Qué estimas más, tu obra poética o tu labor en prosa?

–Estimo mucho más mi obra poética que mi obra novelística, no digamos que mi periodismo.

Estamos paseando por la cuesta de Moyano arriba. Desde un tenderete, uno de estos tenderetes que el cronista González-Ruano cantó en prosas desde su moza edad mosqueteril, un tomo de *Caras, caretas y carotas* pone un inciso de protesta en la charla. El periodista que hay en César, con un acento que sufre la pena de una soslayada melancolía, apenas se atreve a decir, ademán abierto al olvido de tanto quehacer cotidiano en fervorosa entrega al pan de las prensas diarias:

–¡Bah! Todo esto fue ayer… Son tercos estos tomos, acusadores de un tiempo de juventud, con convicción de cosas que no tenían más conciencia que pasar, vivir y volver a morir… Nada, nada de periodismo. Todo, todo para la poesía…

–¿Por qué has publicado este libro, tan magníficamente editado?

–Pocos sabían de mi poesía actual. La conocen bien Marqueríe, Mariano Rodríguez de Rivas, Dionisio Ridruejo… La publiqué en ediciones numeradas y limitadísimas. Esta antología que he publicado en Barcelona creo que habrá dado una idea a muchos que hoy no la tienen… Esto ha sido todo.

–¿Qué te interesa hoy en este momento de poesía?

–Vivir mi vida íntima frente al mar de Sitges… y que me dejen en paz para saborear mis propias batallas, en las que yo sólo me divierto y me desangro…[391]

Estuvo en Madrid menos de tres días, pero le dio tiempo a entrar en varios cafés, asistir a un par de lecturas, aparecer por las redacciones de los periódicos en que colaboraba y visitar con detenimiento el Museo romántico, dirigido desde hacía poco por su amigo Mariano Rodríguez de Rivas. CJC lo dejó sin resuello llevándolo casi a rastras a callejear por Madrid. Se reencontró con Miguel Pérez Ferrero. Vio cómo empezaban a crecer los barrios de la periferia.

La atención que prestó a la lectura de la obra de Natividad Zaro, *Hombre de tres espejos*, pareció remover viejos recuerdos. Reseñó la comedia «certera, ágil, original» y describió la vida aventurera de la autora y sus variadas habilidades: recitadora de

poesía, actriz, viajera por Europa, escritora. Acaso pudo sentirse aludido con el argumento de la obra: tres mujeres exponen tres visiones diferentes de un hombre del que están enamoradas. El hombre las había hecho compatibles, no tanto por cinismo donjuanesco, sino por la necesidad de vivir y tener lo que cada una le daba. Natividad Zaro era desde los años treinta la mujer de Eugenio Montes. Corrían ciertas historias sobre la «cesión» de que fue objeto la Zaro por parte de Ruano.[392] De ser cierto el rumor, tuvo que ocurrir algo diferente a una «cesión», porque la mujer en cuestión no era precisamente una muñeca pasiva. Debió ser –una conjetura, de nuevo– la aceptación de una protección, de un amparo más eficaz y constante del que podía ofrecer la vida inestable del madrileño, conservando la protegida su fuero privado que parece haber ejercido con toda latitud. En la entrevista que mantuvo con Eugenio Montes el año 54 constataban, entrevistador y entrevistado, que sus trayectorias como periodistas habían transcurrido de manera consecutiva, como carreras de relevo: Ruano le entregó el testigo en Berlín, en 1933, y Montes se lo devolvió en 1936, en Roma. Escribieron en *ABC*, tenían casi los mismos premios. «Nos sucedemos mutuamente en todo»[393]. ¿En todo? Es una entrevista que sugiere más de lo que dice. Trazando la biografía de Montes: «Artículos y folletones en *El Sol*. Nos cambiamos temas y amores». ¿Amores? El uno, escribiendo poco, había tenido el reconocimiento oficial: director del Instituto de España en Lisboa y Roma, giras por América, académico de la Española; un reconocimiento del que, escribiendo mucho, había carecido el otro. Era el sino de CGR. Muchos de sus amigos –Alfaro, Foxá, Sánchez Mazas, Aunós, Montes– lograron embajadas, fueron consejeros del Movimiento, académicos, directores generales y hasta ministros del régimen; CGR se quedó en nada, en apenas un profesional de la pluma de gran constancia y dedicación. Ruano trata a Montes con cariño, sí, pero también con cierta condescendencia, endulzando con muchos elogios unas pocas reservas sobre su temperamento afectado o su voz «recalcada». Sí; Montes era pedante, redicho, siempre con la comezón de exhibir erudición. Guardaba en su casa grandes carpetas y sobres voluminosos con las notas que había tomado durante años.

Estaban destinadas a los libros que nunca escribió. A los pocos días de mantenida esta conversación, Montes y Ruano recibirían dos de los nuevos premios literarios del Movimiento, el denominado como «29 de octubre» para artículos firmados, por su «Conversación con los labios cerrados», con Eugenio d'Ors y el premio XX aniversario de la Falange, concedido a Montes[394].

Los viejos amigos –Marqueríe, Cunqueiro, Pérez Ferrero– le hacían idéntica pregunta: ¿Pero tú por qué no te vienes a vivir aquí? Y entonces les colocaba «el disco» de la paz, de lo bien que se trabaja en un pueblo, donde el tiempo se ensancha y vale el doble. Pero lo llama disco, o sea, algo rutinario, estereotipado, algo en lo que apenas creía ya. Eugenio Montes, el hombre que colocó a Sitges en su mapa privado, le mostró ahora los inconvenientes. En la ciudad había un exceso de temas para escribir, pero no había tiempo; en un pueblo había tiempo, mucho tiempo, pero apenas había temas. Algunos se hacían de nuevas. Habían creído los rumores que circularon tiempo atrás y que lo deban por muerto, fusilado por los alemanes. Otros decían que era una lástima que no escribiera más. ¿Escribir? ¡Pero si jamás había escrito tanto! Volvía a aparecer el problema de los meridianos. Lo que publicaba en la prensa y en las editoriales de Barcelona apenas se conocía en Madrid. Tres días en los que hizo de todo; de todo menos dormir[395].

Sí; lo cierto es que cada vez se sentía más tentado de abandonar su residencia marinera. En 1946 pasó el verano en el pueblo pirenaico de Camprodón, huyendo de las molestias de los forasteros y del calor de Sitges. Ni siquiera podía escribir en el Chiringuito porque había cobrado fama y se llenaba en verano de turistas. Y las alternativas no eran mucho mejores. El ruido de gramófonos y gramolas invadía los cafés antes apacibles. En un artículo se le escapa una frase: «el pequeño pueblo donde *aún* vivo», cuando todavía faltaban unos meses para la mudanza. Volvió a Madrid, nuevo viaje de descubierta, al comenzar 1947. Este fue el año, según sus *Memorias*, en que decidió que haberse metido en Sitges fue un error. Pero seguía con la murga, como disculpándose, de las ventajas de haber residido en un pueblo, ya se sabe, la del aprovechamiento del tiempo y la saludable falta de compromisos sociales: «la ciudad extravierte»[396].

Le dio muchas vueltas al asunto de la residencia. Acaso no las tenía todas consigo sobre el recibimiento que podía ofrecerle la capital, autoridades, amistades antiguas, directores de periódicos y público lector. Temía que los jóvenes le conocieran únicamente por la leyenda que corría sobre su persona. Ana María Matute escuchó, a finales de los cuarenta, las «cosas tremendas» que se decían de él, como que había vendido pasaportes falsos a los judíos que huían de la ocupación. Aunque, mujer de buena fe, nunca las creyó. «Y él siempre exageraba, le gustaba propagar leyendas, le gustaba jugar al dandi canalla, ese lado de condotiero, a lo Curzio Malaparte».

Las ventajas que había pregonado sobre la vida de pueblo: sencillez, tiempo elástico, cercanía, falta de distancias, etc., etc., parecían trocarse en lo contrario. Ruano no podía prescindir de la visita diaria a la barbería. Comenzó asistiendo a una de las que había en Sitges, hasta que se dio cuenta de que tenía otra más cercana. Al cambiar de costumbre, los de la primera barbería, sintiéndose traicionados, dejaron de saludarle. Con los de la segunda terminó por reñir, el día en que pretendieron cobrarle una gabela, una especie de extra por ser forastero. Inconvenientes de la cercanía. El resultado de estas pequeñas contrariedades, unidas a la monotonía de los días, desembocaban en el aburrimiento. Tenía ocupadas las mañanas con la escritura. Pero las tardes, sobre todo las tardes de invierno, arrastraban unas horas terribles, de cuatro a nueve, cuando aparecía el monstruo de la melancolía. Dudaba entonces entre sentarse junto a la chimenea o bajar al bar. Terminaba por salir para sentirse acompañado por unos autores demasiado conocidos, «autores líquidos»: González Byass, Domecq, Osborne, etc. Coñac y no del mejor[397]. Es llamativo que, en medio de las dificultades, de los desastres que causaba el alcohol en su estado físico y la falta de tino económico, Ruano mantuviera una gran exigencia en sus artículos, no solamente en los puramente descriptivos de personas y lugares, o los meramente anecdóticos –el azúcar, escatimado en los cafés; las vacaciones, la aparición de un forastero, la llegada de las barcas– sino en los que destinaba a la crítica literaria. Sus opiniones sobre las novelas de Joseph Conrad, o sobre las de Somerset Maugham, que entonces

empezaban a publicarse en traducción por la editorial Janés, son certeras y están muy bien escritas. Algunos de los cuentos que publicó en el diario *Madrid*, «Carta de amor desesperado y quieto», «La felicidad y el arte», «André pas de chance», «Los enfermos indiferentes», «El interior humano», «La muerte de El Jilguero», que luego recopilaría –no todos– en algún libro, se sostienen mucho mejor que sus novelas. Los cuentos –una sola entrega, a menudo de una plana o plana y media del periódico, a veces ilustrados por el autor– iban precedidos de una advertencia, acaso una alusión al malhadado premio Nadal: «Novela fuera de concurso».

Este sentido profesional estaba, naturalmente, estimulado por la necesidad. Para alguien que siempre vivió al día, refractario al ahorro, escribir jornada tras jornada era equivalente a pagar las facturas pendientes. Si no escribía, si no trabajaba a diario no comía (y no bebía). Pero había también un sentido de la obligación que le forzaba a escribir, cualquiera que fuese su estado físico. Cuando no cumplía con ese precepto le entraba mala conciencia, como si defraudara a sus lectores y, sobre todo, fuera infiel a sí mismo. Para un hombre con un sentido laxo de la obligación moral, para una persona que reivindicaba el cinismo como filosofía vital, el único principio que respetaba a rajatabla era el de escribir. *Nulla dies sine linea*.

La vuelta de su gran amigo Francisco Lucientes a España, adonde arribó en el barco Habana, un sábado, 27 de abril de 1947, le hizo viajar hasta Bilbao. Lucientes había coincidido con él en varios destinos periodísticos: fueron colegas en el *Heraldo de Madrid*, se dieron cita en Berlín y en los primeros meses del París de la ocupación. Lucientes fue corresponsal de *Ya*; una corresponsalía que sustituyó en plena guerra por *L'Echo de Paris*. Luego marchó a Nueva York, en 1941, y allí residió durante seis años. Al llegar a Bilbao, hizo unas declaraciones que parecían obligadas en todos aquellos que volvían a España, aunque en su caso no era por motivo de exilio. En Norteamérica, afirmó, existen los mejores deseos de mejorar las relaciones entre los dos países. Afortunadamente, las campañas contra España iban quedando ya desvirtuadas por la fuerza de los hechos, y habían terminado por reconocer que habíamos sido víctimas de una

edición modernizada de la leyenda negra. El aspecto de Ruano, demacrado y ojeroso, inquietó al recién llegado. «Si sigues haciendo burradas te vas a morir»[398]. Fue Lucientes el que arregló el ingreso de su amigo en el sanatorio antituberculoso de Begoña; pero, a los dos días justos de ingresar, se trasladó a un hotel de Portugalete. Allí fue donde decidió el definitivo traslado a Madrid. De su breve paso por Bilbao quedaron algunos artículos sueltos, no tanto como «un artículo semanal», publicados en *El Pueblo Vasco*. Con la particularidad de que esos artículos, como queriendo formar serie, se titulaban «La vida deprisa».

Ruano se separó de su esposa Esperanza Ruiz-Crespo antes de su primer viaje a Alemania, a principio de 1933. De común acuerdo iniciaron un procedimiento de divorcio civil, al amparo de la nueva ley de 1932 que quizás rematara en su viaje a Madrid, en junio de 1936. Como es sabido, el franquismo suspendió y más adelante derogó todas las actuaciones en materia de divorcio. Esperanza Ruiz-Crespo debió de rectificar y terminó por considerarse como la única esposa legítima, y como tal lo afirmó en la esquela que comunicaba el fallecimiento de su marido en 1965. A sus críticos de la embajada española en Roma no les faltaba razón. No hay rastro de que se ocupara de la familia que dejó en Madrid. Esperanza tuvo que buscarse la vida acudiendo al ejercicio de la profesión de periodista, publicando en las revistas «femeninas» de la Falange, como *Y*, así como en varios diarios. En 1943 publicó un libro, *El hombre ideal*, en que de manera disimulada aludía a su propia experiencia. Hablaba del orgullo que puede sentir una mujer por tener a su lado a un hombre que no sea como los demás; de la dificultad de resistir al influjo cautivador de la persona cuyas tareas y cuyo lenguaje son los de un hombre de letras. El intelectual podía ser seductor, pero no podía figurar, según Esperanza, como hombre ideal, y ello porque, entre otras razones, no solían tener tiempo para su familia, eran vanidosos, trataban a sus esposas con una tibieza paternal, como si fuera un objeto, que había de estar silencioso, «un poco vegetal». El que designa como «cínico profesional» tampoco era un ideal. El modelo del cínico no era otro que su exmarido. El cínico llega a Madrid, después de una ausencia

prolongada. Se encuentra con un amigo, al que llama Pérez. Pero, hombre, ¿qué ha sido de ti? No te vemos desde antes de la guerra. Estuve fuera, le responde el cínico:

> –Eres un tío salao, estupendo. Cuéntame cosas. Porque la verdad es que aquí se han contado chismes... horribles
>
> –No tan horribles como la realidad, seguramente. Tres meses... en reserva.
>
> –Luego... ¿era cierto?
>
> –¡Toma! Setenta y ocho días en un pedazo de birria que llamaban celda. No te digo más que empezaba a anquilosarme. Y a la hora de comer, pocas patatas y mucha grasa [...]
>
> –Te advierto que, sin la intervención de Fulano, no sé.
>
> –Pero era, claro... ¿algún asunto político?
>
> –Hombre, en fin. Yo no sé cómo se dice esto de un modo elegante.
>
> –Seamos sinceros: Aquí se mezcló tu nombre en un... estraperlo [...]

El caballerete cínico entra en casa:

> –Oye: no tenemos carbón para la caldera. Encarga un par de toneladas al precio que sea, y en paz.
>
> –Pero ¿tienes dinero?
>
> –Yo no, pero tengo crédito.

En el bar, sigue el cinismo:

> –Compro cuadros por unas pesetas, los hago retocar y firmar, los sitúo entre unas bellas porcelanas y unos tapices y los revendo añadiendo tantos ceros que yo mismo no sé sumar. Otras veces joyas, muebles de estilo. Es cuestión de buen gusto y arte de mercadería sin apariencia de mercader.

Y está, por fin, como figura nada recomendable, la de don Juan. Lo consentimos, lo alimentamos nosotras, dice Esperanza, a fuera de condescendencias y porque, en el fondo, la mujer se cree capacitada para hacerlos cambiar. En otro de sus libros, *Mi*

marido y yo, describe, en velada alusión a su persona, la que fue una educación de clase media española, con clases de francés y cultura general, suficiente para estar presentable e inútil para ganarse la vida. Se enamoró a los 18 de un señor que llama Juan Arévalo, muy alto y bien vestido. Se casaron; hicieron el viaje de novios, «diez mil pesetas de viaje». Pronto empezaron las escenas: «¡No, si debí suponerlo! ¡No en vano te conocí ya tratándote el hígado!». Pronto vinieron las infidelidades, ni siquiera disimuladas. «Mi marido y yo», o «César y yo» tiene un final, no se sabe si feliz, pero al menos de reconciliación, de acomodación, seguramente impuesto por aquellos tiempos tan estrictos.

Esta simpática figura de mujer, que supo valerse por sí misma, que desmiente el tópico de la mujer bajo el franquismo, demostraba conocer muy bien a su exmarido y seguir su pista con exactitud.

La mujer a la que se unió Ruano en los años treinta no tiene nada que ver con Esperanza. Marina o Mery de Navascués era de una belleza extraña, rubia, de altos pómulos, ojos rasgados, con un punto de exotismo. Mucho más joven que él. Mery era nieta del general de brigada Ricardo de Navascués. Un hijo del general, llamado Hernán, tuvo una hija con una mujer casada, pero fueron los abuelos paternos –residentes en la plaza de Ceuta– quienes acabaron por criarla. Marina se trasladó a Madrid con la viuda del general Navascués y allí conoció, mediados los años treinta, a CGR. Debió de ser un flechazo. Se cruzaron en la Gran Vía. Ella lo reconoció porque ya era un hombre relativamente popular. Era el 7 de octubre de 1935. Un aniversario que CGR recordará lo restante de su vida. La verdad es que fue una historia vivida al modo romántico. Mery se fugó del hogar familiar con varios vestidos puestos, para disimular la huida y se unió a su pareja en Roma. Mery no parece haber tenido vocación intelectual, limitándose a poner dos renglones al final de las cartas que escribía su marido, saludando, dando recuerdos. No era escritora, bailarina ni nada artístico, según Ana María Matute. La pareja González-Navascués fue duradera: «Yo recuerdo mi infancia y adolescencia con mucho amor entre mis padres y mucha complicidad», asegura Marina González

Navascués[399]. En años posteriores, a medida que fue aumentando el deterioro físico de Ruano, Mery solía acompañarlo a todas partes. No es que insistiera en hacerle compañía. Al contrario. Es que no sabía dar un paso sin ella. Parecen, en ocasiones, tener una relación maternofilial. Los señores de la época, amigos o conocidos de su marido suelen fijarse –es el signo algo zafio y viriloide de la época–, en lo que mostraban sin mostrar los exagerados escotes con los que Mery gustaba presentarse. Parece haber, en algunas ocasiones, una dependencia un tanto morbosa de César. La colección que fue atesorando de retratos de Mery –oleos, apuntes, acuarelas, dibujos– superó los cincuenta. Dos maternidades fallidas. En Sitges nació un niño llamado Miguel y luego, ya en Madrid, nació Francisca. Los dos fallecieron de meningitis, el primero con cuatro años y la segunda con apenas diez meses. Mery –en 1958– tuvo problemas ginecológicos que Ruano atendió solícito, aunque al modo ruanesco: tratando de vender al doctor Marañón un cuadro de Durancamps como si fuera una ganga, para pagar los gastos de hospitalización en la clínica del doctor Vital Aza.

> Martes [1958]
>
> Mi querido y admirado don Gregorio: Cuando yo era muchacho fui particular y secretamente a ver a un médico joven. Le pregunté después de que me había visto qué le debía y –no se me olvidará– me pidió veintiséis pesetas. Extrañado de la cifra, él me aclaró la cuestión.
>
> –Es usted mi única consulta de hoy. Tengo que pagar dieciséis pesetas del recibo de la luz [...] y diez más que le pongo para quedarme yo con algo.
>
> Me ha ocurrido a mí ahora algo parecido con el cuadro de Durancamps y Vd. La cuenta que yo he [de] pagar mañana y que me apura es de 5.500 pesetas. El cuadro estaba en Macarrón en doce. Yo calculé mentalmente siete mil *para que me quedara algo*... como al médico aquel.
>
> Quizá en siete sea caro, y como a mí me gustaría que quedara entre Vds. y le confieso que me abruma andar con él bajo el brazo, me atrevo a decirle a Vd. que si le parece bien en esas 5.500 me haría al mismo tiempo un favor de oportunidad.

Muchas gracias por su receta. Muchas gracias por su interés por mí. Muchas gracias, en fin, por todo.

¿Puedo telefonearle más tarde? Me abruma poder serle pesado... a Vd., la persona a quien casi no me atrevo a ver para no quitarle su tiempo precioso.

Devotamente suyo

González-Ruano[400].

En una época anterior a la sanidad pública, los gastos de una intervención quirúrgica podían desequilibrar un presupuesto tan poco equilibrado de suyo como el de Ruano.

Dentro de la discreción a la que estaba obligado, CGR suele nombrarla en algún artículo como la razón de su vida. Hubo habladurías, difíciles de demostrar, sobre el uno y sobre la otra, por ejemplo, sobre una especie de *ménage á trois* en la época en que Mauricio Monsuárez de Yos, poeta menor, bohemio contumaz –Mauricio o el vicio se le nombraba– que trabajó como secretario de Ruano, viviendo en algún rincón del edificio de Ríos Rosas y acompañando a la familia hasta la casa de Cuenca. Una figura que no debía resultar agradable a muchos de los amigos. «Mauricio no está ya en Casa», le comunica a Florencio Cañas, en 1 de octubre de 1951, desde Cuenca. Según Manuel Alcántara, los secretarios de César eran «niños muy monos», como Marino Gómez Santos, a quien las malas lenguas llamaban Marinín Monroe; esta era una de las condiciones que imponía Mery. César, afirma el mismo Alcántara, «tenía ciertas anomalías sexuales». Y el periodista Jesús Pardo, inclinado al tremendismo, a contar cuentos de pésimo gusto, narra las aficiones secretas de Ruano: ver a Mery desnuda, con unas botas katiuskas, encamada con alguno de sus secretarios: Le encantaba alardear de canalla, de cínico, de disoluto, pero siempre con absoluta naturalidad.[401] Quizás fuera eso solamente; un alarde que nunca debió realizar delante de personas como Jesús Pardo. En todo caso, teniendo en cuenta el momento y las circunstancias de la época, llama la atención la sexualidad de escritores como CJC y CGR, el regodeo en aspectos escabrosos, la complacencia en la ordinariez, la perversión y la enfermedad que, aun manifestada en conversaciones y cartas privadas, no deja de ser llamativa. He

aquí un poema, por así decir, de CGR, que pudiera ponerse en paralelo con la obsesión por las putas, los burdeles y la homosexualidad que CJC manifestará en buena parte de su obra literaria:

Oh espumeante flor de la entrepierna
allí donde hasta el nabo era ternura,
oh varonil afirmación que dura
como el céfiro suave hecho galerna,
dime ¿qué conjunción en fase alterna
te cambia de canguro en criatura
o acaso gravitando la cintura
te equilibra los huevos con la cuerna?
Musgo te nazca en bisectrices hondas
–la manzana de la Eva puta mondas
y la brisa en el pubis se extravía–,
tú que muges encima de las flores,
¿por qué pierdes en nínficos favores
la sífilis cambiada en poesía?[402]

Soy, decía el interesado, una mezcla del marqués de Sade y de don Esteban Bilbao.

Donde comenzó a publicar con regularidad fue en *Arriba*, el diario que servía como guía y referencia doctrinal a la cadena de periódicos del Movimiento. Creía que determinados géneros periodísticos, aquellos que eran nuevos en los años treinta, estaban periclitados. Pero se equivocaba. En *Arriba* reverdecerá sus habilidades de entrevistador y una primera serie de entrevistas, coleccionadas en el libro *Las palabras quedan*, será una de sus producciones más destacadas y de las que se sentirá más orgulloso. El primer artículo de Ruano en el diario *Arriba* parece que fuera una *captatio benevolentiae*, una visión de la «raza española», en sentido cultural, unida por el espíritu de la religión; una visión que recordaba sus referencias anteriores a la obra de Menéndez Pelayo[403].

El traslado definitivo a Madrid tuvo lugar a principio del año siguiente, en septiembre de 1947. Era un día gris. Tras el cristal del café veía caer la lluvia sobre los castaños del paseo de Recoletos. La lluvia refrescaba esos recuerdos que van asociados

a una plaza, a una esquina, a una calle. Pidió un taxi al botones del café, en un gesto habitual.

—¿Un taxi lloviendo, señor? No creo que se encuentre[404].

Se le notaba desplazado en estos primeros días, como si fuera una especie de forastero en la ciudad de su vida. Un madrileño desmadrileñizado. No sabía orientarse. Desconocía el destino de los tranvías. Le paraban antiguos conocidos. «Te veo muy delgado». Caída del ánimo. O: «No ha pasado el tiempo, tienes el mismo aspecto de siempre». Piadosa mentira. ¿Y cómo habría de saludar a las amistades a las que no veía desde hacía diez años? ¿Tenía que abrazarlas?

De momento, no encontró vivienda en Madrid y alquiló una en Alcalá de Henares, población cercana. Todas las mañanas tomaba el autocar para venir al café de Gijón, a escribir y volver a la vida literaria. Esto duró poco[405]. Tras una breve estancia en unos apartamentos de alquiler, acabo por habitar un piso en la calle Alcalá 138, orientado por su amigo Cela, que vivía en el mismo edificio. Iniciaba un ciclo nuevo de vida madrileña, algo desamparado de salud. Salía a la calle solamente por la mañana y pasaba lo restante del día releyendo, por el gusto de comprobar lecturas. Algunas de las que entusiasmaron al joven decayeron con brusquedad. Otras se mantuvieron y aun aumentaron de estima: *La Regenta*, Clarín, cuyas *Obras selectas* fueron editadas entonces por Biblioteca Nueva. Tenía por delante una tarea muy grande, que era la de tratar de recuperar algo del prestigio alcanzado en el mundo periodístico anterior a 1940, antes de que su vida tomara un curso insólito, al margen de las letras. El pesimismo aparece en las colaboraciones periodísticas de aquellos meses. Desde el balcón de su casa, situada entre la plaza de Manuel Becerra y la de Ventas, veía pasar los entierros que se dirigían al cementerio de la Almudena. Pasó el de Pedro de Répide, aquella figura de vestimenta caprichosa y gestos amanerados, el hombre que más sabía sobre Madrid. Era triste eso de ver pasar el cadáver de un amigo[406]. ¿Cuándo le tocaría a él? Sentía habitar, no en la gloria que pudiera corresponderle como escritor, sino en un limbo, que así podía llamarse la

modesta situación en que se hallaba, sentadito en su balcón, en un barrio por entonces extremo que no le gustaba; un barrio que no le parecía *chulo* sino *paleto*, escuchando los molestos ruidos de la calle, cantinelas de borrachos, rumores como de romería, los que formaban unos tíos que voceaban su mercancía o el que venía de los aficionados taurinos, que no se sabía si eran de bronca o de entusiasmo.

Hacía menos de dos años que había terminado la guerra en Europa. Pocas veces escribió algo sobre la marcha del conflicto. No parece que Ruano fuera de los que deploraron la derrota de Alemania. Quitando aquellos entusiasmos de su primer viaje a Berlín, en 1933, Hitler nunca le resultó simpático. Alemania no le gustaba especialmente. No le gustaba el clima ni el régimen de disciplina al que estaba sometido el país. La derrota alemana significó para él la derrota del poder que personificaba en Himmler y el final de su organización tentacular. Con ellos había topado en París, en 1942. Otra cosa diferente fue el final de Mussolini, «la cabeza políticamente más clara y clásica de su tiempo»[407]. Algunos de sus amigos, los que habían vivido en Roma, sobre todo, seguían celebrando su memoria. Eugenio Montes tenía en su casa un busto del fundador del fascismo.

Aunque aquellos fueran tiempos que exaltaban el compromiso del escritor, al menos en los países recién liberados del dominio fascista, Ruano rechazó la tesis de que el escritor tuviera, *per se*, una misión social. Había escritores con misión social, escritores sin misión social y escritores asociales. El escritor debía dedicarse a escribir bien. Esa era su principal tarea: «Al terminar la guerra se me ocurre que la misión del escritor podía ser la de escribir puramente, libremente, individualmente, lo que por lo general no ha hecho o no ha podido hacer durante estos años». Hacia la depuración, francesa o italiana, manifestó siempre un rechazo radical, cosa lógica al figurar entre los afectados. Creía que el mariscal Pétain, su juicio y prisión, eran injustos; una manera de concentrar las culpas colectivas en un chivo expiatorio. Había conocido a muchos franceses acomodaticios, pero a muy pocos resistentes. Eran tristes luchas de banderías las que llevaban a unos a tomar venganza de otros, en un ciclo que prolongaba la violencia bélica[408].

Al llegar a Madrid, observó con más detenimiento que algunas cosas habían cambiado desde la guerra. Le llamó la atención el ruido y la animación de las calles. Quedó sorprendido ante el número de gente vestida con elegancia que circulaba. La piqueta comenzaba a hacer de las suyas, derribando los palacetes de la Castellana. Sobre la gestión municipal se permitió, incluso, alguna que otra crítica. El crecimiento de la ciudad no se veía acompañado por una mejora en los medios de transporte. Faltaban los taxis. Se veía a muchos botones por las esquinas del centro, gesticulando, tratando a la desesperada de encontrar un taxi para sus clientes. Los tranvías tardaban siglos. Esto era muy importante para él. Acostumbrado a andar poco, hombre de salud maltrecha, caminar media hora le resultaba difícil. Trataba de instaurar unas rutinas nuevas y ello le parecía una tarea costosa. No es que fueran cosas importantes. ¿Se acordarían de servirle el café con leche en vaso y no en taza? ¿Liarían ahora el tabaco negro? ¿Se podía confiar algunos recados difíciles a un botones?[409]

Las colas. La nueva generación había nacido bajo el signo de las colas. En los mercados, colas. Para el tranvía, para entrar al cine, colas. Había más personas que cosas disponibles. Hasta para pagar un recibo había cola. ¡El colmo! Había en Madrid una cola diferente a las demás: la que se formaba el primer viernes de marzo a las puertas de la iglesia de Jesús de Medinaceli, cerca de la plaza de Neptuno. Mucha gente popular. Religiosidad y miseria. Una estampa, la de la cola, que apenas podía ocultar el *ABC* del 12 de marzo de 1948, al poner delante del gentío –mero telón de fondo– la llegada en coche de doña Carmen Polo de Franco, sonriente, saludada por unos individuos revestidos con grandes escapularios[410].

La vida bohemia, con sus tipos pintorescos; los «monstruos», los «frotaesquinas» que había descrito con maestría, se habían esfumado. Ruano siempre distinguió dos clases o dos ramas de la bohemia: la bohemia dorada y la bohemia sórdida; la rama del dandismo, la de Baudelaire, a la que había pertenecido, y la desflecada, la de Verlaine, que en España ejemplificó Emilio Carrere. Los chambergos, los trajes desastrados, el desaliño indumentario de aquellos tipos de café no se veían por ningún

lado. Acaso las reuniones que presidía Ramón, hasta bien entrada la madrugada, en la sagrada cripta del café y botillería de Pombo, fueron las imágenes postreras de la bohemia matritense. ¿A qué se había debido esta transformación? A la guerra civil, probablemente. Miguel Pérez Ferrero, gran periodista (¡cuánto talento desperdigado en colaboraciones!), amigo de Ruano, decía que la guerra había tenido consecuencias morales, limando las actitudes individualistas –digamos que había impuesto una disciplina forzosa, para ser exactos–; y había tenido también consecuencias materiales: durante los años cuarenta era imposible el poder subsistir sin tener apenas dinero. El bohemio que se atrincheraba en la redacción de un periódico vivía de lo que le daban y dormía en un diván, sin pagar alquiler, eso ya no se encontraba. Tampoco los que empalmaban un día con el siguiente, durmiendo a base de cabezadas en los cafés que no cerraban, viviendo de las artes del sable. Buscarini, el poeta callejero que vendía sus libritos de poesía por los cafés; Eliodoro Puche, el poeta del monóculo al que Ruano encontró más tarde, convertido en opulento hidalgo rústico en el pueblo de Lorca, esas figuras habían desaparecido para siempre. Quizás subsistiera otra bohemia, mezcla de los dos tipos, entre elegante y desastrada, que pudo encarnar Ramón Eugenio de Goicoechea, un elegante con cierta habilidad poética, una especie de canalla que vivió de dar sablazos a diestro y siniestro y de explotar a su mujer, la escritora Ana María Matute[411].

Empezaron a regresar a España algunos escritores que la habían abandonado durante la guerra civil. Benavente, recién llegado en el Cabo de Hornos, proclamó que desde su desembarco en América no había cesado de predicar «la verdad de España». Allí, en América, muchos no se habían enterado de que el Movimiento del 18 de julio había puesto fin a un periodo de total anarquía; o que en España había más libertad y menos policía que durante la República[412]. Ortega y Gasset hizo una solemne aparición con su conferencia en el Ateneo de Madrid, el 5 de mayo de 1946. Era una tarde tormentosa, con nubes que al final descargaron sobre la claraboya de un salón de actos lleno de personajes de la política y las letras: «España encuentra el horizonte despejado», afirmó el filósofo. Ramón Gómez de la

Serna también llegó en barco a Bilbao. Nombró a Franco como salvador de España, héroe máximo, el hombre providencial que después de lograr la paz supo evitar la entrada en la guerra. ¿Cómo no se ha de tener la mayor veneración para él, si ha rescatado todo lo que amaba en la vida de España? Como venía de Argentina aprovechó para afirmar que aquella república marchaba admirablemente bajo el mando providencial de Perón, «una de las grandes figuras plenas y pacíficas del mundo». Venía Ramón con su esposa, Luisa Sofovich, sobre la que escribió CGR en aquellos días. «Iba vestida casi siempre de negro, era guapa y con una gran figura». Era la compañera del «escritor más escritor, del escritor cien por cien de su tiempo»[413].

Ruano sentía que los años le habían vuelto prudente. Salió de Madrid joven y decidido y volvía avejentado y mediano o más bien pobre de decisión. Había cambiado y los madrileños ya no eran los de antes. Ahora llevaban una vida, ¿cómo decirlo?, más recogida, menos pública. Si las relaciones sociales se desarrollaban en la tertulia y el café –y en el parlamento y en la prensa, pero eso lo calla– ahora la vida se volcaba hacia dentro, hacia el domicilio particular. La casa era, para los hombres de clase media, se sobreentiende, para las gentes como él, un simple apeadero en el que dormir; pero ahora se estaba transformando en un recinto mimado, con un sentido nuevo de la decoración y la comodidad[414].

Como las costumbres de los españoles, también fue transformándose su modo de escribir. Desaparecen las metáforas que solían adornar su prosa; los «gorgoritos», viene a decir. Simplifica el párrafo, en una voluntad de claridad y precisión. Lo mismo ocurre en la manera de enfocar el artículo de periódico o los asuntos escogidos. Ruano tiene claro lo que no debe ser un artículo, una crónica. El buen articulista no debía meter en una crónica todo lo que sabía del tema. Este es un «error fatal». Un artículo se salva con media idea. Una sola idea y luego *subideas* y de la misma familia. Meter muchas en pocas líneas no suele ser agradecido y mucho menos pagado. La poda de lo superfluo era esencial. No debe de ser un ensayo, aunque tenga parte de ello. No debe de parecer un cuento breve o un trozo arrancado de un libro. No puede ser intemporal y tan sin referencia a un punto de

vista que haga dudar al lector si ha sido escrito hace días o hace meses.

Y lo que imperativamente ha de ser. Dos clases de crónica podían distinguirse. La crónica escueta o concreta, la que depende estrechamente de la noticia, y la crónica abstracta, aquella que el escritor se saca de la manga, aquella en que la noticia es pretexto u ocasión para la invención literaria. Una crónica, un artículo había de tener una arquitectura rigurosa, como si fuera un soneto. Sin un exordio que pase, como a tantos les ocurría, de la mitad, ni un final que empiece antes de tiempo[415].

Este enfoque del periodismo diario lo desarrollará en la década posterior en un trabajo largo sobre el particular. «Nuestro afán de escritor está, precisamente, en la conquista de la suprema desnudez», en escribir casi en un estilo conversacional, en huir de toda retórica. A Paco Umbral le facilitó en cierta ocasión la clave del artículo, o de lo que luego se llamó columna:

> En una columna sólo cabe una idea, Umbral. No se le ocurra mezclarla con otra, y menos si son de distintas familias. El artículo es una morcilla que tiene que estar bien atada por el principio y el final. Por en medio mete usted lo que quiera[416].

En uno de sus artículos sobre crítica literaria, celebró que fueran desapareciendo las referencias a los «primores del estilo», al escritor como estilista, al «virtuoso orfebre de la lengua» y otras zarandajas. Esos primores eran «pastiches», prosa imitativa. Celebraba que en ese momento se escribiera de un modo más «sincero», poniendo el lenguaje al servicio de la idea[417]. Al menos, Ruano creía que ello era posible, acaso sin pensar que ese estilo aparentemente simple, desornamentado, podía ser otro estilismo, aunque distinto y más difícil de ejecutar.

¿Y los temas? Ruano lo repetirá en varias ocasiones. La tarea material de escribir era lo de menos. Lo decisivo residía en la elección del tema, lo que da pretexto o motivo para coger la pluma. El asunto o los asuntos del día le venían impuestos por la actualidad: los temas pequeños, los sucesos fugitivos, a veces

entresacados de las secciones de anuncios. «Siempre me persiguió el detalle». No siempre. Ahora sí. ¿Cómo puede usted –le preguntaban– con tan poco llenar cinco o seis cuartillas? Se había convertido en un especialista de la bagatela. Nada había previsto en el momento de salir de casa. Ni en el taxi que le llevaba al café. Al llegar y sentarse en la mesa, pedir un café en vaso, con leche, encender el que seguramente no era el primer cigarrillo de la mañana, entonces era cuando ojeaba los periódicos y saltaba o saltaban los temas: la visita a Madrid de un personaje, el fallecimiento de alguien conocido, o no demasiado, el primer vuelo estelar, una película, un crimen, un cuadro, un viaje, un paisaje urbano; nunca la descripción de un paisaje, de una película, de un muerto ilustre o menos ilustre, sino la reacción ante esa variedad de cosas que sucedían o que estaban ahí, al alcance de la vista; una costumbre, la corbata, el vecino de la mesa de al lado, la esquela, la fauna humana del café. «Las cosas que pasan», durante muchos años, fue el título común a sus colaboraciones en el diario *Informaciones*. ¿Y si no pasaba nada? ¿Y si no había nada que atrajera la atención del cronista? «A mí, el día que no pasa nada me hace temblar»[418]. ¿Y si no había asunto?; ¿de qué hablar entonces? Del tiempo, del calor, del invierno, de la lluvia o del sol, del hecho de no encontrar materia para escribir. Lo importante era arrancar. «Las palabras tiran de las ideas». El resto es oficio.

Hablaba, sobre todo, de sí mismo, como una araña que sacara los hilos de su tela de la propia intimidad. Anécdotas, experiencias, recuerdos, fantasmas medio dormidos. El cronista no debía rehuir los temas personales; unos temas que, como había podido comprobar, interesaban más a los lectores porque compartían una humanidad común. «Si habláis de vuestras sensaciones de enfermo, podéis estar tranquilos, que hay muchos enfermos que han sentido lo mismo». Una autobiografía casi diaria, puesta en artículos de periódico. Esos días los artículos salían más largos que de costumbre. Los mejores. Ruano era el poeta de lo mínimo, de lo consuetudinario, de lo pasajero, de la vida deprisa.

Al colaborar en varios diarios, el escritor no enviaba indistintamente sus cuartillas a uno u otro sitio, al azar como si

dijéramos. Casi sin proponérselo, declara que elige para cada uno el tema que, por anticipado, supone que va a salir como él quiere[419].

De cuando en cuando, Ruano hacía balance de lo escrito. Un balance cuantitativo. De tantos artículos y crónicas como había escrito apenas conservaba treinta o cuarenta. No hay que conservar nada de nada. La belleza de las cosas está en perderlas, antes que en ganarlas. «Hay que perder con buen humor»[420].

Volvía la vista a su alrededor para reivindicar la tarea de una generación, ese grupo de imprecisos contornos al que suele llamar «generación de los 20», aludido muchas veces; un grupo formado ahora por Ernesto Giménez Caballero, Eugenio Montes, Samuel Ros, José María Alfaro, Agustín de Foxá, Rafael Sánchez Mazas, Pedro Mourlane Michelena (por razones de amistad, pero no de edad), Manuel Chaves Nogales, que aparece ahora por vez primera y de manera significativa –Chaves no abdicó nunca de su filiación republicana– en esta enumeración de contemporáneos más que coetáneos, por seguir la distinción de Ortega y Gasset. Una generación con escasa obra publicada como libro, como literatura pura o como ensayo. Una generación –lo dirá varias veces– de señoritos que no se habían resignado a vivir de la literatura, una profesión de hambre. «A nosotros, generación universitaria, no nos gustaba la miseria, y por eso nos decidimos a la colaboración». «Son algo así –escribió Francisco Umbral– como un 27 de la prosa», por la cantidad y por la exigencia. Su género común era el artículo literario, a veces cercano al poema, desdeñando los géneros largos. Esa generación, sigue diciendo Ruano, había logrado un tipo de artículo nuevo, culto sin alarde de erudición, ameno, dirigido al gran público, realista, pendiente del suceso diario, pero con un toque de melancolía. Habían metido la literatura dentro de la crónica, no publicada en un espacio aparte del diario, en folletón, como solía hacerse. En tanto que los directores de los periódicos de antaño recomendaban a los redactores el «sea usted objetivo», su generación –en realidad, está hablando de sí mismo, una vez más– había conseguido que la intimidad hubiese alcanzado en el artículo una aceptación general. Ruano siempre había tenido una inquietud autobiográfica, una comezón de hablar de su vida, de

contar sus recuerdos. La escritura perpetua, vuelve a escribir Umbral, que lo trató mucho y lo enjuicia con acierto. Pasar la vida a texto. Llevar una vida literaria. Vivir para escribir lo vivido Ahora César empieza a considerar que esta labor es la fundamental: hablar de sí mismo. Contar no lo que pasa sino lo que al escritor le pasa. «El escritor no tiene mejor sistema de universalizar que dando vueltas alrededor de sí mismo [...] No existe nada más universal que lo que deriva del yo». Eso era, además, lo más interesante para el lector. O, dicho de otra forma: «Mi experiencia personal [...] me ha enseñado que es precisamente la intimidad, la confidencia, la confesión de lo que individualmente me ocurre, aquello que resulta más atrayente para los demás, más popular en suma y de éxito más seguro»[421].

Ruano encontró, a su vuelta de Francia, un panorama periodístico enteramente modificado. Los viejos diarios, aquellos para los que escribió antes de 1940, habían desaparecido o se habían transformado en otra cosa. La creación de la Cadena de Prensa del Movimiento fue resultado de la incautación de la mayoría de los diarios existentes. El 28 de marzo de 1939, coincidiendo con la entrada de las tropas franquistas en Madrid, un grupo de falangistas ocupó la sede de *El Sol*, en la calle Larra. Un día después saldría el número primero de *Arriba*, la antigua cabecera fundada por José Antonio. El 27, otro grupo ocupó las instalaciones del *Heraldo de Madrid / El Liberal* y, a los pocos días, las cedieron a Juan Pujol, que empezó a editar el diario *Madrid*. En las instalaciones de *Claridad*, incautadas por los sindicatos verticales, se asentó el diario *Pueblo*. Igual suerte corrieron el resto de los diarios y revistas, empresas o entidades contrarias al Movimiento Nacional. Se respetó la propiedad privada de *La Vanguardia*, *ABC* y *Ya*, aunque imponiéndoles un director nombrado por la Secretaría del Movimiento. En 1943, la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda editaba 37 diarios, 5 hojas del lunes, 8 revistas semanales y 7 mensuales, aparte de controlar 45 emisoras de radio[422]. El diario *Arriba* sería la cabeza y el órgano inspirador de la línea editorial de toda la cadena. Dentro de esta red de publicaciones, habría que distinguir algunos casos específicos, como el del diario *Pueblo*, vinculado a los sindicatos verticales, o el del diario *El Alcázar*,

administrado en ocasiones por una cooperativa. En estos tres diarios –*Arriba*, *El Alcázar* y *Pueblo*–, a los que habría que añadir *Informaciones* y *ABC*, desarrollará CGR lo principal de su trabajo periodístico, hasta que vuelva a reanudar de manera destacada su colaboración con *ABC*, mediados los años sesenta.

La posición de Ruano en la prensa madrileña y barcelonesa y lo que en la época solía llamarse «prensa de provincias» fue afirmándose paulatinamente. Entre sus colaboraciones primeras estaban las del semanario *Domingo*, fundado en San Sebastián por Juan Pujol –siempre protector–, entre marzo y octubre de 1946 y, la más importante de todas, las de *La Vanguardia*, que se mantuvieron hasta 1964. El diario barcelonés seguía en manos de la familia Godó, pero el director designado en estos años era Luis [Martínez] de Galinsoga, un periodista al que Ruano conocía de tiempo atrás. Galinsoga había ido saltando de diario en diario: director de *ABC* desde marzo de 1936, luego de *ABC* de Sevilla en 1937 y de *La Vanguardia Española* desde 1939 a 1960, momento del sonado cese.

En Madrid comenzó a publicar en *Arriba*; en *Madrid*, desde diciembre del 44, dirigido también por Juan Pujol; en *Informaciones*, desde abril del 48, dirigido por Víctor de la Serna, viejo amigo; en *Fotos*, a partir de julio del 44. La Agencia de la Delegación de Prensa y Propaganda se encargó de colocar algunos artículos en los diarios de la cadena del Movimiento. *El Pueblo Vasco* de Bilbao admitió una colaboración más fugaz que las anteriores. De pronto se encontró ganando unas seis mil pesetas mensuales Los antiguos amigos –y alguno nuevo– acudían de visita a su casa: Melchor Fernández Almagro, Eugenio Montes, José María Gironella, Dionisio Ridruejo, Rafael de Penagos (hijo). Siempre estará agradecido a Pedro de Lorenzo, por haberle reconfortado como lo hizo, una mañana de septiembre de 1947. «Me hizo un gran bien»[423]. Así como hay cenizos, existía también el «Ángelo», el contragafe. Seguía con ese sentimiento de culpa que se despertaba al coincidir con figuras de talla moral, como Marañón, como Ridruejo: «Ante Dionisio, mi vida airada baja con frecuencia los ojos». Empezaba a formarse alguna tertulia casera. Entraba el vecino, CJC, acompañando al doctor Candela, de quien era paciente Ruano:

«¡Cuánto humo!». En este mismo año de 1948 le escribe al doctor Marañón una carta que rebosa satisfacción:

> Todo se ha ido venciendo. He recuperado antiguas posiciones y conquistado otras. Me he instalado en una casa al menos decente, que casi no sé ni cómo he montado, y no puedo quejarme demasiado de nada. Incluso no estoy peor y gano más que antes dentro de esta limitación de nuestra profesión. El mes pasado le cerré con 48 artículos publicados [...] La reconquista de Madrid se ha hecho[424].

Sus colaboraciones en periódicos punteros se ampliarían en fechas posteriores a Radio Nacional de Madrid y a las agencias de distribución de crónicas de la Delegación Nacional de Prensa. También colocará artículos a través de SERCO. Artículos suyos se publicarán en *Lanza* (Ciudad Real), *Línea* (Murcia), *Falange* (Las Palmas), *Diario de Burgos*, *El Diario Vasco* (San Sebastián), *El Pueblo Gallego* (Vigo), *Voluntad* (Gijón), *La Nueva España* (Oviedo). La enumeración no es exhaustiva. Hay artículos que se repiten en algunos de ellos, pero Ruano evita el plagio de sí mismo. Son artículos, por lo general, menos exigentes y más breves que los destinados a los diarios de Madrid y Barcelona. Solo en una ocasión, en la serie de semblanzas que colocará en *Pueblo* y que luego coleccionará en el libro *La memoria veranea*, puede hablarse en algún caso de algo parecido a un refrito por saturación, de tanto como había escrito sobre un personaje. *La Vanguardia* sería, durante años, otro de sus principales asideros periodísticos. Aquí publicará setecientas setenta y cuatro colaboraciones. Escoge o selecciona ofertas, como la de *El Alcázar* para que publique sus *Memorias* por entregas. José Pizarro, el director, era amigo suyo. La presencia de Ruano en sus páginas servirá para que el diario remonte una difícil situación económica. En conjunto, forman una masa nada despreciable. Parece ser que, en algún momento, en torno a 1949, por los directores de *Arriba* y *La Vanguardia Española*, recibió algunas ofertas de volver al extranjero como corresponsal. Ofertas que rechazó. Acaso influyera la quebrada salud en la negativa. Ya no tenía aquella alegría de andar de

otros tiempos. Con el retorno a Madrid se había cerrado la época aventurera. Hacía más vida casera que nunca y comenzó a convivir con animales de compañía, primero un gato de Siam y luego un perro cocker que fue sustituido al morir por un grifón belga. El escritor siempre demostró un gran amor por los animales. Solamente aceptaría ser corresponsal en Madrid. Galinsoga le tomó la palabra. Desde octubre de 1949 publicaría en *La Vanguardia* una sección titulada «Madrid, entre dos domingos». Una reedición de aquel propósito que consistía en aproximar los meridianos de Barcelona y Madrid.

El primer éxito literario lo obtuvo con un libro compuesto por semblanzas de escritores. Unamuno, Pérez de Ayala, Valle-Inclán, Benavente, Baroja, Azorín, Manuel Bueno, Salaverría, los Machado. Eran autores sobre los que ya había escrito con anterioridad. Aunque ahora procuró no copiarse: «Este es un libro rigurosamente inédito, de primera mano», un libro que había empezado a escribir en Sitges, localidad en la que firma la introducción, en marzo-abril de 1947. «Ha sido escrito de un tirón […] rápidamente, en poco menos de un mes». La Editora Nacional fue retrasando su aparición hasta que, en 1949, residiendo en Madrid, le pidió al autor que aumentara el volumen con algunas semblanzas adicionales. En el libro aparece por vez primera una descripción poco favorecedora de Ricardo León: «Era un hombre insignificante, muy pequeño, muy encogido, que andaba con una lentitud exasperante». El libro tuvo buena aceptación. Se notaba que, a pesar del tiempo transcurrido, el escritor no había perdido facultades. Si le quedaban algunas dudas sobre la acogida de los jóvenes, o la de algunos de sus compañeros de letras, esas dudas quedaron disipadas en la Nochevieja de 1948. Se celebraba una despedida temporal, el cierre inmediato del café Gijón por reforma del local. Al final de la cena, al filo de la una de la madrugada, el poeta Adriano del Valle pidió un aplauso para CGR, aplauso corroborado por los cerca de doscientos asistentes[425].

XIV
El café, 1920-1965

Desde jovencito, en el café. Nada o casi nada en casa. Cada uno de sus artículos, de sus libros, están vinculados a un café. Un escritor de café, como Emilio Carrere, Jardiel Poncela, Jean-Paul Sartre y su traductor Alfonso Sastre. Salvo excepciones, frecuentó siempre los cafés que tenía más a mano, los que estaban en el barrio en que vivía. Comenzó en el viejo Platerías, de la calle Mayor. Tenía dieciocho años más o menos. A este le sucedió el café de las Salesas porque el domicilio familiar estaba al lado. Antes de mudarse a la calle de Manuel Cortina se estableció en El Europeo, en la glorieta de Bilbao, en la acera oval opuesta al Comercial, esquina a Sagasta. El Europeo se llamó hasta 1898 café de Nueva York. A finales de 1921 se juntaron cuatro amigos: Enrique Jardiel Poncela –vivía cerca, en la calle de Churruca–, César González Ruano, Manuel Martínez Gargallo y Carlos Fernández Cuenca. Era un café clásico, con grandes espejos, divanes de peluche rojo y dos grandes mesas de mármol y veladores redondos. De once a una y media se producía el pleno de la reunión. Se consultaban, se hacían confidencias, se leían las cuartillas que acababan de escribir. El único que vivía de las letras era Jardiel. Seguían juntos, a veces, lo restante del día. Eran felices «hijos de familia» y no tenían que ocuparse del sustento. Les extrañó la renuncia de Gargallo a una vida futura de gloria literaria para dedicarse a la trivial carrera de las leyes. Si no escribían, si no paseaban, iban al cine. En el Príncipe Alfonso, en el Royalty se forjaron aficiones, la de Ruano por el cine, cuando la proyección muda se acompañaba de «explicadores»; la dedicación como crítico e historiador de Fernández Cuenca[426].

Estos viejos cafés, refugios madrileños
de los mejores y más bellos sueños,
me han visto día a día
ganar, hablar, crecer.
Y hoy no diría
si por haber crecido y no poder
crecer ya más en mi melancolía
me ven callar, ceder, perder.
Que el alma mía
se ha dado dulcemente a envejecer
lo mismo que ellos, a la luz del día...[427]

La tertulia del Europeo se fue ampliando, con la incorporación de jóvenes como Miguel Pérez Ferrero o Carranque de Ríos. También era punto de cita de Antonio Machado, cuando venía a Madrid, con su hermano Manuel, que no vivía lejos de allí. Ruano era de los pocos que desertaba del café para acudir a locales del «gran mundo», el Ideal Room o el Maxim's, el primer bar americano que tuvo Madrid. Tuvo amigos extraliterarios, de buenas familias, que tomaban cocaína y hacían de macarras de postín. Fumaba entonces tabaco oriental, cuando podía, cigarrillos Muratti o Khedives.

Madrid estaba cambiando. De ser una especie de aldea, sencilla y morigerada en sus costumbres y hábitos diarios, estaba pasando a ser una ciudad, casi, casi frenética. Se notaban los efectos beneficiosos, las resultas económicas de la guerra europea. Los antiguos cafés, baratos y polvorientos, cedían el lugar a bares de lujo. A ciertos cronistas, como el puritano Grandmontagne, todo esto les parecía un exceso. Ha surgido –señalaba– la fantasía de los aperitivos. Todo el mundo –ya sería menos– viajaba por el extranjero y por el interior del país. En todas partes se observaba la «preocupación automovilista». En Madrid se bailaba a todas horas: tés danzantes, tés tangos. Nunca había estado Madrid más alegre. Era difícil conseguir mesa en un restaurante. La vida era cara. En todas partes se oía hablar de negocios. Se jugaba en muchos lugares. «Madrid está ceñido por un cordón de ruletas y de mesas de treinta y cuarenta y bacará». El movimiento nocturno era incesante. Quizás fuera entonces cuando Grandmontagne compró o le facilitó su periódico un

coche. Era el corresponsal del diario bonaerense *La Prensa,* uno de los más importantes de Argentina. Era Grandmontagne la puerta para acceder a las jugosas colaboraciones de su periódico. El vehículo que quizás adquiriera en aquel trepidante Madrid fue envejeciendo. Cuando Ruano entrevistó al viejo periodista en San Sebastián, el coche era un trasto pintoresco. Con él dieron un paseo por los alrededores de la capital[428].

Después del Europeo viene el café Recoletos, en los primeros años treinta. El café estaba cerca de Cibeles, en un emplazamiento que luego ocuparía la Caja Postal de ahorros, la firma que coronó el edificio con un anunció muy popular en Madrid: una hucha luminosa sobre la que descendían monedas incontables.

Ruano vivía entonces en el número 7 de la misma calle. No tenía más que bajar y ponerse a la tarea de escribir y charlar en una tertulia formada ya por un grupo de periodistas y escritores que acabarán vinculados a la Falange. Fernando de la Quadra Salcedo, Luis Antonio de Vega, Ledesma Miranda, Jardiel Poncela, Miguel Pérez Ferrero, Mariano Rodríguez de Rivas, Agustín de Foxá y, de vez en cuando, José Antonio Primo de Rivera con un grupo de amigos. La tertulia se reunía bajo un friso de caricaturas de Loriga. «Nosotros, reunidos ante los veladores, pretendemos [...] delimitar nuevamente la conciencia literaria de nuestra España»[429]. Algunos la llaman la tertulia de Ruano y, de hecho, se disolvió al ausentarse de Madrid para ir a Italia. Tanta vida de café hacía el periodista que tenía al resguardo un cajón en el que había plumas, tinteros, papel, cartas y alguna prenda de ropa. En ocasiones, en la ventana que daba a la calle, el Recoletos ofrecía el curioso espectáculo de Jardiel Poncela en plena creación literaria. Sobre el mármol de la mesa había colocado muchas hojas de papel, un frasco de engrudo y un par de tijeras. Cuando no quedaba satisfecho con un párrafo de la comedia, lo volvía a escribir en un papel suelto que cortaba con las tijeras para pegarlo luego encima del trozo condenado[430].

A continuación, marcha a Berlín, lugar en que los cafés dejan mucho que desear. Lo más parecido que encuentra es el Romanisches Café, en la Unter den Linden o el Wien en la

Kurfürstendamm. Cafés de Berlín. Cafés que eran como grandes salones, cargados de maderas, de balaustradas, de dorados, cafés de dos o tres pisos, un mixto entre teatro y grandes almacenes[431]. Vuelve a Madrid y empieza a asistir al Gijón, aunque no en exclusiva. En Roma no parece haber hecho mucha vida de café. Conoce sin duda el Greco y el Aragno, ambos cercanos a la Via Margutta, pero Roma es un inmenso café. Cualquier sitio sirve. Además, poco a poco, va perdiendo afición a la escritura. O mejor, la escritura va siendo suplantada por otras actividades menos públicas. Comienza la práctica del matiaspascalismo. En París frecuentará el Dôme y La Coupole, en la encrucijada que forman el bulevar Raspail con el de Montparnasse. Junto con La Rotonde y Le Select eran los lugares de reunión de emigrados españoles y rusos, con alguna escapada a los cafés del bulevar Saint-Michel, frecuentados por los surrealistas. En España, después de la guerra, el Recoletos había dejado de existir. Su lugar lo ocupará el Gijón, el Gran café de Gijón, que va a centrar su vida de relación y su vida de escritor, sustituido a temporadas por el Comercial de la Glorieta de Bilbao[432].

El café era, desde tiempo atrás, el centro de la sociabilidad madrileña. Y el Gijón, el café literario por excelencia, como lo fue la Granja del Henar en el periodo de entreguerras y Fornos, famoso cuando finalizaba el siglo XIX y en los primeros años del XX. Acuden a él, por turnos, gente muy variada. Salón de conversación, escritorio, oficina, lonja de contratación, todo eso y algunas cosas más representaba el Gijón. Viviendo en Madrid, el Gijón era un medio seguro de información, «creo yo –asegura el escritor– que muchas veces más vivo y completo aún que la prensa misma», y ello teniendo en cuenta que quienes hacían los diarios asistían al café[433]. La importancia del Gijón en la vida literaria madrileña y española se puede calibrar por la concentración de premios literarios entre sus parroquianos. Tomemos solamente el ejemplo de 1952:

> Ramón Ledesma Miranda. 25.000 pesetas. Premio Cervantes. Novela
>
> Juan Antonio Zunzunegui. 5.000 pesetas. Premio Mundo

Hispánico. Novela

Joaquín Calvo Sotelo. 10.000 pesetas. Premio Benavente. Teatro

José García Nieto. 15.000 pesetas. Premio Garcilaso. Poesía

Manuel Díez-Crespo. 5.000 pesetas. Poesía

José Suárez Carreño. 25.000 pesetas. Premio Lope de Vega. Teatro

Benjamín Palencia. 100.000 pesetas. Premio Pintura I Bienal Arte

Rafael Zabaleta. 20.000 pesetas. Premio Pintura I Bienal Arte

Juan Esplandiú. 5.000 pesetas. Premio Pintura. Bienal y Premio concurso christmas

César González Ruano: 2.000 pesetas. Premio Café Gijón

Este es el café de los premios, decían. El doña Manolita de los cafés que había repartido más de 200.000 pesetas a lo largo de doce meses[434].

En el Gijón, al igual que en otros muchos cafés se practicaba una convivencia pacífica. Un anticipo, según Umbral, de la reconciliación nacional. Muchos intelectuales «rojos» habían marchado al exilio. Pero los que quedaron en España empezaron a salir de cárceles y refugios y algunos dieron en frecuentar el Gijón. El editor Fernando Baeza, Eusebio García Luengo, Ramón de Garciasol, Enrique de Azcoaga, Buero Vallejo. Las polémicas eran, sobre todo, literarias. La política rara vez daba materia a la conversación. Pero si salía a relucir la petición de un aval, necesario, imprescindible en ocasiones, siempre había un tertuliano próximo al régimen que lo podía conseguir.

Había en aquel ambiente una forma curiosa de maledicencia. Era la de adjudicarle a una persona, a un escritor, la cualidad de gafe, de malasombra, la persona que trae la desgracia, la *jettatura*. Antes de la guerra, el gafe por excelencia había sido Juan CeHache (el gafe no puede ser citado por su nombre, y hay que tocar madera cuando se pronuncia), o sea, Juan Chabás. A Chabás se le achacaba el haber puesto en dificultades a un barco que estaba por entrar en el puerto de Barcelona, hasta echarlo a pique, cincuenta metros antes del punto de atraque. El gafe

oficial del café Gijón fue, en la posguerra, Juan Antonio de Zunzunegui, ZZ, escritor noctívago, tan mediano como copioso, que llegó a ser académico de la Española. Se decía que fue Ruano quien le encasquetó el sambenito. El caso es que ser sospechoso o acreditado de malasombra tenía su importancia. La escritora Ana María Matute cuenta que invitó a ZZ a su casa, deseosa de comprobar lo injustificado del maleficio. Estaba embarazada y, al poco tiempo, abortó. La segunda vez que apareció por allí fue en vísperas de que le embargaran el piso. «Creo en los cenizos», decía Jacinto Benavente; cuando se comprueba que una sucesión de hechos desgraciados coincide con la aparición de determinada persona, es tonto no creer en ello.

Observa Ruano la sístole y la diástole del café. MAÑANA. Entre las nueve –la «hora absurda»– y las diez, se instala en la mesa que tiene reservada, frente al clásico recado de escribir: tintero, pluma de manguillero, que el camarero le acerca con el café, con leche, largo de café y en vaso. MEDIODÍA. Es un turno pacífico, trabajador; en casi todas las mesas se escribe. A partir de las doce acuden los habituales de la mañana madrileña, que empieza cuando muchos terminan. Poco después del mediodía se instalaba en su rincón del fondo la tertulia de los poetas de Juventud Creadora –ya no tan jóvenes– encabezada por Pepe García Nieto y Pedro de Lorenzo, los que editaban la revista *Garcilaso*. Rafael Montesinos, Ramón de Garciasol, J. Gerardo Manrique de Lara, Enrique Azcoaga son de la partida. Su presidente honorario, por así decir, era Gerardo Diego, que asiste con aire ausente. En un lugar un tanto apartado del resto, marcando distancias, se sitúa la tertulia de los realistas. Es un grupo de jóvenes, críticos y de izquierda formado por Alfonso Sastre, Ignacio Aldecoa, Rafael Sánchez Ferlosio, Jesús Fernández Santos. Entre ellos se encuentran algunos de los mejores prosistas del momento. Se añaden a él –novedad– algunas mujeres, Josefina Rodríguez y Carmiña Martín Gaite. El café, en realidad, es un archipiélago literario. De un lado para otro iba Julio Trenas, recogiendo chismes y anécdotas para la página de *La Estafeta Literaria* titulada «Hablar por hablar. El todo Madrid de las tertulias», que luego publicará anónimamente bajo el nombre de *El Silencioso* y que se mantuvo entre 1944 y

1945. Después de un par de horas de escritura, no es raro ver a Ruano rodeado de amigos, muchos jóvenes, escritores ya o aspirantes a serlo. El periodista, el escritor consagrado les recibe con afabilidad, los anima, les explica que la literatura puede ser un oficio tan maravilloso como ingrato; que es más bien una vocación, casi un sacerdocio, nunca bien remunerado. Llegaba a leer las cuartillas que le pasaban los aprendices y, al siguiente día, aparecían citados en el *Diario* que publicaba en *Pueblo*. Y ello, lógicamente, les llenaba de orgullo. TARDE. A primera hora, después de comer, las peñas de habituales. Hay una mayoría de poetas. A partir del crepúsculo los pequeños comerciantes del barrio. NOCHE. A la noche, el público de los teatros y los cines, o los que no se van a la cama así como así. Poco a poco empezó a frecuentar el café lo que un descontento llamó «seres mixtificados». Turistas, familias honestas, tipos sueltos. Se adelanta el cierre nocturno. Hubo quien interpretó aquello como una pérdida de carácter. Había, según CGR, tres tipos de literatos: literatos de la mañana, literatos de la tarde y literatos de la noche, que poco tenían que ver entre ellos. El Gijón era –y lo sigue siendo– el café más caro de Madrid[435].

La tertulia literaria, con alguna excepción, era una institución madrileña. No existía en Barcelona, donde la vida de café no llegó a cuajar nunca. La vieja tertulia de Quim Borralleras en el Ateneo de preguerra había pasado a mejor vida. En sus visitas a Barcelona, Ruano formaba una en el café Glaciar, un café que existe todavía –muy venido a menos– en una esquina de la plaza Real. La excepción era el Trascacho, una tertulia cuyo faraute era Carlos Muñoz. El Trascacho, una taberna de espacio reducido, con bancos de madera, toneles y otros adminículos tabernarios. Tenía la sede en los sótanos de un antiguo palacio, en el número 1 de la calle Moncada. Con acompañamiento rústico de vino, queso y pan se celebraban reuniones los jueves que arrancaban con la charla de algún conferenciante invitado: Ignacio Agustí, Giménez Caballero, Mercedes Salisachs, Adolfo Marsillach, Dionisio Ridruejo, entre otros. CGR fue invitado en febrero de 1963. La sala, que tenía «algo como de catacumba y de palomar», era frecuentada por intelectuales, artistas y la sociedad culta de Barcelona. Era un grupo heterogéneo de tertulianos,

unidos por el denominador común de las inquietudes artísticas o literarias. El pasado político había dejado de importar y había tertulianos –Carlos Rojas, Heleno Saña, José Jurado– que habían militado en el bando republicano. Hablar en aquella suerte de catacumba le resultó violento al principio, teniendo al público casi sentado en las rodillas, pero muy pronto todo se volvía cordial, caliente, íntimo: «podría uno estar hablando y dialogando cuatro o cinco horas». El espíritu de aquella tertulia podría resumirse en su lema: *Vino y verdad, sin aguar*[436].

En el Gijón, se conocen todos. Los camareros saben de memoria las costumbres de sus clientes y sirven casi sin preguntar. Los limpiabotas y el botones saben el tabaco que fuma cada uno y a dónde les va a enviar con un artículo el escritor A o B. La mujer de los teléfonos, sin abandonar sus dominios, sabe si está o no está la persona por quien preguntan. La mesa en que se sienta Ruano es única. Para que no se sentara nadie en aquel velador, mientras llegaba el escritor, Pedro, el camarero, colocaba unos décimos de lotería atrasados, un tinterillo de estudiante y una pluma con palillero sobre un platillo. Algunos clientes del café ya sabían que el escritor acostumbraba a sentarse allí y respetaban el sitio. «Ahí no, que es donde se sienta González-Ruano».

Los clientes eran como una familia. Cuando César obtenía un premio, ya se sabía. Don César, que sea enhorabuena. Si algún día no bajaba, los clientes preguntaban: ¿Qué le ocurre a don César? ¿Está fuera de Madrid? Al llegar a la mesa, el escritor se sentaba en el diván, extendía las cuartillas y, mirando hacia el mostrador, hacía restallar los dedos.

> –¡Niño!
>
> –Ya voy, don César.
>
> –Mira, vete ahí enfrente y cómprate la prensa de la mañana. La traes y luego te acercas al Casino de Madrid y compras los dos paquetes de emboquillados.

Colocaba el reloj de bolsillo en una esquina de la mesa, miraba la prensa, leía primero los anuncios y de las noticias de actualidad iba sacando los temas de las crónicas. Elegir el asunto

y ponerse a escribir era todo uno. Sin anticipar el resultado. Lo importante era arrancar; el resto es oficio. La escritura es en Ruano un ejercicio artesanal. Prefiere el tintero y la pluma de manguillero porque dan a la escritura un ritmo: el tiempo que se tarda en llevar el plumín al tintero para humedecerlo de tinta, dibujar con cuidado las letras, volver al tintero una y otra vez; pausas que sirven para pensar lo que se va a decir. El calígrafo sentirá como una claudicación el tránsito a la estilográfica. Dirá, incluso, que la estilográfica y el bolígrafo igualan, como representantes de una era democrática que le disgusta; la plumilla, en cambio, era diferenciadora, encarnación de una época que daba por fenecida a finales de los años cincuenta[437]. Sabían los camareros que el café había que servirlo en vaso largo con una gota de leche. Todo es habitual, todo es monótono y en ello, afirma CGR, reside uno de los encantos del establecimiento. El café exprés costaba en el mostrador una peseta con ochenta y cinco céntimos, mientras que en la mesa son dos cuarenta y cinco. El café con leche corriente, hasta las once, cuesta en el mostrador una y treinta. Muchos lo tomaban con churros, esa exquisita fritura, mezcla de harina, aceite, agua y sal que, desechando burdas imitaciones, solamente debe tomarse en Madrid[438].

En el café, los artículos para los periódicos salen como churros, precisamente. Son más espontáneos, menos farragosos que hechos en casa, con la tentación de consultar papeles y libros. ¿Por qué escribe en el café?, le preguntaron muchas veces. Porque, entre otras cosas, así tiene la sensación de no trabajar. Era un «don de señoritismo». Trabajar en un periódico era rendir estricta cuenta del tiempo empleado, mientras que hacerlo en un café era como disimular la tarea a realizar. También influía la costumbre, una palabra muy usada por el escritor. Si no se impusiera una disciplina diaria, si no se viera obligado a salir a la calle a buscar el sustento literario, es probable que se quedase en la cama, por algún achaque, por simple pereza. Ruano es un caso extraño de un trabajador formidable al que no le gusta trabajar. Un escritor que declara no gozar con la escritura; que escribe por obligación, porque no tiene más remedio. Su amigo Rafael Sánchez Mazas decía algo parecido. Para él, escribir era

como sentarse en el sillón del dentista. Cuando tiene cubierto el cupo de colaboraciones, se detiene. Incapaz de ahorrar en todo, en dinero o en cuartillas, cosas que suele hacer equivalentes.

Ruano hace cálculos, los imprescindibles. Cada artículo suele pagarse a trescientas pesetas. Los había más caros, pero eran los menos. Con el tiempo, llegarán a superar las mil pesetas. El presupuesto de una mañana de café era:

Taxi de ida	7 pesetas
Primer café	3,25 pesetas
Segundo café	3,25 pesetas
Periódicos	1 peseta
Tintero y pluma	0,50 pesetas
Negros emboquillados	6 pesetas
Promedio de teléfono	1,60 pesetas
Taxi de vuelta	7 pesetas
Total	29,60 pesetas[439]

Y ello sin contar propinas e invitaciones. Parecen pocos los cafés. Solamente dos. Tomaba más. Es fama que el furor cafeteril de Jardiel Poncela llegaba a los quince diarios.

El mundo de los cafés estaba cambiando. No había dejado de hacerlo, en realidad, desde antes de la guerra civil. Habían desaparecido muchos. Era asombroso el número de cafés amortizados, desaparecidos o convertidos en bares y cafeterías: Imperial, Regina, Granja del Henar, Kutz, Recoletos, Europeo, Correos, Colonial, las Salesas, Platerías, Universal, Nuevo Comercio, Puerto Rico y Montaña. El café con pianola y muebles tubulares había ido sustituyendo al café clásico, el de espejos y divanes de peluche granate, dándoles según Emilio Carrere un aire dramático de sanatorio. Carrere levantaba el censo, en torno a 1940, de los cafés supervivientes, el del Prado –desde Bécquer a Ramón y Cajal, mucha gente famosa había pasado por sus mesas–, el de San Millán, en la calle de Toledo, un café popular de cigarreras y chulos[440]. A finales de los cincuenta empezaron a cerrar algunos. En su lugar, se emplazaban sucursales bancarias. El movimiento no parará hasta entrar en el siglo nuevo. Ruano lamentaba no tener el dinero suficiente para

comprar una sucursal de estas y poner un café en su lugar. En mayo de 1959 cerró el Varela, uno de los más viejos de Madrid (inaugurado en 1880). Había sido el café de Valle-Inclán, el de Carrere, el de Antonio Machado, escenario de la bohemia pintoresca. Cerraba para transformarse en una cafetería. Una cafetería es algo muy diferente al café. Una cafetería es una especie de café de urgencia y no sirve para hacer tertulia, sino para tomar algo –no solamente café– y marcharse. En su última época, el Varela se había convertido en punto de cita para poetas, inspirado por Eduardo Alonso y sus «Versos a medianoche». La concurrencia era numerosa y se había convertido, al decir de alguno, en un Ministerio de recomendaciones. Tenía un camarero el Varela que se llamaba Tiburcio Ibáñez, y llevaba en depósito la memoria del café, en el que servía desde 1928[441]. En 1963 desaparecieron dos viejos cafés, el Castilla y el Levante. El Castilla había tenido una clientela de escritores y artistas y, por su vecindad –estaba emplazado junto a la casa de las Siete Chimeneas–, las gentes del Price, los artistas del circo. El Castilla fue el escenario de la disputa entre Manuel Bueno y Valle-Inclán, a resultas de la cual el autor de las *Sonatas* perdió el brazo. El Levante también había albergado tertulias de intelectuales. Este café tenía un vendedor asiduo al que llamaban *El Federal*, un tío que vendía bisutería, gemelos, botones, pipas, etc. Iba de mesa en mesa mostrando una caja grande: «¿Caballeros, desean algo?». Había también un óptico que ofrecía cristales para la vista cansada y el estrabismo, bicóncavos y biconvexos, y un vendedor de corbatas que ofrecía a la elección de los clientes: «Negras de grosor superior... buenas, bonitas y baratas».

El Levante estaba emplazado en las cercanías de la Puerta del Sol. Allí abundaban los invidentes, y el que más destacaba era Perico el Ciego, que cantaba coplas picarescas a la puerta del café. Cuando acababa de cantar, un lazarillo pasaba la bandeja.

Adiós café de Levante,
adiós famoso café,
tu historia aquí finaliza
por el dichoso parné[442].

Las tertulias literarias decaían. Casi no quedaban en Madrid, quitando las del Gijón, el Teide, el Comercial, que eran las principales, junto con las Cuevas de Sésamo, en la calle del Príncipe; el Varela, en Preciados (sigue el nombre en el mismo emplazamiento, pero ni sombra de lo que fue); el Lyon d'Or, en la de Alcalá (sustituido hace años por un miserable local de cervezas), dos cafés iguales unidos por un pasadizo interior y el sótano de La Ballena Alegre. Algunos decían que las tertulias servían para evitar el frío terrible de las casas. Pero hasta en el Gijón la tertulia se estaba volviendo corporativa. Antes había un figurón literario que otorgaba nombre y personalidad a la tertulia: la de Gómez de la Serna en Pombo, la de Valle-Inclán en el Regina, la de Benavente en El Gato Negro, la de Cansinos en el Gran Café Social de Oriente, la de González Ruano en el Recoletos. Ahora se formaba la tertulia de los toreros, los poetas, los médicos, los actores, los periodistas, etc. A Ruano le resultaba incomprensible que la gente no dejara de hablar de la profesión ni siquiera en sus ratos libres. Había menos cafés y menos tiempo libre también. Poca gente tenía, en esa vida deprisa, tres o cuatro horas para emplearlas, para perderlas, en una tertulia. La bohemia había desaparecido. El escritor, por término medio, vivía mejor en los años cincuenta y sesenta que antes de la guerra. Los figurones seguían existiendo, Cela, por ejemplo, era uno de ellos. Pero ya no tenía catecúmenos[443].

Ruano se cansa. Sufre a sablistas y pelmazos, a la gente curiosa de la celebridad, que lo interrumpe en medio de la tarea. Para muchos, acudir al café es una manera de matar el tiempo. Para CGR el café es una verdadera oficina. Una interrupción intempestiva, el amigo de los años remotos, el joven de provincias, el Marino Gómez Santos como si dijéramos, le cuestan setenta u ochenta duros en el artículo que no puede escribir. Hay gentes próximas, amigos íntimos que llegan demasiado pronto al café. A las once de la mañana. Madrugan, antes de que el periodista haya cumplido la diaria tarea. Todo el mundo sabe que se halla en ese lugar, a tal hora, casi todos los días de la semana. Es muy fácil dar con él. Se traslada en ocasiones a la glorieta de Bilbao. El café Comercial se encuentra a dos pasos de la calle Larra, donde está la que fue sede del

semanario *Nuevo Mundo* y de *El Sol* y ahora lo es del diario *Arriba*. Se sienta siempre, o casi siempre, en el mismo lugar, entrando a mano izquierda, cerca de la cristalera que da a la glorieta. Escribe lo que tiene que escribir y vuelve al Gijón porque necesita de la compañía amistosa y, en el fondo, cultiva la mitomanía. Su nombre, su figura elegante y extraña, estará siempre asociada al Gijón.

Su discípulo, biógrafo y secretario ocasional, Marino Gómez Santos publicará un libro sobre el café. El discípulo siempre ha pecado de indiscreto. El maestro le reprocha en su *Diario* no saber controlar sus filias y sus fobias. En una entrevista a Dalí no pudo disimular su encono, diciendo que su aspecto era el de una copia mala de Ruano. El libro sobre el Gijón tiene como centro a su jefe y protector, al que procura imitar en casi todo, en la vestimenta, en las costumbres, en las frases hechas. CGR le corresponde ilustrando la cubierta y proporcionándole información. Gómez Santos hace desfilar a decenas de tertulianos y, en algunas ocasiones, los retrata en posiciones airadas. Eugenio Montes hubiera podido ganar fama de escritor; pero, en lugar de ello, ha preferido vivir de la oratoria política y literaria. Cela coge el metro o el autobús hasta la plaza de Colón o la de Cibeles y allí toma un taxi hasta el Gijón para aparentar, se supone, que va holgado de presupuesto. Añádase a lo anterior que Cela sabe mucho de estrategia profesional y maneja con habilidad los resortes del tinglado burocrático. Eusebio García Luengo –el primer ganador del premio de novela corta Café de Gijón no escribió mucho más– es un hombre desastrado y sucio, que aparece a última hora con un paquete grasiento, atado con cuerdas, diciendo que es su cena. Tan tacaño o, mejor, tan pobre que no gasta dinero en comprar el periódico y siempre lo pide al de la mesa de al lado. García Luengo extrae de su bolsillo unos papeles arrugados y escribe en ellos con letra microscópica. Los miembros de Juventud Creadora, los garcilasistas que fundaron una revista en 1943 dedicada al poeta, han pasado ya los cuarenta años sin pena ni gloria. Cuando a los cuarenta no se tiene una obra considerable, ¿qué puede esperarse ya? Alfonso Sastre, por su apariencia, tiene como Ramón algo de botijo madrileño. Y así sucesivamente... El café tiene figuras

secundarias, pero muy pintorescas. Doña María, en el mostrador. El gato Carlitos, que se tiende sobre el diván como un cliente más. Manolo, el limpiabotas, pequeño, con cara de payaso de circo, que fue atropellado por un automóvil y tuvo que ausentarse del café. Paco, el segundo limpiabotas, larguirucho y flaco, que demuestra su admiración por algunos escritores lustrándoles gratis los zapatos. Doroteo, el cerillero, hombre de edad, que también fue atropellado, aunque por un tranvía, y le dejó algo lelo; lo llamaban y no sabía de dónde venía la voz. Los botones: había dos en el Gijón, muy parecidos; los botones son personajes muy importantes para Ruano porque suelen ser ellos los recaderos imprescindibles, los que le llevan los artículos a los periódicos, los que le traen cigarrillos del Casino de Madrid o medicinas de la farmacia. El escritor suele corresponderles con una buena propina, de un duro en ocasiones. Uno se llama, por desdichado nombre, el Churretoso; y fue él quien le gastó una mala pasada al escritor, deshaciéndose de sus hojas y tirándolas a una alcantarilla para poder holgar con sus compinches. Un desacato que le costó el puesto a él y mil pesetas al escritor. ¿Qué más? En una de las fotografías que acompañan el texto aparece un hombre bien vestido requebrando a una señora apoyada en la fachada del café: «Gijón. Puerto del mar del asfalto sin barrio chino»[444].

El libro de Marino, bien editado, con dibujos de Eduardo Vicente, no es un libro extraordinario. Procura imitar, con sus metáforas insólitas, extravagantes, la prosa de Ramón Gómez de la Serna, que cierra con un epílogo la obrita. Pero da testimonio de una época, de un momento; es una Colmena en miniatura, diez años después de la primera, escrita con menos empaque. El tremendismo no era una invención de Cela, sino una descripción en clave realista de la España del momento, del contexto algo ruin y desmedrado que rodeaba a la gente de letras. Pero el libro molestó a varios contertulios. Y el dueño le prohibió la entrada a su autor. Fue un momento embarazoso en el que, incluso, se llegó a avisar a la policía.

> Una noche salimos a cenar César, Camilo José Cela y yo a un restaurante que se llamaba La Argentina, que estaba por

> Augusto Figueroa. Al volver nos sentamos en la terraza del Gijón y vino Luna, Manolo Luna, el camarero, que era, como si dijéramos, el portavoz de los escritores ante las revistas literarias, el que contaba noticias y todas esas cosas. Luna nos dijo: –Tengo un gran disgusto porque don José nos ha prohibido que les sirvamos café porque don César y el autor del libro han molestado a algunos clientes. Entonces Camilo replicó: –Esto se arregla ahora mismo, y se fue al teléfono y llamó a la policía. Vino la policía y preguntó: –¿Estos señores tienen alguna deuda en el café? No, ninguna. –¿Estos señores han hecho algún escándalo público? –Pues no, señor; es por una apreciación literaria del dueño del café, respondió Camilo. –Pues sírvanles ustedes café. Esa noche me dijo César: –Joven Telémaco, a partir de mañana nos trasladamos al Teide. Y César que llevaba yendo al Gijón desde que volvió a Sitges desde Francia, en 1941 [sic], no lo pisó nunca más, y yo tampoco, aunque al cabo del tiempo he ido alguna vez[445].

Y Ruano, prologuista, diseñador de la cubierta y, en cierto modo, coautor del libro, abandonó el Gijón para trasladarse unos metros más al norte, al café Teide. Algunas tardes el escritor usará el vestíbulo del hotel Fénix, Castellana esquina a Serrano. El hotel le facilita el anonimato y la tranquilidad para escribir o para recibir a periodistas o entrevistadores.

El Teide era un café situado en un semisótano, entre el paseo de Recoletos y la calle de Bárbara de Braganza. Grandes ventanales y puertas de cristal. Podía el cliente ver a la gente pasar y no ser visto por ella. Era un café de poca clientela matinal. Once mesas. Tomó asiento en una de las mesas que estaba en el rincón que daba a Bárbara de Braganza. Desde entonces, siempre se le reservaba la misma; incluso cuando salía de viaje, nadie podía ocuparla. Tenía una silla con el respaldo recostado y una copita de anís con agua sobre la mesa. Para un parroquiano como CGR, cambiar de café era como cambiar de costumbres, cambiar de patria. El teléfono estaba abajo. Los ceniceros eran de cerámica blanca con el logotipo de *Vermouth Martini*. Empezó su nueva época cafeteril en los primeros días de febrero de 1962[446]. Lo primero, como siempre, el vistazo a los periódicos de la mañana. Segundo café del día, en vaso siempre y

con leche. A través del ventanal, disimulado con una cortinilla, se cuela el ruido de los tranvías que bajan por Bárbara de Braganza. Las voces de la barra. Los ruidos eran distintos, o no sonaban igual que en otros cafés. «¡Una de churros!» Parroquianos. La gente hablaba demasiado alto. Ocurría en todas partes. El vicio español de hablar a voces. El escritor siempre afirmó que el silencio le distraía y que el ruido del ambiente le servía para concentrarse. El limpia. ¿Le damos un repaso?

A partir de las doce y media empezaban a llegar amigos, pintores y escritores, jóvenes en su mayoría, y formaban con el escritor consagrado una animada tertulia, a la que solían asistir Mariano Tudela, Rafaelito Penagos, Salvador Jiménez, Carlos Martínez Barbeito, Luis de Castresana, como tertulianos fijos, y García Viñolas, Fernández Flórez, Grau Sala, Ana María Matute, Rafael Borràs Betriu, CJC, Eugenio Montes y Álvaro Cunqueiro, entre otros, como tertulianos ocasionales. Estos amigos no llegaban antes para respetar el tiempo, de nueve a once, la hora de prima para madrileños poco madrugadores, que el escritor dedicaba a despachar los artículos del día. A las dos de la tarde, disipada la ronquera de la mañana, suena su voz: *«¡Chico, un taxi!»*[447].

Francisco Umbral bajaba con frecuencia al sotanillo del Teide para pedir consejos literarios y por el placer de contemplar a uno de los últimos representantes de una época literaria, entre romántica y vanguardista, el escritor con más pinta de escritor, vistiendo como escritor y viviendo como tal, que todos los restantes de Madrid:

> Tenía el pelo negro y muy peinado hacia atrás, como los galanes de su juventud. El perfil entre daliniano y alfonsino, la voz oscura y heráldica, las manos venosas y elegantes. Todo su despacho era una estilográfica gorda y negra y el ABC del día, dentro del cual llevaba los folios para escribir y los artículos ya escritos [...] el cuello de la camisa muy alto y un bigotillo de espadachín, recortado y convencional[448].

A la descripción de Umbral habría que añadir algunos detalles. CGR se declaraba del partido de los corbatistas[449].

Entre sus principios estéticos, sobre la apariencia personal, figura la corbata bien anudada sobre el cuello cerrado de la camisa; cerrado muy arriba, tanto que dificultaba la tarea del barbero. Recordará el episodio de la guerra en zona republicana, cuando llevar corbata era poco menos que jugarse la vida. Ahora sucedía al revés. Salir sin corbata por la ciudad es una «ordinariez». Aflojar el nudo, dejarla baja, le parece «deplorable». Desde su regreso a España hace concesiones al sinsombrerismo, incluso es capaz, aunque no siempre, de prescindir del chaleco. Lo máximo a que llegará será a salir en lo más duro del calor de traje ligero, sin corbata, pero con una camisa especialmente confeccionada. Ruano nunca desmentirá su fama de elegante, de dandi, incapaz de abandonarse a la comodidad o a la moda pasajera.

El bigote merecería una exposición separada. Para Ruano es un adminículo facial importantísimo. Comenzó a dejarse bigote en torno a 1926, coincidiendo más o menos con la fecha de su matrimonio: un bigote piramidal con cierta separación de las guías. Si el bigote suele ser –o era– imagen de la masculinidad, Ruano trata de exhibirla en esa fecha importante de su vida adulta. Va perfilándose el mostacho, entrados los años treinta, adelgazándose cada vez más hasta llegar a ser lo que los peluqueros llaman un bigote de lápiz, *en trait de crayon*. En la época de Sitges hay un cambio brusco, hasta ostentar un adminículo muy poblado, parecido al de Groucho Marx, para regresar sobre 1950 al trazo fino sobre el labio superior; una forma que va escorándose hacia arriba hasta alcanzar su forma definitiva en los años sesenta: una línea muy dibujada que arranca sobre el centro del labio y tira hacia lo alto en una curva inverosímil, harto difícil de perfilar por los barberos. Para ser un bigote a lo Dalí –con el que a veces lo comparaban– le faltan las guías extravagantes de puro largas. Para ser un mostacho borbónico le falta espesor. Un bigote que se distingue de la moda dominante en la posguerra, que presenció una generalización de un bigotillo que algunos, equivocadamente, denominaron «de tipo falangista». Un bigote en V que le da al rostro de Ruano un aire extraño, sorprendente, original, algunos decían que mefistofélico. Así era como lo veían los demás o como César quería que lo vieran.

Ahora se le presentó la ocasión de contemplarse a sí mismo desde fuera. El director José María Elorrieta (*El fenómeno*, 1956; *Pasa la tuna*, 1960; *Usted tiene ojos de mujer fatal*, 1962, etc.) le entregó un guion para que lo supervisara. Vio un papel que le gustó y le propuso hacerlo a Elorrieta. Había sido siempre aficionado al cine. Había mostrado interés en visitar estudios cinematográficos en Berlín, en Roma, ciudad en la que, según Masoliver, había iniciado alguna actividad como inversor. Pero nunca pensó, desde luego, en desempeñar un papel como actor. La película se tituló *Mi adorable esclava*. El argumento de esta comedia, bastante sencillo, era el siguiente: Leopoldo, secretario de embajada, descubre que una lámpara contiene un genio femenino que le ayuda a conseguir un crédito bancario. Asistía siete horas a los estudios Ballesteros y, en los ratos libres que le dejaba el rodaje, seguía escribiendo. Le llamó la atención la cantidad de repeticiones que eran requeridas por el director hasta dar con la escena definitiva. ¿Cómo era posible quedar natural con tanto ensayo?

> –¿Qué le ha resultado más difícil?
>
> –El retener los diálogos en la memoria. Me parece una estafa mental, sobre todo si como en este caso –creo que casi siempre se hace así– la película va a ser doblada después. Menos mal que con la ayuda del apuntador me defiendo.

La crítica no fue propicia. Parecía una comedia de magia. Había pasajes que hacían reír a fuerza de candor. El secretario parecía un «caricato de revista». Ruano desempeñaba el papel de embajador con la seriedad de un actor de alta comedia. La revista *Hola* solía ilustrar sus críticas cinematográficas con las siluetas de un espectador. El espectador aplaudía a rabiar: muy buena; o bien el espectador se dormía en su butaca: floja. Había balances menos extremosos: divertida, buena y pasable. Una de estas siluetas fue la que adjudicó a la película. El espectador está a pique de caer en la somnolencia, y se arrellana en su butaca: pasable. Entretiene, pero se queda a medio camino entre la fantasía y la realidad. Una película mediocre[450]. El día del estreno se vio como si fuera un desconocido. La voz no era la

suya. El maquillaje lo envejecía. Reparó en sus ademanes lentos, enfáticos, un tanto afectados. Lo que mejor hacía era fumar. Lo que mejor le salían eran los gestos vagos, de farsante –decía–, «de criatura que está perfectamente seguro de todo aquello en lo que no cree». Reparó, por fin, en la desmedida afición a sentarse. Concluyó: había dos razas de hombres, una que propende a estar de pie y otra a estar sentada. En el café, sobre todo[451].

XV
Prohibido hablar de política. Madrid, 1944-1965

A principios de los años cuarenta, el número de diarios era de 109. Las Hojas del Lunes eran 19. Estaba el bisemanario *Ofensiva,* en Cuenca, que prestaría mucha atención a CGR durante su estancia en esta ciudad. Había una persistente escasez de papel y un riguroso control de la información. La nueva Ley de Prensa, publicada en el BOE de 24 de abril de 1938, en plena guerra civil, era elocuente. No podía seguir tolerándose el llamado «cuarto poder». En adelante, la prensa debería transmitir al Estado las *voces* de la nación y comunicar a esta las *órdenes y directrices* del Estado. Los responsables del ramo coincidían en la necesidad de tutelar a la prensa. Librarse del liberalismo no era renunciar a la libertad, sino todo lo contrario. Era alcanzar, según su punto de vista, una libertad más auténtica, dentro del Estado, no contra el Estado. Todo estaba intervenido, el número y extensión de las publicaciones, la designación de los directores, la reglamentación de la profesión de periodista. Había *numerus clausus*. Un periódico no podía fundarlo cualquiera. La censura –consulta previa la llamaba el ministro– podía ser tan errática como implacable. Al estar a cargo de las delegaciones provinciales de prensa, lo que una admitía otra podía rechazarla. La censura se encargaba de escrutar el periódico en su conjunto: textos, fotografías, viñetas, dibujos y caricaturas e, incluso, la mera publicidad o la cartelera de espectáculos. Las galeradas de los diarios se enviaban previamente a su impresión y la delegación correspondiente devolvía los textos corregidos. Lo de la publicidad podía acarrear consecuencias desagradables. Diez mil pesetas de multa le supuso al *ABC* de Sevilla, en julio de 1939, la publicación de este anuncio: «¡Como una fiera acecha el

vino malo a tu salud! Para excelencia González Byass», en el que el censor sospechó una velada alusión a Franco. *El Caso*, un periódico semanal de sucesos, tenía prohibido publicar más de un crimen a la semana. Y no solo intervenía la censura. Estaba lo que Manuel Fraga Iribarne llamaría «las famosas llamadas». Cualquier jefe de prensa de un ministerio se sentía autorizado para llamar a un periódico y decir que no se hablara de tal o cual asunto. También existían las consignas, bien sobre un acontecimiento particular, bien de manera genérica, como las que envió Juan Aparicio, antiguo jonsista, director general de prensa, es decir, mandamás en los medios entre 1951 y 1957: «Ya no rige el mito de la libertad de prensa, sino la verdad dogmática de la comunidad de la prensa para fines espirituales, trascendentales y educativos». Al tomar posesión del Ministerio de Información y Turismo, en 1962, Fraga Iribarne se topó con un libro encuadernado en verde, donde se podían leer consignas como la prohibición de exhibir trajes de baño femenino «con señora dentro»[452].

Desde el primer momento las preferencias del público se inclinaron hacia los periódicos de empresa frente a los del Movimiento. Mientras que en 1943 la tirada de los 37 diarios de la Cadena del Movimiento (el 33,9% del total del número de cabeceras) suponía el 61,2% de la tirada global de los diarios españoles, en 1966, con 43 diarios (incluido *Pueblo*), suponía sólo el 31%. Ocurría especialmente en Barcelona, donde *La Vanguardia*, rebautizado como *La Vanguardia Española*, aventajaba y mucho en difusión a *Solidaridad Nacional*, un periódico francamente plúmbeo. Las excepciones serían el deportivo *Marca* y el generalista *Pueblo*, dependiente de la Delegación Nacional de Sindicatos. Los tres principales diarios de empresa soportaron muchos años a directores impuestos, en conflicto muchas veces con la propiedad de los medios y sus redacciones. *ABC*, que acabaría incorporando las crónicas sobre los campos de concentración nazis (lo hizo Carlos Sentís, que también acudió a los juicios de Núremberg), hubo de bregar con José Losada de la Torre hasta 1946; y el Gobierno había forzado previamente la destitución del presidente de Prensa Española, Juan Ignacio Luca de Tena, enviándolo de embajador a Chile. El

católico *Ya* toleró como pudo a un director entre falangista y tradicionalista, Juan José Pradera, hasta 1952[453].

En ocasiones se ha afirmado que la prensa bajo la dictadura franquista era una prensa monótona. Habría que distinguir. Hay periódicos monótonos, aburridos. Ruano se atreve a proclamarlo en algunas ocasiones: «Le sobra su excesiva concesión al deporte y su falta de medida internacional. Le falta universalidad. Lo internacional no es lo universal». O esta otra: «Suelen venir sosos nuestros queridos periódicos. Muchas de sus páginas podrían ser de hace veinte años»[454]. Unas críticas, algunas de ellas al menos, que podrían repetirse hoy. Pero no toda la prensa era así, o no lo era todos los días. Los directores, su dinamismo, su capacidad para rodearse de buenos colaboradores –antes y ahora– eran fundamentales en cualquier diario. *Arriba*, bajo la dirección de Xavier de Echarri o de Ismael Herráiz, fue un periódico bien hecho, con atención a la cultura y a las colaboraciones literarias, como las de Ruano, Cela, Torrente Ballester y muchos otros. *La Vanguardia* fue siempre un buen periódico, con una extensa red de corresponsales en el extranjero, incluso bajo la dirección de Galinsoga, panegirista de Franco. *Pueblo*, en los años cincuenta, bajo la dirección de Emilio Romero, fue un periódico excelente, muy pendiente de la realidad cultural: encuestas a escritores, crítica de libros, artículos literarios. Romero firmaba sus editoriales con un gallo: el gallo del régimen vino a llamársele, acaso una referencia al gallo que proclamó la salida del diario *El Sol*. Gran impacto alcanzó *Informaciones*, que floreció bajo la dirección de Víctor de la Serna, o el diario *La Tarde*, del que fue también director y en el que Ruano desempeñó, durante la corta vida de la publicación, la responsabilidad sobre las colaboraciones literarias. *Informaciones* llegó a tirar 100.000 ejemplares diarios en sus mejores tiempos, mediados los años cuarenta, en «uno de los éxitos editoriales más resonantes que ha conocido la prensa vespertina en España». Comparada con *Arriba* y *ABC*, que no pasaban de 62.000, la cifra de *Informaciones* adquiere toda su significación. Su director, de una rabiosa germanofilia, declaró haber ganado mucho dinero con el periódico: «Pagué muy bien a la gente, pagué muy bien los servicios informativos, mejoré la maquinaria». De su primera

redacción formaron parte Alfredo Marquerie, como subdirector, Félix Centeno, César Jalón y un joven Eduardo Haro Tecglen. Luego fue ampliando las colaboraciones con figuras del periodismo y de las letras españolas: Manuel Machado, Tono, Miguel Mihura, Concha Espina o Gerardo Diego. Con *La Tarde*, en 1948, no tuvo la misma suerte. El diario se inició con todos los parabienes oficiales. Comenzó tirando 38.000 ejemplares. Nunca había desempeñado CGR una responsabilidad tan importante como ser encargado de una sección. Invitó a Sánchez Mazas, Cela, Giménez Caballero, Eugenio d'Ors, Dionisio Ridruejo, Agustín de Foxá, pero el diario se fue a pique a los pocos meses. Víctor de la Serna acusaba a «gentes mezquinas», a una «jauría de desalmados» que le negaron hasta el papel, y la aventura le dejó dos millones de deudas. Quizás fuera la calidad e independencia de sus colaboradores lo que causó su pérdida[455].

El rasgo común a todos ellos, incluso a los mejores, es la despolitización. Desde que regresó a España, Ruano parecía pedir permiso cuando tocaba un tema que rozara la política. De vez en cuando le preguntaban: ¿Por qué no escribe usted de política? Muy sencillo: «La política nos gusta poco»; no había logrado apasionarse con ella, salvo que estuviera en juego el «primario instinto de conservación». Se consideraba, además, poco preparado para tratar sobre esos asuntos. «Cree uno de buena fe que no tengo el menor sentido político». No suele emplear la pluma para alabar a Franco, a las figuras y figurones del régimen. Acepta la terminología obligada, «cruzada», «guerra de liberación», por ejemplo; celebra, aunque no siempre, las fechas de rigor, especialmente el 18 de julio. Procura dejar claro el bando al que se adscribe. Otra señal para marcar su pertenencia era la glosa frecuente de la figura de José Antonio. En todas sus casas pondrá bien a la vista un retrato del fundador de la Falange, sobre todo el que le tomaron para el *Heraldo*, durante la entrevista de 1930. En un momento en que resultaba de buen tono el alardear de familiaridad con José Antonio, Ruano será parco, relativamente, al relatar su relación con el jefe falangista. Estuvo en los aledaños del teatro de la Comedia, aquel domingo 29 de 1932, dice, pero no asistió al acto porque tenía una cita en

la glorieta de Cuatro Caminos; una cita que había fijado las «frivolidades del corazón», una cita galante. Cerca de allí escuchó vocear *FE*, el periódico falangista, donde dice haber escrito algunas cosas sin firmarlas. No asistió, aunque era capaz de recordar hasta el color del traje que llevaba José Antonio. También afirma haberlo frecuentado a su regreso de Alemania y en varios de los cafés madrileños, en Bakanik o en el Lion. Víctor de la Serna lo incluía, con Sánchez Mazas, Aunós, Foxá, Regino Sáenz de la Maza y otros entre los tertulianos de La Ballena Alegre. Existió cierta familiaridad y trato frecuente entre Ruano y José Antonio. Este trato estaba hecho de frecuentes visitas al despacho de la calle Alcalá Galiano, o a su domicilio, cuando residía en el hotelito de Chamartín, «donde se freían unos huevos de urgencia». Lo cuenta en la entrevista de 1955 a José María Alfaro, el primer director de *Arriba*, familiar de José Antonio, que podía desmentir estas simpatías con el Ausente.

Creía Ruano que la época que estaba viviendo se caracterizaba por el fracaso de las posiciones intermedias, las «aficiones eclécticas». La política, entendida como «juego político» (partidos, elecciones, parlamento, ha de sobreentenderse), todo lo que podría resumirse en la frase «crisis del liberalismo», era cosa del pasado para CGR. Había que escoger, pues, entre el comunismo y el «no comunismo». O Washington o Moscú. Aun así, todavía le quedaba espacio para la nostalgia de aquella Europa pacífica y divertida, coincidente poco más o menos con el periodo de entreguerras. Y usted, volvían a preguntarle, después de haber viajado por tantos países, ¿qué gobierno prefiere? Y respondía que «el gobierno de Bugallal», el hombre que presidió un efímero ministerio conservador a la muerte de Eduardo Dato. ¡Quién lo iba a decir! Verdaderamente, Ruano había sentado la cabeza[456]. Naturalmente, escribir en un diario, sobre todo cuando lo hace de manera destacada, como responsable de una sección en *La Tarde*, implicaba hacerse solidario con la declaración que figura en el número primero de la publicación.

> Presentimos que nuestros lectores a quienes saludamos como a viejos amigos en un reencuentro, no necesitan que

> nos presentemos. Con eso y todo, y por el simple puro placer de reafirmar nuestra condición, vamos a presentarnos en cuatro palabras.
>
> Somos un periódico nacional al servicio de una Patria rescatada por las fuerzas vitales diversas y unidas que concurrieron a la gloriosa jornada del 18 de julio de 1936. Y al servicio, por tanto, del Caudillo que unificando todas aquellas fuerzas en una gozosa disciplina las condujo a la victoria…

Y seguía la declaración, obra evidente de Víctor de la Serna, afirmando la fidelidad católica, «que emana naturalmente de su condición de español»[457].

Aseguraba que no se lo pedía nadie. Que no había temas obligados; que a ningún escritor se le insinuaba el tratar de un tema determinado. Lo decía un 18 de julio de 1964. A nadie se le ponía un puñal en el pecho, pero, acaso recordando aquella confesión a Vilallonga, estaba dispuesto a conservar el pesebre y si era necesario alabar, conmemorar, ensalzar, se ponía a ello, a celebrar la paz para lograr la cual fue menester hacer una guerra. Cuanto más cercana sea la fecha del final de la guerra civil, más entusiasmo aparente derrochará Ruano. En 1949 proponía una antología que reuniera las glosas al 18 de julio, el «magno acontecimiento», que terminó con «los tiempos más tristes de España». El 1 de abril, la Victoria, glosada con los tópicos del momento: «La victoria de las esencias de una cultura y de una civilización europea y que la Historia ha querido confiar a España, portadora de esta civilización por el ancho mundo». Y todo ello bajo la inspiración del Caudillo, «supremo jefe de la nación española». Puede ser que en los periódicos de Madrid olvide dar el artículo de rigor sobre el 18 de julio, o sobre el significado del 1 de abril. Pero en *La Vanguardia* barcelonesa se mantiene constante y no lo pasa por alto. ¿Responde esta insistencia a esa gradación de públicos de la que había hablado con anterioridad? ¿Era una petición expresa de Galinsoga, adelantado del franquismo en Cataluña? ¿Un recordatorio a los lectores de *La Vanguardia*? ¿A los catalanes en general? No olvidaba Ruano su obligación, y lo suele hacer con un relato

típico: situación caótica, balcanización del país, violencia desatada a la que puso freno el alzamiento. Celebra los 25 años de paz, haciendo memoria de los albores heroicos que hicieron posible esta ancha tarde, la de la seguridad personal, la tranquilidad y la libertad colectiva. Alude en alguna ocasión, con cierta pretensión de excusa, a que él no hizo la guerra y se siente por ello más obligado que los que entregaron su sangre. Seguía dispuesto a formar delante del Caudillo y con la voz a él debida (sin permiso de Garcilaso ni de Pedro Salinas), decir con firmeza: ¡A sus órdenes!

Un artículo para señalar es el que dedicó al «Facerías», el anarquista muerto en un encuentro con la policía el 30 de agosto de 1957. José Luis Facerías era un antiguo militante anarquista que, luego de un periodo de cárcel, inició unas actividades –atracos, asesinatos, colocación de petardos y bombas, ametrallamiento de comisarías– que justificaba como medio para auxiliar a la causa, política y económicamente. Es difícil distinguir en estos casos, recordemos la trayectoria de Buenaventura Durruti, la delincuencia común del combate por el ideal. Ruano dice haberse encontrado con él en un *meublé* de Barcelona, el que estaba emplazado en Pedralbes, en torno a 1950, una noche en que él y sus amigotes hacían *la tournée des grands ducs*. Asegura que, según sus noticias, el Facerías se vestía de mujer cuando le convenía por algo. En su ficha policial, relación amplia de atracos a sucursales bancarias, joyerías, garajes, oficinas de ferrocarriles, etc., se encuentran asaltos a casas de tolerancia –dos veces en la situada en Vía Augusta– con un asesinato en otra situada en Pedralbes, locales a los que parecía ser aficionado. El retrato rápido que esboza Ruano de un hombre de unos treinta años, delgadillo, con tendencias al travestismo, de lánguida mirada, ladrón y asesino y terrorista, no parece muy lejano de la realidad. Aunque luego, en otro momento político, se hayan mitificado las acciones del Facerías como propias de un auténtico luchador anarcosindicalista. Reivindicación que apareja la condena de sus críticos, mejor dicho, de calumniadores entre las que se contaba «la firma del plumífero y mundano César González Ruano»[458].

La retórica que usa Ruano en sus artículos conmemorativos –

ideales, esencias, sangre derramada, inquebrantable doctrina, verde primavera–, resulta insincera precisamente por la acumulación de tópicos. Hay que considerar que su retorno a España no estuvo, precisamente, adornado con las bendiciones oficiales. Estas profesiones de fe, o de lealtad, ejercicios de oportunismo más bien, eran una manera de hacer política –*malgré lui*– y, sobre todo, de asegurarse una posición confortable. Que nadie se ocupara, dice, de traer anécdotas de diferencias, que hicieran olvidar lo categórico que nos une al régimen[459]. La fecha del 18 de julio se confundió, conforme avanzaban los años, con el principio de las vacaciones. La conmemoración se volvió menos exigente. En los años sesenta, era una fecha asociada a la paga extraordinaria que muchos años se llamó así, la paga del 18 de julio.

A pesar de estas servidumbres, más o menos obligadas, aunque Ruano evitara llamarlas de esa manera, hay una intención de rescatar a figuras de la cultura liberal española. Pío Baroja, a quien visita a menudo en su casa de Ruiz de Alarcón, 12. Baroja será para él un ejemplo de prosista, alabado a pesar de sus incorrecciones formales, acaso por ellas. A lo mejor, eso que llamaban estilo consistía en no tenerlo, o, dicho de otra manera, en no fijarse tanto en él. El estilo de Baroja era el de un hombre que siempre dudó si había que escribir que un señor bajó en zapatillas, a zapatillas o de zapatillas. También cuenta su aproximación a Marañón; en ella, como se ha dicho, influían más elementos. Pero Marañón seguía siendo una figura del liberalismo anterior a la guerra civil, ahora rodeado de un aura de popularidad. Y visita con frecuencia a Ramón Pérez de Ayala, cuando regresó a España, sobre todo a raíz de domiciliarse en la calle Ramón Lobo, 11.

CGR se ocupó de las figuras del exilio con toda normalidad, con una generosidad que, por lo general, no fue comprendida ni, quizás, correspondida. La *Antología de poetas españoles contemporáneos en lengua castellana* es una obra voluminosa. Tiene 870 páginas y está firmada por CGR en la playa de Sitges, el 20 agosto de 1945. Autor tras autor, la selección de poemas va precedida de una breve noticia biobibliográfica. Las figuras del reciente exilio español aparecen tratadas en pie de igualdad con

los restantes autores, formando parte del tronco de la cultura poética contemporánea, como si continuaran viviendo y creando, como si nada hubiera ocurrido, como si no hubiera habido bajas, como si no hubiera habido guerra. Moreno Villa, Salvador de Madariaga, Ezequiel Endériz, Pedro Salinas («un lírico esencial»), Federico García Lorca («taumaturgo de lo poético», «la revelación más sensacional de su generación»), J.J. Domenchina, Rafael Alberti («lo más impresionante –se refiere a su faceta surrealista– que desde Juan Ramón Jiménez se ha producido en la poética española), Luis Cernuda, Miguel Hernández («aciertos sencillamente magistrales», «el más hondo de los poetas jóvenes de su grupo»). Pedro Salinas recibió la *Antología* de Ruano al año siguiente de su publicación. El libro le llamó la atención por su extensión, demasiados poetas eran aquellos, y por su generosidad. Así se lo comunica a su amigo Jorge Guillen:

> Este es un libro curioso. El Ruano es un sinvergüenza conocido y profesional, eso todos lo saben. Y, sin embargo, en la antología su actitud general es infinitamente superior a la del purulento Domeinquina. Todo lo que en este es saña, envidia, zarpazos y mordiscos, se le vuelve a Ruano tolerancia, moderación, halago y elogio [...] Él tiene el descaro de atribuirse 14 páginas, mucho más de lo que nos da a ti, por ejemplo, y a mí [...] Pero ni se nos insulta, ni se nos rebaja[460].

Hay una excepción de la que se arrepintió después, la crónica hostil que dedicó al anunciado retorno de la actriz Margarita Xirgu. Nada tenemos que oponer a ese retorno, afirmó el cronista, pero –y eran varios los peros– la Xirgu llevaba quince años sin desperdiciar ocasión rencorosa. Podía volver y sostener las ideas que quisiera; disfrutar de la confianza de los «Ciprianos» y la admiración de los «cuatro supervivientes vergonzantes», antiguos admiradores que fueran a besarle la mano en Barcelona. Aseguraba Ruano que su falta de entusiasmo por el regreso no obedecía a «cuestiones ideológicas». Entonces, ¿a qué mentar a los «Ciprianos», en alusión a Cipriano Rivas Cherif y a sus amigos? Cipriano –cuñado de Manuel Azaña– había colaborado

con la Xirgu a lo largo de la Segunda República, dirigiendo representaciones de teatro clásico y de vanguardia. Juntos hicieron una gira por América. «Margarita la roja», mujer de firmes convicciones republicanas. Ahora bien, había un motivo para su hostilidad a la Xirgu, que se refería a su habilidad o a sus facultades dramáticas, a su desempeño como actriz. Y este es un motivo en el que los críticos de Ruano no han debido reparar; quienes, al cabo de los años, le atribuyeron rasgos de «persona rencorosa y mezquina». La actriz «representó exactamente todo lo que fue el teatro amanerado, pretencioso, insufrible y monocorde elevado a mito por mil circunstancias insinceras y por el papanatismo que no se atreve a discrepar del tópico formado». Según Antonina Rodrigo, biógrafa de la actriz, en 1949 el esposo de Margarita viajó a España para reclamar la devolución de los bienes que les habían sido confiscados al terminar la guerra civil. La pareja estaba decidida a volver a España. Guillermo Díaz-Plaja, director del Instituto del Teatro de Barcelona, llevó las gestiones en los organismos oficiales. La actriz guardaba en el exilio la llave de su casa. Pero un desafortunado artículo de Ruano en *Arriba*, reproducido por *La Vanguardia Española*, impidió que la Xirgu regresara a su tierra. Esta es una de las versiones de este desagradable negocio. Ahora bien, ¿tanta fuerza hizo el artículo de Ruano? El asunto no era solamente político. En el desdén por las calidades de Margarita Xirgu como actriz coincidían otras opiniones, por ejemplo, la de Sebastiá Gasch, periodista y crítico del que ya hemos hablado: «Margarida Xirgu és una actriu gairebé sempre afectada i amanerada [...] Els mitjans d'expressió [...] no tenen veritat ni natural [...] Els ulls desmesuradament oberts que miren sempre enlaire fixos, clavats en el matéis punt, absents, llunyans, inexpressius [...] Una dicció que és una eterna cantarella, monótona, monocorda [...] una entonació declamatoria», etc., etc. La actriz prolongó su exilio hasta su fallecimiento, ¡en 1969! En todo caso, en el clima represivo del momento, el desafortunado artículo de Ruano pudo interpretarse como una denuncia, cosa que no era[461]. El asunto resucitará en una entrevista posterior:

–Suponemos que en la dilatada vida periodística, de quien escribió su primer artículo cuando tenía dieciocho años [...] se produciría alguno que después lamentara su publicación.

–Sí; ha habido uno que escribí sobre teatro, que malogró un posible regreso de Margarita Xirgu y que a ella le hizo mucho daño por dicha razón. De saber las consecuencias, no lo hubiera escrito. Y conste que no lo hice porque sintiera animosidad contra ella. Simplemente siempre me pareció esa actriz una llorona escénica y esa fue la causa[462].

Recordemos también su fidelidad a los Borbones. Según Gonzalo Fernández de la Mora, miembro del consejo privado de don Juan, había varias clases de monárquicos. Los tradicionales, partidarios de una corona con representación orgánica: eran los «monárquicos de razón». En el mismo campo, pero enfrentados a los anteriores, estaban los que se decantaban por una monarquía parlamentaria y –es el término de don Gonzalo– «partitocrática». También había que contar con el monarquismo afectivo y el esnob. Ruano, sin duda, pertenece al monarquismo afectivo, propio del personaje caballeresco que deseaba representar, con algún ingrediente tradicional. En septiembre de 1951 visitará a don Juan en Estoril. Estas visitas no las publica. Quizá hubo más. La de ese año la conocemos por la carta a uno de sus amigos conquenses. En el diario de 1964 –no destinado a la publicación– renueva sus fidelidades monárquicas. Para España no ve otra solución que la monarquía. Lo único malo, observa, es el escaso ambiente monárquico. Acaso llegaron a sus oídos algunas desavenencias dinásticas, que no se harán públicas hasta 1966. «Soy oficialmente monárquico [...] Aquí tenemos estos días [...] mucho mar de fondo. Se juegan varias cartas [...] Se debería jugar solo una». Una de las pocas declaraciones de monarquismo la hizo al cabo de su vida, como si no le importaran ya las consecuencias, en una entrevista que fue póstuma:

–Tengo formación monárquica. Creo que la monarquía puede ser una solución para España. No una monarquía melancólica y llorona de San Sebastián, sino una apoyada en lo sindical y popular que conquistara Vallecas y no la calle de Serrano, que ya hace muchos años que lo está. La última vez

> que estuve en Estoril, con don Juan, al preguntarme –y no me importa que se sepa– qué es lo que menos me gustaba de la monarquía le contesté que los monárquicos[463].

Preferencias políticas que, como las del grueso de los monárquicos españoles, no aparejan principios o ideas democráticas. Ruano no precisa con claridad el tipo de monarquía que prefiere. Pero es evidente que no es una monarquía parlamentaria. El escritor suele nombrarse *demofílico*, pero no *democrático*. La democracia de elecciones y partidos es la «cacareada democracia» y cree, comentando el ejemplo de Grecia, que no es posible en Europa un gobierno de la «izquierda democrática» sin el apoyo de los comunistas[464]. Con todo, a Ruano no debían de gustarle las prácticas intervencionistas de los gobiernos de Franco, a juzgar por la defensa que suele hacer de la libre competencia. No es extraño en un individualista radical. La competencia siempre era beneficiosa. El estilo de un periodista, de un escritor en los periódicos, mejora si está rodeado de buenas plumas con las que medirse. Y hablando de turismo, nada será tan conveniente a la calidad de un hotel, que el tener como vecino a otro hotel con quien competir. En realidad, descontado ese monarquismo romántico y la adhesión acomodaticia al régimen, las actitudes políticas de Ruano podrían resumirse en un sentimiento paternalista hacia las clases bajas, las que dependían de su munificencia: mozos de café, criados, taxistas, peluqueros, limpiabotas y camareros, un séquito del que nunca pudo prescindir.

Para la prensa del momento la política terminaba en los Pirineos. En lo restante de Europa –y en América– había elecciones, parlamentos, conflictos, muchos conflictos y muy graves. En España, no. En España bastaba con proclamar bien alto la inquebrantable lealtad a FRANCO, escrito con mayúsculas, declararse heredero del 18 de julio, y católico a machamartillo. En España, lo más parecido a la política era un sucedáneo formado por las frecuentes giras del jefe del Estado, los recibimientos masivos –es indudable la popularidad del dictador– o la publicación de las leyes o fueros del régimen. Estaban las inauguraciones de obras, los discursos de algunos

jerarcas, etc. Se celebran como liturgias obligatorias determinadas fechas: el 18 de julio, el 1 de abril, el día de la «liberación» de la ciudad –la que fuera–. La referencia a las crisis –por así llamarlas– aparece de raro en raro: la huelga de tranvías de Barcelona del 51 (vista de cerca y con alarma por CGR), la protesta estudiantil del 56, las primeras huelgas de Asturias. Y estas noticias, envueltas en niebla, acaban siempre con una reafirmación de los valores vigentes, con llamamientos a la unidad en torno al Caudillo y una apelación a la represión de los enemigos de España. Quienes se aventuran a rozar asuntos políticos, como Emilio Romero, director de *Pueblo*, patrón más querido que odiado por CGR, lo hacen en un lenguaje que hoy resulta difícil descifrar. Veamos:

> ...lo que parece oportuno tener es pueblo ordenado y no despotismo ilustrado. Un pueblo ordenado no es un pueblo quieto, sino en movimiento; no silencioso, sino hablando de lo conveniente; no obediente como los borregos, sino disciplinado como los ejércitos [...] El pueblo no puede ser coro de voces iguales o monótonas, sino de voces diversas para una sola melodía[465].

Uno podría concluir que el «pueblo» debería tener cierta holgura para hablar y discutir, porque estaba compuesto de personas, de seres pensantes, no de ovejas; una manera sutil de abogar por la libertad de expresión, aunque fuera limitada; o podría deducirse lo contrario, que solamente podría opinar la gente para asentir con entusiasmo a las consignas del régimen, como un disciplinado batallón de soldados en movimiento que giran al compás cuando escuchan la voz de mando de su comandante. Además, el despotismo no tiene por qué ser ilustrado. Al mando le basta con supervisar la disciplina del conjunto. ¡Cuidado con abrir la mano y pasarse de listo! También podría pensarse que lo mejor, lo prudente era un poquito de cada cosa. ¡A saber!

Se conserva, en el archivo de la Comunidad de Madrid, la fotografía de una tasca madrileña que, entre las botellas de Fundador, de Veterano y de Anís del Mono, tiene un cartel

colgado que dice: «Se prohíbe cantar, bailar y hablar de política».

Otro factor unificador en la prensa del momento es la retórica, el uso de palabras, giros y expresiones estereotipadas; el empleo de superlativos y adjetivaciones extravagantes. Fecunda labor; multitud enfervorizada; entusiasmo indescriptible, imponente, impresionante; fervoroso homenaje; recibimiento delirante; clamorosa acogida; pertinaz sequía; la razón de España (al fin se ha comprendido la «razón» de España); inquebrantable adhesión, exaltación a la jefatura del Estado, fidelidad inalterable; hermandad hispanomarroquí; cumplimentar (a una autoridad); productores (por obreros).

Tenemos, pues, dos características de la sociedad española que, aparte de sus méritos literarios y de su olfato, van a facilitar el éxito periodístico de González Ruano en la España de los años cincuenta y sesenta. El uno es, ya lo advirtió el interesado, el predominio del espacio privado sobre el público. La «desertización política», a la que se refería Dionisio Ridruejo: «Los españoles han venido a quedar comprimidos sobre el ámbito de su propia vida privada». El segundo es el fomento de la despolitización. Juan J. Linz advirtió que en los regímenes que llegan al poder tras periodos de intensa lucha política, la despolitización es un medio para reducir la tensión en la sociedad y conseguir un mínimo de integración[466]. Los lectores de la prensa acartonada del franquismo podían disfrutar en los artículos de Ruano de «una ventana abierta a la vida», en expresión de Paco Umbral. Tratasen de lo que trataran, medianos o brillantes, con ingenio o sin él, siempre había en ellos ese algo que les hacía atractivos. Siempre le salvaba la «media verónica» a la que se refería Víctor de la Serna, cuyo secreto lo tenía solamente él[467]. Entre el rumor callejero y los discursos de Girón o de Arias Salgado, la elección no era difícil. Manteniendo la política a distancia.

César se apresta, pues, a iniciar la que será la última fase de su vida periodística, desarrollada bajo regímenes de prensa bien distintos. La primera, coincidente con la dictadura de Primo de Rivera, será una fase con una prensa sometida a censura. Una censura puntillosa unas veces y tolerante otras; una censura que le tachó de un golpe varias entrevistas a los ministros de 1930 y

dejó pasar la que hizo a la prometida del Dictador y que motivó la ruptura del noviazgo. La segunda, entre 1931 y 1936, se desarrolló en un régimen teóricamente liberal y democrático. Teóricamente porque el gobierno republicano, a raíz de la llamada Ley de Defensa de la República, se reservará facultades muy amplias para suspender periódicos; para prohibir su aparición durante meses, y ello por razones puramente ideológicas, no porque hubiera sido probada ante un juez su participación en las conspiraciones o golpes que fueron casi una costumbre en este momento de la vida nacional. La tercera, aunque de manera tangencial, corre entre 1936 y 1940. Se trata de su colaboración en la prensa de la Italia fascista; una prensa controlada enteramente por el gobierno, que no oculta su intención de servir como propaganda, para ensalzar los logros del régimen, o para contribuir a la edificación de un hombre nuevo. Aparte, naturalmente, de los artículos –no muchos– enviados a la prensa española. La cuarta, entre 1943 y 1965, se desarrollará bajo la ley de prensa de 1938, con grandes cortapisas para los medios que, alguna vez, afectaron a la tarea de Ruano. Por lo visto, algunos censores creían que tras los artículos dedicados a los cafés o los meteoros había gato encerrado, y los retenían algún tiempo, por si acaso. En todo caso, la edad de oro de César González Ruano, desde el punto de vista literario, periodístico, coincide enteramente con la era de Franco.

XVI
Los premios,1920-1965

Fernando Fernán Gómez era un hombre tímido, pero con mal carácter. Lo decía de sí mismo. Soy una persona de mal genio. Fue actor, guionista, director de cine, novelista. Un aspecto menos conocido de su persona fue el de mecenas. En su faceta de actor, hizo mucho dinero. Desde que se estrenaran *Botón de ancla* y *Balarrasa*, sus emolumentos se multiplicaron. Casi podía considerarse rico. Y puesto que estaba en lo más alto de su profesión, el año 48 se ofreció como mecenas y fundó el premio Café Gijón de novela corta. Pagaría todos los años mil quinientas pesetas al autor premiado y sufragaría los gastos de edición de la obra. En este año hacía poco –lo hemos visto– que se había fundado el premio Nadal, y Fernán Gómez y los tertulianos del famoso café tenían envidia de Barcelona, envidia de que en Madrid no hubiera nada parecido. El primer premio que se otorgó tuvo que esperar a 1950. Se lo llevó un escritor hoy ignorado, Eusebio García Luengo, por su obra *La primera actriz*. Al año siguiente fue González Ruano el agraciado, por su obra *Ni César ni nada*. El librito, de apenas 67 páginas, es autobiográfico. ¿Acaso podía ser de otra manera? Repasando «la película apestosa de mi vida», caía en la cuenta de que mientras unos escribían novelas, otros las vivían para escribirlas a continuación. Poca cosa más. El libro tenía la particularidad de que el autor era a la vez el ilustrador, demostrando sus habilidades de dibujante. Hubo cierto runrún; hubo rumores de tongo. Algunos conocían el nombre del ganador antes de hacerse público. Parece que varios concursantes retiraron sus novelas. ¿Sería verdad? El jurado que le otorgó el premio estaba compuesto por Melchor Fernández Almagro, Camilo José Cela, Pedro de Lorenzo y José García Nieto como secretario. Un jurado

que acaso reforzase la convicción del ganador –ahora– y perdedor del primer Nadal, de que en España los premios se ventilaban entre amigos[468].

En este negocio de los premios literarios –cuando eran negocio– las cosas podían salir torcidas. A los pocos años de su fundación, el Café de Gijón había tenido tiempo de premiar a figuras como Ana María Matute o Carmen Martín Gaite. Pero García Nieto aconsejó a Fernán Gómez que lo dejara. Había conspiraciones, tejemanejes, cabildeos que se organizaban para presionar a los jurados. Un concursante llegó a agredir a García Nieto, y otro le recordó al mecenas que él, por lo que pudiera pasar, llevaba pistola[469].

La historia de los premios literarios en España se remontaba a 1923, que es el momento en que un jurado compuesto por Julio Casares, Ramón Pérez de Ayala, Azorín, Enrique de Mesa y Enrique Díez-Canedo concedió el primer Premio Nacional de Literatura a Francisco A. de Icaza. Existían, claro está, otros premios, como el Piquer, el Espinosa y Cortina y el Fastenrath, otorgados todos por la Academia Española; el Fastenrath, premio que, para disgusto de Azorín, no logró que se concediera a su amigo, el admirado estilista Gabriel Miró. El Premio Nacional de Literatura era otorgado por el Estado. Al principio, se convocó para obras que trataran de algunos de los temas propuestos: «Colección de cuentos para niños» y «Semblanza de Lope de Vega». El primero fue declarado desierto y su cuantía se añadió a los ganadores del segundo, que fueron Icaza, por su obra *Lope de Vega en la vida y en los libros* (5.000 pesetas) e Ismael Sánchez Esteban, autor de una *Vulgarización de la vida de Lope* (3.000 pesetas). El siguiente año el tema propuesto era la «novela», siendo los ganadores Claudio de Torre y otros dos señores hoy desconocidos. El premio siguió convocándose de esta manera, por temas, a medio camino entre el ensayo y la obra de invención; una forma que parecía cortada por el patrón fijado por los filólogos e historiadores que dominaban la Academia. El correspondiente a 1927 fue, naturalmente, la figura de Góngora. Fueron los ganadores Dámaso Alonso, que escribió sobre «El lenguaje poético de Góngora», y Miguel Artigas, por una semblanza del poeta. Desde 1926, la cuantía del premio, o de los

premios, había subido a 10.000 pesetas. La novela de Ramón J. Sender, *Mr. Witt en el Cantón*, salió triunfante por el tema, que fue en esta ocasión la «Narración de un suceso histórico», en 1935. Y así continuó después de la guerra civil; con temas o asuntos que hacían de filtro previo a la selección definitiva[470]. Los críticos y escritores comparaban la escena literaria española con la francesa. Y les nacían los celos. Francia era una tierra pródiga en galardones. ¡Cuántos premios y tan cuantiosos! Allí el hombre de pluma encontraba facilidad para dar salida a sus productos. Los escritores españoles, en cambio, no conocían facilidades parecidas y tenían que recurrir a oficios complementarios. El único grupo emancipado de estas servidumbres extraliterarias era el teatral y, solo parcialmente, el de los novelistas[471].

CGR fue uno de los autores más premiados de su tiempo. Antes del Mariano de Cavia, impulso decisivo en su carrera de escritor, el primer reconocimiento que recibió fue el del premio Nogales, dedicado a un cuento titulado «Nuestra Señora del Arrabal», en parte autobiográfico. El autor dudaba entre dos mujeres, la novia popular, que vive en la última casa de un arrabal, y la mujer de mundo, Hela, arpista polaca. Describe el despacho en la casa familiar, «un cuartito desordenado lleno de libros y pequeñas cosas, que con ese amor tan suyo a lo inanimado fue reuniendo día tras día con privaciones y regocijos puros del alma». El cuentista ama a las dos mujeres, que representa como vírgenes: Nuestra Señora del Arrabal y Nuestra Señora de la Ciudad. Dos caminos, entre el desarreglo bohemio y la vida ordenada, entre los que siempre oscilará Ruano. La novia popular puede ser Fe, la prostituta romántica, de la que tanto hablará a lo largo de su vida. Hela, la mujer con la que está a punto de casarse. Esperanza Ruiz-Crespo no era arpista, pero sabía tocar el piano[472].

El segundo se lo llevó un artículo publicado en el *Heraldo*, en elogio del libro, otorgado precisamente por la Cámara del libro. Estaba dotado con 500 pesetas. El libro, decía Ruano, era capaz de consolar con sus páginas la indiferencia del mundo y la deserción de las gentes; competente para servir de remedio ante el espectáculo de la vejez que huye de la vida y de la vida que

huye de la vejez[473]. Fue una ironía la coincidencia de este premio con la celebración del día del libro español, una fiesta oficial establecida desde 1926, bajo el amparo de Cervantes. Seguro que había olvidado sus diatribas antiguas contra el manco ilustre, el hombre que escribía con los pies. En agosto de 1934, por un artículo publicado en *Informaciones* titulado «Poesía y verdad. Defensa de la clase media», se le concedió un nuevo premio de 1.000 pesetas otorgado por la Unión Española de la Clase Media[474].

Después de la guerra civil, los premios fueron creciendo en número y en variedad. Los más importantes eran entonces los otorgados por el Estado. Los de Literatura, el «Francisco Franco», para un libro de historia o un libro de ensayo, en años alternos; y el «José Antonio», para una novela o un libro de poesía, también alternativamente. Estos premios fueron instituidos en 1940 por el Ministerio de Gobernación, de forma paralela a los premios de periodismo del mismo nombre, que se venían concediendo desde 1938. En 1955, por orden del nuevo Ministerio de Información y Turismo, se instauró el Menéndez Pelayo para ensayos históricos. Con posterioridad se añadirían los premios Miguel de Unamuno (ensayo), Calderón de la Barca (teatro) y Emilia Pardo Bazán (crítica literaria), en 1964, a los que se juntarían otros, en años sucesivos, para poesía en las distintas lenguas de España. El premio nacional de teatro iba un poco aparte, y era otorgado desde 1946, de manera intermitente, por el Consejo Superior de Teatro. El primer galardonado fue un amigo de CGR, Enrique Jardiel Poncela.

En 1949, un jurado presidido por el Director General de Prensa declaró desierto el premio José Antonio y, simultáneamente, otro jurado presidido por Rafael Sánchez Mazas, en el que estaba presente Pedro Mourlane Michelena, junto a dos funcionarios, acordó fundir en uno ambos premios y repartirlos entre Juan Vigón, militar, exministro y antiguo miembro de Acción Española (15.000 pesetas), José Antonio Pérez Torreblanca, periodista de *Arriba* (15.000 pesetas) y César González Ruano (15.000 pesetas).

En la década de los cincuenta había premios para toda clase o género de escritura. Novela, ensayo, obras teatrales, poesía,

periodismo, crítica. Dentro de estos apartados los había para obras inéditas o publicadas, para temas religiosos, políticos o económicos; para autores noveles, para autores en general y hasta para autores nativos de una región concreta. Premios creados por instituciones oficiales, asociaciones privadas, fundaciones, editoriales o meros señores particulares. Premios que se convocaban una sola vez, premios que se consolidaban durante años. Un mar de premios, señalaba un cronista, en el que parecía difícil que no viniera a bañarse cualquiera que cultivara las letras[475]. He aquí un breve muestrario:

Premio Sésamo de novela corta dotado con 5.000 pesetas, convocado por el local, no exactamente un café, ahora se llamaría un piano-bar. Premio Pérez Galdós, para novela publicada, quería recompensar a obras inéditas o impresas que exaltaran a Canarias, dotado con 30.000 pesetas, convocado a nombre de la colección Júpiter y Dánae, de ediciones Rumbos. Premio fray Luis de León, creado por la Federación Internacional de Traductores de España (abril 1956). Premio convocado por la editorial Magisterio Español, por vez primera, dotado con 50.000 pesetas, para otorgar a una obra que despierte en la juventud el interés por adquirir conocimientos fundamentales (abril 1956). Premio Leopoldo Alas para un libro de cuentos, convocado por médicos que, a la vez, son escritores. Premio Elisenda de Moncada, instituido por la revista *Garbo*, con un jurado compuesto por seis mujeres casadas, dotado con 25.000. Premio Estanislao de Abarca, instituido por el Banco de Santander, dotado con 50.000 pesetas. Premios Ciudad de Sevilla, Ciudad de Palma, Ateneo de Valladolid, etc., etc.

Premios de poesía había para parar un tren. El premio Larragoiti había sido creado por la Sociedad Cervantina. El premio Juan Boscán estaba reservado por el Instituto de Estudios Hispánicos a un libro de versos de tema libre, siempre que fuera inédito. El Adonais era uno de los más prestigiosos, y se concedía a la mejor colección poética de tema libre. El premio Vendimia jerezana se otorgaba a una composición, generalmente sobre temas relacionados con la localidad. Estaban los innumerables Juegos Florales, que vivían una resurrección. Toda ciudad grande quería tenerlos, haciéndolos coincidir con las fiestas patronales.

Valencia, el 25 de julio; Alicante por San Juan, Castellón por la Magdalena. Las convocatorias eran a veces voceadas en los cafés, como en el imaginario *Café de artistas*, descrito por CJC:

> –Se han convocado unos Juegos Florales en Huesca. Flor natural y tres mil pesetas. Tema libre.

O bien:

> –Se han convocado unos Juegos Florales en Palencia. Flor natural y tres mil pesetas. Tema «Patria y poesía». Extensión, de cien a ciento cincuenta versos[476].

Eran muchos los poetas que habían hecho del concurso y el certamen una profesión. Los premios podían no ser cuantiosos pero, sumándolos, podía alcanzarse una cantidad respetable.

Los premios periodísticos más importantes, descontando los nacionales, eran los que convocaba Prensa Española, el Mariano de Cavia, el que lanzó a González Ruano, para artículos firmados, y el Luca de Tena, para artículos sin firma. Aparte de ellos, eran innumerables los premios periodísticos convocados por las ciudades españolas, grandes y pequeñas, a los que solían presentarse escritores de la localidad. Los premios eran modestos, algunos de 500 pesetas o menos, pero tenían mucha aceptación.

Barcelona tenía su propio ritmo en materia de premios. El Nadal, fallado siempre el día de Reyes, era seguido por el Ciudad de Barcelona (fundado en 1949), el 26 de enero, aniversario de la «liberación» de la ciudad, que en realidad era –y sigue siendo– un premio con muchas ramas o una razón común para distintos géneros: novela, teatro, poesía, periodismo, cine y fotografía. Un premio que, más que inaugurar la temporada, significaba su cierre. El 13 de diciembre, día de Santa Lucía, era la fecha clave, la «traca final» se decía, para el fallo de los premios Osa Menor (poesía), Joanot Martorell (novela), Aedos (biografía), Víctor Catalá (novela corta) y Josep Ixart (ensayo).

Desde 1956, la Asociación Española de Críticos Literarios otorgaba el Premio Nacional de la Crítica, sin dotación

económica, que empezó concediéndose a las mejores obras literarias en la categoría de narrativa y poesía en lengua castellana y que, a partir de 1962, se amplió a la narrativa y la poesía en catalán, aunque esta última modalidad no adquirió carácter anual hasta 1978.

Después del premio Nadal, instituido como sabemos en 1945, los premios concedidos por editoriales privadas fueron colocándose por encima de los restantes, así en prestigio como en cuantía. El Planeta, creado por el editor José Manuel Lara en 1952, estableció una especie de competencia entre editoriales y otra entre las ciudades de Madrid y Barcelona. El prestigio, del lado del Nadal, la publicidad, distribución y remuneración, del lado del Planeta. Lara inició una puja que nadie pudo seguir, de las 40.000 pesetas de la primera convocatoria a las 200.000 en la edición de 1965. Al crearse en 1966 el premio Alfaguara, dotado con 200.000 pesetas, Lara elevó hasta el medio millón la dotación del Planeta. De la tirada de 10.000 ejemplares para la novela de Ana María Matute a los 20.000 para la de Bermúdez de Castro. Ruano fue jurado en el primer premio Planeta, que eligió al restaurante Lhardy de Madrid como lugar de concentración. Corrió el rumor de que el jurado se había inclinado de antemano a premiar a algún autor novel. Hubo malestar entre algunos escritores profesionales. Si existía esa preferencia debía de haberse anunciado en las bases del concurso. El primer premio Planeta fue para Juan José Mira, por su obra *En la noche no hay caminos*. No era exactamente un novel, pero tenía un perfil político conocido, como combatiente en el bando republicano y represaliado al final de la guerra. Las acostumbradas indiscreciones de Lara, nada espontáneas, y el alud de participantes, suscitaron la desconfianza entre algunos postulantes al premio en años posteriores. Wenceslao Fernández Flórez era el presidente del jurado de la edición del 57. ¿Cómo podía un jurado formado por personas ocupadísimas leer y dictaminar sobre la veintena de obras que habían pasado la criba final? El premio, dedujeron algunos, estaba concedido de antemano[477].

Ruano olvidó con el tiempo los agravios del primer Nadal y no fue raro verle asistir a lo que era ya una celebración social a

la que acudía el todo Barcelona. El premio fue pasando de café en café, del modesto café Suizo al también modesto Glaciar –café ruanesco– para seguir en el hotel Oriente –alojamiento predilecto del madrileño– hasta encontrar aposento en el Ritz, mucho más entonado y apto para acoger a la burguesía barcelonesa. Allí no faltaba un nombre, una cara conocida, con la aportación de algún viajero especialmente llegado para el acto. No había en todo el país una fiesta literaria y social parecida a la entrega del Nadal. Al premio que se falló en enero de 1959 acudieron 1.100 personas. Cada tique para asistir a la cena costaba la entonces importante cantidad de 250 pesetas. El premiado se llamaba José Vidal Cadellans. *No era de los nuestros* era el título de su novela. Josep Vergés, el hombre que votó a Álvarez Blázquez, estaba entre los miembros del jurado. Ruano hizo el reportaje para *Blanco y Negro*. En un momento de la ceremonia, Mario Beut, de radio Barcelona, se acercó al micrófono para anunciar el ganador: «Atención, atención, la última votación arroja el siguiente resultado: *No era de los nuestros*, de José Vidal Cadellans, cuatro votos…». A saber qué recuerdos le trajo aquella ceremonia. Al anunciarse el nombre del ganador, mientras se servía el café, Ruano echó escaleras arriba hasta la habitación donde estaba –todavía– el jurado. El cuarto de Barba Azul lo llama. Saludó a Juan Ramón Masoliver, el primero. A Josep Vergés –desde luego, CGR no era rencoroso–, a Néstor Luján, a Sebastián Juan Arbó, a Tomás Salvador y algunos otros, fueran o no del jurado. Poco se sabía del ganador. Vivía en Igualada. Tenía 30 años. Era de orígenes modestos, de familia de telegrafistas. Tenía cierta cultura teológica. Al día siguiente entrevistó a Cadellans.

> –¿Tenía usted esperanzas en su triunfo?
> –Sinceramente, no.

Se declaraba partidario de un neorrealismo moderado. Sus autores favoritos eran Kafka, Camus y Baroja. Se expresaba con claridad. Parecía tímido. Miraba los pequeños objetos que había sobre la mesa. Era delgado. Llevaba gafas.

> –¿Usted no quiere ser sino escritor?
>
> –No podría ser otra cosa.
>
> –¿Sabe usted a lo que se expone?
>
> –No; la verdad es que no lo sé.
>
> –¿Qué cree que es lo más importante en un escritor?
>
> –Conservar la lealtad a la verdad. Estar convencido de que se ejerce una misión. Tal vez exagero, pero me parece que un escritor tiene muchas de las misiones que tenga el sacerdote[478].

No era de los nuestros fue la única novela que se publicó en vida del autor, que falleció en 1960, con 31 años solamente.

También cubrió Ruano la entrega del premio entre los premios, el Nobel otorgado a Severo Ochoa. Estocolmo le pareció una ciudad tan bella como sosa. Todo estaba ordenado y domado, hasta el mar Báltico. Vio por las calles a una humanidad demasiado igualada. Todo carísimo. Con el premiado –pelo gris, corbata gris, traje gris– tuvo una interesante materia de conversación: el cáncer. Los dos eran grandes fumadores. El Nobel no daba buenos consejos:

> –Quizá pueda influir, pero la muerte reclama al ser humano por tantas partes, que no creo que esto deba ser motivo de preocupación. El atravesar una calle, el coger un avión o un automóvil, puede ser más peligroso que fumar mucho.

El cronista prolongaba la conversación con Severo Ochoa, que se alojaba en el Gran Hotel, por pereza –dice– de salir a la calle. El investigador hablaba de su afición a la música, de la vida recoleta que hacía en Nueva York, de su interés por la bioquímica, no tanto por la medicina. Se alegraba del premio porque –cosa rara– le había tocado a un español. Nevaba. Diez grados bajo cero. Hacía mucho frío en Estocolmo[479]. Había comenzado el año narrando un premio casero y lo cerraba acompañando al ganador de otro universal.

No parece que esta plétora dependiera de una decidida voluntad gubernamental de subvencionar a los escritores, en los distintos ramos en que se ejercitaban. Tampoco se pusieron

obstáculos. Parece haber existido un ambiente de emulación, de no ser menos y no quedarse atrás en lo de recompensar el mérito literario. Pudo existir la creencia de que, aumentando el número de premios, se estimulaba la creación literaria o periodística o teatral; se sacaba del anonimato a talentos nuevos y se aumentaba y mejoraba la cultura del país. Pudo haber cierto conato propagandístico hacia fuera, el de mostrar que España, a despecho de propagandas hostiles, desde el punto de vista de las letras, gozaba de una salud insultante, como en su día dictaminó Ortega y Gasset. Que España estaba lejos de ser un páramo cultural y que en su tierra florecía la literatura como las amapolas en primavera. El interés comercial de las editoriales importantes influía, naturalmente, en esta premiolatría. Crear un premio, para Planeta, una editorial joven, era hacerse con algunos manuscritos de cierta calidad para formar un catálogo. Y, por fin, otro propósito propagandístico hacia dentro: premiar el mérito y la virtud era una causa noble; asociando un premio a una marca, a una ciudad, a una institución, se conseguía en cierto modo ennoblecer a quien lo daba.

Los premios periodísticos más importantes, descontando los nacionales, eran, como ya se ha dicho, los que convocaba Prensa Española. Los premios de periodismo y libros convocados por la Secretaría General del Movimiento para 1954, nombrados como 1 de octubre, 30 de octubre y 18 de julio, premiaron –parecía lógico– a varios «camaradas»: García Serrano, García Venero y González Ruano. El premio de 10.000 pesetas concedido a Ruano llevaba el nombre de 1 de octubre y fue por la «Conversación con los labios cerrados» que tuvo con Eugenio d'Ors poco antes de su fallecimiento. «Bailando hasta la Cruz del Sur», fue la crónica redactada por García Serrano sobre la ronda de los Coros y Danzas por América. En una foto algo desvaída aparece Ruano junto a Raimundo Fernández Cuesta, secretario general del Movimiento, que lee un papel: «Este Movimiento Nacional al que vosotros servís con vuestra pluma», en que afirmaba que la Falange no era insensible a la intelectualidad. Serio y docto llamó a Ruano[480]. Pero apenas había acabado de recibir uno, cuando ya estaba preparado el siguiente premio: el nacional de periodismo Francisco Franco, con un jurado formado por

directores de periódico y presidido por Juan Aparicio, director general de Prensa. Creía Ruano que, por la vecindad el premio anterior, apenas tenía opciones a este. Se equivocaba.

El Corte Inglés llegó a convocar un premio de periodismo. Y su competidor, Galerías Preciados, publicaba tiras de publicidad gratuita para autores y libros, amparada con el nombre de la casa, naturalmente.

En lo referente al teatro no eran muchos los premios. Estaban el Lope de Vega y el Calderón de la Barca, con otros convocados por ayuntamientos como los de Alicante o Palma. Alguien hizo cálculos sobre el número de premios y la cuantía que se repartía. Noventa premios eran los convocados anualmente con regularidad, los más conocidos, pero habría que multiplicar por tres ese número para aproximarse a la cifra real. La novela sortea –era el término que emplea un cronista– anualmente un millón ochocientas mil pesetas. La media en la cuantía de los premios oscilaba en torno a las cincuenta mil pesetas. Contando los derechos de autor, tanto por ciento del editor y librero, y coste de publicación de la obra de los finalistas, la cifra podía multiplicarse por diez[481].

Era tal la sobreabundancia, la «orgía de los premios literarios», escribía Ruano, que el Estado se consideró obligado a intervenir con el decreto de 26 julio 1956, por el que se regulaba la convocatoria de premios literarios de índole privada. El decreto reconocía que los premios literarios eran una laudable forma de retribución. Pero que, dado que el mecenazgo había desbordado la iniciativa oficial, para derramarse por las corporaciones, empresas y entidades de todo orden, se precisaba una regulación oficial. Regulación, intervención, eran la manera que tenía el Ministerio de Información de relacionarse con la cultura. A partir de entonces toda asociación, empresa editora o particular que quisiera convocar un premio tendría que solicitar la autorización oportuna en la Dirección General de Información. Al mismo tiempo tendría que presentar el resguardo de haber depositado en la Caja General de Depósitos la cuantía del premio.

Había secciones fijas en algunas cabeceras –en *Madrid*, *Pueblo* o *La Estafeta Literaria*–anunciando la convocatoria de los premios

y la composición de los jurados. Por ejemplo, el anuncio de *Pueblo*: «Guía de concursos. Convocatoria del Premio de biografía AEDOS, dotado con 25.000 pts. Jurado Melchor Fernández Almagro, F. Soldevila, M. de Riquer, J. M.ª Cruzet secretario». Luego se anunciaba el fallo, con entrevista final al galardonado. Algunos cafés, sobre todo el Gijón, servían como patio bursátil en que se cotizaban los valores y los personajes a premiar y, desde luego, las recomendaciones. Un «bolsín», señalaba Juan Antonio de Zunzunegui, en que las alzas y bajas de la cotización literaria salían en la pizarra de los comentarios.

Frecuentador afortunado de premios y concursos fue CGR. Incluso llegó a instituirse uno, el González Ruano de poesía, que debería haberse fallado en el café Varela. El poeta y entusiasta promotor literario Eduardo Alonso involucró a colegas y amigos para que sufragaran unos modestos premios. «CGR respondió al llamamiento de Eduardo. Dice César que dar su nombre a un premio envejece. Pero que a él le gusta un envejecimiento que le salve de tanto respingo golfo como tuvo en su vida». Mil pesetas ofreció para un tema libre. Un premio Ruano que pudo salir adelante de no haber fallecido a los pocos días Eduardo Alonso, el animador de Alforjas para la poesía, las justas poéticas del café[482]. Pero el premio que acaso ambicionaba Ruano en el fondo, el ingreso en la Real Academia Española, no lo consiguió. Nunca expresó a las claras esa ambición. Tampoco intrigó para alcanzarlo, que se sepa. Los periodistas le preguntaban o escribían sobre ello. Eran, a veces, menciones de pasada a aquella lejanísima institución. Cuando joven, él y sus compañeros y amigos de promoción, consideraban a la Academia como un «antro de cartón piedra», con simpatía por lo amanerado y gris, disfrazada de respeto a la tradición. Pero alcanzada la madurez, la cosa había variado. Lejano estaba el día en que la publicación de aquella célebre *Antología* fue repudiada de forma taxativa. Con los poetas que Gerardo Diego, un «currinche literario», había dejado fuera podría fabricarse una antología mejor. Ahora no; ahora podía alabarse el criterio académico de nombrar a Diego, por la «plena vigencia de una obra bien poco o nada académica, lo que habla mejor que bien del actual criterio de la ilustre corporación»[483].

–¿Qué llevaría usted a la Academia?

–Intentaría llevar nuestro idioma conversacional. Las expresiones contemporáneas, porque yo creo que ser clásico es ser viviente. No hay nada menos clásico que un museo. [...]

–Se ha hablado generosamente de mí en círculos extraacadémicos. Yo no he hecho ninguna gestión, no por orgullo ni por indiferencia ante lo que consideraría un honor, sino porque quisiera que me quedara alguna cosa no marcada por la impaciencia[484].

Los premios, no los premios en sí, sino la avalancha o poco menos de galardones, fue suscitando críticas crecientes. El novelista Juan Antonio de Zunzunegui, ZZ lo llamaremos en adelante, publicó en 1961 una novela titulada *El premio*. La fábula es sencilla. Un abogado de Burgos, Alejandro Martínez del Coso, obtiene el premio La Osa Mayor, dotado con cien mil pesetas, por su novela *Ancha es Castilla*. El premio es uno de tantos de los que se convocaban en España. «Proliferaban los premios [...] El país corre el peligro de convertirse en una gran verbena». Alejandro abandona su profesión y se traslada a Madrid para seguir la carrera de las letras. El resultado de esta decisión, después de varias peripecias, le lleva al desastre personal y familiar. El literato en ciernes no es capaz de seguir escribiendo. La novela termina con el regreso a Burgos de Alejandro y su familia. A pesar de su declaración inicial sobre el carácter inventado de la novela, hay algunos personajes y lugares que se parecen demasiado a los reales. ZZ describe a un editor, Agustinito Blázquez, el creador del premio La Osa Mayor –existía, como hemos visto, el premio La Osa Menor, pero aquí sirve para el Planeta, dotado precisamente con cien mil pesetas–, que habla como Lara: *A ver zi ze viene enseguía a Madrí que tenesmo que hablá*. Un café, el Oviedo, que es una réplica del Gijón, centro de una vida literaria mezquina, dominada por la envidia y la maledicencia. La novela sugiere que había premios falsos, premios fraudulentos. Editoriales sin recursos convocaban un premio, bien dotado, por una novela inédita. El premio se lo llevaba siempre un autor novel, un desconocido que aceptaba

cobrar solamente una parte o no cobrar en absoluto, a cambio de beneficiarse de la publicidad: «La fama y el nombre lanzado a los cuatro vientos». Otra forma del timo de los premios consistía en adjudicar con anterioridad al fallo del jurado a un autor famoso, manipular la composición del jurado, etc. Los pactos entre autor y editor podían tener variantes. Y la solución propuesta por ZZ no se apartaba de lo que había señalado el decreto gubernamental: obligar al editor o particular convocante del premio a hacer un depósito notarial por la cantidad estipulada. La visión que ZZ presenta del mundo editorial y literario madrileño es harto pesimista: empleo de «negros» o escritores en la sombra, falsificación del número de ediciones, hinchándolas para simular un éxito de ventas. La vida literaria, pobre y mezquina, es una «cueva de alimañas, lodazal; un campo mangoneado por gentes inescrupulosas capaces de mimar a escritores de la situación», regalándoles por ejemplo la labor bien pagada de mantenedores en los juegos florales. Algún conocimiento debía de asistirle a ZZ para hacer afirmaciones tan gruesas. El hombre desengañado de la vida literaria española practicaba algunas de las triquiñuelas que criticaba. Por ejemplo, el vicio de recomendar a Melchor Fernández Almagro –jurado habitual, crítico prestigioso, historiador de mérito– la novela de un autor poco conocido llamado Pedro Álvarez Fernández para el premio nacional de literatura, en 1953. Ante los rumores de que el Premio Planeta, en su segundo año de existencia, iba a dar preferencia a un autor novel, ZZ decidió retirar, poco antes del día de las votaciones, su novela titulada *La vida como es*. Ese año CGR ofició como secretario del jurado que designó como ganador a Santiago Lorén por su novela *Una casa con goteras*. ZZ informaba a Fernández Almagro, de que tal o cual novela –una de Rafael García Serrano– no podía concursar a un premio porque había sido rechazada en otro; y pasaba a refutar a Eugenio Montes porque había dicho algo parecido de una novela suya. También aprovechaba el conocimiento de su paisano José Félix de Lequerica para recomendar otra de sus voluminosas, tremendas, inacabables producciones. La relación de CGR con Lara parece ser cordial. Dos obras suyas, *Los oscuros dominios* (1953) y la *Guía de Cuenca* (1956) se publicaron en Planeta.

Recordemos la oferta para sacar a la luz su Archivo secreto. Parece ser que fue él quien recomendó a José María Gironella que llevase a Lara el manuscrito de *Los cipreses creen en Dios*, el principio de una trilogía sobre la guerra civil que no encontraba editor, ante el temor de encontrarse con el rechazo de la censura. Un rotundo éxito de ventas –en 1961 la obra iba por la vigésima segunda edición– que fue comienzo de la fortuna de Lara y de la editorial Planeta[485].

En las entrevistas –un género de moda– había casi siempre una pregunta sobre el particular. Los había favorables, como Tomás Salvador, ganador del Ciudad de Barcelona, que opinaba que los premios eran el único medio al alcance de los noveles para hacer sonar su nombre. Un «pasaporte», afirmaba Dolores Medio, para entrar en el mundo literario. ¿Crees en la eficacia de los premios?, le preguntaron a Manuel Arce, reciente premio nacional de poesía:

> –¡Qué pregunta! –exclama Arce divertidísimo– y añade: creo en los premios literarios como un medio para darse a conocer y llegar a ese gran público[486].

Otros, como el editor Manuel Aguilar, se mostraban más bien escépticos: los premios, afirmó, no crean nuevos autores. Y los hostiles, frecuentes entre los escritores más conocidos, así Dolores Medio:

> –¿Qué opinión tienes de los premios?
>
> –Pues que están prostituyendo la literatura, porque, en definitiva, el premio es únicamente un pasaporte para entrar en el mundo literario y no otra cosa, como se creen algunos premiados. Es mucho optimismo pensar que un premio puede consagrar a un escritor.

Prostitución es el término que uso CJC:

> –¿Por qué no se presenta a los premios literarios?
>
> –Porque los premios son lo más parecido a la prostitución.

Cela no creía que los premios ayudaran a la aparición de nuevos valores. Estos surgían por sí solos. No había ningún valor ignorado. Los galardonados solo se beneficiaban económicamente. Literariamente, no. Una buena política literaria debería plantearse el destierro de los premios. El escritor ideal debería pensar en algo más elevado, no conformarse con las débiles andaderas de los premios. Parecida respuesta con un complemento cínico.

> –¿Qué opinas de los premios literarios?
>
> –Que es lo más parecido a la trata de blancas.
>
> –Tú has sido varias veces jurado. ¿A quién has dado los premios?
>
> –A mis amigos.
>
> –¡Camilo!
>
> –Es la verdad. También es cierto que ha coincidido que mis amigos han presentado siempre las mejores obras. Eso es natural, porque mis amigos son los mejores. Ten en cuenta que yo elijo mis amistades[487].

Andando el tiempo, la actitud de Cela girará del rechazo a la ambivalencia. Y más. Se cuidó de organizar su carrera literaria. Nada más ingresar en la Academia, anunció que su objetivo era el premio Nobel. A medida que avanzaba en años y en prestigio, le entró una especie de bulimia que no lograba calmar un premio y otro y otro[488].

Más entrevistas. Elena Quiroga. Salen a relucir los consabidos premios:

> –Yo soy la menos indicada para hablar, porque debo mi nombre a un premio [...] Van siendo ya demasiados premios. En Francia se está vulgarizando mucho la literatura por este motivo; en España sucede lo mismo. Los jurados no van estando bien seleccionados y los concursantes escriben las novelas pensando en los miembros del jurado, en los patrones de otras novelas premiadas[489].

De manera creciente, se publicaban dudas y peros. Los premios eran un arma de doble filo. Cumplían con la misión de

estimular, de descubrir plumas desconocidas, pero también impedían conquistar méritos a fuerza de madurez y experiencia. Se hizo corriente una frase que decía que en España no se escribían libros, ni artículos; que en España se escribían premios. Miembros de la cofradía letrada hacían este tipo de cálculos: *El Correo Catalán* convocaba un concurso de cuento, dotado con diez mil pesetas; dicho a las claras, el folio salía a mil pesetas o más. A base de premios de este tipo, en España se había conseguido una floración espléndida de cultivadores del género[490].

CGR se familiarizó con el mundo de los premios no solamente como concursante sino como jurado. Lo fue en el primer premio Planeta y ofició como secretario informal en la segunda edición. Repitió en el Mariano de Cavia de 1954 y en otros de alcance local, como el Málaga-Costa del Sol. Si en 1945, después del fallo del Nadal, sostenía que en España los premios se habían dado siempre a los amigos, ahora parece creer, por propia experiencia, que en un jurado serio domina el deseo de acertar, de ser imparcial y apreciar el mérito. En el Planeta había un equipo de lectores –Fernández de la Reguera, J.M. Castellet y la mujer del editor, Teresa Bosch, entre otros– que seleccionaba a los finalistas mediante unas cartulinas que correspondían a cada obra presentada: argumento, calidad literaria, interés, puntuando de 1 al 5. En el Cavia, Ruano confesó que apenas le habían molestado con recomendaciones. También se erigió en una suerte de defensor de la utilidad de los premios. España era un país pobre. El escritor era un ser más o menos desvalido desde el punto de vista material. Luego era muy de estimar un premio que pudiera sacarlo, siquiera temporalmente, de la inopia. Los premios servían para descubrir nombres y también para confirmarlos, facilitando además una necesaria publicidad. Los editores sostenían que una obra, por el hecho de ser premiada, atraía lectores y facilitaba las ventas. Francia tenía registrados setecientos sesenta y cinco premios, según la *Guide des prix littéraires*. Por muchos certámenes que hubiera en España, era improbable que su número se aproximaba a esa bonita cifra[491].

El caso es que fue rectificando esta postura, paso a paso, alineándose con otras opiniones que ponían en duda los efectos

benéficos de tanto concurso. Los premios, sostiene, tienen algo de lotería. No en vano la mayoría se fallan con el frío, en fechas cercanas a la Navidad. Y ello alimentaba un clima en que el esfuerzo y la constancia eran suplantados por el milagro. Empezó a reparar en los inconvenientes que había en tanta profusión. Uno era el de fomentar la ilusión del atajo, la de que se podía llegar a la cima de la carrera literaria de un solo envite, orillando el largo aprendizaje. Otro, el de creer que la escritura era un medio para lograr fortuna, y no un fin, una vocación. El de fomentar una literatura de encargo era otra de las consecuencias de esa jungla de concursos. Se escribían obras de teatro para tal o cual compañía, una novela para tal editor o para presentarla a este o aquel premio. Ruano viene a defender el ejercicio «puro» de la literatura, una suerte de sacerdocio de las letras. Galdós, Baroja, Azorín, Ramón, dejaron una obra ingente sin premios; ninguno fue finalista de nada. No se ayudaron con empleíllos ni salidas hacia el cine. Pero, en la actualidad, «casi nadie se pone frente a unas cuartillas sin saber de antemano dónde va a colocarlas». Claro que él estaba incluido en algunas de las categorías que criticaba. Ruano escribía pensando en el medio, el diario, la revista, la clase de público al que se dirigía. Buena parte de su obra es una obra de encargo: tantos artículos mensuales a tantas pesetas, y ello mediante contrato. Los premios podrían tener esos o aquellos inconvenientes, pero no rechazaba que alguien le llevara a un concurso. Cuando llegaba el premio era bienvenido. No faltaba más.

Pasaron los años. Los premios, concluirá Miguel Delibes al filo de los años setenta, eran «las oposiciones del novelista». El Nadal, aparte de un buen negocio, fue un aldabonazo que estimuló la literatura nacional. A partir de entonces vino la proliferación. Pero esta abundancia hizo descender el valor de la mercancía: «Hoy, fíjate, quizá haya en España más de cincuenta premios anuales para narradores. Naturalmente, es imposible en un país como el nuestro, todavía de bajo nivel cultural, distinguir cada año cincuenta novelas meritorias». La gente –estamos en 1971– no se fiaba ya de los premios[492].

Pocos meses después de que CGR publicara sus reservas acerca de los premios, la Fundación March concedió pensiones

de literatura a catorce escritores. Parece ser que las pensiones estaban vinculadas a la presentación de un proyecto. Fernández de la Reguera, por ejemplo, había concebido unos Episodios Nacionales, a modo de continuación de los galdosianos. Entre los beneficiarios estaban Rafael García Serrano, Manuel Alcántara, Carmen Bravo Villasante, Juan Antonio Cabezas, José Luis Vázquez Dodero, Dámaso Santos y así hasta catorce nombres entre los que, desde luego, figuraba Ruano. Eran periodistas, novelistas, críticos muy bien situados, escritores «mimados de la situación», según frase de ZZ. Cada uno de ellos se llevó 50.000 pesetas, una cantidad que era el término medio de los premios literarios usuales[493].

Y siguieron los premios concedidos a CGR. En febrero de 1963, el que adjudicaba el Ayuntamiento de Madrid a los libros de tema madrileño, por el que acababa de publicar, titulado *Caliente Madrid*, reedición del *Madrid entrevisto* de los años treinta. La dotación era de 15.000 pesetas[494]. Otro, que podría entenderse como un premio por partida doble: el Málaga-Costa del Sol por un artículo en *Informaciones* titulado «Costa del Sol y sol de la costa», que fue redactado a raíz de un viaje seguramente remunerado. Premio de jugosas consecuencias, porque un jurado encabezado por el alcalde de Málaga lo premió con 30.000 pesetas[495].

No todos los premios acarreaban una remuneración en pesetas. El homenaje que le ofrecieron a CGR los comerciantes y asociaciones de vecinos de las Ramblas barcelonesas era puramente honorífico. Era un homenaje justificado por la propaganda del lugar, por ser el escritor un «ramblista» convencido. «Cuando vengo a Barcelona, decía, vengo concretamente a las Ramblas. A los demás sitios me llevan». Las Ramblas, lugar en que estaban representados la industria y el trabajo y el comercio, donde Barcelona es más Barcelona, su «río vertebral» con sus mejores afluentes[496]. Otro premio en especie fue la medalla de oro del cacao, concedido por el Comité sindical del cacao –el de Guinea, se supone–, consistente en la imposición de una medalla, un cacao de oro, que se entregaba en medio de una chocolatada. «Es la primera vez que me condecoran», dijo el premiado. El Juan Palomo, en septiembre de 1964, era un

premio de prestigio, otorgado por la revista *Semana* por un artículo publicado en *ABC*, «El Estrangulador». Su director, el escritor Manuel Halcón, lo justificó de esta manera: «Porque es un gran escritor. Porque lo ha sido siempre, pero ahora más, después del remiendo. Porque se esfuerza en idealizar la vida, la suya y la ajena. Porque trata de demostrar que se puede vivir como rico sin tener dinero y casi lo consigue. Porque ha vencido a la muerte. La física y la literaria»[497].

La clínica del doctor Puigvert, en 1964, días antes de ser sometido a la operación, sirvió de marco adecuado para la recompensa que otorgaban los organizadores de la Cruzada de protección ocular. El último premio lo recibió en un concurso de radiodifusión, 25.000 pesetas, en un programa dirigido por el doctor Martínez Bordiú, «El consejo del doctor», por un artículo titulado «La divulgación médica», publicado en *ABC*[498].

XVII
El lápiz rojo.
Madrid, 1950-1960

Mi medio siglo se confiesa a medias. Memorias. Publicadas como sabemos por entregas, a lo largo de 111 días, en el diario *El Alcázar*, se imprimió en junio de 1951 por la editorial Noguer de Barcelona. Fue un éxito literario. Y un éxito de público. Antes de que se publicara el libro, el número de personas pendientes de la entrega diaria aumentó de manera notable. Pío Baroja –elogio sobre elogio, elogio superlativo– dijo que prefería a Ruano, un escritor quizá fantástico y arbitrario, por encima de otros más equilibrados y normales. «Está en la línea de Larra». Es un gran escritor, afirmó don Gregorio Marañón, porque lo que dice es siempre patético, porque había vivido mucho. Si no se ha estado en el potro, no hay nada que contar. También Eugenio Montes y Rafael Sánchez Mazas alabaron el arte, la sensibilidad, la crudeza de buen tono, la novedad que representaba en la literatura española unas memorias en buen estilo castellano[499].

Primero fue en Barcelona. Se anunció a finales de noviembre de 1950 una disertación en el Ateneo sobre las *Memorias* a medio redactar, que estaban logrando un «éxito enorme». Existía una gran expectación, señala la convocatoria, porque el gran escritor, «de brillante y personalísima pluma», gozaba de numerosos lectores y admiradores en Barcelona. Y así ocurrió. El salón de actos del local de la calle Canuda estaba lleno a rebosar. Pasillos y dependencias atestados de gente que siguieron el acto por un servicio de megafonía. Presidían el acto Luys Santa Marina, presidente de la entidad, acompañado por Josep Maria Pi i Sunyer, decano de la facultad de Derecho y el delegado provincial de Educación Popular, es decir, el responsable de la censura. El disertante estaba afónico. Entre ese inconveniente y

su inhabilidad habitual para la oratoria –tras que el niño era feo le pusieron Doroteo, recordó– se limitó a leer algo que creyó amable y fácil, entresacado de los ochocientos folios que dijo que llevaba escritos. Leyó el que iba a formar capítulo X de su próximo libro; el momento en que el César de 1950 recapacita sobre el César que fue en 1920. El César de 1950 –demacrado, con arrugas y grandes ojeras– quedó impresionado por el calor del público del Ateneo. Era un hijo pródigo que, al volver, encontraba todo igual a como lo dejó. Se acercó luego hasta Sitges. Acudió al Chiringuito, como solía. El camarero le saludó como si le hubiera visto el día anterior. La ceniza de los cigarrillos parecía que estaba aún caliente[500]. A partir de entonces, las visitas de Ruano a Cataluña se hicieron frecuentes, ya fuera para tratar de negocios con los editores de Barcelona, ya en plan de conferenciante, ya como refugio y descanso en la Costa Brava.

A continuación, en Madrid. En el Ateneo no habían visto nada igual, quizás porque ya no recordaban las apariciones de Unamuno, como aquella que cubrió Ruano en oficio de gacetillero. Toda clase de público: escritores, estudiantes, financieros, chicas jóvenes, supervivientes de otras épocas enfundados en trajes oscuros, militares de alta graduación, uniformes. El viejo mosquetero no tenía buen aspecto. Habló con su voz ronca de las *Memorias* que estaba escribiendo. Y no pudo evitar la emoción, empezando por decir –en la misma cátedra en que había afirmado que Cervantes escribía con los pies– que lo que, en el fondo, quiere un escritor es que le quieran. Descubrió cuál había sido su intención como memorialista, sirviéndose de varios retruécanos habituales: No toda la vida del escritor es su obra, pero sí que su obra es siempre su vida. O con alguna de esas frases construidas sobre aforismos de Eugenio d'Ors: En literatura todo lo que no es nostalgia es simulación y lo que no es directa o indirectamente autobiografía es plagio. En una cosa llevaba razón: Era muy difícil trazar la frontera entre su vida y la literatura[501].

Elogios. Escritor polifacético que, con su estilo personal, se ha colocado en la vanguardia literaria española. El repaso a su medio siglo ha dado mucho que hablar. Entrevistas:

–¿A qué se debe el éxito entre los lectores?

–Lo ignoro. A lo mejor resulta que porque están bien hechas[502].

Publicado el libro continuó con las charlas en las que se limitaba a leer un trozo de lo publicado. Vinieron las reseñas. Sus compañeros de generación, la de los veinte –si acaso existe o tiene un referente preciso– recordaron al poeta y al periodista: Las *Memorias* eran «el documento periodístico más interesante publicado en estos años por un escritor español». El escritor de café, al que siempre vieron rodeado de contertulios, roturando blancas holandesas con su letra grande; el hombre obsesionado con el pecado y el satanismo, «era el periodista más poeta y el poeta más periodista». Solo el apresuramiento había dañado su obra. «Siempre estuvo devorado por la prisa», «siempre creyó que [...] se le iba la vida de las manos», decía Ledesma Miranda, la misma persona que le presentara en la docta casa, treinta años atrás[503].

En ocasiones, Ruano no esperaba pasivamente, sino que pedía a este o aquel crítico el favor de una mención de sus obras. Lo hizo con las *Memorias*, enviándole una carta a Melchor Fernández Almagro:

Domingo

Querido y admirado Melchor

Perdóneme usted una vez más, pero si puede usted poner ya en primera línea las «Memorias» me hará usted un gran favor.

A efectos prácticos es vital el que pudiera venir coincidiendo con la inauguración de la Feria, o un poco antes. *Ya*, *Alcázar*, *Pueblo*, etc., hacen muy poco. Y lo de Vd. es mucho.

Si cometo esta impertinencia es por dos cosas: porque sé que Vd. me la disculpa y entiende y porque nada raro es que se le pueda semiolvidar en el terrible mundo de libros que yo le imagino. Vengo poco por el Gijón porque Mery está en la clínica de Vital Aza. Un abrazo de su agradecido. C. González-Ruano.

Era una precaución innecesaria, quizás fruto del nerviosismo, del interés que ponía en la que consideraba una de sus obras mejores. Fernández Almagro venía reseñando las novelas de CGR desde tiempo atrás. Aunque ello no evitó volver a recomendarse en abril de 1960 para una crítica, «no en *La Vanguardia* sino en *ABC*», cuando apareció *La memoria veranea*. La verdad es que él hacía lo mismo con los libros de Fernández Almagro, con críticas siempre elogiosas en los periódicos en que colaboró[504].

Más entrevistas:

> –Sus *Memorias*, que tanto están interesando, ¿son objetivas?
>
> –He preferido ser lo menos apasionado posible [...] y, desde luego, he huido de cualquier falsedad que en ellas pudiera deslizarse
>
> –¿Con toda sinceridad?
>
> –Con una sinceridad casi, casi, mortis causa. Porque las he escrito como si dictase mi propio testamento...[505]

Los periodistas hacían preguntas parecidas, sobre la sinceridad, la objetividad de sus confesiones, sobre los personajes que había conocido, quiénes eran sus preferidos –Manolo Bueno, respondía sin dudar, un hombre y un escritor magnífico, injustamente olvidado– y cuáles había recordado con mayor desagrado: a Unamuno, porque, aunque hubiera cierta admiración intelectual, desde el punto de vista humano representaba todo lo que detestaba. La sucesión de entrevistadores le recordaban sus inicios en el periodismo, cuando Fontdevila le pagaba diez duros por entrevista. También le recordaban la sucesión de las generaciones, el inexorable paso del tiempo.

> –¿Qué has añadido o quitado en tus «Memorias» sobre lo que se publicó en *El Alcázar*?
>
> –He aumentado algunas cosas en los capítulos de juventud principalmente y he suprimido algunos extremos que molestaron o hirieron, por creer que podían herir a algunas personas.
>
> –¿Por ejemplo?

> –Lo relativo a don Ricardo León, figura por la que humana y literariamente tengo un respeto y aun debo la gratitud de que él fue quien mejor me ayudó en ocasión del premio Mariano de Cavia. Ningún interés tuve yo nunca en escribir cosa desafecta a él; pero, puesto que lo pareció, lo he retirado voluntariamente y aprovecho esta ocasión para hacerlo público[506].

Rectificar lo relativo a Ricardo León no fue enteramente un acto de justicia. Lo que publicó *El Alcázar* sobre el autor de *Casta de hidalgos* y que fue suprimido fueron estas palabras, ciertamente desmesuradas y no muy agradecidas:

> Fuimos a verle a Torrelodones donde estaba haciendo una casa impresionante, muy en relación con la idea que yo tenía de su dueño. Era una casa con pretensiones de palacio, seria y triste, con algo de casona montañesa y de tumba de hidalgo medio muerto. Se veía que Ricardo León había hecho su última morada tal y como habría querido que fuera su cuna.
>
> La casa, a medio acabar, daba una impresión de ruina. Ricardo León había plantado en el jardín cipreses.
>
> El académico era un hombrín insignificante, muy pequeño, muy encogido. Había salido a recibirnos y andaba como con las piernas trabadas con una calma desesperante. Su voz temblona y esmerilada salía como de detrás de su canija persona y se daba uno cuenta de un acento raro que había que suponer andaluz sabiendo que era de Málaga, pero que era como el de los demás madrileños. Quizá fuera el acento del Banco de España.
>
> Nos pasó a una sala grande y muy fría, que recordaba un museo provincial, donde estaba instalada su biblioteca [...] De los anaqueles sacó con bastante ingenuidad los tomos grandes de sus «Obras completas» que había publicado con lujoso mal gusto el Banco de España. Al hablar le hedía el cuerpo por dentro a pastillas para la tos, a hernia, a Diccionario de Autoridades y a claustro...

Ruano reconocía que Ricardo León fue uno de los que apoyó con más ardor su candidatura al Mariano de Cavia. ¿Qué pudo interesarle de su persona y escritos?

> –Lo elegí y lo voté porque su trabajo era joven y fresco, descuidado, ágil. Es lo que me parece más envidiable en literatura.

Nada más publicarse este capítulo o entrega de las *Memorias*, los hijos de Ricardo León esperaron a CGR en plena calle, a la salida de su casa, y le agredieron con violencia. César apareció a la hora del aperitivo en el café Gijón, acompañado de CJC, con aspecto alterado y evidentes erosiones en el rostro. Aunque no fue testigo directo, Cela era el que daba las explicaciones. «La agresión fue brutal, y don César hubo de ser asistido facultativamente»[507]. El ataque fue lo bastante serio como para alarmar al agredido. Eran «dos paranoicos», pero con mucho peligro. El asunto pasó a los juzgados y la policía le entregó una pistola para su defensa, poniéndole escoltas durante varias semanas; unos escoltas que, incluso, lo siguieron en un viaje a Barcelona. Se dieron otras quejas por la manera en que sus parientes o sus personas eran descritos en las *Memorias*. Hubo individuos susceptibles, esquinados o fanáticos, que las interpretaron como un ataque dirigido a las figuras que inspiraban los «ideales» de la España Nacional. Quienes tenían buena memoria, coleccionistas de papeles viejos, por oficio o afición, como Francisco Sintes Obrador, director general de Archivos y Bibliotecas desde 1951, documentaron la falta de respeto que el joven Ruano había demostrado a instituciones sacratísimas:

> Es de sobra conocida la conducta de escándalo y abyección de esa persona, lo que hace unánimemente se le señale por doquier como prototipo de degradación y delincuencia: así como sus antecedentes, tanto de incendiario de conventos como de difamador en la prensa y en el libro de las más altas esencias, con grave escarnio para la iglesia, el ejército y la tradición.

Sintes coleccionaba una especie de dossier, acaso una denuncia, quizás un desahogo privado, en el que incluyó las consideraciones del juez encargado del juzgado número 7, a

tenor de las cuales puede intuirse el carácter de la sentencia:

> No cabe desconocer, para graduar la pena, las circunstancias que han dado origen a tales hechos, pues si siempre es censurable la ingratitud de un hombre que se ha arrastrado ante su protector, en este caso el ilustre académico Don Ricardo León, modelo de caballeros, resulta menos digna la actitud despectiva con que el Sr. González le trata en sus artículos si se tiene en cuenta que quien lo hace no ha recibido más que beneficios del ofendido, cosa que realmente no puede extrañar en un escritor que maneja su pluma ofendiendo a los caídos, cuando ya no pueden defenderse por sí mismos…[508]

En vísperas de la aparición del libro, César estaba muy preocupado con la censura. Tenía motivos para la inquietud. Los responsables del ramo de la prensa y el libro coincidían en la necesidad de una estricta tutela. El Ministro de Información y Turismo (1951-1962), Gabriel Arias Salgado, secundado por Juan Aparicio, director general de prensa, eran implacables en su afán de intervención: «Toda la libertad para la verdad; ninguna libertad para el error». El Estado no podía mantenerse indiferente, inerme ante las acometidas de sus adversarios. Librarse del liberalismo no era renunciar a la libertad, sino todo lo contrario. Era alcanzar, según su punto de vista, una libertad más auténtica; una libertad dentro del Estado no contra el Estado. Arias Salgado era una curiosa mezcla de falangismo estricto y catolicismo cerril. El ministro sostenía la tesis siguiente, inspirada acaso por el menéndezpelayismo: el pensamiento moderno se había separado de la órbita teológica y había roto amarras con la norma objetiva de la moralidad. Desde entonces, por así decir, todo andaba manga por hombro. Era necesario restaurar ese orden que solamente podía garantizar una religión defendida por el Estado. Y allí estaba él, con todo el aparato censorio a su servicio, dispuesto a separar, con la seguridad de un fanático, la eterna verdad salutífera del maligno error pasajero. Desaciertos, equivocaciones, descarríos que, a lo largo de la última centuria, habían cuajado en las libertades de

cultos, de conciencia y de pensamiento, impulsadas por la libertad de imprenta[509]. En su *Diario*, CGR reseña varios encuentros y conversaciones con el ministro Arias Salgado, pero no explica de qué trataron. De teología, es improbable. De censura, acaso. En más de una ocasión, de manera pública, el escritor pedirá una suavización de los rigores censorios. Con Juan Aparicio, antiguo jonsista granadino, gran preboste de la prensa durante dos décadas, coincidió varias veces. Con él tuvo siempre una relación cordial. «Le imagino en el mismo despacho donde le conocí en una mala racha de disgustos profesionales. Estaba recién llegado a España y vivía en Sitges». No hay vez que cite al personaje que no lo acompañe de un elogio. «Juan Aparicio es un gran profesional y un fino y fuerte escritor»[510]. Aparicio había fundado tres revistas, *Fantasía*, *La Estafeta literaria* y *El Español*, tres publicaciones sobre la vida y las anécdotas del mundo de las letras, incluida la poesía. Revistas en las que, ocasionalmente, colaborará CGR. Tenía un despacho oficial con cierto ambiente mussoliniano. Recibía sentado, con una mano oculta en el pecho, como queriendo imitar a su ídolo Napoleón, con el que guardaba cierto parecido físico. Tenía la mesa convertida en una especie de zoo en miniatura: jirafas, chimpancés, osos y caballos dotados de movimiento mediante muelles, «una extraña juguetería de pequeños bibelots de cristal y de madera que alegran la conversación del visitante»[511]. Sus corbatas de lazo –rojo, verde, amarillo– eran muy vistosas, «tremendas», asegura Ruano. Seguía con la matraca de su época de las JONS, citando con frecuencia aquella frase de «actuales frente a intelectuales», una consigna que muy pocos lograban comprender. A pesar de ello, según Dionisio Ridruejo, había favorecido a muchas personas desvalidas en su primera época como director de prensa –Ruano entre ellas–, abriendo un cauce a los jóvenes –y no tan jóvenes– en las revistas que inspiraba[512].

Como ya se ha comentado, en las entregas periódicas de las *Memorias* fueron suprimidas las referencias al sexo, en sentido amplio. Fueron cortes muy extensos, aunque luego se autorizara su publicación en el libro que, naturalmente, contaría con menos lectores que en el periódico. También fue retenido, aunque publicado al fin, el episodio de París en el que intervenía el

doctor Marañón en su favor; un trozo que fue dividido y cambiado de sitio en el libro. Ruano aprovechó sus relaciones privilegiadas para desbloquear la publicación de esa entrega hablando directamente con Pedro Rocamora, Director General de Propaganda, responsable último de la censura de libros. Ruano, y la editorial Noguer, procedieron con las *Memorias* de acuerdo con la legislación en vigor. Depositaron dos juegos de pruebas el 7 de febrero de 1951 en la sede de la dirección general, calle de Monte Esquinza de Madrid, casi esquina a Génova, y aguardaron la resolución. No tuvieron que esperar mucho. Rafael Sánchez Mazas apareció en plan de agorero y dijo haber recogido algunos rumores desfavorables: «Se presenta de golpe Sánchez Mazas. Malas noticias. Consejo de ministros. Protestas que han canalizado». Nueva entrevista con Rocamora. «El amigo Rafael se ofreció a ejercer él mismo la censura. Rocamora acepta encantado». En realidad, no hubo tanta dificultad. Tratándose de la censura, los dedos se les hacían huéspedes, incluso, a un camisa vieja y exministro de Franco como Sánchez Mazas. El director general había firmado la tarjeta de autorización el 23 de febrero, ordenando la supresión de este párrafo, que bien puede servir de indicador y ejemplo del criterio que la censura había seguido con las *Memorias* desde su aparición en la prensa. Se refieren estos renglones a un recuerdo de la juventud de Ruano acerca de un tal Valero, un caso de prostitución masculina.

> Esta doble vida era frecuente en varios efebos que conocí entonces. Me acuerdo de un tal Valero, efebo un tanto falso y lleno de malicias, que ya llevaba pantalón largo y tendría unos catorce o quince años. Este salía de su casa con el pantalón largo y se cambiaba en casa de un amigo poniéndose un pantalón corto con el que se echaba a la calle a levantar algunas pesetas por inconfesables sistemas. Luego volvía a ponerse su pantalón y se iba a cenar a su casa, que era una casa muy burguesa y de pacatas costumbres. Por la noche pedía permiso para dar una vuelta y se gastaba con las mujeres el dinero que había sacado haciéndoles la competencia. Para gustar en lo que no le gustaba y pagarse sus verdaderos gustos después. Valero era un chico simpático y afable. No sé cómo pudo llegar a descubrir estas cosas y a

practicarlas con tanta frialdad y precisión.

La dilación en la autorización final se debió a una carta de José Pardo, delegado provincial de Barcelona (la editorial Noguer tenía en esa ciudad su domicilio social), ordenando la supresión de todo lo referente a Ricardo León. El 23 de febrero pudo Ruano celebrar en su *Diario* la autorización de la que creía, con fundamento, que era la obra más importante que había escrito hasta entonces. «Las *Memorias* han pasado íntegras excepto un párrafo de exactamente quince líneas». Algo más de un párrafo. La tirada de esta primera edición fue de 3.000 ejemplares[513].

Los temores que suscitaba la censura de libros estaban archijustificados. Las primeras obras que publicó Ruano desde su vuelta a España, en su mayoría, habían pasado la censura con pocas objeciones. *La alegría de andar*, según el calificador –uno del oficio, seguro– tenía un valor literario o documental nada más que «pasable», era una «novela de recuerdos personales» sin nada censurable, por lo que fue autorizada en el plazo de un mes –de 13 de julio a 13 de agosto de 1943– y la editorial pudo proceder a la impresión de los 4.000 ejemplares previstos. *La vida deprisa*, con una tirada de 3.000 ejemplares, fue descrita como un conjunto de «narraciones y aventuras en diversos lugares de Europa, todas bastante desenfadadas y escritas en primera persona. La última de ellas no es, a mi juicio, tolerable»[514]. Pero pasó, burla burlando, en abril de 1945, incluyendo una última narración, la titulada «André, pas de chance», la peripecia de un malasombra en un ambiente barriobajero. El criterio definitivo era, en bastantes ocasiones, más amplio que el del calificador o lector que, por varias razones, prefería pasarse de estricto a sufrir reproches por demasiado liberal. La censura de *El poder relativo* fue despachada en tiempo récord, entre el 21 de mayo, cuando se hizo el depósito, y el 3 de junio de 1946 en que se aprobó porque no hay «nada que impida su publicación». El criterio del director general se impuso al de un puntilloso lector en el caso de las *Siluetas de escritores contemporáneos*. La censura había llamado la atención sobre expresiones como «Araujo Costa, uno de los

hombres más pesados de España» o los «bichos» que encontró el autor en la cama de don Ramiro en la casa familiar de los Maeztu en Bilbao. También proponía la supresión de todo lo referente a Pedro Luis de Gálvez, el sórdido bohemio. Rocamora consideró que estas tachaduras no tenían importancia y autorizó la publicación. *Cherche-Midi*, calificada como «novela psicológica», con una tirada de 2.350 ejemplares, fue autorizada el 4 de agosto de 1951, apenas quince días después de su presentación. Pero hubo alguna novela cuya publicación no fue sencilla.

Cualquiera que deseara publicar libros, folletos u hojas sueltas, ya fuera una editorial o un autor particular, siempre que se tratara de publicaciones no periódicas, tenía que seguir las instrucciones marcadas por la Delegación Nacional de Propaganda. Los folletos de menos de 32 páginas podían ser autorizados por las delegaciones provinciales de Educación Popular. Tenían que pasar la censura los tebeos, las novelitas rosas, los impresos de propaganda médica o turística y hasta las cartillas de instrucciones para hacer punto de cruz. Se entregaba el libro en galeradas o escrito a máquina acompañado de una instancia dirigida al Delegado Nacional. La comunicación con los funcionarios del servicio no estaba autorizada. Las reediciones no estaban exentas de censura, no fuera que el editor o el autor introdujeran de rondón textos nuevos y no supervisados. Sometida la obra a un «lector», esté estaba obligado a rellenar una suerte de cuestionario que incluía seis preguntas: ¿Ataca al dogma? ¿A la iglesia? ¿A sus ministros? ¿A la moral? ¿Al régimen y a sus instituciones? ¿A las personas que colaboran o han colaborado con el régimen? Y luego había un espacio libre en el impreso para que el censor puntualizara sus objeciones, señalara las partes que había que tachar o cambiar y, sobre todo, si se recomendaba o no la publicación. El primer tropiezo serio vino con la *Imitación del amor*, presentada a censura el 15 octubre de 1946. Esta *Imitación*, recordémoslo, estaba hecha con los restos de aquella *Terraza de los Palau*, presentada al primer premio Nadal. Parecía que la novela estaba gafada. El «lector» leyó las galeradas y dictaminó que atacaba al dogma y a la moral. «El ambiente es totalmente inmoral y el lenguaje usado

excesivamente crudo y rozando lo obsceno». «Solo el principal personaje encontraba al final el reposo espiritual ansiado después de seguir una vida ejemplar previamente depravada». En consecuencia, por orden de 26 de octubre de 1946, la obra, la que pudo haber escrito el Caballero Audaz según Josep Vergés, fue prohibida. Pero CGR puso a contribución sus influencias. Escribió directamente a Pedro Rocamora:

> Sitges, 9 diciembre 1946
>
> Sr. Don Juan [sic] Rocamora
>
> Director General de Propaganda
>
> Mi querido amigo: En este momento su grata carta del 4 que se cruzó con otra mía en la que le hablaba de lo ocurrido con censura en mi libro Imitación de la vida [sic].
>
> Tengo en este momento el serio disgusto de que el editor oscila en publicarla tal como queda porque realmente en algunas cosas no tienen, con las correcciones, ni congruencia.
>
> Me permito, confiado en la amabilidad con que Vd. me acogió, enviarle las páginas censuradas para que Vd. mismo las vea. ¿Se podría suprimir alguna expresión pero salvar el sentido que es imprescindible?
>
> Si Vd., querido Rocamora, me pudiera contestar pronto sobre esto devolviéndome en fin las cuartillas como Vd. crea que deben ir, me haría un gran servicio. Yo sigo sin cobrar este libro y no tiene Vd. idea de lo que me está complicando [...]
>
> Perdóneme, querido Rocamora, todo esto, pero sálveme Vd. humanamente lo que pueda. En cuanto yo recibiera siquiera aliviadas estas cuartillas, cobro el libro y a la imprenta.
>
> Gracias por todo. A sus órdenes siempre. Le saluda su devoto amigo
>
> César González Ruano.

Los pasajes tachados, ¡a lo largo de 22 páginas!, no impedían reformar el texto superviviente, le respondió Rocamora, un hombre cercano al Opus Dei. Ruano aceptó la sugerencia, agobiado por la necesidad económica. Es «cosa de máxima importancia para mí». Consiguió salvar el libro, a costa de

aceptar las tachaduras y mutilaciones, volviendo luego a ensamblar el texto. Por orden verbal del Director General se autorizó la obra «con las tachaduras indicadas en el informe». Pero, como se ha dicho más arriba, que la obra hubiera sido autorizada, no significaba que su reedición pasara de rositas. Nada de eso. La nueva publicación, por ediciones Jano, 125 páginas y 3.000 ejemplares previstos estuvo en un tris de ser prohibida. Veamos el parecer del «lector». Merece la pena para volver de nuevo sobre el criterio predominante, moral y religioso, de la censura:

> Aventuras de la vida de la bohemia. La acción se centra sobre una familia de la clase media de Sigüenza y sobre las peripecias de dos de sus miembros, Luisa y José, sobe todo de este. Tipos extravagantes se mezclan con ellos, insiste principalmente en las aberraciones de orden sexual, en los bajos fondos de Madrid, Tánger y París. Luisa es un tipo de mujer cerebralmente inmoral. José, después de una vida de aventuras, de dinero y mujeres, en las que cuenta muy poco la moral, encuentra al fin, en Sitges, un amor honesto. El autor parece pretender demostrar que la imitación del amor –imitación torpe– es tal vez uno de los más seguros caminos de llegar un día al «corazón difícil de su laberinto». El camino aquí seguido es ciertamente escabroso y reprobable, agravado por la crudeza y desafortunado lenguaje del escritor. Solamente puede salvarse la novela por el final honroso y por cierto desencanto natural que se advierte al fin de las torpes andanzas.

Y se proponían correcciones en 13 páginas. Pero esto no era todo. Determinados libros, los más controvertidos, añadían al «lector» habitual una censura religiosa. Conocemos sus identidades. Los lectores corrientes suelen ocultar su nombre. Los religiosos, no. La novela tuvo como censor religioso a Miguel de la Pinta Llorente, OSA. Académico de la Historia, buen conocedor de la censura de ideas por haber publicado trabajos sobre la Inquisición. Llorente alabó el «rico y jugoso estilo, dones de observación, de fantasía y de valores humanos» de la novela. Pero lamentó el «truncamiento de un matrimonio», lo que era

igual a «una aventura inmoral». Si el autor, argumentaba el erudito agustino, refleja «como creemos» la vida en uno de sus aspectos más deplorables, «sin canonizar tales aberraciones», la novela podría pasar; de lo contrario sería inaceptable e inmoral. Nadar y guardar la ropa. Pero había otro censor, fray Miguel Oromí, OP, filósofo escotista, el franciscano que pretendió refutar a Ortega y Gasset desde la filosofía escolástica, que no era tan generoso, tan ambiguo o tan inteligente como el padre De la Pinta Llorente. A cuenta de la inmoralidad de la novela, el padre Oromí proponía lisa y llanamente la prohibición: «Tal como está, ni siquiera con solo las tachaduras». La censura fue relativamente benigna, se conformó con las tachadruas y la obra se publicó –venganza acaso del editor– con una cubierta que parecía invitar a la inmoralidad y a caer en el pecado[515].

Mi medio siglo se confiesa a medias fue un éxito editorial, de buen rendimiento económico. Ruano ganó con él mucho más que con todos sus libros anteriores, una cantidad que subía hasta las cincuenta mil pesetas. Donde mejor marcharon las ventas fue en Barcelona. Un éxito grande, pero no indescriptible, por decirlo a la manera de Eugenio d'Ors. Hubo una segunda edición en 1959 que prologó Gregorio Marañón. Las reediciones sucesivas –1970 (Tebas), 1998 (Mapfre), 2004 y 2007 (Renacimiento)– fueron póstumas. Animado por el éxito, inició en el diario *Pueblo* la publicación de lo que llamó *Diario íntimo*. ¿Íntimo? La intimidad no está para ser mostrada porque ello avergonzaría al diarista y a su público. CGR anota en el *Diario* los acontecimientos mínimos de una vida que, después de tanto trajín, se ha vuelto rutinaria. Rutina de su vida de escritor: cómo, cuándo, dónde y de qué manera trabaja. Rutina de los achaques y enfermedades, que ocupan muchas de sus páginas, así como de los otros achaques, los económicos, que pueden ponerse en paralelo, por su reiteración, con los anteriores. Vida social, tertulias, conversaciones, cenas, cócteles, fiestas, ocuparán un espacio cada vez mayor. Viajes, desplazamientos por España, que se multiplican –placer y negocios– entrados los años sesenta. Recuerdos y nostalgias de la vida pasada. Ruano se concibe como el cronista de la vida menuda en sus artículos. Tiene la pretensión, anunciada una y otra vez, de no hacer literatura. Un

diario, dice al dar comienzo a la empresa, debe ser una cosa extraliteraria, simple reseña de la vida que pasa[516]. Que el diario no tenga que ver con otro género literario, ni siquiera con lo que entendemos por memorias, autobiografías, confesiones, etc.[517]. «Estoy firme en la pretensión de que mi *Diario* sea una obra voluntariamente extraliteraria, una especie de noticiario de pocas pretensiones, fuera de su preocupación por la anécdota y algún escape a la divagación, a pensar en voz alta»[518]. «Mi idea fija de lo que entiendo por *Diario*: un resumen muy fugitivo de lo cotidiano, sin recursos apenas de literatura». Una agenda durante varios meses, un diario objetivo, externo, describiendo el empleo del tiempo, no un diario privado, atento a describir la intimidad del diarista.

Ahora bien, era inevitable el hacer literatura, por mucho que la escritura fuera escueta, telegráfica en ocasiones. El *Diario* selecciona anécdotas, sucedidos; silencia unas cosas –las que entrarían en el hipotético Archivo secreto– y destaca otras. Narración. Literatura. Día tras día construye un personaje, el del escritor capaz de sobreponerse a las adversidades físicas o económicas para ser fiel a la insobornable vocación literaria. Si entendemos también por literatura la atención, el cuidado de la forma, tampoco está ausente del *Diario*, que tiene momentos muy felices, más allá de lo anecdótico, de gran brillantez:

> 19 marzo 1952. Segundo día de lluvia. Estábamos tan olvidados de ella que la recibimos con júbilo. Parece que nos llueve por dentro. Reluce la ciudad como la grupa de un caballo. Las sillas de las terrazas de los cafés están aguantando mecha con los brazos sobre la cabeza, cubiertos como boxeadores de paja junto al ring de mármol de los veladores.
>
> 1 mayo 1952. Hacia las ocho y media, la tarde muere sobre mi cama. Es una dolorosa maravilla. La habitación se va quedando en penumbra, perdiendo la luz el día a chorros de sombras. Llegan de la calle voces inconcretas, esmeriladas, hijas de la fiebre, sobrinas voces del silencio. Dejo llegar la noche hasta la cama como un perro ciego. Estoy conmigo ya sin miedo. He sentido una necesidad antigua de rezar. De pronto la luz eléctrica, los periódicos. El casi doliente encanto

se ha roto. Tengo hambre.

Naturalmente, era fácil comprender que, así como las *Memorias* eran unas confesiones a medias, el *Diario* no podía ser sino «una empresa de sinceridad a medias»[519]. Muestra y no muestra. El diarista alardea de que sabe más de lo que dice, o dice menos de lo sabe. Esto suele ser achaque de toda literatura autobiográfica. El contenido manifiesto siempre disimula un contenido latente. Lo dice Georges Gusdorf, uno de los mejores historiadores de las llamadas escrituras del yo. «Il faut interpreter ce qui est dit pour mettre en évidence les révélations non dites mais suggerées au bon entendeur»[520]. Periódicamente alude Ruano a un supuesto Archivo secreto, en el que habría coleccionado todo lo que no dijo en las *Memorias*. Y ello pica la curiosidad de lectores y editores. José Manuel Lara, en trance de ampliar poco a poco su imperio editorial, le ofreció cincuenta mil pesetas a tocateja como adelanto de ese supuesto Archivo. Una cantidad tentadora, que rechazó el interesado porque todavía tenía muchos escrúpulos para hacer un libro totalmente sincero. «En esto de las confesiones hay que ser homeópata». La proposición me tienta –comentó Ruano en alguna tertulia–; ahora bien, «lo que yo le he dicho al editor: tendría usted que publicarlo con mi esquela»[521]. El diarista sabía de sobra que había episodios de su vida que no se podían contar, so pena de arruinar su carrera y su prestigio, pero a los que se podía aludir de refilón, sugiriendo, no mostrando, aunque proporcionando al lector una guía hermenéutica de sus entregas autobiográficas

> Un ser fino ha de hacer algo más que leer entre líneas y entender a medias palabras. Ha de cambiar inteligentemente algo de lo que decimos por lo que queremos decir. Ha de saber leer allí donde no está escrito y oír en el absoluto silencio[522].

Escribía el *Diario* con cuidado, con demasiado cuidado a veces, procurando no molestar. Seguro que, en muchos momentos, pensaba en la censura; en una reedición de personajes airados, energuménicos, como los León o los Sintes.

En la España de Franco, en las dos décadas y media que siguieron a la victoria de sus armas, solamente podrían circular verdades apodícticas. La duda solía ser sospechosa, indicio de heterodoxia. La libertad, la de conciencia y la de prensa, entre otras, el inicio de una pendiente que llevaba al abismo anterior a la guerra civil. El sexo, peligroso siempre; y el que se ejercía fuera del matrimonio, impublicable. Las críticas ocasionales a tal libro, a tal persona, a cual estreno teatral eran benevolentes. La aparición de las autoridades políticas, alcaldes, gobernadores civiles, ministros, suelen ir acompañadas de elogios sobre su capacidad y dedicación. Leídas muchos años después, esas zalemas pudieran parecer señales de servilismo. Pero ¡ay!, qué fácil es juzgar a cubierto de esas contingencias llamadas censura y despido. Las referencias a la situación española, a las llamadas restricciones, de luz, de agua, nunca son ácidas. Ahora bien, ser citado en el *Diario* era tener una publicidad asegurada; era como participar en la fama asociada al escritor; alcanzar una popularidad vicaria. Una cena en casa del escritor era algo muy importante para muchas personas, estuvieran o no relacionadas con el mundo literario. ¿Quién lo iba a suponer? El *Diario* recordaba el papel que en otro tiempo desempeñaban los salones, aquellos que describía el viejo marqués de Valdeiglesias. Durante la reunión del jurado del premio Café Gijón de novela corta, CGR iba apuntando cuidadosamente todas las incidencias. «Eso es –dijo uno de los asistentes– arrimar el ascua a su Diario». Y Eusebio García Luego comentó: «Todo el que se aproxima a usted lo hace inevitablemente con “complejo” de Diario».

Según parece, García Luengo estaba algo picado porque el escritor, con el que coincidía casi todos los días en el café Gijón, lo había citado menos veces de las que esperaba. La generosidad en las citas y, sobre todo, la prudencia del escritor facilitó que el libro, colección de las anotaciones de 1951, con una tirada prevista de 2.000 ejemplares, saltará limpiamente el obstáculo oficial como un joven corcel: «Nada censurable», escribió el lector[523].

Entre el otoño del 53 y el verano del 55 publicó en el diario *Arriba* una serie de entrevistas que acabará coleccionando en el libro titulado *Las palabras quedan*. No era novato en esta faceta

del periodismo, desde que en los años veinte publicara algunas en *Caras, caretas y carotas*. Al cabo de los años, Ruano había compuesto, al igual que para la crónica y el artículo, una especie de prontuario del entrevistador. Recordando su definición antigua de la entrevista como la necesidad –la del periodista– al servicio de la vanidad –la del personaje entrevistado–, ahora hacía énfasis en la subjetividad: «lo que va por dentro» por encima de «lo que va por fuera». En las entrevistas al uso no había «ambiente»; preguntas y respuestas se recogían con frialdad. No podía hacerse así. Era conveniente acudir a casa del entrevistado, si ello era posible. El domicilio, la decoración, los muebles enseñaban más que una declaración sobre la personalidad del entrevistado. Era necesario, además, encontrar un clima de equilibrio entre entrevistado y entrevistador. Ser indiferente a la categoría del personaje. No avasallar. El periodista no debía ser un coloso que dejara al interlocutor convertido en un trozo de piedra. Ni al revés. El elogio tenía que ser medido y la longitud de la entrevista también. Era necesario huir de la manía de explicar con detalle la biografía del entrevistado. Esos detalles tendrían que despacharse de manera rápida. A MGS, su secretario y discípulo, le hizo un resumen del procedimiento:

> De la entrevista se puede decir que la observación es más importante que la palabra. Interesa mucho saber si un señor se come las uñas o no se las come. Lo que no interesa es preguntar cuántas uñas tiene[524].

Realizar las entrevistas, en la práctica, era algo más complicado. Alguno de los interlocutores, como el torero El Litri, eran de poquísimas palabras, había que usar sacacorchos y apenas se atrevían a responder con frases cortitas. Predominan entre los entrevistados los escritores, la gente del espectáculo –toreros, futbolistas, actrices, payasos–, científicos pocos y empresarios uno, Pepín Fernández, el mecenas de Galerías Preciados. Hay entrevistas antológicas, las de Azorín y la del torero Domingo Ortega. Allí donde hay compenetración, con el torero inteligente y sentencioso, o emoción estética, con Azorín,

la cosa sale redonda, insuperable.

Memorias, diarios, entrevistas, libros. Ruano se estaba convirtiendo en un periodista popular. Un personaje que atraía la atención, allí donde fuera, al que empezaban a pedirle autógrafos; una persona a la que «todo el mundo conoce». Bobby Deglané lo llevó a La Voz de Madrid, en 1958, para participar en uno de sus programas-espectáculo, un espacio que se llamaba Cabalgata de fin de semana. También la televisión, en el programa que dirigía Tico Medina, titulado «La verdad de las cosas». Una experiencia que no satisfizo al escritor. Bien pagada, pero trabajosa. Tenía que escribir el guion de su intervención y no daba bien ante la cámara y, entre unas cosas y otras, se pasaba la tarde entera para grabar un programa de corta duración. Aparecía envarado, sin naturalidad.

¿Qué era la popularidad? La popularidad podía ser injusta. Podía darse el caso de una persona popular y estúpida y de otra poco conocida e inteligentísima. Podía haber un escritor que se multiplicase desde plataformas conocidas y no ser famoso. Y viceversa. Había popularidades circunscritas a una actividad, que no desbordaban un ámbito profesional reducido. Las famas efímeras eran corrientes. Había, incluso, popularidades impopulares. En el toreo, en el cine o en el deporte se daban casos de esos. La fama, antesala de la gloria, «bachillerato de la inmortalidad», tenía que producir satisfacción en quien la tenía. ¿Y a él, al periodista de moda? Había perseguido esta fama desde que, recordémoslo, subió a la tribuna del Ateneo para decir que Cervantes escribía con los pies. Había hecho, en la mitad de su vida, todo lo posible por provocarla. Ahora se encontraba con la obligación de sostenerla[525]. Ahora que llegaba, la popularidad le resultaba casi indiferente, incluso molesta.

A partir de los años cincuenta, CGR se establece como uno de los periodistas más cotizados, al que se premia una y otra vez, alguien a quien se solicita para esta o aquella publicación. Escribe al doctor Marañón: «Me he llenado de colaboraciones. Preparo una batalla de invierno sin descanso. ¡Todo hace falta para este vivir a cuerpo limpio de tan débil profesión!». Suele cobrar entre 1.000 y 1.500 pesetas por artículo. En alguna entrevista declara ganar por término medio 25.000 pesetas al

mes. Si esto es así, significaría que sus honorarios se habían más que duplicado desde que en 1949 declarara que sus ingresos eran de 10.000 pesetas mensuales[526]. Ahora bien, con las pagas extraordinarias, que era como llamaba a los premios literarios o periodísticos, aparte de negocios aludidos, pero no descritos con precisión (transacciones privadas, no necesariamente ilegales) puede situarse por encima de esa cifra. Sus ingresos aumentaron, ciertamente, pero los gastos subieron en mayor proporción. Siguieron las dificultades para llegar a fin de mes.

Hay anotaciones en su *Diario* tan frecuentes que el lector apenas repara en ellas. «Nos cortan el gas. Falta de pago, naturalmente». «Se termina la leña para la chimenea. Nadie creerá cosas así, pero no hay en esta casa ni las pocas pesetas que cuesta un saco». «Hay siete duros en toda la casa». «Compra vehemente de un reloj [...] Hoy me hacían falta las siete mil pesetas que he pagado». «Hago valientemente cuentas. La situación económica es casi catastrófica [...] He gastado el mes pasado dieciocho mil pesetas, sin hacer mucho extraordinario». «Compro una inmensa tortuga disecada. Es la mayor que tengo [...] Mañana se presenta un día negro, porque acabo de gastarme todo lo que tengo». Este vivir al día le obligaba a pasar por la caja de los diarios (entonces no se había generalizado el pago por transferencia), llegando a formar tertulia con otros colegas que venían a lo mismo. CGR llamaba «segar» a la operación de ir cobrando sus colaboraciones de administración en administración, de ventanilla en ventanilla. Solía hacer la campaña en taxi, y procuraba, si ello era posible, cobrar por anticipado, sobre todo si tenía comprometida una serie de artículos. A Rafael García Serrano, escritor y periodista de orientación falangista, le dio un consejo práctico: «Un periódico, una agencia, un semanario, una editorial, quiebran en el momento en que menos se piensa. Si te deben dinero, jamás lo cobrarás. Si se lo debes tú, nunca lo pagarás y eso te proporcionará una de las más grandes satisfacciones que la vida puede ofrecer en este orden de cosas». Su verdadero presupuesto no se medía en pesetas, sino en artículos. «Mediana anda la economía. He corrido a cobrar hoy el artículo publicado en *Arriba*»[527]. Después de los gastos navideños venía la cuesta de

enero. Después de los gastos veraniegos venía la cuesta de octubre. Pero, en realidad, todos los meses estaban en cuesta. En una ocasión le dijo a Emilio Romero que era más difícil llevar dinero a los bancos que llevarse dinero de los bancos. Solía justificarse con una cita de Voltaire: «Lo superfluo es lo necesario». La frase es auténtica; pertenecía a la defensa del lujo del escritor francés: «Le superflu, chose très nécessaire».

Se sabía, se había comentado en el café; tanto, que el autor lo declaraba con desparpajo. En un mismo mes pagó por una armadura milanesa setenta mil pesetas y le cortaron el teléfono y la luz por falta de pago. En otra ocasión tuvo que llevar al Monte de Piedad algunos objetos para completar el pago de una vajilla de plata. La Economía Política era para él una asignatura que nunca estudió[528]. En la familia Cela Conde debían de comentarse los avatares económicos de sus vecinos. Camilo José era muy pequeño y debió oírlo de sus padres. Doña Rosario les prestó a los González Navascués mil pesetas para desempeñar las joyas de Mery y pagar el alquiler pendiente. Ese día, César invirtió el préstamo en comprar marisco e invitar a los amigos. Acaso fuera verdad el comentario. Lo que parece traído por los pelos es que, además, adquiriese un cocodrilo disecado. Un cocodrilo entero, no; sería más bien su piel. Camilo José dice también que cuando bajaba los siete pisos, atravesaba el garaje, y ascendía hasta la casa de los vecinos, solía encontrarse a varios señores en el vestíbulo, aguardando las noticias que les llevaba un criado. Eran acreedores que no habían huido espantados por las figuras tiesas y los santos que, como ellos, aguardaban en la entrada a que llegara el día del juicio final. Había acreedores, ciertamente, pero no padeciendo esperas interminables, entre otras cosas, porque no había asientos[529]. Todas estas incomodidades, vividas a veces de una manera angustiosa por Ruano, podrían interpretarse como una ostentación buscada, un alarde que lo acreditaba como un señor, que seguía sus impulsos, sin reparar en gastos. El lema de su inventado escudo nobiliario era: *De mi deseo, gozo*. Así, pues, se trataba del seguidor de una moral antiburguesa que, a la vez, era contradictoria con la necesidad imperiosa de ganarse la vida a diario. Claro que lo de vivir al día tenía mucho de pose. Muchas son las veces que se

refiere al gasto, y casi ninguna al ahorro. Pero, sí, a veces se le escapa que tenía una reserva –siempre la había tenido–; una reserva en oro y joyas. Cuando las cosas venían mal dadas, cuando la ruina parecía inminente, metía la mano en el tesoro y vendía unas monedas. Como en los años de Sitges, un día se animó a redactar un presupuesto.

Servicio y secretaría	2.000
Teléfono, gas, luz	2.000
Gasto «plaza» (mercado)	4.500
	8.500

El «presupuesto» se atiene a lo imprescindible para el funcionamiento doméstico. No incluye los gastos de taxi, ropa, etc. Para vivir bien, escribe, necesitaría mil pesetas diarias, y trabajando «como un burro» apenas llega a la mitad. Exagera, de nuevo. La miseria de Ruano tiene un fondo real y un mucho de exhibicionismo. En marzo de 1952, Luis de Galinsoga le aumentó a cuatrocientas pesetas la tarifa por artículo. Ahora bien, si el impulso de gastar es irresistible, ¿para qué sirven los presupuestos? Este es el sentido de su frase: «Gasto muy poco, pero, en cambio, consumo mucho».

Aunque Ruano solamente era capaz de hacer una broma de presupuesto, la bohemia era cosa del pasado. Ahora respeta una rutina estricta. La escritura está casi automatizada. Cada artículo le llevaba aproximadamente doce minutos, si alguien, un secretario –Monsuárez– o una secretaria lo pasan a máquina. Al enfermar sus ojos se vio obligado a contratar a Anita, la eficiente mecanógrafa que le adivinaba los giros de su lenguaje, para dictarle los artículos de rigor. Pero una vez que se recuperó y volvió a escribir a mano, a lo largo de 1952, siguió dictando por razones de eficacia económica. Tres cuartos de hora le costaba un artículo si lo escribía a mano. Dictado, no pasaba de quince minutos. El escritor toma a veces notas sobre lo que desea contar. Dicta, modificando sobre la marcha las ideas originales y llega a la cima de la velocidad articulística: ¡doce minutos! ¡Seis artículos de un tirón! Tanta habilidad logró, que fue capaz de dictar doce folios seguidos para un capítulo de la *Enciclopedia* del

periodismo, aquel trabajo en que describió la técnica del buen reportaje. La novela que tituló como *Los oscuros dominios* fue casi toda dictada.

Trabajo por la mañana en el café. Tertulia. Casa. Vida social recoleta, rodeado de amigos o atendiendo los compromisos ineludibles. Retirada en horas tempranas. Y nada de alcohol. O casi nada. Pero mucho tabaco.

> –Me acuesto a las nueve y media o las diez.
>
> –Bien; pero la mañana...
>
> –Es verdad, vengamos al principio del día. A las diez tengo ya leídos los tres diarios de la mañana, y media hora más tarde estoy en el café.
>
> –¿Para escribir?
>
> –Sí, para escribir. Hasta las doce hago el artículo. Y, por lo general, me sobra tiempo.
>
> –¿Cuánto rato inviertes en ello?
>
> –Una hora u hora y media. Pueden ser ocho cuartillas pequeñas escritas a mano.
>
> Tinterillo y pluma de café, ya se ha dicho. Y una letra ancha, redonda, con las aes en forma tipográfica y cada e con hechura de versal.
>
> –A las doce –sigue González-Ruano– se inicia aquí la tertulia que suele durar hasta las dos. Vienen muchos escritores: Camilo José Cela, Joaquín Calvo Sotelo, Víctor Ruiz Iriarte, Carlos Fernández Cuenca, Esteban Sanz... Cuando Eugenio Montes está aquí, también suele ser contertulio. Y lo mismo Lizón. Hay una tertulia afín que, a veces, se funde con esta: la de Melchor Fernández Almagro, Vicente Gallego, Ledesma Miranda. Cuando dan las dos de la tarde vuelvo a casa y ya no salgo de ella hasta el día siguiente.
>
> De su vida en casa, que supone lo más de su tiempo, González-Ruano dice:
>
> –Tengo, después de almorzar, un par de horas de reposo. Luego escribo alguna carta o hago cuartillas para el «Diario».
>
> –¿El «Diario»?
>
> –Sí. Empecé un diario el 1 de enero de 1951, es decir, el día siguiente de quedar cerradas las Memorias. Sigo en él un método parecido al de estas: cómo veo a las personas con

quienes hablo. La percepción reciente permite impresiones que, escritas tiempo después, quizá perdieran, por olvido, algunos de sus matices. Por esto escribo casi todas las tardes el «Diario».

–¿Y cuándo será impreso?

–Es posible que al terminar el año. En tal caso, en el próximo haré otro volumen. Y en el siguiente otro. Y así puede componer una colección de tomos, cada uno de los cuales recoja las sensaciones de los trescientos sesenta y cinco días más recientes.

–¿Qué tiempo dedicas habitualmente a este «Diario»?

–Hasta las seis, más o menos. Luego, otra vez tertulia, porque todas las tardes vienen amigos a verme. Esta tertulia dura hasta la hora de mi cena, que siempre es temprana. Y, seguidamente, me acuesto. A las nueve y media o las diez, ya lo he dicho. Leo durante un par de horas… y eso es todo.

–Relacionada esta vida tuya de ahora con la de hace unos años, representa un cambio muy radical.

–Vida ordenada, gusto en la monotonía[530].

Esta relación puntual de su actividad diaria, contada a un periodista que lo trataba a menudo, puede completarse con otras declaraciones sobre las manías o maneras de escribir. Lo que en algún lugar llama «elementos materiales» de la escritura. El tamaño del papel debía de estar a medio camino entre la cuartilla y el folio. En la cuartilla no podía calcular las dimensiones del artículo y se movía mal en un espacio tan reducido. El folio resultaba demasiado largo. El tamaño ideal lo ofrecía la holandesa, algo más ancha y corta que el folio. Las hojas no podían estar sueltas, sino encajadas en un bloc de alrededor de cincuenta hojas. ¿Razón? Si la hoja está fija, puede escribir teniendo el cigarrillo en la mano izquierda. El folio para escribir debía de ser blanco, sin rayar, algo satinado, no demasiado. La ausencia de rayas parece algo simbólica. El papel no ha de tener pautas que enderecen los renglones como la vida –afirma– tampoco tiene que sufrir direcciones determinadas de antemano. La textura del papel, ni grueso, lo que llamaban el papel tela, ni demasiado fino, porque ha de soportar sin desgarros la escritura con plumín y este ha de correr sin

dificultad por el papel. Máquina de escribir, nunca. Ruano tiene lo que llama el «goce caligráfico»; se complace en dibujar su letra, y ello le ayuda a acompasar la escritura y la idea que trata de exponer. El ruido de la máquina le distrae, le produce «horror». Apenas corrige lo escrito y nunca hace copia de los artículos[531].

Esa vida ordenada le permitió atender a la colaboración en tres periódicos madrileños de primera fila, *El Alcázar*, la efímera sección «Puerta del Sol», de febrero a marzo de 1952, seguida por «Los lunes de César González Ruano», entre agosto y septiembre del mismo año 1952; *Informaciones*, «Las cosas que pasan», entre 1959 y 1965, y *Pueblo*, entre 1954 y 1959, un periódico para el que reservará algunas de sus colaboraciones más originales, el *Diario* que llama íntimo; un diario que, a excepción del correspondiente a 1951 –coleccionado en libro– y algunos más en los periódicos, se recopilará y publicará completo de forma póstuma. También es necesario mencionar los apuntes sobre cosas –muebles o cachivaches, objetos de uso diario–, recogidos también en un libro que puede figurar entre los mejores de todos los que escribió –descontando las *Memorias*–, con el título de *El libro de las cosas perdidas y encontradas*. La sección en la revista que dirigía su amigo, Agustín de Figueroa, hijo del conde de Romanones, *Gran Mundo*, titulada «La vida deprisa», se prolongará con altibajos durante varios años. Sus colaboraciones en *ABC* irán aumentando desde 1957 hasta su regreso al periódico en 1964.

Tiempo de reediciones. La fama literaria incitó a algunas editoriales a reeditar algunos de los libros que CGR escribió en los años treinta. Volvieron a publicarse el *Sanjurjo* (1940), *Baudelaire* (1948 y 1957), la biografía de *Unamuno* en dos ocasiones, en una colección impulsada por Eduardo Aunós llamada El Grifón, y otra por la Editora Nacional, *El general Primo de Rivera* (edición condensada, 1954), *El caballero Casanova* (1964). Algunos de estos textos se imprimieron en tiradas superiores a las habituales. Ocho mil y diez mil ejemplares en las dos reediciones del *Primo de Rivera*. Diez mil, la reedición del *Baudelaire* en la colección Austral, que Ruano llamaba «edición definitiva», lograda por la influencia o

mediación del doctor Marañón con Espasa Calpe, a petición del interesado. Cinco mil para la edición del cuento *La muerte de El Jilguero*. Son tiradas importantes, aunque aparezcan en colecciones como la Enciclopedia Pulga, de formato muy pequeño. La excepción es el libro titulado *Nuevo descubrimiento del Mediterráneo* o descripción de lugares conocidos y visitados de antiguo por el cronista, Barcelona, Marsella, Trípoli, en donde también recogió los resultados escuetos de su reciente viaje a Oriente Medio: Atenas, Beirut y Constantinopla; libro muy acompañado de fotografías, editado por Afrodisio Aguado en 1959, que se atrevió con 17.000 ejemplares y pasó la censura sin obstáculo alguno. Un libro que debió de quedar por debajo de las expectativas de venta, a juzgar por su abundancia actual en las librerías de viejo. Ruano suele ponerles un prólogo en el que anuncia que, en lo esencial, el texto es muy parecido o igual a la edición original. «Nada se ha querido retocar en este pequeño libro de juventud», dice del *Unamuno*. No era cierto. En algunos casos era la supresión *motu proprio* de unos pasajes que ya no concordaban con sus ideas políticas. Intervenía la autocensura, la corrección de aquellos pasajes que, presumiblemente, iban a causar dificultades. La censura, siempre implacable, estaba también al acecho. El *Baudelaire* fue maltratado de una manera atroz. El lector hizo un elogio de la obra, «extensa y amena biografía de Baudelaire donde el autor, con la crudeza que puede comprobarse en los párrafos subrayados, da a conocer las aberraciones morales e intelectuales del poeta francés [...] Se trata de un buen trabajo literario sobre tan destacada figura del decadentismo de las letras francesas. Se ha estimado que puede autorizarse». Pero ¡ay!, los llamados párrafos subrayados o encuadrados con el preceptivo lápiz rojo ocupan un espacio grande, a veces de una página entera. Vuelven a ser las escenas «subidas de tono», aquellas en que aparece Julia Duval, las que preocupan al lector anónimo:

> Muchas noches, cuando regresa a la casa, la encuentra tumbada en el pasillo, como muerta. Su embriaguez no le ha permitido siquiera acostarse. Baudelaire tira de ella como de un fardo sin conciencia y la arroja en el lecho. En esos

> momentos atroces de la alta noche, mientras ella, desnuda y tibia duerme, él busca aún miserables contactos, ayudándose con la oscuridad, retrocediendo con la imaginación a los tiempos apopléticos de sensualidad, en que Juana era fuerte, salvaje y firme como el azabache de los viejos ídolos bárbaros[532].

El lápiz rojo no perdonaba a nadie. Había llegado la fama, sí. ¡Pero cuántos obstáculos en el camino!

XVIII
Conozca usted España, 1951-1965

En los diarios del periodo franquista se autorizaban algunas licencias, algo así como una suerte de cesión que un director hacía de algunas secciones. La de teatros, por poner un caso, se arrendaba a un señor que, a su vez, la subarrendaba a actores y empresarios. Tales o cuales actores tenían garantizadas críticas favorables a cambio de dinero. Con las de cine ocurría algo parecido, siendo los productores y distribuidores los principales clientes. Lo mismo con la de toros. Todos los toreros, o casi todos, pagaban para que el papel impreso mejorara la faena de la víspera. Y había más trucos. Aunque el diario *Pueblo* fuera rentable, su director confesaba tener pérdidas, para no perder la subvención sindical. «Si la perdemos, afirmaba Romero, Solís se gastará ese dinero en coros y danzas». El director aprovechaba su posición para que su segunda vivienda en Benidorm se hiciera con los materiales y la mano de obra de *Pueblo*. Parece ser que algunas entrevistas que Ruano publicaba en *Arriba* eran, digamos, de pago[533].

Emilio Romero puso fin a la colaboración de Ruano en 1959, de una manera algo abrupta. El escritor había abandonado la colaboración durante un mes, alegando falta de tiempo. La relación con Emilio Romero tenía sus momentos. «Con Romero he tenido de todo: desde casi darnos la lengua a no saludarnos». Ahora hubo enfado por ambas partes.

> Un director es otra cosa que un señor que, por irritaciones personales, va contra el periódico que le han conferido. Es por último de mediano gusto dar un portazo cuando es de uno la puerta. Esta vez no quiero arreglar yo las cosas

> noblemente. No puedo apartarme de mi estimación, porque eso no es simplemente voluntario y yo te la sigo teniendo. Eres un gran tipo, lleno de inteligencia y de confusiones.

Llegó la reconciliación, pero a destiempo. Tenía el director buena opinión del famoso cronista: «Fue uno de los periodistas más originales, más brillantes en la conversación de tertulia, más bondadosamente cruel en sus relatos, y un gran diseñador de la vida para sí mismo»[534]. La unión de un periodista imaginativo, de un excelente profesional como Romero, con ambiciones literarias de añadidura (estas no estaban a la altura de su sabiduría periodística) y un escritor versátil había dado como resultado una de las mejores épocas de Ruano como articulista y creador literario. CGR aprovechó el vacío que dejaba *Pueblo*, para llenarlo con el *ABC*, volviendo a la antigua casa hasta el final de su carrera. Ello supuso una mejoría económica, pero no periodística, por sobra de actualidad y falta de literatura. Lo contrario de lo que siempre pretendió.

Había periodistas que negociaban con la influencia que podía tener su diario. *Pueblo* llegó a tirar trescientos mil ejemplares. Sacar una noticia, publicar un reportaje sobre cualquier cosa, un automóvil, un pueblo, un festival, era conseguir una publicidad enorme. Cuando salía un reportero fuera de Madrid, los alcaldes lo recibían lo mismo que a un gobernador civil. Había ofertas de casas, de terrenos, gratis o por un precio simbólico. El turismo, los reportajes sobre localidades paradisíacas, inauguraciones de hoteles magníficos y parajes maravillosos, ocupaban cada vez más espacio en la prensa. El asunto del turismo fue interesando a Ruano de manera creciente. Él era un periodista conocido, uno de los más famosos, una figura popular, fácilmente identificable. Escribía en los diarios de mayor circulación de España. En los sesenta comenzó a grabar programas para televisión. Era una celebridad conseguida con esfuerzo. Una fama que podía cotizarse.

Nada más comenzar los años cincuenta, CGR iniciará una serie de viajes por las zonas más afectadas –o beneficiadas– por el *boom* turístico. Su primer viaje a Tenerife fue acordado con Manuel Cerviá, secretario de Información y Turismo, en

condiciones ventajosas, según dice el beneficiario. El objetivo central era actuar como mantenedor de los Juegos Florales organizados por el Ateneo de La Laguna, a celebrar en el teatro Real, para conmemorar el cincuentenario de su fundación. Una vez aceptado el ofrecimiento, el viaje se fue complicando o ramificando, es de suponer que para bien de los intereses del mantenedor. Al poco de llegar a Tenerife, le prepararon un acto en el Gabinete Literario, que no era una conferencia, tampoco una charla sino un «monólogo» que Ruano denominó «Nostalgias pintorescas». Tan de improviso debió de cogerle el acto –celebrado con lleno absoluto de público– que preguntó a sus anfitriones –Matías Vega, presidente del Gabinete, el periodista y presentador Pedro Perdomo– sobre cuál habría de ser el asunto del «monólogo». Cualquiera, debieron de contestarle. Una respuesta que empezó a ser algo corriente, un producto de la fama. Tal o cual institución, tal o cual academia o sala de exposiciones solicitaban una presentación, la contribución a un catálogo, una conferencia:

> –Bueno, ¿y qué tema prefieren ustedes?
> –Eso es lo mismo.
> –De todos modos, si ustedes me indican…
> –La que usted quiera. A la gente lo que le importa es verle a usted.

Ventajas e inconvenientes de la fama y de la publicidad. Después de la conferencia venían los autógrafos. Decía cuatro palabras por la radio sobre lo que fuere, sobre la bondad de una marca de cigarrillos, por ejemplo, y sus ingresos aumentaban. Había sonado la hora en que podía ganar más dinero anunciando una corbata que escribiendo veinte artículos y, desde luego, muchísimo más que escribiendo un libro[535].

En su primera visita a Canarias se decidió por describir un retablillo pintoresco del Ateneo de los años veinte; es decir, una versión algo ampliada de lo que ya había contado en las recientes *Memorias*. Un periodista local lo entrevistó después de la charla, o dígase monólogo, en el momento en que el escritor se encontraba en compañía de sus amables anfitriones: Luis Benítez

Inglott, Ignacio Quintana Marrero, Manolo Morales y otras figuras de la intelectualidad tinerfeña. Entre ellos estaba «el señor Carbó, delegado de HUSA», la empresa hotelera. Da la impresión de que, aparte de cumplir con los compromisos adquiridos de antemano, el de actuar como mantenedor, los objetivos del viaje sufren una modificación, o tienen un énfasis diferente, si acaso no estuviera ya previsto. Ahora es la industria turística la que aparece de manera destacada. Las tiendas de Tenerife y el hotel Mencey, una rara maravilla, un tipo de hotel con jardines, terrazas y salones. De Tenerife pasando por los alrededores del Teide, la Orotava, Tacoronte y el bellísimo Puerto de la Cruz con otro hotel famoso, el Taoro, «una pura delicia», con un panorama de una belleza que llega hasta donde alcanza la vista. Se comprende, afirma Ruano, la preferencia del turismo inglés por este lugar privilegiado[536].

El cronista explicará en varias ocasiones que fue al salir al extranjero cuando cayó en la cuenta de las posibilidades turísticas de España. Y ello por múltiples razones. Creía entonces que solamente Italia podría superar a España en este ramo. Esto se convirtió, escribe, en una «idea fija». A principios de los cincuenta, aquella idea se había hecho realidad. La pacífica invasión de turistas se había convertido en un orgullo, no sin mezcla de empacho. Empezaban a verse lugares de España en que era difícil encontrar a un español entre una masa de extranjeros. España parecía haberse puesto de moda. «La hora de España ha sonado en las torres del mundo». Y esto había ocurrido sin que los españoles hubieran puesto nada de su parte[537].

Al viaje a Tenerife seguirán otros a la Costa del Sol, Mallorca y algunos puntos de la costa mediterránea, como Benidorm o Mazarrón. Unas veces, para estar presente en la inauguración de hoteles. Otras, para participar en jurados más o menos literarios que estaban asociados al nombre de alguna ciudad, o bien para ejercer de juez en algún famoso acontecimiento musical. Conoció Benidorm por vez primera en 1959:

> Me encuentro recién llegado y apenas puedo opinar [...] Puedo asegurar, sin embargo, que Benidorm es un auténtico

descubrimiento. Su clima, su arquitectura, me recuerdan a Italia.

Aunque el parecido estuviera traído por los pelos, se renovaba la obsesión de Positano. Anunció que iba a recorrer la costa mediterránea hasta el Mar Menor en Murcia, para luego retornar a Benidorm a reposar tres o cuatro días[538].

Tuvo que ser aquél un viaje de exploración. Pocas semanas después se verificó el primer festival de la canción, con CGR de jurado; una edición primera que haría famosas canciones como «El telegrama» o «Comunicando», o que, más adelante, lanzaría a cantantes como Raphael. «Siempre estoy encantado de volver a Benidorm. Este año el festival ha resultado más atractivo. En cuanto a nuestro trabajo como jurado, es francamente sencillo: ni este año ni el anterior he recibido una sola recomendación, y esto ya es de por sí agradable»[539]. El festival de Benidorm había sido organizado con esplendidez por la cadena de emisoras del Movimiento. Para ello se habilitó un teatro al aire libre capaz de albergar a 3.500 espectadores. Los premios eran jugosos; cien mil para la canción ganadora, cincuenta mil para la segunda y en cifras descendentes hasta llegar a la décima. También habría premios para los ejecutantes. Total: una lluvia de premios en metálico y una propaganda formidable para una localidad en la vanguardia del turismo playero. El festival tuvo, desde su edición primera, un carácter patriótico, un planteamiento que trataba de aunar el fomento del turismo con la exaltación nacional. Las canciones premiadas, según Ruano, habían contribuido con su anécdota a la «afirmación española». Los personajes escogidos para constituir la presidencia, los vocales, la secretaría eran sin excepción altos cargos del régimen: José Solís, Castiella, Arias Salgado, Pilar Primo de Rivera, el conde de Mayalde, etc. Sólo el jurado calificador tenía cierto carácter espectacular, por así decir, con actrices como Conchita Montes o Ana Mariscal, junto a CGR en dos ediciones. Todo un logro para el alcalde de la localidad, Pedro Zaragoza, artífice principalísimo de su lanzamiento[540]. Benidorm, Málaga, Mallorca. A buen seguro que eran invitaciones de carácter mercantil, por más que el viajar nunca le resultó desagradable a CGR. En los meses otoñales de

1952 parece haber frecuentado a Baldomero Carbó, presidente de la cadena hotelera HUSA, almorzando en su casa y visitándolo en su oficina, en una relación que no parece solamente amistosa[541].

Desde finales de los años cincuenta prosigue con un trasiego de viajes por lugares turísticos, o susceptibles de serlo. Santander, en la Cámara de Comercio. Una de las escasas, contadas ocasiones en que visita la provincia de sus ancestros. Aprovecha para recordar el parentesco con el político conservador Juan José Ruano, tío carnal suyo. Pero se trataba de hablar del turismo. Es verdad, dice, que el turismo nórdico prefiere los lugares de sol. A pesar de ello, Santander posee atractivos y bellezas para ofrecer al viajero: playas seductoras, cavernas prehistóricas, montañas, festivales internacionales. A la charla sobre el turismo siguió otra que parecía cuadrarle más sobre la pintura contemporánea. Se anunció, además, una disertación en Torrelavega. Después de Santander, Benidorm, la «explosión estival» y un primer festival que se hará célebre. Su paseo marítimo parecía la Gran Vía. Son viajes que, por su concatenación, no parecen obedecer a invitaciones casuales. En 1962 se inician en Mallorca, pero de manera virtual, sin haberla pisado en ese momento. Una isla que, ciertamente, conocía a fondo de tiempo atrás. Estaba la Mallorca con alusiones históricas (destierro de Jovellanos, estancia de Chopin y George Sand), la Mallorca cosmopolita de los grandes hoteles, la Mallorca de las cuevas del Drac y Artá, la de las excursiones cortas a Sóller, a Porto Pi. Todas eran importantes, pero la que prefería Ruano era la Mallorca histórica, la de la magnífica catedral, la Lonja, el Consulado del Mar. En esta Mallorca, asegura que puede olvidarse del turismo. ¿Olvidarse? De ninguna manera. A eso había venido, precisamente.

A lo largo de este año 62 Ruano se reunió con dirigentes de la banca española y de instituciones relacionadas con el turismo. Son breves menciones que quedan registradas en un cuaderno no destinado en aquel momento a la publicación. Navarro (Agencias de viaje). «Cena con Botín y Luis de la Serna». «A las dos y media, señor Villanueva, Banco de Madrid». «Diez y media. Villanueva. Banco de Madrid». «Doce y media. Emilio Botín».

También conoció a Ignacio Coca, presidente del banco que llevaba su apellido. La coincidencia en el tiempo entre estas entrevistas y los viajes y propagandas turísticas no parece azarosa. En estos meses hizo varios viajes relacionados con el fomento de la industria turística. En julio de 1962, visitó Canarias, Tenerife por cuarta vez, visita que se amplió a Las Palmas, Fuerteventura y Lanzarote. A continuación estuvo doce «inolvidables» días en Granada, asistiendo a los festivales de música europeos, para seguir en la Costa del Sol: Fuengirola, Marbella, Torremolinos, Málaga ciudad y Benalmádena, donde redacta la crónica de la *tournée*, junto a la piscina del «bello e incomparable» hotel El Pinar. Rematando con la estancia de una semana en La Coruña, en una reunión o congreso de las Agencias de Viajes, con una nueva apología del turismo, ahora encuadrado por las agencias. «Un turismo organizado es mucho más que una fuente de ingresos. Es, sencillamente, hacer patria [...] Gracias a este ejército de las agencias de viajes volvemos a conquistar el mundo, pero sin movernos de casa». Benidorm otra vez, aunque en plan de descanso, aprovechando la ocasión para hablar nuevamente del turismo: hoteles modernos, grandes terrazas, temperatura excelente y taxis sin tasa, todos los que uno pida. Había una modalidad nueva de alojamiento: el aparthotel, un hotel, pero sin habitaciones de hotel, compuesto de apartamentos para comprar o alquilar. Tenían un precio de 500.000 pesetas y debieron ofrecerle uno al escritor:

> –¿Y cómo no tiene usted ya uno?
> –Porque no tengo quinientas mil pesetas [...]
> –Pero se dice que usted tiene varias casas, varios criados.
> –Sí, amigo mío. No he dispuesto nunca del suficiente dinero para poder llevar una vida pobre[542].

Siguió Valencia, con sus fiestas y su riqueza monumental. Conocía Valencia desde antes de la guerra y nunca le habían gustado las «terribles fallas». Pero ahora se trataba de otra cosa. Se trataba de airear que la ciudad, copiosa en monumentos, de playas singulares, no estaba frecuentada todo lo que debiera por «los elementos turísticos». En diciembre estaba de vuelta en la

provincia de Málaga, ahora para encarecer el paisaje de pueblos de interior como Mijas, «una rara maravilla». Pero había muchas carencias. Como pudo comprobar en sus desplazamientos hacían falta carreteras, autopistas, «son una auténtica necesidad nacional y constituyen uno de los más vivos y urgentes problemas españoles», «España, imán del turismo, esa sonriente y feliz invasión que tanto nos importa»[543].

La nueva temporada turística es inaugurada, de nuevo, por Valencia y sus fallas. El cronista dice sentir cada año un mayor entusiasmo por la ciudad. ¿Y por cuál no lo sentía? ¡Por Cuenca! Las fallas atraían turistas de muchos países. Cita el llamado Parador del Foc, una especie de sala de fiestas que solamente se abría en fallas, que tenía la costumbre de invitar a estrellas internacionales como Ava Gardner. En 1963 acudieron Marlene Dietrich y Johnny Halliday. Pero no parece que lo haya visitado, porque lo confunde con la red de albergues y paradores, en aumento, de «enorme eficacia turística». Acaso observó Valencia desde el avión, el *Caravelle* que lo llevaba a Mallorca. En un artículo publicado unos meses atrás había glosado las diferentes Mallorcas que había conocido. Ahora, en la primavera de 1963 realizará un viaje concienzudo, incluyendo varios hoteles, aceptando invitaciones, «echando» conferencias. Tenía una enlatada, por así decir, que pronunció en varios sitios, sobre «40 años de vida literaria», formada con retazos de sus *Memorias*. Las cuartillas que se disponía a leer, según anunció a sus oyentes del Círculo Mallorquín, «numeroso y selecto público», habían sido escritas en los cafés de Palma. «En cierta manera me considero un muchacho de 60 años, porque Dios me concede cada mañana la gracia de conservar la esperanza». Sus acompañantes en estas visitas eran amigos como CJC y algunos empresarios como Juan Gili Sancho. Alguien le informó de que el metro cuadrado se estaba pagando a veinte mil pesetas[544].

Fueron meses de constantes desplazamientos. Conocer España. Si la generación del 98 –siempre piedra de toque para Ruano– había sido una generación pictórica, la suya era una generación viajera. En menos de dos meses había visitado Extremadura –en una de las expediciones literarias de las que ahora hablaremos–, Málaga, Mallorca, Barcelona, Toledo y

Pedraza. Estaba a punto de salir, otra vez, hacia Galicia y tenía previsto aprovechar unos días libres para descansar en «esa maravilla de Benidorm». Inició una construcción, reiterada utopía edilicia: «Me hice otra casa en Benidorm, en la iniciación de unos pequeños montes, desde los que hay una vista prodigiosa». Parece sugerir que entonces edificaba en una ladera semivacía pero que luego se convirtió en un lugar solicitado donde cada noche levantaban un hotel. A principios de agosto estaba en San Sebastián, una ciudad que recordaba el viejo estilo europeo, una en que casi todas las gentes son elegantes. Daba la impresión de que el marco –la ciudad– influía sobre los habitantes, que el marco hacía el cuadro, que «la elegancia es una de las más legítimas formas de la inteligencia». El año siguiente regresó a San Sebastián, invitado por el Festival Internacional de Cine, y también a Marbella, para la inauguración del hotel Don Pepe, de la cadena Meliá. Esta inauguración le sugiere una melancólica anotación en el *Diario*: «Estamos haciendo una España para los no españoles [...]. Fuimos los invasores naturales de Europa y hoy nuestra conquista consiste en que nos invadan estos enormes hoteles [con] precios absolutamente prohibitivos para nosotros»[545]. En noviembre abre los festivales de España en Málaga con la lectura de un pregón en el teatro Cervantes. Acabando el 64, se celebraba, precisamente, la clausura del plan de Turismo correspondiente a ese año (aunque presentado como anexo al primer plan de desarrollo económico y social). Ruano asiste como invitado a una comida en el hotel Castellana Hilton de Madrid. Organizaba esta comida la Cooperativa de promotores de la Costa del Sol. Asistieron el ministro del ramo, Manuel Fraga Iribarne, José Antonio Girón de Velasco –el antiguo político falangista, ministro de Trabajo y, en aquellos momentos, promotor en la localidad de Fuengirola–, José Banús, Ignacio Coca, José Meliá, Edgar Neville, Ignacio Sanz Cagigas –director del diario *Sur*, de Málaga–, Enrique Llovet y Emilio Romero; una mezcla de políticos, banqueros, empresarios, periodistas y escritores, susceptibles, como él, de favorecer los intereses del sector turístico español.

Ruano era entonces, a raíz de sus programas en televisión, un

hombre muy popular en España. La gente le reconocía por la calle. Los jóvenes, sobre todo, le pedían autógrafos. Su antiguo amigo, Carlos Fernández Cuenca, director del festival internacional de cine de San Sebastián, le invitaba a asistir, lo mismo que directores de hotel, alcaldes o gobernadores civiles. Se avistaba con directores de prensa, con ministros como Fraga Iribarne, dispuestos a ofrecerle colaboraciones en prensa, radio y televisión. Fraga dice en uno de sus libros de recuerdos: «He sido amigo de González Ruano»[546]. Asistía y cobraba –seguro que no se desplazaba gratis– sin tener que hacer más que dejarse ver. En su *Diario* no dice que hiciera nada de particular, ninguna actividad relacionada con el festival de San Sebastián: asistir a alguna que otra recepción. Encuentra que Audrey Hepburn es demasiado delgada. Acompaña al alcalde donostiarra a inaugurar unas obras y aparece en esa faena decorativa retratado en la prensa local. No reseña la película premiada en ese año, *¡América, América!*, de Elia Kazan, pero es probable que no se la perdiera. Ello habría justificado de sobra el viaje.

Ese año de 1964, fue un año fausto en ingresos monetarios. Por confesión propia, acaso el año en que había ganado más dinero en su vida. En alguna ocasión, en su apretada agenda social de estos meses, podía permitirse alguna ironía sobre «mis millonarios», gente de no mucha cultura que le convocaban a reuniones y ágapes. «Me he metido en un nuevo barullo económico de construcción. Lástima que este sentido de la aventura en el posible negocio se me haya despertado tarde. Si me aparece antes ya hace mucho tiempo que sería rico [...] Sólo ahora comprendo que eso de ganar dinero no es demasiado difícil»[547].

El último sitio que trató de promocionar fue Mazarrón, «un maravilloso lugar de la costa murciana». Era así, en efecto. El pueblo, viejo pueblo minero, estaba tierra adentro; una tierra ocre, reseca. En el borde de la bahía, una herradura imperfecta, partida por un promontorio rocoso, situada en el fondo de un golfo, comenzó a erigirse un nuevo pueblo algo desordenado de casitas de veraneo. En el centro de la herradura, un islote cubierto de vegetación. La playa, magnífica; el mar rizado por un simulacro de olas. Por la noche, podían verse en el horizonte los

faroles –dos, cuatro, ocho– de las panzudas barcas de pesca. Un hotel, el Bahía, se había levantado en los primeros años cincuenta. Era un lugar, dice Ruano, apto para el turismo de otoño e invierno. Con Mazarrón trataba de hacer de pionero, siempre en busca de un Positano soñado, de un retiro ideal. Un reportaje periodístico describe el lugar, amontonando sinónimos, como tranquilo, quieto, reposado, alegre, blanco y marinero[548]. Manuel Fraga Iribarne concedió una entrevista sobre el futuro de la provincia. «Murcia gozará pronto de una zona de interés turístico». A Murcia seguirían Almería, Huelva y las islas menores de Canarias. En 1964, su ministerio había lanzado el eslogan «España es diferente». El ministro se congratulaba del aumento de visitantes. ¿A qué se debe esta afluencia, esa «corriente» turística? A varios factores, contestó Fraga. Riqueza del patrimonio, precios ventajosos y propaganda. Sí; el ministro creía que las campañas, en España y en el extranjero, eran eficaces. No solamente las de su ministerio, sino las que hacían empresas privadas que participaban en la industria turística española. Coincidiendo con las declaraciones del ministro se cerraba en Murcia la Feria internacional de la conserva y la alimentación, en la que había participado el «ilustre escritor y periodista» César Gonzalez Ruano con una brillante conferencia; como todo el mundo sabía, el escritor estaba construyendo una casa-estudio en las proximidades del hotel Bahía, en Mazarrón[549].

Esa era una de las virtudes del turismo, de quien lo practicaba y de quien, como él, se dedicaba profesionalmente a ensalzarlo. España era un país en paz, que podía ofrecer la mayor variedad de paisaje, clima y costumbres. Los españoles se caracterizaban por la simpatía con el extranjero, eran hospitalarios, nada xenófobos y tenían un profundo respeto por las ajenas costumbres. El citado eslogan «obedecía a una realidad indiscutible»[550].

Contra el rechazo a la «españolada», CGR proponía su cultivo. Era algo que había venido, en cierto modo, impuesto por las preferencias del turismo. ¿Qué buscaban alemanes y suecos? Los toros y el flamenco, aparte del sol. En Madrid se habían abierto locales exclusivamente dedicados al flamenco. ¿Y qué pedían

para comer? Paella, naturalmente. Si el *western*, ese género cinematográfico, era un elemento de la expansión cultural americana, una americanada, ¿por qué no hacer lo propio con la españolada? Claro que no toda esa oferta espectacular y aflamencada era de igual calidad. Lo que ofrecía el local de Torres Bermejas (no citado por su nombre) tenía «gracia y señorío», con un fabuloso cuadro flamenco de 18 artistas, aparte de una cocina extraordinaria. *Dinner with floor show from 10 p.m. onward. Souper de minuit, de 1.00 á 3.00 heures du matin.* Todo era *Typical spanish*[551].

El turismo estaba cambiando los hábitos de muchos españoles. Fue un fenómeno que tuvo enemigos, sobre todo entre quienes alertaban sobre el riesgo de contagio, la disolución de las costumbres. El turismo, como se ha señalado, representaba un problema nuevo para el ascetismo franquista; aunque también servía para revitalizar al régimen después de dos décadas de soledad y estancamiento[552]. Ruano siempre lo defendió. En un panorama todavía cohibido, en que muy pocos se atrevían a destacar la novedad turística, sus artículos numerosos se dedicaron a ensalzarla. Y ello con argumentos muy parecidos a los que usó Manuel Fraga, el dinámico ministro de Información y Turismo durante los años sesenta. El turismo, aseguraba Fraga, estaba permitiendo a una masa, cada vez mayor, de europeos el conocimiento directo de la realidad española, muy diferente de las imágenes «tendenciosas» con que la representaban en sus propias patrias una gran parte de los órganos de opinión. Sin contar, naturalmente, los enormes beneficios económicos del fenómeno[553]. Había sido Ruano, precisamente, quien hizo más en los años cincuenta por fomentar el turismo en Cuenca. Sostenía que, más que la moralidad, lo que cambiaba eran las costumbres. El turismo estaba terminando con el catetismo, algo que nada tenía que ver con lo popular. El turismo, lejos de disolver, reforzaba algunos elementos autóctonos. Había un tipismo inventado, hecho aposta para los visitantes extranjeros. En este punto, Ruano estaba de acuerdo con la propaganda oficial. La baza que podía jugar la economía turística española era la de vender la diferencia. Estaba cansado, personalmente, de la «tabarra» flamenca. Pero puesto a ejercer de propagandista, se

atrevía a visitar tablaos y ensalzar a bailaoras y guitarristas.

Ruano hacía propaganda de algo que, como el flamenco, solo le gustaba a medias o no le gustaba en absoluto. El auge turístico estaba modificando, arruinando por mejor decir, el paisaje. Cuando regresó a Sitges –varias veces, la última en 1964– apenas pudo reconocer el pueblo en el que vivió y se desvivió veinte años atrás. Más al sur, entre Torremolinos –«cada noche brota un magnífico hotel, cada mañana una encantadora boutique»– y Marbella todavía quedaba un rinconcito idílico: el pueblecito de Benalmádena. Hubiera preferido el cronista que se hubieran conservado algunas de sus calles típicas. Pero mañana, pasado mañana, aquel trozo de geografía casi sin descubrir estaba abocado a seguir el desino de los pueblos vecinos: hoteles y urbanizaciones. En Mazarrón apreció la subida del precio del suelo: 450 pesetas el metro cuadrado. La gente compraba al pensar que pronto alcanzaría las 800. El turismo estaba enriqueciendo a muchos naturales del pueblo. Pero, de seguir el mismo ritmo, acabaría por arruinar otro rincón idílico. Parecía una ley fatal: «de aquí a diez años el litoral español estará tan habitado que será inhabitable»[554].

Conocer España. La literatura de viajes estaba de moda. Uno de los primeros en cultivarla en la posguerra fue CJC con su *Viaje a la Alcarria* (1948) al que seguirían otros por varios puntos de España. Un libro magnífico, por tierras poco frecuentadas por viajeros convencionales –este sería el signo de este renuevo literario–. El autor aseguraba haberse desplazado, a pie, por un país normal, sin ver ni crimen ni parto triple. Normal, aunque plagado de recuerdos de la guerra civil. Una parte de la comarca había sido incluso escenario de una batalla en 1937. Víctor de la Serna, destacado periodista, falangista de la primera hora, también fue autor de dos libros de viajes, *La ruta de los foramontanos* (1959) y *La vía del calatraveño* (1960), resultado de la serie de artículos que publicaba en *ABC*. Quería llamar la atención de los españoles sobre matices abandonados, desdeñados por la literatura turística habitual. Creía, como Cela, que España era un país normal o dicho al revés, que España no era un país trágico ni tremebundo. Tampoco era un país de gitanos, asnos y cabreros, ni estaba poblado por analfabetos.

España era un país vivo, fresco, elástico. En las rutas manchegas halló que era una tierra llena de prados, de florestas, de alamedas y de fuentes; de cascadas y lagos. La Mancha no era aquel país estepario, polvoriento, descrito por unos «tristes señores cargados de melancolía y de buen lenguaje». Víctor de la Serna era un «viajero aquiescente»[555]. Traducidas las alusiones, podría ser que el propósito de los nuevos viajeros fuera refutar la España romántica de Mérimée y Richard Ford, así como la España de Azorín y los escritores, los «tristes señores» del 98.

Otra manera había de recorrer España e, indirectamente, de promocionar el turismo, no de los extranjeros, sino de los españoles: los viajes de escritores por distintas regiones, organizados y subvencionados por las instituciones oficiales. Uno de sus primeros impulsores fue, precisamente, Víctor de la Serna. Su intención era, por así decir, la de reformar y divulgar el conocimiento de España entre sus habitantes. Este propósito fue secundado durante el ministerio de Ruiz Jiménez por Joaquín Pérez Villanueva, Director General de Enseñanza Universitaria, y por Gaspar Gómez de la Serna, jefe del departamento de cultura de la Delegación Nacional de Educación. La experiencia de Pérez Villanueva como organizador de los encuentros poéticos de Segovia –ya que eran impensables los congresos políticos, había que conformarse con los poéticos– la trasladó, en cierto modo, a lo que alguien bautizó como congreso andante de novelistas españoles.

La primera de las jornadas. Cuatro días de ruta por la Mancha. Bajo el común patronazgo de Cervantes, se celebró la memoria de Quevedo en Infantes y la de Azorín en Almagro. El gobernador civil de Ciudad Real, José María del Moral, apoyó la iniciativa. Su propósito era el de dar a conocer La Mancha, «permitir a un grupo selecto de escritores vivir unos días la realidad de un trozo de paisaje y de humanidad española». Entraron por Puerto Lápice para terminar en las Lagunas de Ruidera. La Mancha que destacaba Víctor de la Serna. Después de esta primera excursión, así como sucedió con los premios literarios, hubo un efecto de emulación. Gobiernos civiles, ayuntamientos, delegaciones de Educación, de Información y Turismo se unieron a la organización de estas rutas. Se

celebraron varias. A La Mancha siguieron Extremadura, La Rioja, el Pirineo de Lérida, Canarias, Cádiz, Murcia, Castellón, Tierra de Campos, Cádiz, Segovia, Camino de Santiago, Asturias, Ibiza y Huesca. Lugares que vieron desfilar a un tropel de literatos, periodistas mayormente. César participó en cuatro de ellas. Las de Extremadura, Cádiz, Murcia y Canarias. Era el único «jornadista» al que se le permitía llevar pareja. Las Jornadas literarias por la Alta Extremadura congregaron a 62 participantes, entre periodistas, novelistas, poetas, ensayistas, etc. Cultivadores de toda la gama literaria, dice la crónica. Saliendo de Madrid, mayo de 1955, entraron en Extremadura por el puerto de Tornavacas, donde les esperaban las autoridades provinciales. El cortejo, la «grey intelectual», los «ilustres visitantes» siguieron durante tres jornadas por pueblos engalanados, visitando las obras públicas como los pantanos de Gabriel y Galán y Borbollón, «ingente empresa del gobierno de Franco en la batalla que sostiene para fertilizar las tierras de Extremadura y apagar su sed de siglos»; también pasaron por algún poblado del Instituto Nacional de Colonización como Matón de los Íñigos. Al pasar por las diferentes localidades eran recibidos por la población y las autoridades; había banquetes, como el de Coria, con un coloquio en el que participaron González Ruano, Pedro de Lorenzo, García Luengo, Gregorio Prieto y Eugenia Serrano, casi todos contertulios del Gijón. En Cáceres, el «marco inigualable» de la plaza de las Veletas sirvió de escenario para un recitado de poesías medievales. De esta jornada se publicó un libro con fotografías muy atentas a los monumentos –visible la mala conservación de muchos de ellos– y poco o nada a las gentes, junto con breves artículos de los jornadistas; un libro con prólogo un tanto engolado de Pedro de Lorenzo, esta era su tierra. César hacía una parte del viaje en el coche del gobernador. Era algo así como la *vedette* de la ruta. La gente aplaudía. ¿A Ruano o al gobernador? «No conocía Extremadura», confesó sin medias tintas, y ello era un «grave pecado de geografía». Se había pasado once años caminando por Europa y no había visitado Extremadura y de Galicia solamente conocía Santiago. Hubo nada menos que ¡62 participantes! ¿Había tantos escritores en España?[556]

En el 58, el gobernador civil de Murcia, secundado por el delegado provincial de Información y Turismo, subieron hasta el puerto de la Mala Mujer, curioso nombre, para recibir a los expedicionarios que iban de jornada. El puerto separaba las provincias de Albacete y Murcia. La expedición –las V Jornadas Literarias– estaba formada por cincuenta escritores y artistas: Víctor de la Serna, Salvador Jiménez, Luis Antonio de Vega, Eusebio García Luengo, Eugenia Serrano, Juan Esplandiú, Manuel Alcántara, Marino Gómez Santos, Daniel Sueiro, Rafael Azcona y, claro está, CGR, acompañado –siempre por excepción– por Marina de Navascués. Los de siempre con algunas caras nuevas. Azcona, el creador del repelente niño Vicente en *La Codorniz*, futuro guionista genial; Ramón de Garciasol, el poeta que trataba de ocultar su nombre de Miguel para que olvidaran al cautivo del campo de concentración de Albatera, y Sueiro, el historiador de temas tan truculentos como el de la pena de muerte o la construcción del Valle de los Caídos, personas no identificadas precisamente con el régimen imperante. Parroquianos casi todos del café Gijón. Los «jornadistas» hicieron una primera parada en Cieza, visitando la ermita del Sagrado Cristo. Allí, señala el cronista, rodeados de las montañas que circundan la villa, se les llenó el alma «de ese algo indefinible que todos acertamos a explicar, pero nunca a comprender». ¿Qué sería aquello? ¿La emoción religiosa o, más bien, la emoción del paisaje? Se formaron tertulias, una de ellas capitaneada por un Ruano «cuya delgadez física es ya inverosímil». Al pasar por Albacete le salieron al paso pidiéndole autógrafos. Murcia, Orihuela, Cartagena, Murcia de nuevo y Lorca. En Orihuela, bajo un sol implacable, se leyó por Ramón de Garciasol la *Elegía a Ramón Sijé*:

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

El cronista llama Miguel al recitador, Miguel Alonso se llamaba en realidad; todavía recordaban el nombre verdadero

del poeta que no conseguía disimular su nombre. Gaspar Gómez de la Serna, organizador principal del evento, hizo lo propio con unos párrafos de Gabriel Miró: Orihuela era la Oleza de sus dos novelas, *Nuestro padre San Daniel* y *El obispo leproso*. «Ya conocía Murcia –explica Ruano– pero no su maravillosa provincia [...] Murcia me fascina [...] Murcia es como una pantera que camina por la huerta y que habla latín». ¡Caramba! Tomó tierra en una entrevista:

> –Suelo cobrar unas mil pesetas por artículo.
> –¿Cuántos hace al día?
> –Ahora pocos. Unos veinticinco al mes. Pero he tenido cinco años que he escrito un promedio de tres diarios...

Paseo por la huerta. Encuentro de CGR en Lorca con Eliodoro Puche, el viejo conocido de la bohemia madrileña. Comidas dignas –afirma el cronista– de las Bodas de Camacho; típico espectáculo de rondallas. Excursión al Mar menor, cabo de Palos. «González-Ruano peregrina por el Mar Menor», rotula en letras altas el principal periódico de Murcia. Escombreras, la central térmica, una de las realizaciones industriales del franquismo. Jumilla, Yecla, la «ruta del vino». Retorno a Madrid. Artículos de los asistentes en la prensa. Publicidad para Murcia: «alegrías y dramas telúricos» en su aire, «paganía teológica y barroca» que apreció Ruano[557].

A continuación –principio de octubre del 59– siguieron las jornadas literarias de Cádiz, breve excursión por Jerez, Puerto de Santa María y extensión a Ronda, ya en tierras malagueñas, para contemplar los tajos y su plaza de toros, en compañía de un torero y un rejoneador de postín: Antonio Ordóñez y «Alvarito» Domecq. Entremedias, la mención al turismo; muchos turistas, según él, inmediatamente adaptados al ambiente[558].

Poco después, se apuntó Ruano a las jornadas por la Tierra de Campos (1959), cinco días «navegando por un fantasmal océano», con su increíble riqueza artística. Llanuras inmensas, desoladas, Un carro solitario avanza por un camino terroso. Un castillo medieval sirve como remate grandioso a un otero. Iglesias de varias formas y estilos y fábrica aventajada descuellan

sobre poblachones miserables. Ruinas por todas partes. La historia hecha paisaje. César era, una vez más, la *vedette* de la ruta. Se dio el lujo de prescindir del autobús para hacer buena parte del viaje en el coche del gobernador, Víctor Fragoso del Toro. En el pueblo de Cisneros los responsables se agolparon ante la ventanilla para rendir pleitesía, señala Dámaso Santos, que era de la partida. Es una Castilla en escombros la que divisa el escritor. El polvo se le pega a los zapatos. Se lamenta de que los castillos, las iglesias, colegiatas, palacios, austeras casas de adobe, calles y plazas estuvieran llenas de historia, de arte y, sobre todo, de silencio. Al paisaje varios de los jornadistas le añaden el adjetivo «trágico». En Tierra de Campos aún están presentes –continúa el autor– la Fe y la Caridad, pero apenas se entrevé la Esperanza. El viaje fue muy bien editado por la Diputación Provincial, con los artículos que escribieron los jornadistas –de eso se trataba–, ilustrados por excelentes fotografías. Retrata una visión pesimista de Castilla: «¡Escriba cuanto quiera! –dice una mujeruca– ¡Para lo que va a servir!». La voz de un campesino: «A nosotros, amigo, que no nos vengan con políticas».

Gentes que se manifiestan, a buen seguro que con la anuencia del gobernador civil, esperando que el agua obre el milagro. A los periodistas transeúntes se les recibía en loor de multitud, con autoridades al frente, lanzamiento de cohetes y banda de música. Incluso pudieron ver un insólito espectáculo en el pueblo de Calderón, una inversión de las jerarquías habituales suplantadas por el «Chiborra», una figura que manda y ordena una danza con personajes vestidos de blanco. Ruano aparece en una de las fotografías que ilustran el libro, caminando casi en volandas por la calle Mayor de Palencia, aparentando debilidad, dificultad de movimientos, como si se hallara en uno de sus malos momentos físicos.[559]

Regresó a Canarias en mayo de 1961. Se hizo la reserva del hotel Santa Catalina para el sábado 27. En el mismo hotel estaba, desde el martes, el presidente del consejo de administración de HUSA y del Banco de Santander, Emilio Botín Sanz de Sautuola, acompañado de Emilio Botín hijo. Pasó el fin de año en el Puerto de la Cruz, cumpliendo un ciclo de conferencias en Santa Cruz,

Icod de los Vinos y Tenerife. Las cenas se celebraban en escogidos hoteles. Mencey, Scandinavia.[560] La última de estas excursiones en que participó CGR fue la de Canarias. Vinieron en un «Constellation» de Iberia. Era toda una expedición: fotógrafos, periodistas de prensa y radio, poetas, operadores del No-Do. A ellos se unían las autoridades locales. Jornadas literarias las llamaron, y lo cierto es que asistieron escritores tan conocidos como Gerardo Diego, dibujantes como Esplandiú. El grueso de los asistentes eran periodistas: Mariano Tudela, José Luis Castillo Puche, Dámaso Santos, Salvador Jiménez, Eugenia Serrano, etc. Casi todos eran asistentes habituales a estas excursiones. Eran jornadas literarias en que no se hablaba de literatura, al menos en público, con un programa determinado e intervenciones definidas. Los «jornadistas» se limitaban a visitar museos, zonas turísticas y monumentos de la ciudad de Las Palmas, el Puerto de la Luz y la playa de las Canteras. Hacían declaraciones a la prensa local y, al regreso, era de esperar que publicaran en sus revistas y diarios la elogiosa crónica del desplazamiento. En la casa de Galdós, CGR fue uno de los encargados de dirigirse a los asistentes. La expedición voló en avión hacia Lanzarote. En la zona de playas de la Tiñosa, el cronista advierte que está próximo a iniciarse la construcción de un «complejo turístico de categoría». Volvió a hablar en nombre de todos los concurrentes –de nuevo se constituía en centro del festejo– manifestando la satisfacción que les producía haber tenido la estupenda oportunidad de conocer Lanzarote, «isla subyugante, acogedora, misteriosa». Era la cuarta vez que CGR visitaba las islas.

> –¿Qué significado tienen estas jornadas literarias que hoy han comenzado a celebrarse en Las Palmas y que continuarán en todas las islas del archipiélago?
>
> –Para mí, y creo será el sentir de todos, tienen la gran importancia de que los peninsulares conozcan mejor estas islas, porque estamos cometiendo el grave error de conocer mejor y más pronto el exterior que lo nacional[561].

La literatura como acicate del turismo interior.

XIX
La enfermedad como profesión, 1933-1965

César fue, casi toda su vida, un hombre enfermo. «Para mí, la enfermedad ha sido casi una profesión». En su persona se juntaba una constitución débil y una vida perra, sin método ni ritmo, abundante en consumo de tabaco y alcohol. Hay una primera mención a una enfermedad, la gripe, a la que se volverá adicto: «A 39 grados de latitud de la gripe, al norte y al sur de las nieves del lecho, se encuentra un mundo de inhibición entre la vigilia y el sueño». Como eran momentos turbulentos, asimila su enfermedad a las dolencias de España: «gripe, malestar y dolencia del español en lo español»[562]. Un año después, en 1934, a primeros de junio se hallaba en cama, de «aguda dolencia, muy postrado, enfermo de algún cuidado». Padecía de fiebre alta. No había diagnóstico definitivo, pero el enfermo pidió disculpas a sus lectores al no poder cumplir sus obligaciones literarias. Desde entonces, la gripe, o lo que denomina en ocasiones como «fuerte enfriamiento», se convirtió en una rutina anual. «Escribimos con mal pulso y la cabeza insegura, a treinta y nueve grados». En el invierno de 1949, la fiebre le tenía atontado y tuvieron que acercarle a la cama una mesilla con recado de escribir, para que despachara sus compromisos periodísticos[563]. El visitante acudió con puntualidad en febrero del 51, «enfermo en cama [...] tengo 38 grados»; en las navidades del 52, entre el 28 de diciembre y el 3 de enero, estuvo en la cama «escalofriado y gripalmente quebrantado de huesos», vuelve a anotar en su *Diario*; un año después escribe: «fiebre [...] una gripe [...] dicto este artículo desde la cama». La cama podía ser un refugio hondo, profundo, misterioso. «Tengo una gripe bastante respetable. En este

momento siento fiebre». «Caigo enfermo», escribe en mayo del 58. Y en los días sucesivos se repite la mención: enfermo, enfermo, enfermo. «En la cama. 38 grados»[564].

En los años de Sitges su estado físico pareció tocar fondo. Ya hablamos de las pastillas de Sympathyl, destinadas a reducir el estado de ansiedad. José Luis de Vilallonga, en uno de sus fines de semana sitgetanos, lo vio muy mal. Llamó a la puerta de su casa y su mujer les advirtió, a él y a Ignacio Agustí. Al volver del Chiringuito, César se había caído en medio de la calle, víctima de un desmayo. Los desmayos eran casi una rutina en aquel tiempo. Solían durar cinco o diez minutos. Pero esta vez había caído en una especie de coma que había durado varias horas. En una de sus columnas en la revista *Destino* declara: «Estoy enfermo». Aunque no le pone nombre a la enfermedad. Era una mezcla de cansancio, languidez y desgana. Le agobiaban las preocupaciones; cualquier inquietud mínima se agigantaba en su imaginación[565]. En el verano de 1946, cuando estaba pasando unos días de vacaciones en Camprodón, le atacó un mal extraño, misterioso, dice. Se le abultaban las venas de las piernas y ello le causaba dolor, aparte de dificultarle el movimiento. El médico que le trató afirmó que no se trataba de varices, sino de una dilatación de vasos sanguíneos que llamó disbasia, «una pequeña y precoz arterioesclerosis» escribe Ruano, acaso poniendo de su cosecha porque la disbasia puede deberse a otros factores[566]. Sabemos, por decirlo el interesado, que al final de su estancia en Sitges le fue detectada una «lesión pulmonar». La visita de dos días al sanatorio antituberculoso de Begoña, junto a la villa de Bilbao, y la residencia de dos meses en Portugalete no debieron servir de mucho para detener el avance de la enfermedad.

Apenas llevaba un año en Madrid cuando pudo leerse en la prensa: «César González Ruano, enfermo de cuidado». Por su casa desfilaron amigos y –dice la crónica– numerosas personalidades del mundo intelectual y social[567]. Así encabezó uno de sus artículos: «En este ir viviendo que es el ir durando».

Desde 1948 tuvo que usar gafas para leer. El oculista le diagnosticó vista cansada, presbicia. Tardó en acostumbrarse a las gafas y, al principio, olvidó tener un repuesto que le ayudara en alguna que otra rotura. En marzo del 50 declara que «motivos

de salud» le tenían encerrado en su casa desde hacía días; que había aprovechado esa circunstancia para darse a la lectura; una actividad a la que no podía dedicar demasiado tiempo por la vida de relación, a causa de la vida deprisa que había comenzado a llevar[568].

El tabaco. Era un fumador contumaz, de tres cajetillas diarias o más. Tabaco negro, emboquillado a ser posible. En Francia, claro, se inclinaba por los *Gitanes* y *Gauloises*. En la posguerra no tenía más remedio que fumar *Ideales*, el popular caldo de gallina, que tiraban mal y estaban llenos de pequeñas estacas. Para pasar, en los años cincuenta y sesenta, a consumir las labores que manufacturaba el Casino de Madrid. Negros con una boquilla hueca, sin algodón. Era una costumbre, afirmaba, dificilísima de abandonar. Sobre todo, en una persona de una acentuada nerviosidad. Fumaba solo o en compañía, trabajando u holgando, de la mañana a la noche. Fumaba por fumar; «el arte por el arte, simplemente». Rara es la fotografía en la que no aparece enarbolando un pitillo en la mano izquierda, sea al aire libre o en lugares cerrados. Ruano tenía la poco elegante costumbre de dejarse algunas uñas de las manos más largas de lo habitual, con el fin de arrojar la ceniza. Antaño era costumbre de muchos fumadores. A través del blanco y negro de las fotografías se adivinan los dedos teñidos de nicotina[569].

Los males del tabaco, la relación entre el tabaco y el cáncer era sobradamente conocida. La prensa, de cuando en cuando, lanzaba campañas contra el tabaco. El doctor Torres-Dulce, especialista en medicina interna, establecía una relación directa entre el tabaco y el cáncer broncopulmonar. El efecto más pernicioso estribaba en «las modificaciones de los alquitranes durante la destilación»[570]. Frente a estas advertencias, el fumador solía y suele oscilar entre la negación y el estoicismo para justificar su vicio: ¿Cuántos?, le preguntó Ruano a Jean Cocteau, señalando la cajetilla de *Gauloises*:

> –Continuamente. Todos los que puedo. El veneno del tabaco no existe. Además, debe vivir uno lo que se pueda vivir haciendo lo que le gusta.

En una sociedad, en un momento en que la mayoría de los hombres adultos eran adictos al tabaco, Ruano asombraba por la constancia del vicio. Un periodista observó que, a lo largo de la entrevista, no había dejado de fumar. Terminaba un cigarrillo y encendía otro, sin inmutarse, de una manera pausada, concienzuda, inexorable. «Me dio la impresión de que el tabaco es el carburante de su cerebro»[571]. El doctor Marañón, fumador arrepentido, sentía contra el tabaco una auténtica aversión. «En las propagandas contra el tabaco –escribía– no se alude, o se alude muy de soslayo, a los peligros de la nicotina, que es una de las pocas nociones claras que hoy poseemos sobre la etiología del cáncer». Un trabajo suyo, titulado «El problema del tabaco: su patología, sus peligros y su insensatez», fue publicado en estos años por el *Boletín del Instituto de Patología Médica*. Observaba el doctor que los libros de Toxicología trataban sobre los venenos más raros, pero nada o casi nada decían de la nicotina. Existía una psicología del adicto al tabaco. Fumar estaba ligado a la masculinidad. «La masculinidad tiene mucho de jactancia», de gesticulación hecha costumbre, como si fumando se adquiriese la categoría de hombre. La vida era una serie de regates –decía Marañón– que se dan a la muerte en la que esta acaba por triunfar[572]. Pero lo que está claro es que el ilustre doctor no logró convencer a César, su amigo y paciente, de las maldades del pitillo. Tampoco hicieron efecto los consejos de Rodríguez Candela que sería, aparte de amigo, su médico de cabecera durante bastantes años. O, mejor dicho, no lograron convencerle porque el paciente lo sabía de sobra. Ruano se daba perfecta cuenta del perjuicio que le causaba el tabaco. La tos le seguía cada mañana, cada día de su vida como la sombra al cuerpo. A veces se le veía en el café, tosiendo como de costumbre, consumiendo a trago limpio un antitusígeno, el *Codeisán* era lo más corriente. «Pruebe usted, hombre, pruebe usted a no fumar». Probó, pero sus nervios se dispararon hasta un punto insoportable. Volvió a ver a Marañón a los dos días. «Es el tabaco. Vuelva usted a fumar inmediatamente». Quizá fuera eso lo que facilitó un pacto con el doctor. Este torcía el gesto siempre que le veía encender un cigarrillo. Ruano le dijo que su compañía era una de las que más apetecía en este mundo. Pero

que, si no podía fumar ni toser en su presencia, muy a su pesar, dejaría de visitarlo. «Bueno, pues fume usted. Alguna vez habrá un pitillo que sea su último pitillo»[573].

El alcohol. Ya vimos la exagerada afición de Ruano y sus consecuencias. Su iniciación fue temprana, en los tiempos juveniles de la bohemia literaria. Los ultraístas eran aficionados a ese producto que, al decir popular, mata el gusanillo del cuerpo: el aguardiente. Los discípulos de Cansinos Assens, Ruano entre ellos, despedían al maestro, al rayar el alba, tras larga paseata, bebiendo en una cantina cercana a su casa de la calle de la Morería. Ramón Prieto, poeta y bohemio contumaz al que mató el alcohol, fue autor de una cuarteta que describe una mañana en la calle Preciados, viendo pasar a unas modistillas, en compañía de Eliodoro Puche y algunos *monstruos* amigos:

Desde la acera de enfrente
con la mano en el sombrero
las saluda un caballero
que está bebiendo aguardiente[574].

Con la bebida había conseguido, si no dejarla del todo, sí disminuir su consumo hasta pasar temporadas largas de abstinencia. Con frecuencia, comunica esta interesante novedad a sus lectores, a sus oyentes si tocaba. Yo no bebo. Ya no bebo. Ya no tengo sed. Intercala en la entrevista a su antiguo patrón, Juan Pujol: «...ya no bebo / lo que dicen que bebía». El poema es de Manuel Machado:

Yo, poeta decadente,
español del siglo veinte,
que los toros he elogiado,
y cantado
las golfas y el aguardiente...,
y la noche de Madrid,
y los rincones impuros,
y los vicios más oscuros
de estos bisnietos del Cid:
de tanta canallería
harto estar un poco debo;

ya estoy malo, y ya no bebo
lo que han dicho que bebía.

En la visita que hizo a Jerez, por razón de un ciclo de conferencias sobre el vino, se mantuvo –pidió disculpas al auditorio– a dieta de café con leche. «Hace unos años», afirmó, «hubiera venido más animado y animoso, más sensatamente animoso porque habréis de saber que este cura ha sido un monótono y tenaz bebedor durante once años», aunque «ya no bebo, etc.» ¿Once? Algunos más. En alguno de sus artículos se refiere al «esnobismo alcohólico», que tan bien conocía; al papel que el alcohol desempeñaba en la vida social de España. A la vista estaba la profusión de bares. Los cafés desaparecían para transformarse o dejar paso a los bares, locales propicios a la incitación alcohólica. Los tés cedían su lugar a los cócteles. El alcohol era el gran alcahuete, el prólogo necesario de cualquier empresa frívola. «Todo se resuelve bebiendo». Dejaba la bebida, esforzándose. En marzo de 1951 pasó unos pocos días en Barcelona, alojado en casa del poeta Emilio Miñambres, en la parte alta de la ciudad, encima del parque Güell. Así, a conveniente distancia de las Ramblas, evitaba las tentaciones y el volver a las costumbres de los años de Sitges, lo de dar tumbos por San Ramón y Conde de Asalto, anís y nicotina, Barcelona-*la nuit*. Resistir siquiera un par de días. A esta abstinencia tuvo que ayudar la insólita huelga de tranvías, que estos días se declaró en Barcelona[575]. Pero con el tabaco le faltaba voluntad. O el deseo de abandonarlo. Ni siquiera lo intentaba. «Me gusta todo lo que no conviene y me revienta todo lo que es conveniente». En alguna de las entrevistas realizadas a varios personajes, entre 1954 y 1955, las que publicaba en *Arriba*, pudo experimentar el papel que el tabaco, al igual que el alcohol, tenía en la conversación. Cuando daba con un interlocutor abstemio como Manuel Aznar o José Tamayo, la comunicación se hacía difícil. Las pausas para encender y apagar el cigarrillo aliviaban la tensión. Pensaba, además, que el humo creaba cierto ambiente de cordial intimidad entre fumadores, aunque solamente fuera por el gesto de ofrecer o aceptar un pitillo. «La conversación sin fumar y sin beber es una conversación a la bayoneta». Da la

impresión de que la falta de alcohol ha sido compensada con la sobra de café. «La cantidad de café que me tomo es sencillamente alarmante». Notaba su efecto en los nervios y, para compensar, seguía tomando el *Sympathyl*, y vuelta a los cafés para cerrar uno de tantos círculos viciosos. Le pasaba lo mismo que a Edgar Neville, gordo recalcitrante. Entraba en una clínica para someterse a un plan de adelgazamiento. Pasaba hambre. Tenía sueños de comilón, en que un jamón se convertía, casi, en un objeto erótico. Perdía diez, doce kilos, salía con un apetito voraz y se desquitaba pidiendo cuatro o cinco platos de fundamento. En el *Diario* de agosto de 1952 dice que había reducido el número de cafés. Tiempo atrás tomaba entre ocho y diez cafés diarios; extravagante cantidad que había logrado rebajar a cinco. ¿Cinco? Algunos más[576].

No es raro que CGR analice sus adicciones. Son muchos artículos los que dedicará al tabaco y el alcohol, a veces de manera comparada, desmenuzando los hábitos, las maneras de consumir una y otra droga. Fumadores: mímicos (no se tragan el humo) y efectivos (se lo tragan); los que fuman antes del desayuno o después; los que fuman en la cama y los que no. Estas últimas categorías tienen su correspondencia en el alcohólico que bebe solo o acompañado. Hay quien fuma de manera maquinal, cuando está distraído, cuando se aburre, cuando está concentrado y el pitillo le ayuda en cualquiera de esas (in)actividades. Se fuma menos por la mañana y más por la tarde y por la noche; más en la ciudad que en el campo. Hay dos tipos de bebedores, los que beben como medio, o sea, los que no les gusta lo que beben sino el efecto que causa la bebida en ellos, y aquellos que saborean la bebida porque les gusta por sí misma, lo que no impide que agradezcan sus efectos. Para ambas clases de bebedores acaba por no ser excesivamente importante la calidad. El bebedor del segundo grupo se acostumbra a un tipo de bebida determinado, incluso a una marca, y la costumbre termina por anular cualquier crítica del brebaje. Lo que parece claro es que Ruano participaba de todas o casi todas las categorías y clasificaciones: en todo tiempo y en cualquier lugar fumaba. En alguna conferencia se le ve en fotografía, con gafas, folios sobre la mesa y fumando. Tenía la cortesía de pedir

permiso y, naturalmente, el auditorio asentía. Se hace traer un cenicero y se atreve a bromear: «Si no fumo, entonces toso». A veces, el hombre que tiene al lado, presentador del acto, presidente de la entidad, fuma también. Complicidad entre fumadores. Las tertulias vespertinas en la casa de Ríos Rosas terminaban entre nieblas de tabaco: «Se cortaba el aire. Había mucho más humo que en los Altos Hornos». En los periodos de crisis, cuando era necesario espaciar el consumo de tabaco, tenía una solución: pasar en la cama el mayor tiempo posible. Y en lo tocante a la bebida, su persona puede encuadrarse en el segundo grupo, el de los que beben alcoholes tan vulgares como Veterano o Fundador, pero siempre los mismos[577].

Su médico habitual era José Luis Rodríguez Candela (1903-1985), «a quien tanto debe mi precaria salud»[578]. Desde 1941 era catedrático de patología general y propedéutica clínica en Valladolid. Director del Instituto Marañón del CSIC y presidente de la Academia Médico Quirúrgica. Ruano vivió en una época anterior a la medicina socializada. Tenía con los médicos una relación muchas veces de amistad. Médicos que no se limitaban a regañarle y a recetarle esto y lo otro, sino que lo ilustraban sobre las enfermedades que padecía. A lo largo de los años llegó a hacerse con una estimable cultura médica.

A comienzos de 1950 reconocía que padecía una mala racha física desde hacía un par de meses. El cronista estaba cojo, desdentado, dolorido. La cojera la atribuía a una ciática. Le estaban acribillando a pinchazos de penicilina en «salva sea la parte». Y a ello seguían las aspirinas, sellos para dormir y cafés para despertarse y ponerse a escribir artículos, la única forma que tenía de adquirir lo necesario para que la servidumbre se acercara a la tienda con las cartillas de racionamiento. Estaba tan cojo que recorrer los doce pasos que separaban su habitación casera de la biblioteca se le antojaba algo parecido al periplo de Marco Polo. Tenía que andar a cuatro patas. Le dolía mucho la pierna, le costaba encontrar la posición por las noches, metido en la cama. Y despierto, el mejor remedio consistía en tirarse sobre un sillón y recordar los años de Italia, los mejores, los más felices de su vida. Fue la vez primera que acudió a una curandera, que le dijo: «Los médicos son personas muy buenas, pero no saben ni

jota de medicina». Le puso una especie de plancha en el cuerpo y no hubo más. Le contó la experiencia a Marañón. No se escandalizó. Hubo quien le reprochó que fomentara la curandería[579].

Las calamidades físicas le hacían añorar los años en que podía viajar, tomar aviones o trenes y hasta cultivar el peligro como si fuera un deporte. La alegría de andar. Llevaba cerca de dos meses recluido en su casa, cuando pensó en contratar a una mecanógrafa, una idea que pondría en práctica más tarde. Hay otras señales que sugieren un empeoramiento del proceso tuberculoso. En marzo de 1950 se describe en malas condiciones físicas, recluido en una casa de campo, siguiendo la recomendación de reposo absoluto. Pasaba diez horas seguidas tumbado en una terraza, cuando el tiempo lo permitía. Continuó así una larga temporada, semanas quizás, que aprovechó para recobrar el placer de leer: una habitación confortable, una butaca, buena luz y horas por delante para disfrutar del volumen elegido. Simenon, por ejemplo; un autor popular tras el que aprecia –acertadamente– a un gran escritor. O Somerset Maugham, por lo mismo. «Hay casi que ponerse a morir para encontrar tiempo de ponerse a leer». Es probable que la casa alquilada donde reposa sea la misma desde la que comenzó a escribir las *Memorias*, en Torrelodones, a medio camino entre Madrid y la sierra de Guadarrama. Tiene una terraza desde la que ve pasar los trenes y las nubes. Una terraza a la que dedica varios periodos intercalados entre los momentos de escritura. Cuando se hace de noche mira la luna y las estrellas esperando a que le haga efecto la pastilla para dormir. «Tengo cuarenta y siete años y cuarenta y siete plomos en cada ala», escribe en el prólogo a *Mi medio siglo se confiesa a medias*[580]. La sensación de debilidad y acabamiento, la creencia de que está próximo al final de su vida fue determinante en la decisión de poner orden en los recuerdos de su vida deprisa.

El año de 1951 fue un año crítico. Una inflamación de la pleura, dolorosa y acompañada de fiebre, entre el 14 y el 19 de febrero, que fue combatida con *Pantopón*. Mareos, fallos en el pulso. «Alarma inevitable», escribe en la anotación diaria del 30 de marzo. En junio, mientras escribía en el café Gijón, sintió un

mareo serio, con aparatosa pérdida de visión. Había tres oculistas presentes en el café que se esforzaron por atenderlo. Ruano dudó sobre el número de los doctores, porque a los síntomas primeros siguió una visión duplicada, diplopía en lenguaje médico. Una avanzadilla quizás de los ataques que estaban a punto de llegar, que el paciente, inspirado por los médicos, atribuyó a una encefalitis. Los ojos siguieron temblones, desenfocados, y solamente remitieron –creía el paciente– con grajeas de *Cetricán* (¿?). Mediado el mes de octubre le sobrevino «un extraño ataque», muy aparatoso, con paralización del brazo derecho y un fuerte dolor en el cuello. Los síntomas fueron remitiendo poco a poco a base de *Bellergal*, por un lado, y de *Sparmalgine*, por otro. El *Bellergal* era un fármaco barbitúrico empleado en el tratamiento de la epilepsia, con propiedades anticonvulsivas: un regulador del sistema nervioso vegetativo, a base de belladona y derivados del cornezuelo de centeno, con bastantes efectos secundarios, en particular las perturbaciones visuales. El *Sparmalgine* era un sedativo, compuesto por la papaverina, el pantopon y el atrial, un cóctel medicamentoso de relajantes musculares y opiáceos, recomendados incluso para crisis cardíacas. Una medicación formidable, apta para tumbar a un buey. Un tratamiento que puede explicar los estados de somnolencia de Ruano, las siestas ocasionales de cuatro y cinco horas, o las jornadas en que era capaz de dormir diez horas seguidas[581]. Acabando octubre sufrió un desvanecimiento, que no llegó a privarle del sentido, como ocurría en la época de Sitges. Ahora iba asociado a un fortísimo dolor de cabeza –«no sabía que la cabeza pudiera doler así»–, pérdida de visión del ojo derecho y alucinaciones. Sentía también una rigidez en el brazo derecho y la pierna izquierda. El diagnóstico es «cosa oscura para mí», escribe CGR en el *Diario*. Rodríguez Candela receta *Luminal*, un compuesto de fenobarbital, usado como antiepiléptico, hipnótico y sedante; un barbitúrico de acción prolongada –explica el prospecto– indicado para el tratamiento de las crisis convulsivas. Son síntomas compatibles con un microinfarto cerebral, pero Rodríguez Candela, con los instrumentos de análisis a su alcance –una radiografía del cráneo–, parece creer que todos estos ataques son renuevos de sus antiguas dolencias

nerviosas. ¿Quién sabe? Acaso fuera una perturbación del sistema circulatorio resultado de su dolencia tuberculosa. En pocos días visita a un oftalmólogo, que lo somete a las pruebas que eran de rigor entonces: letras grandes, letras chicas, efectos luminosos. El diagnóstico oftalmológico es de parálisis en uno de los nervios del ojo derecho[582].

«César González-Ruano gravemente enfermo», titulaba *La Vanguardia Española* el 25 de noviembre de 1951. A su vez, una nota de la redacción de *Arriba* advertía de la enfermedad del «popular escritor»: «Como saben los lectores, nuestro colaborador César González Ruano ha estado recientemente enfermo de gravedad y todavía continúa imposibilitado para escribir». Salió del apuro lentamente y hubo de contratar a una secretaria y mecanógrafa, la eficaz Anita del Campo, para salir del paso. A finales de noviembre decidió trasladarse a Cataluña, «para hacer salud», escogiendo un lugar ameno en la bahía de Palamós, Santa María del Collet, residencia de su amigo Francisco Pujol. Todavía tuvo tiempo y energías para aprovechar su paso por Barcelona y firmar ejemplares de las *Memorias* en la feria del libro. Cuando reanudó su colaboración en *Arriba*, la tituló apropiadamente como «Moríamos ayer». Un artículo que había tenido que dictar, su primer artículo hecho al dictado, cambiando el orden al que estaba acostumbrado. Y ello le obligaba, si quería seguir con su estilo habitual, a evitar la dispersión del habla y apretar los conceptos. Quizás fuera entonces, residente en Cataluña, cuando le visitó el editor Lara, con el que tenía contratada su próxima novela, *Los oscuros dominios*, cuya aparición se iba dilatando. El editor se disculpó, con su fonética característica:

> Tú no te impasiente, Sesa, que si te muere ponemo una faja que diga «obra póstuma», y así Mery, tu viuda, cobrará la má de derecho de autó[583].

Por si este arrechucho no fuera bastante, a finales de 1951 acudió al dentista, un doctor llamado Bartack. En tres cuartos de hora le extrajo todos los dientes y muelas superiores, colocando en su lugar un «aparato», una dentadura postiza. Un ántrax muy doloroso le amargó el verano de 1953, veraneando en Sigüenza.

Entre el doctor Montoya, en Guadalajara, y el doctor Vital Aza en Madrid, juntamente con una cantidad respetable de penicilina, solucionaron el mal.

Las diferentes enfermedades se acumulaban. Durante su visita a Alicante, en junio del 52, tenía muy mal aspecto; tanto, que impresionó a la periodista que acudió a entrevistarlo, Carmen Soriano. Fue su «palidez enfermiza», la extrema delgadez: «aunque no lo diga está enfermo. Más aún que enfermo, con los nervios destrozados». Ella lo había visto en fotografía muchas veces, se había deleitado –dice– con su prosa fluida e interesante pero no se lo imaginaba así.

–La vida de Madrid es demasiado intensa[584].

Cuando aparece un mal –crisis de ansiedad, tuberculosis, mareos– viene para quedarse y renacer cuando menos lo espera el paciente, sucediéndose o asociándose con otros. El nervio ciático vuelve a molestarle en agosto de 1952. La «emoción» en las piernas, que no llega a ser hormigueo, sino algo como un presentimiento de calambre, se hace habitual. El mareo, la impresión de que puede desvanecerse en cualquier momento, que llega por la mañana y se disipa a la tarde, es otro de los achaques frecuentes. Tal día se levanta, porque ha de escribir, «haciendo de mareos corazón». La ansiedad, a la que llama «obsesión de un terror antiguo», lo paraliza a principio del 53, y solamente la presencia del doctor Rodríguez Candela le tranquiliza: «Hay momentos en que uno es muy poco más que una pobre bestia invadida por el pánico»[585]. Lo que parece un nuevo acceso gripal –sensación de frío, fiebre de 39 grados– es una recrudescencia de la tuberculosis que combate con *Estreptomicina* (antibiótico indicado para el tratamiento de esta enfermedad) y *Veganin* (antipirético), acompañados de mucho café con leche. «Me puse malo a morir». La meticulosa desinfección de su casa, prevención contra el contagio bacteriano, le sugiere una ironía: «Me han puesto a desinfectar muchas cosas. Es una dulce manía que hay que respetar». Hasta la tortuga grande la padece, «por si tenía bacilos de Conrad o de Stevenson»[586]. Bacilos de Koch, muy literarios.

Hasta mediado el siglo XX, el tratamiento dominante eran el que ofrecían los sanatorios antituberculosos: alimentación sana y abundante, reposo y aire puro. Residencias exquisitas, como la que centra la acción de la novela de Thomas Mann, *La montaña mágica*. A menor escala, pero idéntica finalidad cumplía el Santa Marina, en Begoña; o el sanatorio de Hoyo de Manzanares, donde ingresó CJC en 1942, enfermo también del pecho; una experiencia que trasladó a su novela *Pabellón de reposo*. Estar asilado en un sanatorio –y tener la capacidad económica para ello– suponía un paréntesis incierto en la vida de los asilados: «Los tuberculosos han dejado de ser abogados, de ser ingenieros, comerciantes, pintores, novios, insatisfechos amantes; han dejado en un sitio ya remoto la carga pesadísima de sus jamás iguales caracteres [...] ahora ya no son más que enfermos, que enfermos del pecho». Esta puede ser una de las razones que movieron a Ruano para abandonar el hospital de Begoña. ¿De qué iban a vivir, él y su familia? Otra razón, importantísima: en estos sanatorios estaba prohibido fumar. Para combatir la enfermedad también se empleaban inyecciones de calcio, que en algún momento administraron a Ruano. Se atribuían propiedades terapéuticas al calcio al ver que las lesiones tuberculosas curadas estaban calcificadas, al contrario que las activas. Los médicos españoles estaban al tanto de las novedades en el tratamiento de la tuberculosis. La estreptomicina había sido aislada por Selman A. Waksman en 1942, pero el hallazgo no se divulgó hasta poco antes de la concesión del Nobel, en 1952. Los sanatorios fueron cerrándose paulatinamente.

A raíz del último episodio pulmonar –febrero/abril del 53– se sometió a un exhaustivo análisis de pulmón y corazón en la consulta del doctor Manuel Marcos Lanzarot, compañero de estudios, traductor del libro del médico alemán Franz Ickert titulado *Alergia y tuberculosis: fenómenos alérgicos y afines en la tuberculosis*. «Parece que estoy un poco menos podrido que de costumbre y con la tráquea ladeada»[587]; una desviación que pudiera estar relacionada con las infecciones pulmonares y su condición de fumador contumaz; desviación colaboradora en la tos persistente y la dificultad para respirar. A estas exploraciones siguen la tomografía que realiza el doctor Arce, el mismo que

tiempo atrás le había hecho una radiografía del cráneo: tres cuartos de hora tumbado en una mesa.

La enfermedad como estado habitual debilita a CGR. Con 1,80 de estatura pesaba tan solo 46 kilos. Al verle vestido con el prestado uniforme de embajador, en el momento de rodar *Mi adorable esclava*, su hija Marina advirtió: «La casaca pesa más que papá. Diez kilos sobre sus hombros»[588]. Le pinchan no solamente antibióticos sino vitaminas que lo dejan –afirma– como un acerico. El paciente eterno suele reparar en su aspecto físico, en su desnudez descarnada; esqueleto apenas cubierto de piel. «Me da asco mi excesiva desnudez y no me gusto como hombre». Cuando se acerca a una playa, el pudor le impide desnudarse. Falta de peso que no facilita la agilidad de movimientos, sino todo lo contrario. Sus sensaciones, agravadas por la falta de movimiento, son las de un hombre grueso: «En todo, mi sensación es la de que soy como un tío gordo sin agilidad y con mucha grasa»[589]. Mariano Rodríguez de Rivas, director del Museo Romántico, conservador de la casa del Greco en Toledo, amigo antiguo, le invitó a una visita especial e instaló una cama para él. Antes de pasar la noche rodeado de cuadros, se acercó a saludar al doctor Marañón en su cigarral. Marañón creía que los modelos del pintor cretense eran los locos del hospital. Una conjetura que luego publicó en su libro *El Greco y Toledo* (1963). Al siguiente día se levantó Ruano semidormido, cuando ya había empezado la visita al museo. Un niño que iba de la mano de una señora se le quedó mirando y le dijo a la señora: «Mamá, ¿ese señor es el Greco?».

La crisis, la «cornada» de 1957 le pilló en Cuenca. Una gripe con complicaciones pulmonares fue el inicial diagnóstico que se publicó en los periódicos. Empezó el 11 de octubre. Tan grave pareció que el doctor Marañón se desplazó desde Toledo, acompañado de su esposa; el doctor Rodríguez Candela lo hizo desde Madrid. Ambos se asociaron al doctor conquense José Cerrada. Las noticias que publicó la prensa hablan de transfusiones de sangre, a lo largo de varios días. Ello era indicio de la existencia de uno o de varios episodios severos de hemoptisis, producida por aquella lesión tuberculosa, agravada ahora, que le detectaron al final de su estancia en Sitges. La

estreptomicina perdía eficacia si el tratamiento no era continuado; si el paciente no era disciplinado. Inconvenientes del tratamiento extrahospitalario. Además, el *mycobacterium tuberculosis* podía desarrollar resistencias frente al antibiótico.[590] La recuperación fue paulatina y el paciente, pasado un mes justo, pudo regresar a su casa de Madrid. La aparición del doctor Marañón, según el doliente, tuvo un doble efecto. Uno, inmediato, la creencia de que la dolencia era muy grave, que de este ataque no se recuperaba; de no ser así ¿qué podía justificar el desplazamiento? El otro efecto fue tranquilizador. Desde la época de París, Ruano creía en los poderes milagrosos de Marañón. Su aspecto aplomado y cordial, su sabiduría médica y su talla moral, parecían obrar milagros en una persona, en el fondo, tan frágil y desvalida como Ruano.

–Ánimo, Ruano; de ésta no se muere usted.

A Ramón Pérez de Ayala le pasaba igual. «Si tú estuvieras aquí, mediante tu fluido taumatúrgico ahuyentarías el malestar con sólo la imposición de manos». Y Gonzalo Fernández de la Mora pronuncia la misma palabra, taumatúrgico, al comentar sus efectos sobre un familiar. Cada vez que podía, evitando importunar a Marañón, siempre en domingo, rendía visita al cigarral «Los Dolores», en Toledo. Allí coincidía con otras figuras de la generación del doctor como Pérez de Ayala, o con gente más joven como Guillermo Díaz-Plaja y Pedro Garmendia. Ruano siempre estuvo intrigado acerca de la capacidad que tenía Marañón de despachar con brillantez actividades tan distintas como la investigación clínica, la visita a los hospitales públicos, la consulta privada, la investigación histórica, las conferencias y los congresos profesionales. Marañón era infatigable y multiforme. ¿Cómo lo lograba? Ni cazaba ni iba a tertulias; tampoco jugaba a las cartas. Desde que se ponía en pie, a las siete de la mañana, tenía el día ocupado, lleno de compromisos. Pero, indefectiblemente, pasadas las once de la noche, se retiraba a su habitación y leía hasta las dos de la madrugada. Cinco horas de sueño y diecinueve de trabajo. Esa era la clave de su fecundidad. Lo resumía en una fórmula, «la del día de viaje». El

avión o el tren salen a una hora determinada, pongamos a las seis de la tarde. Desde la mañana hasta esa hora, el viajero en ciernes realiza todas sus tareas con eficacia, sin perder un momento. Todos los días tenían que ser como el día del viaje.

> –El trabajo, querido don Gregorio, ¿es la consecuencia de una inspiración o la inspiración es la consecuencia del trabajo?
>
> –La inspiración es una consecuencia del trabajo.
>
> –¿Qué se ve usted obligado a hacer que no le guste?
>
> –Creo que nada.

Marañón opinaba, en frase magnífica, sobre las consecuencias del paso del tiempo: «La lucha contra la vejez no consiste en la conservación de la vida, sino en mantener una hermosa vigencia». Había una cosa que molestaba a Marañón: que le llamaran médico. Él se dedicaba más bien a la observación de la naturaleza. Era un naturalista; un artesano, no un médico[591]. A Ruano le pasaba algo parecido cuando le llamaban periodista. No; él no era periodista sino escritor. Había ocasiones en que el doctor Marañón no lograba explicarse la resistencia de su paciente, capaz de superar por los pelos una crisis y otra. De esta creencia nació una anécdota que recoge Pedro de Lorenzo, con nombres y circunstancias retocadas, en *Gran café*, una novela escrita años más tarde:

> –Marañón es una monja de la caridad. Lo es, ¿comprende?, para los hombres de letras. Pues le recibió en su consulta Marañón. Le reconoció:
>
> –Usted es hombre clínicamente muerto.
>
> Jaime al salir, en la calle, vio que, a su mano, por la calzada, venía un coche de la funeraria; alargó el brazo; gritó:
>
> –Taxi![592]

Un parón en el trabajo, semanas enteras sin escribir, era algo trágico para alguien que vivía al día. Aun con la ayuda de la Asociación de la Prensa, a la que pertenecía desde no hacía mucho tiempo. En esta ocasión, fue Emilio Romero, el director del diario *Pueblo*, antiguo enfermo del pecho, quien salió al

quite:

> Querido y admirado Emilio:
>
> Esta pesada y esperpéntica broma –estas bodas de sangre– van mejor. Aunque lentamente, reacciono creo que del todo. Dentro de pocos días creo que estaré normal. Los gastos, querido Emilio, han sido sencillamente horrorosos, aun con la ayuda de la Asociación en la que sé que también debo mucho a tus gestiones para los medicamentos. Luego mes y medio sin ganar nada. Total, que aun haciendo prodigios la pobre Mery, no tengo en este momento un duro. Me gusta más deberte a ti todo. Tengo en ti una total confianza. ¿Puedes ayudarme con dos mil pesetas más que con las otras cuatro que inolvidablemente me llevaste a Cuenca, hacen seis mil que descontaremos como tú convengas? Ya sabes que no se pide nunca por gusto. Si te es fácil, puedes dárselas a mi secretario, Pedro Garmendia, que personalmente te lleva éste, y si no a Pérez Cútoli que viene a verme esta tarde a las cinco con Marino para convenir la nueva sección.
>
> Te lo agradecería en el alma tu viejo amigo, César[593].

Si habitualmente caminaba poco o nada, hasta el punto de afirmar que se le había olvidado caminar o que sus piernas eran las ruedas de los taxis, ahora tendrá que tomar broncodilatadores –*Eufilina*– y padecer, o ver acentuados, frecuentes ataques de disnea. Fuera consecuencia de su alteración nerviosa, fuera resultado de las dificultades respiratorias o de una combinación de ambas, Ruano tuvo dificultades para dormir. Durante años y años. Son frecuentes sus referencias a un medicamento, el *Fanodormo*, un preparado del grupo de las benzodiazepinas, con efectos sedantes y ansiolíticos, hoy retirado. Un medicamento que, según pudo observar, también tomaba Pío Baroja, de una manera un tanto descontrolada, tanto que en ciertas jornadas lo dejaba *groggy*. «Somos hermanos en el Fanodormo». Tampoco en esto pudo lograr una disciplina que ayudara a conciliar el sueño. A periodos en que se acostaba temprano, antes de la medianoche, seguían otros de verdadera anarquía. Lograr cierta estabilidad profesional, en el Madrid de los cincuenta, y volver a las costumbres noctámbulas fue todo uno. Lo llamaba «pereza

para acostarse». Aunque tuviera que madrugar al día siguiente para ir a café y ponerse a escribir. Precisemos. Madrugar, en el Madrid de los cincuenta y sesenta, era estar entre nueve y media y diez al pie del cañón. El día en que lograba acostarse temprano lo valoraba como un triunfo. CGR era hipocondriaco. ¿Cómo no serlo? Las constantes alusiones a sus achaques dan fe de ello. Su amigo Manuel Alcántara dice haberle visto rodeado de *Cardiazol*, *Pantopón* y *Ecuanil*, medicamentos cardiorrespiratorios y ansiolíticos. Solamente las menciones a la falta de dinero pueden superarlas en frecuencia. Cada día parecía auscultar su estado. Hasta llegó a dar nombre a un género de mal, sin referencia concreta, el de no estar enfermo, pero no encontrarse bien. Era una enfermedad abstracta, que tenía sus variantes. Los factores morales influían en el equilibrio físico. Era muy difícil que una persona que no tenía un céntimo se encontrara bien, aunque estuviera como un roble. Fulano iba al médico y decía sentir dolores en tal o cual parte de su cuerpo. El médico le decía que no tenía nada y, a pesar de ello, Fulano no se encontraba bien porque le han cortado la luz y no tiene cómo pagar el recibo. Ruano creía, medio en broma y medio en serio, que pronto saldría a la superficie otra variante del no encontrarse bien: la enfermedad de los finalistas. Sí; los finalistas de los concursos literarios. Los que habían tenido el premio al alcance de la mano y en la última votación vieron, estupefactos, que el premio se lo daban a otro[594].

A lo largo de los años, quizás provocado o condicionado por sus frecuentes crisis, Ruano mostró un gran interés, una fijación algo morbosa por la muerte. Siempre le vi rodeado de muerte, recordaba Luis Romero. «A mí se me dan muy bien los muertos», decía. Entre sus artículos mejores, entre los más primorosos, figuran los necrológicos. Eran «pequeñas obras maestras». Parece como si al tratar la muerte ajena, anticipara la propia, hasta en sus detalles. No podía apartar de su imaginación la idea de un sepulturero torpe, zafio, con la nariz colorada de vino, al que se había confiado la presencia última de un ser querido. «¿Echamos las flores dentro?»

Y luego el número de la cuerda y las paletadas de tierra. Y, después, la mano negruzca que recoge la limosna de la

concurrencia. El sepulturero era un tipo sórdido, siniestro. César, en estos casos, solía traer a colación unos versos de León Felipe:

> Para enterrar a los muertos
> cualquiera sirve,
> cualquiera,
> menos un sepulturero[595].

En el entierro de Ramón Gómez de la Serna, el 23 de enero de 1963, se le aprecia subido a una lápida, en la sacramental de San Justo, destacado del resto de los asistentes, en una postura algo airada. ¿Meditando en la muerte?

En la despedida que dedicó a su amigo Agustín de Foxá explica la manera en que, contra lo que un día le dijo el mismo Foxá, la muerte significaba cercanía y no distancia. Cada amigo que moría le acercaba a la idea alegre de la muerte, en la seguridad de que no faltaría a la cita: «Mira, Agustín: Hay que ir amando a la muerte»; es necesario acostumbrarse a ella como a una buena tierra en la que despertaremos de ese sueño que es la vida. Una paradoja barroca. La vida como sueño. La muerte como renacimiento[596]. Ese interés algo necrófilo lo despertaba, en ocasiones, la muerte física; la comezón por escrutar la apariencia del muerto, por el espectáculo que rodeaba a la muerte. Como si observar de cerca un cadáver pudiera ilustrarle sobre el misterio de la vida o de la muerte. Dos casos distanciados en el tiempo ilustran esta curiosidad. La muerte de Santiago Rusiñol y la de Tyrone Power.

Fue el primero en enterarse de la muerte de Rusiñol en Aranjuez, en junio de 1931. Siempre quería ser el primero en dar la noticia, en hacer el reportaje. Se presentó en la posada donde murió a las tres y media de la madrugada. Allí se quedó velando el cuerpo hasta las ocho. Una foto del cadáver en la primera plana del *Heraldo*. La cabeza de Rusiñol con la mandíbula sujeta por un lienzo, «ese pañuelo trágico que impide que los muertos se rían con la más horrible risa». Ruano se fotografía, ya con luz solar, junto al último cuadro que estaba pintando. El cronista había tratado mucho a Rusiñol en sus visitas a Barcelona. Lo había entrevistado más de una vez. Y ahora lo veía así, sobre una

camita, enteramente desnudo, y ello le produjo una impresión tremenda. El cuerpo era grande y fuerte, cubierto de un vello casi blanco. Decide hacerle una interviú sin palabras. Le responde la chaqueta, el negro sombrero, las sillas del cuarto. Parece una escena de Shakespeare este diálogo con objetos inanimados. A las seis se presenta un empresario de pompas fúnebres para ofrecer su mercancía. Escribe en sus papeles el nombre del muerto: Santiago Ruiseñor [sic]. Echa la cuenta y se la presenta a la esposa de Rusiñol. Anticlímax. Son cinco mil ochocientas pesetas con cincuenta céntimos[597].

El actor Tyrone Power estaba rodando una película, *Salomón y la reina de Saba*. Llevaba en España más de dos meses. En Zaragoza, para una de las batallas de Salomón con los judíos, el ejército español había puesto a disposición del film nada menos que cinco mil hombres. Con *Ty* trabajaban Gina Lollobrigida y George Sanders. Faltaba por rodar una tercera parte de la película. Tenía un presupuesto de seis millones de dólares. El jueves *Ty* asistió a la *première* de *Testigo de cargo*. Esa película soberbia que, no se sabe por qué, no gustó a Ruano, aficionado al cine. Tenía comprometida la asistencia a una fiesta taurina organizada por Luis Miguel Dominguín y una visita a Toledo. El sábado llegó a los estudios de Sevilla Films. Se vistió de rey Salomón y, después de filmar toda la mañana, el actor se sintió indispuesto. Debió morir camino de la clínica Ruber, de un ataque al corazón. Alguien avisó a Ruano del hecho y se presentó de inmediato en la clínica. Gregorio Marañón Moya, abogado de la *United Artists*, le franqueó el ingreso hasta una sala de operaciones donde estaba el cadáver del actor, tapado con una manta. Le descubrieron y, dice el cronista, ante sus ojos apareció la «más sorprendente e irónica imagen de la muerte de un hombre contemporáneo». Vestido de rey Salomón, el muerto recién muerto, maquillado aún, parecía vivo. ¿Qué interés podía tener Ruano en volver a su época de corresponsal callejero? Concluir que Power había muerto en el momento cenital de su fama; cuando todavía no había comenzado «la lenta y triste noche de las decadencias». Morirse así era como aferrarse más tiempo a la vida, a la vida en el recuerdo de los que te conocieron[598].

El mal estado de sus pulmones era habitual. En marzo de 1960 sufrió una caída, cuando estaba disfrutando de las delicias del clima de Benidorm. Estaba en un restaurante y se deslizó por una baranda. Se creyó que se había roto una costilla, pero no. Una vez reconocido se le diagnosticó una «neumonía traumática». La fiebre subió a cuarenta grados. Más sencillo hubiera sido el concluir que un enfermo crónico de los pulmones, debilitado por la enfermedad, se dio un trompazo. «Me di un golpe que casi me mato». Le recetaron inyecciones de *Testovirón*, un esteroide de acción prolongada; testosterona, menos para estimular la libido que para favorecer la fortaleza muscular de alguien que no hacía ejercicio alguno. A resultas de estos achaques, al menos desde 1962, padeció de momentos de gran cansancio y de torpeza manual. Le costaba abrochar un botón. Esta torpeza afectó a la escritura. Ruano tenía una letra redonda, grande, clara. Apenas corregía lo escrito. Cuando tachaba algo era porque las letras no habían quedado bien dibujadas, alineadas y legibles. El pensamiento parecía fluir al compás de la escritura. Pero, ahora, el temblor dificultaba la caligrafía y, de rechace, afectaba al pensamiento. Se daba cuenta que el relato de sus enfermedades eran el tema inevitable del *Diario*: «¡Cuánto tiempo llevo muriéndome!».

Lo cierto es que dejaron de sorprender o de inquietar los anuncios que, de cuando en cuando, preferiblemente en los meses fríos de otoño e invierno, aparecían en la prensa: «González Ruano, enfermo». Aunque la dolencia no inspira cuidado, decía una gacetilla, deberá permanecer en cama algunos días[599]. Había enfermos que se abandonaban, como una dulce manera de suicidarse. Y había otros, como él, que luchaban a brazo partido con la muerte. Nadie muere sin dimitir, decía Eugenio d’Ors. Y CGR no estaba dispuesto a la dimisión, todavía. En estos meses recordó Ruano la crisis aquella de Berlín. Entonces le entró la convicción de que la muerte no podía alcanzarle si la afrontaba de pie. Y así, medio muerto como estaba, se incorporó y la muerte se echó para atrás. Eran fórmulas para conjurar el fantasma. Otro recurso, como hemos visto, consistía en traer a la memoria al doctor Marañón, cuando le decía: usted no se va a desmayar. Y no se desmayaba. En

Cuenca, cuando muchos creyeron, y él también, que había llegado su hora, estuvo a punto de dimitir. Sintió una especie de lánguida complacencia, una voluptuosidad en el abandono. «Dios no lo quiso», y tampoco los médicos, que la muerte, con su consentimiento pasivo, se saliera con la suya[600]. Cuando la crisis pasaba venía la aceptación del sino. Él era, ciertamente, «un enfermo contumaz», pero no podían quitarle lo bailado. Había vivido intensamente y escrito extensamente. Había sufrido algo y había gozado mucho. El único cansancio que sentía era puramente físico. A cambio de sus dolencias, había vivido «a pierna suelta»[601].

La amenaza más fuerte fue la de 1964. El escritor acudió a Barcelona para dar dos conferencias, la primera titulada «Cincuenta años de vida literaria», dentro de un ciclo organizado por el Conferencia Club. Tuvo molestias los días anteriores, pero las interpretó como una cistitis. De repente, empezó a notar un dolor fortísimo en el vientre. «Dolor terrible en la vejiga». Los dolores eran cíclicos. Aparecían cada cuatro horas. Creyó, con gran sentido profesional, que podría con la conferencia anunciada, «La memoria se divierte». Acudió al hotel Ritz, en sesión presidida por el inevitable vizconde de Güell. Hizo una descripción de la *Belle Époque* barcelonesa. Dijo haberse asomado, en el año veinte, al barrio chino de Barcelona: también afirmó haber conocido de vista al *Noi del Sucre* y a la Bella Dorita en la terraza del Colón. ¿Con 17 años? Terminó contrastando aquellos tiempos añorados, que el progreso había barrido para siempre, con los actuales. «Siempre se gana perdiendo algo». Pero ahora se había perdido «un estilo de vida único y feliz». «La prisa se lo lleva todo».

Pero a la segunda conferencia anunciada, «Casi cincuenta años de vida literaria», a celebrar en el Real Círculo Artístico, no pudo asistir. «Los dolores son insoportables». Estaba almorzando en casa de Gabriel Juliá, exgobernador civil de Cuenca, cuando le acometió el dolor. «Me llevan en un coche a la clínica. Temo seriamente no llegar vivo»[602]. Ayudado por su mujer y su hija ingresó en la clínica del doctor Puigvert, una autoridad en materia de urología.

No era la primera vez. En 1954 pasó varios días en Barcelona.

Estaba preocupado. Estuvo un día entero en la clínica y siguió visitándola durante varios días. «Angustia, ansiedad, olor a éter»[603]. ¿Qué fue aquello? ¿Problemas de próstata? Fue una de las ocasiones primeras en que conoció por dentro una clínica particular montada a la moderna, y quedó agradablemente sorprendido.

Había visitado la del doctor Barraquer que, con su manía egiptológica, parecía un templo geométrico. El propio Barraquer era una «impresionante criatura», con una cabeza de iluminado, entre santo y sobrino del diablo. Las clínicas de estos años no eran como las antiguas, que si lujosas, desbordaban patetismo, como tratando de impresionar al enfermo a fuerza de solemnidad. La del doctor Puigvert, o la del doctor Vital Aza parecían hoteles, con habitaciones luminosas y funcionales, rebosantes de «cordial naturalidad» y casi, casi deportivas[604]. Ahora, casi diez años después de aquella experiencia clínica, se anunció a la prensa que el periodista estaba aquejado de «importantes trastornos de tipo renal».

«Don César González-Ruano enfermo». El paciente había sido objeto de un amplio reconocimiento y, según los periódicos, después de haber sido sometido a tratamiento permanecía en observación. «Don César González-Ruano continúa en observación clínica». En la clínica del doctor Puigvert continuaba el escritor, a la espera de que se decidiera la conveniencia de operarle. Parecía hallarse algo mejorado y pudo recibir la visita de varios amigos con quienes conversó durante largo rato. Acudieron los periodistas con la interviú a punto:

> –Ha sido una suerte esta enfermedad [hasta aquí el fino humor], puesto que me ha sorprendido en Barcelona. Así he podido llegar antes a las manos del doctor Puigvert, ya que, si esto me hubiera sucedido en Hong Kong o en el Congo, igualmente hubiera venido a que me tratase él, aunque hubiera tenido que hacerlo a rastras desde donde me encontrase [...]
>
> Entra el doctor Puigvert. Le pregunta por su estado, y César González Ruano responde que peor que ayer.
>
> –Eso no tiene importancia, replica el especialista eminente. Hoy estará más excitado porque le hemos rebajado

la dosis de medicamentos calmantes[605].

Manuel del Arco, periodista conocido de *La Vanguardia Española*, al tiempo de entrevistar a sus personajes dibujaba su caricatura. Es una entrevista que al paciente le pareció «despiadada», pero que trató de afrontar con «disciplina profesional». Del Arco lo trató como a un muerto que no acababa de morirse, como un candidato al más allá:

> –¿Dejas testamento?
> […]
> –¿Te apenaría abandonarnos?
> […]
> –¿Te queda más por hacer que lo que hiciste?
> –Me queda todo por hacer; creo que no he hecho nada más que un prólogo.
> –La vida, César, ¿es corta?
> –Es corta cuando la ilusión es larga.
> –¿Qué ambicionas en este momento?
> –Dejar de sufrir; solamente por medio del sufrimiento se comprende un goce, por negación…[606]

Cumplió en la clínica los sesenta y un años. Su mujer le regaló un magnífico Patek Philippe, de bolsillo naturalmente. Vinieron a entregarle el premio de 25.000 pesetas por un artículo, ya citado, sobre la vista y sus cuidados. Con ciertas dificultades, alcanzó a dictar un artículo para *La Vanguardia*. El escritor estaba algo conmovido por las muestras de solidaridad que había recibido. «Yo no sabía que se me quisiera tanto». Llevaba veinte días en la clínica, «después de haberle visto por primera vez la cara al monstruo del dolor».[607] Todavía dudaba sobre lo que iba a ocurrir, cuál iba a ser el desenlace de la enfermedad.

Después de varias radiografías, el doctor se había decidido a intervenir. Solamente le preocupaba el «deficiente proceso respiratorio» de Ruano. El enfermo acusaba un «estado nervioso». Noticias posteriores apuntaron al órgano afectado, que era la vejiga, cáncer de vejiga, tantas veces asociado a fumadores contumaces. En vísperas de la operación volvió a recordar a

quien había sido su talismán durante años, el doctor Gregorio Marañón. Trató de serenarse pensando que la muerte de uno era un asunto que concernía a los demás. Era martes, 25 de marzo. Le dijeron que le operarían el jueves. Le bajaron al quirófano para, según afirmó Puigvert, hacerle una radiografía. En realidad, era para intervenirle y evitarle una crisis nerviosa. Le operaron, seguramente mediante un procedimiento que consistía en la «resección transuretral de la masa tumoral»; una técnica que se empleaba incluso en casos muy avanzados –como seguramente era el de Ruano– con fines paliativos. La operación se llevó un buen trozo del órgano afectado, que fue reconstituido por Puigvert. «Una operación increíble», asegura su hija, Marina González Navascués[608]. «Don César González-Ruano ha sido operado». «Me han quitado media vejiga». «Estoy convertido en una cosa, no en un hombre, siquiera, que sufre»[609]. De momento, no serían los últimos.

La operación fue un éxito, temporal. «Prosigue la mejoría de don César González Ruano». En franca mejoría tuvo una reflexión sobre las lecciones aprendidas. Le había visto las orejas al lobo. Se había familiarizado con el dolor. Había notado la cercanía de personas de las que, hasta entonces, no había tenido noticia. Merecía la pena haber pasado por un trance angustioso para ver las cosas en su debida dimensión. El sufrimiento podía ser «el camino real y más derecho del hombre hacia Dios»[610]. Hubo una lección que no aprendió. Seguía fumando. Apagó la colilla cuando lo bajaban al quirófano y, nada más disiparse los efectos de la anestesia, encendió otro pitillo. Fumó, recordaba, hasta en medio de la grave hemoptisis que padeció en Cuenca. «Me parece que el día que no echo humo es que no hay fuego». Había oído decir que el tabaco tenía mal sabor durante las enfermedades. Nada de eso. «A mí el tabaco no me ha sabido mal nunca». En Barcelona había fumado menos, pero era porque dormía más. No desesperaba de lograr una conquista: la de fumar dormido. Tanta era su afición[611].

El 22 de marzo, domingo de Ramos, Ruano abandonó la clínica. Se le notaba débil, aún más flaco que de costumbre. Se atrevió a pasear un poco, no mucho, por la calle. Llevaba una sonda y una botellita de plástico debajo del pantalón. Se acerco

hasta Sitges, acaso para descansar, o mejor para reanudar con un pasado no del todo feliz. Entró en el Chiringuito, arrastrando los pies. Estuvo casi tres semanas, a veces con fiebre alta, y se atrevió casi al final de su estancia a dar una conferencia en las Escuelas Pías del pueblo, inspirada en las que tenía planeadas para Barcelona: «Casi cincuenta años de vida literaria».

El escritor quedó tan maltrecho que, en las semanas inmediatas, no podía tenerse en pie. En el homenaje que le dedicaron un grupo de amigos agrupados en la peña Valentín, agradeció el acto con estas palabras: «Aquí tenéis mi mano, que puede permitirse todavía el lujo de dejar unos momentos la pluma para apretar la vuestra en un gesto, os lo aseguro, lleno de miedo. Mi mano que pide a las vuestras que no me soltéis [...] porque me estoy cayendo»[612]. En una de las entrevistas, ahora para la revista *Blanco y Negro*:

> –Nunca había visto tan de cerca la muerte, excepto en sueños, excepto cuando los alemanes representaron exclusivamente para mí –allá en París– la parodia de mi fusilamiento.

Se alegró al volver a Madrid. «Una alegría brutal». El taxista que le traía desde el aeropuerto le preguntó por su salud. Se alegró al volver a encontrarse con los objetos de su casa. Una peña de amigos le esperaba en su retorno al Teide. Cuando creía que iba a morirse, sentía estar lejos de Madrid. Él, que tanto había viajado, había reducido su mundo al que observaba desde su rincón del café, el de los camareros que le servían, el de las gentes sencillas que venían a saludarle. Estaba contento con la prórroga. Todo era como una gran propina. Un regalo que no esperaba. Era como volver a empezar. En el fondo, era hermoso morirse para sentir el cariño de la gente. El único inconveniente era que había perdido la costumbre de escribir. En otra entrevista realizada para *Arriba*, su amigo Salvador Jiménez volvió a preguntarle por la experiencia:

> –¿Creías de verdad que te ibas a morir?
> –Yo sí. Es la tercera vez que lo he creído, pero es la vez

que lo he creído más.

–¿Qué se siente en un trance así?

–Miedo, querido Salvador. ¿Sabes por qué? Porque me daba mucho miedo lo imprevisto. Yo no calculaba que me pudiera morir por ahí. Me entró un gran escrúpulo religioso y pedía confesor. Yo no sé si ante Dios esto tiene demasiado mérito porque es un acto de pánico. De mí tiraban todos mis muertos. Me daba la sensación de que mi padre, mi madre, todos, me estaban diciendo: ¡confiésate!

A González Ruano la muerte parecía sentarle bien. Traje de buen corte, camisa de puntas largas, corbata de seda, zapatos relucientes. El escritor decía sentirse estupendamente, aunque algo debilucho. Acababa de reeditar una obra que publicó en los años treinta, *El caballero Casanova*, en cuyo prólogo aparecía una referencia a su estado actual: «Posiblemente me ocurrió a mí lo mismo que a Jacobo Casanova, cuya vejiga se le volvió loca siendo ya viejo, cuando conquistó, por fin, su corazón la muerte». El escritor resucitado afirmó entonces –exagerando como siempre– que llevaba escritos 25.000 artículos[613].

Ruano parece haberse reconciliado con la vida durante los meses que siguieron a la operación. En mayo de 1964 inaugura la exposición dedicada a Penagos. En septiembre anuncia que está escribiendo una obra de teatro que iba a titular *Tiempo para todo*. Un mes después dicta una conferencia en el Ateneo sobre «Los Unamunos de Unamuno». En diciembre pronuncia otra conferencia sobre el pavo, sobre las diez maneras de condimentarlo, en una pollería de la calle Diego de León, organizada por el Institute of American Poultry; él, que no había cocinado nunca. 1965 fue un año de muchos desplazamientos. De bastante ajetreo de conferencias y charlas. Málaga, de jurado de los premios Málaga-Costa del Sol. Raro era el día que no se acercaba a los habituales pueblos costeros, Torremolinos, Fuengirola, Marbella, requerido por este o aquel afán[614]. Recorre la ciudad de Málaga, sin prisa, para variar, desde el Olimpo de un coche de punto. Murcia, adonde acudió invitado por la FICA, o Feria de la Conserva y la Alimentación. Visitó el recinto ferial y sus acompañantes se dieron cuenta de que no

podía con su alma. Decidió corresponder a los anfitriones bebiendo un vaso de vino jumillano: «Este caldo resucita a un muerto como yo».

Para dar una conferencia en la feria sufrió mucho. Llovía a cántaros. La asistencia no fue la que se esperaba. Ha sido un éxito, afirmó una vez más, pero no indescriptible. En otro momento, el pintor murciano Hernández Carpe pinto un gallo sobre la tapa de un barril, que todavía se conserva. Entre varios de los asistentes compusieron a varias manos un soneto, ese invento que los surrealistas llamaban un cadáver exquisito:

Enloquecido gallo del buen vino
que cenaste al costado del Jumilla,
ya humillaste vencido la rodilla
y quedaste caído en el camino.
Gallo que ayer me lo cantaba todo,
igual las alegrías que las penas
rompiendo con tu canto las cadenas,
alto el pico y con la pluma a modo.
Canta de nuestra tierra la alegría,
kikirikí feliz y descarado,
canta nuestra insensata algarabía.
Que salgas de esta cena desplumado
es cosa previsible en este día
y en Feria conservera conservado.

Lo acompañaron a la estación, casi en volandas. «Muchas gracias, muchas gracias; soy un puro cadáver. Contad conmigo siempre si es que sigo viviendo»[615]. Mazarrón. Visita a la nueva casa en construcción. Luego Sevilla: invitación en el Ateneo. Durante la visita a la finca de su nuevo amigo, el rejoneador Rafael Peralta, tiene una nueva hemoptisis que trata de disimular. «El pulmón hace acto de presencia». De la Semana Santa a la Feria de Abril: «Hay que ver lo que supone, físicamente considerado, empalmar la Semana Santa con la Feria y seguir vertical». Una novedad importante en estas semanas. Después de años de abstinencia, regresa la afición a la bebida. Comienza con visitas al bar del hotel Fénix, un par de güisquis un día y el siguiente. Durante una recepción en casa de los

marqueses de Villamantilla se emborracha como en los peores tiempos. Se cayó al suelo, quemó la alfombra, perdió el conocimiento. «Bebí como un triste cerdo». Miedo a volver a las andadas; miedo a caer en una situación que puede serle fatal. Revive sus recuerdos de gran bebedor, no siempre asociados a experiencias tristes. Prefería beber solo, en bares con barra, bien puestos. Le gustaba sentarse en un taburete alto, escoger la marca de un güisqui y, con el segundo vaso en las manos, hablar de tonterías con el barman[616].

Nueva York, invitación a la Feria Internacional. España tiró la casa por la ventana. El pabellón español, diseñado por Javier Carvajal, era macizo, austero; muros blancos sobre los que se emplazaba un volumen sobresaliente de hormigón. «Una arquitectura recia y exteriormente hermética», según Ruano. A la entrada, la guardia civil vestida con uniforme de gala, muchachos y muchachas de Coros y Danzas ataviados con trajes populares; bellísimas azafatas escogidas entre las hijas de nobles, embajadores y ministros. En el interior había cuadros del museo del Prado, gastronomía, moda, cerámica y juguetes españoles, stands industriales. Articuladas todas las áreas en torno a un patio central[617]. Un derroche que expresaba sin querer –exclusivismo social, insistencia en lo pintoresco y folclórico– algunos de los rasgos del régimen político que impulsaba aquello. Estaban previstas conferencias en varios puntos, sobre todo en Puerto Rico. Pero no hubo lugar. A la semana no pudo aguantar más. No le gustó la ciudad automática, la ciudad de los rascacielos. De nuevo el avión. Entre Nueva York y Londres pasan veinte días. Le gusta Londres, que lo recibe entre brumas. Nines, la hermana de Consuelo, la mujer de su hijo César, estimula –por última vez– un erotismo nunca apagado del todo. Hubo, según Jesús Pardo, el periodista lenguaraz, hasta masturbación en presencia de la deseada; una escena que, de ser cierta, resulta harto ridícula[618]. Al regresar a Madrid, nuevo golpe de sangre. Su hijo César le lleva a una clínica de la calle Velázquez donde le administran dos inyecciones de anticoagulante. Unos pedacitos de hielo en la boca le sirven de alivio. «Tres inyecciones diarias», escribe en el diario del 2 de julio, de estreptomicina seguramente. De Londres se ha traído

una nueva afición: la cerveza negra. Viaje a San Sebastián, la «ciudad más elegante de España», la «ciudad perfecta». Sale huyendo del calor de Madrid y en Guipúzcoa le recibe la lluvia. Se consideraba, sobre todo, friolero. De ahí su obsesión por las chimeneas de leña y los cuartos bien caldeados. Pero tampoco soporta el calor veraniego. Esta hipersensibilidad tiene que deberse a un fallo en el organismo de Ruano, sobrecargado de cafeína y medicamentos, incapaz de regular la temperatura corporal. Quince días en el norte. El alcalde donostiarra lo invita a acompañarlo en la inauguración de unas obras. Biarritz, San Juan de Luz, Hendaya, excursiones por el país vasco francés. El escritor cuenta sus proyectos a un periodista local. En literatura, su afán era recoger su obra desperdigada. Había recopilado ya una colección de artículos que iba a titular *Mis queridas mujeres*. Quería lanzar una nueva edición de las *Memorias*, añadiéndole los quince años transcurridos desde 1950. Estaba considerando la posibilidad de viajar a Chile y Argentina para dar conferencias. Cierto que no le gustaba hablar en público, que se le daba mal la oratoria, pero con algo tenía que financiar los desplazamientos[619]. Estamos en julio. Madrid. Café Teide. El pensamiento de la muerte se vuelve obsesivo. «La muerte más desoladora es la que se ve llegar».

Algún tertuliano del Teide opinó que, por lo general, el que va a morir no cree que haya llegado su hora: «Amigo, yo llevo mucho tiempo viendo llegar mi muerte».

La verdad era que, a ojos de los circunstantes, Ruano parecía el fantasma de sí mismo[620]. El Tiemblo, unos días en la sierra. Seguimos en verano. Los achaques de salud parecen ofrecerle una tregua. Cuenca: últimas semanas en la Pequeña Ciudad. Ruido y silencio. Si aumenta el primero, la ciudad perderá atractivo; si el segundo domina, ello indicará que la ciudad sigue muerta. Porque le parece evidente que la ruina de los viejos palacios no ha venido de las nuevas edificaciones, sino del desdén, de la indiferencia de los conquenses por Cuenca. El escritor ha decidido abandonar la ciudad para siempre. Había recibido un par de ofertas de compra. Al final, como se ha dicho, acepta la oferta del pintor Antonio Saura y decide la venta de una casa en la que puso tanta ilusión. Dice haber comprendido

que «allí no me esperaba más que un berrinche diario». Un grupo de «gente fina», pero aislado, la gente con la que se reunía en el Colón no puede hacer nada para cambiar la situación[621]. Mazarrón (Murcia). Es la tercera vez que aparece por el pueblo. Está en sus inicios la construcción de una nueva casa. Tiene forma cúbica, con menos pretensiones que la de Cuenca. La enésima utopía domiciliaria. Positano murciano. Un chalé, lo llaman. A ver si es posible que, en los «últimos meses de vejez», pueda entrar unos días de descanso en Mazarrón.

Entrado el otoño, el escritor entra en la crisis final. Respira con dificultad. Le ocurre algo, pero no sabe lo que pueda ser. El menor movimiento le produce fatiga. «Tal vez he vivido mucho», escribe en el *Diario*. Otra vez sangre. Empieza a hacer balance de lo hecho y de lo que quedó por hacer. Insatisfacción. Tal vez hizo mucho, pero mediano. Le faltó el gran libro. «En realidad estoy muerto»[622]. Visitando a su primera mujer, Esperanza Ruiz-Crespo, le acomete un fuerte ataque de «asma». Al bajar le puede la angustia y se arroja a las escaleras antes de que se detenga el ascensor. Apenas consiguen trasladarlo en un coche del hotel Fénix. Acuden médicos, Rodríguez Candela el primero. En los días venideros se le unirán otros: el cardiólogo Francisco Vega Díaz y Cristóbal Martínez Bordiú, marqués de Villaverde. Conocía al yerno de Franco desde que su amigo Mariano Rodríguez de Rivas hiciera las presentaciones, al filo de las navidades de 1953. Las pulsaciones suben a 200 por minuto. Prescriben varios medicamentos, *Cardiazol* entre ellos. El 12 de octubre salta la noticia. «César González Ruano, enfermo». Su estado, dice la prensa, inspira «algún cuidado». Se describe jadeando entre balones de oxígeno. Para levantarse una hora a escribir su colaboración diaria en *ABC* necesita otra hora para medio vestirse. Los médicos le hablan de bronquios, taquicardias y otros males. El escritor les responde: «Todo esto es fatiga del material». Y añade: «¡Bueno! Ya era hora. En el peor de los casos no se podría decir con justicia que me había malogrado».

Los médicos han advertido una «neumonía con graves complicaciones» que, a la hora de publicarse el diagnóstico, se da por superada. Aparece en *ABC* una entrevista con el escritor, que expresa preocupación por el desamparo en que quedan los

escritores en la enfermedad y la vejez, y el deseo de que se ampliaran a esa profesión los beneficios de la previsión social: «Me gustaría que hubiera llegado la hora porque tengo esa hora muy cerca»[623].

El escritor anuncia la inminente aparición de dos libros, la nueva edición de *Las palabras quedan* y *Mis queridas mujeres*. Seguía trabajando en su *Diario íntimo.* Exhibe aparente fortaleza de ánimo y sentido del humor en otra entrevista. Tenía el rostro muy blanco y los ánimos decaídos.

> –Esto es muy pesado. Todos los años me muero una vez [...]
>
> –He hecho vida normal hasta hace unos tres días. Me dio el ataque estando en una visita. Ya en estos últimos días estaba un poco cansado, me notaba mal. Pero no creí que iba a ponerse la cosa tan oscura.
>
> –De todas cuantas cosas le rodean, ¿qué es lo que más sentiría dejar?
>
> Lo piensa un instante, se pasa la mano por la barbilla y esboza una sonrisa.
>
> –Creo que de todo esto, lo que más sentiría dejar es el café. Pero el café como local. Aquí, en mi casa, no he escrito nunca ni un sobre[624].

La agencia Europa Press le saca una foto en la cama. Al levantar la casa de Cuenca, la de Ríos Rosas rebosa de objetos y libros. Ahora duerme en lo que llama una habitación-biblioteca. El 17 de octubre redacta un testamento en el que ordena que se le ponga en el suelo cuando sea cadáver –vieja costumbre nobiliaria– y que lo vea la menor gente posible. Le hubiera gustado que lo revistieran con el hábito de Santiago. Pero ya que no alcanzó ese honor, que lo envuelvan en una sábana y con ella, dice a lo castizo, «voy que chuto». El marqués de Villaverde le somete a un electrocardiograma: corazón excelente, pulmón derecho sin función, bronquios mal[625].

«César González-Ruano, convaleciente». Los médicos le aconsejan un periodo de quietud mientras dure la convalecencia. Pero sigue escribiendo todos los días. Como había hecho siempre. Escribir era, desde luego, una manera de ganarse el

sustento. Escribir era también un acto de afirmación, una manera de agarrarse a la vida, sobre todo ahora que la estaba perdiendo. En realidad, nunca ha ganado tanto dinero como en estas semanas. Torcuato Luca de Tena le ofrece la mejor corresponsalía de *ABC*, la de París. Si se lo hubiera dicho unos meses antes, reflexiona, acaso hubiera aceptado. ¿Habría prescrito la sentencia de 1946, la que dictó el tribunal departamental del Sena, aquella que lo condenaba por colaborar con el enemigo? Y si no París, ¿no le apetecería una gira por las nuevas naciones de África? Ofertas tardías. Corría también el rumor de su ingreso en la Academia Española, sin mucho fundamento quizás.

A ratos parece resignado. Él, que había muerto tantas veces, se dice a sí mismo y le dice al público que le sigue que nadie es imprescindible. Pero continúa escribiendo. Cuando aparece el telele, le acomete la terrible impresión de ahogarse, de que el corazón fallaba, que todo se venía abajo y le invadía el pánico de una muerte inmediata. Entonces jadeando, gritando, acudía al oxígeno. Los médicos le habían dicho siempre –quizás desde aquel ataque de Berlín, en 1940– que era una cosa psíquica, que era un ataque de miedo, de angustia. El escritor, que padece tantas contrariedades, dice en público que acaso esté pagando «reiteradas soberbias y torpes pecados». Como si la Providencia estuviera detrás de todo. El concurso «El consejo del doctor», convocado por la SER y fallado por un jurado compuesto de médicos y periodistas, decide otorgar el premio de 25.000 pesetas al artículo de CGR titulado «La divulgación médica», publicado en *ABC*. El escritor, que apenas duerme y pasa con dolor las largas horas del día, anota: «Cada día es un milagro». El 19 de noviembre ingresa por voluntad propia en el sanatorio de San Francisco de Asís, en la calle Joaquín Costa de Madrid. El doctor Martínez Bordiú le anuncia que ya no tiene bacilos de Koch en los pulmones. Se dice veterano en eso de morirse con cierta frecuencia; dialoga con una monja que le sugiere prescindir de la escritura. Usted ha venido aquí a ponerse bueno, no a escribir. Y la respuesta: Yo soy escritor como usted es monja. «César González-Ruano está enfermo y escribe». El 11 de noviembre concede una última entrevista al periodista Yale. Este

observa que en la habitación número 3 del sanatorio hay colocado un cartelito: *Se prohíben las visitas*. Pero que es un rótulo superfluo porque CGR, al otro lado de la puerta, seguía escribiendo y charlando con los amigos:

> –¿Qué hace usted aquí, César?
>
> –Jugar a enfermo [...] La clínica es como un sistema penitenciario perfecto, con el agravante de que, además, tiene uno que pagar la factura[626].

Pese a seguir embarullado «en los mágicos caminos del humo», sintiendo sus efectos en pulmones y laringe, se conforma a reducir el consumo de tabaco. A pesar de ello, se siente peor. «Aunque me dicen que el pulmón lo tengo mejor que nunca y el corazón marcha perfectamente, me siento acabar»[627].

Pocas veces en la historia de la literatura española se ha contado una agonía día tras día. «Escribo estas líneas en la soledad de la habitación de una clínica [...] Estoy enfermo, soy dueño de la alegría de mi tristeza y de un tiempo que parece intemporal [...] Estoy como lejos ya de mí». Como había hecho siempre, lee la prensa del día, fijándose en las pequeñas noticias, que ahora tienen que ver con la muerte. Desde un piso sexto se arroja a la calle una anciana señora. Muere un hombre atropellado cuando bebía en un bar. No hay muchas referencias a Dios en la obra del moribundo. De vez en cuando, en sus últimos años, había hablado de su acercamiento a la religión.

> –Hemos confundido, lamentablemente, durante mucho tiempo, la religión con la política. Confío cada vez más en la fuerza social y humana de nuestro catolicismo, nuestra verdadera fuerza[628].

Ahora traía el nombre de Dios, por el humano temor a la muerte, como asidero o recurso último. En Barcelona, en vísperas de la operación, llamó a un sacerdote y se confesó. El sacerdote le dijo: «Hijo mío, lo que debes haber sufrido».

> –Yo estoy cada vez más próximo a la idea religiosa. Soy

> poco practicante, como casi todos estos cómodos católicos españoles, pero me preocupo más de la religión. Creo que las dos grandes dedicaciones del varón son el clero y la milicia. Dios no me dio fuerza o humildad para seguir estos caminos, pero me parece lo más digno que puede ser un hombre.

A otro periodista («uno traía en cartera tocar este tema») le explica que antes era un católico que iba algún domingo a misa. Pero ha cambiado: «Pienso en el negocio de la salvación, como tan acertadamente lo llamaba San Ignacio»:

> –¿Este cambio en su actitud religiosa se debe a su última enfermedad?
>
> –No; es la edad, creo yo. De enfermedades tengo larga experiencia [...] Desdichadamente no tengo una cultura teológica.

La entrevista terminó con una frase que resumía la característica principal de su vida de prisa:

> –La impaciencia es mi mayor defecto. No estoy en lo que estoy sino en lo que viene detrás[629].

El 30 de noviembre abandona el hospital y vuelve a su domicilio. La última anotación en su *Diario*: «El terror es blanco. La soledad es blanca». El enfermo parece haber interpretado el cambio de residencia como un efecto de su insistencia por escapar del «negro escotillón» de la muerte. Se enteró por la prensa de que su admirado W. Somerset Maugham estaba enfermo de gravedad. Intercambia un par de cartas, más bien notas, con un sacerdote: «Aquí estoy, padeciendo y tal vez acercándome a Dios»[630]. El escritor se empeña en seguir escribiendo como si ello fuera una suerte de fe de vida, a pesar de que se siente acabado. En una carta particular a José Luis Vázquez Dodero, el antiguo miembro de Acción Española, por entonces jefe de la sección de colaboraciones de *ABC*, trata de forzar la publicación de un artículo, que presiente que pueda ser el último. La escritura es ya temblorosa:

Lunes

Querido José Luis: Gracias por tus amables y estimulantes líneas y gracias también a tu gentil y encantadora secretaria.

De mi deplorable estado al que tristemente no veo salida, me he arrancado esa tercera página que te envío. Créeme que lo único que ahora me hace ilusión es escribir, aunque me cuesta mucho esfuerzo. Le ofrezco a Dios estos sufrimientos con los que pago, barato y mal, pecados de soberbia. Gracias por todo. Te quiero mucho y estoy deseando verte. Abrazos

César

Si pudieras darlo pronto te lo agradecería. Tengo una sensibilidad infantil y me importan ahora estas cosas como si fueran las primeras que hago. ¿Quién sabe si serán las últimas?[631]

El 15 de diciembre, *ABC* publicó su última «tercera», a la que hacía referencia la carta anterior. Se titula «La costumbre». Es un artículo impresionante. El colofón, literariamente afortunado, de la historia de su agonía. La cabeza le seguía rodando. Escribía, pues, porque tenía la costumbre de hacerlo desde hacía muchos años. Con el amor pasaba algo parecido, según su experiencia. En épocas de intensidad amorosa, podía hacer compatibles –dice pudoroso– varios argumentos simultáneos. La lectura también había sido una costumbre.

Estos días, ya largos, dolientes y desdichados que más mal que bien voy pasando, sin seguridad de que los pase [...] Voy creyendo firmemente que todo reside en la costumbre. Y que, muchas veces, la muerte puede consistir en ir perdiendo la costumbre de vivir[632].

A LAS CUATRO Y MEDIA DE LA TARDE DE AYER FALLECÍA EN SU DOMICILIO DE RÍOS ROSAS CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO.

Horas antes del fallecimiento le habían visitado su médico habitual, el doctor Rodríguez Candela, y el doctor López Ibor, que acudió para tratar de conjurar la crisis nerviosa del paciente. Al poco tiempo entró en coma, con algún momento de

conciencia, hasta el final. Hasta la víspera, dijeron sus familiares, había hecho una vida casi normal. Por la tarde se levantó y dictó un artículo, precisamente el que habría de publicar *ABC* el mismo día 15. Se publicó entonces que la muerte se había producido por «un proceso vascular», una «disfunción circulatoria». Una enfermedad que, decían, databa de antiguo[633]. En realidad, en este frío mes de diciembre parecían haberse citado todos los males pasados y presentes del escritor: nervios, pulmones, corazón y, de remate, el cáncer. Era el 15 de diciembre de 1965.

Uno de los primeros en llegar al domicilio de CGR fue Cela. Un sacerdote, «amigo de la casa», contertulio del Gijón de añadidura, el padre Polo, se puso a dirigir un rosario en la sala mortuoria, donde César yacía, tendido en el suelo, como era su voluntad, las manos atadas al pecho y la mandíbula sujeta por un pañuelo anudado a la cabeza. CJC comentó que su vecino no era hombre que se impresionara por la muerte, que siempre habló de esta como de un amigo. Se comentaba también la coincidencia de que el mismo día de su muerte se publicara un artículo suyo en el *ABC*. Otra coincidencia, la muerte de Somerset Maugham. Siguió llegando gente al domicilio de Ríos Rosas. Periodistas, gente de teatro. Curiosidad. Rito funerario el de visitar al amigo, al conocido, cuando está de cuerpo presente. De todo un poco. Algún joven, como Francisco Umbral cree haber perdido algo más, algo así como un padre que le enseñó a construir un artículo y a ganarse la vida, y encima pagándole el café. En una estantería del pasillo, colocados en carpetas muy cuidadas, estaban los artículos publicados en los últimos años. Luego no era cierto lo que pregonaba su autor, que no solía conservar casi nada de lo que escribía. En Madrid, en los círculos literarios, no se hablaba de otra cosa que de la muerte del escritor. Volvieron en taxi, Umbral y varios compañeros de profesión. Raúl del Pozo comenta: «Y pensar que no volveremos a reírnos más hasta que se muera Azorín»[634].

Entierro al día siguiente. Cinco de la tarde. Desde una hora antes fue concentrándose gente delante del 54 de la calle Ríos Rosas. La comitiva se dirigió, encabezada por motoristas municipales, hacia la parroquia próxima de san Juan de la Cruz,

para rezar un responso. En la presidencia del duelo se hallaba César, hijo mayor del finado, juntamente con el ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, el director general de Prensa, Pedro Gómez Aparicio, el presidente de la Sociedad de Autores, Joaquín Calvo Sotelo, personalidades del mundo de las letras y de las artes, directores de periódico y miembros de las redacciones. El cortejo se dirigió hacia el barrio de Carabanchel, a un cementerio del siglo XIX parecido a aquellos de las visitas románticas de los años treinta. «Que me lleven a la sacramental de Santa María. No quiero que me entierren en la Almudena, el SEPU de la muerte»[635]. El siguiente día, se celebraron funerales en la iglesia de las Calatravas y de los Sagrados Corazones.

XX
Leyendas, 1965-2022

La muerte de CGR fue muy divulgada en la prensa española. Se reconocieron sus méritos como escritor, como cronista insuperable de las cosas menudas. El muerto había sido un concienzudo lector de esquelas, la última etiqueta, la última tarjeta pasada invitando al último viaje. A veces se sorprendía al leer una, anunciando la muerte de una persona a la que hacía tiempo que daba por muerta. Otras veces era la esquela de un desconocido que traía a la imaginación la ciudad en la que se había vivido. La edad también le llamaba mucho la atención, y la profesión y sus títulos. Ruano pensaba que una esquela, la suya, sería la última de sus colaboraciones en los periódicos, el último de sus artículos y reportajes, con el inconveniente de no producir dinero sino de costarlo[636]. Pero la suya fue una muerte sin esquelas. Con muchas, abundantes necrológicas, pero sin apenas esquelas.

La muerte de César, después de varios intentos frustrados, fue la muerte definitiva. La muerte sin remisión. Los que acudieron al domicilio de Ríos Rosas quedaron impresionados por la escena. Allí estaba el cronista, con un pañuelo atándole la mandíbula, tirado en el suelo, sin mayor ceremonia, como él había pedido. Muerte sin posible marcha atrás. El caso es que César era un familiar de la muerte. La conocía porque se había rozado muchas veces con ella. No solamente por sus enfermedades más o menos graves, sino por la atención que prestó, a lo largo de su vida, a los cadáveres, a los muertos. Su personaje favorito fue siempre don Juan; ello no se debió solamente a su evidente significación como coleccionista de mujeres. Se debió a que don Juan era un familiar de la muerte, las que provocó con su acero, la que abrazó al final de su vida.

Ruano veía la muerte en la pintura, en la literatura española. La idea de la muerte parecía presidir, a su juicio, la «conciencia nacional».

La leyenda blanca acerca de su vida puede decirse que fue iniciada por el interesado en vísperas de su fallecimiento. Hasta entonces había preferido el silencio, la ambigüedad, las palabras a medias sobre algunos de los episodios más controvertidos de su pasado.

> –A propósito. Aquí corrió el rumor de que había sido fusilado.
>
> –Efectivamente. A punto de serlo estuve. Viviendo ya en París y por razones complicadas que no hace al caso mencionar, me sucedió un serio contratiempo. Fui condenado a muerte, permaneciendo incomunicado durante 78 días, en la prisión militar de Cherche-Midi.
>
> –¿..?
>
> –Pues nada. Ya lo ve. Que no me fusilaron[637].

Ahora expondrá algunos de estos sucesos bajo una luz favorable, hasta invertir su significado. Así ocurre con el episodio de París, en un artículo en que combate la persecución de los llamados criminales de guerra como un caso de resentimiento.

> Primero como corresponsal de guerra de *ABC* en Alemania y en muchas operaciones de invasión junto al Ejército germano y luego como preso político en el París ocupado, donde estuve a punto de ser fusilado por los alemanes y donde sufrí un encarcelamiento de setenta y ocho días incomunicado y sometido a las infinitas variantes de los interrogatorios de la Gestapo[638].

«Preso político» se llama. Algunos de sus amigos, como Mariano Tudela, prosiguieron con esta visión sobre el personaje. El turbio episodio de París podía interpretarse de una manera cuasi heroica. El periodista Álvaro Ruibal, que firmaba sus crónicas en *La Vanguardia* como «Ero» había sido uno de sus iniciadores. Durante la ocupación alemana, escribe, Ruano se dedicaba «al cambalache y al trueque de miniaturas y cuadros».

Estuvo encerrado por espía en los calabozos de la Gestapo. Ruibal debió concluir, al aceptar este viejo rumor que, al tratarse del autor de *Seis meses con los nazis*, su detención tenía que deberse al hecho de haber cambiado de bando. Al bando bueno, se entiende. Ruibal afirmaba que ante el persistente rumor sobre el espionaje, un alto personaje político le preguntó si sabía algo sobre ese misterio: «¡Pero si César lo cuenta todo en el café!».

En las páginas *post mortem* que le dedicó Mariano Tudela, el asunto del espionaje, que seguía vigente, adopta una variante. Al negarse a espiar para sus captores, prefirió seguir dedicándose a «ayudar el clandestino paso de la frontera a judíos perseguidos». José Luis Castillo Puche escribe: «Preferimos no hablar de los años de César vividos en la Resistencia a la Alemania nazi, son los años más negros de su vida hasta regresar a España, perseguido y afortunadamente protegido por el gobierno español, que le puso un guardaespaldas y le proporcionó toda clase de ayudas hasta que su vida se redujo al artículo diario para poder vivir». ¿Ayudas? Todo lo contrario.

Esto del espionaje y los guardaespaldas era, en efecto, una invención. Opiniones que venían a dar razón póstuma y como a servir de epitafio al destacado escritor: «Yo no tengo biografía, sino leyenda»[639]. Más cerca de la realidad están las referencias al talante del personaje o su valor como escritor. Bastantes personas certificaron su amabilidad y buena disposición para todo el que quería entrevistarle. El joven Rafael Borràs, mucho antes de convertirse en editor famoso, lo vio cruzar la vía Layetana hasta el hotel Oriente. Entró detrás suyo. Lo llamó por teléfono desde la recepción y fue recibido de inmediato para una entrevista que publicó a continuación en *El Bruch*. Muchos de quienes lo trataron de cerca insistían en cualidades como la generosidad, la cordialidad y cortesía esmerada, la tolerancia con la que soportaba a pedigüeños y sablistas, la profesionalidad con la que cumplía sus compromisos periodísticos. «Era un personaje fascinante», afirma Raúl del Pozo, que no dudaba en invitarlo a comer a su casa conquense, pero quejándose siempre de las moscas, las tenaces moscas. Le daban los jóvenes el tratamiento de «maestro», y para ellos lo era en realidad. La elegancia y pulcritud personal también contaban porque, pese a los años y al

deterioro físico, jamás perdió ese aspecto arreglado, listo siempre para acudir a un compromiso social[640]. Luis Antonio de Villena, escritor de buenas letras, se atrevió a elogiar sus cualidades como prosista, con una certera alusión a su personalidad inquietante: «Porque César fue periodista esencial, renovador del artículo como género, pero además poeta, novelista y sobre todo autor de memorias, diarios y semblanzas que son, acaso, lo mejor de su obra en líneas generales: *Caras, caretas y carotas* o *Mi medio siglo se confiesa a medias*. César González Ruano fue un prosista notable en la crónica y un personaje que llenó una época (antes y después de la Guerra Civil) y que no ha dejado de despertar interés y curiosidad. No es un grande, pero sí un inquietante muy notable»[641]. Marino Gómez Santos recordará el primer encuentro con CGR en el café Gijón. García Nieto lo llevó hasta su mesa, «la faz angulosa [...] los ojos de batracio, el bigote alfonsino y un cierto aire de hidalgo desheredado». El escritor famoso lo invitó a sentarse, al tiempo que llamaba al camarero y le ofrecía cigarrillos en una pitillera de plata, blasonada. Se mostró muy receptivo a sus aspiraciones juveniles y tuvo palabras de estímulo. En los años inmediatos le demostraría que estas cortesías no eran fingidas, apadrinándolo, citándolo en su diario, prologando y elogiando sus libros, recomendándolo a Emilio Romero para que acabara trabajando en *Pueblo*: «Me sentí, en cierto modo, adoptado». El juicio de Andrés Trapiello, en su importante libro *Las armas y las letras*, es contundente: «Ruano se instaló primero en Sitges y después en Madrid, donde sentó plaza del mejor periodista literario de la época. Si de alguien puede decirse que el país y su tiempo no favorecieron mucho su talento, es de él»[642].

Eran virtudes o características que hacían olvidar el lado menos grato del escritor: «Era cínico y único. Escribía de cualquier cosa, como si fuera lo más grande del mundo [...] Era un periodista brillante, fascinador». Era el escritor más escritor que había conocido, escribió Luis de Castresana; en su actitud, en su devoción por la literatura y hasta en su letra. Lo mismo dice Cándido, Carlos Luis Álvarez, «el modelo más próximo de escritor». «Difícilmente olvidaré la generosidad de César». Cándido quiso imitarlo escribiendo en los cafés, con un tono de

sentimentalismo elegante y él fue quien sustituyó la «Penúltima hora» de César en *ABC* por una «Última hora»[643].

Esta fue la necrológica de CJC: «Señores: ha muerto el último escritor deportivo, el último escritor que (deportivamente) se fajó a cintarazos con la vida, a desplante limpio con el resabiado morlaco de la sociedad y a punta de florete con la literatura. Si la ley del escritor –según parece probable– se mide por el grado de fidelidad a sí mismo que cada uno fuere capaz de enseñar, César González-Ruano, el hombre que hizo de su propia vida el ardoroso combustible de su literatura, fue el último escritor de ley de nuestras letras. En un tiempo en el que los periódicos se escriben con los pies y el periodismo, a cada día que pasa, tiende más y más a convertirse en una estupefaciente y monocorde manufactura de agencia, César luchó, con un entusiasmo denodado, con una vocación sin límite y con una voluntad de hierro, por dignificar la prosa de cada mañana y plantar su tienda de artista guerrillero en el yermo predio del oficio. En este sentido, César fue el Larra de nuestros días y el singular poeta de lo mínimo, lo apresurado y lo cotidiano»[644].

En 1975 la Fundación MAPFRE inauguró un premio anual de periodismo, al tiempo que promocionaba la reedición de los libros y la colección de la obra periodística de CGR: tres gruesos volúmenes editados a todo trapo; trabajos reunidos por un admirador y estudioso de su figura, antiguo futbolista, llamado Miguel Pardeza. El premio fue eliminado en 2014, coincidiendo con la aparición del libro titulado *El marqués y la esvástica*. El director de la Fundación negó cualquier relación entre ambos acontecimientos, con un mediocre pretexto: «Queríamos abrirnos a Latinoamérica, acoger a los blogueros [...] así que finalmente modificamos las bases del premio reconvirtiéndolo en un galardón al relato corto». Muy bien lo de la renovación. Pero ¿por qué anular el nombre?

Para entonces eran más abundantes los juicios hostiles que los favorables. CGR pareció anticiparse al futuro al citar repetidas veces una frase que le había escuchado a Jean Cocteau. «En la vida humana hay dos clases de razas: la de los jueces y la de los acusados». ¿A qué raza pertenecía él? No dudaba en la respuesta: «A la de los acusados». La obra enorme, dilatadísima de CGR

quedaba aparte, como si no existiera. Si había sido o no un buen poeta o un atildado prosista, eran cosas sin importancia. El juicio moral se imponía a todo lo demás. Empezó a circular por los cafés una, digamos, leyenda de signo contrario a la anterior.

El primero en hablar de actividades truculentas fue el periodista Eduardo Haro Tecglen, investido en sus últimos años de profesión de un furor justiciero, como si de manera tardía hubiera dado rienda suelta a sus obsesiones: «En París, el cronista César González Ruano vendía por dinero (o joyas o pieles) contraseñas a hebreos para que alguien los pasase a España por los Pirineos. Eran falsas y, cuando llegaban al punto convenido, no había nadie. Los alemanes se confundieron con él, creyeron que era un protector de la raza y le encerraron en la prisión de Cherche-Midi. Al fin se convencieron de que era solamente un estafador y le dejaron en libertad. Hoy está glorificado por los rojos». ¿Por los «rojos»? Los «pases» o «tarjetas» que facilitaba a los judíos, afirma en otro lugar, tenían unos signos misteriosos. A cambio de estos pases, se quedaba con todo lo que poseían. Al llegar a la frontera, sin que nadie entendiera aquellos signos extraños, eran apresados y asesinados por los alemanes o internados en campos de concentración. Hablar de CGR –«ese miserable»– solo podía hacerse en tono panfletario, en tono de inaudito despecho. Haro coincidió con Ruano en alguno de los periódicos en que colaboraron, en *Informaciones*, por ejemplo. Aparte del roce frecuente como contertulios del café Gijón. De hecho, pone en sus labios alguna baladronada que dice haberle escuchado, y acaso sea esta declaración lo único fiable en toda su diatriba; fiable en parte solamente: «El propio César lo contaba todo con grandiosidad. ¡Por fin! Ha venido un comandante alemán a mi celda y me ha pedido disculpas reconociendo que yo tenía razón. Perdone, señor Ruano, efectivamente no era usted un agente sionista sino simplemente un estafador». Haro pone por testigo de sus afirmaciones al falangista Jesús Suevos, que se hallaba en el París ocupado como corresponsal de la prensa del Movimiento. Pero, de ser ciertas estas acusaciones, Suevos las desconocía o no las debió de tener en cuenta, dado que poco tiempo después de la guerra mundial, como director del semanario *Fotos*, fichará a

CGR como colaborador y, más tarde, al ser nombrado Director General de Radiodifusión seguirá tratándolo con una cortesía esmerada, encargándole guiones radiofónicos. Suevos había sustituido a Antonio Zuloaga como agregado de prensa de la embajada española en París, pero en 1944, cuando Ruano se hallaba en España, y poco pudo alcanzar de las historias góticas de tarjetas y contraseñas. El periodista airado tenía mala memoria[645]. Haro aparece citado un par de veces en el *Diario* de CGR, mezclado entre los amigos de Luis Escobar, marqués de Valdeiglesias, en su palacete de la calle Nicasio Gallego, el mismo día en que la censura había prohibido un artículo sobre el destronamiento del rey Faruk, en una postura deferente hacia su persona: «Nos sentamos un rato en el jardín y acude a nuestra mesa Eduardo Haro Tecglen, con su aire un tanto espiritado, de hombre que parece que acaba de despertarse. Me dice que está escribiendo una novela»[646]. El momento más encumbrado de Haro como periodista coincidió con el auge de la revista *Triunfo*. En aquella publicación, a lo largo de década y media, derrochó energías para desacreditar a las democracias occidentales en las que, al parecer, se habían infiltrado los modos del fascismo. Reinaba en Europa y en los Estados Unidos una «democracia manipulada», una «democracia ficción». El fascismo era insidioso; era como una «impregnación», como una sustancia maligna que se adhería al cuerpo político. Julio Camba contaba una anécdota de la época en que fue corresponsal en Constantinopla. Estaba en uno de los baños de la ciudad. Al salir del agua, las fricciones enérgicas del bañista le arrancaron de la piel una materia oscura y viscosa que alarmó al escritor. ¿Qué es esto?, preguntó Camba al bañista. Y este le contestó: «Esto, señor, es su catolicismo».

El fascismo era muy parecido a la sustancia negra de Camba. Estaba a la orden del día, no pertenecía al pasado. Había, por decirlo de otra manera, renacido de sus cenizas. El campo de concentración era ya innecesario. ¿Para qué molestarse en reconstruirlo? Lo que representaba el campo había triunfado. Ya no hacía falta el *manganello*; ahora gobernaba la Democracia Cristiana[647]. Y este hombre, el singular arúspice, siguió alertando –en 1997– del peligro inminente. «Las hordas fascistas

están ahí».

«Siempre fue», afirma el periodista Manuel Vicent, «un flaco con voz de baúl [¿?], bigotillo de línea falangista y un dandismo que se confundía con su lado oscuro de crápula». Vicent se refiere a las zonas de sombra de su biografía, a cierta «perversión sexual» que no especifica, «a las noches de orgías» y a su desinterés por la moral. Dominaba el artículo, sigue diciendo, hasta llegar al grado de maestro. Aunque la mayoría de su producción no merece el recuerdo. Era una máquina de fabricar «calderilla literaria». Lo había adelantado el mismo Ruano, anticipándose a los glosadores: «El periodismo es la calderilla del escritor». Pero de esa calderilla vivían él y sus futuros contradictores. Parece ser que Pedro Laín Entralgo, antes de publicar su *Descargo de conciencia* (1976), torció el gesto al enterarse del propósito de la editorial Taurus de publicar las libretas de los diarios ruanescos[648].

Es posible que ciertos sucesos contemporáneos, por contigüidad, ayudaran a remachar la leyenda de un Ruano que, directa o indirectamente, actuaba como asesino de judíos. Se trata del *affaire* Petiot, que fue descubierto en las últimas semanas de la ocupación de París. Marcel Petiot atraía a sus víctimas a su domicilio de París, en el 21 de la rue Le Sueur, con la promesa de facilitarles documentación para pasar a Argentina. Una vez listos para viajar, llevando un equipaje con sus pertenencias más valiosas, Petiot las asesinaba con gas y enterraba sus restos en una fosa. Era una especie de huerto del francés, pero más sofisticado. Los alemanes no encontraron pruebas para condenarlo. Petiot fue puesto en libertad y se unió para disimular a un grupo de la resistencia. Fue apresado en una estación del metro de París, en los días posteriores a la Liberación, vistiendo el uniforme de capitán de las FFI. Vino el juicio y la condena a la guillotina. Se acreditaron 26 víctimas, aunque pudieron ser más. La mayoría eran judíos, «israelitas» se decía entonces. La historia de este Barba Azul francés se divulgó en la prensa de España, y hasta llegaron a editarse folletines como el titulado *Un genio del crimen. Petiot, asesino al por mayor*[649]. Si un desaprensivo, un sádico, no un racista, tampoco un colaboracionista, había sido capaz de asesinar a «israelitas»

para apoderarse de sus pertenencias, ¿cuántos no habrían perecido a manos de traficantes y guías sin escrúpulos?[650]

La leyenda negra llegó hasta la novela titulada *La buena reputación*, escrita por un excelente narrador, Ignacio Martínez de Pisón, que resume todos los tópicos acerca de la mala reputación del personaje. Aparece Ruano en la novela, en un imaginario viaje a Melilla, de visita en casa de gente de origen sefardí, en torno a 1950. Recuerdo acaso de los que realizó en los años treinta. Es un personaje agorero, pues vaticina el inevitable fin del protectorado español. Es un Ruano inevitablemente borracho, que consume de una sentada una botella de coñac que le obliga a una parada para vomitar. «Samuel observó su perfil de cuervo, su rostro macilento y ojeroso. Llevaba Ruano el pelo pegado con abuso de brillantina, y su bigote, ceñido al labio y con las guías alzadas como simulando una media sonrisa, le pareció decididamente ridículo». Alardea de catolicismo españolista. Es pesado en su conversación. Mira con intención a las mujeres de la casa. Una de ellas, Sara, hija de Samuel, se ve obligada a concluir con una exclamación: «¡Puagg!»[651].

CGR se había convertido en el prototipo del escritor fascista, en la encarnación de todo lo malo y todo lo vil de la condición humana. Una especie de chivo expiatorio sobre el que poder descargar el odio y el rencor forjados en muchos años de régimen dictatorial. Y ello desde la altura de quien se sentía certificado por una moral intachable, por la creencia de hallarse en el lado adecuado de la historia. La condena de Ruano no es casi nunca literaria, sino dictada por una estrecha moral puritana: orgías, desviaciones sexuales indeterminadas, homosexualidad, voyeurismo, onanismo. «Siempre odié a los escritores fascistas», asegura José Esteban en sus *Memorias*: «Siempre odié sus repugnantes bigotitos». Aunque también afirma que a los escritores del bigotito «los leí poco y mal». Pero entre todos estos hay uno que destacaba: un señorito provocativo, con las manos llenas de sortijas que, como el propio Esteban, era asiduo del café Gijón, siempre escribiendo «implacablemente», atendido por el personal como si fuera un personaje, «como un Dios», escribe, acaso picado por la envidia. Se trataba de César González Ruano (sin guion). Esteban volvió a encontrárselo en Sigüenza, el

pueblo de donde es natural; el pueblo en el que volvió ocasionalmente a veranear el escritor del bigotillo. Acaso fue en 1952 o 1953. Esteban debió poner, como poco, una mueca de disgusto: «Una mañana, era verano, en plena Alameda vuelvo a encontrarme al personaje. Igualmente, repulsivo, con las uñas largas, con sus gestos y su cara de vicioso, con su sonrisa provocadora y su chulería de perdonavidas». Demasiados adjetivos posesivos. Esteban publicó unas memorias en que todo lo concerniente a la casa de Ruano en Cuenca y sus habitantes se le antojó cursi, despreciable, impúdico, repelente e indeseable. ¿Qué hacer con semejantes individuos? El lector de semejantes diatribas se ve obligado a imaginar un desenlace radical, tremendo; una solución que librase al mundo de la presencia de tales personajes. *La guerre n'avait pas finie*[652].

El libro titulado *El marqués y la esvástica* ha sido, por el momento, una de las contribuciones mayores a la leyenda negra de nuestro personaje. Firmado por dos periodistas, Plàcid García-Planas y Rosa Sala Rose, la obra se centró en los años parisinos de Ruano. Sus autores, guiados acaso por el pasaporte que le fue decomisado, así como por otros testimonios, afirman que una de las principales fuentes de las ganancias de Ruano habría residido en la venta de estos documentos a judíos en apuros. Pero que, no conforme con el mero trato mercantil, el suministrador o intermediario trataba después de eliminar a sus beneficiarios en el momento de pasar la frontera con España. Esto último, reconocen, es una sugerencia que no han logrado demostrar. Los testimonios que aducen son débiles, legendarios. Las fuentes, como el lunático Pons Prades –firme creyente en la existencia de los extraterrestres–, resultan poco de fiar.

Eduardo Pons Prades fue un escritor anarquista que había formado parte, según parece, del maquis en los Pirineos. Durante algunas semanas de 1942, él y su grupo habían observado el misterioso paso de camiones por la frontera entre Francia y Andorra. Tiempo después encontraron a un herido de bala, un judío apellidado Rosenthal. Este les contó que él y su familia habían gestionado la huida de Francia a través de un funcionario de la embajada española, a quien habían pagado una fortuna. Una vez en los camiones, y ya en Andorra, los responsables del

convoy hicieron bajar a los judíos y los fusilaron en plena montaña. Rosenthal pudo salvarse de milagro. Uno de los compañeros de Pons Prades lo acompañó a París para identificar al funcionario, que respondía al nombre de «Don Antonio». Por lo que detalla Pons Prades en sus memorias, *Los senderos de la libertad*, se trataba de César González Ruano

Pons Prades pertenece a la escuela de Fernández y González, el gran folletinista. Años después de terminada la guerra, en septiembre de 1964, Pons cuenta que se trasladó de París a Madrid, donde iba a comenzar su trabajo en el departamento de producción de Alfaguara, la editorial fundada por CJC. Al poco tiempo se enteró de que, en aquel edificio y tabique de por medio vivía «Don Antonio», el supuesto alias de CGR, con su esposa «y el amiguete de turno». Un día, Cela aporreó la pared, gritando: «César, vente para acá, que tengo un coñac francés que quita el hipo». Era una botella de Napoleón. Aparece Don Antonio en la figura corpórea de Ruano y polemiza con su amigo y vecino, desbordándolo en conocimientos etílicos, realzando la superioridad del coñac Martell. Días antes de la aparición de Don Antonio, Pons Prades había contado a CJC la historia del siniestro viaje de los judíos, engañados en París, retenidos en unos cuartuchos de Toulouse y liquidados después en la frontera andorrana. También relató el viaje que un taxista barcelonés, Manolo Huet Piera, un tipo dividido, entre matón y anarquista de acción, había hecho a París tratando de ultimar a Don Antonio. Pons Prades cuenta que el día en que fue detenido por la Gestapo, Don Antonio compartía un piso con un joven judío, de cuya buena fe había abusado el español; abusado, precisa, en todos los sentidos de la palabra. El tal Don Antonio debía de tener un despacho en la embajada porque estos arrojados anarquistas fueron a preguntar por él, como la cosa más natural del mundo, y un conserje les dijo que no se hallaba en ese momento. O sea, que Don Antonio pertenecía a una red tenebrosa, formada por sodomitas, diplomáticos mendaces y antisemitas sanguinarios y ladrones: «La red franquista mejor montada para esquilmar judíos y eliminarlos después, y cuyo punto de partida era, incuestionablemente, la embajada de España en París». Más adelante, Don Antonio Granero, que ese

era el nombre figurado de Ruano, animado por dos botellas de auténtico Martell, acabó por sincerarse. Ante el sombrío panorama de la sede de la Gestapo, no le quedó otro remedio que ceder a los deseos lascivos de un oficial de las SS[653].

El libro de Pons Prades –el delirio hermanado con la homofobia– fue algo así como el faro que orientó hacia Andorra a los autores de *El marqués y la esvástica*, quienes llegaron a encargar pesquisas arqueológicas, buscando en la frontera los restos de aquellos que, presuntamente, habían sido víctimas de la estafa y el engaño. Naturalmente, no hallaron nada que justificara sus conjeturas. Bueno, algo encontraron; algo que se parece a un hueso de oveja, fotografiado en la página 380 del libro.

Este suele ser el riesgo que acecha a ese moderno y atrevido género que mezcla la biografía del autor o de los autores con la del personaje o los acontecimientos del pasado. La escritura subjetivista de la historia, suele llamarse. Es un género en que los autores revelan sus encuentros con testigos, sus dificultades y logros en los archivos, etc. Nada habría que oponer a este género híbrido si quedaran diferenciadas las fronteras entre la historia y la invención fantástica; o entre la historia y una pesquisa judicial en la que el reo carece de garantías procesales y la condena –o la absolución– están dictadas de antemano. Sin cautela alguna, el libro de historia acaba por convertirse en una suerte de autobiografía novelada, en un folletín con tipos perversos y codiciosos combatidos por agentes redentores, si acaso no desemboca en el autobombo sobre la sagacidad que demuestran unos periodistas, ingenuos creyentes en que la *verdad* nunca se halla a la vista, publicada en cientos, en miles, de artículos de periódico, sino oculta en la penumbra de los archivos, descifrados –además– de manera sesgada. Porque –esto es algo básico en el oficio de historiador– no basta con encontrar un documento o escuchar un testimonio. Hace falta interpretarlos, relacionarlos con el contexto político, con los prejuicios e intereses personales de aquellos que ni siquiera fueron testigos de los hechos a que se refieren. «Los archivos», escribe Enzo Traverso, «pueden mentir»[654]. Por eso, los documentos están pidiendo a gritos un trabajo de descodificación, necesitan de la

crítica como cualquier otro testimonio. «Hemos podido demostrar que Ruano traficó con salvoconductos y que engañó a judíos que acabaron en los campos. Que delató a sus compañeros de celda en Cherche-Midi, los mismos que después utilizaría para escribir una novela». En realidad, aparte del tráfico de «salvoconductos», confesado a medias por González Ruano, los autores no han demostrado nada de lo que se proponían. Existió, y eso debía haber llamado su atención, una leyenda sobre el engaño y asesinato de judíos en la frontera española.

Tras el libro de los periodistas citados, vino una cascada de reseñas. «En el periodo comprendido entre 1940 y 1943, Ruano (Cuenca –*sic*–, 1903-Madrid, 1965) mantenía abiertas tres casas en el París ocupado, una de ellas de un judío huido al que desvalijó. Había llegado huyendo de Berlín…» «Un fantasma pícaro y deleznable» que gusta tan poco al periodista que propone eliminar del diccionario la palabra «chiringuito». «Un escritor sin escrúpulos, sin ética ni estética. Leerle es asomarse a una exasperación verdadera, a una decisión de mirar el mundo con envenenamiento ideológico»[655]. Entre estos apuntes, todos o casi todos parecen compartir una suerte de superstición archivística, corriente entre los no profesionales. Basta decir que se han frecuentado tales o cuales archivos para que el resultado de esas pesquisas sea creído *sur parole*. También hubo declaraciones complementarias, no exentas de frivolidad: «Ruano hacía el mal porque necesitaba francos para comprar champán. Seguro que sentía un poco de remordimiento, pero no demasiado». A la que puede añadirse esta otra: «Era de derechas y filofascista. Un jeta»[656].

El engaño y posterior asesinato de judíos en la frontera española fue una actividad que, convertida en leyenda, se achacó a los personajes que tuvieron algo que ver con el tráfico de pasaportes y visados, como Porfirio Rubirosa o Pedro Urraca Rendueles. «Una versión fantástica echada a rodar en Santo Domingo […] y que aún comentan algunas personas que lo trataron apunta a que él –Porfirio Rubirosa– transportaba a judíos hasta la frontera con España y luego los asesinaba»[657]. Lo de asesinar a judíos, después de haberlos extorsionado, hubiera sido incurrir en un comportamiento antieconómico. Una

propaganda contraproducente que habría arruinado el negocio de inmediato.

El paso clandestino de la frontera española era arriesgado. Cuestas empinadas, nieve, hielo, riesgo de avalanchas en invierno. Personas mayores, mujeres, niños. Muchos no tenían la condición física adecuada. Hubo denuncias, pasadores o guías sin escrúpulos, gendarmes codiciosos e, incluso, ocasionales bandoleros. Se estima en cerca de 33.000 los judíos fugados por este medio, de los cuales 4.960 no lograron su objetivo, fueron apresados y acabaron en los campos de exterminio. Aunque otros datos son menos optimistas. Los antisemitas virulentos habían inventado procedimientos menos chapuceros, más siniestros y eficaces que el que practicaba aquel imaginario Don Antonio Granero.

La bibliografía existente sobre la suerte que corrieron los judíos en Francia establece que el paso clandestino de judíos hacia España estuvo controlado por varias redes que servían tanto a los judíos como a la fuga de desertores del STO [el servicio de trabajo obligatorio en Alemania] o de aviadores derribados. Desde diciembre de 1942, se cita a la «Sixième», una especie de organización *boy scout* formada por judíos. Además, lejos de las leyendas a lo Pons Prades, los diplomáticos españoles en varios puntos de la Europa ocupada (el cónsul Bernardo Rolland y su sucesor Alfonso Fiscowich en París, Sebastián Romero Radigales, cónsul en Atenas, Ángel Sanz Briz, embajador en Hungría, José Rojas Moreno, conde de Casa Rojas, embajador en Rumanía, Juan Schwartz Díaz Flores, embajador en Viena) interpretaron las instrucciones sobre la concesión de pasaportes y visados con amplio sentido liberal y humanitario, trataron de proteger la vida de los judíos sefardíes y hasta lograron librar a algunos que ya se encontraban en manos de los nazis[658]. El rechazo del antisemitismo era una actitud perfectamente compatible con la lealtad al régimen vigente en España. Basta leer *Los cuadernos de Rusia*, la aventura de Dionisio Ridruejo en la División Azul, para certificar que el odio a los judíos era extraño a los falangistas que formaban parte de la unidad[659].

Quizás el último libro que hay que añadir a la leyenda oscura de Ruano, quién lo podía imaginar, fue el que MGS publicó poco

antes de su muerte, *CGR en blanco y negro*. Es, en parte, una recopilación de anécdotas ya publicadas a lo largo de su vida de comentarista y biógrafo. Pero añade un capítulo, «Los instintos oscuros», en el que sugiere una pasión incestuosa por su hija Charito, habida en su primer matrimonio, sin más testimonio que unas cartas inocuas, cariñosas, de un padre a su hija. Y ello de acuerdo con una mera presunción de Esperanza Ruiz-Crespo, a la que trató en sus últimos años, su única fuente disponible. Era el «lobo», el «sátiro» que llevaba dentro, «dormido en el alma». CGR en negro absoluto. Al maestro, cuchillada. Al ser entrevistado, Gómez Santos insinuó que era poseedor de secretos tremendos, verdades terribles sobre las causas de la detención de su antiguo mentor por los alemanes; tanto que no hubo manera de que las revelara:

> –¿Qué pasó exactamente, Marino?
>
> –Casi lo fusilan.
>
> –¿Por qué?
>
> –No insistas. Lo sé, pero no lo quiero decir.
>
> –Si yo hubiera escrito el libro; usted, que también es periodista, me lo preguntaría.
>
> –Ya, ya... Pero es que me duele enormemente. Además, sería aventurarme. No tengo pruebas. Estaba en la mente de todos, sobrevolaba el ambiente. Cela me decía: «Cuidado, no vayas tanto con el marqués»[660].

No se trata de rehabilitar una vida con muchos puntos oscuros, sino de disipar leyendas absurdas, escritas sin respeto a la objetividad. Entendiendo que este último concepto no supone colocarse a una altura de insensibilidad, inasequible a los mortales, ni un punto de vista no sujeto a la crítica. Objetividad entendida como virtud moral: aprecio del rigor, honradez filológica, escrúpulo investigador, seriedad e imparcialidad. Olvidemos esto para terminar esta biografía.

CGR quiso ser, sobre todo, un escritor; un escritor que escribía en los periódicos. Algo parecido fue Azorín. Pero éste calculaba, escribía artículos casi siempre relativos a uno o varios asuntos, los clásicos, el paisaje, los pueblos, teniendo a la mira su

reunión en un libro. Ruano escribía sin hacer cálculos sobre temas muy disparejos. Mejor dicho, los únicos cálculos que hacía eran sumas y restas, con el fin de llegar a fin de mes. *Mis cien mejores crónicas* fue la única colección de sus escritos, pero sin unidad. Nunca se le ocurrió, o nadie le propuso reunir sus crónicas, por ejemplo, sobre las figuras de la bohemia, acaso lo mejor que se ha escrito nunca sobre este asunto (mucho mejores, a mi juicio, que las de Cansinos Assens). Un literato notable sepultado por su prestigio –acaso exagerado– de cínico y falsario. Un nombre insoslayable en la historia de la literatura y el periodismo español del siglo XX. Un hombre a quien persiguió la urgencia y perjudicó la facilidad. El mejor epitafio quizás lo pronunció su amigo CJC, años después de su muerte: «La prisa. Le perdió la prisa».

Notas

1. Sobre el grupo de la Rue Lauriston, Grégory AUDA (2002): «La brigade du crime», *Le Soir*, 5 septiembre 1944; Fernand POUEY: «La bande Bony-Lafont», *Libération*, 2 diciembre 1944.

2. «Cherche-Midi», *Arriba*, 28 septiembre 1949.

3. Joan Manuel NADAL (1972). Henri GOETZ (2001), p. 62. E.D.: «Viola, bandera blanca», *ABC*, 5 febrero 1972.

4. Javier LACRUZ NAVAS (2014), pp. 17 y ss. «Le conocí poeta en 1941», dirá su compañera Laurence Iché años más tarde, en Manuel VIOLA (2003), p. 16.

5. Carles FONTSERÉ (2004), p. 235.

6. Según Fernando CASTRO (1978), p. 26. CGR: «El plagio y su drama», *Madrid*, 12 noviembre 1945. Tita tuvo un final trágico, luego de ser detenida por los alemanes. Hizo un dibujo de Mery de Navascués que todavía conserva su hija Marina.

7. Michel FAURÉ (1982), pp. 48-49, 166-168. Fernando CASTRO (2011), p. 68.

8. CGR (1943a), p. 260. Este libro puede leerse como una primera redacción de sus *Memorias*. El autor –disfrazado en el relato con el nombre de Pedro de Agüero, uno de sus *alter ego*– afirma en el prólogo que empezó a redactarlo en París y lo terminó en Montecarlo, entre marzo y mayo de 1943.

9. CGR (1951b), pp. 562 y ss. Julien SCHIES (1946). Schies fue apresado el 22 de enero de 1941. Alfred Fabre-Luce (1944). Detenido el 8 de julio de 1943, el conocido periodista de extrema derecha, pero antialemán, pasó cuatro meses en Cherche-Midi y pudo conocer a CGR. Cita a un preso, al que llama Michel, negociante en dólares y cuadros de maestros famosos. Las descripciones que estos testigos hacen de la vida en Cherche-Midi son mucho más detalladas que las de CGR.

10. La primera versión es la de CGR (1951a), aunque escrita

entre 1947 y 1948: «Me separan [de los hechos que narra] poco más de cuatro años». La segunda versión en CGR (1951b). pp. 554 y ss. Estas memorias fueron publicadas por entregas en el diario *El Alcázar* entre el 19 de octubre de 1950 y el 26 de febrero de 1951. La censura suprimió toda referencia en el periódico al erotismo, en sentido amplio, ya fueran referencias a noviazgos, conquistas, etc., pero permitió su publicación en el libro. CGR hizo pequeños añadidos y alguna supresión. En esencia, el texto de las *Memorias* sigue el de las entregas en *El Alcázar*. El restaurante La Palette no está en el boulevard de Montparnasse –como dice– sino en el 43 de la rue du Seine, del distrito 6, no del 7 que corresponde al de Montparnasse.

11. Robert O. PAXTON (1974), p. 268.

12. Marino GÓMEZ SANTOS (MGS en adelante) (1961), pp. 85-89.

13. Jorge SEMPRÚN (2001), pp. 183-188.

14. Jacques DELARUE (1964), pp. 284-287.

15. Expediente de Urraca Rendueles, en el ANC, 1-983, 13-1. Jordi GUIXÉ COROMINES (2012), pp. 191-193.

16. Borja de RIQUER (2022), pp. 531 y ss.

17. Joan ESTELRICH (2012), p. 380. Anotación del 3 de diciembre de 1943. Mariano Daranas: «Una conferencia y una exposición sobre Vives», *ABC*, 5 agosto 1941. Idoia Murga Castro: «La quinzaine de l'art espagnol», *Bulletin Hispanique*, 120-1, 2018. CGR: «Juan Estelrich, mediterráneo», *Pueblo*, 25 junio 1958. La carta de Estelrich –a la sazón, consejero delegado del diario *España*– está fechada en Tánger, 6 marzo de 1951: «Amigo César: Otro amigo –los hay todavía– me manda el recorte de un fragmento de las Memorias de Vd. publicado en *El Alcázar* del 21 de febrero último. Veo en él una elogiosa cita de mi persona, dictada evidentemente por el afecto. Se la agradezco de corazón. / ¿Cuándo publicará esas Memorias en forma de libro? / Me dicen que continúa Vd. malucho. Y ésta es la segunda, pero primordial razón de esta breve carta. Deme, se lo ruego, noticias de Vd. Me interesan de verdad, porque no es Vd. tan sólo un gran tipo, es, sobre todo, a mi ver, un poeta sin necesidad de calificativos. Recuerdos a su mujer y para Vd. Un cordial abrazo. J. Estelrich». En BNC. Fons Estelrich, Corr. III, Capsa 9. «En París

me quitaron mi casa que valía varios millones. He estado condenado a muerte por los franceses, en fin, pienso escribir un libro que llamaré *Memorias de un embustero*», en DEL ARCO: «Enrique Días Retg», *LVE*, 31 octubre 1959.

18. «Ayer se decía en Ceuta que César González Ruano, redactor del periódico español *ABC* en Berlín, había sido fusilado por asuntos de espionaje». Archivo General de la Administración (AGA), Delegación de Asuntos Indígenas, 641-823. «Si la noticia del fusilamiento fuera cierta, se explicaría por la conducta sin escrúpulos de siempre del conocido periodista de cámara de Franco, capaz de vender a su verdadero amo, Goebbels, en libras esterlinas»; en la revista de exiliados republicanos titulada *Pensamiento español*, junio 1942. El rumor fue traído o llevado hasta Argentina por la indiscreción de Jacinto Miquelarena, en el barco que lo llevaba hasta Buenos Aires para tomar posesión de su corresponsalía en *ABC*.

19. Fernando CASTILLO (2012), pp. 169-170. Cita la documentación de la OSS-ALIU, Oficina de servicios estratégicos / Unidad de investigación del arte saqueado.

20. La cronología de los viajes en CGR (1951b), pp. 583-598.

21. Philippe BURRIN (1995), pp. 140-141.

22. «Les juifs de autre zone, porteront-ils l'étoile?», *París-Midi*, 4 diciembre 1942. Jean GALTIER-BOISSIÈRE (1944), p. 153. El «marqués» es, sin duda, Ruano. Mery de Navascués estaba, en efecto, embarazada de ocho meses. Cuánto haya puesto el periodista de su cosecha –el francés del español era deficiente– o cuánto haya de fantasía e invención en las palabras de Ruano, son cosas difíciles de aquilatar. La conversación se desarrolla en Barbizon, donde ambos tienen residencias de fin de semana o vacaciones.

23. «Los billetes de cinco mil francos», *Arriba*, 5 febrero 1948. «Nuevo descubrimiento del Mediterráneo. Marsella», *Arriba*, 13 y 24 noviembre 1955.

24. Renée DRAY-BENSOUSAN (2013), pp. 54-166.

25. Neill LOCHERY (2011), pp. 15-82.

26. «Voluptuosidad y riesgo de las joyas», *Arriba*, 9 marzo 1949.

27. E. JÜNGER (1995), pp. 312-323. Saul FRIEDLÄNDER

(2009), pp. 547-549.

28. El cuento fue publicado en el diario *Madrid*, 1 julio 1946, luego incluido en CGR (1946). «Corrida en jaula», *LVE*, 15 mayo 1949.

29. «Noticias y sucesos», *El Sol*, 2 febrero 1922. «El Sr. González tiene prisa», *Cosmópolis*, febrero 1922. Calibán: «González es un hacha» y «Rectificaciones», *Heraldo de Madrid* (*HdM* en adelante), 3 y 4 febrero 1922. «La conferencia de ayer», *La Correspondencia de España*, 3 febrero 1922. «En el Ateneo. González contra Cervantes», *La Voz*, 3 febrero 1922. «Si no le gusta Cervantes, ¿qué hemos de hacerle?», *La Acción*, 4 febrero 1922. Es inevitable recordar la conferencia de Rafael Alberti en el Lyceum Club, cuando se presentó embutido en un levitón enorme, con unos pantalones que le caían sobre los zapatos haciendo fuelle y el cuello almidonado de payaso de circo. En la mano llevaba un galápago auténtico y una jaula con una paloma blanca. Al acabar la conferencia soltó la paloma y le disparó tres tiros con una pistola de juguete: en «La batalla del Lyceum», *HdM*, 11 noviembre 1929.

30. «Una carta. Con motivo de un incidente en el Ateneo», «Carta de réplica. Sobre un incidente en el Ateneo», *El Sol*, 4 y 5 febrero 1922.

31. CGR: «Los confusos años de nuestra vida», *Arriba*, 15 diciembre 1948. Recuerdos suscitados por una reunión de antiguos alumnos. «Los coches de caballos», *ABC*, 21 mayo 1961. «Un sueño», *Informaciones*, 22 agosto 1964.

32. Ramón LEDESMA MIRANDA (1965), p. 89. Eugenio MONTES: «Una historia personal en versos», *La Vanguardia Española* (*LVE* en adelante), 15 diciembre 1944.

33. CGR (1930a), p. 15. «La canción del recuerdo», recogido en CGR (1961).

34. CGR (1930a), p. 18.

35. «El amigo de Sitges», *Arriba*, 25 junio 1947. MGS (1958). Recopilación de sus artículos publicados en *Pueblo*.

36. CGR (1930a), p. 16.

37. Carlos FERNÁNDEZ CUENCA: «El autor y su obra preferida. Al filo de los cincuenta años, César González Ruano recapitula sobre los quince mil artículos que lleva hechos».

Correo Literario, 15 febrero 1953.

38. CGR (1970), 17 febrero 1954.

39. «La vocación de los escritores», *La Estafeta Literaria*, nº 27, 25 mayo 1945.

40. «Leyendo. Estancias de solitario, por César González-Ruano», *La Libertad*, 10 agosto 1922.

41. Rafael CANSINOS ASSENS (1978). Gloria VIDELA (1963).

42. «Rafael Cansinos Assens», en CGR (1949), pp. 131-133.

43. Manuel de la PEÑA (1923), pp. 38-42.

44. Juan Manuel BONET (2012).

45. Guillermo de TORRE (1965), p. 541.

46. Manuel de la PEÑA (1923), pp. 38-42. «Dos libros de versos», *La Época*, 11 julio 1925.

47. CGR: «El viaducto», *ABC*, 22 marzo 1958.

48. Mario PRAZ (1977), pp. 43-65.

49. CGR (1923), pp. 137-176.

50. R. CANSINOS ASSENS: «Gente nueva», *Castilla gráfica*, 5 marzo 1925. Id.: «Crítica literaria. Nuestros escritores jóvenes. César González Ruano», *La Libertad*, 25 febrero 1927.

51. R. CANSINOS ASSENS (1995), pp. 14-16.

52. Francisco AYALA (1988), p. 102.

53. CGR (1925).

54. «Lettre au décadent» (1888), en Paul Valéry (1972), p. 696.

55. Louis MARQUEZE-POUEY (1986), p. 18. También, Jean de PALACIO (2011), pp. 15 y ss.

56. CGR (1931). En 1932 se publicó una segunda edición del *Baudelaire*, sensiblemente igual a la primera. Marie Christine NATTA (2017), sobre todo pp. 9-15.

57. «Micrófono», CGR: «El catolicismo de Baudelaire». «Una figura en siete días. González Ruano», *HdM*, 3 mayo y 25 junio 1931.

58. Las críticas publicadas son, entre otras: J. del B.: *El Sol*, 3 julio 1931; E. RUIZ DE LA SERNA: «La feria de los libros», *HdM*, 9 julio 1931; AZORÍN: «La gestación artística», *Crisol*, 11 julio 1931; Cristóbal de CASTRO: «Baudelaire o la noche», *Nuevo Mundo*, 17 julio 1931; José ÁLVAREZ PRIDA, «Notas», *El Imparcial*, 9 agosto 1931.

59. «Baudelaire, visto por González Ruano», *La Época*, 10 agosto 1931. André MAUROIS (1928), pp. 35 y ss.

60. «Crónica literaria», *Ahora*, 14 agosto 1931.

61. *La Libertad*, 10 julio 1931.

62. «Brillante homenaje en honor de CGR», *HdM*, 20 julio 1931. «Hablistas», en Julio TRENAS: «Crónica de Madrid», *Pueblo*, 10 julio 1953.

63. María Isabel SERRANO: «El tercer hombre, la tercera placa», *ABC*, 14 mayo 2006.

64. «Mi afición excesivamente barroca de llenarlo todo», en «La casa y las casas»», *Madrid*, 29 octubre 1947. Francisco UMBRAL (1989), p. 38.

65. CGR (1970), 12 septiembre 1953.

66. José Miguel VELLOSO: «El personaje en su casa. Con César González Ruano», *Revista*, 31 julio 1952. Alfonso MARTÍNEZ GARRIDO: «La casa de César», *ABC*, 17 diciembre 1968. «El fuego en la chimenea», *La Tarde*, 25 octubre 1948.

67. «La mudanza», «Mundo sensible de los pequeños objetos», *Arriba*, 28 septiembre, 6 octubre 1948.

68. Eduardo de ONTAÑÓN (s.d.), pp. 51-52.

69. CGR (1949), p. 60.

70. «Boda de un escritor», *El Liberal*, 12 noviembre 1926.

71. «Provisional para 999 años», *Falange*, 14 octubre 1960.

72. «Confesión de que a uno no le gustan las máquinas», *Diario de Burgos*, 31 mayo 1950.

73. «Casas. La de Anatole France», «Casas. La de Joris-Karl Huysmans», *HdM*, 16 abril, 3 diciembre 1927). *À rebours* (1884), en J. K. HUYSMANS (2005), pp. 595 y ss. CGR (1953).

74. Mariano TUDELA (1970), pp. 43 y 45. Camilo José CELA CONDE (1989), pp. 30-37. Manuel Vicent: «Genios o impostores. La cuchillada de Joan Miró», *El País*, 2 febrero 1985.

75. Archivo General de la Universidad Complutense de Madrid, 412-9.

76. CGR: «Yo, estudiante en Zaragoza», *La Voz de Aragón*, 12 octubre 1932.

77. CGR (1943a), p. 52. CGR (1961), p. 116.

78. CGR: «Un recuerdo personal del Seguro», *Informaciones*, 13 mayo 1948.

79. Francisco L. OTERO: «César González-Ruano. Gran maestre del periodismo literario», *ABC*, 30 marzo 1965.

80. Recuerdos en «Vida y crónica de sociedad», *LVE*, 19 septiembre 1951.

81. Arturo MORI (1943), pp. 56-57. Pedro MASSA: «*La Época* u ochenta años de periodismo», *HdM*, 12 enero 1928. «Fallecimiento de don Luis Araújo-Costa», *ABC*, 5 febrero 1956. CGR: «Un periodista. El marqués de Valdeiglesias y la medalla de oro al trabajo», *HdM*, 20 febrero 1931. «Yo creo que *La Época* es el único diario de derechas que se puede leer».

82. Gil TOLL (2015). El novelista Xavier BENGUEREL (1969), empleado de los Busquets, en su novela *Gorra de plato*.

83. Pedro MATA: «Cómo se rehacen los grandes diarios», *HdM*, 30 agosto 1928.

84. CGR: «Una revolución periodística de fin de siglo. Los creadores del reportaje moderno», *HdM*, 9 junio 1928. «Semejanzas y diferencias de la ola trivial del reportaje», *HdM*, 12 marzo 1931.

85. *El Imparcial*, entre el 11 noviembre 1928 y el 23 junio 1929.

86. «Una interviú semanal con las estatuas de Madrid», *El Noticiero del lunes*, 12 noviembre 1928.

87. *La Libertad*, 8 enero 1929. «Inconsecuencias, teorías y realidades», *La Nación*, 10 mayo 1929.

88. Alfredo CABANILLAS (2011), pp. 131 y 157. Periodista de simpatías republicanas, recordará en su libro la generosidad de CGR: «Habita aún en mí con el resplandor de una estatua de oro», quizás en agradecimiento al apoyo que le prestara al regreso de su exilio.

89. CGR: «Hoy sale de Madrid míster Robert M. Berry, que ha sido durante nueve años director en España de la Associated Press», *HdM*, 18 junio 1929.

90. A. MORI (1943), pp. 58 y 176. A. ALCALÁ GALIANO: «La caída de un trono. III», *Acción Española*, nº 6, 1 marzo 1932.

91. *Diario de las Sesiones de las Cortes*, 26 agosto 1931.

92. «La caída de un trono», II, *Acción Española*, cit.

93. «Lo que nos dice de su próxima boda la prometida del presidente», *Estampa*, 24 abril 1928.

94. «El libro que va a publicar César González-Ruano», *HdM*, 27 marzo 1930.

95. Publicados en *La Libertad*, entre el 14 abril y el 2 julio 1929.

96. «Un ladrón aristocrático», *HdM*, 15 agosto 1928.

97. «Aventura y elegancia delincuente del "Chichito"», *HdM*, 17 enero 1930.

98. «El monstruo y sus fantasmas», *HdM*, 2 julio 1931.

99. «Crimen», *HdM*, 6 agosto 1931.

100. «Ecos», *El Pueblo* (Valencia), 26 octubre 1929.

101. CGR (1929).

102. CGR: «El horrendo crimen de Barcelona», «El descuartizamiento del industrial Pablo Casado», *HdM*, 7, 9 mayo 1929.

103. «Una hora con José Donday», *La Voz de Aragón*, 21 diciembre 1930.

104. CGR: «Don Milagro», *Heraldo de Aragón*, 9 marzo 1932.

105. «Filatelia turística», *ABC*, 28 septiembre 1961.

106. Federico GARCÍA SANCHIZ (1959), p. 201.

107. Julio TRENAS: «Cena en César», *Pueblo*, 8 mayo 1953.

108. Máximo SAR: «Pantalla chica» (entrevista de Tico Medina en TVE), *La Noche*, 16 julio 1964.

109. CGR (1943a), pp. 43-47.

110. CGR: «Un reportaje policiaco en Madrid», *Estampa*, 11 diciembre 1928.

111. CGR: «El negocio lucrativo y algo romántico de las antigüedades», *Estampa*, 15 mayo 1928.

112. CGR: «Historia plástica de la Guardia Civil», *El Castellano*, 30 octubre 1933.

113. «Elogio de los sablistas», *ABC*, 15 agosto 1963. «Córdoba interroga a la figura del día: González Ruano», *Pueblo*, 12 febrero 1953.

114. CGR: «Un sable heroico», *El Castellano*, 11 junio 1932. Ruano disimula a Gálvez bajo el apellido Gómez. Mariano TUDELA (1984), p. 108. Esta parece ser una anécdota tipo sobre las artes del sable. Tudela la toma prestada de CGR, que la localiza en Madrid, no en Barcelona. Precisamente se contaba alguna parecida sobre Manuel Bueno, mientras ocupaba algún

cargo o disfrutaba de alguna renta del fondo de reptiles de Gobernación. ¡Es para no perder la costumbre!, parece que respondió al ser objeto de la misma pregunta que Gálvez.

115. J. Ignacio LUCA DE TENA (1971), p. 266.

116. «Una carta de César González-Ruano», *HdM*, 5 febrero 1929.

117. CGR: «La charla política del día. Indalecio Prieto, el líder del Partido Socialista, habla para el Heraldo», *HdM*, 24 abril 1930.

118. Marcelino Peñuelas (1970), p. 197.

119. «La encuesta de "La Voz del Pueblo", de Ávila», *El Liberal*, 21 agosto 1930.

120. CGR: *Seis años de absolutismo*, La novela política, 7 junio 1930.

121. CGR (1930a).

122. CGR (1930c), pp. 16 y 30.

123. Luis E. de ALDECOA: «Interviú al interviuvador. Charla con César González-Ruano», *HdM*, 15 mayo 1930.

124. «Una visita a los grandes hombres de Cataluña», «El otro Azaña», en *Nuevo Mundo*, 22 mayo y 24 octubre 1931.

125. Ramón LEDESMA MIRANDA (1965), p. 196. CGR: «Visitas a la cárcel. Breve charla con D. Niceto Alcalá Zamora», *La Voz de Aragón*, 8 marzo 1931.

126. *HdM*, 13 mayo 1931. Julio de la CUEVA MERINO: «El anticlericalismo en la Segunda República y la guerra civil», en Emilio LA PARRA y Manuel SUÁREZ CORTINA (eds.) (1998).

127. «Noches de Madrid. Las terrazas donde los negros cantan y nuestros hombres piensan», «Un discurso fuera del hemiciclo. Con Ossorio y Gallardo en el Círculo Mercantil», *La Voz de Aragón*, 31 julio y 22 octubre 1931.

128. CGR (1951b), pp. 271-272.

129. «El hijo del exdictador. Una hora de difícil y sabrosa charla», *HdM*, 13 marzo 1930. CGR (1951b), pp. 202-203. De ser auténtica esta carta, y parece que lo es, resulta sorprendente que CGR la conservara a través de traslados varios y asaltos a su domicilio durante la guerra, hasta publicarla en sus *Memorias*. Un signo de la devoción a José Antonio de la que siempre alardeó.

130. M. BALLBÉ (1984).

131. Juan Ignacio LUCA DE TENA (1971), pp. 289-292.

132. «Banquete al periodista César González Ruano», *ABC*, 11 julio 1931.

133. «Y de la FUE, ¿qué se hizo?», «El sombrío recuerdo de Sacco y Vanzetti», «César González Ruano en *Informaciones*», *HdM*, 21, 25, 26 agosto 1932.

134. Enrique GARZA NARANJO: «El hombre del día. González Ruano», *La Voz de Aragón*, 29 abril 1932. «Francisco Carmona. Perfil bibliográfico», en Julio RIQUELME (2003): pp. 117-138. «Francisco Carmona Nenclares, 1901-1979», https://www.filosofia.org/ave/003/c088.

135. «Una historia personal en versos», *LVE*, 15 diciembre 1944.

136. María Luisa BURGUERA (1999), p. 84. Honorio MAURA (1933), pp. 120-122.

137. «Recaída», en E. d'ORS (1947), p. 769.

138. «Banquete homenaje al señor Pemán», *El Debate*, 24 febrero 1933.

139. «Ofensiva contra el fantasma», *LVE*, 17 julio 1949. CGR (1951b), pp. 270-271.

140. CGR (1932), p. 39.

141. «Señoritos en Prusia», *ABC*, 12 agosto 1933.

142. «Sobre el lujo», *ABC*, 4 octubre 1963.

143. «Señoritismo», *FE*, 25 enero 1934.

144. Semblanza de Juan Pujol en Alfredo MARQUERÍE (1971), pp. 89-96. Marquerie entró en *Informaciones* para sustituir a Ruano cuando este pasó al *ABC*. MGS (1958), p. 46. Según la necrológica, publicada por *ABC* en 24 de enero de 1967, Pujol había nacido en La Unión (Murcia), el 23 de diciembre de 1883, no en Cartagena.

145. Los juicios de Blanco Fombona se formularon en el momento de publicar CGR su libro sobre Primo de Rivera, en *La Voz*, 28 febrero y 2 marzo 1935. Lo de Basilio Álvarez en Álvaro RUIBAL: «Anecdotario ruanesco. O César o nada», *LVE*, 15 diciembre 1967.

146. CGR: «Con Sigfrido Blasco», [Sin firma] «Los periódicos y el señor Prieto». CGR: «Los puntos sobre las íes», «César González Ruano e Informaciones», *Informaciones*, 27 y 28 agosto

1931. *Diario de las Sesiones de Cortes*, 27 agosto 1931.

147. *HdM*, 5 septiembre 1931.

148. «La vida literaria. Cuatro gacetillas dictadas a máquina», *Informaciones*, 28 noviembre 1931.

149. CGR (1932b).

150. «El andaluz universal y Moguer», «Con Pío Baroja en una librería», «Con Manuel Bueno y el Madrid del 98», «La vida literaria. Noticiario de tres libros recientes», «La vida literaria. El poeta desaparecido», *Informaciones*, respectivamente en 30 septiembre, 13, 27 octubre, 19 diciembre 1931, enero 1932. La invitación de Ramón: «Mi querido y gran Ruano. Aquí me tiene usted de nuevo. El sábado próximo se reinaugurará Pombo y será devuelto a su lugar el cuadro de Solana que ha recorrido América. Le abraza su devoto amigo Ramón», *Informaciones*, 20 febrero 1932.

151. Emilio CARRERE: «El poeta que se comió un perro», *La Libertad*, 21 enero 1933. CGR: «Historia de un duro», *ABC*, 23 febrero 1933.

152. «Una revolución fracasada. Película impresionista del Alto Llobregat», «*Estampa*. La virgen de Iniesta», *Informaciones*, enero y 9 abril 1932.

153. Manuel AZAÑA (1990), *Anotación* del 13 marzo 1932.

154. «La silueta de la semana. Azaña con su Corona», «La silueta de la semana. Don Gregorio el orador», *Gracia y Justicia*, 26 diciembre 1931, 30 julio 1932.

155. «Literatura y política. Gestos olvidados», *Bromas y Veras*, 2 febrero 1933.

156. Carlos Gregorio HERNÁNDEZ (2016), pp. 747-755. CGR: «Cada día su afán. Delgado Barreto», *La Tarde*, 6 noviembre 1948.

157. Según Ian GIBSON (1982), p. 84, el guardaespaldas de Ruano era un andaluz llamado Salvador, y había pertenecido al Tercio con Millán Astray; su profesión era la de empleado de correos.

158. «Larra o la agonía del ansia», *ABC*, 12 junio 1932.

159. «Figuras de actualidad», 15 abril 1932.

160. M. H.-G: «Lecturas», nº 9, 16 abril 1932.

161. «Vida literaria», *La Libertad*, 17 abril 1932.

162. «Los premios periodísticos», *HdM*, 12 abril 1932.

163. «Un banquete homenaje a César González Ruano», *La Nación*, 18 abril 1932.

164. «El hombre del día», *Luz*, 19 abril 1932.

165. José MONTERO ALONSO: «El alguacil alguacilado. Premio Cavia 1931 por un artículo que él no había enviado», *Nuevo Mundo*, 22 abril 1932.

166. Miguel MARTÍN (1998), p. 341.

167. «Nuevo colaborador de ABC», *ABC*, 1 julio 1932.

168. Rafael CANSINOS ASSENS (1995), pp. 291-292.

169. *FE*, 7 diciembre 1933, 19 julio 1934.

170. «Vida cultural. César González Ruano habla sobre su visión del periodismo», *ABC*, 23 marzo 1963.

171. «Excusas del mes de agosto», *ABC*, 19 agosto 1933.

172. CGR: «La contestación alemana», «Pulso de Europa. Al amor... y al mar», *ABC*, 17 y 22 septiembre 1935.

173. Juan VELARDE *et al.* (2008), pp. 16-18. Bermúdez había ingresado por oposición en el cuerpo de técnicos comerciales del Estado; a la llegada de la República fue expedientado y destituido. Velarde sugiere que, durante la visita de José Antonio a Alemania, Bermúdez pudo influir en la opinión bastante fría hacia Alemania del fundador de Falange. «Vida fascista. Alemania: nazis y judíos», *FE*, 7 diciembre 1933.

174. «Probables propósitos del viaje de Papen y Göring a Roma. La figura impresionante de Mussolini», «¿Van a traernos hasta la calle de Alcalá el muro de las lamentaciones», *ABC*, 13 y 16 abril 1933.

175. CGR (1951b), pp. 186-191. «Muere Joshua Benoliel, periodista y fotógrafo oficioso de los últimos reyes portugueses», *Informaciones*, 4 febrero 1932.

176. J. Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: «Los protocolos de los sabios de Sión en España», *Raíces. Revista Judía de Cultura*, nº 38, 1999. Norman COHN (1969), p. 67.

177. Juan Pujol (1924), llevaba tres ediciones en esa fecha. «Peligro cierto. La invasión judía», *Informaciones*, 27 diciembre 1934.

178. CGR: «Poesía y política»», *ABC*, 11 octubre 1934. Mauricio KARL (1935), pp. 13-51; (1935), pp. 10, 323-324.

Javier DOMÍNGUEZ ARRIBAS (2009), pp. 75-76. Gonzalo ÁLVAREZ CHILLIDA (2002), p. 312, mezcla en la misma figura a Juan Pujol, director de *Informaciones*, con Juan Pujol, «Garbo», el español que espió para los aliados, convirtiéndolo en un agente doble.

179. Dámaso SANTOS (1987), p. 71.

180. CGR: «Múnich y la cerveza», *El Castellano*, 30 agosto 1933.

181. «Gemütliches», *ABC*, 26 julio 1933.

182. «Pero esto no es sensacional», «Excusas del mes de agosto», *ABC*, 23 julio y 19 agosto 1933. F. ROS: «CGR convicto, confeso y fresco como una rosa», *La Estafeta Literaria*, nº 29, 25 junio 1945.

183. R. Cansinos Assens (1995), p. 326.

184. «César González-Ruano en África», CGR: «Tánger, sirena de la pólvora», *ABC*, 5 y 19 enero 1934.

185. CGR: «Pequeños secretos de Berlín», «Los otros cautivos de Mequínez», *ABC*, 16 y 20 enero 1934.

186. CGR: «Los difuntos Matías Pascal», *ABC*, 25 enero 1934; «La pólvora, perfume de aventura», *ABC*, 13 septiembre 1935. Manuel Chaves Nogales se anticipó en hacer el periplo marroquí y lo reflejó en su serie de crónicas titulada «Los 'desaparecidos' en la catástrofe de Annual», *Ahora*, 10, 11 y 14 enero 1934. Algo más tarde, Edgar Neville, diplomático en ejercicio, también visitó Marruecos (en 1935) con el mismo encargo que su amigo César.

187. CGR: «La vida literaria. Ensaladilla española de la semana», *Informaciones*, 27 febrero 1932.

188. CGR, Emilio R. TARDUCHY (1953). Antonio CACHO ZABALZA (1940), pp. 21-22. CGR: «Una conversación con el presidiario número 52», *La Nación*, 23 noviembre 1932.

189. CGR: «Una candidatura sentimental. Hablando con José Antonio Primo de Rivera», *Crónica*, 4 octubre 1931.

190. «Una estela de melancolía», *La Nación*, 13 septiembre 1933.

191. CGR (1935b). Emilio R. TARDDUCHY (1929).

192. «Cómo se produjo el atentado», CGR: «Con José Antonio Primo de Rivera», *ABC*, 11 abril 1934.

193. José OJEDA: «El teatro», *La Libertad*, 10 noviembre

1934. CGR: «Autocríticas», *ABC*, 8 diciembre 1934. F. BONMATÍ DE CODECIDO: «La luna en las manos», *La Nación*, 8 noviembre 1934.

194. Alberto MARÍN ALCALDE: «Estreno de “La luna en las manos”, en el Beatriz», *Ahora*, 10 noviembre 1934.

195. F. XIMÉNEZ DE SANDOVAL: «Difícil necrología», *Arriba*, 16 diciembre 1965.

196. «Visitas de arte a los cementerios románticos», *El Debate*, 19 diciembre 1934 a 13 enero 1935. «Visitas espirituales a los cementerios románticos», *La Época*, 14 enero 1935. «A propósito de la conmemoración del romanticismo», *La Época*, 17 diciembre 1934. CGR es autor del artículo de *La Época*, «Flores en el cementerio», 2 noviembre 1935, firmado por Jacques de Tournay, en el que aprovecha para alabarse: «De él han dicho “Los jóvenes y el arte”: “César González-Ruano dio calor a una idea que sin él hubiera sido imposible”». Detalles siniestros en Agustín de FIGUEROA (1955), pp. 211-212.

197. Curzio MALAPARTE (1960).

198. Miguel A. IGLESIAS: «Los jóvenes y el arte: escapismo y estética neorromántica en un grupo de intelectuales de derechas en el Madrid de preguerra», *RILCE*, Revista de Filología Hispánica, 17.2, 2001, pp. 211-224.

199. Mariano RODRÍGUEZ DE RIVAS (1936). Este libro se acabó de imprimir por Concha Méndez y Manuel Altolaguirre el día 17 de febrero de 1936, primer centenario de Gustavo Adolfo Bécquer. «Los Crepúsculos», *ABC*, 25 diciembre 1935. Jacques de Tournay: «Los Crepúsculos. Muerte», *La Época*, 27 diciembre 1935. No resiste Ruano la tentación y vuelve a encumbrarse hablando de su libro baudeleriano, «una de las más bellas biografías que se han publicado en todos los idiomas». Ruano y los reseñistas de la última jornada confunden «Tristesse de la lune», poema de *Les Fleurs du mal*, con «Clair de lune», poema de Paul Valéry. Miguel PÉREZ FERRERO (1974), pp. 65-70.

200. CGR (1928). «El último mosquetero», *HdM*, 16 junio 1928. Enrique GÓMEZ CARRILLO (1919). Alfonso Enrique BARRIENTOS (1973). Ramón PUJOL (1956), p. 81.

201. CGR: «Media hora con Raquel Meller», *La Libertad*, 16 enero 1929. «Raquel Meller en España», *HdM*, 7 marzo 1931. En

«Raquel (julio 1936-julio 1962)», *ABC*, 27 julio 1962, hizo la necrológica de la tonadillera.

202. CGR (1951b), p. 396. Las frases entrecomilladas fueron censuradas para su publicación en *El Alcázar*, pero autorizadas en el libro. En las entregas diarias fueron suprimidas todas las referencias a la familia real española.

203. CGR: «Desde Roma. El fantasma de la embajada de España», *El Pueblo Gallego*, 14 octubre 1936.

204. Abraham POLANCO: «Dos palabras con el autor», *La Voz*, 16 abril 1928.

205. Felipe SASSONE (1958). «El poeta y la tierra», *Estampa*, 15 enero 1929. CGR: *Memorias*, cit. pp. 367-368. Manuel ABRIL: «Alejandro Mac-no», *Buen Humor*, 29 abril 1928.

206. Francisco BONMATÍ DE CODECIDO (1938), pp. 144-145.

207. «La morte a Roma di Alessandro Mackinlay. Giornalista, letterato, uomo politico», según la necrológica de *La Stampa*, 11 junio 1938.

208. Javier MORENO LUZÓN (2023).

209. Julián CORTÉS CAVANILLAS (1956).

210. F. BONMATÍ DE CODECIDO (1938): pp. 19-20. En la relación autógrafa de José Antonio de los primeros carnés de la Falange, que llega hasta el vigésimo noveno, no figura CGR.

211. Diego FERNÁNDEZ COLLADO: «Adiós a González Ruano», *La Voz de Almería*, 24 diciembre 1965. J.R. Masoliver: «Ha regresado Pedro Agüero», *Destino*, 20 octubre 1943.

212. «March», *Informaciones*, 10 marzo 1962.

213. «Archivo secreto. Mi amistad con Vargas Vila», *La Estafeta Literaria*, 10 agosto 1944. Luego resumido en CGR (1951b), pp. 168-159, con los añadidos que van entre corchetes En *La Estafeta*, no en *El Español* como dice. La primera versión del consejo de Vargas Vila en CGR (1930a), p. 47.

214. CGR (1943a), p. 110. Anécdotas romanas en Jaime CAMPMANY: «CGR, las palabras quedan», *ABC*, 15 diciembre 1990.

215. CGR (1935a), p. 44.

216. «Una conferencia de González Ruano», «El viaje infinito», *ABC*, 28 enero y 5 marzo 1936.

217. Morten HEIBERG (2006), pp. 41-42.

218. Giorgio ROCHAT (1986), pp. 235-245. Claudio G. SEGRÉ (1987), pp. 292-306. CGR (1951b), pp. 383-391. CGR: «Golpe medieval en Cirenaica», *Yugo*, 1 agosto 1948.

219. CGR: «El padre santo recibe a los corresponsales extranjeros», *ABC*, 27 mayo 1936.

220. CGR (1951b), pp. 458-59. Emilio GENTILE (2018), pp. 298-300.

221. «El rey de los tristes destinos», *Madrid*, 29 diciembre 1947.

222. CGR: «La pomposa miseria», *Informaciones*, 19 febrero 1961. Corrado ALVARO: «L'invasione di Positano», *La Stampa*, 9 abril 1938.

223. Giuseppe VESPOLI (1971). John STEINBECK (1959). «Recuerdo de la raza en la playa de los navegantes perdidos», *Arriba*, 12 octubre 1949. Descripción de Positano y de su casa en CGR (1953a), pp. 70-79.

224. «Trágico amor (Positano, golfo de Salerno)», en CGR (1941).

225. Ángel VIÑAS (1974), pp. 112 y ss. «L'espionatge nazi a Espanya», *Mirador*, 22 octubre 1936.

226. L'Unione Cinematografica Educativa, creada en 1924 para la difusión de la cultura italiana a través de la imagen.

227. Archivio Generale dello Stato (AGS), Roma, Ministero della Cultura Popolare, 955, B. 27, fasc. 42.

228. Información sobre el poder adquisitivo de la lira italiana en http://www.panorama-numismatico.com. «Por y para la cultura del pueblo», *ABC*, 9 junio 1938.

229. CGR: «Sábados de primavera», «¡Libros de España!», «El pudor de escribir», «El viaje de Mussolini a Berlín», *ABC*, 14 abril, 20 mayo, 15 junio, 3 octubre 1937. «La atención literaria»», *ABC*, 5 marzo 1938.

230. *ABC*, 15 mayo 1938.

231. CGR: «Españoles en Roma», *ABC*, 5 junio 1938.

232. Renzo de FELICE (1993), VII-XIII.

233. Paolo ORANO (1938).

234. Gianpiero MUGHINI (1991), pp. 13 y ss. Marie-Anne MATARD-BONUCCI (2007), pp. 92-93.

235. Michele LORÉ (2008), pp. 65-163.

236. «La raza», I y II, *ABC*, 12 y 14 agosto 1938. «San Ignacio y los judíos», *ABC*, 16 septiembre 1938.

237. Gianpiero MUGHINI (1991), pp. 141-165.

238. F. BONMATÍ DE CODECIDO: «Misterio de la poesía»; CGR: «En el nombre de José Antonio en Roma eterna», *ABC*, 9 abril y 27 noviembre 1938.

239. Nicola TRANFAGLIA *et al.* (1980): «La stampa italiana nell'età fascista», en *Storia della stampa italiana*, vol. IV, Roma-Bari, Laterza, pp. 182-194. CGR: «La prensa italiana y sus antecedentes», «La revolución de la prensa», *ABC*, 17 septiembre 1938 y 11 enero 1939.

240. CGR: «I ricchi di Madrid», 28-29 junio 1937; «Santiago e la mezza luna», 26-27 julio 1937; «Azaña», 6-7 octubre 1937. A. MACKINLAY: «Salviamo l'occidente del contagio bolscevico», 14-15 septiembre 1937; «Gli avvocati della bestia», 26-27 julio 1937. Ejemplares de esta rara publicación en la Biblioteca Centrale Nazionale de Roma.

241. Ismael Herráiz (1944), p. 17.

242. *Memorias*, cit., p. 490.

243. AGS, Ministero della Cultura Popolare. Direzione generale per i servizi della propaganda, 955, B. 27.

244. Manuel PENELLA DE SILVA (1945), p. 238. Ismael HERRÁIZ (1945), pp. 112-114.

245. CGR (1951b), pp. 478-483. Manuel POMBO ANGULO: «Un perfil romántico», *LVE*, 16 diciembre 1965.

246. «Un homenaje de los representantes de la prensa española en Berlín», *ASPA*, nº 29, 5 abril 1940. Ramón SERRANO SUÑER (1947), pp. 84-49.

247. W. SHIRER (2008), pp. 293-308.

248. «El éxodo inútil», *ABC*, 27 junio 1940, que mereció los honores de su reinserción en *ASPA*, el boletín de información alemán. Descripción de estas semanas en Carles FONTSERÉ (2004), pp. 298 y ss.

249. «Los cartones inflamables de los aviadores ingleses», *ABC*, 12 septiembre 1940.

250. Ingrid SCHULZE SCHNEIDER (1995): «Éxitos y fracasos de la propaganda alemana en España, 1939-1944», *Mélanges de la*

Casa de Velázquez, 31. CGR (1951b), p. 482. Frase censurada en la entrega publicada en *El Alcázar*.

251. «Bajo el pabellón del Reich. Bandera de España ante el balcón del Führer», *LVE*, 17 septiembre 1940.

252. AGS. Ministero dell'Interno. Divisione Polizia Politica, 1802 / 1175; Roma, 2 novembre 1941.

253. Archives de la Préfecture de Police (APP en adelante), París, 1W1649.

254. José Carlos LLOP (2007), p. 121. La amistad que unía a la pareja Ruano-Navascués con Manuel Viola no se extendía a su esposa, a la que llamaban «Lorenza», quien esperó más de 30 años para hacer esa declaración hostil. Según Marina González Navascués, aunque vecinos en el piso de Ríos Rosas, sus padres ni siquiera se hablaban con «Lorenza» (conversación de septiembre 2022).

255. Rosa SALA ROSE, Plàcid GARCÍA-PLANAS (2014), pp. 261-287. Plàcid GARCÍA-PLANAS, Gemma SAURA (2016).

256. Julian JACKSON (2004), pp. 207, 283. Gerard WALTER (1960), pp. 99-152.

257. José Ramón Alonso (1945), pp. 115-120.

258. CGR (1970), 25 septiembre 1952.

259. Ferran CANYAMERES (1972), pp. 45-57. CGR: «El mundo de las subastas», *ABC*, 30 abril 1960. CGR (1951b), p. 516.

260. P. MODIANO (1968). Paul SANDERS (2001), pp. 7-105. Noel VALLÍN: «París, 1942», *Domingo*, 1 marzo 1942. Pierre IMBOURG: «La vente de tableaux de la collection Viau», *Paris-Midi*, 12 diciembre 1942. Philippe BURRIN (1995), p. 285.

261. CGR: «El eterno Matías Pascal», *Revista*, 6 noviembre 1952.

262. «Los precios», *LVE*, 15 marzo 1963.

263. J. GALTIER-BOISSIÉRE (1944), pp. 209-210. Sebastiá GASCH (1956), pp. 104-107.

264. CGR (1943b), p. 25. Este libro suele tomarse por equivocación como una biografía de Manuel Viola. En realidad, es el relato desdoblado de su autor, como Manuel y como Pedro de Agüero –el seudónimo que utilizó en *Informaciones*–; dos facetas de su persona: el aventurero y traficante y el escritor

interesado en el arte; dos amigos que coinciden en París durante la ocupación alemana.

265. CGR (1943b), pp. 174-175.

266. CGR: «Vida de los hombres. Dormirse en la suerte», *LVE*, 29 septiembre 1960.

267. CGR (1970), 28 abril 1953.

268. CGR (1947), pp. 155-160.

269. Antonio César MORENO CANTANO (2007): «Delegaciones y oficinas de prensa españolas en el extranjero durante el primer franquismo: el caso francés (1936-1942)», *Studia Histórica, Historia Contemporánea*, 25.

270. Archivo de la Fundación Ortega-Marañón (FOM en adelante), carta fechada en París, 17 julio 1941.

271. CGR: «Ficha impresionista de veinte artistas españoles en París (1940-1942)», *Anales y boletín de los Museos de Arte de Barcelona*, 1946. Detalles sobre Grau Sala, en conversación con Marina Gonzalez Navascués, 21 septiembre 2022; Marina se casará más adelante con el hijo de este matrimonio, Julián Grau Santos, pintor igualmente.

272. Jonathan LÓPEZ (2008), pp. 124-142. Mi colega Miguel Martorell fue quien llamó mi atención sobre este libro curioso, facilitándome además el expediente policial de Beltrán Masses.

273. Carles FONTSERÉ (2004), p. 225. P.M.: «Les espagnols à Montparnasse», *Tempo*, 31 diciembre 1942. Fernando CASTRO BORREGO (2011).

274. Marcial RETUERTO (1941), pp. 32-34. Carles FONTSERÉ (2004), p. 300.

275. Xavier REGÀS (1973), pp. 216-217. En su artículo «El estilo de César», *Tele/eXpres*, 18 marzo 1972, ennegrece todavía más el retrato, al referirse a «la catadura moral –o mejor amoral– del hombre». Ramón GARRIGA ALEMANY (1983), pp. 115-116.

276. Alan RIDING (2012), p. 136. «Cuentas claras con la poesía», *Arriba*, 18 enero 1948. «Los billetes de cinco mil francos», *Fotos*, 6 marzo 1948.

277. Luis E. de ALDECOA: «Primero se es; luego, se existe. González Ruano, las pesetas y las palomas», *Falange*, 28 febrero 1954.

278. «El Retablo», *Comoedia*, 9 enero 1943. Juan Pedro

LUNA: «Mientras se hunde el imperio, París se divierte», *El Español*, 3 diciembre 1942. Alan RIDING (2012), pp. 117 y ss.

279. Jacques DELARUE (2013), pp. 124-127.

280. Andreu CASTELLS (1974), según los datos que constan en el Archivo General Militar de Segovia. Patrice MIANNAY (2005).

281. APP, Expediente de Beltrán Masses, Federico, 26 diciembre 1944, 77W509-196643.

282. Lipe COLLADO (2001), p. 99. Jaime ROYO VILLANOVA (2006), pp. 71-93.

283. María OLIVEIRA-CÉZAR (2014): «La Argentina ante la posibilidad de salvar judíos durante la segunda guerra mundial», *Cahiers du CRICCAL*, 44.

284. CGR: «Los caminos de la libertad», *Domingo*, 28 julio 1946.

285. «Anatema a Elías Ehrenburg, judío vigilante de España», *Informaciones*, 12 abril 1932.

286. CGR (1953a), p. 9.

287. Fernando CASTÁN PALOMAR: «El día de... César González Ruano», *ABC*, 13 enero 1935.

288. CGR (1970), 10 septiembre 1952.

289. «Los hidalgos», *Pueblo*, 15 agosto 1958.

290. *La Estafeta Literaria*, nº 28, 10 junio 1945.

291. Francisco L. OTERO: «César González-Ruano. Gran maestre del periodismo literario», *ABC*, 30 marzo 1965.

292. Salvador DALÍ (1975), p. 116.

293. «Calendario y lunario. La vida breve», *Blanco y Negro*, 15 febrero y 22 noviembre 1919.

294. Ortega y Gasset (1969), pp. 524 y ss.

295. Manuel GARCÍA MORENTE (1947). Alfonso GARCÍA VALDECASAS (1948).

296. CGR (1970), 1 diciembre 1964.

297. CGR (1970), 19 enero 1964.

298. «Fiesta homenaje a la duquesa de Alba», *Hola*, 1 febrero 1964. El homenaje había sido organizado por el grupo juvenil Los Rosales, de Villaverde Bajo, cuya presidencia de honor había sido aceptada por la duquesa. Agradeciendo su apoyo para solucionar los problemas de la localidad, enmarcada por dos vías

de comunicación, una carretera y las vías del tren, que causaban frecuentes accidentes. El grupo estaba formado por obreros de las factorías de Villaverde. «Homenaje popular a la duquesa de Alba» en *Pueblo*, 18 mayo 1964.

299. CGR (1970), 12 junio 1964.

300. CGR (1970), 29 octubre 1954.

301. CGR: «Del lobo, un pelo», *Informaciones*, 17 agosto 1948. Manuel García Suárez: «César González Ruano cree que el hombre merece la pena cuando no decide su actualidad, sino que le decide su pasado», *Voluntad*, 25 abril 1957.

302. Citado en *LVE*, 25 octubre 1955.

303. FOM, carta de 16 noviembre 1943.

304. Juan Ramón MASOLIVER: «60 años de creación, crítica y traducción literaria», *Cuadernos de Estudio y Cultura*, nº 4, abril 1994.

305. «Conversación con Luis de Galinsoga», en CGR (1957), pp. 287-288.

306. D. RIDRUEJO (2007), p. 139.

307. Dionisio RIDRUEJO (1976), p. 206. «Madrid, Positano, Montparnasse, Sitges», *Hoja del Lunes* (Barcelona), 11 septiembre 1944. Josep VARELA I SERRA (2010), p. 245, cita el artículo que CGR hizo sobre la conferencia de Aunós sobre el dandismo, pocos días antes de su cese como ministro, pero añade que después «no es recordá mai més d'ell», cosa que no es cierta; su amistad y elogios a Aunós continuaron en los años posteriores a su ministerio.

308. CGR (2001), p. 65.

309. CGR (1959b), pp. 143-148.

310. Buenaventura SELLA: «Sitges: su hechizo», *La Estafeta literaria*, nº 40, 1946.

311. Manuel AMAT: «Glosas a Sitges», *Destino*, 28 octubre 1943. Sergi DORIA: «De cuando CGR inventó el chiringuito», *ABC*, 3 agosto 2010.

312. Artículos en *LVE* entre «La frontera francesa. Prólogo a un viaje» del 26 agosto y «Las montañas insomnes», del 8 septiembre 1944. «Recuerdo de Baroja desde el Pirineo catalán», *Domingo*, 11 agosto 1946.

313. «Las vísperas intranquilas», «Llanto de la inteligencia»,

LVE, 9 septiembre y 29 octubre 1944.

314. CGR: «Los indianos y los estraperlistas», *LVE*, 22 julio 1947. Ignacio AGUSTÍ (2008). «La era del estraperlo», *Destino*, 4 agosto 1973.

315. Ramón PLANAS (1952), pp. 217-218.

316. «Cataluña», *Madrid*, 7 julio 1945.

317. CGR: «Vida de los poetas en Barcelona», *Madrid*, 26 mayo 1945. «Los amigos de la noche», *Madrid*, 2 junio 1947.

318. J. Luis de VILALLONGA (2000), pp. 269-270.

319. CGR: «Proclamación de Camilo José Cela en Barcelona», *Madrid*, 29 diciembre 1945.

320. José Luis de VILALLONGA (2001), pp. 241-242.

321. «La mecánica de las deudas», en CGR (1946a). El autor dice haber rematado el volumen en la playa de Sitges, en las últimas horas de 1945.

322. CGR: «Café de la noche», *Destino*, 8 julio 1944.

323. «Orilla al mar de Sitges», *LVE*, 15 enero 1944.

324. Reseñas y homenajes en *LVE*, 21 noviembre 1943, 28 marzo, 16 y 21 noviembre 1944. «César González-Ruano contesta a un brindis», *Destino*, 1 abril 1944. «Homenaje a César González-Ruano», *El Eco de Sitges*, 26 noviembre 1944.

325. Sergi Doria (2013), p. 143.

326. José Luis de Vilallonga (2001), pp. 240-241.

327. «Ha sido adjudicado el premio Eugenio Nadal 1944», *Destino*, 13 enero 1945.

328. Ignacio AGUSTÍ (1974), pp. 170-179.

329. «Samuel Ros o la vocación», *LVE*, 10 enero 1945.

330. V.: «A la sombra del Caballero Audaz», *Destino*, 21 junio 1947. Stendhal Jr. [Utrillo jr.] confirma la autoría de Vergés, en «La verdad sobre el premio Nadal 1947», *Maricel*, 1 octubre 1947. CGR: «Con Agustí y el viudo Rius», *Madrid*, 8 agosto 1945.

331. Ignacio AGUSTÍ (2007), (2008).

332. «En els articles que vosté m'envía, sovint s'hi sent un tó apologetic del feixisme y agressiu contra el liberalisme», ANC, 5-2-934.

333. Carles GELI, José María HUERTAS (1990), p. 30.

334. Carta a Ridruejo, Sitges, 24 enero 1945, en *El valor de la disidencia* (2007). Ángel ZÚÑIGA (1983), p. 137. Lo de Vergés,

en Anna CABALLÉ, Ismael ROLÓN-BARADA (2019), pp. 206-207. SEMPRONIO: «Vagabundeando por los recuerdos del Nadal», *Destino*, 4 enero 1969. J. VERGÉS: «El largo camino hacia la libertad», *Destino*, 5 junio 1975. Néstor LUJÁN: «Para una futura historia del premio Nadal», en Jordi AMAT y Agustí PONS (2015).

335. *Journal Officiel de la Republique Française*, 8 septiembre 1948.

336. Peter NOVICK (1985), pp. 263-270. «Une part d'arbitraire, une part d'erreur, une part d'aveuglement par l'esprit de vengeance ne sont pas niables», en Michel WINOCK (2021), pp. 49-63.

337. AN, París, C*our de justice du département du Seine*, Z /6/ 430. AP, París, 77 W 1731. Los autores de *El marqués y la esvástica* han consultado ambos expedientes, pero llegan a conclusiones completamente distintas.

338. Benaprés era la viva memoria de Sitges. Hombre de avanzada edad, había atendido a Santiago Rusiñol –sugiere una dependencia de la morfina– y a Manuel de Falla, entre otros. Quince años después de haberlo tratado recordaba perfectamente al madrileño: «¿Qué es de César González Ruano? Gran escritor y gran amigo»; Antonio D. OLANO: «El doctor Benaprés», *Pueblo*, 30 y 31 agosto 1961.

339. FOM, carta de «Noviembre. A mediados 1943».

340. «Tierra de Campos», «Los castillos y la vida breve», *Informaciones*, 16 octubre y 24 noviembre 1959. Dámaso SANTOS: «Viaje por Tierra de Campos», *Imperio*, 12 noviembre 1959.

341. «La ciudad desencantada», «El estudio de Daniel Zuloaga», «Prometeo encadenado», «Cuenca, la inédita maravilla de España», *Arriba*, 26 junio, 13, 19 y 26 julio, 25 agosto 1949.

342. «Despertar de Almería y lección del buen conde», «Notas para un nuevo descubrimiento de Almería», *Arriba*, 3 febrero y 2 septiembre 1949. «Conferencia de César González Ruano», CGR: «El porvenir enterrado», *Yugo*, 29 enero, 7 agosto 1949.

343. «Del palacio al globo», *LVE*, 22 junio 1949.

344. «Adioses y hasta luegos de Cuenca», *Arriba*, 22 agosto 1951. «Noche de luna», *LVE*, 26 julio 1951.

345. Francisco GÓMEZ DE TRAVECEDO (1958), pp. 17, 52.

346. CGR (1970), 30 junio 1951.

347. «Cuenca la patética», *LVE*, 22 julio 1951. «Más sobre Cuenca», «Fin de año en Cuenca», *Ofensiva*, 12 agosto y 31 diciembre 1951.

348. CGR (1970), 5 julio 1951.

349. «La hora de los periódicos», *Línea*, 15 julio 1953.

350. CGR (1970), 6 y 27 junio 1951.

351. CGR (1970), 13 julio 1953.

352. CGR (1970), 13 diciembre 1953.

353. CGR (1970), 10 marzo 1954.

354. CGR (1970), 16 julio 1954.

355. Alberto INSÚA: «Paisaje e historia», *Ofensiva*, 1 agosto 1955 (publicado originalmente en el diario *Madrid*).

356. Gonzalo TORRENTE BALLESTER: «Cuenca la alucinante», *Arriba*, 17 agosto 1957.

357. «Cuenca, la bella durmiente del bosque», *Arriba*, 29 abril 1952, antes en *Ofensiva*, 3 mayo 1951.

358. Salvador F. CAVA (2014). Gabriel Juliá: «Mi José Antonio», *Ofensiva*, 17 julio 1949.

359. CGR (1970), 8 mayo 1951.

360. Raúl TORRES (2003).

361. CGR a Florencio Cañas, 1 octubre 1951, en Raúl TORRES (2003).

362. Archivo municipal de Cuenca, Libros de actas, sesión del 30 julio 1955, pp. 9-10, sesión del 17 junio 1957. Fol. 270 r.-v.

363. CGR a Florencio Cañas, Madrid, 29 noviembre 1958, en Raúl TORRES (2003). CGR (1984).

364. MGS (2020), p. 119. CGR (1970), 7 febrero 1956. La edición del *Diario*, del trozo correspondiente a 1956, equivoca el año al poner 1955.

365. Luis A. de VILLENA: «Pepito Zamora; mundo, estilo, escritura», https://luisantoniodevillena.es. Florencio Cañas a Raúl Torres, Cuenca, junio 1999, en Raúl TORRES (2003).

366. Descripción en CGR (1970), 23 agosto 1965.

367. «Dámaso Alonso en Cuenca», *Pueblo*, 19 agosto 1958.

368. «Viajeros en Cuenca», *Pueblo*, 19 septiembre 1958. Enrique DOMINGUEZ: «El palacio de César», *Pueblo*, 22 agosto

1958.

369. «¿Es un asco el campo?», *Pueblo*, 12 agosto 1958.

370. «El escritor de actualidad. César González Ruano», entrevista de J. Sotos, *Ofensiva*, 1 mazo 1953. CGR: «Desconfianza de corte y alabanza de otras cosas», *Pueblo*, 26 octubre 1956. «Pero con calma», *Pueblo*, 28 agosto 1958.

371. El título completo es *Guía de Cuenca y principales itinerarios de la provincia*, Barcelona, Planeta, 1956. «Baroja y la eternidad», *Pueblo*, 18 agosto 1956.

372. MGS: «Las mañanas de César», en F. MARTÍNEZ, J. Antonio SILVA (2003). CGR: «Para qué sirve», *ABC*, 3 septiembre 1961.

373. Manuel GARCÍA SUÁREZ: «César González Ruano cree que el hombre merece la pena cuando no decide su actualidad, sino que le decide su pasado», *Voluntad*, 25 abril 1957.

374. «La cárcel de Cuenca», *Ofensiva*, 12 septiembre 1955.

375. Paloma de URQUIZA: «Hoy hablamos con César González Ruano», *Ofensiva*, 22 agosto 1955. José ESTEBAN (2019), p. 353.

376. Jesús SOTOS: «Una verdadera tertulia literaria: la del café Colón en Cuenca», *Pueblo*, 11 julio 1957.

377. «César González Ruano. “Pequeña ciudad”», *Diario de Cuenca*, 16 junio 1963.

378. Conversación del 23 septiembre 2022.

379. Federico MUELAS (1968), p. 65.

380. «Las tenaces moscas», *Línea* (Murcia), 7 agosto 1955. «Las enlutadas en el café», *Pueblo*, 23 agosto 1956. MGS: «Paseo por Cuenca», *ABC*, 10 marzo 1956. El artículo le valió una reprimenda de su maestro por su falta de tacto. «Magia de la cantidad engañosa. La fuente sin agua», *LVE*, 27 julio 1960. «Los autos de línea», *LVE*, 7 septiembre 1960. «El autobús nuevo», *Informaciones*, 16 agosto 1962. «Las conversaciones», «El casino», *Informaciones*, 21, 24 agosto 1962. «Un niño llora en la calle», *ABC*, 26 agosto 1964. «El casino», *Informaciones*, 11 septiembre 1964.

381. «Huésped de la memoria», *Informaciones*, 18 septiembre 1963.

382. Las cifras eran abrumadoras. Cuenca era una provincia

tan rica en extensión como pobre en recursos. 11.062 kms. cuadrados de superficie, la quinta provincia española. 290 municipios y 333.675 habitantes. La cifra total de los recursos propios de los ayuntamientos, excluida la capital, era de 51.512.809 pesetas. Había 93 pueblos incomunicados; 81 sin luz; 84 sin agua potable; 254 sin teléfono y 287 sin los necesarios medios de higiene. Cifras en «La hora de Cuenca», *Pueblo*, 31 octubre 1956.

383. CGR (1970), 14 junio 1964.

384. CGR (1970), 28 julio 1964.

385. CGR (1970), 12 mayo 1964.

386. «Gran ciudad. La calma», *Informaciones*, 29 abril 1963.

387. «Estampa castellana. El pequeño limpiabotas», *LVE*, 28 agosto 1960.

388. CGR: «Cada cual con su museo», *ABC*, 1 septiembre 1964. «Cada año», *Diario de Cuenca*, 20 agosto 1964.

389. Registro de la propiedad de Cuenca, Certificación. Venta a don Antonio Saura, inscrita en el fol. 97 del libro 417 de Cuenca. Tomo 1. 4444.

390. CGR: «El espectro de la juventud», *LVE*, 14 diciembre 1944. «Vida y limbo del libro viejo», *Madrid*, 27 diciembre 1944.

391. Eliseo de las NAVAS: «Breve entrevista con César González-Ruano», *Fotos*, 10 febrero 1945.

392. MGS (2020), p. 59.

393. «Conversación con Eugenio Montes», *Arriba*, 31 octubre 1954, luego en CGR (1957), pp. 257-263.

394. «Premios literarios de la Falange», *Arriba*, 24 noviembre 1954.

395. «Visita a Madrid», «Hombre de tres espejos», *Madrid*, 25 marzo y 11 abril 1946.

396. CGR: «La era del ruido», *Madrid*, 22 julio 1947. «Al llegar a Madrid», *Arriba*, 22 enero 1947. Afirma en uno de sus artículos que hizo «tres breves viajes» a Madrid antes de su instalación definitiva. Pero la cronología de las *Memorias* es confusa. La establezco atendiendo a las publicaciones en los diarios.

397. CGR: «Los raros visitantes de los pueblos», *Madrid*, 12 febrero 1947.

398. «Francisco Lucientes llegó ayer en el Habana», *El Pueblo Vasco*, 27 abril 1947. CGR: «Francisco Lucientes», *ABC*, 17 noviembre 1961, que es la necrológica de su amigo.

399. Detalles familiares facilitados por Marina González Navascués, conversaciones en agosto y septiembre de 2022.

400. FOM, carta sin fecha, pero 1958.

401. M. ALCÁNTARA: «A César lo que es de César», «Jesús Pardo, el halcón peregrino»: ambos en Marcos ORDÓÑEZ (2007), p. 47 y pp. 66-67.

402. FCJC, Iria Flavia. Agradezco la gentileza de la Fundación por enviarme toda la documentación que, en su momento, solicité.

403. Camilo José CELA: «Un escritor pasa por Madrid»; CGR: «La abierta y plural raza española», *Arriba*, 26 y 27 noviembre 1946.

404. CGR: «Madrid, llegada y lluvia», *LVE*, 28 septiembre 1947.

405. Julio TRENAS: «Alcalá, conjunto histórico-artístico», *LVE*, 10 agosto 1967.

406. CGR: «Hora de releer tranquilamente», *LVE*, 31 diciembre 1947. «Pedro de Répide», *Madrid*, 18 febrero 1948.

407. CGR: «Llanto discreto por Marinetti», «Un sol entre ruinas», *Madrid*, 16 diciembre 1944 y 17 mayo 1945.

408. «Los escritores y la guerra», *Madrid*, 19 mayo 1945.

409. «Otra vez Madrid», *Madrid*, 16 septiembre 1947.

410. CGR: «Una cola excepcional», *Línea*, 23 marzo 1948.

411. CGR: «Para Emilio Carrere»; M. PÉREZ FERRERO: «Ayer y anteayer: últimos bohemios», en *Informaciones*, 29 abril y 14 mayo 1948.

412. «Benavente hace para Arriba sus primeras declaraciones», *Arriba*, 7 mayo 1946.

413. Pedro de LORENZO: «Ortega y Gasset en el Ateneo», *Arriba*, 6 mayo 1946; CGR: «Luisita de Ramón», *Arriba*, 21 abril 1949; «Ramon Gómez de la Serna desembarcó en Bilbao», *Arriba*, 23 abril 1949.

414. CGR: «Las casas», «En el balcón», *Arriba*, 19 y 24 de marzo 1947.

415. «Arenga sobre la crónica y la literatura», *LVE*, 30 agosto

1949.

416. «Elegancia y cleptomanía», *LVE*, 20 abril 1948. Francisco UMBRAL (2001), p. 130.

417. CGR: «La ausencia crítica», *Revista*, 4 septiembre 1952.

418. «Divagación ligeramente melancólica en torno a los temas literarios», *Arriba*, 7 abril 1949. «Cuando no pasa nada», *Informaciones*, 20 octubre 1959. «Gimnasia y capricho intelectual», *Pueblo*, 15 septiembre 1956.

419. «Yo hubiera dado, Túbal, mi anillo de turquesas», *LVE*, 8 agosto 1948.

420. «Un día como hoy de lluvia fina», *Arriba*, 29 diciembre 1948.

421. CGR: «Aprendices de ruiseñor», «Día de inocentes», *Arriba*, 22 octubre y 28 diciembre 1947; «El artículo periodístico», en Nicolás GONZÁLEZ RUIZ (dir.) (1953). F. UMBRAL (1989), pp. 10 y 35.

422. Francisco SEVILLANO CALERO (1998), pp. 78-86.

423. CGR (1970), 28 abril 1953.

424. «Lecturas y visitas», *Arriba*, 6 julio 1948. FOM, carta del 8 enero 1948.

425. «Exequias con raras esperanzas al café de Gijón», *Arriba*, 2 enero 1949.

426. Recuerdos de C. Fernández Cuenca citados por Evangelina Jardiel Poncela (1999), p. 284.

427. CGR: «Viejos cafés», en CGR (1934).

428. F. GRANDMONTAGNE: «La vida madrileña», *La Prensa* (Buenos Aires), 21 agosto 1921.

429. CGR: «La vida literaria», *Informaciones*, 19 marzo 1932.

430. Charles David LEY (2023), p. 51.

431. «Montparnasse prusiano», *Nuevo Mundo*, 7 mayo 1933.

432. «Los madriles», *Madrid*, 25 septiembre 1947.

433. CGR (1970), 6 noviembre 1954.

434. Luis E. ALDECOA: «Un café literario: el café Gijón», *Falange*, 16 marzo 1952.

435. J.L. CASTILLO PUCHE: «El Gijón, sede del bello oficio de las letras», *Blanco y Negro*, 26 enero 1963. CGR: «Esa vida que pasa», *Falange*, 22 octubre 1950.

436. Carlos MUÑOZ DÍAZ (1981), pp. 17-18. CGR:

«Trascacho catecúmeno», *LVE*, 12 febrero 1963. *Informaciones*, 16 febrero 1963. Raquel VELÁZQUEZ: «La Barcelona de César González Ruano», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1 julio 2018.

437. «Los tinteros», *Pueblo*, 16 agosto 1958.

438. MGS: «Así escribe César González Ruano», *Arriba*, 20 abril 1958.

439. «Prima hora», *Arriba*, 16 marzo 1949. Fernando VIZCAÍNO CASAS (2001), pp. 78-80. «La mañana en el café», *LVE*, 27 mayo 1949. «El prestigio de lo extranjero», *Falange*, 4 diciembre 1949. La discrepancia entre los precios expresados en dos artículos distintos tiene que deberse a que el primero, el de *Arriba*, es un presupuesto para el interior del local, en el mes de marzo, y el segundo, el de *La Vanguardia*, corresponde a la terraza exterior.

440. Emilio CARRERE: «Los cafés supervivientes», *Domingo*, 7 julio 1940.

441. «Se cierra el café Varela, último reducto de la bohemia intelectual», *La Estafeta Literaria*, nº 169, 1959.

442. «Después de Villa Rosa se anuncia la desaparición de dos viejos cafés madrileños», *Informaciones*, 17 diciembre 1963.

443. «Las tertulias literarias», *ABC*, 19 noviembre 1964. Antonio BONET CORREA (2014), con magníficas ilustraciones.

444. MGS (1955).

445. MGS (2002), p. 112.

446. «Ventana discreta», *Informaciones*, 6 febrero 1962.

447. Mariano TUDELA: «César en el café», *Voluntad*, 13 marzo 1960.

448. F. UMBRAL (1977), pp. 68-69.

449. «La corbata», *Línea*, 29 julio 1952.

450. DONALD: «Estreno en los cines Pompeya y Palace de “Mi adorable esclava”», *ABC*, 22 febrero 1962. El autor de la crítica era Pérez Ferrero, que firmaba con ese seudónimo.

451. Manuel MENÉNDEZ-CHACÓN: «César González-Ruano, actor de cine», *Blanco y Negro*, 1 julio 1961. CGR: «Verse», *Informaciones*, 22 febrero 1962. «Mi adorable esclava», *Hola*, 16 junio 1962.

452. Manuel FRAGA IRIBARNE (1980), pp. 37, 162.

453. Álvaro de DIEGO: «La prensa y la dictadura franquista.

De la censura al parlamento de papel», *Revista de Estudios Políticos*, 174, octubre/diciembre (2016), pp. 331-359.

454. «Preguntas a los premios nacionales de periodismo», *Fotos*, 7 enero 1950. «San Valentín en un domingo oscuro y triste», *LVE*, 16 febrero 1960.

455. «Víctor de la Serna», en MGS (1969), pp. 527-532. Pedro CRESPO DE LARA (1983), pp. 22-23. Francisco MURO DE ÍSCAR (1972), pp. 63-69.

456. «Por una vez, hablemos de política», *Madrid*, 22 octubre 1947.

457. UNUS: «Esto somos», *La Tarde*, 18 octubre 1948.

458. CGR: «La muerte del Facerías», *ABC*, 1 septiembre 1957. Antonio TÉLLEZ SOLA (2004), p. 383.

459. «Entre dos victorias», *LVE*, 1 abril 1950. «Si no hubiera ocurrido», *LVE*, 17 julio 1955.

460. Pedro SALINAS, Jorge GUILLÉN (1992), carta de 26 octubre 1946.

461. CGR: «¡Ya se salvó el teatro!», *LVE*, 26 agosto 1949. Antonina Navarro (1980), pp. 339-340. Màrius TRILLAS: «Margarita Xirgu-González Ruano», *LVE*, 16 julio 1974, y respuesta de Pascual MAISTERRA: «Yo tuve la suerte de conocer bien a César González-Ruano, y entre sus humanos defectos, no contaron nunca el rencor, la mezquindad y la inelegancia», *LVE*, 18 julio 1974. S. GASCH (1957), pp. 95-96.

462. Jerónimo GARCÍA RUIZ: «Al habla con González-Ruano», *Línea*, 15 octubre 1963.

463. Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA (1995), p. 90. José Luis MARTÍN PRIETO: «Conversación con un viejo amigo de Arriba», *Arriba*, 16 diciembre 1965.

464. CGR (1970), 23-29 julio 1965.

465. Emilio Romero: «Autoridad y despotismo ilustrado», *Pueblo*, 30 de mayo 1958.

466. Juan J. Linz (2009): «Una teoría del régimen autoritario. El caso de España», en *Obras escogidas*, 3, p. 36.

467. Dámaso SANTOS: «César González Ruano y su media verónica», en *Generaciones juntas* (1962).

468. Crónica hostil, con alusiones al «enfermo y tundido periodista», en Lorenzo LÓPEZ SANCHO: «Escándalos pasados

por agua», *Hoja del Lunes*, Madrid, 30 abril 1951.

469. Fernando FERNÁN GÓMEZ (1998), pp. 435-436.

470. «Historia del premio nacional de literatura», *Revista Nacional de Educación*, nº 94, 1950, pp. 83-87.

471. Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO: «La creación de premios literarios», *HdM*, 11 abril 1933.

472. CGR: «Nuestra Señora del Arrabal», *El Liberal*, 20 agosto 1926.

473. «El concurso de la Cámara del libro», *HdM*, 22 abril 1932.

474. *ABC*, 8 agosto 1934.

475. Ángel RUIZ AYÚCAR: «Los premios literarios», *Pueblo*, 16 enero 1958.

476. CJC (1954), pp. 5, 53.

477. «El posible fallo del Planeta», *Pueblo*, 11 octubre 1952. «Domingo Medrano, finalista del Planeta, no tiene fe en el concurso», *Información*, 11 octubre 1957.

478. CGR: «Pulso de las letras. José Vidal Cadellans, premio Nadal 1958», *Blanco y Negro*, 10 enero 1959.

479. CGR: «Al habla Estocolmo», «En Estocolmo», *Blanco y Negro*, 12 y 19 diciembre 1959.

480. *Fotos*, 27 noviembre y 25 diciembre 1954. *LVE*, 21 diciembre 1954.

481. Hebrero SAN MARTÍN: «Los premios literarios», *La Estafeta Literaria*, nº 170, 1959.

482. «El premio González Ruano», *Pueblo*, 24 marzo 1956.

483. «Cien años académicos», *Madrid*, 27 febrero 1948.

484. Raúl del POZO: «Qué aportaría usted a la Academia», *Diario de Cuenca*, 19 agosto 1964.

485. ARAE, ES 28079, J.A. Zunzunegui a Melchor Fernández Almagro, 10 julio 1951 y 10 febrero y 2 octubre 1953. Fernando GONZÁLEZ ARIZA (2008), pp. 25 y ss. *La vida como es. Novela picaresca escrita en muy paladina lengua española*, 660 pp., acabó publicándose en Noguer, en 1960.

486. *Pueblo*, 22 febrero 1958.

487. Manuel GARCÍA SUÁREZ: «Cela, su barba y su fama», *Imperio*, 9 junio 1957.

488. «Sobre los premios literarios», *El Correo Literario*, 15

mayo 1952. MGS: «Conversaciones bajo palabra de honor», *Pueblo*, 8 enero 1954.

489. MGS: «Elena Quiroga o la sinceridad», *Pueblo*, 11 febrero 1954.

490. *El Alcázar*, 25 marzo 1958.

491. «Sobre el clima de los premios», *Falange*, 18 abril 1954. «La benéfica lotería de los premios», *Información*, 14 julio 1957.

492. César ALONSO DE LOS RÍOS (1971), p. 163.

493. CGR: «Después de los premios», «Concesión de las pensiones de literatura de la Fundación March», *LVE*, 4 febrero y 14 diciembre 1961.

494. *LVE*, 15 febrero 1963.

495. *Vida cultural*, 10 febrero 1963.

496. «Homenaje a González-Ruano», *LVE*, 10 enero 1959.

497. «Escritores galardonados», *LVE*, 29 enero 1964, *Semana*, 1 septiembre 1964.

498. 18 noviembre 1965.

499. «Don Gregorio Marañón opina sobre las Memorias de CGR», «Pío Baroja opina sobre las Memorias de CGR», E. MONTES: «Las Memorias de González-Ruano», R. SÁNCHEZ MAZAS: «CGR y sus Memorias», *El Alcázar*, 8, 18 noviembre 1950, 30 enero y 5 febrero 1951.

500. «Anoche llegó CGR», «González Ruano en el Ateneo barcelonés», CGR: «Cuando el que viene ya estaba y el que viene no se va», *LVE*, 23, 24 y 28 noviembre 1950.

501. «En el Ateneo, una gran conferencia de González-Ruano», *El Alcázar*, 13 diciembre 1950.

502. OLANO: «CGR habla de sus actuales Memorias», *La Noche*, 6 marzo 1951.

503. Adolfo LIZÓN: «Las Memorias de César», *Falange*, 25 febrero 1951. Ramón LEDESMA MIRANDA: «Confesión de medio siglo», *Correo Literario*, 15 junio 1951.

504. ARAE, Legado de Melchor Fernández Almagro, carta sin fecha (1951) y 7 abril 1960.

505. CASAS: «Un momento, por favor», *Triunfo*, 22 noviembre 1950.

506. Leocadio Mejías: «César González Ruano se siente un fantasma tremendo», *El Alcázar*, 21 mayo 1951.

507. «La visita a Ricardo León», *El Alcázar*, 8 diciembre 1950. «Los hijos de Ricardo León defienden la memoria de su padre», *La Noche*, 14 diciembre 1950.

508. Del archivo Sintes Obrador, papeles entregados a Andrés Trapiello por su hija, María Sintes Olivar, citados en su *Almanaque*, 31 enero 2012. https://hemeroflexia.blogspot.com/2012.

509. «Trascendental discurso del ministro de Información en la clausura del Consejo Nacional de Prensa en Barcelona», *Madrid*, 13 diciembre 1954.

510. CGR (1970), 29 julio 1951.

511. CGR (1970), 24 noviembre 1952.

512. MGS (2002), p. 69. D. Ridruejo: «Escritores», *Destino*, 1 febrero 1975.

513. AGA, Censuras literarias, 3/050, C.ª 21/09405.

514. Respectivamente en AGA, Censuras literarias, 3/050, C.ª 21/07215, C.ª 21/07760, C.ª 21/07837, C.ª 21/08836, C.ª 21/095768.

515. AGA, Censuras literarias, 3/050, C.ª 21/07897, C.ª 21/10915.

516. CGR (1970), 24 enero 1951.

517. CGR (1970), 4 marzo 1952.

518. CGR (1970), 13 agosto 1952.

519. CGR (1970), 19 febrero 1952.

520. Georges GUSDORF (1990), p. 185.

521. Julio TRENAS: «Crónica de Madrid», *Pueblo*, 10 junio 1953.

522. CGR (1971), 6 febrero 1951.

523. Julio TRENAS: «Crónica de Madrid», *Pueblo*, 22 mayo y 2 julio 1953. Censuras literarias, AGA, 3/050, C.ª 09859.

524. «César González Ruano en el Club de prensa», conferencia titulada *La entrevista y la prensa*, *LVE*, 20 abril 1955. MGS (2020), p. 119.

525. CGR: «La popularidad», *Falange*, 13 marzo 1956.

526. FOM, carta del 20 octubre 1958. Antonio de ERGOYEN: «Estafeta madrileña», *Diario de Burgos*, 14 octubre 1949.

527. CGR (1970), respectivamente en 2 febrero 1951, 7 abril 51, 14 abril 1951, 30 agosto 1951, 19 enero 1952, 11 mayo

1952, 11 mayo 1952 y 25 mayo 1952. Rafael GARCÍA SERRANO (1983), p. 9.

528. CGR: «El lujo», *Informaciones*, 14 enero 1964.

529. Camilo José CELA CONDE (1989), p. 33. Me sirvo del comentario y precisiones de Marina González Navascués, comunicación de septiembre 2022.

530. Julio TRENAS: «Así trabaja César González-Ruano», *Pueblo*, 23 mayo 1957.

531. «Modos y costumbres de escribir», *LVE*, 5 marzo 1961.

532. 3/050, C.ª 21/8336.

533. J.M. AMILIBIA (2005). MGS (2020), p. 197.

534. CGR (1970), 29 enero 1964. Emilio ROMERO (1985a), carta de marzo 1959. Emilio Romero (1985b), p. 164.

535. «La supervivencia», *LVE*, 11 octubre 1963.

536. «González-Ruano, ayer en el Gabinete Literario», «Unos minutos de charla con César González-Ruano», CGR: «Los asombros de Canarias», «La isla y sus ángeles», *Falange*, 21, 23 septiembre, 3, 9 octubre 1951.

537. «La hora de España», *Falange*, 10 septiembre 1953.

538. «González Ruano en Benidorm», *Información*, 22 febrero 1959.

539. CGR: «El festival de la canción o Benidorm a la vista», *Información*, 19 mayo 1960. *Fotos*, 6 agosto 1960.

540. «El festival de la canción se celebrará en Benidorm, los días 9, 10 y 11 de julio», *Hoja del Lunes*, Madrid, 29 junio 1959.

541. CGR (1970), 14-16 octubre 1952.

542. «Todo es posible en Granada», «Benalmádena», «Las agencias de viajes y La Coruña», «Cuando el mar de Benidorm parece el mar de Santander» y «Aparthotel». Todos los artículos, como planeado *tour*, en *Informaciones*, 12 julio, 18 septiembre, 22 octubre y 23 octubre 1962.

543. «Valencia», «Paseo a Mijas», «Más sobre las autopistas», «Costa del sol y sol de la costa», *Informaciones*, 13 noviembre, 11, 13 y 15 diciembre 1962.

544. «Vida cultural. Cuarenta años de vida literaria», *Diario de Mallorca*, 17 abril 1963. «Valencia pre-fallera», «Gentes de Palma», *Informaciones*, 5 marzo, 23 abril 1963.

545. CGR (1970), 29 junio 1964.

546. M. FRAGA IRIBARNE (1980), p. 378.

547. CGR (1970), 27 noviembre 1964.

548. «Cuando se van los otros», *Informaciones*, 28 septiembre 1964. José ARROYO: «Mazarrón o el gran palacio del sol», *El Alcázar*, 30 marzo 1965.

549. «Habla para la Hoja del Lunes de Murcia el ministro de Información y Turismo», *Hoja del Lunes*, Murcia, 12 abril 1965.

550. CGF: «El marco elegante», «Viajar por España», *Informaciones*, 11 junio, 3 agosto 1963. «Una lección española de caballerosidad colectiva», *Línea*, 21 septiembre 1951.

551. «Typical spanish», *Fotos*, 11 noviembre 1961.

552. Sasha D. PACK (2009).

553. Ana MORENO GARRIDO (2007) p. 291.

554. «Reflexiones sobre Benalmádena», *Informaciones*, 17 julio 1962. CGR (1970), 25 septiembre 1964.

555. Víctor de la SERNA (1959), p. 18; (1960), p. 38. Javier TORRE: «Víctor de la Serna, viajero aquiescente del franquismo», *Anuari de Filologia. Llengües i Literatures Modernes*, nº 5, 2015.

556. Valeriano GUTIÉRREZ MACÍAS: «Jornadas literarias por la alta Extremadura», *LVE*, 23 mayo 1955.

557. «Comenzaron en Cieza las V Jornadas Literarias», «Con los jornadistas, por la ruta de la huerta», «Un día rotundamente marinero en las jornadas literarias», «Terminaron las Jornadas Literarias», *Línea*, 16, 17, 18 y 20 mayo 1958.

558. «Turismo en Andalucía», *LVE*, 17 septiembre 1959.

559. CGR: «Tierra de Campos», *Informaciones*, 16 octubre 1959; «Donde habita el silencio», en VV.AA. (1960), pp. 39-42. Dámaso SANTOS (1987), pp. 137-139.

560. «CGR vendrá el sábado», *Falange*, 24 mayo 1961.

561. «Empiezan las jornadas literarias en Las Palmas», *Falange*, 12 junio 1962; «Anoche llegaron los participantes en las jornadas literarias», «Brillante desarrollo de las jornadas literarias», *Diario de Las Palmas*, 11 y 12 junio 1962.

562. «Descubrimiento de la gripe», *ABC*, 31 enero 1933.

563. «César González-Ruano, enfermo», *La Nación*, 4 junio 1934. *LVE*, 25 diciembre 1949.

564. *Arriba*, 18 febrero 1948. «Viaje a un mundo muy hondo», *Pueblo*, 21 enero 1956; *Informaciones*, 29 octubre 1959.

CGR (1970), 18 enero 1954, 8-10 mayo 1958, 12 septiembre 1960.

565. «Café de la noche», *Destino*, 5 agosto 1944.

566. CGR (1951b), p. 628. Ruano escribe «disvasia». Diccionario de términos médicos en https://dicciomed.usal.es/palabra/disbasia.

567. *LVE*, 3 junio 1948.

568. *LVE*, 25 marzo 1950.

569. CGR: «Es peligroso asomarse al exterior y fumar gratis», *Madrid*, 12 febrero 1948.

570. «Los médicos españoles opinan sobre el tabaco y el cáncer de pulmón», *Informaciones*, 16 marzo 1962.

571. Ignacio ARROYO: «Una charla con el último biógrafo del inolvidable general», *Línea*, 22 septiembre 1954.

572. Cit. en P. Félix GARCÍA: «Y del tabaco ¿qué?», *ABC*, 2 diciembre 1961. «De nuevo la lucha contra el tabaco», *Informaciones*, 27 enero 1964.

573. «El último pitillo», «El pálpito», *ABC*, 11 septiembre, 6 noviembre 1964.

574. Guillén SALAYA (1953), p. 40.

575. «Salutación de marzo en Barcelona», *LVE*, 13 marzo 1951.

576. CGR: «La costumbre peligrosa». *Diario de Burgos*, 8 abril 1949. «Cerveza y gimnasia», *ABC*, 1 abril 1965. Edgar Neville padecía un problema de tiroides.

577. CGR: «Sólo es humo», *Fotos*, 8 julio 1961. CGR (1970), 26 abril 1953. «D'Annunzio, el coñac y las bellas palabras», *Falange*, 5 septiembre 1949.

578. *Arriba*, 17 agosto 1948.

579. De la conferencia sobre «Mis amigos los médicos», pronunciada en el Colegio de Médicos de Murcia, *Línea*, 5 enero 1951.

580. «Parte de enfermo y regalitos a la gente sana», «La relatividad como experiencia», *Arriba*, 18 y 26 enero 1950. «Ese silencio que tiene el campo», «Sencillo y difícil», «Una hora en la terraza», *LVE*, 15, 25 marzo y 24 agosto 1950.

581. https://www.vademecum.es. https://medical-dictionary.thefreedictionary.com

582. CGR (1970), 22-30 octubre 1951.

583. «CGR en Barcelona», *LVE*, 28 noviembre 1951. «Moríamos ayer», *Arriba*, 9 diciembre 1951. Rafael Borràs Betriu (2010), I, p. 97.

584. «Mi entrevista con César González-Ruano», *Información*, 28 junio 1952.

585. CGR (1970), 2 febrero 1953.

586. CGR (1970), 16 abril 1953.

587. CGR (1970), 22 abril 1953.

588. Antonio D. Olano: «Los escritores actúan sobre el plató», *Pueblo*, 24 junio 1961.

589. CGR (1970), 12 julio 1952.

590. José Antonio MARADONA HIDALGO (2009), pp. 169-175.

591. «González Ruano, enfermo», «Mejora el estado de D. César González Ruano», «Conversación con el doctor Marañón», *Arriba*, 7 marzo 1954. «Mis tardes en el Cigarral», *ABC*, 15, 20 octubre y 26 diciembre 1957. MGS (1971), pp. 375 y 408. Josefina Carabias: «La jornada del doctor Marañón», *El Diario Vasco*, 20 agosto 1952.

592. Pedro de LORENZO (1974), p. 89. En la misma página se alude al lema heráldico de César: «El inmoralista goza de su deseo».

593. Emilio ROMERO (1985), diciembre 1955.

594. CGR: «Las enfermedades abstractas», *LVE*, 27 junio 1958. El ejemplo de la enfermedad de los finalistas, la de Luca de Tena al verse privado del Planeta a pesar de haber sido votado por todos los miembros del jurado en la primera ronda. Defectos del método Goncourt.

595. «El tema y el hombre. Los sepultureros», *LVE*, 1 febrero 1964.

596. Luis Romero: «Rodeado de muerte», *LVE*, 16 diciembre 1965. «Nacimiento de Agustín de Foxá», *LVE*, 1 julio 1959.

597. CGR: «Una gloriosa figura que desaparece», *HdM*, 13 junio 1931. CGR (1951b), p. 218.

598. «Meditación ante el cadáver de un gran actor», *Blanco y Negro*, 22 noviembre 1958.

599. *ABC*, 30 noviembre 1960.

600. CGR: «Sistema concreto», *Informaciones*, 14 marzo 1961.

601. «Yo soy un enfermo contumaz», *Línea*, 4 enero 1961.

602. CGR (1970), 2-5 febrero 1964.

603. CGR (1970), 6-19 abril 1954.

604. «Las clínicas», *Falange*, 8 julio 1961.

605. Carlos Carrero: «Noches de la ciudad. César González Ruano en la clínica del doctor Puigvert», *El Noticiero Universal*, 8 febrero 1964.

606. CGR (1970), 10 febrero 1964. Del Arco: «Mano a mano. César González Ruano», *LVE*, 12 febrero 1964.

607. «El tema y el hombre. Gracias», *LVE*, 21 febrero 1964.

608. VV.AA. (1963), pp. 94-97. Información de Marina González, septiembre 2022.

609. CGR (1970), 25 febrero, 19 marzo 1964.

610. CGR: «Los éxitos raros», *LVE*, 17 marzo 1964.

611. Antonio D. Olano: «César González Ruano ocupa su silla vacía», *Pueblo*, 24 de abril 1964.

612. «Homenaje a César González Ruano», *ABC*, 23 enero 1965.

613. Jaime Peñafiel: «En el fondo es hermoso morirse como yo me he muerto», *Diario de León*, 1 mayo 1964. «Con César González Ruano», *Arriba*, 3 mayo 1964. Miguel Veyrat: «Un resucitado en los alrededores de la Academia Española. González Ruano», *Blanco y Negro*, 17 julio 1964.

614. «Málaga en coche de punto», *Informaciones*, 18 febrero 1965.

615. «Pequeña historia de un soneto»; Ismael GALIANA: «Las últimas horas murcianas de César», *Hoja del Lunes*, Murcia, 5 abril y 20 diciembre 1965.

616. CGR (1970), 18 mayo 1965, 17 julio 1965.

617. CGR: «Nueva York: El pabellón de España», *Informaciones*, 21 junio 1965.

618. Jesús Pardo (1996), pp. 201-204. Pardo confunde a Nines con Consuelo.

619. CGR: «San Sebastián: Lo que no se improvisa», *Informaciones*, 10 julio 1065. Albino MALLO: «Adiós a González Ruano», *Unidad*, 16 diciembre 1965.

620. Juan VAN-HALEN: «De César a Ramón», *Hoja del Lunes*,

Madrid, 20 diciembre 1965.

621. «Las peligrosas repoblaciones», *ABC*, 24 noviembre 1965.

622. CGR (1970), 30 septiembre, 6 octubre 1965.

623. «El escritor y su espejo», *ABC*, 14 octubre 1965.

624. Juan RODRÍGUEZ RUIZ: «González Ruano, otra vez casi cadáver», *Lanza* (Ciudad Real), 21 octubre 1965.

625. CGR (1970), 9 noviembre 1965.

626. «La penúltima hora de César González Ruano», *Pueblo*, 23 noviembre 1965.

627. «Humo», *Informaciones*, 9 diciembre 1965.

628. SUAU: «Vis a vis. César González Ruano», *Diario de Mallorca*, 16 abril 1963.

629. José Luis MARTÍN PRIETO, cit. Manuel GÓMEZ ORTIZ (1965).

630. Jaime R. LEBRATO, O.P.: «Dios, en la muerte de César González Ruano», *Diario de Mallorca*, 30 diciembre 1965.

631. Carta de 12 diciembre 1965 publicada en «César González Ruano y su vida de escritor», *Blanco y Negro*, 25 diciembre 1965.

632. «La costumbre», *ABC*, 15 diciembre 1965.

633. *Diario Vasco*, 16 diciembre 1965.

634. Asegura que la frase tuvo un sentido irónico y fue retocada por Umbral: «no nos divertiremos tanto, etc.», porque los entierros de escritores famosos se habían hecho espectaculares. Conversación con Raúl del Pozo, 9 febrero 2023.

635. «Falleció ayer César González-Ruano», *Informaciones*, 16 diciembre 1965. Javier de MONTINI: «César González Ruano: un sillón de inmortal vacío», *Diez Minutos*, 25 diciembre 1965. SEPU o Sociedad Española de Precios Únicos, eran unos grandes almacenes con precios populares. «Sepelio de César González Ruano», *El Eco de Canarias*, 17 diciembre 1965.

636. CGR: «Las esquelas», *Línea*, 22 julio 1955.

637. «Hablando con... César González Ruano nos cuenta sus impresiones en su segunda visita a Almería», *Yugo*, 39 enero 1949.

638. «Los que no olvidan», *Informaciones*, 11 marzo 1965.

639. Javier de MONTINI: «CG-R ofrece un recital de sus

mejores artículos», *La Nueva España*, 27 mayo 1962.

640. ERO: «La calle y su mundo. Ruano», *LVE*, 12 agosto 1962. Elogios y ditirambos en Tico Medina: «Al César lo que es del César», en Raúl Torres (2003). Mariano Tudela: «Aproximación a la pequeña historia de un gran café», VV. AA (2008). Conversación con Raúl del Pozo, 9 febrero 2023.

641. «Noticias», 5 octubre 2020. luisantoniodevillena.es/web/noticias.

642. MGS (2002), pp. 17-18. Andrés TRAPIELLO (2010), p. 546.

643. J.L. CASTILLO PUCHE: «El gran patetismo del César cotidiano», en F. Martínez, H. Priego, J. Antonio Silva (2003). CÁNDIDO (1993), p. 108.

644. [CJC]: «En la muerte de César González-Ruano», *Papeles de Son Armadans*, tomo XL, nº 118, enero 1966, p. 5.

645. E. Haro Tecglen: «Dos o tres cosas que sé de él», *El País*, 16 diciembre 1995. El dinero que le prestaron para el entierro de un hijo lo dilapidó en comprar vestidos para su mujer, señala Haro, comparándolo con la exhibición del hijo muerto que hacía el bohemio Gálvez en los años anteriores a la guerra. En Diego Galán (1997). «Conmovido me he quedado», exclama Diego Galán al escuchar la rocambolesca narración de Haro.

646. CGR (1970), 30 julio 1952, 7 octubre 1951.

647. Gabriel Plata (1999), pp. 54, 57, 173.

648. MGS (2020).

649. Mariano DARANAS: «Petiot», *ABC*, 9 noviembre 1945. CGR: «El encantador monstruo marino», Petiot como serpiente de verano, *LVE*, 15 julio 1945.

650. «L›assasin habite au 21», capítulo del libro de M. Winock (2021), pp. 157-167. Petiot se defendió en el juicio alegando, entre otras cosas, su pertenencia a una red fantástica bautizada como Fly-Tox, dedicada a facilitar la evasión de resistentes, a través de la embajada argentina.

651. Ignacio MARTÍNEZ DE PISÓN (2014), pp. 61-66.

652. José Esteban (2019), p. 350.

653. E. PONS PRADES (2002), pp. 151-159.

654. E. TRAVERSO (2005), p. 68; (2020), p. 95.

655. Respectivamente en Amelia CASTILLA: «González

Ruano, el arte del engaño», *El País*, 2 marzo 2014. Jorge CARRIÓN: «Los chiringuitos nazis», *El País*, 26 agosto 2014. César Antonio MOLINA: «Un maestro dudoso», *El País*, 11 julio 2014.

656. Palabras de Rosa Sala Rose, en Fernando DÍAZ DE QUIJANO: «La leyenda negra de César González Ruano», *El Español*, 20 marzo 2014. Declaraciones de García-Planas en Anna ABELLA: «El lado oscuro de González Ruano», *El Periódico*, 22 marzo 2014.

657. Lipe COLLADO (2001), p. 100.

658. Matilde Morcillo (2016), p. 34. «Había creado con cuatro judíos españoles una oficina dentro del mismo consulado para otorgar certificados de nacionalidad y pasaportes». Arcadi ESPADA (2013). The International Raoul Wallenberg Foundation. Diplomáticos españoles, https: www:// raoulwallenberg.net/es/

659. Bartolomé Bennassar: «Le passage des Pyrénnes», *Les Cahiers de la Shoah*, nº 5, 2001; André Kaspi (1991), p. 356.

660. MGS (2020), pp. 75, 89. Daniel RAMÍREZ: «En busca de González Ruano», *El Español*, 15 septiembre 2020.

Álbum



CGR en su casa de Cuenca. Foto Català-Roca. Archivo Centre Obert d'Arquitectura (COAC). MNCARS.



Un literato de porvenir. *Alma ibérica*, 10 febrero 1924. Biblioteca Nacional de España (BNE).



Fascinación por la corrupción. *Castilla Gráfica*, 5 marzo 1925. BNE.



Ríos Rosas 54. *Revista*, 31 julio 1952.



Ruano en una tabernilla de Zaragoza. *Crónica*, 2 diciembre 1929. BNE.



Unamuno y CGR en el Ateneo. Centro de Documentación de Fundación MAPFRE.

César González-Ruano

Vida, Pensamiento y Aventura de MIGUEL de UNAMUNO



M·AGVILAR



EDITOR·MADRID·

Cubierta de *Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno* (1930).



Entrevista con José Antonio Primo de Rivera, 1930. Fondo MGS. Universidad Rey Juan Carlos (URJC).



Caricaturas de Cebrián y de Miguel, 1931 y 1932.



CGR según *Gracia y Justicia*, 16 abril 1932. BNE.



Banquete en honor de CGR por el premio Luca de Tena. *Nuevo Mundo,* 22 abril 1932.



Cubierta de *6 meses con los nazis* (1933).

CESAR GONZALEZ RUANO

Primo de Rivera

la vida heroica
y romàntica
de un general
español

LOS HOMBRES DE NUESTRA RAZA

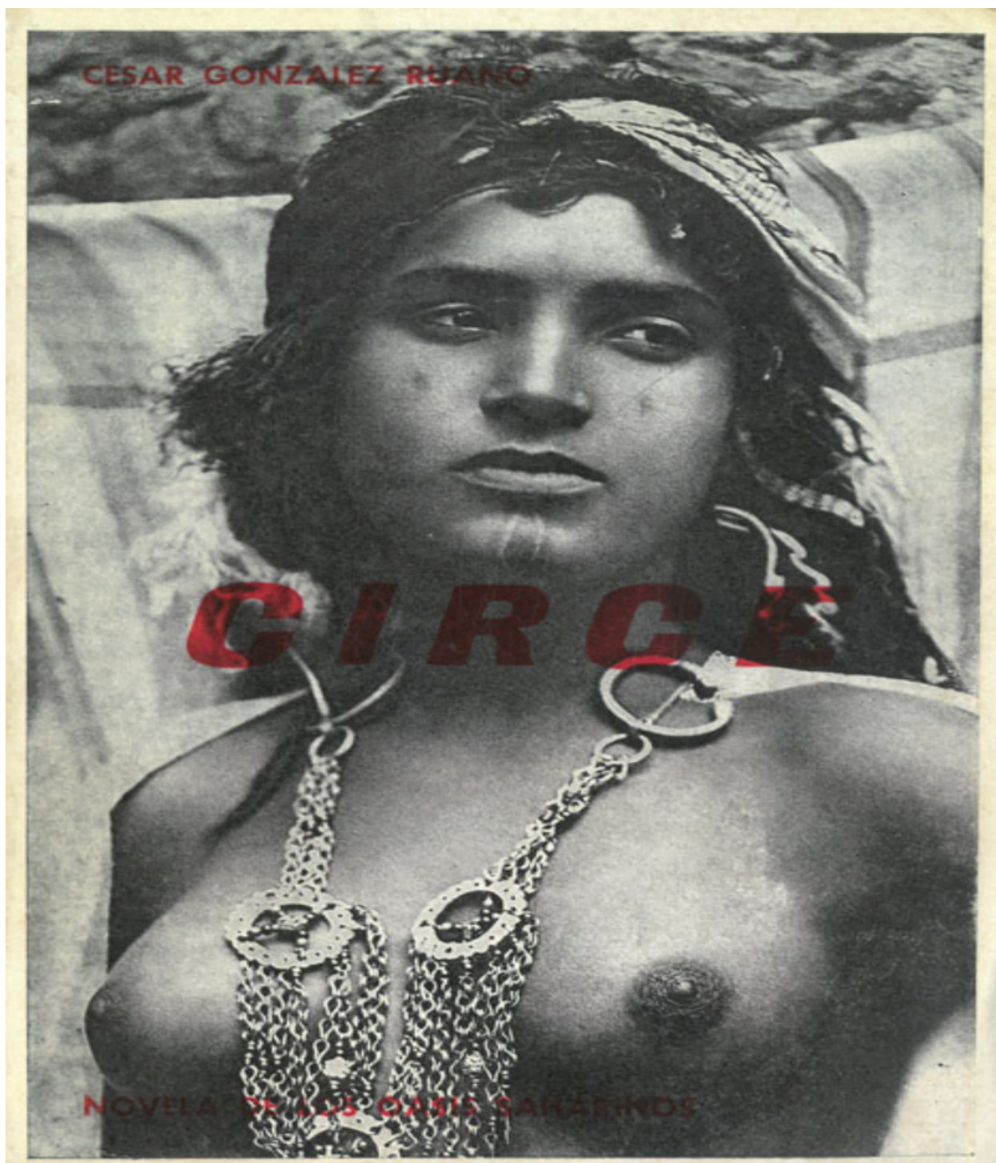
Cubierta de *Primo de Rivera. La vida heroica y romántica de un general español* (1935).



De izquierda a derecha, López-Izquierdo, Mariano Tomás, Carlos Miralles, CGR y José Escobar Kirkpatrick. 1 enero 1935. Fondo Martín Santos Yubero. Archivo Regional de la Comunidad de Madrid (ARCM).



CGR y Raquel Meller. 18 julio 1936. Archivo de Marina González Navascués (AMGN).



Cubierta de *Circe. Novela de los oasis africanos* (1935).



CGR en Libia. Archivo fotográfico *ABC*.



CGR y Mery de Navascués en Roma. AMGN.



«Les espagnols à Montparnasse»: CGR, un periodista, Domínguez, Condoy, Mery de Navascués y Pedro Flores fuera de foco. *Tempo*, 31 diciembre 1942.



Busto de Mery de Navascués, obra de Honorio Condoy, y la modelo. París, diciembre 1942.



Cubierta de *Manuel de Montparnasse* (1943).



CGR y Mery de Navascués con Dalí.



Cubierta de *Huésped del mar. (Noticia y sueño de Sitges)* (1945).



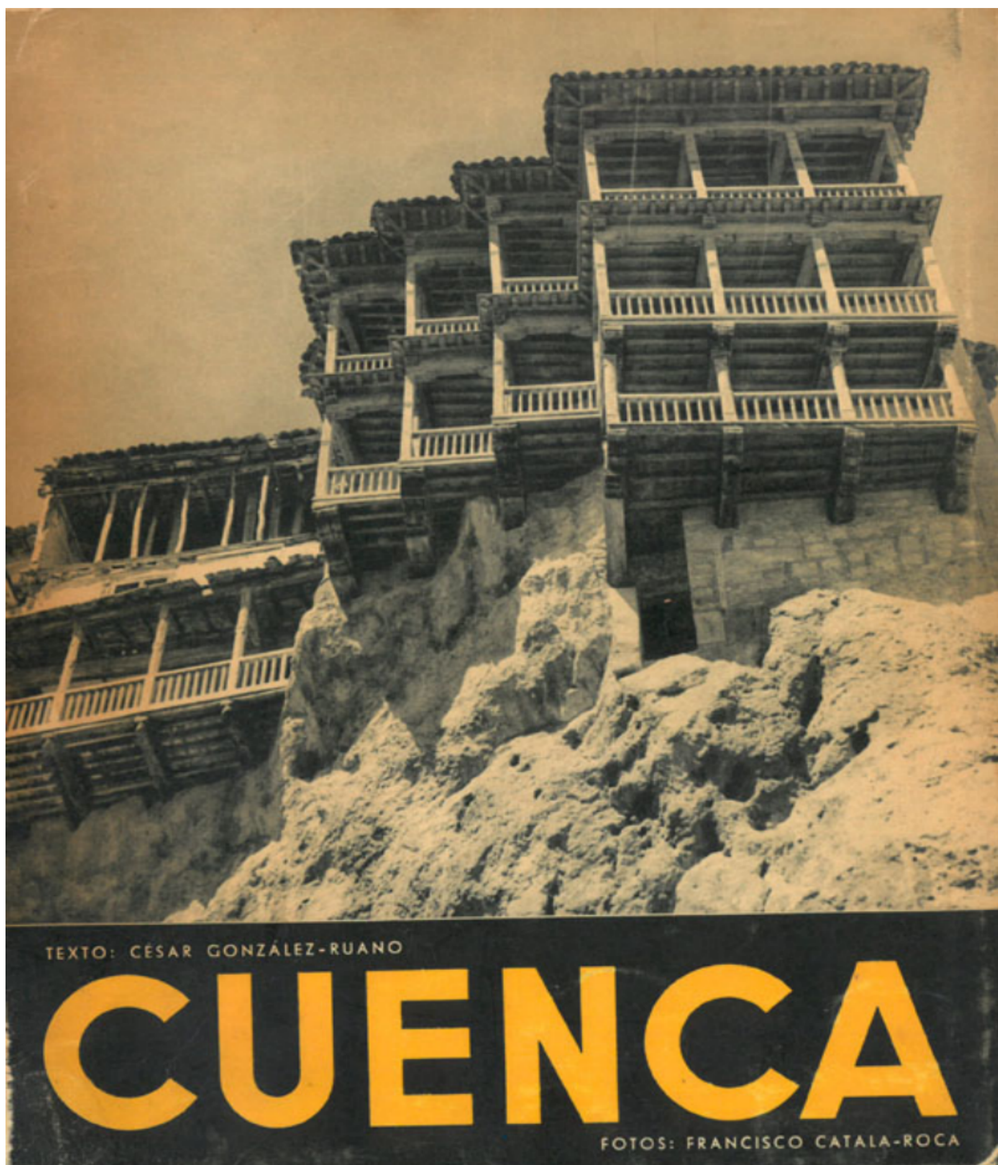
Jurado del primer premio Nadal, reunido en el café Suizo, 6 enero 1945. De izquierda a derecha: Masoliver, Vergès, Vázquez-Zamora, Teixidor y Agustí. Foto Albiñana, *Destino*.



Dibujo de Lorenzo Goñi. *Semana Santa en Cuenca, 1955.*



Tertulia del café Colón. Foto Català-Roca. Archivo COAC.



Cubierta de *Guía de Cuenca* (1956).



CGR en su casa de Cuenca. Dedicada a Rafael de Penagos (hijo). AMGN.



«César González-Ruano en su correría por las librerías de viejo». *Fotos*, 11 febrero 1945. BNE.



CGR con su esposa Esperanza Ruiz-Crespo y su hija Charito. *Nuevo Mundo*, 22 abril 1932. BNE.



En su casa de Cuenca, junio de 1957. Archivo fotográfico de *ABC*.



La peña de Los Recoletos, *Nuevo Mundo*, 22 abril 1932. BNE.



Cubierta de *Crónica del café Gijón* (1955) de MGS, realizada por CGR.



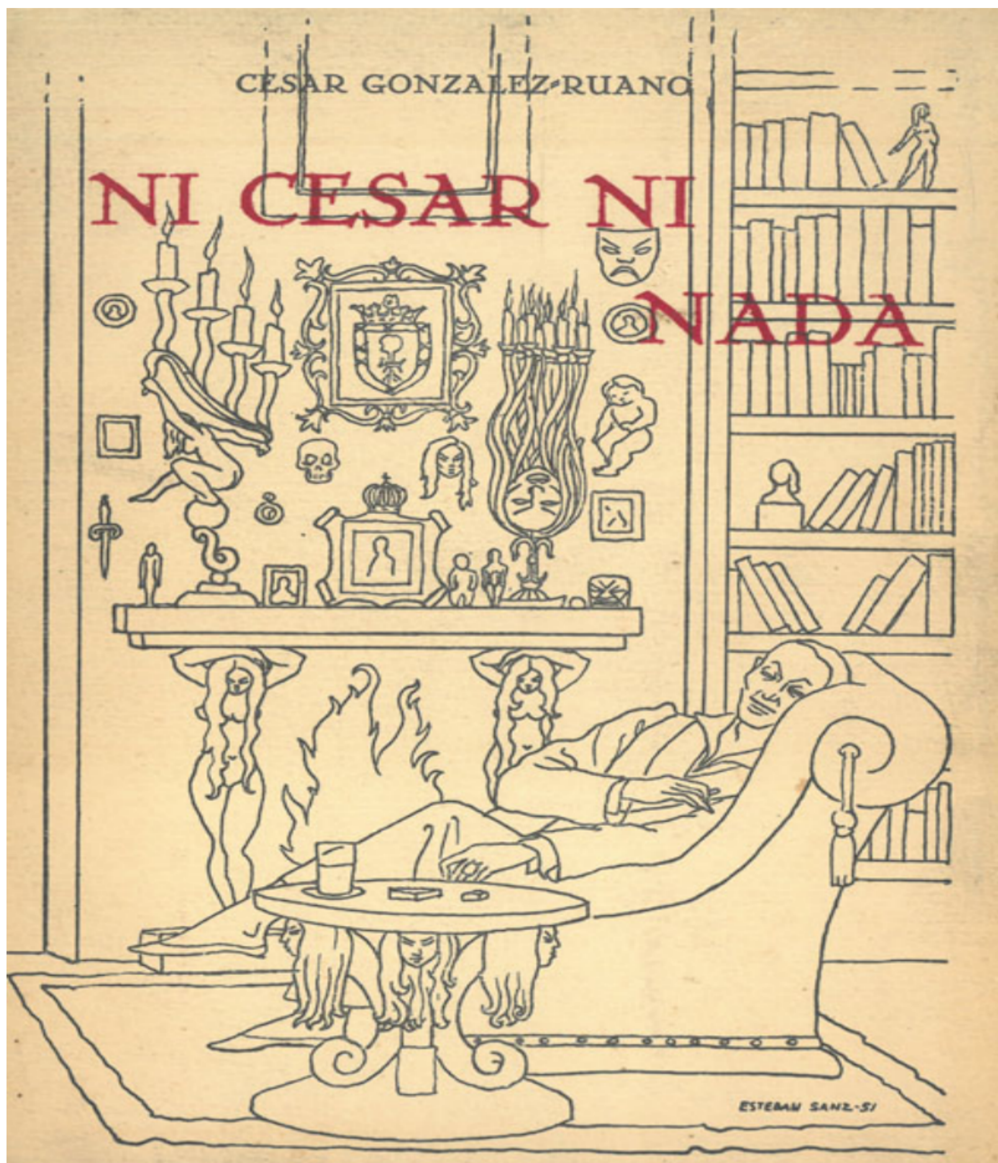
Ina Labrada, el marqués de Hermosilla, Marino Gómez Santos, CGR y Mery de Navascués en el café Gijón. Archivo MGS hijo.



CGR caracterizado de embajador. *Blanco y Negro*, 1 julio 1961.



«Se prohíbe cantar, bailar y hablar de política». Fondo Martín Santos Yubero. ARCM.



Cubierta de *Ni César ni nada* (1951), realizada por el autor.



Cubierta de *La vida deprisa* (1946).

CÉSAR GONZÁLEZ RUANO

Diario íntimo

taurus

Cubierta de *Diario íntimo* (1970).



«Una avalancha de curiosos acudió a la Caseta de Afrodisio Aguado ante la anunciada firma de ejemplares de la nueva obra de César González-Ruano». Centro de Documentación de Fundación MAPFRE.



Cubierta de *A todo el mundo no le gusta el amarillo* (1961). Centro de Documentación de Fundación MAPFRE.



De izquierda a derecha O. Núñez Mayo, Manuel Alcántara, Mery de Navascués, CGR, Salvador Jiménez y José Luis Castillo, del *Viaje por la Tierra de Campos.* Diputación Provincial de Palencia.



Caricatura de Dávila. Fondo Martín Santos Yubero. ARCM.



CGR en la conferencia de «pavos». Fondo Martín Santos Yubero. ARCM.



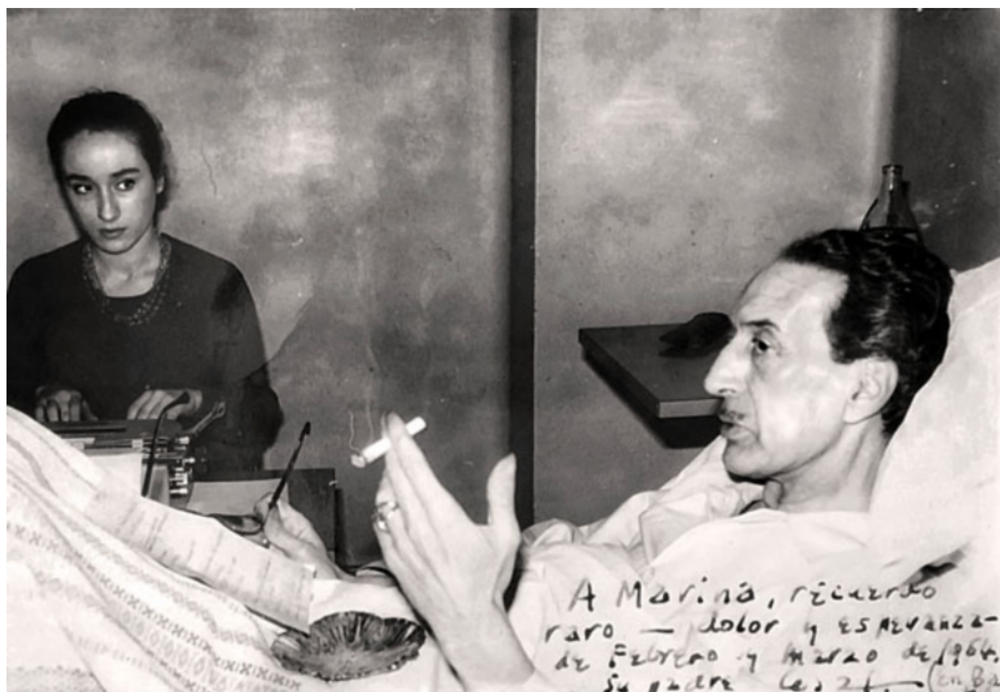
En el cigarral Los Dolores. De izquierda a derecha: CGR, Gregorio Marañón, Fernando Díaz-Plaja y Pedro Garmendia. Archivo de Gregorio Marañón (Fundación Ortega-Marañón).



Entierro de Ramón Gómez de la Serna, 1963. Fondo Martín Santos Yubero. ARCM.



El doctor Barraquer junto a CGR, que sostiene en sus manos la calavera del chimpancé «Joko», 31 diciembre 1952. Archivo fotográfico *ABC*.



CGR en la clínica del doctor Puigvert, dictándole un artículo a su hija Marina, con dedicatoria. AMGN.



CGR, aún convaleciente de los quirófanos de urgencia, paseando por las cercanías de la plaza de la Cibeles. Archivo fotográfico *ABC*.



Entierro de CGR, *Diez Minutos*, 25 diciembre 1965.

Bibliografía

AGUSTÍ, Ignacio (1974): *Ganas de hablar*, Barcelona, Planeta.

— (2007): *Mariona Rebull. El viudo Ríus*, Novelas I, Madrid, Biblioteca Castro.

— (2008): *Desiderio*, Novelas II, Madrid, Biblioteca Castro.

— (2008): *19 de julio*, Novelas III, Madrid, Biblioteca Castro.

— (2008): *Guerra civil*, Novelas IV, Madrid, Biblioteca Castro.

ALONSO, José Ramón (1945): *Francia entre dos fuegos*, Madrid, Gemas.

ALONSO DE LOS RÍOS, César (1971): *Conversaciones con Miguel Delibes*, Madrid, EMESA.

ÁLVAREZ CHILLIDA, Gonzalo (2002): *El antisemitismo en España (1812-2002*), Madrid, Marcial Pons.

AMILIBIA, Jesús María (2005): *Emilio Romero. El gallo del franquismo*, Madrid, Temas de hoy.

AUDA, Grégory (2002): *Les belles années du milieu, 1940-1944. Le grandbanditisme dans la machine répressive allemande en France*, París, Éditions Michelin.

AYALA, Francisco (1988): *Recuerdos y olvidos*, Madrid, Alianza.

BALLBÉ, Manuel (1984): *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Madrid, Alianza.

BAUDELAIRE, Charles (2001): *Oeuvres complètes*, París, Gallimard.

BARRIENTOS, Alfonso Enrique (1973): *Enrique Gómez Carrillo*,

Guatemala, ed. José de Pineda.

BENGUEREL, Xavier (1969): *Gorra de plato*, Madrid-Barcelona, Alfaguara.

BENNASAR, Bartolomé (2001): «Le passage des Pyrénnes», *Les Cahiers de la Shoah*, nº 5.

BONET CORREA, Antonio (2014): *Los cafés históricos*, Madrid, Cátedra.

BONET PLANES, Juan Manuel (1999): *Diccionario de las vanguardias en España (1907-1936)*, Madrid, Alianza.

— (edición y prólogo) (2012): *Las cosas se han roto. Antología de la poesía ultraísta*, Sevilla, Vandalia, Fundación José Manuel Lara.

BONMATÍ DE CODECIDO, Francisco: *El príncipe don Juan de España (1938*, Valladolid, Librería Santarén.

BORRÀS BETRIU, Rafael (2003): *La batalla de Waterloo. Memorias de un editor*, 1, Barcelona, Ediciones B.

— (2005): *La guerra de los planetas, Memorias de un editor*, 2, Barcelona, Ediciones B.

BURGUERA, María Luisa (1999): *Edgar Neville. Entre el humor y la nostalgia*, Valencia, Alfons el Magnànim.

BURRIN, Philippe (1995): *La France à l'heure allemande, 1940-1944*, París, Seuil.

CABALLÉ, Anna, ROLÓN-BARADA, Ismael (2019): *Carmen Laforet. Una mujer en fuga*, Barcelona, RBA.

CABANILLAS, Alfredo (2011): *Historia de mi vida. Memorias*, Sevilla, Espuela de plata.

CACHO ZABALZA, Antonio (1940): *La Unión Militar Española*, Alicante, EGASA.

CÁNDIDO (1995): *Memorias prohibidas*, Barcelona, Ediciones B.

CANSINOS ASSENS, Rafael (1978): *El movimiento V.P.*, prólogo

de Juan Manuel Bonet, Madrid, Hiperión.

— (1995): *La novela de un literato*, 3, Madrid, Alianza Tres.

CANYAMERES, Ferran (1972): *Diari ìntim*, Barcelona, Pòrtic.

CASTELLS, Andreu (1974): *Las brigadas internacionales de la guerra de España*, Barcelona, Ariel.

CASTILLO, Fernando (2012): *Noche y niebla en el París ocupado. Traficantes, espías y mercado negro*, Madrid, Fórcola.

CASTRO, Fernando (1978): *Óscar Domínguez y el surrealismo*, Madrid, Cátedra.

— (2011): *Óscar Domínguez*, Madrid, Fundación Mapfre.

CAVA, Salvador F. (2014): *El gobernador Gabriel Juliá, 1948-1956. Maquis, Falange, cultura*, Cuenca, Ediciones Olcades.

CELA, Camilo José (1953): *Café de artistas*, Madrid, La novela del sábado.

CELA CONDE, Camilo José (1989): *Cela, mi padre*, Madrid, Temas de hoy.

COLLADO, Lipe (2001): *La impresionante vida de un seductor. Porfirio Rubirosa*, República Dominicana, Editora Collado.

COHN, Norman (1969): *El mito de la conspiración judía mundial*, Madrid, Alianza.

CORTÉS CAVANILLAS, Julián (1956): *Alfonso XII: Vida, confesiones y muerte*, Madrid, Editorial Prensa Española.

CRESPO DE LARA, Pedro (1983): *Víctor de la Serna, periodista*, Santander, Fundación Marcelino Botín.

CUEVA MERINO, Julio de la (1998): «El anticlericalismo en la Segunda República y la guerra civil», en Emilio La Parra y Manuel Suárez Cortina (eds.): *El anticlericalismo español contemporáneo*, Madrid, Biblioteca Nueva.

DALÍ, Salvador (1975): *Confesiones inconfesables*, Barcelona,

Bruguera.

DELARUE, Jacques (1964): *La Gestapo*, Barcelona, Bruguera.

— (2013): *Trafics et crimes sous l'occupation*, París, Fayard.

DIEGO, Álvaro de (2016): «La prensa y la dictadura franquista. De la censura al parlamento de papel», *Revista de Estudios Políticos*, 174, octubre/diciembre.

DOMIÍNGUEZ ARRIBAS, Javier (2009): *El enemigo judeo-masónico en la propaganda franquista (1936-1945)*, Madrid, Marcial Pons.

DORIA, Sergi (2013): *Ignacio Agustí, el árbol y la ceniza*, Barcelona, Destino.

DRAY-BENSOUSAN, Renée (2013): *Les marsellais pendant la seconde guerre mondiale*, Marseille, Bordeaux, Éditions Goussen.

ESPADA, Arcadi (2013): *En nombre de Franco, Los héroes de la embajada de España en el Budapest nazi*, Barcelona, Espasa.

ESTEBAN, José (2019): *Ahora que recuerdo. Memorias literarias*, Madrid, Reino de Cordelia.

ESTELRICH, Joan (2012): *Dietaris* (a cura de Manel Jorba), Barcelona, Quaderns Crema.

FABRE-LUCE, Alfred (1944): *Écrit en prison*, París, édition de l'auteur.

FAURÉ, Michel (1982): *Histoire du surrealisme sous l'occupation*, París, La Table Ronde.

FELICE, Renzo de (1993): *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo*, Torino, Einaudi.

FERNAN GÓMEZ, Fernando (1998): *El tiempo amarillo*, Madrid, Debate.

FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo (1995): *Río arriba. Memorias*, Barcelona, Planeta.

FIGUEROA, Agustín de (1955): *Dentro y fuera de mi vida*, Madrid, Guadarrama.

FONTSERÉ, Carles (2004): *Un exiliado de tercera. En París durante la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, El Acantilado.

FRAGA IRIBARNE, Manuel (1980): *Memoria breve de una vida pública*, Barcelona, Planeta.

«Francisco Carmona Nenclares, 1901-1979», en https://www.filosofia.org/ave/003/c088

FRIEDLÄNDER, Saul (2009): *El Tercer Reich y los judíos. Los años del exterminio*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

GALÁN, Diego (1997): *La buena memoria de Fernando Fernán Gómez y Eduardo Haro Tecglen*, Madrid, Alfaguara.

GALTIER-BOISSIÉRE, Jean (1944): *Mon journal pendant l'occupation*, París, La Jeune Parque.

GARCÍA MORENTE, Manuel (1947): *Idea de la hispanidad*, Madrid, Espasa Calpe.

GARCÍA-PLANAS, Plàcid, SAURA, Gemma (2016): *La noia de la Pirelli*, Barcelona, Columna Edicions.

GARCÍA SANCHIZ, Federico (1959): *Tierras, tiempos y vida. Memorias*, vol. II, Madrid, Altamira.

GARCÍA SERRANO, Rafael (1983): *La gran esperanza*, Barcelona, Planeta.

GARCÍA VALDECASAS, Luis (1948): *El hidalgo y el honor*, Madrid, Revista de Occidente.

GARRIGA ALEMANY, Ramón (1983): *Berlín, años cuarenta*, Barcelona, Planeta.

GASCH, Sebastiá (1956): *París, 1940*, Barcelona, Selecta.

— (1957): *Barcelona de nit*, Barcelona, Selecta.

GELI, Carles, HUERTAS, José María (1990): *Les tres vides de Destino*, Barcelona, Diputació de Barcelona.

GENTILE, Emilio (2018): *In Italia ai tempi di Mussolini. Viaggio in compagnia di ossservatori stranieri*, Milano, Mondadori.

GIBSON, Ian (1982): *La noche que mataron a Calvo Sotelo*, Barcelona, Argos Vergara S.A.

GOETZ, Henri (2001): *Ma vie, mes amis. Mémoires*, París, Climats.

GÓMEZ CARRILLO, Enrique [1919]: *Treinta años de mi vida*, 2. *En plena bohemia*, Madrid, Mundo Latino.

GÓMEZ SANTOS, Marino: *Crónica del café Gijón*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1955.

— (1958): *César González Ruano*, Barcelona, Ediciones Cliper.

— (1961): *Gregorio Marañón cuenta su vida*, Madrid, Aguilar.

— (1969): «Víctor de la Serna», en *12 hombres de letras*, Madrid, Editora Nacional.

— (1971): *Vida de Gregorio Marañón*, Madrid, Taurus.

— (2002): *La memoria cruel*, Madrid, Espasa.

— (2003): «Las mañanas de César», en *Centenario de César González Ruano, 1903-2003*, (F. Martínez, J. Antonio Silva coord.), Cuenca, Diputación de Cuenca.

— (2020): *César González Ruano en blanco y negro*, Sevilla, Renacimiento.

GÓMEZ ORTIZ, Manuel (1965): *Famosos sin peana,* Madrid, Propaganda Popular Católica.

GÓMEZ DE TRAVECEDO, Francisco (1958): *Nueva guía de Cuenca*, Madrid, s.e.

GONZÁLEZ ARIZA, Fernando (2008): *Premios Planeta. Historia y estrategias comerciales*, Madrid, Sial ediciones.

GONZÁLEZ RUANO, César (1921): *De la locura, del pecado y de la muer*te, Madrid, s.e.

— (1922): *El que pasó sin mirar*, Madrid, Caro Raggio.

— (1923a): *Azorín, Baroja. Nuevas estéticas y otros ensayos*, Madrid, Librería Fernando Fe.

— (1923b): *La inmolada*, Madrid, R. Caro Raggio.

— (1924): «Mariano José de Larra, "Fígaro"», *Siluetas*, nº 18.

— (1925): *Notas sobre Oscar Wilde*, Madrid, Librería Fernando Fe.

— (1926): *Gesta nobiliaria del Pirineo en la guerra*, Madrid, Fernando Fe.

— (1927a): *Admirable y ambigua*, Madrid, Mireya.

— (1927b): *Eugenio Noel*, Madrid, Renacimiento.

—(1927c): *Eduardo Zamacois*, Madrid, Renacimiento.

— (1928): *Enrique Gómez Carrillo. El escritor y el hombre*, Madrid, Colección Clásicos y Modernos.

— (1929): *El crimen de la Gran Vía*, prólogo de Constancio Bernaldo de Quirós y un ensayo de Luis Jiménez de Asúa, Madrid, Editorial Justicia.

— (1930a): *Caras, caretas y carotas*, Madrid, Biblioteca Atlántico.

— (1930b): *Seis años de absolutismo*, Madrid, La novela política.

— (1930c): *El momento político de España. Los hombres de la dictadura y contra la dictadura. Palabras y hechos. La película íntima cortada por la censura*, Madrid, CIAP.

— (1930d): *Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno*, Madrid, M. Aguilar editor.

— (1931a): *Los hombres de la República. Lerroux*, Madrid, Prensa Moderna.

— (1931b): *Baudelaire*, Madrid, Librería y casa editorial Hernando, 1931.

— (1932): *Casanova. Una vida extraordinaria del setecientos*, Madrid, Signo.

— (1933b): *Seis meses con los «nazis»*, Madrid, Edit. La Nación.

— (1934a): *Aún (antología poética 1926-1934)*, Madrid, Ignacio Noreña impresor.

— (1934b): *Madrid entrevisto*, Madrid, Mayli.

— (1935a): *Circe (novela de los oasis saharianos)*, Madrid, Ed. Bergua.

— (1935b): *Miguel Primo de Rivera. La vida heroica y romántica de un general español*, Madrid, Ed. Nuestra raza.

— (1941): *Ángel en llamas*: *47 sonetos y un poema*, París, edición del autor.

— (1943a): *La alegría de andar*, Madrid, Editorial Mediterráneo.

— (1943b): *Manuel de Montparnasse*, Madrid, Ed. Mediterráneo.

— (1944): *Poesía*, Barcelona, Montaner y Simón.

— (1946): *Antología de poetas españoles contemporáneos*, Barcelona, Gustavo Gili.

— (1946a): *La vida deprisa*, Barcelona, Ediciones Lince.

— (1946b): *El poder relativo*, Barcelona, Editorial Lara.

— (1946c): «Ficha impresionista de veinte artistas españoles en París (1940-1942)», *Anales y boletín de los Museos de Arte de Barcelona*.

— (1947): *Imitación del amor*, Editorial Lara, Barcelona.

— (1949): *Siluetas de escritores contemporáneos*, Madrid, Editora Nacional.

— (1951a): *Cherche-Midi*, Barcelona, Plaza y Janés.

— (1951b): *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, Barcelona, Noguer.

— (1951c): *Ni César ni nada*, Madrid, Tipografía Gráficas Cinema.

— (1953a): *Los oscuros dominios*, Barcelona, Planeta.

— (1953b): *Mis casas (1903-1953)*, Madrid, s.e.

— (1953c): «El artículo periodístico», en Nicolás González Ruiz (dir.): *El periodismo. Teoría y práctica*, Barcelona, Noguer.

— (1956): *Guía de Cuenca y principales itinerarios de la provincia*, Barcelona, Planeta.

— (1957): *Las palabras quedan*, Madrid, Afrodisio Aguado.

— (1959a): *Libro de los objetos, perdidos y encontrados*, Barcelona, Pareja y Borrás.

— (1959b): *Nuevo descubrimiento del Mediterráneo*, Madrid, Afrodisio Aguado.

— (1960): *La memoria veranea*, Barcelona, Rafael Borràs.

— (1961): *A todo el mundo no le gusta el amarillo*, Madrid, Afrodisio Aguado.

— (1965): *Mis queridas mujeres*, Madrid, Afrodisio Aguado.

— (1970): *Diario íntimo (1952-1965)*, Madrid, Taurus.

— (1984): *Artículos sobre Cuenca*, edición de Hilario Priego y José A. Silva, Cuenca, Toro de Barro.

GUIXÉ COROMINES, Jordi: *La república perseguida. Exilio y represión en la Francia de Franco* [sic], 1937-1951, Valencia, PUV.

GUSDORF, Georges (1990): *Les écritures du moi, I, Lignes de vie*, París, Odile Jacob.

HEIBERG, Morten (2006): *Emperadores del Mediterráneo. Franco, Mussolini y la guerra civil española*, Barcelona, Planeta.

HERNÁNDEZ, Carlos Gregorio (2016): *Manuel Delgado Barreto*, tesis doctoral, Madrid, Universidad CEU/San Pablo.

HERRÁIZ, Ismael (1944): *Italia fuera de combate*, Madrid, Atlas.

— (1945): *Europa a oscuras*, Madrid, Atlas.

HUYSMANS, Joris-Karl (2005): *Romans*, I, París, Robert Laffont.

IGLESIAS, Miguel A. (2001): «Los jóvenes y el arte: escapismo y estética neorromántica en un grupo de intelectuales de derechas en el Madrid de preguerra», *RILCE, Revista de Filología Hispánica*, 17.2.

JACKSON, Julian (2004): *La France sous l'occupation, 1940-1944*, París, Flammarion.

JARDIEL PONCELA, Evangelina (1999): *Enrique Jardiel Poncela, mi padre*, Madrid, Biblioteca Nueva.

JÜNGER, Ernst (1995): *Radiaciones. Diarios de la Segunda Guerra Mundial*, vol. I, Barcelona, Tusquets.

KARL, Mauricio (1935): *El enemigo*, 4ª edición, Madrid, Ediciones Bergua.

— (1935): *Asesinos de España*, Madrid, Ediciones Bergua.

KASPI, André (1991): *Les juifs pendant l'occupation*, París, Seuil.

LACRUZ NAVAS, Javier (2014): *Manuel Viola, entre la luz y la tiniebla*, Zaragoza, Cierzo.

LEDESMA MIRANDA, Ramón (1965): *Historias de medio siglo*, Madrid, Editora Nacional.

LEY, Charles David (2023): *Recuerdos literarios (1943-1959)*, edición de José Esteban, Sevilla, Renacimiento.

LINZ, Juan J. (2009): «Una teoría del régimen autoritario. El caso de España», en *Obras escogidas*, 3, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

LOCHERY, Neill (2011): *Lisboa. A guerra das sombras da cidade da luz, 1939-1945*, Lisboa, Editorial Presença.

LÓPEZ, Jonathan (2008): *The man who made Vermeers*, Orlando, Florida, Harcourt, Inc.

LORÉ, Michele (2008): *Antisemitismo e razzismo en la Difesa della razza (1938-1943)*, Catanzaro, Rubbetino Editore.

LORENZO, Pedro de (1974): *Gran café*, Barcelona, Planeta.

LUJÁN, NÉSTOR (2015): «Para una futura historia del premio Nadal, 1949», en *La Barcelona dels tranvíes i altres textos*, a cura de Jordi Amat i Agustí Pons, Barcelona, Meteora, Ajuntament.

LLOP, José Carlos (2007): *París, Suite 1940*, Barcelona, RBA.

MALAPARTE, Curzio (1960): «Kaputt», en *Obras*, I, Barcelona, Plaza y Janés.

MARADONA HIDALGO, José Antonio (2009): *Tuberculosis. Historia de su conocimiento*, Oviedo, Universidad de Oviedo.

MARQUERÍE, Alfredo (1971): *Personas y personajes. Memorias informales*, Madrid, Dopesa.

MARQUEZE-POUEY, Louis (1986): *Le mouvement décadent en France*, París, PUF.

MARTÍN, Miguel (1998): *Las cuatro vidas de Juan Ignacio Luca de Tena*, Barcelona, Planeta.

MARTÍNEZ, F., PRIEGO, H., SILVA, J.A. (2003): *Centenario de CGR*, Cuenca, Diputación Provincial de Cuenca.

MARTÍNEZ DE PISÓN, Ignacio (2014): *La buena reputación*, Barcelona, Seix Barral.

MATARD-BONUCCI, Marie-Anne (2007): *L'Italie fasciste et la persécution des juifs*, París, Perrin.

MAURA, Honorio (1933): *…con, de, en, por, sin, sobre, tras el sentido común. Reflexiones de un aprendiz de político*, Madrid, Aldus.

MAUROIS, André (1928): *Aspects de la biographie*, París, Au sans pareil.

MIANNAY, Patrice (2005): *Dictionnaire des agents doubles dans la Résistance*, París, Le Cherche Midi.

MODIANO, Patrick (1968): *La place de l'Étoile*, París, Gallimard.

MORCILLO, Matilde (2016): *El cónsul general Bernardo Rolland de*

Miotta y los sefardíes de París durante la II Guerra Mundial, Zaragoza, Río Piedras Ediciones.

MORENO CANTANO, Antonio César (2007): «Delegaciones y oficinas de prensa españolas en el extranjero durante el primer franquismo: el caso francés (1936-1942)», *Studia Histórica, H.ª Contemporánea*, nº 25.

MORENO GARRIDO, Ana (2007): *Historia del turismo en España en el siglo XX*, Madrid, Síntesis.

MORENO LUZÓN, Javier (2023): *El rey patriota. Alfonso XIII y la nación*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

MORI, Arturo (1943): *La prensa española de nuestro tiempo*, México, Ediciones Mensaje.

MUELAS, Federico (1968): *Guía de Cuenca*, León, Everest.

MUGHINI, Gianpiero (1991): *A via della Mercede c'era un razzista. Pittori e scrittori in camicia nera*, Roma, Rizzoli.

MUÑOZ DÍAZ, Carlos (1981): *El Trascacho. Historia de una tertulia literaria*, Barcelona, Plaza y Janés.

MURGA CASTRO, Idoia: «La quinzaine de l'art espagnol», *Bulletin Hispanique*, 120-1, 2018.

MURO DE ÍSCAR, Francisco (1972): *Víctor de la Serna, compañero*, Madrid, Fundación Conrado Blanco.

NADAL, Joan Manuel (1972): *Entrevista*, Lérida, s.e.

NATTA, Marie Christine (2017): *Baudelaire*, París, Perrin.

NOVICK, Peter (1985): *L'épuration française, 1944-1949*, París, Balland.

OLIVEIRA-CÉZAR, María (2014): «La Argentina ante la posibilidad de salvar judíos durante la segunda guerra mundial», *Cahiers du CRICCAL*, 44.

ONTAÑÓN, Eduardo (1942): *Vida y aventuras de los escritores de España*, México, Minerva.

ORANO, Paolo (1938): *Gli ebrei in Italia*, Roma, ed. Pinciana.

ORDÓÑEZ, Marcos (2007): *Ronda del Gijón. Una época en la historia de España*, Madrid, Santillana Ediciones.

ORTEGA Y GASSET, José (1969): *Goya* (1958), *Obras Completas*, 7, Madrid, Revista de Occidente.

PALACIO, Jean de (2011): *La décadence. Le mot et la chose*, París, Les Belles Lettres.

PACK, Sasha D. (2009): *La invasión pacífica. Los turistas y la España de Franco*, Madrid, Turner.

PARDO, Jesús (1996): *Autorretrato sin retoques*, Barcelona, Anagrama.

PAXTON, Robert O. (1964): *La Francia de Vichy. Vieja guardia y nuevo orden, 1940-1944*, Barcelona, Noguer.

PENELLA DE SILVA, Manuel (1945): *El número 7*, Barcelona, EDIGE.

SALINAS, Pedro, GUILLÉN, Jorge (1992): *Correspondencia, 1923-1951* (Andrés Soria, editor), Barcelona, Tusquets.

PEÑA, Manuel de la (1923): *El ultraísmo en España. Ensayos críticos*, Ávila de los Caballeros (sic), Editorial Castellana.

PEÑUELAS, Marcelino: *Conversaciones con R. J. Sender*, Madrid, EMESA.

PÉREZ FERRERO, Miguel (1974): *Tertulias y grupos literarios*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.

PLANAS Ramón (1952): *Llibre de Sitges*, Barcelona, Selecta.

PLATA, Gabriel (1999): *La razón romántica. La cultura política del progresismo español a través de 'Triunfo' (1962-1975)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

PONS PRADES, Eduardo (2002): *Los senderos de la libertad. Europa, 1936-1945*, Barcelona, Flor del viento.

PRAZ, Mario (1977): *La chair, la mort et le diable. Le romantisme*

noir, París, Éditions Denoël.

PUJOL, Juan (1924): *El hoyo en la arena*, Madrid, Editorial Marineda.

PUJOL Ramón (1956): *Raquel Meller. Vida y arte*, Barcelona, J. Janés editor.

Raoul Wallenberg Foundation, The International. Diplomáticos españoles, https:www://raoulwallenberg.net/es/

REGÀS, Xavier (1973): *Aquel tiempo perdido*, Barcelona, Ed. Plancton.

RETUERTO, Marcial (1941): *Cómo viven los españoles en París*, prólogo de Gregorio Marañón, Imp. de Provinces, París, Blois.

RIDING, Alan (2012): *Et la fête continue. La vie culturelle á Paris sous l'Occupation*, París, Plon.

RIDRUEJO, Dionisio (1976): *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta.

— (2007): *El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo, 1933-1945* (Jordi Gracia editor), Barcelona, Planeta.

RIQUER, Borja de (2022): *Francesc Cambó. L'últim retrat*, Barcelona, Edicions 62.

ROCHAT, Giorgio (1986): *Italo Balbo*, Torino, UTET.

RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. Luis: «Los *Protocolos de los sabios de Sión* en España», *Raíces*. *Revista Judía de Cultura*, nº 38, 1999.

RODRIGUEZ DE RIVAS, Mariano (1936): *Los Crepúsculos. Los jóvenes y el arte*, Madrid, Concha Méndez y Manuel Altolaguirre editores.

ROMERO, Emilio (1985a): *Los papeles reservados de Emilio Romero*, Barcelona, Plaza y Janés.

— (1985b): *Tragicomedia de España*, Barcelona, Planeta.

ROYO VILLANOVA, Jaime (2006): *Porfirio Rubirosa. El último playboy*, Madrid, Espejo de tinta.

SALA ROSE, Rosa, GARCÍA-PLANAS, Plàcid (2014): *El marqués y la esvástica*, Barcelona, Anagrama.

SALAYA, Guillén (1953): *Los que nacimos con el siglo (biografía de una juventud*), Madrid, editorial Colenda.

SANDERS, Paul (2001): *Histoire du marché noir*, 1940-1946, París, Perrin.

SANTOS, Dámaso (1962): «César González Ruano y su media verónica», en *Generaciones juntas*, Madrid, editorial Bullón.

— (1987): *De la turba gentil… y de los nombres. Apuntes memoriales de la vida literaria española*, Barcelona, Planeta.

SASSONE, Felipe (1958): *La rueda de mi fortuna (Memorias)*, Madrid, Aguilar.

SCHIES, Julien (1946): *En cellule 62 de la prison du Cherche Midi á Paris*, Pau, Imprimérie Comercial.

SEGRÉ, Claudio G. (1987): *Italo Balbo. A fascist life*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press.

SEMPRÚN, Jorge (2001)*: La mort qu'il faut*, París, Gallimard.

SERNA, Víctor de la (1959): *Nuevo viaje de España. La ruta de los foramontanos*, Madrid, Prensa Española.

— (1960): *Nuevo viaje de España. La vía del Calatraveño*, Madrid, Prensa Española.

SERRANO, F. (coord.) (2003): *Los maestros del exilio español en la facultad de Derecho*, México, Porrúa.

SERRANO SUÑER, Ramón (1947)*: Entre Hendaya y Gibraltar*, Madrid, Ediciones y publicaciones españolas.

SEVILLANO CALERO, Francisco (1998): *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951*), Alicante,

Universidad de Alicante.

SHIRER, William (2008): *Diario de Berlín*, Barcelona, Debate.

STEINBECK, John (1959): *Positano*, Roma, Ed. Saturnia.

TARDUCHY, Emilio R. (1929): *Psicología del Dictador y caracteres más salientes, morales, sociales y políticos de la Dictadura española*, Madrid, Imprenta Artística.

— (1933): *Sanjurjo (una vida española del novecientos)*, Madrid, Acción Española.

TÉLLEZ SOLA, Antonio (2004): *Facerías. Guerrilla urbana (1939-1957)*, Barcelona, Virus editorial.

TOLL, Gil (2013): *Heraldo de Madrid. Tinta catalana para la II República española*, Sevilla, Renacimiento.

TORRE, Guillermo de (1965): *Historia de las literaturas de vanguardia*, Madrid, Guadarrama.

TORRE, Javier (2015): «Víctor de la Serna, viajero aquiescente del franquismo», *Anuari de Filologia. Llengües i Literatures Modernes*, nº 5.

TORRES, Raúl (2003): *César González Ruano. Un decenio en Cuenca*, Cuenca, Diputación de Cuenca.

TRANFAGLIA, Nicola *et al.* (1980): «La stampa italiana nell'età fascista», en *Storia della stampa italiana*, vol. IV, Roma-Bari, Laterza.

TRAPIELLO, Andrés (2010): *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Barcelona, Destino.

TRAVERSO, Enzo (2005): *Le passé, modes d'emploi*, París, La fabrique éditions.

— (2020): *Passés singuliers. Le «Je» dans l'écriture de l'histoire*, Montreal, Lux éditeur.

TUDELA, Mariano (1970): *Cela*, Madrid, EPESA.

UMBRAL, Francisco (1977): *La noche que llegué al café Gijón*,

Barcelona, Destino.

— (1989): *La escritura perpetua*, Madrid, Mapfre.

— (2001): *Los alucinados*, Madrid, La esfera de los libros.

VALÉRY, Paul (1972): *Oeuvres en proseé completes*, París, Gallimard.

VARELA I SERRA, Josep (2010): *Les vides d'Eduard Aunós*, Lleida, Pagés editor.

VV.AA. (1956): *Alta Extremadura. Libro de viaje*, Madrid, Departamento de Cultura, Delegación Nacional de Educación.

— (1958): *Jornadas literarias por Murcia*, Murcia, Nogués.

— (1959): *Jornadas literarias por la provincia de Cádiz*, Cádiz, Gobierno Civil, Diputación Provincial.

— (1960): *Viaje por Tierra de Campos*, Excma. Diputación de Palencia, Palencia, Imp. del diario Día.

— (1963): *Tumores de la vejiga*, Zaragoza, Imprenta El Heraldo.

— (2008): *El libro del café Gijón*, Madrid, Encarnación Fernández e hijos.

VELARDE, Juan *et al.* (2008): *Antonio Bermúdez Cañete, periodista, economista y político*, Madrid, Actas.

VELÁZQUEZ, Raquel (2018): «La Barcelona de César González Ruano», *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 817-818.

VESPOLI, Giuseppe (1971): *Storia di Positano*, Salerno, Tipografía de Luca Amalfi.

VICENT, Manuel (2016): *Los últimos mohicanos*, Madrid, Alfaguara.

VIDELA, Gloria (1963): *El ultraísmo. Estudios sobre movimientos poéticos de vanguardia en España*, Madrid, Gredos.

VILALLONGA, José Luis de (2000): *La cruda y tierna verdad.*

Memorias no autorizadas, I, Barcelona, Plaza y Janés.

— (2001): *Otros mundos, otra vida. Memorias no autorizadas*, II, Barcelona, Plaza y Janés.

VIÑAS, Ángel (1974): *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid, Alianza editorial.

VIOLA, Manuel: *Manuel Viola* (2003), Cuenca, Fundación Antonio Saura.

VIZCAÍNO CASAS, Fernando (2001): *Los pasos contados. Memorias II*, Barcelona, Planeta.

WALTER, Gerard (1960): *La vie á Paris sous l'occupation (1940-1944*), París, Armand Colin.

WINOCK, Michel (2021): *La France liberée, 1944-1947*, París, Perrin.

ZUNZUNEGUI, J. Antonio (1961): *El premio*, Barcelona, Noguer.

ZÚÑIGA, Ángel (1983): *Mi futuro es ayer*, Planeta, Barcelona.

Índice onomástico

Abella, Anna
Abetz, Otto
Abril, Manuel
Agüero, Pedro de (pseudónimo de CGR)
Aguilar Muñoz, Manuel
Agustí, Ignacio
Alas, Leopoldo (Clarín)
Alba, Joaquín de (KIN)
Alba, José de
Alba, Santiago
Alberti, Rafael
Alcalá Galiano, Álvaro
Alcalá-Zamora, Niceto
Alcántara, Manuel
Alda, César de (pseudónimo de CGR)
Aldecoa, Luis E. de
Aldije, Juan
Alfaro, José María
Alfonso XIII
Alomar, Gabriel
Alonso, Dámaso
Alonso, Eduardo
Alonso, José Ramón
Alonso de los Ríos, César
Álvarez, Basilio
Álvarez, Gonzalo
Álvarez, Melquíades
Álvarez Blázquez, José María
Álvarez Chillida, Gonzalo
Álvarez Fernández, Pedro

Álvarez Prida, José
Alvaro, Corrado
Amat, Jordi
Amat, Manuel
Amilibia, Jesús María
Antolínez, Martín
Aparicio, Juan
Apollinaire, Guillaume
Araujo-Costa, Luis
Arbó, Sebastián Juan
Arce, Manuel
Arco, Manuel del
Arderíus, Joaquín
Arias Salgado, Gabriel
Arroyo, Ignacio
Arroyo, José
Artigas, Miguel
Artís, Andreu-Avel·lí (Sempronio)
Astrana Marín, Luis
Auda, Grégory
Aunós, Eduardo
Ayala, Francisco
Aza Álvarez-Buylla, Vital
Azaña, Manuel
Azcoaga, Enrique de
Azcona, Rafael
Aznar, Joaquín
Aznar, Manuel
Azorín,(José Martínez Ruiz)
Baeza, Ricardo
Babikyan, Adom Archam
Báez, Miguel (El Litri)
Balbo, Italo
Ballbé, Manuel
Ballester, Catalina (Catín)
Banús, José
Barbey d'Aurevilly, Jules
Bárcena, Catalina

BARCINO, Luciana
BAROJA, Pío
BARRADAS, Rafael
BARRAQUER, Joaquín
BARRIENTOS, Alfonso Enrique
BARRUEL, Augustín
BAUDELAIRE, Charles
BÉCQUER, Gustavo Adolfo
BELLVESER, Juan
BELMONTE, Juan
BELTRÁN MASSES, Federico
BENAPRÉS, Juan Ramón
BENAVENTE, Jacinto
BENGUEREL, Xavier
BENÍTEZ INGLOTT, Luis
BENITO, José
BENJAMIN, Walter
BENNASAR, Bartolomé
BENOLIEL, Joshua
BERGAMÍN, José
BERGER, Friedrich
BERMÚDEZ CAÑETE, Antonio
BERMÚDEZ DE CASTRO, Salvador, marqués de Lema
BERRY, Robert M.
BEUT, Mario
BILBAO, Esteban
BLANCO FOMBONA, Rufino
BLASCO, Sigfrido
BOADA Y FLAQUER, Tomás de Aquino, conde de Marsal
BOEMELBURG, Karl
BONAPARTE, Napoleón
BONET, Juan Manuel
BONET CORREA, Antonio
BONET SINTES, Román (BON)
BONMATÍ DE CODECIDO, Francisco
BONNY, Pierre
BORBÓN, don Juan de
BORBÓN, Infanta Paz de

BORCH, Gerard ter
BORGES, Jorge Luis
BORRÀS BETRIU, Rafael
BOTÍN SANZ DE SAUTUOLA GARCÍA DE LOS RÍOS, Emilio
BOTÍN SANZ DE SAUTUOLA LÓPEZ, Emilio
BOSCH, Teresa
BOUSQUET, René
BRAQUE, Georges
BRAVO VILLASANTE, Carmen
BRILLAT-SAVARIN, Jean Anthelme
BUENO BENGOECHEA, Manuel
BUERO VALLEJO, Antonio
BUGALLAL, Gabino
BURCKHARDT, Jacob
BURGUERA, María Luisa
BURRIN, Philippe
BUSCARINI, Armando
BUSQUETS, Juan
BUSQUETS, Manuel
BYRON, George Gordon
CABALLÉ, Anna
CABANILLAS, Alfredo
CABEZAS, Juan Antonio
CACHO ZABALZA, Antonio
CAGIGAL, Ana María
CAGIGAL Y DE LA VEGA, Fernando
CALAFELL, Juan
CALVET, Agustí (Gaziel)
CALVO, Luis
CALVO SOTELO, Joaquín
CALVO SOTELO, José
CAMBA, Julio
CAMBÓ, Francesc
CAMUS, Albert
CANALS, Salvador
CÁNDIDO,(Carlos Luis Álvarez)
CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio
CANSINOS ASSENS, Rafael

CANYAMERES, Ferran
CAÑAS ESTIVAL, Florencio
CAPELLA, Jacinto
CARABIAS, Josefina
CARBÓ, Baldomero
CARLAVILLA,(Karl), Mauricio
CARMONA NENCLARES, Francisco
CARO RAGGIO, Rafael
CARRANQUE DE RÍOS, Andrés
CARRERE, Emilio
CARRERO, Carlos
CARRETERO, Juan
CARRETERO, Agustín y Pilar de
CARRETERO NOVILLO, José María (El Caballero Audaz)
CARRIÓN, Jorge
CARVAJAL, Javier
CASADO, Pablo
CASANOVA, Giacomo
CASARES, Julio
CASSINI, Antonio
CASSOU, Jean
CASTÁN PALOMAR, Fernando
CASTELLANOS, Mercedes (Niní)
CASTELLET, Josep Maria
CASTELLS, Andreu
CASTIELLA, Fernando María
CASTILLA, Amelia
CASTILLO, Fernando
CASTILLO PUCHE, José Luis
CASTRESANA, Luis de
CASTRO, Fabián de
CASTRO BORREGO, Fernando
CATALÀ-ROCA, Francesc
CATALÁN, Ignacio
CAVA, Salvador F.
CAVIA, Mariano de
CAZORLA, María
CELA, Camilo José

CELA CONDE, Camilo José
CÉLINE, Louis-Ferdinand
CERNUDA, Luis
CERVANTES, Miguel de
CERVIÁ, Manuel
CÉZANNE, Paul
CHABÁS, Juan
CHACÓN, Antonio
CHAGALL, Marc
CHAMBERLIN,(Lafont), Henri
CHATEAUBRIAND, François-René de
CHAVES NOGALES, Manuel
CHEVALIER, Pierre Eugène
CHIRICO, Giorgio de
CIANO, Galeazzo
CIRLOT, Juan Eduardo
CLAVÉ, Paul
COCA, Ignacio
COCTEAU, Jean
COHN, Norman
COLLADO, Lipe
COMPANYS, Lluís
CONDE, Rosario
CONDOY, Honorio
CONRAD, Joseph
CONTRERAS Y LÓPEZ DE AYALA, Juan de, marqués de Lozoya
COROT, Camille
CORREA VEGLISON, Antonio
CORROCHANO, Gregorio
CORTÉS CAVANILLAS, Julián
COUDRAY, Aimé
COUTAUD, Lucien
CRÉPET, Jacques
CRESPO DE LARA, Pedro
CRUZET, Josep Maria
CUEVA MERINO, Julio de la
CUNQUEIRO, Álvaro
DALÍ, Salvador

Daniel, Henri
Danos, Abel
Daragnès, Jean-Gabriel
Daranas, Mariano
Darnand, Joseph
Darrieux, Danielle
Dato, Eduardo
Dato, Isabel Dato y Barrenechea, duquesa de
Daubigny, Charles-François
Degas, Edgar
Deglané, Roberto (Bobby)
Delacroix, Eugène
Delarue, Jacques
Delgado Barreto, Manuel
Delibes, Miguel
Derobert-Masure, André
Díaz, Alberto
Díaz Fernández, José
Díaz Morales, José
Díaz-Plaja, Guillermo
Díaz de Quijano, Fernando
Díaz-Retg, Enrique
Diego, Álvaro de
Diego, Clemente de
Diego, Gerardo
Dietrich, Marlene
Díez-Canedo, Enrique
Díez-Crespo, Manuel
Dilthey, Wilhelm
Domecq, Álvaro
Domenchina, Juan José
Domínguez, Óscar
Domínguez Arribas, Javier
Dominguín, Luis Miguel
Donday, José (Pildorito)
Doria, Sergi
Dray-Bensousan, Renée
Duquenne, Suzanne

Durancamps, Rafael
Durruti, Buenaventura
Duval, Charles
Duval, Julia
Eça de Queirós, José María
Echarri, Xavier de
Ehrenburg, Iliá Grigórievich
Eiffes, Sophie
Elorrieta, José María
Endériz, Ezequiel
Engel, André
Ergoyen, Antonio de
Ernst, Max
Espada, Arcadi
Espina, Concha
Esplandiú, Juan
Esteban, José
Estelrich, Joan
Fabre-Luce, Alfred
Facerías, José Luis
Faupel, Wilhelm
Fauré, Michel
Feldmann, Gers
Felice, Renzo de
Felipe, León
Fenosa, Apeles
Fernán Gómez, Fernando
Fernández, Ricardo (Ricardito)
Fernández Almagro, Melchor
Fernández Collado, Diego
Fernández Cuenca, Carlos
Fernández Cuesta, Raimundo
Fernández Flórez, Wenceslao
Fernández Gómez, Carola
Fernández de la Mora, Gonzalo
Fernández de la Reguera, Ricardo
Fernández Rodríguez, José (Pepín)
Fernández Shaw, Guillermo

FERRAN, Roser
FERRARI, Francisco
FERRER, Agustín
FIGUEROA, Agustín de
FINIZIO, Vincenzo
FISCOWICH, Alfonso
FITZ-JAMES STUART, Cayetana, duquesa de Alba
FLORES, Pedro
FONT SOLER, Felipe
FONTANEDA, Eugenio
FONTDEVILA CRUIXENT, Manuel
FONTSERÉ, Carles
FORD, Richard
FOXÁ, Agustín de
FRAGA IRIBARNE, Manuel
FRAGOSO DEL TORO, Víctor
FRANCE, Anatole
FRANCO BAHAMONDE, Francisco
FRANCO BAHAMONDE, Nicolás
FREUD, Sigmund
FRIEDLÄNDER, Saul
GABRIEL Y GALÁN, José María
GALÁN, Diego
GALÁN, Fermín
GALINSOGA, Luis Martínez de
GALLEGO, Vicente
GALTIER-BOISSIÈRE, Jean
GALVARRIATO, Eulalia
GÁLVEZ, Pedro Luis de
GARCÉS, Julio
GARCÍA, Félix
GARCÍA BERLANGA, Fidel
GARCÍA CONDE, Pedro
GARCÍA LÓPEZ, Ricardo (K-HITO)
GARCÍA LORCA, Federico
GARCÍA LUENGO, Eusebio
GARCÍA MORENTE, Manuel
GARCÍA NIETO, José

García-Planas, Plàcid
García Ruiz, Jerónimo
García Sanchiz, Federico
García Serrano, Rafael
García Suárez, Manuel
García Valdecasas, Alfonso
García Venero, Maximiano
García Viñolas, Manuel
Garciasol, Ramón de (Miguel Alonso Calvo)
Gardner, Ava
Garmendia, Pedro
Garriga Alemany, Ramón
Garza Naranjo, Enrique
Gasch, Sebastiá
Gautier, Théophile
Gay i Forner, Vicente
Geli, Carles
Gentile, Emilio
Giacometti, Bettina
Gibbon, Edward
Gibson, Ian
Gide, André
Gil Robles, José María
Gili Sancho, Juan
Giménez Caballero, Ernesto
Gimeno, Amalio, conde de Gimeno
Giner de los Ríos, Francisco
Girón de Velasco, José Antonio
Gironella, José María
Gistau Mazzantini, Tomás
Goebbels, Joseph
Goering, Hermann
Goetz, Henri
Goicoechea, Antonio
Goicoechea, Ramón Eugenio de
Gómez Aparicio, Pedro
Gómez Carrillo, Enrique
Gómez Ortiz, Manuel

GÓMEZ SANTOS, Marino
GÓMEZ DE LA SERNA, Gaspar
GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón
GÓMEZ DE TRAVECEDO, Francisco
GÓNGORA Y ARGOTE, Luis de
GONZÁLEZ ALONSO, Luis
GONZÁLEZ ARIZA, Fernando
GONZÁLEZ GARRASTAZU, Tomás
GONZÁLEZ NAVASCUÉS, Marina
GONZÁLEZ RUIZ, Nicolás
GONZÁLEZ DEL VALLE, Martín, marqués de la Vega de Anzo
GOÑI, Lorenzo
GOSS, Franz von
GÜELL Y LÓPEZ, Eusebio, vizconde de
GUILLÉN, Jorge
GUIXÉ COROMINES, Jordi
GRACIÁN, Baltasar
GRANDMONTAGNE, Francisco
GRAU SALA, Emilio
GRAU SANTOS, Julián
GRECO, El (Doménikos Theotokópoulos)
GUSDORF, Georges
GUTIÉRREZ MACÍAS, Valeriano
HALCÓN, Manuel
HALEN, Juan van
HALLIDAY, Johnny
HALS, Frans
HARO TECGLEN, Eduardo
HEIBERG, Morten
HEPBURN, Audrey
HERNÁNDEZ, Carlos Gregorio
HERNÁNDEZ, Mateo
HERNÁNDEZ, Miguel
HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Jesús
HERRÁIZ, Ismael
HEYDRICH, Reinhardt
HIRSHOWA, Edita
HITLER, Adolf

HOOG, Pieter de
HOYOS Y VINENT, Antonio de
HOZ, Miguel de la
HUERTAS, José María
HUGNET, Georges
HUIDOBRO, Vicente
HURTADO, Amadeo
HUYSMANS, Joris-Karl
ICAZA, Francisco A. de
ICKERT, Franz
IGLESIAS, Rosario
IMBOURG, Pierre
INNOCENZI, Carlo
INTERLANDI, Telesio
INSÚA, Alberto
IRVING, Washington
JACKSON, Julian
JACOB, Max
JAHL, Wladyslaw
JARDIEL PONCELA, Enrique
JARDIEL PONCELA, Evangelina
JIMÉNEZ, Juan Ramón
JIMÉNEZ, Salvador
JIMÉNEZ DE ASÚA, Luis
JUARROS, César
JULIÁ ANDREU, Gabriel
JÜNGER, Ernst
JURADO, José
KAFKA, Franz
KASPI, André
KAZAN, Elia
KHANWEILER, Daniel-Henri
KNOBLOCH, Joachim von
KNOCHEN, Helmut
KUERTEN, Peter
LA PARRA, Emilio
LABRADA, Antonio
LACRUZ NAVAS, Javier

LAFORET, Carmen
LAGORIO, Arturo
LAÍN ENTRALGO, Pedro
LARA, José Manuel
LARA DE GAVILÁN, Antonio (Tono)
LARRA, Mariano José de
LASSO DE LA VEGA, Rafael
LAZAR, Josef Hans
LEBRATO, Jaime R.
LEDESMA MIRANDA, Ramón
LEÓN, Ricardo
LEQUERICA, José Félix de
LEY, Charles David
LINZ, Juan José
LIZÓN, Adolfo
LIVINGSTONE, David
LLOP, José Carlos
LLOVET, Enrique
LOCHERY, Neill
LOLLOBRIGIDA, Gina
LOMBROSO, Cesare
LOPERA, Martín
LÓPEZ, Jonathan
LÓPEZ SANCHO, Lorenzo
LORÉ, Michele
LORENZO, Pedro de
LORIGA, José
LORRAIN, Jean (Paul Alexandre Martin Duval)
LOSADA DE LA TORRE, José
LOUTREL, Pierre
LOZANO, Luis
LUCA DE TENA, Juan Ignacio
LUCA DE TENA, Torcuato
LUCIENTES, Francisco
LUJÁN, Néstor
LUNA, Juan Pedro
MACHADO, Antonio
MACHADO, Manuel

Mackinlay, Alejandro
Madariaga, Salvador de
Madrid, Francisco
Maeztu, Ramiro de
Maisterra, Pascual
Malaparte, Curzio (Kurt Erich Sickert)
Mallarmé, Stéphane
Malle, Louis
Mallo, Albino
Mann, Thomas
Manouchian, Missak
Manrique de Lara, José Gerardo
Maradona Hidalgo, José Antonio
Marañón Moya, Gregorio
Marañón Posadillo, Gregorio
March Ordinas, Juan
Marcos Lanzarot, Manuel
Marfil, Mariano
Marín Alcalde, Alberto
Marinetti, Filippo Tommaso
Mariscal, Ana
Marmarian, Henri
Marquerie, Alfredo
Marquèze-Pouey, Louis
Marquina, Rafael
Marsillach, Adolfo
Martín, Miguel
Martín Gaite, Carmen
Martín Prieto, José Luis
Martínez Artero, Ramón
Martínez Barbeito, Carlos
Martínez Bordiú, Cristóbal, marqués de Villaverde
Martínez Gargallo, Manuel
Martínez Garrido, Alfonso
Martínez Novillo, Cirilo
Martínez de Pisón, Ignacio
Martinière, Cesar de la
Martorell, Miguel

Marx, Groucho
Masoliver, Juan Ramón
Mata, Pedro
Mata Hari,(Margaretha Geertruida Zelle)
Matard-Bonucci, Marie-Anne
Matisse, Henri
Matute, Ana María
Maura, Honorio
Maurois, André
Medina, Tico (Escolástico)
Medio, María Dolores
Meegeren, Han van
Meiners, Wolfgang
Mejías, Leocadio
Meliá, José
Meller, Raquel (Francisca Romana Marqués López)
Membrives, Lola
Menéndez-Chacón, Manuel
Menéndez Pelayo, Marcelino
Menéndez Pidal, Ramón
Merchante, Jesús
Mérimée, Prosper
Mesa, Enrique de
Miannay, Patrice
Mihura, Miguel
Millais, John Everett
Millán-Astray, José
Millares, Manuel
Millàs-Raurell, Josep Maria
Millet, Jean-François
Mingolla Gallardo, Juan (Pasos largos)
Miquel, Luis
Miquelarena, Jacinto
Mira, Juan José
Mirbeau, Octave
Miró, Gabriel
Miró, Joan
Modiano, Patrick

Modigliani, Amedeo
Molina, César Antonio
Mommsen, Theodor
Monsuárez de Yoss, Mauricio
Montero Alonso, José
Montes, Conchita (María Concepción Carro Alcaraz)
Montes, Eugenio
Montesinos, Rafael
Montini, Javier de
Moral, José María del
Morales, Manuel
Morand, Paul
Morata, Javier
Morcillo, Matilde
Moréas, Jean (Ioannis Papadiamantopoulos)
Moreno Cantano, Antonio César
Moreno Garrido, Ana
Moreno Herrera, Francisco de Asís, marqués de la Eliseda
Moreno Luzón, Javier
Moreno Villa, José
Mori, Arturo
Morla, Elvira
Mourlane Michelena, Pedro
Moya, Jesús
Muelas, Federico
Mughini, Gianpiero
Muntañola, Manuel
Muñoz Díaz, Carlos
Murga Castro, Idoia
Muro de Íscar, Francisco
Musset, Alfred de
Mussolini, Benito
Nadal, Joan Manuel
Nadal Gaya, Eugenio
Nadal Gaya, Santiago
Natta, Marie Christine
Navas, Eliseo de las
Navascués, Ricardo de

Navascués Gómez, Marina de (Mery)
Neville, Edgar
Nieto, Ángel
Noel, Eugenio
Novick, Peter
Nuño, Valentín
Oberg, Carl Albrecht
Ochoa, Severo
Ojeda, José
Olano, Antonio Domínguez
Oliveira-Cézar, María
Olmedilla, Juan González
Ontañón, Eduardo de
Orano, Paolo
Ordinas, Juan
Ordóñez, Antonio
Ordóñez, Marcos
Oromí, Miguel
Ors, Eugenio d'
Ortega, Domingo
Ortega y Gasset, José
Otero, Francisco L.
Otero de Navascués, Julio
Pack, Sasha D.
Pagnon, Louis
Palacio, Jean de
Palencia, Benjamín
Paradas, José
Pardo, Jesús
Pardo, José
Pardo Bazán, Emilia
Paxton, Robert O.
Peck, Gregory
Pemán, José María
Penagos Jiménez, Rafael de
Penagos Zalabardo, Rafael de
Penella de Silva, Manuel
Peña, Manuel de la

PEÑAfiEL, Jaime
PEÑUELAS, Marcelino
PERALTA, Rafael
PERCEVAL, Jesús de
PERDOMO, Pedro
PÉREZ DE AYALA, Ramón
PÉREZ FERRERO, Miguel
PÉREZ GALDÓS, Benito
PÉREZ TORREBLANCA, José Antonio
PÉREZ VILLANUEVA, Joaquín
PESTAÑA, Ángel
PÉTAIN, Philippe
PETIOT, Marcel
PI I SUNYER, Josep Maria
PICASSO, Pablo Ruiz
PINTA LLORENTE, Miguel de la
PÍO XI (Achille Damiano Ambrogio Ratti)
PIRANDELLO, Luigi
PIZARRO, José
PLA, Josep
PLANAS, Ramón
PLATA, Gabriel
POLANCO, Abraham
POLO DE FRANCO, Carmen
POMBO ANGULO, Manuel
PONS, Agustí
PONS PRADES, Eduardo
POUEY, Fernand
POWER, Tyrone
POZO, Raúl del
PRADERA, Juan José
PRADERA, Víctor
PRAZ, Mario
PRECIOSO, Artemio
PRIETO, Gregorio
PRIETO, Indalecio
PRIEUR, Albert
PRIM, José María

Primo de Rivera y Orbaneja, Miguel
Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, José Antonio
Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, Pilar
Pruna, Pedro
Puche, Eliodoro
Pucheu, Pierre
Puigvert, Antonio
Pujol, Francisco
Pujol, Ramón
Pujol Martínez, Juan
Pulido, Manuel
Quadra Salcedo, Fernando de la
Queipo de Llano, Gonzalo
Quevedo, Francisco de
Quintana Marrero, Ignacio
Quiroga, Elena
Quirós, Constancio Bernaldo de
Ramírez, Daniel
Ramón y Cajal, Santiago
Rebull, Juan
Reder, Gustav
Regàs, Xavier
Reinoso, Manuel
Renoir, Pierre-Auguste
Répide, Pedro de
Restif de la Bretonne, Nicolas-Edme
Retuerto, Marcial
Rica, Eduardo de la
Riding, Alan
Ridruejo, Dionisio
Riquelme, Julio
Riquer, Borja de
Riquer, Martín de
Rivas Cherif, Cipriano
Rivas Paneda, José
Rocamora, Pedro
Rochat, Giorgio
Rodenbach, Georges

RODRIGO, Antonina
RODRÍGUEZ, Josefina
RODRÍGUEZ CANDELA, José Luis
RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis
RODRÍGUEZ DE MONTALBÁN, Juan
RODRÍGUEZ DE RIVAS, Mariano
RODRÍGUEZ RUIZ, Juan
ROJAS, Carlos
ROJAS MORENO, José
ROLLAND DE MIOTA, Bernardo
ROLÓN-BARADA, Ismael
ROMERO, Emilio
ROMERO RADIGALES, Sebastián
ROMEU PARRA, José
ROS, Félix
ROS, Gloria
ROS, Samuel
ROSO DE LUNA, Manuel
ROYO TURÓN, Francisco
ROYO VILLANOVA, Jaime
RUANO, María Rosario
RUBIROSA, Porfirio
RUELLAN, Roger
RUIBAL, Álvaro
RUIZ DE ALDA, Julio
RUIZ ARANDA, Julián
RUIZ AYÚCAR, Ángel
RUIZ CRESPO, Alfredo
RUIZ-CRESPO Y GALÁN, Esperanza
RUIZ IRIARTE, Víctor
RUIZ DE LA SERNA, Enrique
RUSIÑOL, Santiago
SAAVEDRA Y RAMÍREZ, Ángel, duque de Rivas
SABATER, Daniel
SACCO, Nicola
SADE, Donatien Alphonse François, marqués de
SÁENZ DE LA MAZA, Regino
SAGASTA, Práxedes Mateo

Sainz Rodríguez, Pedro
Sala Rose, Rosa
Salaverría, José
Salaya, Guillén
Saldaña, Quintiliano
Salisachs, Mercedes
Salinas, Pedro
Salvador, Tomás
San Martín, Hebrero
Sánchez Camargo, Manuel
Sánchez Esteban, Ismael
Sánchez Mazas, Rafael
Sánchez Ocaña, Vicente
Sanders, George
Sanders, Paul
Sanjurjo Sacanell, José
Santa Marina, Luys
Santos, Ángeles
Santos, Dámaso
Sanz Briz, Ángel
Sanz Cagigas, Ignacio
Saña, Heleno
Sar, Máximo
Sartre, Jean-Paul
Sassone, Felipe
Sastre, Alfonso
Saura, Antonio
Saura, Carlos
Saura, Gemma
Schies, Julien
Schulze Schneider, Ingrid
Schwartz Díaz Flores, Juan
Seboulof, Hans
Seco, Carmen
Segalá, Manuel
Segré, Claudio G.
Sella, Buenaventura
Semprún Gurrea, José María

Semprún Maura, Jorge
Sender, Ramón J.
Serna, Ismael de la
Serna, Luis de la
Serna, Víctor de la
Serrano, Eugenia
Serrano, José Miguel
Serrano, María Isabel
Serrano Suñer, Ramón
Severini, Gino
Sevillano Calero, Francisco
Shelley, Percy Bysshe
Shirer, William
Silva, José Antonio
Simenon, Georges
Sintes Obrador, Francisco
Sisquella i Oriol, Alfred
Smrka, Radomir (Rado)
Sofovich, Luisa
Soldevila, Ferrán
Soler, Bartolomé
Solís Ruiz, José
Somerset Maugham, William
Soprani, Alessandro
Sorolla García, Joaquín (Joaquinito)
Sotos, Jesús
Stanley, Henri Morton
Steinbeck, John
Stevenson, Robert Louis
Strachey, Lytton
Suárez, Cándida
Suárez Carreño, José
Suárez Cortina, Manuel
Sueiro, Daniel
Suevos, Jesús
Surinach Sentíes, Ramón
Tamayo, José
Tanguy, Ives

Tarduchy, Emilio Rodríguez
Teixidor i Comes, Joan
Tey, Ángeles
Thirion, André
Tiszo, Josef
Toll, Gil
Torner, Gustavo
Torre, Guillermo de
Torre, Javier
Torrente Ballester, Gonzalo
Torres, Raúl
Toulouse-Lautrec, Henri de
Tournay, Jacques (pseudónimo de CGR)
Tranfaglia, Nicola
Trapiello, Andrés
Traverso, Enzo
Trebuchelli, Aldo
Trenas, Julio
Trigo, Felipe
Trillas, Màrius
Tudela, Mariano
Tusquets, Juan
Uceta, Acacia
Umbral, Francisco
Unamuno, Miguel de
Urbina, Manuel
Urgoiti, Nicolás María de
Urquiza, Paloma de
Urraca Rendueles, Pedro
Urrutia, Federico de
Utrillo, Miguel
Vaca Page, Andrés
Valdeiglesias, marqués de (Alfredo Escobar y Ramírez)
Valdés, Alfonso de
Valdivieso, José Simón
Valdivieso, Miguel
Valera y Alcalá Galiano, Juan
Valéry, Paul

VALIENTE, Ricardo
VALLE, Adriano del
VALLE-INCLÁN, Ramón María del
VALLÍN, Noel
VANZETTI, Bartolomeo
VARELA I SERRA, Josep
VARGAS VILA, José María
VÁZQUEZ DÍAZ, Daniel
VÁZQUEZ DODERO, José Luis
VÁZQUEZ PÉREZ, José Andrés
VÁZQUEZ ZAMORA, Rafael
VEGA, Luis Antonio de
VEGA, Matías
VEGA DÍAZ, Francisco
VELARDE FUERTES, Juan
VEGAS LATAPIÉ, Eugenio
VELÁZQUEZ, Raquel
VELLOSO, José Miguel
VERDIER, Vicenta
VERGÉS I MATAS, Josep
VERLAINE, Paul
VERMEER, Johannes
VESPOLI, Giuseppe
VICENT, Manuel
VICENTE, Eduardo
VIDAL CADELLANS, José
VIGÓN SUERO-DÍAZ, Juan
VILALLONGA, José Luis de
VILLA, Antonio de la
VILLAESPESA, Francisco
VILLAPLANA, Alexandre
VILLÉN, Serafín
VILLENA, Luis Antonio de
VILORIA, María Paz
VINARDELL, Santiago
VIÑAS, Ángel
VIOLA, Manuel (José Viola Gamón)
VIZCAÍNO CASAS, Fernando

Voltaire, François-Marie Arouet
Waksman, Selman A.
Walter, Gerard
Welzeck, Johannes von
Wilde, Oscar
Winock, Michel
Ximénez de Sandoval, Felipe
Xirgu, Margarita
Zabaleta, Rafael
Zamora, José
Zaragoza, Pedro
Zaro, Natividad
Zóbel, Fernando
Zorrilla, José
Zulueta, Luis de
Zuloaga, Antonio
Zunzunegui, Juan Antonio (ZZ)
Zúñiga, Ángel
Zweig, Stefan

La vida deprisa. César González Ruano (1903-1965)
Javier Varela

Obra galardonada con el Premio Antonio Domínguez Ortiz de Biografías 2023, convocado por la Fundación Cajasol y la Fundación José Manuel Lara

Formaron el jurado, reunido el 29 de marzo de 2023:
Bernardo Bueno, Antonio Cáceres, Jacobo Cortines, Ignacio F. Garmendia, Alberto González Troyano, Joaquín Pérez Azaústre y Nativel Preciado



Primera edición en libro electrónico (EPUB): septiembre, 2023

Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia
Diseño y maquetación: Manuel Rosal
Conversión a libro electrónico: Juan José Sánchez Cotes

Imagen de cubierta: César González Ruano en el café (Centro de Documentación de Fundación MAPFRE)
Imágenes de interiores: Archivo Centre Obert d'Arquitectura, Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Biblioteca Nacional de España, Centro de Documentación de Fundación MAPFRE, Fondo Marino Gómez Santos - Universidad Rey Juan Carlos, Fondo Martín Santos Yubero - Archivo Regional de la Comunidad de Madrid, Archivo de Marina González Navascués, Archivo de Gregorio Marañón - Fundación Ortega-Marañón, Archivo fotográfico *ABC*

ISBN: 978-84-19132-29-1 (EPUB)